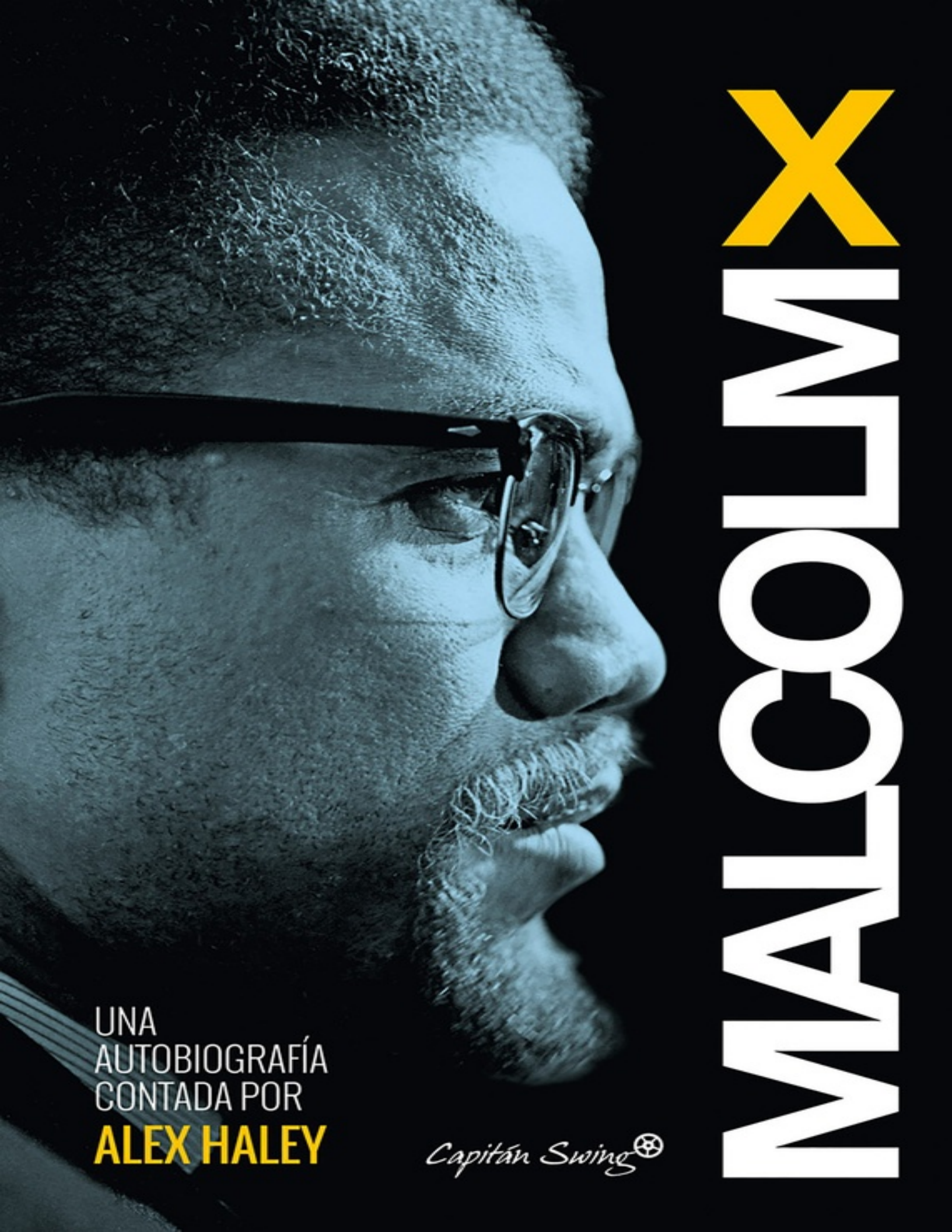


MALCOLM X

UNA
AUTOBIOGRAFÍA
CONTADA POR
ALEX HALEY

Capitán Swing

MALCOLM X

Autobiografía contada por **ALEX HALEY**

Presentación de
M. S. Handler

Epílogos de
Alex Haley & Ossie Davis

Traducción de
César Guidini & Gemma Moral

colección
Entrelíneas

Capitán Swing

Antes de ser asesinado, Malcolm X tuvo tiempo de dejar plasmadas sus ideas en esta autobiografía, para cuya redacción contó con la inestimable colaboración del escritor afroamericano Alex Haley.

PRESENTACIÓN

M. S. Handler[1]

El domingo antes de anunciar oficialmente la ruptura con Elijah Muhammad, Malcolm X vino a mi casa para entregarme determinada documentación y comentar los planes que había trazado.

La señora Handler no había visto nunca a Malcolm antes de aquella visita decisiva. Nos sirvió café con galletitas y lo observó mientras él hablaba con esos modales corteses y finos tan característicos cuando se encontraba en la intimidad. Me di cuenta de que ella había quedado impresionada pues, en efecto, la personalidad de Malcolm llenaba la sala de estar de nuestro hogar.

La actitud de Malcolm era la del hombre que ha llegado a una encrucijada en la vida y que debe tomar una decisión sometido a una compulsión interna. De vez en cuando, le iluminaba el semblante una sonrisa ansiosa, que decía muchas cosas. Me sentía incómodo porque resultaba evidente que Malcolm procuraba decir algo que el orgullo y la dignidad le impedían expresar. Percibí que Malcolm no estaba seguro de si podría escapar del mundo sombrío que lo había mantenido esclavizado.

La señora Handler se quedó tranquila y pensativa después de la partida de Malcolm. Al cabo de un rato, alzó la vista de repente y me hizo la siguiente observación:

—Tengo la impresión de haber estado tomando el té con una pantera negra.

La descripción me sobresaltó. En efecto, la pantera negra es un aristócrata del reino animal. Es una bestia hermosa y también peligrosa. Malcolm X

tenía el porte y la confianza intrínseca propios del aristócrata de nacimiento. Era asimismo potencialmente peligroso. Ninguna figura de la época había engendrado como él tanto miedo y tanto odio en el hombre blanco, que veía en Malcolm un enemigo implacable que no se vendía a ningún precio, un hombre entregado sin reserva alguna a la causa de la liberación del hombre negro del yugo impuesto por la sociedad norteamericana y que rechazaba la idea de integrarlo en ella.

El primer encuentro que sostuve con Malcolm X se llevó a cabo en el mes de marzo de 1963 en el restaurante musulmán del Templo Número Siete, sito en la avenida Lenox. Por encargo del *New York Times* había emprendido una investigación acerca de las presiones que se acumulaban en el seno de la colectividad negra. Treinta años de trabajo periodístico en Europa occidental y en la oriental me habían enseñado que las fuerzas motrices de la lucha social, si bien permanecen ocultas bajo la superficie visible, se manifiestan de múltiples maneras antes de estallar. Dichas fuerzas se expresan por medio del poder de las ideas mucho antes de plasmarse en formas orgánicas que puedan desafiar abiertamente el orden social establecido. Es preciso reconocer el mérito que corresponde a los sociólogos y a los especialistas en ciencias políticas europeos por la gran importancia que confieren a la fuerza de las ideas en la lucha social. En Estados Unidos, por el contrario, se comete el error de juzgar las fuerzas que siembran la semilla de la agitación social según el criterio del poderío numérico de los organismos políticos que propalan esas ideas y de la publicidad de que gozan los líderes de los mismos.

Para estudiar las presiones que se acumulaban en el seno de la colectividad negra, tuve que averiguar no sólo cuáles eran las opiniones de los jefes del movimiento pro derechos civiles, sino también las de quienes trabajaban en la penumbra de dicho movimiento, los «clandestinos», por así decirlo. Por eso decidí entrevistarme con Malcolm X, cuyas ideas habían llegado hasta mí por el conducto de los negros partidarios de la integración en la sociedad norteamericana. Las ideas de esas otras figuras ya reflejaban posiciones de nacionalismo negro en avanzado estado de maduración.

Mientras esperaba a Malcolm en el restaurante, no sabía con qué iba a encontrarme. Yo era la única persona blanca en el establecimiento, un local

inmaculado servido por negros apuestos, de carácter melancólico y no muy expresivos que digamos. En los relucientes espejos había pegados letreros que anunciaban «Se prohíbe fumar». Pedí un café y me dispuse a esperar. Me sentía incómodo en aquel local donde reinaba una atmósfera aséptica y silenciosa. Al final, llegó Malcolm. Era un hombre atractivo, muy alto y de porte impresionante. Tenía la piel del color del bronce.

Me levanté y extendí la mano para saludarlo. La mano de Malcolm se acercó lentamente. Tuve la impresión de que le resultaba difícil estrecharme la mano, pero, *noblesse oblige*, lo hizo. Entonces Malcolm hizo algo curioso que repetiría más tarde cada vez que nos encontrábamos en público en un restaurante de Nueva York: me preguntó si no tenía inconveniente en que se sentara mirando a la puerta. Varias veces me habían efectuado peticiones similares en las capitales de la Europa oriental. Malcolm era una persona que estaba siempre alerta y quería ver a todo aquel que entrase en el restaurante. Comprendí al instante que iba siempre acompañado del peligro.

Hablamos durante más de tres horas en ese primer encuentro. Las opiniones de Malcolm acerca del hombre blanco eran aplastantes, pero en ningún momento cometió transgresión alguna contra mi propia personalidad de modo que yo —individuo— me sintiese también culpable. Malcolm atribuía al hombre blanco la degradación que sufría el pueblo negro. Se oponía a la integración y denunciaba que era un fraude. Afirmaba que si persistían en ello los jefes del movimiento pro derechos civiles, la lucha social acabaría en derramamiento de sangre, porque tenía la certeza de que el hombre blanco nunca concedería la integración plena. En consecuencia, la posición de los musulmanes negros en favor de la separación —sostenía— era la única solución posible por medio de la cual podría el negro obtener la propia identidad, fomentar su cultura y sentar los cimientos de una colectividad laboriosa y con sentido de la dignidad. Sin embargo, no indicó claramente dónde podría instaurarse el estado negro que preconizaba.

Malcolm se negaba a aceptar la imposibilidad de que el hombre blanco concediera a los negros el derecho de separarse de Estados Unidos. En aquella etapa de su carrera, afirmaba que la secesión era el único camino.

De la misma forma que defendía el islam (pues, según él, era una religión que no reconocía los obstáculos del color), denunciaba el cristianismo, por ser ésta una religión concebida expresamente para los esclavos. Del clero negro opinaba que era la maldición inventada por el hombre blanco, del cual se aprovechaba para sus propios fines en vez de procurar la liberación del negro, y que, por otra parte, hacía de criada de la sociedad blanca, decidida a mantener a los negros en estado de sumisión.

Durante ese primer encuentro, Malcolm procuró ilustrarme igualmente acerca de la mentalidad del hombre negro. Repetidas veces me advirtió que tuviera cuidado con los negros que manifestaban su buena voluntad al hombre blanco. Dijo que, por una mera cuestión de supervivencia, el negro había aprendido a ocultar y disimular sus auténticos pensamientos. El negro dice al hombre blanco sólo aquello que cree que el hombre blanco desea oír. Por efecto de ese arte de la disimulación, se había llegado a un extremo en que ni siquiera los mismos negros eran capaces de decir verazmente aquello que pensaban sus propios hermanos. El arte de fingir que practicaba el negro se fundaba en el completo conocimiento de las costumbres del hombre blanco, me dijo. Al mismo tiempo, el negro siempre ha sido un libro cerrado para el blanco, quien nunca demostró ningún interés en comprender al negro.

La exposición que efectuó Malcolm de sus ideas sociales resultó clara y cuidadosa, aunque algo chocante para un blanco profano. Pero lo más desconcertante de nuestra conversación fue la fe que mostraba Malcolm en la historia de Elijah Muhammad acerca de los orígenes del hombre y en una teoría genética formulada expresamente para demostrar la superioridad del negro sobre el blanco, teoría que me dejó asombrado por su completa absurdidad.

Tras ese primer encuentro, me di cuenta de que había dos Malcolm: el hombre público y el hombre de la intimidad. Su aparición en la televisión y en los actos causaba un efecto realmente aterrador. Su implacable dominio de los hechos y la lógica que empleaba tenían algo de una nueva especie de dialéctica, que escondía una fuerza diabólica. Asustaba a los televidentes blancos y demolía a los opositores negros, pero encontraba notable acogida entre el público de su misma raza. Tanto es así que, finalmente, muchos de

sus contrarios negros se negaron a aparecer junto a él en público. El preocupado público blanco quedaba confuso, molesto; se sentía amenazado. Algunos comenzaron a pensar que Malcolm era la misma encarnación del diablo.

Malcolm atraía especialmente a los elementos más dispares de la colectividad negra: las masas desposeídas y la constelación de escritores y artistas negros que habían surgido a lo largo de la década anterior. La burguesía negra —los negros «establecidos»— aborrecía y temía a Malcolm tanto como él la despreciaba.

Los negros pobres sentían por Malcolm X el mismo respeto que siente el niño díscolo por la imagen del abuelo. Pasearse con Malcolm por las calles de Harlem resultaba siempre una experiencia extraña y conmovedora. Todos lo conocían. La gente lo miraba con timidez. A veces, los niños le pedían un autógrafo. Me pareció que el afecto que sentían por Malcolm se inspiraba en el hecho de que, a pesar de haberse convertido en una figura nacional, no había dejado de ser un hombre del pueblo, que —así pensaban — nunca los traicionaría. Los negros han sido traicionados durante tanto tiempo que vieron en Malcolm un hombre predestinado. Conocían sus orígenes, con los que podían identificarse. Sabían de su vida de delincuente y de su paso por la cárcel, lo cual él nunca ocultaba. Miraban a Malcolm X con una especie de asombro. Aquél era un hombre que había ascendido desde los más bajos estratos, en los que ellos aún vivían; que había vencido a la ignorancia y a su condición de delincuente y que, por último, se había convertido en vigoroso caudillo y orador, un intransigente campeón de su pueblo.

Aunque muchos no podían compartir la fe de Malcolm en el mahometismo, veían en el puritanismo que practicaba una censura permanente de sus propias vidas. Malcolm se había deshecho de todos los males que afligían a las masas negras desposeídas: las drogas, el alcohol, el tabaco, por no hablar de las actividades delictivas. Su vida personal era impecable, de un puritanismo que resultaba inalcanzable para las masas. Malcolm había conseguido la redención del ser humano en su propia vida y eso era algo que todos los negros sabían.

En las apariciones en la televisión y en los actos públicos, Malcolm

articulaba los infortunios y las aspiraciones de las masas negras desposeídas de una manera que éstas no podían hacer por sí solas. Cuando atacaba al hombre blanco, Malcolm hacía por los negros lo que ellos no podían hacer por sí mismos; los ataques de Malcolm eran violentos, con una furia que evocaba siglos de opresión. Nada más lejos de esos simples ejercicios retóricos que consisten en mandar al diablo al hombre blanco.

Muchos escritores y artistas negros que hoy en día son figuras conocidas nacionalmente respetaron a Malcolm por la implacable honestidad con que defendió la causa negra, por su rechazo de las posiciones conciliadoras y por su búsqueda de la identidad colectiva que había sido destruida por el hombre blanco cuando los negros fueron capturados en África y llevados con cadenas a Estados Unidos. Para esos escritores y artistas, Malcolm era el gran catalizador, el hombre que inspiraba dignidad y devoción en los millones de oprimidos.

Un grupo de dichos artistas se reunió un domingo en mi casa para hablar de Malcolm. Me resultó emocionante ver la devoción que experimentaban por él.

—Malcolm nunca nos traicionará. Ya sufrimos muchas traiciones en el pasado —dijo uno de ellos.

La actitud de Malcolm hacia el hombre blanco registró una marcada variación en el año 1964, la cual contribuyó a que rompiera con Elijah Muhammad y las doctrinas racistas que éste profesaba. La meteórica irrupción de Malcolm en la palestra nacional trajo consigo más relación con hombres blancos que no resultaron los «demonios» que él pensaba. Malcolm era un conferenciante muy solicitado en las universidades de la región oriental de Estados Unidos; al concluir su breve carrera, ya había intervenido en muchas de ellas. Siempre hablaba con tono respetuoso y demostraba cierta sorpresa a causa de la acogida favorable que percibía en los estudiantes blancos que escuchaban la disertación.

El segundo factor que contribuyó a que se convirtiera a miras más amplias fueron las dudas cada vez más fuertes acerca de la autenticidad de la versión que de la religión musulmana ofrecía Elijah Muhammad, dudas que se volvieron certeza al adquirir más conocimientos y experiencia.

Habían llegado a su conocimiento determinadas prácticas mundanas que

se llevaban a cabo en los locales de Elijah Muhammad en Chicago, lo cual lo dejó profundamente consternado.

Por último, emprendió una serie de prolongados viajes a La Meca y los estados de África que acababan de independizarse gracias a los buenos oficios de los representantes de la Liga Árabe en Estados Unidos. En el primer viaje que efectuó a La Meca, llegó a la conclusión de que aún tenía que descubrir el islam.

Las balas asesinas acabaron con la carrera de Malcolm X antes de que pudiera formular esas nuevas ideas, las cuales en esencia reconocían que los negros formaban parte de la sociedad norteamericana, algo totalmente ajeno a la doctrina de la separación que profesaba Elijah Muhammad. Malcolm había llegado a un estadio medio en la modificación de su actitud hacia Estados Unidos y la relación entre negros y blancos.

Sus invectivas ya no se dirigían contra el país en sí, sino contra una parte de él, representada por los partidarios declarados de la supremacía blanca del Sur y los partidarios encubiertos de la supremacía blanca del Norte.

Malcolm se había propuesto modificar la orientación del movimiento negro y colocar en la mira a los partidarios de la supremacía blanca tanto del Sur como del Norte. El problema negro (del cual siempre había afirmado que debería llamarse «el problema del hombre blanco») empezaba a asumir nuevas dimensiones para él en los últimos meses de su vida.

Hasta el mismo fin, Malcolm procuró rehacer los lazos rotos entre los negros norteamericanos y la cultura africana. Comprendió que aquél era el camino que conducía a un nuevo sentido de identidad colectiva, un papel de conciencia propia en la historia y, sobre todo, a un sentido de la propia valía del negro que —para él— el hombre blanco había destruido.

El género autobiográfico de Estados Unidos rebosa de numerosos relatos de hombres notables que ascendieron por sí solos a la cúspide. Pocos son tan conmovedores como las memorias de Malcolm. Por su condición de testimonio del valor que poseen las fuerzas de la redención y de la personalidad humana, la autobiografía de Malcolm X constituye una verdadera revelación.

Nueva York,
junio de 1965

[1] Veterano periodista asociado al *New York Times*.

MALCOLM X

Autobiografía contada por **ALEX HALEY**

Dedico este libro a Betty,
mi amada esposa, y a nuestros hijos,
cuya comprensión y sacrificios
me han permitido realizarlo.

La pesadilla

Cuando mi madre estaba embarazada de mí, esto me lo contó posteriormente, una noche llegó a nuestra casa de Omaha (estado de Nebraska) una partida de jinetes encapuchados del Ku Klux Klan. Rodearon la vivienda. Blandían rifles y escopetas y gritaron que saliese mi padre. Mi madre abrió la puerta de delante y se situó de modo que su estado quedara en evidencia. Les dijo que estaba sola con sus tres hijos pequeños y que mi padre se había ido a predicar a Milwaukee. Los hombres del Klan profirieron amenazas y le advirtieron que nos marchásemos de la ciudad porque «los buenos cristianos blancos» no soportarían que mi padre «fomentase la discordia» entre los negros «buenos» de Omaha con las ideas del «retorno al África» que preconizaba Marcus Garvey.

Mi padre, el reverendo Earl Little, era ministro de la Iglesia Baptista y militaba en la UNIA,[2] Asociación Universal para el Progreso del Negro, el organismo que dirigía Marcus Aurelius Garvey. Desde la sede central situada en el barrio de Harlem (Nueva York) y con la ayuda de discípulos como mi padre, Garvey levantaba el estandarte de la pureza de la raza negra y exhortaba a las masas negras a que regresaran a África, la tierra de sus antepasados. Eso había convertido a Garvey en el negro más polémico de todo el mundo.

Sin dejar de lanzar amenazas, los hombres del Klan espolearon los caballos y comenzaron a galopar alrededor de la casa, al tiempo que rompían todos los cristales de las ventanas con las culatas de las armas. Después se perdieron en la noche, con las antorchas encendidas, con la misma rapidez con que habían aparecido.

Mi padre montó en cólera cuando regresó y se enteró de lo ocurrido. Decidió esperar a que yo naciera —lo cual sucedería pronto— y, entonces, la familia se mudaría a otro lugar. No sé por qué tomó esa decisión, pues él no era un negro miedoso como lo era entonces la mayoría y como aún lo son muchos hoy en día. Mi padre era un hombre muy alto, medía un metro noventa y seis y era muy negro. Tenía un solo ojo. Nunca supe cómo había perdido el otro. Procedía de Reynolds (estado de Georgia) y había dejado la escuela en tercero o, quizás, en cuarto año. Pensaba —igual que Marcus Garvey— que el negro nunca lograría la libertad, la independencia y la consideración en Estados Unidos, y que, en consecuencia, debía dejar ese país al hombre blanco y regresar a la tierra de origen en África. Uno de los motivos que impulsó a mi padre a consagrar la vida —con los riesgos que ello conllevaba— a diseminar dicha filosofía entre los suyos fue el hecho de haber visto morir violentamente a cuatro hermanos suyos, tres de ellos asesinados por hombres blancos y el cuarto linchado. Lo que mi padre no podía saber entonces era que de los tres hermanos restantes —inclusive él mismo— sólo tío Jim moriría en la cama, por causas naturales. En efecto, poco tiempo después, tío Oscar sería abatido por policías blancos del Norte y mi mismo padre también caería a manos del blanco.

Siempre he pensado que a mí también me tocaría morir de forma violenta y, en consecuencia, hago todo lo posible para estar preparado.

Fui el séptimo hijo de mi padre. Él ya tenía otros tres de un matrimonio anterior, Ella, Earl y Mary, que vivían en Boston. Había conocido a mi madre en Filadelfia y allí se habían casado; también allí nació Wilfred, mi hermano mayor y verdadero. Después se mudaron a Omaha, donde vinieron al mundo Hilda y, después, Philbert.

Luego, llegó mi turno. Mi madre tenía veintiocho años cuando yo nací, el 19 de mayo de 1925, en un hospital de Omaha. Después nos mudamos a Milwaukee, donde nació Reginald. De pequeño tuvo un problema de hernia que había de marcarlo para toda la vida.

Louise, mi madre, había nacido en Granada, en las Antillas Británicas, y tenía aspecto de mujer blanca. Su padre era blanco. Tenía el pelo negro pero lacio y no hablaba como los negros. De su padre blanco lo único que sé es que se avergonzaba de él. Me acuerdo que un día dijo que se alegraba

mucho de no haberlo conocido. Es debido a él, naturalmente, que yo tengo la piel más bien rojiza que negra y el cabello del mismo color. Era el más claro de todos mis hermanos. (Más tarde, en Boston y Nueva York, me convertí en uno más de esos millones de negros locos para quienes tener la piel blanca era símbolo de categoría. Pero pasando el tiempo, empecé a odiar cada gota de sangre que heredé del hombre blanco que violó a mi abuela).

Mi familia se quedó muy poco tiempo en Milwaukee, pues mi padre quería encontrar un lugar donde pudiera cultivar algo con que alimentarnos, y quizás, abrir un negocio. Marcus Garvey preconizaba que el negro se independizara del hombre blanco. La familia se mudó, no sé muy bien por qué, a Lansing (estado de Míchigan). Mi padre compró una casa y enseguida, como tenía por costumbre, comenzó a predicar a diestro y siniestro en las iglesias baptistas para negros de los alrededores. Durante la semana, propagaba por todas partes la palabra de Marcus Garvey.

Había comenzado a ahorrar para comprar el negocio que siempre había querido tener, cuando, como siempre ocurre, unos negros imbéciles (los Tío Tom de costumbre) avisaron a los blancos que propagaba ideas revolucionarias. Esa vez fue una sociedad del lugar que predicaba el odio racial, llamada la Legión Negra, la que lo amenazó y le ordenó que se marchase. En vez de las habituales ropas de color blanco, los legionarios iban vestidos de negro. Muy pronto, dondequiera que fuera mi padre, aparecían ellos y vilipendiaban a «ese negro atrevido» que quería abrir un negocio, que no vivía en el barrio negro de Lansing y que, por ende, fomentaba discordias e incitaba a «los negros buenos» a la rebelión.

Al igual que había ocurrido en Omaha, mi madre estaba encinta, esa vez de mi hermana menor. Poco después del nacimiento de Yvonne, ocurrió aquella noche de pesadilla de 1929, el primer recuerdo vívido que poseo. Recuerdo que me desperté bruscamente por una tremenda cacofonía de disparos y gritos. Una cortina de humo y llamas me envolvía. Era mi padre quien gritaba a los dos hombres blancos que habían incendiado la casa y quien les disparaba mientras ellos huían a toda prisa. La casa ardía por todas partes. Todos corríamos, tropezábamos, caímos unos encima de los otros en busca de la salida. Mi madre, que tenía a la pequeña en brazos,

logró salir al patio justo antes de que se derrumbase la casa en medio de una lluvia de chispas. Recuerdo que nos encontrábamos fuera, en plena noche, llorando y gritando con todas nuestras fuerzas. Los policías y los bomberos blancos habían acudido y permanecieron mirando la casa, que ardió hasta que no quedó nada.

Mi padre consiguió que algunos amigos nos dieran ropa y nos albergaran provisionalmente; después nos instaló en otra casa, en las cercanías de East Lansing. En aquella época, los negros no tenían derecho a entrar en la ciudad por la noche. En East Lansing se encuentra la Universidad del estado de Míchigan. Expliqué esta historia a los estudiantes cuando fui a pronunciar una conferencia en enero de 1963 y, de paso, me encontré con mi hermano Robert, a quien hacía mucho tiempo que no veía y que seguía allí un curso de especialización en psicología. Conté entonces que en East Lansing nos habían hecho la vida tan imposible que tuvimos que mudarnos de nuevo, en plena campaña esta vez, a unos tres kilómetros de la ciudad. Allí, mi padre levantó con sus propias manos una casa de cuatro habitaciones. De allí datan mis recuerdos más precisos, de esa casa donde comencé a crecer.

Recuerdo que después del incendio, la policía citó a mi padre y lo interrogó sobre la pistola con que había disparado contra los hombres blancos que incendiaron la casa. Querían saber si tenía el permiso correspondiente. La policía siempre estaba en casa, revolviendo todo, «registro de rutina» o «buscando un arma». La pistola que buscaban (que, dicho sea de paso, nunca encontraron y para la cual, de todos modos, habrían denegado el permiso) estaba cosida dentro de una almohada. Pero mi padre había dejado bien a la vista la carabina 22 y la escopeta de caza. Todos las usábamos para cazar pájaros, conejos y otros animales.

Los recuerdos siguientes son de las disputas entre mi padre y mi madre. Parecía que casi nunca estaban de acuerdo. A veces, mi padre incluso le pegaba, quizá porque ella había recibido una buena educación. Dónde la había conseguido, no lo sé, pero me imagino que una mujer instruida no puede resistir la tentación de corregir a un hombre ignorante. De vez en cuando, cuando ella adoptaba ese tono de reproche, él la arreaba.

Mi padre se mostraba agresivo con todos sus hijos, excepto conmigo.

Pegaba salvajemente a los más mayores por infracción al reglamento, y éste tenía tantas reglas que era imposible conocerlas todas. Pero los azotes que yo recibía venían inspirados casi siempre por mi madre. He reflexionado mucho sobre eso. Creo, en realidad, que el lavado de cerebro a que el hombre blanco había sometido al negro había afectado tanto a mi padre de manera inconsciente que, pese a ser antiblanco, se mostraba propenso a favorecer a los que tenían la tez más clara, y la mía era la más clara de todas. En aquella época, los negros trataban mejor, de forma casi instintiva, a los hijos que les habían salido más claros. Esa preferencia procedía directamente de la tradición esclavista, según la cual el mulato, al parecerse más al blanco, era «mejor».

Los otros dos recuerdos que tengo de mi padre son fuera de casa. Uno es cuando predicaba. No tenía iglesia propia; siempre fue «ministro ambulante». Recuerdo sobre todo su sermón preferido. «Se acerca un trenecito negro por el horizonte... y ¡tenéis que estar preparados para cuando pase!». Me imagino que eso estaría relacionado con la idea del «retorno a África», el «tren negro hacia la patria» que preconizaba Marcus Garvey.

A mi hermano Philbert, nacido poco antes que yo, le gustaba mucho la iglesia, pero a mí me ponía nervioso y nunca entendía nada. Me quedaba allí sentado con los ojos en blanco, mientras mi padre gritaba y saltaba de su silla, y los fieles lo imitaban, entregados en cuerpo y alma al canto y a la plegaria. Pese a mi corta edad, por entonces ya no podía creer en un Cristo divino. Después, cuando llegué a los veinte años y estuve en la cárcel, ninguna persona religiosa tuvo nada que decirme. Siempre guardé muy poco respeto por los representantes de la religión.

Por su oficio de ministro, mi padre se relacionaba mucho con los negros de Lansing. No miento si les digo que estaban en una situación muy triste; aún lo están, pero de otra manera. Quiero decir con eso que no conozco ninguna otra ciudad donde haya mayor número de negros de «clase media», como se dice normalmente, satisfechos de sí mismos y llenos de ideas falsas, el tipo de negro que busca la integración, obsesionado por la categoría y por sus apariencias de riqueza. (Hace poco, estaba en el edifico de las Naciones Unidas hablando con un representante africano y su esposa.

Se acercó entonces un negro y me preguntó: «¿Me conoce?». Me quedé algo confuso, porque pensé que se trataba de alguien de quien debía acordarme, pero después resultó uno de esos negros de Lansing, fanfarrones, serviles y de «clase media». No me hizo ninguna gracia. Era la clase de negro de «clase media» que nunca quiso saber nada de África, hasta que, en esos círculos, se puso de moda el hecho de tener amigos africanos porque se consideraba signo de distinción).

Cuando era niño, los negros de Lansing que habían «triunfado» eran camareros o limpiabotas. El empleo de botones en un gran almacén del centro era el más cotizado. La verdadera «élite», los «portavoces de la raza» eran los camareros del Country Club y los limpiabotas del Parlamento de Míchigan. Los escasos negros que tenían algo de dinero eran los que se dedicaban a los juegos de azar, los que regentaban los garitos o aquellos que se las ingeniaban de una manera u otra para vivir a costa de los más pobres, es decir, de la masa. Ni la fábrica de la Oldsmobile ni la de la Reo admitían negros. (Dicho sea de paso, ¿os acordáis del Reo? Pues lo fabricaban en Lansing, y R. E. Olds, de quien el coche tomó el nombre, también vivía en la ciudad. Hubo que esperar a la guerra para que la fábrica de Reo contratara algunos botones de color). Pero la mayoría de los negros de Lansing o vivían de la beneficencia del Estado o se morían de hambre.

Habrían de llegar tiempos en que nuestra familia sería tan pobre que nos hubiésemos comido hasta las piedras, pero en aquella época estábamos mucho mejor que los negros de la ciudad. Como vivíamos en el campo, teníamos nuestro propio huerto. Vivíamos mucho mejor que esos negros de la ciudad que, mientras mi padre pronunciaba el sermón, pedían a gritos el maná que había de caer del cielo o el paraíso del otro mundo (el de aquí abajo estaba reservado a los blancos).

Sé que el dinero para la ropa y para la comida procedía fundamentalmente de las colectas que mi padre hacía en la iglesia, aunque hacía también otros trabajos. La imagen de él que más me enorgullece es la del ferviente militante de la cruzada de Marcus Garvey. Pese a mi corta edad, por lo poco que alcanzaba a oír, sabía que mi padre decía cosas que lo convertían en duro. Recuerdo a una viejecita que le decía con una sonrisa: «¡Va usted a darles un susto de muerte a estos blancos!».

Siempre pensé que uno de los motivos que explica la predilección que papá sentía por mí (al menos hasta donde alcanzan mis recuerdos) es que yo era el único hijo al que él acostumbraba llevar a las reuniones de la UNIA, que él celebraba discretamente en casas particulares, siempre distintas. Era un puñado de gente que se reunía, veinte a lo sumo. Pero eso era un montón, apiñados como estábamos, en la sala de estar de la vivienda. Me daba cuenta del cambio que se producía en esas gentes, aunque a veces eran las mismas que saltaban y gritaban en la iglesia. Pero en la reunión se comportaban de forma completamente distinta: igual que mi padre, los veía más serios, más inteligentes, con los pies en el suelo. Y yo me sentía igual que ellos.

Recuerdo las cuestiones y las consignas que se discutían: «¡Adán fue expulsado del paraíso y conducido a las cavernas de Europa!», «¡África para los africanos!», «¡etíopes, despertad!». Mi padre decía que no faltaba mucho para que África fuese completamente dirigida por los negros, por «hombres negros», era la expresión que siempre utilizaba. «Nadie sabe cuándo llegará la hora de la redención de África». Se siente en el aire. Ya viene. Un día llegará, como llega la tempestad.

Recuerdo también unas enormes fotografías, muy brillantes, de Marcus Garvey, que pasaban de mano en mano. Mi padre las guardaba en un sobre de gran tamaño que siempre llevaba a las reuniones. En las fotografías aparecía Garvey: iba en un coche magnífico, un negro enorme que llevaba un uniforme deslumbrante con pasamanería de oro y un extraordinario sombrero con plumas largas. Detrás del coche desfilaba una multitud de negros, que a mí me parecían millones. Contaban que Garvey tenía adeptos no sólo en Estados Unidos, sino entre los negros de todo el mundo. Mi padre siempre concluía la reunión de la misma forma: cantaba varias veces la consigna «¡Álzate, poderosa raza, y conseguirás todo lo que quieras!», y todos los asistentes lo seguían.

A pesar de todo lo que oía sobre África, en aquella época nunca pensaba en los negros africanos. No sé por qué, pero para mí África era una tierra llena de salvajes desnudos, de monos y de tigres, de selvas donde hacía un calor aplastante.

Mi padre tenía un viejo coche negro, con el que iba a las reuniones que se

celebraban en la región de influencia de Lansing y, a veces, me llevaba con él. Recuerdo, en particular, una que se hizo de día (casi siempre eran de noche) en la ciudad de Owosso, a unos setenta kilómetros de Lansing. Los negros la llamaban la «Ciudad Blanca» y su mayor orgullo era ser la ciudad natal de Thomas E. Dewey. Igual que ocurría en East Lansing, los negros tenían prohibido el transitar por las calles de noche, y por eso hubo que reunirse de día. En realidad, esa prohibición estaba en vigor en muchas ciudades de Míchigan. Cada población tenía sus negros «ciudadanos», que sí estaban «autorizados» a vivir en ella. A veces era sólo una familia, como ocurría en Mason —la capital del condado cercana a Owosso—, donde vivían unos negros apellidados Lyons, los únicos de toda la ciudad. El padre había sido un famoso as del Rugby cuando estudiaba en el instituto; la gente lo apreciaba mucho y, gracias a eso, había conseguido emplearse en el servicio doméstico.

Tengo la impresión de que, en aquella época, mi madre no paraba de trabajar: hacía la comida, lavaba la ropa, planchaba, limpiaba la casa, y andaba todo el santo día corriendo tras de nosotros ocho. Asimismo y por regla general, con mi padre o se peleaba o no le dirigía la palabra. Mi madre tenía ideas muy particulares acerca de lo que se debía comer (es decir, lo que nosotros no debíamos comer), y eso era una de las causas de desavenencia. En efecto, mi madre excluía de la dieta, entre otras cosas, el cerdo y el conejo, que a mi padre le encantaban. Él era un verdadero negro de Georgia y estaba convencido de que había que comer mucho «alimento del alma», como decimos actualmente en Harlem.

He dicho ya que era mi madre quien me pegaba, salvo cuando le daba vergüenza que los vecinos pensaran que me estaba matando de una paliza. Por eso, a la menor señal de levantarme la mano, yo me ponía a gritar como un descosido para que se enterara todo el mundo. Si pasaba alguien por la carretera, cambiaba de opinión o apenas me daba algún que otro golpe.

Ahora que lo pienso, estoy casi seguro de que mi padre me prefería por la misma razón que mi madre me hacía la vida imposible: por tener la piel más clara que los demás hermanos. Y eso que mi madre era de piel muy clara, pero prefería a los hijos que la tenían oscura. Sé perfectamente que Wilfred era el tesoro de su corazón. Me acuerdo que me ordenaba que

saliera de la casa y me pusiera al sol «para que cojas un poco de color». Hacía todo lo posible para evitar que me considerara superior porque tenía la piel más clara. Estoy seguro de que una de las causas de eso tenía que ver con su propio origen.

Enseguida me di cuenta de que las protestas obtenían resultado. Por ejemplo, mis hermanos mayores y mi hermana ya estaban en la escuela, y a veces, cuando volvían, le pedían una galletita u otra cosa a mi madre, que enfadada, se la negaba. Pero entonces, cuando yo quería algo, me ponía a llorar y organizaba una escena hasta que lo conseguía. Recuerdo perfectamente que me reprochaba que no fuese juicioso como Wilfred, pero yo pensaba para mis adentros que Wilfred, tan bueno y tranquilo, se quedaba casi siempre con hambre. En aquellas tempranas etapas de la vida, aprendí que si se quiere conseguir algo, hay que armar jaleo.

Teníamos una huerta muy grande y, además, criábamos gallinas. Mi padre compró polluelos y mi madre los alimentaba. El pollo nos gustaba a todos y era un plato que no ocasionaba ninguna discusión entre mi madre y mi padre. Recuerdo muy bien el día que le dije a mi madre que quería tener una huerta chiquita para mí solo. Ella accedió y yo le quedé muy agradecido. Me cedió una porción de terreno que yo cultivaba con especial cuidado. Lo que más me gustaba era plantar guisantes, y me sentía muy orgulloso cuando los veía servidos en la mesa. En cuanto aparecían los primeros brotes de hierba, los arrancaba a mano. Arrastrándome a gatas, inspeccionaba las filas de legumbres, sacaba los gusanos y los insectos, los mataba y los enterraba. A veces, cuando había acabado de limpiarlo todo y veía que las legumbres podían crecer sin dificultad, me tumbaba entre dos filas, contemplaba las nubes que pasaban en el cielo azul y dejaba vagar mis pensamientos...

A los cinco años empecé a ir a la escuela; salía por la mañana con Wilfred, Hilda y Philbert. Era la escuela primaria de Pleasant Grove y quedaba a casi cuatro kilómetros de la ciudad. Nuestra presencia no planteaba ningún problema porque éramos los únicos negros de la vecindad. En aquellos años, los blancos del Norte tenían la costumbre de «adoptar» un número reducido de negros, que no parecía representar una amenaza. Los niños blancos tampoco se preocupaban por nosotros. Nos acostumbramos

tanto a que nos llamaran *nigger*, *darkie* y *Rastus*,[3] que pensamos que ésos eran nuestros nombres propios. Pero no pretendían insultarnos; nos veían así, esto es todo.

Una tarde de 1931, cuando Wilfred, Hilda, Philbert y yo volvíamos a casa, encontramos a mis padres discutiendo, como de costumbre. Hacía tiempo que la atmósfera era algo tirante a causa de las amenazas de la Legión Negra. Recuerdo que mi padre le ordenaba a mi madre que cocinara uno de los conejos que criábamos (y que no eran para nosotros, pues los vendíamos a los blancos). Con lo fuerte que era mi padre no tenía necesidad de cuchillo para degollar un conejo o un pollo. A la primera vuelta de sus grandes manos negras, arrancó la cabeza del animal y la arrojó, sangrando, a los pies de mi madre.

Mi madre lloraba. Comenzó a desollar el conejo para cocerlo. Pero mi padre estaba tan furioso que salió dando un portazo y se fue, por la carretera, a la ciudad.

Entonces mi madre tuvo una visión. Siempre había tenido esa extraña facultad que tenemos también la mayoría de sus hijos, según creo. Cada vez que va a ocurrir algo grave, lo presiento. Nunca me ha ocurrido nada para lo que no estuviera preparado. (Gracias a esa facultad, años después, me enteré de hechos increíbles acerca de un hombre por quien, hasta ese entonces, estuve dispuesto a dar la vida sin vacilación alguna).

Mi padre estaba ya muy lejos cuando mi madre salió chillando al porche de la casa. «¡Early! ¡Early!», gritaba. Se cogía el delantal con las manos crispadas; atravesó el patio corriendo y llegó a la carretera. Mi padre se volvió. La vio. Con lo furioso que estaba, no entiendo por qué le hizo una señal con la mano. Pero siguió alejándose.

Mi madre me explicó después que había tenido una visión de la muerte de mi padre. Estuvo toda la tarde fuera de sí, nerviosa, trastornada, llorando. Después de cocer el conejo, lo guardó en un plato en el rincón más caliente del horno. A la hora de acostarnos, mi padre no había vuelto todavía. Mi madre nos abrazó; notamos que pasaba algo raro, no sabíamos qué hacer, ya que nunca había estado así.

Recuerdo que me despertaron los gritos de mi madre. Salté de la cama y en el salón vi a la policía, que trataba de calmarla. Se había vestido a toda

prisa para ir con los agentes. Y nosotros, que estábamos allí mirando, comprendimos perfectamente, sin que nadie nos lo dijera, que algo horrible le había ocurrido a nuestro padre.

La policía acompañó a mi madre al hospital, la condujo a una habitación donde estaba tendido mi padre, cubierto con una sábana, pero ella no quiso mirar, tenía demasiado miedo. Desde luego, tenía sus motivos. El cráneo de mi padre estaba completamente aplastado de un lado, según me explicaron posteriormente. Entre los negros de Lansing siempre corrió el rumor de que había sido atacado y dejado después sobre las vías del tranvía, que lo había aplastado. Tenía el cuerpo casi partido en dos.

Sobrevivió en ese estado unas dos horas y media. Los negros de entonces eran más resistentes que los de hoy en día, sobre todo los de Georgia. Los negros de Georgia tenían que ser fuertes simplemente para sobrevivir.

Era ya de día y estábamos aún en casa, cuando nos dijeron que había muerto. Yo tenía seis años. Recuerdo que había un gran tumulto; la casa estaba abarrotada de gente que lloraba, que decía amargamente que, al final, la Legión Negra había conseguido liquidarlo. Mi madre estaba histérica. En su habitación, las mujeres le hacían oler sales. Durante el entierro, se encontraba todavía en ese mismo estado.

No recuerdo muy bien qué pasó en el entierro. Lo que más me sorprendió fue que los funerales no se celebrasen en la iglesia, ya que mi padre era ministro. Yo había asistido a veces a funerales que él oficiaba en la iglesia. Pero los funerales de mi padre se llevaron a cabo en las pompas fúnebres.

Durante la ceremonia, un moscardón negro se posó sobre la cara de mi padre y Wilfred saltó de su asiento (habían puesto sillas plegables para sentarse) y lo cazó. Volvió deshecho en lágrimas. Cuando nos acercamos al ataúd, me pareció que habían echado harina sobre el enérgico rostro negro de mi padre.

Al volver a la gran casa de cuatro habitaciones, tuvimos que recibir muchas visitas durante toda una semana. Los Lyons de la ciudad de Mason; los Walker, McGuire, Lisco, Green, Randolph y los Turner, todos ellos amigos de la familia, amén de otras gentes tanto de Lansing como de las ciudades cercanas, a quienes yo había visto en las reuniones de la asociación que dirigía Marcus Garvey.

Nosotros nos adaptamos con más facilidad que nuestra madre a la nueva situación. No podíamos adivinar como ella lo que nos esperaba. A medida que las visitas remitían, comenzó a inquietarse seriamente por los dos seguros de vida que mi padre había suscrito y de los que se sentía tan orgulloso. Siempre decía que había que pensar en la familia en caso de defunción. Uno de los seguros, el menos cuantioso, se nos pagó sin dificultad. No sé a cuánto ascendía. Desde luego, no eran más de mil dólares, quizá la mitad.

Pero cuando mi madre tuvo ese dinero, que se fue casi todo con el entierro y otros gastos, empezó a ir con frecuencia a la ciudad y volvía cada vez más preocupada. La compañía que debía pagarnos el seguro más elevado se negaba a pagar. Pretendía que mi padre se había suicidado. Empezaron de nuevo las visitas, se habló mucho y muy amargamente de los hombres blancos: ¿cómo era posible que mi padre se hubiese aplastado él mismo el cráneo y se hubiese puesto después sobre las vías del tranvía para que éste lo aplastara?

Tal era la situación en que nos encontrábamos. Mi madre, que contaba entonces treinta y cuatro años, no tenía ni marido, ni protector, ni apoyo alguno para sus ochos hijos. Sin embargo, la vida familiar se fue reemprendiendo poco a poco. Nos las arreglamos mientras duró el dinero del primer seguro.

Wilfred, que era un tipo bastante estable, maduró de golpe. Creo que era lo suficientemente lúcido para comprender, mejor que nosotros, que la miseria se nos estaba comiendo. Dejó discretamente la escuela y se fue a la ciudad a buscar trabajo. Cogía el primer empleo que encontraba y volvía por la noche, muerto de cansancio, con todo el dinero que había podido recoger y se lo entregaba a mi madre.

Hilda, que también había sido siempre una chica equilibrada, se encargó de los pequeños. Philbert y yo no hicimos nada. Nos limitábamos a pelearnos continuamente, entre nosotros en casa, y con los niños blancos en la escuela. Algunas veces, las peleas eran por cuestiones raciales, pero normalmente puede decirse que discutíamos por cualquier cosa.

Pusieron a Reginald bajo mi protección. Desde que había empezado a andar, nos habíamos hecho muy amigos. Supongo que me gustaba verlo, tan

pequeño y tratándome con tanto respeto.

Mi madre empezó a comprar de fiado. A mi padre eso nunca le había gustado. «El crédito —decía siempre— es el primer paso hacia las deudas, es el principio de la vuelta a la esclavitud». Después se puso a trabajar. Fue a Lansing, donde encontró diversos empleos, de limpiadora y costurera, en las casas de los blancos. Por lo general no se daban cuenta de que era negra. En Lansing había muchos blancos que no querían tener negros en casa.

Todo iba bien hasta que descubrían quién era, quién había sido su marido. Entonces la despedían. Recuerdo que volvía a casa llorando, tratando de esconder las lágrimas por haber perdido un trabajo tan necesario.

Un día, uno de nosotros —no me acuerdo cuál— tuvo que ir adonde trabajaba y la gente, al ver al niño, se dio cuenta de que la madre era negra: la pusieron inmediatamente en la calle. Esa vez volvió llorando, pero sin disimularlo.

Cuando los de la beneficencia pública vinieron por primera vez a nuestra casa, al volver de la escuela los encontramos hablando con nuestra madre. Le hacían mil preguntas. La miraban, nos miraban, miraban toda la casa, como si no fuéramos personas. Al menos, ésa era mi impresión. Para ellos éramos «cosas», nada más.

Mi madre empezó a recibir cheques: uno venía de la beneficencia pública y el otro era una pensión de viudedad, me parece. Los cheques nos ayudaban a vivir. Pero eran insuficientes, y nosotros, demasiado numerosos. Cuando llegaban, a principios de mes, uno ya estaba hipotecado por entero, o más: lo debíamos al tendero. Y el segundo no duraba mucho tiempo.

Empezamos a ir de capa caída, más lentamente en el plano físico que en el psicológico. Mi madre era, antes y por encima de todo, una mujer tremendamente orgullosa; le costaba aceptar la caridad y nosotros la imitábamos.

Pronto empezó a mostrarse agresiva con el tendero, que no hacía más que aumentar la cuenta, le decía que no era una ignorante y eso a él no le gustaba. A los de la beneficencia les decía que no era un niña, que podía cuidar a sus hijos sola, y que no tenían por qué meterse en sus asuntos. Y a ellos eso tampoco les gustaba.

Pero el cheque mensual les sirvió de introducción. Empezaron a actuar

como si nosotros les perteneciéramos. Mi madre habría querido cerrarles las puertas en las narices, pero no podía. Se enfureció cuando empezaron a hablar por separado con los más mayores, en el porche de la casa o en otra parte, y les hacían muchas preguntas y les hablaban mal de la madre o de los hermanos.

Nosotros no podíamos llegar a entender por qué nuestra madre no quería aceptar la carne, los sacos de patatas o de fruta, las conservas de todas clases que el Estado quería darnos. No comprendí hasta mucho tiempo después que mi madre se esforzaba desesperadamente para conservar intacta su dignidad y la nuestra.

Era lo único que nos quedaba, ya que en 1934 empezamos realmente a pasar hambre. Creo que fue el peor año de la Depresión. Entre todas las personas que conocíamos, ninguna tenía para vivir. Los viejos amigos de la familia venían a vernos alguna vez. Al principio, nos traían comida. Mi madre la aceptaba, aunque fuera caridad.

Wilfred seguía ayudando a la casa y mi madre trabajaba, cuando podía. En Lansing, había una panadería adonde íbamos dos de los pequeños y comprábamos por un *nickel*[4] un gran saco de harina lleno de pan del día anterior y de pasteles secos; después nos volvíamos a casa (eran tres kilómetros) con el saco a cuestas. Creo que mi madre sabía hacer con el pan gran cantidad de platos diferentes: guiso de tomates con pan y huevos, si teníamos; pastel de pan, con pasas de vez en cuando. Si podíamos comprar carne picada, hacía hamburguesas, con más pan que carne. Los pasteles secos nos los comíamos enseguida.

Pero a veces, no teníamos ni siquiera ese dinero y pasábamos tanta hambre que nos daba vueltas la cabeza. Entonces mi madre hacía un gran caldo de hierbas, y eso era lo que comíamos. Recuerdo que un vecino retrasado decía que comíamos «hierba frita», y los niños se reían de nosotros. Otras veces, con un poco de suerte, podíamos comer cocido de avena o de maíz tres veces al día, o cocido por la mañana y pan de maíz por la noche.

Philbert y yo éramos ya demasiado mayores para pegarnos. Cazábamos conejos con la carabina 22 de mi padre y los vendíamos a los vecinos blancos. Ahora me doy cuenta de que sólo los compraban para ayudarnos,

pues ellos también cazaban conejos, como todo el mundo. A veces, Philbert y yo nos llevábamos a Reginald a cazar. No era muy fuerte, pero estaba orgulloso de poder acompañarnos. Colocábamos trampas de ratón almizclero en el arroyo que corría por detrás de la casa, y esperábamos boca abajo, en completo silencio, que llegase una rana que no sospechase nada. Entonces la matábamos con una lanza, le cortábamos las patas y las vendíamos a los vecinos a un *nickel* el par. Parecía que los blancos no eran tan remilgados con la comida como nosotros.

Después, a finales de 1934, creo, las cosas comenzaron a empeorar. La familia fue deteriorándose psicológicamente y nuestro orgullo se consumía poco a poco, quizá porque teníamos la prueba cotidiana y tangible de que nos estábamos hundiendo en la pobreza. Conocíamos otras familias que subsistían gracias a la beneficencia pública. Pero nosotros, sin que nadie lo hubiera dicho nunca explícitamente, nos habíamos sentido muy orgullosos de no tener que acudir a las distribuciones gratuitas de alimentos. Pero entonces comenzamos a ir nosotros también, junto con los demás. En la escuela nos señalaban con el dedo, nos llamaban los de «la beneficencia», y lo decían incluso en voz alta.

Parecía que todo lo que teníamos en casa para comer estuviera marcado con el rótulo «Prohibida la venta». Los víveres que nos daba el Estado llevaban esta advertencia para evitar el mercado negro. Me sorprende que no llegáramos a creer que «Prohibida la venta» era una marca.

A veces, en vez de volver a casa al salir de la escuela, recorría a pie los tres kilómetros que nos separaban de Lansing. Iba de tienda en tienda, me detenía ante los escaparates llenos de cajas de manzanas, de toneles, de cestos, y buscaba la ocasión de aprovecharme. Me comía lo que fuera.

A veces iba a ver, a la hora de cenar, a una familia que conocíamos. Ellos sabían muy bien por qué iba, pero lo disimulaban para no avergonzarme. Me invitaban a cenar y yo me atracaba.

Me gustaba mucho ir a visitar a los Gohanna. Eran gente estupenda, de avanzada edad, que iban regularmente a la iglesia. Ellos eran quienes provocaban los saltos y los gritos cuando mi padre predicaba. Tenían un sobrino al que todo el mundo llamaba Big Boy. Nos entendíamos muy bien los dos. La señora Adcock, que iba con ellos a la iglesia, vivía también allí.

Siempre estaba dispuesta a ayudar, no se separaba de la cabecera de un enfermo. Fue ella la que, años más tarde, me dijo algo que nunca olvidaría: «Malcolm, hay una cosa que me gusta de ti. No vales nada, pero no tratas de disimularlo. No eres un hipócrita».

A medida que pasaba más tiempo fuera de casa, robando en las tiendas y yendo a comer a casa de los demás, me fui volviendo más audaz: cuando quería una cosa, procuraba conseguirla de inmediato. Crecí muy deprisa, más físicamente que moralmente. La gente de la ciudad comenzaba a reconocerme y tomé conciencia de la actitud de los blancos hacia mí. Me di cuenta de que tenía algo que ver con mi padre. Era la versión adulta de lo que murmuraban los niños de la escuela: que la Legión Negra, o el Klan, habían asesinado a mi padre y que la compañía de seguros le había jugado una mala pasada a mi madre al negarse a pagar.

Alguna vez me atraparon robando y los de la Asistencia Social empezaron a interesarse especialmente por mí. Había que mandarme a algún sitio. Un día mi madre estaba muy nerviosa y aseguraba que era muy capaz de educar a sus hijos sola. Cuando se enteró de que yo había robado, empezó a azotarme, y yo intenté dar la alarma gritando. Hay una cosa de la que me he sentido siempre muy orgulloso, y es que nunca le levanté la mano a mi madre.

En las noches de verano, otra de nuestras actividades consistía en ir por la carretera o a campo traviesa y robar[5] sandías. Los blancos asociaban siempre el robo de las sandías con los negros, así que empezaron a llamarnos también *coons*. Si un niño blanco robaba sandías, le decían que se portaba como los negros. Los blancos quieren disimular o justificar siempre todos los defectos cargándolos a espaldas de los negros.

Recuerdo que una noche de Halloween nos habíamos juntado una pandilla para hacer de las nuestras por allí. La diversión consistía en volcar la estructura de madera que protegía las viejas letrinas de las casas de campo. Nos aproximábamos sigilosamente por detrás de la letrina, y entonces entre todos la empujábamos para volcarla. Bueno, esa noche un viejo campesino decidió tendernos una trampa, conocedor de ese juego que seguramente él había practicado en la niñez. El viejo retiró la estructura de la letrina y la colocó delante del agujero, con lo cual éste quedó al descubierto. Nosotros

nos acercamos despacio en fila india, en plena oscuridad; los dos niños blancos que abrían la marcha se cayeron en el pozo de la letrina y quedaron hundidos hasta el cuello. Olían tan mal que nos costó ayudarlos a salir del pozo. Los blancos estaban tan acostumbrados a abrir el camino que esa vez habían terminado en el pozo.

Poco a poco, fui aprendiendo cosas de la vida. También me dediqué a recoger fresas. No recuerdo cuánto me pagaban por cada cesto, pero al cabo de una semana de trabajo había ganado un dólar, que en aquel tiempo era mucho. Tenía un hambre feroz y no sabía qué hacer. Camino de la ciudad, iba pensando en las cosas sabrosas que podría comer cuando me encontré con Richard Dixon, un muchacho blanco, mayor que yo, que me preguntó si quería jugar a cara o cruz. Me dio dinero suelto. Al cabo de media hora, lo había recuperado todo, y encima se quedó con mi dólar. En vez de ir a comprar alguna cosa a la ciudad volvía a casa, con las manos vacías y amargado. Pero eso no fue nada comparado con lo que sentí, más tarde, cuando me di cuenta de que había hecho trampa. Hay una manera de tirar la moneda, cogerla y hacerla salir del lado que uno quiera. Fue mi primera lección de juego: el que gana siempre es un tramposo. Más adelante, aprendí a sospechar cada vez que empezaba a perder sin parar en el juego. Es como el negro de Estados Unidos que ve que el blanco gana todas las partidas. El blanco es un profesional: tiene todas las cartas buenas en la mano y nos da siempre las malas.

Fue más o menos por ese tiempo, cuando los protestantes de la Iglesia Adventista de los Santos del Séptimo Día, que se habían instalado cerca de casa, vinieron a ver a mi madre. Le hablaron durante horas y horas, y le dejaron folletos, octavillas y revistas. Ella los leyó. Wilfred, que volvía a ir a la escuela desde que recibíamos ayudas, leía mucho también. Estaba siempre sobre los libros.

Al cabo de poco tiempo, mi madre empezó a frecuentar asiduamente a los adventistas. Creo que el influjo que ejercían sobre ella se explicaba porque sus tabúes alimenticios eran aún más numerosos que los de ella. Al igual que nosotros, estaban en contra del conejo y del cerdo, según la ley de Moisés. Sólo comían carne de rumiante con pezuña partida. Nosotros la acompañábamos a las reuniones de la iglesia adventista. Lo que nos

interesaba más era que comíamos bien. Pero también escuchábamos. Había unos cuantos negros que habían venido de las pequeñas ciudades de los alrededores, pero creo que el noventa y nueve por ciento de los asistentes eran blancos. Los adventistas tenían la convicción de que se acercaba el fin del mundo. De todos los blancos que yo había conocido, eran los más amables. Pero en algunos aspectos se diferenciaban de nosotros: los niños observamos que ponían muy pocas especias en la comida y que no olían como nosotros.

Durante todo ese tiempo, los de la Asistencia Social no dejaron de molestar a mi madre. Ella los odiaba y no intentaba disimularlo, no los quería en casa. Pero ellos seguían viniendo, seguros de su derecho, y sembraban entre nosotros la semilla de la discordia. Nos preguntaban, por ejemplo, cuál era el más inteligente de nosotros, y por qué yo era «tan distinto».

Pensaban, me imagino, que poner a los niños en familias adoptivas formaba parte de sus funciones legítimas. El resultado les traería menos complicaciones. Cada vez que tenían un enfrentamiento con mi madre, después me tocaba a mí. Yo era su principal objetivo: era un ladrón, y eso significaba que mi madre no se ocupaba de mí.

Todos habíamos sido traviesos en un momento u otro, pero yo más que los otros. Philbert y yo estábamos siempre en guerra, lo que —entre otras cosas — permitió que fuera en aumento la presión que ejercían sobre mi madre.

No recuerdo muy bien cómo ni cuándo fue que los de la Asistencia Social insinuaron que mi madre había perdido la razón. Sin embargo, recuerdo vívidamente que la trataron de «loca» cuando un campesino negro que era vecino nuestro le ofreció carne de cerdo —un animal entero, o quizá dos— y ella no lo aceptó. La trataron de «loca» en su propia cara porque rechazaba la carne; todos lo oímos perfectamente. Ella les explicó que no habíamos comido nunca cerdo, que eso era contrario a la religión de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, que ella profesaba, pero para ellos la explicación no tenía sentido.

Parecían buitres. No tenían por mi madre ninguna simpatía, ni compasión ni respeto. «Está loca, ¿por qué rechaza la carne que le ofrecen?», nos dijeron aquel día, en que la unidad de nuestro hogar comenzó a desintegrarse. Evidentemente, teníamos dificultades, y yo no ayudaba en

nada. Pero si hubiéramos permanecido unidos, habríamos podido arreglarnos. Yo era malo, lo sé, creaba problemas y preocupaciones a mi madre, pero la quería.

Nos enteramos que los de la Asistencia Social habían hablado con los Gohanna y que ellos habían aceptado albergarme. Al saberlo, mi madre sufrió una crisis, y los destructores de hogares se largaron por un tiempo.

Entonces comenzó a visitarnos el gran negro de Lansing. No recuerdo cómo lo conoció mi madre; quizá fue a través de amistades comunes. Tampoco sé en qué trabajaba. Por otra parte, en Lansing, en 1935, los negros no ejercían verdaderamente algo que pudiera llamarse «empleo». Pero aquel negro grandote se parecía un poco a mi padre. Lo único que recuerdo es su nombre, pero no es preciso mencionarlo. El asunto es que él era un hombre soltero y mi madre una viuda de apenas treinta y seis años de edad. Era independiente y ella lo admiraba por eso. Mi madre tenía dificultades para mantener la disciplina con nosotros, y la presencia de un tipo así le sería muy útil. Además, con un apoyo material podría mandar al diablo a los de la Asistencia Social.

Los niños lo comprendimos muy bien sin necesidad de hablar. No pusimos ninguna objeción. Nos acostumbramos, e incluso nos divertía el ver a nuestra madre vistiéndose con sus mejores galas. Era aún una mujer hermosa, y cada vez que él venía, se transformaba por completo: estaba alegre, risueña, como no la habíamos visto desde hacía muchos años.

La visitó durante un año, creo. Pero hacia 1936 o 1937, la dejó plantada de repente; un buen día, dejó de venir. Por lo que he podido comprender más tarde, se echó atrás ante la responsabilidad de ocho bocas que alimentar. Desde luego, era para asustarse. Hoy en día, comprendo la trampa en que había caído mi madre, con todos nosotros a cuestas. Comprendo, también, por qué aquel hombre rehuyó una responsabilidad tan tremenda.

Fue un golpe terrible para mi madre. El principio del fin de la realidad. Empezó a hablar sola, sentada o andando, como si ignorase nuestra presencia.

Los de Asistencia Social vieron el estado de depresión en que se encontraba y entonces tomaron medidas para alejarme de casa. Me hicieron

ver lo agradable que sería vivir con los Gohanna, que me querían mucho, con Big Boy y la señora Adcock.

Yo también los apreciaba mucho. Pero no quería separarme de Wilfred, mi hermano mayor, a quien admiraba; ni de Hilda, que era como una segunda madre para mí; ni de Philbert. Aunque nos pegásemos, éramos buenos amigos. Ni de Reginald, que estaba muy débil por culpa de la hernia y me consideraba su protector, de la misma manera que yo consideraba a Wilfred. Sin olvidar a los pequeños: Yvonne, Wesley y Roben.

Mi madre, cuanto más hablaba sola, menos se preocupaba de nosotros. Se había vuelto irresponsable. La casa estaba cada vez más sucia, y nosotros, más descuidados. Entonces era Hilda quien hacía la comida.

Veíamos que nuestra madre, el pilar de la familia, cedía poco a poco. Era algo terrible, como el inicio de una catástrofe: nos sentíamos impotentes para ayudarla y, a la vez, no podíamos alejarnos de ella. Entonces, los pequeños tuvimos que apoyarnos en Wilfred e Hilda; los mayores, los más fuertes.

Cuando me mandaron, por fin, a casa de los Gohanna, estaba bastante contento, al menos en apariencia. Lo único que dijo mi madre, cuando salí de casa con el funcionario que me escoltaba, fue: «No le dejen comer cerdo».

En muchos aspectos, estaba mejor en casa de los Gohanna. Compartía una habitación con Big Boy y nos entendíamos bien, pero no era un verdadero hermano. Los Gohanna eran muy creyentes. Big Boy y yo íbamos con ellos a la iglesia. Los ministros y los fieles saltaban todavía más alto y gritaban aún más fuerte que los baptistas que yo había conocido. Cantaban a pleno pulmón, se balanceaban de adelante atrás, lloraban, gemían, tocaban tambores, entonaban salmos.

Los Gohanna y la señora Adcock eran unos apasionados de la pesca y, a veces, Big Boy y yo los acompañábamos los sábados. Yo iba al instituto, que quedaba en pleno barrio negro. Había algunos niños blancos, pero Big Boy y yo no alternábamos con nuestros compañeros de clase. Cuando íbamos a pescar, tener que esperar que el pez viniera a morder el anzuelo no nos satisfacía. Pensaba que debía de haber un truco mucho mejor para cogerlos, pero no lo habíamos descubierto todavía.

El señor Gohanna era muy amigo de los cazadores, que nos llevaban algunos sábados a Big Boy y a mí a cazar conejos. Con permiso de mi madre, me había llevado la carabina 22. Los mayores tenían su método. Normalmente, cuando el perro persigue un conejo y éste se salva, el animal, por instinto, describe un círculo y, más tarde o más temprano, vuelve al lugar donde el perro se le echó encima. Pues bien, los viejos se escondían en algún sitio, esperaban que el conejo volviera y entonces le disparaban. Ese método me dio que pensar, y al final, encontré otra estrategia. Big Boy y yo nos alejábamos de los viejos y nos dirigíamos al lugar por donde, según mis cálculos, tenía que pasar el conejo cuando volvía.

Eso siempre daba resultado. Llegué a coger tres o cuatro conejos mientras ellos no cogían ninguno. Lo curioso es que los viejos no sabían cómo lo hacía, y no cesaban de prodigarme elogios por mi habilidad. Yo tenía entonces unos doce años. Lo único que había hecho era mejorar su técnica, y para mí era una lección muy importante: si alguna vez se ve que alguien triunfa en lo que uno ha fracasado, sobre todo cuando ambos están en igualdad de condiciones, es que el otro hizo algo que uno no ha hecho.

Iba bastante a menudo a casa. De vez en cuando, Big Boy o alguno de los Gohanna me acompañaban. Por suerte, porque con ellos era más fácil.

Los de la Asistencia Social enseguida trataron de separar a mi madre de todos sus hijos. Hablaba sola todo el día, y cada vez había más blancos que iban a verla y le hacían un montón de preguntas. Incluso venían a verme a casa de los Gohanna y me interrogaban en el porche o en el coche.

Mi madre acabó hundiéndose del todo y, por decisión del tribunal, la llevaron al hospital psiquiátrico de Kalamazoo.

Se encontraba a unos ciento veinte kilómetros de Lansing, a una hora y media de autobús. Todos los hijos quedamos bajo la protección de un tal juez McClellan, de Lansing. Estábamos bajo tutela judicial, «pupilos del Estado». ¡Un blanco responsable de niños negros! Aun con las mejores intenciones, no era otra cosa que la esclavitud moderna, legalizada.

Mi madre estuvo unos veintiséis años en el hospital de Kalamazoo. Cuando yo era todavía un adolescente y vivía en Míchigan, iba a verla algunas veces. Nada me ha conmovido nunca tanto como el lamentable estado en que la encontraba. En 1963 la sacamos de allí y ahora vive con

Philbert en Lansing.

Era mucho peor que si hubiera estado enferma físicamente; en ese caso, hubiéramos sabido por qué, le hubiéramos dado medicamentos y se habría curado. Cada vez que íbamos a verla, en el momento en que la traían, como un simple número, y la alejaban de mí, me ponía más triste.

La última vez que la visité allí, en 1952, yo tenía veintisiete años. Philbert me había dicho que en su última visita casi no lo había reconocido. «A ratos», me dijo. Pero a mí no me reconocía en absoluto. Me miraba fijamente. No sabía quién era. Yo intentaba hablarle, hacerle entender, pero ella tenía siempre la cabeza en otra parte. Le preguntaba: «Mamá, ¿sabes a qué día estamos?». Y ella me decía, mirándome fijamente: «Todos se han marchado».

No puedo explicar lo que sentía entonces. La mujer que me había traído al mundo, cuidado, aconsejado, castigado, querido, no me conocía. Yo la miraba. La oía «hablar». Pero no podía hacer nada por ella. Creo que si alguna familia ha sido destruida por la Asistencia Pública, ésa es la nuestra. Nosotros queríamos estar juntos y lo intentamos. No había motivo que justificara la destrucción de nuestro hogar. Pero los de la Asistencia Social, el juez y el médico del juzgado nos dieron el golpe de gracia. Y no éramos los únicos en estas circunstancias.

Aquel día supe que no volvería a ver a mi madre. Ya que nos habían considerado números, casos sociales que figuran en los expedientes, y no seres humanos, yo habría podido volverme una persona mala y peligrosa. Mi madre había llegado a ese estado porque la sociedad había faltado a su deber, se había mostrado hipócrita, avara, inhumana. Eso me enseñó a no tener compasión por una sociedad que primero aplasta a los hombres y luego los castiga por no ser capaces de soportar la prueba.

Casi nunca he hablado a nadie de mi madre, porque sería capaz de matar sin dudarlo ni un instante a cualquiera que la injuriase. Por eso no he querido abrir ninguna rendija para que el primer imbécil se inmiscuya.

Pero volviendo a 1937, cuando mi familia se dispersó, Wilfred y Hilda eran ya lo suficientemente mayores como para que se les autorizase a vivir en la gran casa de cuatro habitaciones que mi padre había construido. Philbert fue colocado en otra familia de Lansing, en casa de la señora

Hackett; Reginald y Wesley, en casa de los Williams amigos de mi madre; Yvonne y Robert, en casa de los McGuire, una gente de las Antillas.

A pesar de la distancia que nos separaba, seguimos estando muy unidos y nos veíamos en Lansing, en la escuela o en cualquier otra parte, siempre que podíamos. La separación y la distancia que artificialmente habían creado no lograron apagar los sentimientos que todos los hermanos experimentábamos.

---

[2] Siglas de Universal Negro Improvement Association. [Todas las notas son de los traductores].

[3] Denominaciones despectivas que se aplican a personas de color.

[4] En Estados Unidos, moneda de cinco centavos.

[5] El autor utiliza la palabra *coon*, en jerga «robar».

La mascota

El 27 de junio de 1937, el boxeador Joe Louis venció a James J. Braddcok y se convirtió en el campeón del mundo de los pesos pesados. Los negros de Lansing, y los de todas partes, estaban locos de alegría: Joe Louis era el orgullo de nuestra raza, el ídolo de mi generación. Desde que empezaban a andar, los niños negros soñaban con ser la próxima «bomba negra». Mi hermano Philbert no era una excepción; en el instituto ya era bastante buen boxeador. (Yo, en cambio, empecé a jugar al baloncesto, pero no tuve mucho éxito. Era muy alto, pero también muy torpe). En otoño de ese mismo año, Philbert participó en los combates de aficionados que se celebraban en el Auditorium Prudden de Lansing.

Resultó vencedor en las pruebas eliminatorias, que eran cada vez más difíciles. Yo iba a ver cómo se entrenaba en el gimnasio. Resultaba apasionante. Quizá sin darme cuenta, le envidiaba secretamente. Además, no podía ignorar el hecho de que la admiración que Reginald había sentido siempre por mí empezaba a desviarse.

Philbert era un boxeador nato, decían. Pensé que siendo de la misma familia, yo también debía de serlo. Así entré en el mundo del boxeo. Creo que tenía trece años cuando me inscribí para el primer combate; pero era tan alto y tan atrevido que aparentaba dieciséis, como mínimo. Pesaba cincuenta y ocho kilos. Era, por tanto, un peso pluma.

Mi contrincante era un blanco, novato como yo, que se llamaba Bill Peterson. Nunca lo olvidaré. Cuando nos llegó el turno, mis hermanos y casi toda la gente que conocía estaban mirándome. No habían venido a verme a mí precisamente, sino a Philbert, que ya contaba con abundantes

seguidores, y éstos querían saber qué haría su hermano.

Salté al cuadrilátero y me presentaron a Bill. Después, el árbitro soltó el habitual rollo sobre el juego limpio que esperaba de nosotros. Sonó la campana. Yo sabía que estaba asustado, pero lo que no sabía (Bill Peterson me lo dijo más tarde) es que él también lo estaba. Tenía tanto miedo de que le hiciera daño que me tumbó al menos cincuenta veces.

Perdí mi reputación en el barrio negro hasta tal punto que tuve casi que desaparecer de la circulación. Un negro no puede dejarse vencer por un blanco y volver con la cabeza alta al barrio. Y menos en aquella época en que los deportes y, en menor escala, los espectáculos eran los únicos campos en los que un negro podía vencer a un blanco sin acabar linchado. Cuando volví a aparecer por allí, los negros que me conocían se burlaron tanto de mí que comprendí que tenía que hacer algo.

Lo que más me humilló fue el comportamiento de Reginald, mi hermano menor: no hablaba nunca del combate, pero era la manera en que me miraba y evitaba mi mirada. Entonces decidí volver al gimnasio y entrenarme duramente. Pegaba puñetazos a los sacos, saltaba a la cuerda, gruñía, sudaba agua y sangre. Por fin, me inscribí en las listas para combatir de nuevo con Bill Peterson, esta vez en Alma, su propia ciudad natal, también en el estado de Míchigan.

Ese segundo encuentro tuvo sólo una ventaja respecto al primero: casi ninguno de mis amigos estaba en la sala. Agradecía sobre todo que Reginald no hubiera venido. En cuanto sonó la campana, me llegó un puñetazo; vi la lona que subía, y diez segundos después oí al árbitro, que estaba sobre mi cabeza y pronunciaba: «¡Diez!». Fue, sin duda alguna, el combate más corto de la historia. Oía al árbitro que contaba, pero me sentía incapaz de levantarme. A decir verdad, no estoy muy seguro de que quisiera hacerlo.

Aquel muchacho blanco fue el principio y el fin de mi carrera pugilística. Durante estos últimos años, desde que me convertí al mahometismo, he pensado muchas veces en esta historia y creo que fue Alá quien impidió que siguiera adelante: habría podido convertirme en una máquina de pegar.

Poco después de ocurrir esto, entré en la clase con el sombrero puesto. Lo hice adrede. El profesor, que era blanco, me ordenó que me lo quitase y que

paseara por toda la clase hasta nueva orden. «Así —dijo— todo el mundo te verá. Y mientras tanto, daremos la clase para los que quieren aprender».

Seguía aún paseándome cuando el profesor se levantó para escribir algo en la pizarra. Todos los alumnos lo miraban. Entonces pasé por detrás de su mesa y le coloqué un clavo en la silla. Cuando volvió a sentarse, yo estaba ya lejos del lugar del crimen, en el fondo del aula. Se sentó sobre el clavo. Lo oí chillar y levantarse como un rayo mientras yo salía por la puerta.

Mi conducta era tal que no me sorprendió en lo más mínimo que me expulsaran.

Supongo que debí de pensar que si no asistía al instituto, podría quedarme en casa de los Gohanna y pasearme por la ciudad, o quizás encontrar un trabajo para ganar un poco de dinero. Por eso me quedé tan sorprendido cuando un funcionario del Estado, a quien yo no conocía, vino a buscarme a casa de los Gohanna y me llevó ante el juez.

Me dijeron que me iban a mandar a un reformatorio. Sólo tenía trece años.

Pero primero me llevaron a un centro de rehabilitación situado en Mason (Míchigan), a unos veinte kilómetros de Lansing. Allí iban todos los chicos y chicas «malos» de la región de Ingham, en espera de comparecer ante el juez de menores.

El funcionario blanco se llamaba Maynard Allen. Era más amable conmigo que la mayoría de los de la Asistencia Social. Incluso trató de consolar a los Gohanna, a la señora Adcock y a Big Boy, que lloraban a lágrima viva. Yo no. Metí la poca ropa que tenía en una caja. Fuimos a Mason en el coche de Allen. Me dijo que si iba por el buen camino, podría llegar a ser alguien, se veía en mis notas. Añadió que se hablaba injustamente de los reformatorios, dijo que la palabra «reforma» significaba que un joven como yo podía mejorar, tomar conciencia de sus errores y llegar a ser alguien de quien todo el mundo se sintiera orgulloso. Me dijo también que la directora del centro de rehabilitación, una tal señora Swerlin, y su marido eran muy buenas personas.

Y era verdad. La señora Swerlin dominaba a su marido: recuerdo que era una mujer robusta, de pecho generoso, que estaba siempre riendo. El señor Swerlin era delgado, y muy rubicundo, tenía el cabello y el bigote negros. Era discreto y educado, incluso conmigo.

Les caí en gracia desde el primer momento. La señora Swerlin me enseñó mi habitación, mi propia habitación, la primera que tenía en mi vida. Estaba en un gran edificio, como un inmenso dormitorio, donde colocaban por entonces a los jóvenes detenidos y en muchos lugares aún lo hacen. Descubrí enseguida, con gran asombro por mi parte, que podíamos comer en la propia mesa de los Swerlin. Era la primera vez que comía con adultos blancos desde las reuniones de la iglesia adventista. Naturalmente, yo no era el único que tenía ese privilegio: excepto los más indisciplinados —los que habían intentado escaparse y que, por tanto, permanecían encerrados—, comíamos todos con los Swerlin, que se sentaban al extremo de una mesa muy larga.

Recuerdo que había una ayudante de cocina que era blanca; Lucille Lathrop, se llamaba. (Me sorprende la forma en que recuerdo esos nombres, que vienen de una época en la que no he pensado durante más de veinte años). Lucille también me trataba bien. Su marido se llamaba Duane y trabajaba fuera del centro de rehabilitación, pero pasaba en éste los fines de semana.

Allí también me di cuenta de que los blancos no olían como nosotros; además, la comida sabía distinta, porque no ponían tantas especias. Empecé a barrer y a limpiar el polvo como lo hacía en casa de los Gohanna con Big Boy.

Todos estaban satisfechos de mí, y como me querían, me aceptaron enseguida. Ahora me doy cuenta de que me tomaban por una mascota. Delante de mí, hablaban de todo lo que se les ocurría, como quien habla en presencia del canario. Hablaban incluso de mí, o de «los negros», como si yo no estuviera o no entendiera el sentido de esa palabra. La repetían al menos cien veces al día, pero no era con malicia, sino todo lo contrario. Lo mismo pasaba con Lucille, la cocinera, y con el marido. Un día, el señor Swerlin, al volver de un paseo por el barrio negro, dijo delante de mí a su esposa: «No entiendo cómo se las arreglan “los negros” para ser felices y pobres a la vez». Añadió que vivían en chabolas, pero en cambio tenían magníficos coches en la puerta.

La señora Swerlin respondió, también delante de mí: «Los “negros” son así». No olvidaré nunca esa conversación.

Lo mismo ocurría con los blancos, casi siempre relacionados con la política, que venían a ver a los Swerlin. La mayoría de las veces, «los negros» eran el tema de conversación. El juez que llevaba mi caso en Lansing era muy amigo de los Swerlin. Preguntó por mí en cuanto llegó y me miró de arriba abajo, con gesto de aprobación, como si fuera un hermoso potro o un perro de caza. Seguramente le habrían contado acerca de mi forma de ser y de cómo trabajaba.

Jamás se les ocurrió pensar que yo era capaz de entender, que no era un perrito, sino un ser humano. No me atribuían sensibilidad ni inteligencia ni las facultades que hubieran reconocido en un muchacho blanco. Los blancos han considerado siempre que el negro es un ser que puede estar con ellos, pero que nunca será uno de los suyos. Aunque pareciese que me abrían las puertas, seguían manteniéndolas cerradas. En el fondo, yo les pasaba desapercibido.

Es precisamente esa clase de condescendencia la que hoy trato de desenmascarar a los negros ávidos de «integrarse» en la sociedad norteamericana, que consideran que sus amigos blancos son «liberales», los llamados «blancos buenos». De acuerdo, son «amables». ¿Y después, qué? Pensad que el blanco nunca ve al negro como se ve a sí mismo, o como ve a los suyos. Puede que esté con el negro en los momentos fáciles, pero nunca en los difíciles. En el fondo, está convencido hasta la médula de que vale más que cualquier negro.

Pero yo no me daba cuenta de todo eso cuando estaba en el centro de rehabilitación. Hacía mi trabajo y todo iba bien. Los fines de semana me daban permiso para ir a Lansing. Nadie me impedía pasear por las calles del barrio negro, incluso de noche. No tenía edad suficiente, pero lo aparentaba por mi altura.

Crecía más rápidamente que Wilfred y Philbert. Ellos habían empezado ya a conocer chicas en los bailes del instituto y me presentaron algunas. Pero las que me encontraban agradable no me gustaban a mí, y viceversa. De todos modos, yo no sabía bailar y no tenía la menor intención de malgastar en chicas el poco dinero que tenía. Prefería pasar esos sábados por la noche paseando por los bares y restaurantes negros. En las máquinas de discos sonaban *Tuxedo Junction* de Erskine Hawkins, *Flatfoot Floogie* de Slim and

Slam, y otras canciones similares. A veces, venían bandas importantes de Nueva York a tocar por una noche en los bailes principales de la ciudad. Cualquier músico que llegara de Nueva York —nombre mágico por excelencia— servía para atraer a todo bicho viviente. De esa manera, escuché por vez primera a Lucky Thompson y Milt Jackson, a quienes luego conocería en Harlem.

Muchos jóvenes salían del centro de rehabilitación en la fecha prevista para ir al reformatorio. Pero cuando llegó mi turno, y llegó dos o tres veces, se ignoraron las órdenes. Veía otros muchachos que llegaban y se marchaban. Yo se lo agradecía mucho a la señora Swerlin —sabía que era ella quien lo arreglaba todo— porque no tenía ganas de irme.

Un día me dijo que me enviaría al instituto de Mason, que era el único de la ciudad. Los pupilos del centro de rehabilitación no iban casi nunca a clase. Los únicos negros que había, aparte de mí, eran los Lyons, menores que yo, que iban a clases inferiores. Resultó que los Lyons y yo éramos los únicos negros de toda la ciudad. Los Lyons, pese a tratarse de negros, eran gente muy apreciada. El señor Lyons era inteligente y trabajaba mucho. La señora Lyons era una mujer estupenda. Ella y mi madre eran dos de las cuatro personas procedentes de las Antillas que vivían en aquella zona de Míchigan.

Algunos jóvenes blancos que conocí eran todavía más simpáticos que los de Lansing. Me llamaban *nigger*, naturalmente, pero no querían hacerme ningún daño, como los Swerlin. Al ser el único *nigger* de la clase me hice muy famoso; supongo que ello se debía, en parte, a que constituía toda una novedad. Estaba muy solicitado. Me daban la primacía absoluta en todo. Pero mi prestigio se debía también a la «recomendación» de la señora Swerlin, que era toda una personalidad de la ciudad. En Mason, nadie se atrevía a enfrentarse con ella. Llegué al extremo de no poder pasar un día en el instituto sin que se me reclamara en los grupos de debate o en el equipo de baloncesto. Yo aceptaba siempre.

No pasó mucho tiempo antes de que la señora Swerlin me consiguiera trabajo de lavaplatos en un restaurante, pues sabía que sería responsable con el dinero que ganara. El patrón era el padre de un compañero de clase, un blanco con el que me relacionaba mucho. La familia vivía en la planta de

arriba del restaurante. Trabajaba después de salir de clase, y el asunto me gustaba. Los viernes, cuando me pagaban, me sentía como si hubiera crecido tres metros, al menos. Ni sabía cuánto había ganado, pero me parecía un montón de dinero. Era la primera vez en toda mi vida que podía hablar de dinero, de dinero que fuera sólo mío. Pude invitar a los compañeros de clase, igual que ellos hacían conmigo, y en cuanto reuní lo suficiente, me compré un traje de color verde y un par de zapatos.

Mis asignaturas preferidas eran literatura e historia. El profesor de literatura, el señor Ostrowski, me daba siempre consejos sobre la manera de llegar a ser alguien. Lo único que no me gustaba de las clases de historia era la manía del profesor, el señor Williams, de explicar chistes de negros. Un día, durante mi primera semana de clase, entré en el aula en el momento en que el señor Williams entonaba para divertirse: «Allá en los campos de algodón hay quien dice que los negros no son ladrones». Muy divertido. Me gustaba mucho la historia, pero a partir de ese día dejó de gustarme el profesor. El manual dedicaba sólo un párrafo a la historia de los negros. El señor Williams nos lo leyó de un tirón, riéndose al mismo tiempo: los negros habían sido esclavos, se habían emancipado, pero eran casi siempre perezosos, tontos e indolentes. El señor Williams añadía detalles de su cosecha: como verdadero antropólogo nos explicó, entre dos carcajadas, que los negros tenían unos pies «tan grandes que al andar dejaban agujeros en vez de huellas».

Siento mucho tener que decir que no me gustaban las matemáticas. He reflexionado mucho sobre este asunto. Creo que era porque en matemáticas no hay discusión posible. Si uno se equivoca, se equivoca y basta.

El baloncesto, en cambio, era para mí muy importante. Formaba parte del equipo. Íbamos a jugar a las ciudades vecinas, Howell y Charlotte. En cuanto me veían, los espectadores me llamaban *nigger* y *coon* a grito pelado. También me llamaban *Rastus*. Pero a decir verdad, eso no nos importaba ni a mis compañeros de equipo, ni al entrenador, ni a mí. Mi posición era la misma que la del negro que todavía hoy deja que el blanco le diga que «progresa mucho», aunque en el fondo le caiga como una patada. Le han repetido tanto esa historia, le han llenado tanto la cabeza, que al final se la cree, o al menos la acepta.

Después del partido de baloncesto casi siempre había un baile en el instituto de uno de los equipos. Si no era en Mason, notaba cómo la sala se enfriaba cuando yo entraba. Los jóvenes se tranquilizaban cuando veían que yo no tenía intención de mezclarme con ellos; entonces me quedaba solo o me pegaba a alguno de mi propio equipo. Creo que encontré la manera de guardar las distancias sin que pareciera que lo hacía deliberadamente. Incluso en mi propio instituto notaba —era como una auténtica barrera— que a pesar de las grandes sonrisas, la «mascota» no podía bailar con las chicas blancas.

Era una especie de mensaje psíquico, que provenía no sólo de los blancos, sino también de mi propio interior. No me quedaba más remedio que quedarme dando vueltas por la sala de baile, mientras bebía una copa de ponche y comía bocadillos, hasta que, con cualquier excusa, me marchaba rápidamente.

Eran los típicos bailes estudiantiles de pueblo. La música procedía de un fonógrafo a todo volumen dispuesto sobre una mesa, salvo contadas ocasiones en que tocaba una orquestita formada por blancos. Había discos —siempre rayados—, entre otros de Glenn Miller (*Moonlight Serenade*) y de los Ink Spots (*If I Didn't Care*), que por aquellas fechas estaban muy de moda.

Me puse a reflexionar largamente sobre un fenómeno muy extraño. Muchas veces, mis amigos blancos de Mason, sobre todo los que más conocía, me llevaban a un rincón y me incitaban a que hiciera proposiciones a algunas chicas blancas, incluso a sus propias hermanas. Me explicaban que ellos ya se habían acostado con esas chicas, incluidas sus hermanas, o que lo habían intentado y no habían podido. Más tarde comprendí en qué consistía el juego: si conseguían que ellas rompieran el tabú y fueran conmigo a algún sitio apartado, podrían valerse de ello después para coaccionarlas y así lograr que se acostaran con ellos.

Me da la impresión de que los blancos pensaban que, por ser negro, debía saber mucho más que ellos acerca del amor y de la sexualidad, que sabía por instinto lo que había que decir y hacer a sus amiguitas. No dije nunca a nadie que sentía cierta atracción por algunas blancas y que ellas la sentían por mí. Me lo demostraban de muchas maneras. Pero cada vez que

estábamos juntos haciéndonos confidencias o nos encontrábamos en situaciones que podrían llegar a ser muy íntimas, se interponía un muro entre nosotros. Las chicas que yo deseaba realmente eran dos negras que me había presentado Wilfred o Philbert. Y, sin embargo, con ellas no me atrevía.

Por lo que veía y oía los sábados por la noche en el barrio negro, comprendí que había parejas mixtas. Pero por extraño que esto parezca, no me impresionó lo más mínimo. Estoy seguro de que todos los negros de Lansing sabían que los blancos pasaban en coche por algunas calles del barrio negro donde las prostitutas estaban al acecho. Por otra parte, había un puente que separaba el barrio negro del blanco. Las mujeres blancas pasaban a pie o en coche a buscar a los negros que las estaban esperando. Ya en aquella época, las mujeres blancas de Lansing tenían fama de conquistar a los negros. Entonces yo no sabía todavía que los blancos atribuyen a los negros una virilidad prodigiosa. En Lansing, nunca oí decir que la mezcla de las dos razas hubiera creado problema alguno. Supongo que todo el mundo lo daba por sentado, igual que yo.

De todos modos, la experiencia que tuve en el instituto de Lansing hizo que olvidara la cuestión de la relación con las muchachas blancas, al menos durante unos años.

En el segundo semestre del curso me eligieron delegado de clase. El más sorprendido fui yo. Pero ahora entiendo por qué: yo era uno de los mejores alumnos del instituto, un fenómeno único, algo así como un caniche rosadito. Yo me sentía orgulloso, no puedo negarlo. No era todavía muy consciente de que era negro y trataba por todos los medios de ser blanco. Por eso ahora dedico mi vida a decirle al negro de Estados Unidos que el esfuerzo que hace para «integrarse» resulta una pérdida de tiempo. Lo sé por experiencia, pues yo también lo intenté con todas mis fuerzas.

«Malcolm, qué orgullosos estamos de ti», dijo la señora Swerlin al saber que me habían elegido delegado. La noticia corrió por el restaurante donde trabajaba. Incluso Maynard Allen, mi tutor, que venía a verme a veces, tuvo unas palabras de elogio. Dijo que yo era un perfecto ejemplo de «reforma». Tengo que reconocer que lo apreciaba mucho, excepto cuando quería dar a entender que mi madre nos había abandonado.

Visitaba con bastante frecuencia a los Lyons, que me recibían como si fuera un hijo más. Encontraba la misma cálida acogida cuando iba a Lansing a casa de mis hermanos y a la de los Gohanna.

Hay un hecho que me dejó un recuerdo bastante desagradable. Fue cuando estrenaron *Lo que el viento se llevó* en Mason. Yo era el único negro en todo el cine, y durante la escena en que aparece Butterfly McQueen, sentí ganas de esconderme debajo del asiento.

Todos los sábados, más o menos, iba de visita a Lansing. Tenía catorce años ya. Wilfred y Hilda aún vivían solos en la vieja casa familiar. Hilda tenía la casa muy cuidada; claro, a ella le resultaba mucho más fácil que a mi madre, quien, con ocho hijos a cuestas, tenía que realizar auténticas proezas. Wilfred trabajaba en lo que podía e, igual que siempre, leía todo libro que le cayera en las manos. Philbert ya era uno de los boxeadores aficionados más famosos de esa región del estado y todos esperaban que llegara a ser un verdadero profesional.

Con Reginald, después de mi lamentable intento en el cuadrilátero, finalmente habíamos hecho las paces. Me sentía de lo más contento cuando iba a visitarlo a él y también a Wesley, que vivían en casa de la señora Williams. Les daba encantado un par de dólares a cada uno, para que tuvieran, al menos, algún dinero para sus caprichos. A la pequeña Yvonne y a Robert, que vivían en casa de la señora McGuire, la de las Antillas, también les iba bien. A ellos les daba un cuarto de dólar; me satisfacía ver que salían adelante.

Ninguno tenía muchas ganas de hablar de nuestra madre y a nuestro padre no lo mencionábamos ni por casualidad. Supongo que, sencillamente, no sabíamos qué decir. Pienso, además, que no queríamos tampoco que nadie hablara de ella. Sin embargo, de vez en cuando íbamos a visitarla al hospital de Kalamazoo. Los mayores íbamos solos, porque ésa era un experiencia que no deseábamos compartir con nadie, ni siquiera con nuestros hermanos.

La visita al manicomio que más recuerdo de dicho período fue cuando yo estaba a punto de terminar sexto, cuando vino a visitarnos Ella, la hija del primer matrimonio de mi padre, que vivía en Boston. Wilfred y Hilda se habían carteado algunas veces con ella, y yo, a instancias de Hilda, también le había escrito cuando vivía con los Swerlin. Todos nos alegramos mucho

cuando llegó una carta donde nos decía que venía a Lansing.

Pienso que la huella más profunda que dejó la visita de Ella —al menos en mí— fue que ella era la primera mujer negra verdaderamente orgullosa que conocí en mi vida. Percibí claramente que se enorgullecía del color de su piel, que era de un negro intenso. En aquellos tiempos resultaba insólito el encontrar un negro así, sobre todo en Lansing.

No sabía con exactitud la fecha de su llegada. La encontré una tarde en casa, al volver del instituto. Me abrazó con fuerza y luego me apartó y me contempló de arriba abajo. Era una mujer enorme, quizá más que la señora Swerlin. No era simplemente negra, sino negra como el carbón, al igual que mi padre. Por la manera en que se sentaba, se movía, hablaba, por todo su aspecto, se adivinaba que lograba siempre lo que se proponía. Mi padre estaba muy orgulloso de ella porque había trasladado a muchos parientes de Georgia a Boston, donde poseía algunos bienes. Era una mujer «de sociedad», como decía mi padre. Había llegado con las manos vacías y había invertido los ahorros del trabajo en propiedades que se revalorizaron. Entonces comenzó a enviar dinero a Georgia para que se trasladasen a Boston una hermana, otro hermano, un primo, un sobrino, y así sucesivamente. El aspecto y el porte de Ella reflejaban exactamente todo lo que mi padre contaba acerca de ella. Estaba casada en segundas nupcias; su primer marido era médico. Nunca nadie me había impresionado tanto.

Ella me atiborró de preguntas acerca de mis actividades. Ya sabía por vía de Wilfred y Hilda que yo había sido elegido delegado de la clase. Me preguntó por mis notas y entonces fui corriendo a buscar la libreta de calificaciones. Era uno de los tres mejores de la clase. Ella me felicitó. Yo le pregunté acerca de Earl, el hermano, y de Mary, la hermana. Había noticias estupendas: Earl cantaba con una orquesta de Boston y usaba el nombre de Jimmy Carleton. A Mary también le iban bien las cosas.

Me contó de los demás parientes de esa rama de la familia. A muchos de ellos no los conocía, gente a quien ella había ayudado a abandonar Georgia y que, a su vez, habían ayudado a otros a hacer lo mismo. «Los pequeños debemos estar unidos», me decía. Me emocioné, sobre todo, por la manera en que pronunció estas palabras, que para mí habían perdido casi todo el sentido. Yo me había convertido en una mascota, mi familia estaba

despedazada. Me contó que sus parientes habían conseguido situarse bien, eran propietarios de la casa donde vivían y algunos hasta tenían negocio propio.

Ella dijo que tenía pensado visitar a nuestra madre y quería que nosotros la acompañásemos. Quedamos encantados. Si había alguien que podía hacer algo para ayudar a nuestra madre, para que se recuperase y saliese del manicomio, esa persona era Ella. Así, por vez primera, fuimos todos juntos al psiquiátrico de Kalamazoo, en compañía.

Nuestra madre sonreía cuando la trajeron y quedó tremendamente sorprendida al ver a Ella. La escena de las dos mujeres abrazadas ofrecía un notable contraste: la una, muy delgada y casi blanca, y la otra, una negra inmensa. Lo único que recuerdo de aquella visita es que hablamos mucho y que Ella dominaba toda la situación. Nunca nos habíamos sentido tan bien al marcharnos. Por vez primera, me pareció que el único problema que sufría la persona a quien acabábamos de visitar era una enfermedad física prolongada.

Días después, tras visitar las diversas casas en que estábamos repartidos todos los hermanos, Ella regresó a Boston. Antes de marcharse, me pidió que le escribiera periódicamente y hasta me preguntó si no me gustaría pasar el verano con ella en Boston. Salté de alegría al oír la oferta.

En el verano de 1940, tomé el autobús de Boston con una maleta de cartón y el traje verde. No necesitaba llevar un cartel que dijera «pueblerino» colgado del cuello: se notaba demasiado. Por aquellas fechas todavía no había autopistas y, en consecuencia, el autobús se detenía en todos los puntos del trayecto. Mi asiento (como podrá imaginarse) quedaba al fondo del autobús, y desde él veía pasar, como atontado, el país del hombre blanco; el viaje duró apenas día y medio, aunque a mí me pareció un mes.

Ella me esperaba en la terminal. Me llevó a su casa de la calle Waumbeck, en el barrio de Sugar Hill, en Roxbury, el Harlem de Boston. Me presentó a Frank, su segundo marido, que estaba en el Ejército; a Earl, el hermano cantante que usaba el nombre de Jimmy Carleton; y a Mary, la hermana menor, que no se le parecía en nada. Es extraño, pero entonces no me pareció que Mary fuese su hermana, sino la hermanastra (como ocurre entre Ella y yo). En efecto, Ella y yo siempre nos hemos parecido mucho, los dos

tenemos un carácter dominante; en cambio Mary es apacible y reservada, casi tímida.

Ella hacía docenas de cosas a la vez. Pertenecía a no sé cuántos clubs; era un foco de atracción de la «sociedad negra» de Boston. En su casa conocí a un centenar de negros cuyos aires y conversación de la gran ciudad me dejaban con la boca abierta.

Aunque hubiera querido aparentar indiferencia, no habría podido. La gente hablaba familiarmente de Chicago, de Detroit, de Nueva York. No podía creer que hubiera tantos negros en el mundo, dada la cantidad que veía en Roxbury por las noches, sobre todo los sábados. Luces de neón, locales nocturnos, bares y coches, ¡qué coches tenían! Por las calles se olía la cocina negra de los restaurantes: rica, grasienta, tan nuestra. Los aparatos de música dejaban oír a Erskine Hawkins, Duke Ellington, Cootie Williams y a otros. Entonces me habría resultado inconcebible pensar que algún día llegaría a conocerlos en persona. Las grandes orquestas de jazz actuaban todas las noches en la sala de baile Roseland (en la avenida Massachusetts) por turnos: una noche para los negros, la siguiente para los blancos.

Fue allí donde vi por vez primera alguna que otra pareja mixta que paseaba abrazada. Los domingos iba a misa con Ella, Mary o alguna otra persona, y vi iglesias para negros que nunca me habría imaginado: eran muchísimo más bonitas que las iglesias para blancos a las que asistía en Mason, donde la gente no hacía más que sentarse y orar. Por el contrario, los negros de Boston (igual que los de otras partes) se entregaban al culto en cuerpo y alma.

Escribí dos o tres cartas a Wilfred, con el encargo de que las hiciera llegar a los demás negros de Lansing, y decía en ellas que al volver procuraría describir lo que había visto en Boston.

Sin embargo, no pude.

Al volver a Mason después de las vacaciones, empecé el nuevo curso y entonces, por primera vez en mi vida, me sentí incómodo en compañía de los blancos. No cesaba de pensar en todo lo que había visto en Boston, y especialmente, en lo que había experimentado. Ahora sé que allí descubrí la sensación verdadera de pertenecer a los de mi propia clase.

Todos los blancos percibieron el cambio: los compañeros de clase, los

Swerlin, los del restaurante donde trabajaba. «¿Qué te pasa, Malcolm? ¡Qué raro estás! ¡Si no pareces el mismo de siempre!», me decían.

Sin embargo, no dejé de ser uno de los primeros de la clase. El primer puesto oscilaba entre una chica llamada Audrey Slaugh, un chico de nombre Jimmy Cotton y yo.

La sensación de incomodidad fue en aumento conforme transcurría el primer semestre del curso. Así las cosas, me acuerdo que un día, cuando se decidía el paso al curso siguiente (que era el estadio previo al ingreso en el preuniversitario), ocurrió algo que habría de constituir el primer momento decisivo de mi vida.

No sé cómo, me encontré sólo en el aula con el señor Ostrowski, el profesor de inglés. Era un hombre enorme, de cara sonrosada y espeso bigote. Con él había tenido algunas de mis mejores notas y siempre me había demostrado que me apreciaba. Ya dije antes que Ostrowski era un «consejero» nato: daba su opinión sobre lo que había que leer, hacer y sobre todo pensar. (Recuerdo que le gastábamos bromas un poco pesadas. «Con todo lo que nos enseña sobre la manera de "triunfar en la vida", ¿por qué no lo aplica y en vez de quedarse en Mason se va a otro lugar mejor?».).

Creo que aquel día llevaba buenas intenciones. Estoy seguro de que no quería hacerme ningún daño. Era sólo algo de su propia naturaleza de blanco norteamericano. Yo era uno de sus mejores alumnos, uno de los mejores alumnos de todo el instituto, pero mi porvenir estaba sólo «en mi sitio»: es esa clase de porvenir que todos los blancos prevén para los negros.

—Malcolm —me dijo—, tendrías que pensar en tu porvenir. ¿Lo has hecho?

La verdad sea dicha, no lo había pensado nunca. No sé por qué, le dije:

—Sí, señor, he estado pensando en ser abogado.

En aquella época no había en Lansing abogados negros —tampoco había médicos— que hubieran podido darme esta idea. Sólo sabía que un abogado no tenía que fregar platos como yo.

Recuerdo que el señor Ostrowski se quedó sorprendido; se reclinó en la silla, unió las manos detrás de la cabeza y tras esbozar una media sonrisa, me dijo:

—Malcolm, en la vida hay que ser ante todo realista. Entiéndeme. Aquí todos te queremos, ya lo sabes. Pero tú eres negro, y por eso tienes que ser realista. Ser abogado no es una ambición realista para un negro. Deberías reflexionar sobre lo que puedes ser efectivamente. Mira, tienes unas manos muy hábiles. Todo el mundo admira tus trabajos de carpintería. ¿Por qué no te haces carpintero? La gente te aprecia y no te faltaría trabajo.

Cuanto más pensaba en esta conversación, más me preocupaba. Volvía a oírla una y otra vez con insistencia machacona.

Lo que más me molestó fueron los consejos que el señor Ostrowski daba a mis compañeros de clase, todos blancos. La mayoría quería dedicarse al campo, pero a los que pretendían destacarse, hacer algo nuevo, él los animaba. Las muchachas querían ser maestras; un muchacho, funcionario público; otro, veterinario; había incluso una chica que aspiraba a ser enfermera. Todos decían que el señor Ostrowski los animaba a que lo hicieran y, sin embargo, ninguno de ellos tenía tan buenas notas como yo.

Entonces me di cuenta de un hecho sorprendente en el que no había reparado antes: aunque yo no valiera mucho, era más inteligente que la mayoría de los blancos. Pero por lo visto nunca sería lo bastante inteligente (a su modo de ver) para hacer lo que deseaba.

Entonces empecé a cambiar interiormente.

Me aparté de los blancos. Seguía asistiendo a clase y contestaba cuando me preguntaban, pero la clase del señor Ostrowski se fue convirtiendo en un suplicio para mí.

Antes aparentaba no darme cuenta cuando me llamaban *nigger*, pero desde entonces me volvía para mirar a la cara al que me lo había dicho. La gente se quedaba sorprendida.

Conseguí lo que me había propuesto: casi dejaron de llamarme *nigger*. Nadie, ni siquiera los profesores, entendían lo que me ocurría. Sabía que yo era objeto de discusión.

Al cabo de pocas semanas, ocurrió otro tanto en el restaurante donde trabajaba de lavaplatos, y también en casa de los Swerlin.

Un buen día, la señora Swerlin me llamó a la sala de estar. Maynard Allen, mi tutor, estaba con ella. Por la expresión de sus rostros comprendí que algo estaba a punto de ocurrir. Ninguno de los dos podía entender, según me

dijeron, por qué daba la impresión de que ya no me encontraba a gusto en Mason después de lo bien que me había portado en el instituto, en el trabajo, con la familia que me acogía y después de lo mucho que todos me querían en la ciudad.

La señora Swerlin dijo que ya no era necesario que permaneciera en el centro de rehabilitación y que habían efectuado los trámites necesarios para que me fuera a vivir con la familia Lyons, que me quería mucho.

Se levantó y extendió la mano: «Malcolm, supongo que te he preguntado cientos de veces qué te pasaba, ¿no?», me dijo.

Le estreché la mano y le contesté: «Nada, señora Swerlin». Luego, subí a mi habitación, recogí mis cosas y regresé a la sala de estar. Vi que tenía lágrimas en los ojos. Me dio mucha pena. Le di las gracias por todo y salí con el señor Allen, quien me condujo a casa de los Lyons.

Durante los dos meses que viví con esa familia hasta que terminaron las clases, todos ellos —el señor Lyons, su esposa y los hijos— procuraron que les contara la causa de mi cambio. Pero por algún motivo, tampoco a ellos les conté nada.

Los domingos iba a ver a mis hermanos, que vivían en Lansing, y escribía a Ella casi a diario. No le explicaba el motivo, pero le decía que quería ir a vivir a Boston.

No sé cómo se las ingenió, pero el asunto es que logró que se transfiriese la custodia legal al estado de Massachusetts. Gracias a ello, el mismo día que terminó el curso, tomé de nuevo el autobús a Boston.

He pensado mucho en aquella decisión desde entonces, y creo que no ha habido ningún cambio en mi vida que haya tenido consecuencias tan transcendentales como ése.

Si me hubiese quedado en Míchigan, lo más probable es que hubiese terminado casado con alguna chica negra de Lansing, trabajando de limpiabotas en el edificio del parlamento del Estado, de camarero en el Country Club o en el servicio doméstico, lo cual era señal de haber «triunfado en la vida» para los negros de la ciudad en aquella época; con mucha suerte, podría haber llegado a carpintero.

Todo lo que me he propuesto en la vida desde entonces, lo he conseguido. He pensado muchas veces que si el señor Ostrowski me hubiese animado a

ser abogado, hoy pertenecería a esa burguesía negra que ejerce profesiones liberales, frecuenta cócteles y se considera portavoz y conductora de las sufridas masas negras, cuando en realidad su preocupación principal es la de «integrarse» con los blancos falsos y mendigar las migas que éstos les ofrecen a disgusto.

Doy gracias a Alá por haberme enviado a Boston en aquel momento. De lo contrario, hoy sería uno de esos negros cristianos que tienen el cerebro lavado.

«Paisano»

Yo me parecía a Li'l Abner. Mason (Míchigan) estaba escrito en toda mi persona. Mi cabello rojizo y rizado estaba cortado con un estilo muy pueblerino y no usaba brillantina. Las mangas de la chaqueta verde me llegaban hasta las muñecas y los pantalones dejaban ver diez centímetros de calcetines. Llevaba un abrigo tres cuartos de color verde claro, con el cuello estrecho, que me había comprado en un gran almacén de Lansing. Ella por poco se cae al verme, pero reconoció enseguida que había visto llegar a otros parientes de Georgia con peor aspecto que yo.

Me había preparado una habitación pequeña y acogedora en el primer piso. Cuando trabajaba en la cocina con sus potes y cazuelas, se veía perfectamente que era una auténtica negra de Georgia. Era la clásica cocinera que llena el plato con un taco de jamón, judías verdes, guisantes negros, pescado frito, boniatos, salsa y pan de maíz, y cuanto más come uno, más contenta está. Me atraqué como si fuera a morirme al día siguiente.

Encontré a Ella tan grande, tan negra, tan obstinada, tan franca, tan impresionante, en una palabra, como cuando la había conocido en Mason y Lansing. Quince días antes de mi llegada, se había separado de su segundo marido, Frank, el soldado que yo había conocido el verano anterior. Me di cuenta enseguida, aunque no se lo dije, de que un hombre normal no puede convivir mucho tiempo con una mujer así. El instinto de dominación corría por sus venas. Al segundo día de llegar a Roxbury, a mí también me dio órdenes. No quería que me buscase un trabajo enseguida, como hacían la mayoría de los recién llegados. Ella había incitado a todos los que había

hecho ir al Norte a que disfrutaran, fueran a pasear, tomaran metros y autobuses para acostumbrarse a Boston antes de empezar a trabajar, porque entonces nunca tendrían ocasión de ver y conocer la ciudad donde vivían. Me prometió que me ayudaría a encontrar un trabajo cuando yo lo quisiera.

Me dediqué a deambular por el barrio, con los ojos muy abiertos: era la zona dominada por el cruce de la calle Waumbeck y la avenida Humboldt sobre la colina de Roxbury, parecido al Sugar Hill de Harlem, donde viví después. Noté que los negros de Roxbury, barrio negro elegante, no se comportaban como los demás. Se llamaban a sí mismos los «Cuatrocientos» y miraban por encima del hombro a los negros del gueto, llamado «ciudad», donde vivía Mary, mi otra hermanastra.

Pensé que los que veía en Roxbury eran los negros «bien», instruidos, importantes, de buena posición, que vivían en casas cómodas y tranquilas, rodeadas de jardín. Andaban con paso seguro y orgulloso. Iban al trabajo, a la iglesia, de compras, de visita, todo con mucha dignidad. Ahora me doy cuenta, por supuesto, de que eran la versión bostoniana de los limpiabotas y porteros «triunfadores» de Lansing, con la única diferencia de que los de Boston eran víctimas de un lavado de cerebro mucho más profundo. Se las daban de ser infinitamente más «cultos», «instruidos», «dignos» y más ricos que sus hermanos negros del gueto, que vivían a dos pasos de ellos. Los pobres se morían por imitar a los blancos, pensando que «blanqueados» serían «mejores».

Se consideraba de la élite a toda familia que habitara en Boston desde hacía mucho tiempo y fuera propietaria de la casa que ocupaba. Y pertenecían a la élite, aunque para ello tuvieran que alquilar parte de las habitaciones para mantener la casa. Los negros nacidos en Nueva Inglaterra despreciaban a los vecinos que, como Ella, habían emigrado recientemente del Sur. Buen número de negros del barrio eran como Ella: emigrantes del Sur ambiciosos y arribistas. También había negros de las Antillas a los que tanto los negros del Norte como los del Sur habían bautizado con el nombre de «judíos negros». Por regla general, eran los negros del Sur y los de las Antillas los que conseguían comprarse no sólo una casa, sino también otra para alquilar a particulares. Los presumidos del Norte eran los que estaban menos provistos en ese sentido.

En aquella época, todos los que ejercían profesiones liberales (maestros, ministros, enfermeras) se creían superiores a los demás. Los carteros negros, los mozos de los coches-cama y los camareros de los vagones-restaurante parecían diplomáticos, andando muy dignos como si llevaran sombrero de copa y esmoquin.

Supongo que de cada diez negros de la colina de Roxbury, ocho hacían trabajos domésticos que disimulaban detrás de frases como: «trabaja en un banco» o «está en una compañía de seguros», como si se tratara de Rockefeller o de Mellon, y no de porteros y camareros negros con el pelo gris que se esforzaban por mantenerse firmes para aparentar mayor dignidad. «Estoy con una antigua familia» era el eufemismo destinado a disimular el empleo de criada o de cocinera en casa de los blancos; criadas y cocineras que, cuando estaban en Roxbury, utilizaban entre ellas un lenguaje tan afectado que se hacía incomprensible. No sé cuántos botones de cuarenta o cincuenta años bajaban todas las mañanas de la Colina, vestidos como embajadores con traje negro y camisa blanca, para ir al centro, al «empleo público», a «la Bolsa» o al «despacho de abogado». Todavía hoy me aturde el pensar en el número de negros que, tanto entonces como ahora, soportan la indignidad de esa clase de autoengaño.

Pronto salí del barrio y empecé a explorar la ciudad de Boston propiamente dicha. Por todas partes, me encontraba edificios históricos, placas conmemorativas, estatuas y otros símbolos que recordaban a hombres y hechos famosos. En el edificio del Parlamento, vi una estatua que me dejó asombrado: había sido erigida en memoria de Crispus Attuck, un negro que fue la primera víctima de la Masacre de Boston. Para mí fue toda una sorpresa.

Me paseaba por todas partes. Un día fui a la Universidad de Boston; al día siguiente cogí el metro por primera vez. Bajé en la estación en que había más gente. Era Cambridge: me dediqué a dar vueltas alrededor de la Universidad de Harvard. Había oído hablar de Harvard alguna vez, pero en realidad no sabía nada. Si alguien me hubiese dicho aquel día que veinte años más tarde pronunciaría una conferencia en el anfiteatro de la facultad de Derecho, no lo hubiera creído.

También me dediqué a explorar extensamente el centro de la ciudad. No

me entraba en la cabeza que una ciudad tuviera dos importantes estaciones de ferrocarril: la Estación del Sur y la Estación del Norte. En las dos hacía lo mismo: iba allí y me quedaba contemplando el ir y venir de pasajeros, igual que en la terminal de autobuses donde Ella había ido a esperarme. Mis paseos me condujeron también al malecón y los muelles del puerto, donde vi placas que conmemoraban los viejos veleros que solían atracar allí.

Conté todo eso en una carta que envié a Wilfred, Hilda, Philbert y Reginald, y también les hablé acerca de las calles de la ciudad, estrechas, tortuosas, de pavimento adoquinado, y de las casas apiñadas. Les conté que, en el centro de Boston, estaban las tiendas más grandes que había visto en toda mi vida, y restaurantes y hoteles para blancos. Decidí ver todas las películas que daban en los magníficos cines, provistos de aire acondicionado.

En la avenida Massachusetts, junto al cine Loew, se encontraba la enorme sala de baile Roseland. Grandes carteles colocados en la fachada del edificio anunciaban a orquestas de fama nacional, unas formadas por músicos blancos y las otras, por músicos negros. Recuerdo que había un cartel que anunciaba la actuación de la orquesta de Glenn Miller «próximamente». Pensé en los bailes del instituto de Mason, que siempre eran amenizados con la música de Glenn Miller, y lo que no daría toda esa gente por encontrarse en el mismo lugar donde iba a actuar la famosa orquesta. No sabía en ese momento que la sala de baile Roseland llegaría a ser algo muy importante en mi vida.

Ella comenzó a preocuparse porque nunca estaba en la Colina, ni siquiera después de las visitas a la ciudad. A cada rato, me lanzaba indirectas en el sentido de que debía relacionarme con la gente de mi edad, que se reunía en el *drugstore* Townsend, a dos manzanas de la casa, y en otros lugares similares. Incluso antes de ir a Boston, siempre había considerado que los chicos de mi misma edad eran «niños», como mi hermano Reginald. Ellos me veían muy mayor. En Lansing, donde iba a pasar los fines de semana para alejarme de los blancos de Mason, me dedicaba a vagabundear por el barrio negro con los amigos de Wilfred y de Philbert. Ellos me superaban en edad, pero por mi gran tamaño, parecía que era yo el mayor de todos.

No quería decepcionar a Ella, y menos preocuparla, pero cada vez

frecuentaba más, en contra de su voluntad, el gueto negro. Me atraía instintivamente ese universo de tiendas, edificios sin ascensor y restaurantes baratos, salas de billar, bares, iglesias, escaparates y casas de empeño.

Esa parte de Roxbury era mucho más animada y yo me sentía mucho más cómodo entre los negros que seguían siendo ellos mismos y no se daban aires de superioridad. Aunque vivía en la Colina, no me creía (ni me he creído nunca) «mejor» que los otros negros.

El primer mes que pasé en Boston estaba siempre con la boca abierta. Me fascinaban aquellos *cats* tan bien vestidos que corrían por las calles, las salas de billar, los bares, los restaurantes, y que, visiblemente, no tenían empleo. No podía creer que tuvieran el pelo tan liso y brillante como los blancos. Ella me contó que a los que se estiraban el cabello los llamaban *conks*. Yo no había probado nunca ni una gota de alcohol ni fumado un cigarrillo y, en cambio, veía niños de diez o doce años que jugaban a los dados por dinero, a las cartas, se peleaban y pedían dinero a los mayores para jugar a la lotería. Constantemente soltaban palabrotas que yo nunca había oído y empleaban una jerga con palabras como *stud*, *cat*, *chick*, *cool* y *hip*[6] que me resultaba igualmente desconocida. Por la noche, en la cama, daba vueltas y más vueltas a todas esas palabras. En el centro, sobre todo por la noche, se veían a veces una blanca y un negro que paseaban abrazados por la acera, parejas mixtas que bebían en los bares, en vez de marcharse a un rincón oscuro, como ocurría en Lansing. Todo eso me sorprendía muchísimo, y también se lo comenté en la carta a Wilfred y Philbert.

Quería encontrar un trabajo por mí mismo para darle una sorpresa a Ella. Una tarde entré, no sé por qué presentimiento, en una sala de billar que observaba desde hacía mucho tiempo a través de los cristales de la calle. No tenía intención de jugar; en realidad no lo había hecho nunca. Pero me sentía atraído por los jóvenes que se apoyaban, con cierta indolencia, sobre las mesas cubiertas de paño verde, hacían apuestas y enviaban las bolas de brillantes colores a los agujeros. Algo me dijo entonces que debía dirigirme al tipo que recogía las bolas y del que sabía que se llamaba Shorty.[7] Realmente, hacía honor a su mote y tenía el pelo liso y brillante. Un día, cuando salía del billar, me vio en la acera y me dijo: «Hola, Red», y yo

pensé que era un tipo simpático.

Queriendo pasar desapercibido, me deslicé, evitando a los jugadores, hasta el fondo de la sala, donde encontré a Shorty, quien se disponía a llenar una lata de conservas de ese polvo que usan los jugadores de billar para tener las manos secas. Shorty me miró. Posteriormente empezaría a burlarse de mí, pues esa sola mirada le bastó para darse cuenta de quién era yo. «¡Uf!, este mocoso huele a campo a veinte metros —diría riéndose—. Tiene las piernas tan largas y los pantalones tan cortos que se le ven las rodillas. ¿Y la cabeza?, ¡si parece un matorral!».

Pero aquel día, Shorty contuvo la risa al verme tan «pueblerino» cuando le pregunté dónde podría encontrar un empleo como el suyo.

«Si te refieres al de recoger las bolas —dijo Shorty—, no conozco a nadie en los billares de por aquí que necesite ayuda. ¿Pero quieres un *slave*[8] cualquiera?».

Me preguntó qué clase de trabajos había realizado; le respondí que había fregado platos en un restaurante de Mason (Míchigan). A Shorty por poco se le cae la lata de polvo.

—¡No me digas! ¡Paisano mío! ¡Yo también soy de Lansing!

No le dije nunca a Shorty —y él nunca lo sospechó— que tenía diez años menos que él. Creía que teníamos la misma edad. Al principio, me sabía mal el decírselo y después, dejó de importarme. Shorty había dejado el instituto de Lansing en el primer curso; se había ido a vivir con unos tíos en Detroit, y después a Roxbury, a casa de un primo, donde había pasado los seis últimos años. Pero se acordaba perfectamente de muchas personas y lugares de Lansing que yo le citaba, y al cabo de muy poco tiempo parecía que nos hubiésemos criado en la misma calle. Shorty estaba muy contento de haber encontrado un compañero y yo también me alegraba. Había encontrado un amigo.

—Mira, esta ciudad es estupenda si te adaptas a ella —me dijo Shorty—. Tú eres mi paisano. Voy a darte lecciones de ciudad.

Me quedé como un imbécil, sonriendo abiertamente.

—¿No tienes nada que hacer ahora? Entonces, espérame.

Lo que me gustó enseguida de Shorty fue su franqueza. Cuando le conté dónde vivía, dijo lo que yo esperaba que dijese, o sea, que en el gueto nadie

podía sufrir a los negros de la Colina. Pero a su modo de ver, una hermana que me acogía sin hacerme pagar alquiler y sin darme prisa para encontrar trabajo de negros, no podía ser mala persona. El oficio de Shorty en el billar le permitía ir viviendo y aprender a tocar el saxofón. Unos años antes había ganado bastante dinero y había podido comprárselo. «Ahora está guardado en el armario esperando la lección nocturna», me comentó. Shorty iba a clase «con otros tipos» y tenía intención de formar una pequeña orquesta de jazz. «Hay mucho trigo que moler en Roxbury», me aseguró. Me confió asimismo que no quería trabajar con las grandes orquestas, sólo para presumir después de haber tocado con Count o con Duke. Me pareció un tío listo. Pensé en ese momento que era una pena no saber tocar el saxo, pero nunca había tenido la posibilidad de aprender.

Por la tarde, mientras no recogía bolas, Shorty me estuvo hablando con muchas precauciones de los «elementos» que había en la sala: unos vendían chocolate, otros acababan de salir de la cárcel, aquél de más allá se dedicaba a «escalar» edificios. Me dijo que jugaba a la lotería todos los días, un dólar por lo menos. Cuando él ganase un buen premio, lo emplearía para formar su propia orquesta de jazz.

Me daba vergüenza confesar que nunca había jugado con dinero. Shorty me excusó: «¡Bah! Es que nunca has tenido nada para gastar. Cuando tengas curro, podrás empezar». Me señaló con el dedo a los jugadores y a los chulos. Algunos iban con prostitutas blancas, murmuró. «Y no te voy a engañar. A mí también me gusta ir con una por dos dólares. Aquí pasan muchas cosas por la noche. Ya lo verás». Le dije que ya había visto algunas. «¿Ya has ido con alguna?», me preguntó.

Yo no tenía ninguna experiencia y mi confusión me traicionó. «No te dé vergüenza —me dijo—. Yo fui con algunas antes de salir de Lansing, ya sabes, aquellas preciosidades polacas que estaban en el puente. Aquí son casi todas italianas o irlandesas. Pero todas las blancas son iguales: prefieren un buen macho negro».

Shorty me estuvo presentando toda la tarde a los tipos que iban al billar. «Es paisano mío —decía—. Busca trabajo. Si sabes de algo...». Todos contestaban que ya lo verían.

A las siete, llegó el otro encargado de recoger las bolas. Shorty se fue

corriendo a la clase de saxofón. Pero antes de irse, me dio los seis o siete dólares de propinas que había ganado aquel día en monedas de cinco o de diez centavos. «¿Tienes algo para comer, paisano?».

Le dije que sí, tenía dos dólares. Pero Shorty me hizo coger tres más. «Para rellenar los bolsillos», me dijo. Abrió el estuche del saxofón y me lo enseñó: el cobre brillaba sobre el terciopelo negro. «Tranqui, paisano, y vuelve mañana. Alguno de los *cats* te encontrará curro».

Cuando llegué a casa, Ella me dijo que un tal Shorty me había telefoneado. Había dejado un recado diciéndome que el limpiabotas de la sala de baile Roseland se iba aquella misma noche y que yo podría ocupar su puesto.

«Malcolm, pero si tú no tienes experiencia», objetó Ella. Por la expresión y el tono de voz me di cuenta de que no le gustaba esa clase de trabajo. Pero a mí me daba lo mismo. Vería a las orquestas de jazz más importantes del mundo. Esa sola idea ya me cortaba el aliento. Ni siquiera esperé para cenar.

La sala estaba iluminada. En la puerta, un hombre hacía entrar a los músicos de la orquesta de Benny Goodman. Le dije que quería ver a Freddie, el limpiabotas.

—¿Eres el nuevo? —me preguntó. Le respondí que sí y él se rió—. Bueno, quizá tú también tendrás suerte y te comprarás un Cadillac.

Me dijo dónde podía encontrar a Freddie: en el segundo piso, en el lavabo de hombres.

Antes de subir, eché una ojeada a la sala. La pista era inmensa. No daba crédito a mis ojos. Al fondo, bajo una tenue luz rosada, los músicos de Benny Goodman paseaban, hablaban, reían y preparaban los instrumentos.

Arriba, en el lavabo de hombres, me recibió un tipo delgado como un hilo, de piel morena y pelo lacio. «¿Eres tú el paisano de Shorty?». Le respondí que sí y él se presentó. Era Freddie. «Es un gran tipo ese Shorty —añadió —. Te ha telefoneado porque se había enterado de que me ha tocado la lotería y, naturalmente, supuso que iba a largarme». Le expliqué lo que me había dicho el portero sobre el Cadillac. Freddie se rió: «Los blancos se mueren de envidia cuando ven que un negro gana la lotería. Sí, les he dicho para pincharlos que voy a comprarme un Cadillac».

Después me indicó que lo observara atentamente, pero sin molestarlo. Intentaría enseñarme el oficio antes del próximo baile, que iba a celebrarse dos días después.

Freddie se sentó en el taburete y empezó a darme instrucciones: «Ven siempre temprano. Los paños y los cepillos cerca del taburete..., el betún y la cera aquí, los cepillos finos...; cada cosa en su sitio, porque tendrás que ir muy deprisa, no hagas nunca un gesto innecesario...».

Me dijo también que, mientras limpiaba los zapatos, tenía que vigilar a los clientes que salían del lavabo para darles una toalla blanca. «Hay muchos negros que no se acuerdan de lavarse las manos, y a veces hasta les da vergüenza cuando uno les ofrece la toalla. En realidad, lo de las toallas es lo mejor que hay aquí. Cuesta sólo un centavo lavarlas y casi siempre te dan, por lo menos, un *nickel* de propina». A los que venían a que les lustraran los zapatos y todo aquel que salía del lavabo y cogía una toalla, lo despachaba con una par de cepilladas. «Con eso ya está, y te dan un *nickel* o un *dime*[9] de propina. Pero por dos *bits*[10] tienes que esforzarte un poco más, sobre todo con los blancos, a los que les encanta. Algunos hasta vuelven dos o tres veces durante la noche», me explicó Freddie.

La música de abajo llegaba hasta nosotros. Yo estaba como hipnotizado. «¿No has visto nunca un baile grande? —me preguntó Freddie—. Vete a fisgar un poco».

Había ya algunas parejas bailando bajo la luz rosa. Pero lo que más me maravillaba era la gente que entraba. Nunca había visto mujeres tan elegantes, jóvenes, viejas. Los blancos compraban las entradas y se volvían a guardar los gruesos fajos de billetes en el bolsillo, dejaban los abrigos de las señoras en el guardarropa, las cogían del brazo y las conducían a la sala.

Cuando regresé de la pista de baile, Freddie ya atendía a los primeros clientes de la noche. Daba la impresión de que hacía cuatro cosas al mismo tiempo: sin dejar de lustrar zapatos me arrojaba toallas para la gente que salía del lavabo. «Encárgate de cepillarles el traje —me dijo—. Dos o tres pasadas, no más, pero que se den cuenta de que los cepillas».

«Esto no es nada, muchacho. ¡Cuando bailan los nuestros sí que hay ambiente!», me dijo en un momento que bajó el trabajo. No paraba de enseñarme cosas. «Los cordones van en este cajón. Mira, como acabas de

empezar, éstos te los regalo. Los compro a un *nickel* y se los vendo a los clientes por dos *bits*».

Parecía que por las paredes del lavabo se filtraban todos los discos de Benny Goodman que había oído en mi vida. Durante otro momento en que disminuyó el trabajo, Freddie me dejó que bajara a escucharlos. Peggy Lee, que acababa de integrarse en la orquesta, cantaba frente al micrófono. ¡Qué guapa estaba! Unos clientes comentaron que era originaria de Dakota del Sur y que había cantado con un conjunto de Chicago hasta que la mujer de Benny Goodman la descubrió. Cuando terminó la canción, el público estalló en aplausos. Era la principal atracción.

«Yo también quedé agotado el primer día que estuve aquí —me confesó Freddie cuando regresé al lavabo—. Oye, ¿alguna vez has abrillantado unos zapatos? —me preguntó. Se rió cuando le contesté que los únicos zapatos que había lustrado eran los míos—. Bueno, entonces manos a la obra. No te preocupes: yo tampoco había lustrado nunca zapatos». Dicho esto, se sentó en el taburete y comencé a lustrarle los zapatos: cepillo, betún, cepillo, paño..., paso a paso, me enseñó el oficio.

«¡Más rápido, muchacho, tienes que lustrar más rápido! ¡No pierdas ni un solo segundo!», me dijo, y entonces hizo una demostración con mis propios zapatos. Como llegaban menos clientes, aprovechó y me enseñó cómo pasar el paño de modo que sonara como un petardo; lo hizo muy despacio al principio para que yo pudiera verlo. «¿Te das cuenta?», me preguntó. Entonces yo probé con sus zapatos. Había captado el sistema, sólo que debía hacerlo a más velocidad, observó él. «Es un ruido con *swing*, así de fácil. Los clientes te dan más propina porque creen que te estás deslomando con el trabajo».

Practiqué con los zapatos de Freddie hasta que los dejé brillantes como espejos. Cuando terminó el baile, ya había lustrado el calzado de tres o cuatro borrachos perdidos que Freddie logró convencer. Después echamos una mano a los botones que limpiaban la pista de baile; había que quitar los papeles, las colillas de cigarrillos y los envases de botellas que llenaban el suelo del salón. Luego Freddie tuvo la amabilidad de llevarme a casa de Ella en su coche; era un Buick usado de color granate y me comentó que pensaba entregarlo como parte del precio cuando comprase el Cadillac.

Freddie me daba un consejo tras otro. «Mira, ¿viste esos clientes que se acercaron al final del baile? Bueno, cuando hay chicas fáciles por aquí, vienen a pedirte condones. Compras dos docenas de cajas de condones, a dos *bits* cada una; tú se las vendes a dólar, y encima te darán propina».

Al percibir mi reacción, me dijo: «Estás todavía muy verde en según qué cosas. Unos clientes te pedirán alcohol; otros, marihuana. Lo único que puedes tener son condones, pero no des nunca nada hasta que estés seguro de que no son polizontes... Si eres listo, puedes llegar a ganar hasta diez o doce dólares por baile. Lo más importante es que no olvides que en la vida uno tiene que aprovecharse de lo que puede. ¡Adiós, Red!».

Volví a encontrar a Freddie una noche, en el centro. Estaba al volante de un Cadillac gris perla, para que le «diera el aire».

«¡Cuántas cosas me enseñaste!», le dije, y se rió. Sabía muy bien a qué me refería. No había tardado en darme cuenta de que Freddie pasaba menos tiempo lustrando zapatos y ofreciendo toallas, que vendiendo alcohol y marihuana, y presentando «primos» blancos a las prostitutas negras. También había reparado en que iban muchas blancas a los bailes de negros. A algunas las mandaba el chulo para alternar el placer con el deber; otras iban con el novio negro, otras iban solas a probar fortuna con los negros siempre disponibles y entusiastas.

Naturalmente, los negros no podían entrar en los bailes de blancos. Pero los chulos de las prostitutas negras se encargaban de hacerle entender al limpiabotas que podía ganarse un suplemento si pasaba un número de teléfono o una dirección a los «primos» blancos que, después del baile, se ponían en busca de «negritas».

La mayoría de los bailes de Roseland estaban reservados a los blancos y todas las orquestas eran blancas. Que yo sepa, sólo una orquesta blanca tocaba por las noches en un baile negro, la de Charlie Barnet. Había muy pocas orquestas blancas capaces de satisfacer a los negros. Pero el *Cherokee* y la *Redskin Rhumba* de Barnet los volvía locos. La sala estaba abarrotada de negras con extravagantes vestidos, zapatos de satén y unos peinados indescriptibles, y hombres con trajes a la última moda y el cabello estirado. Todo el mundo reía y chillaba, era como una explosión.

A veces, cerca de las ocho, los músicos venían al lavabo de hombres para

lustrarse los zapatos antes de empezar a trabajar. De ese modo, limpié los zapatos de Duke Ellington, Count Basie, Lionel Hampton, Cootie Williams, Jimmie Lunceford, entre otros muchos. Manejaba a tal velocidad el paño de sacar brillo que sonaba como un petardo. Johnny Hodges, el gran saxo de Duke (que, dicho sea de paso, era el ídolo de Freddie), me debe todavía el pago de mis servicios. Me acuerdo que fue una noche que estaba allí en la silla, delante de mí, y discutía con Sonny Greer, el batería de la orquesta. Di el habitual golpe en la suela del zapato para avisarle de que había terminado. Entonces, Hodges se levantó, introdujo la mano en el bolsillo para pagarme, pero enseguida la retiró con un ademán, y sencillamente, se dio media vuelta, como si yo no existiera, y se fue. No me atreví a reclamar a aquel hombre que tocaba *Daydream* como nadie el importe del servicio: quince centavos de dólar.

Recuerdo una breve charla que entablé con Jimmie Rushing, el famoso cantante de *blues* de la orquesta de Count Basie, que se hizo famoso con canciones como *Sent For You Yesterday, Here You Come Today*. Rushing tenía los pies enormes y de una forma extrañísima, no la habitual de los pies grandes, sino que eran redondos y regordetes como el mismo dueño. Rushing me presentó a otros componentes de la orquesta, como Lester Young, Harry Edison, Buddy Tate, Don Byas, Dickie Wells y Buck Clayton.

Después de esa presentación, empezaron a venir al lavabo de hombres; me saludaban con un «¡Hola, Red!» y se sentaban en la silla. Yo manejaba el paño como un rayo, al ritmo de todos sus discos, que rodaban por mi mente. Ningún músico del mundo ha tenido nunca un limpiabotas tan fan como yo. Todo eso lo conté por carta a Wilfred, Hilda, Philbert y Reginald.

Las propinas decentes no llegaban hasta que promediaba el baile para negros, momento en que los concurrentes ya estaban animados y se mostraban generosos. Como siempre, tenía que ayudar en la limpieza de la pista una vez concluido el baile. La diferencia resultaba tremenda: cuando bailaban los blancos, recogíamos, a lo más, una docena de botellas de bebidas alcohólicas, pero después del baile para negros, teníamos que llenar cajas y más cajas de botellas, no sólo de matarratas (también las había), sino de las mejores marcas, whisky sobre todo.

Cuando no había mucho trabajo, bajaba un rato a ver el baile. Los blancos

bailaban como si les estuvieran dando clases: izquierda, uno, dos; derecha, tres, cuatro; siempre los mismos pasos como si fueran relojes. ¡Pero los negros! Nadie hubiera podido poner reglas a sus bailes. Hacían lo que se les pasaba por la cabeza, atrapaban al vuelo cualquier pareja, incluso blancas. Quizá mis hermanos negros me odiarían si les dijera que muchas negras eran pisoteadas por los negros que se lanzaban sobre las blancas. Parecía que Dios hubiese hecho bajar algunos de sus ángeles. Pero los tiempos han cambiado; hoy en día, esas mismas negras se lanzarían sobre los hombres de color, tanto como las blancas.

Algunas parejas se soltaban, improvisaban pasos y movimientos. Era algo increíble. Aunque no había bailado nunca, yo sentía el ritmo en las venas.

«¡Es la hora del espectáculo!», gritaba la gente hacia el final de la noche. Entonces las parejas más salvajes se quedaban en la pista, las chicas se ponían zapatillas deportivas, la orquesta tocaba y los demás formaban un círculo, aclamándolos y aplaudiendo, alrededor de las parejas en competición que ocupaban sólo la cuarta parte de la pista. Entre los espectadores, la orquesta y los bailarines, el Roseland parecía un barco a punto de naufragar. Los proyectores rosas, después amarillos, verdes, azules, seguían a las parejas que bailaban el *lindy-hop* como locos. La orquesta iba tocando, azuzada por el público hasta que, agotadas y cubiertas de sudor, las parejas caían una detrás de otra fuera de la pista.

A veces, me quedaba cerca de la puerta, bailando solo, con mi chaqueta gris y el cepillo en el bolsillo. El gerente venía entonces a buscarme porque los clientes me esperaban arriba.

No sé cuándo empecé a beber y a fumar marihuana. Era la época en que salía con Shorty y sus compañeros por la noche, jugábamos a los dados, a las cartas, apostaba cada día el dólar que ganaba. Shorty bromeaba acerca de mi condición de pueblerino, y nosotros festejábamos sus ocurrencias. Tenía razón: aún era un muchacho de pueblo, pero ellos me aceptaban, y para mí eso era lo que más importaba. Pasábamos muchas noches juntos, generalmente en casa de alguna chica. La marihuana nos daba la impresión de estar flotando, el whisky nos quemaba el estómago. Todo el mundo sabía que tenía que crecerme un poco el pelo para que Shorty pudiera estirármelo. Un día, dije que ya había ahorrado lo suficiente para comprarme un *zoot*.[11]

—¿Quéee? ¿Ahorrado? —Shorty no podía creerlo—. Oye, paisano: ¿nunca has oído hablar del crédito?

Entonces me dijo que a la mañana siguiente, no bien se levantara, hablaría con una tienda de ropa del barrio, donde era bien conocido, para avisarles de que yo iba a ir.

Me presenté temprano en la tienda, y cuando entré, el dependiente —un joven judío— me preguntó si yo era el amigo de Shorty. «Es uno de nuestros mejores clientes», me comentó. Quedé asombrado de la cantidad de contactos que tenía Shorty. El dependiente tomó un albarán y apuntó mi nombre, el lugar de trabajo (la sala de baile Roseland) y el domicilio (la casa de Ella); añadió el nombre de Shorty, que era quien me había recomendado. Luego me tomó las medidas y me enseñó un traje maravilloso: pantalón azul celeste muy ancho en las rodillas y estrecho en los tobillos, y una chaqueta larga entallada. El dependiente dijo que, como complemento del traje, me daría un estrecho cinturón de cuero, regalo de la casa, que llevaba grabada mi inicial, una «L». Me aconsejó un sombrero y lo compré. Era azul, con una pluma en la cinta. Por último, me hizo otro regalo: una cadena de reloj muy larga, chapada en oro, que salía por debajo del dobladillo de la chaqueta. La compra a crédito me había conquistado para siempre.

Hice la prueba con Ella. «Tenía que ocurrir», me dijo tras estudiarme detenidamente. Me hice tres fotos de un tono sepia, a veinticinco centavos cada una, en una pose de lo más moderna, *hip*, sombrero inclinado, rodillas juntas, pies separados y los dos índices señalando el suelo. De esa manera, la chaqueta larga, la cadena y los pantalones estilo Punjab quedaban mucho más espectaculares. Envié una de ellas, con una dedicatoria, a mis hermanos de Lansing, para que vieran lo bien que me iba, di una a Ella y otra a Shorty, que se emocionó muchísimo. Lo noté por el tono en que me dijo: «Gracias, paisano». Pero no manifestar las emociones formaba parte de nuestro código *hip*.

Shorty decidió poco después que el pelo ya me había crecido lo suficiente para estirarlo. Me había prometido que me enseñaría cómo hacerlo en su casa en vez de ir a pagar tres o cuatro dólares al barbero.

Me hizo una lista de los ingredientes que tenía que comprar: un envase de

lejía, dos huevos y dos patatas de tamaño medio. Después de comprar eso en el colmado, fui al *drugstore* que había cerca del billar para conseguir lo que faltaba: un bote de vaselina, una pastilla de jabón, un peine grande y otro pequeño, un tubo de caucho, un grifo de ducha metálico y un par de guantes.

—¿Es la primera vez que te estiras el pelo? —me preguntó el dependiente.

—¡Exacto! —le respondí, muy orgulloso.

Shorty pagaba seis dólares a la semana por una habitación en el mísero apartamento de su primo; éste no se encontraba en casa en aquel momento. «Fíjate bien», dijo.

Peló las patatas, las cortó a trocitos pequeños y las puso en un gran pote de cristal; después las revolvió con una cuchara de madera y añadió la lejía hasta que el pote estuvo medio lleno. «No utilices nunca una cuchara de metal —me explicó—. Con la lejía se pondría negra».

Shorty añadió dos huevos a esa mezcla gelatinosa y almidonada y se puso a batirlos muy deprisa, con el rostro oscuro y la propia mata estirada muy cerca del recipiente. El *congolene* (tal era el nombre del mejunje) se volvió amarillo pálido. «Toca el pote», me indicó. Puse la mano y la retiré enseguida. «Tienes razón, quema. Es la sosa. Cuando te lo ponga en la cabeza te quemará muchísimo, pero cuanto más aguantes, más liso te quedará el pelo».

Me dijo que me sentara, me ató el delantal de caucho alrededor del cuello y me peinó la mata de cabello. Después me dio un masaje de vaselina para que penetrara en el cuero cabelludo. Me untó las orejas, la nuca y la frente. «Cuando te enjuague el pelo, no te olvides de decirme si te quema todavía en algún sitio». Se lavó las manos, se puso los guantes de caucho y se ató el delantal, también de caucho.

«Si el *congolene* no se va, te hará una quemadura en la cabeza».

Cuando Shorty empezó a aplicarme el *congolene*, sentí sólo un calor agradable. Poco después, la cabeza me ardía.

Apreté los dientes y me cogí con todas mis fuerzas a los bordes de la mesa de la cocina. Tenía la impresión de que el peine me arrancaba la piel.

Me lloraban los ojos, se me tapaba la nariz. No podía más. Me arrojé

sobre el lavabo. Empecé a insultar a Shorty. Por fin abrió la ducha y me enjabonó la cabeza. Hacía espuma, me aclaraba con el agua cada vez un poco más fría. Esto me alivió mucho.

—¿Te quema todavía?

—No —conseguí responder. Las rodillas me temblaban.

—Ve a sentarte, entonces. Creo que ya está.

Shorty cogió una toalla y empezó a secarme, friccionándome muy fuerte. La cabeza volvía a quemarme. «Despacio», grité.

—La primera vez es la más dolorosa. Pero te acostumbrarás pronto. Paisano, te queda muy bien. Tienes un buen estirado.

Vi en el espejo los mechones suaves y húmedos que me caían. La cabeza me quemaba todavía, pero no mucho. Me puso la toalla sobre la espalda y empezó a untarme el pelo con vaselina.

Me peinó hacia atrás, primero con el peine grueso y después con el fino.

Luego me cortó el pelo a navaja, muy suavemente, empezando por la nuca y por los lados. Me dejó patillas.

La primera vez que me miré en el espejo bastó para compensar mis sufrimientos. Había visto estirados que no estaban nada mal, pero cuando se ve en la propia cabeza, después de haber llevado rizos toda la vida, el efecto es mucho mayor.

El espejo reflejaba a Shorty detrás de mí; nos sonreímos, los dos sudábamos a mares. Noté sobre mi cráneo un casco espeso y brillante de cabellos rojos —auténticamente rojos— lacios como los de un blanco.

¡Qué ridículo era! Estaba embobado ante el negro que veía en el espejo, ¡un negro con cabellos de «blanco»! Juré entonces que nunca más llevaría los rizos de negro, y efectivamente me estiré el pelo durante varios años.

Aquel intenso dolor que tuve que soportar, y que casi me quemaba la piel, para parecerme al hombre blanco significó el primer paso hacia la degradación. Me había unido a esa multitud de negros que, a base de lavados de cerebro, acaban creyendo que los negros son inferiores —y los blancos superiores—, hasta tal punto que no vacilan en profanar y mutilar los cuerpos que Dios les ha dado para parecer «guapos» según lo establecido por los blancos.

Mirad a vuestro alrededor en cualquier ciudad, grande o pequeña, desde el

drugstore hasta el vestíbulo del Waldorf Astoria, y veréis todavía negros con el cabello estirado. También mujeres negras con pelucas verdes, rosas, violetas, pelirrojas o rubio platino, ridículas como payasas. Uno se pregunta entonces si lo que ocurre es que el negro está completamente loco y ha perdido el sentido de la identidad.

Veréis que se estiran el pelo muchos, muchos negros pertenecientes a las clases «altas» y —lamento mucho decirlo— muchos artistas. Una de las razones por las que siempre he admirado a Lionel Hampton y Sydney Poitier, entre otros, es porque han conservado el pelo natural, pese a ser figuras de primera categoría. Admiro a los negros que nunca se estiraron el pelo o que supieron renunciar a hacerlo, como yo mismo hice finalmente.

No se qué clase de desfiguración de sí mismo es más vergonzosa: el estirado que llevan «grandes» y «pequeños» burgueses negros, que precisamente deberían estar por encima de todas estas cosas, o el de los negros pobres, los más humillados e ignorantes. Me refiero al negro del gueto, el que vive del salario mínimo, como lo era yo mismo cuando me hice el primer estirado. Por lo general, se trata de un pobre imbécil que lleva un pañuelo en la cabeza para que el estirado le dure más. Sólo lo expone en las grandes ocasiones, para demostrar lo *hip* y *sharp*[12] que es. Resulta irónico que no haya oído a ninguna mujer, blanca o negra, expresando su admiración por un negro que se haya desrizado el pelo. A la blanca que va con negros, como es obvio, no le importa su pelo. Por otra parte, no entiendo cómo una mujer negra orgullosa de su raza podría pasearse por la calle con un negro que se haya quitado los rizos: el pelo estirado es el emblema de la vergüenza de ser negro.

Para mi vergüenza, cuando hablo de todo esto, estoy hablando sobre todo de mí, porque no conozco negro alguno que se haya tomado con más seriedad lo del estirado que yo. Mi propia experiencia me indica que, en los tiempos que corren, el negro que se estira el pelo o la negra que lo oculta debajo de una peluca vivirían muchísimo más felices si en vez de preocuparse por el pelo prestasen más atención a la materia gris que tienen dentro de la cabeza.

---

[6] En la jerga, palabras que equivaldrían a «ligón», «tío espabilado», «chica», «excelente» y

«avispado» respectivamente.

[7] En ingles, «bajito».

[8] Literalmente «esclavo», lo que llamaríamos «trabajo de negros».

[9] En EE.UU., moneda de 10 centavos.

[10] Dos *bits*, en EE.UU., 25 centavos.

[11] Traje masculino muy vistoso.

[12] En la jerga, «inteligente», «elegante».

Laura

Shorty me llevaba muchas veces a unas fiestas fantásticas, *groovies*, en casa de distintos *chicks* y *cats*. La luz era suave, la música también, y todo el mundo iba borracho y fumado. Conocí *chicks* preciosas, verdaderos pimpollos, y *cats* que se las sabían todas.

El párrafo está escrito así de forma deliberada, para ilustrar la jerga que empleaban todos aquellos a los que yo consideraba *hips*. En un santiamén, dominé la jerga como si no hubiera hablado de otro modo en toda mi vida.

Como los cientos de miles de negros pueblerinos que habían llegado antes que yo al gueto negro del Norte, y los que llegaron después, me disfracé a la última moda: traje estilo *zoot*, el pelo estirado... y también empecé con el alcohol, el tabaco y, luego, la marihuana. Hacía todo eso para disimular que era de pueblo. Pero me quedaba todavía una tara secreta: no sabía bailar.

No recuerdo cuándo empecé a hacerlo, es decir, la noche o noches en particular. El baile era la principal distracción de todas las fiestas y me estrené en ellas. Con el alcohol y la marihuana que me hacían rodar la cabeza, y aquella música delirante que sonaba en el tocadiscos portátil, se despertó en mí la herencia africana que llevaba dentro. Recuerdo una fiesta en que todo el mundo bailaba menos yo. Una chica se precipitó sobre mí —muchas veces eran ellas quienes tomaban la iniciativa, pues no les entraba en la cabeza que hubiera alguien que no quisiera bailar— y me encontré de pronto en la pista, entre parejas que se retorcían. No tardé mucho en entrar en el juego. Mi instinto africano reprimido se liberó como si alguien hubiera apretado un botón.

Como había vivido mucho tiempo en el seno de los círculos blancos de

Mason, pensaba que para bailar había que aprender una serie de pasos en determinado orden, como los blancos. Pero allí, entre los míos, que desconocían todas esas inhibiciones, descubrí que el baile consistía en dejar que los pies, las manos y el cuerpo hicieran espontáneamente los gestos que sugería la música.

Desde entonces no me perdí un solo baile, yo mismo me invitaba si era preciso, y bailaba el *lindy-hop* hasta caer rendido.

Siempre he tenido facilidad para aprender cosas nuevas. Recuperé de tal modo el tiempo perdido que luego eran las mismas chicas quienes me reclamaban. Las cansaba mucho, pero era lo que ellas querían.

No podía estarme quieto en el lavabo de hombres del Roseland. El paño de lustrar los zapatos se movía al compás de las grandes orquestas que tocaban en la pista. Mis clientes se divertían, sobre todo los blancos, cuando me veían marcar pasos de baile con los pies. Los blancos creen, con razón, que los negros son unos bailarines natos, incluso los niños. Excepto algunos negros de hoy en día que están tan «integrados», como yo lo estuve, que reprimen todos sus instintos. ¿Habéis visto esos muñecos mecánicos que bailan cuando les dan cuerda? Pues bien: yo era uno de esos muñecos; la música era lo que me daba cuerda.

Cuando iba a celebrarse el siguiente baile para los negros de Boston (recuerdo que estaba anunciado Lionel Hampton), ya había notificado al gerente de la sala que dejaba el empleo. Le expliqué a Ella que no podía bailar y lustrar zapatos al mismo tiempo. Ella se rió. Estaba contenta porque no le gustaba verme haciendo un trabajo de subalterno. Shorty me dijo que ya sabía que pronto lo de limpiabotas me quedaría estrecho.

A Shorty no le gustaba ir a los grandes bailes; por motivos particulares, aunque podía bailar perfectamente. Lo único que le gustaba era hacer música. Tocaba el saxofón y escuchaba discos. Me sorprendió que no se interesara por ir a escuchar a las orquestas famosas. Johnny Hodges, el saxo alto de Duke Ellington, era el ídolo de Shorty, pero éste opinaba que había demasiados jóvenes músicos que calcaban con el mismo instrumento a las *big-bands*. De todos modos, lo único que le importaba era la música y formar un pequeño conjunto que un día llegaría a actuar en toda la ciudad de Boston.

Al día siguiente de dejar el Roseland, fui muy temprano a la tienda de ropa. El dependiente verificó mis cuentas y descubrió que únicamente había dejado de pagar una mensualidad. Era un deudor de primera clase. Le dije que ya no trabajaba, pero se fió de mí. Si me hacía falta, podía suspender el pago durante un par de semanas. Sabía que yo cumplía.

Esa vez, examiné con atención todos los trajes de mi talla. Acabé escogiendo un segundo *zoot*: gris tiburón con chaqueta larga y pantalones muy anchos en las rodillas y tan estrechos en los tobillos que tenía que sacarme los zapatos para ponérmelos. El dependiente me hizo comprar también una camisa, un sombrero y unos zapatos de moda: naranja oscuro, con la suela muy fina y la punta cuadrada. El total ascendía a unos setenta u ochenta dólares.

Era mi gran día y fui a hacerme el primer estirado a la peluquería. Como Shorty lo había previsto, esa vez sufrí mucho menos.

Aquella noche me las arreglé para llegar al Roseland en el momento en que había más gente. Actuaba Lionel Hampton, era un baile exclusivamente para negros. Noté que algunos de los tíos más modernos observaban mi traje y que algunas mujeres elegantes se fijaban en mí. Subí un momento al lavabo para beber un trago de la botella que llevaba en el bolsillo del abrigo. Encontré a mi sustituto, un negro asustado, de piel marrón, con cara de hambre, que acababa de llegar de Kansas capital. Al reconocerme, se quedó mirándome, sin poder disimular la admiración. Le dije que tranquilo, que él también aprendería pronto. Todo marchaba bien cuando bajé a la pista de baile.

La orquesta de Hampton había empezado ya a tocar y la pista encerada estaba llena de gente. Bailaban el *lindy-hop*. Saqué a una chica a la que no había visto nunca. Enseguida estábamos en el medio de la pista bailando y sonriéndonos mutuamente. No podría haberme ido mejor.

Los bailes anteriores habían sido en la sala de estar de pequeños apartamentos repletos de gente, pero entonces tenía lugar para maniobrar. Una vez que entré en calor, me solté y empecé a sacar a bailar a los cientos de chicas libres que esperaban al borde de la pista; casi todas bailaban muy bien. En esos momentos, perdía el dominio de mí mismo. Las chicas giraban tan deprisa entre mis brazos que les crujían las faldas. Las hacía dar

vueltas sobre mis caderas, sobre mi espalda, las levantaba en el aire, negras, morenas, amarillas, e incluso algunas blancas. Tenía sólo dieciséis años, pero era tan alto y huesudo que aparentaba veintiuno. Además era muy fuerte para mi edad. Daba vueltas, bailaba claqué y ejecutaba distintas figuras de baile.

Desde aquella noche, no me perdí un solo baile del Roseland.

La mejor pareja de baile que tuve, desde cualquier punto de vista, fue una chica llamada Laura. La conocí en mi siguiente trabajo. Ella estaba tan contenta de que hubiera dejado el Roseland que enseguida comenzó a buscarme otro empleo. Se enteró de que en el *drugstore* Townsend, a dos manzanas de casa, necesitaban un dependiente para el bar, pues el actual lo dejaría para ingresar en la universidad.

No me gustó la idea. Ella sabía que no podía soportar a la gente del barrio. No quise contrariarla porque se habría puesto furiosa. En consecuencia, me guardé mis opiniones, me puse la chaqueta blanca y comencé a servir refrescos, helados y batidos a los negros extravagantes que acudían allí.

Regresaba a casa a las ocho de la noche y me encontraba siempre con el mismo recibimiento de Ella: «Espero que te trates con chicos del barrio que sean de tu edad». Sin embargo, no podía soportar a esos negros, tanto de mi edad como mayores, que venían con aires de millonario. La criada de una familia de Beacon Hill, con modales remilgados, que iba a comprar esparadrapos para callos a la tienda del judío. La dependienta de la cafetería de un hospital, que, el día de descanso, aparecía con una piel de gato al cuello y le contaba al dueño que trabajaba de «dietista», pese a que ambos sabían que era mentira. Todos iguales, hasta los chicos de mi edad, que Ella elogiaba tanto. El bar del *drugstore* era el lugar de reunión habitual. Hablaban con un acento tan falso que con los ojos cerrados uno no reconocería que eran negros. No veía el momento en que llegaran las ocho para marcharme. Llegaba a casa y me engullía uno de esos potajes de comida tradicional jamaicana que Ella solía preparar. Enseguida me vestía con el *zoot* y salía corriendo para encontrarme con el grupo en algún lugar de la ciudad, donde bailábamos *lindy-hop* y nos poníamos achispados. Era la única forma de olvidarme de esos payasos del barrio.

No pasó mucho tiempo antes de comprender que me resultaría imposible

aguantar ocho horas seguidas en ese trabajo. Recuerdo que una vez estuve a punto de marcharme en el acto, porque acerté los diez centavos que había jugado a una de las loterías que se llevaban en el *drugstore*. (Aunque cueste creerlo, los honorables negros del barrio también jugaban a la lotería). Gané sesenta dólares y me los pulí con Shorty. Si hubiese acertado el dólar diario que apostaba con el corredor (le pagaba semanalmente), seguramente habría dejado el trabajo, e incluso habría comprado un coche.

Bueno, la tal Laura vivía en una casa del otro lado de la calle que quedaba en diagonal con el *drugstore*. Venía todos los días a última hora de la tarde, después de estudiar, y pedía siempre un batido de plátano, que le encantaba. No bien veía que entraba, yo ya comenzaba a preparar el batido. Tal vez estuve preparándole batidos durante cinco o seis semanas, ya ni sé; la tenía todos los días delante de mis narices, pero nunca le presté atención. Pero ocurrió un buen día que comencé a darme cuenta de que ella era distinta del resto de la clientela. Ninguna otra muchacha del barrio se mostraba simpática y natural como ella.

Siempre traía libros, que leía mientras se tomaba el batido; pasaba así media hora todas las tardes. Comencé a fijarme en los libros que leía; eran manuales de estudio bastante complicados: latín, álgebra y cosas por el estilo. La imagen de Laura me hizo reflexionar sobre el hecho de que no había leído un solo periódico desde que había dejado Mason.

«¡Laura!», oí que la llamaban algunos de los muchachos que frecuentaban el bar. Era evidente que tenían poco trato con ella; la relación no iba más allá del saludo. Laura se mostraba muy reservada conmigo y no me dirigía palabra, salvo para darme las gracias cuando la servía. Tenía una voz muy agradable. Suave. Tranquila. No se daba aires, como los demás negros de Boston. Era ella misma y eso me gustaba.

No pasó mucho antes de que entablara conversación con ella. No recuerdo exactamente de qué hablamos, pero el hecho es que ella finalmente se abrió y tuvimos una charla muy amistosa. Me contó que estudiaba en el instituto y que era alumna de honor. Los padres se habían separado al poco de nacer ella y quedó en manos de la abuela, quien se encargó de educarla. La abuela vivía de una pensión y era una señora chapada a la antigua, muy devota y de costumbres estrictas. Laura sólo tenía una amiga, una antigua compañera

de escuela y que a la sazón vivía en Cambridge. Hablaban por teléfono todos los días. La abuela a duras penas la dejaba ir al cine, y ni hablar de salir con muchachos.

Laura estaba muy interesada en sus estudios. Le gustaba el álgebra, sobre todo, y quería seguir la carrera de ciencias en la universidad. Por la manera en que me miraba deduje que ni se le pasaba por la mente que yo era un año menor que ella; pensaría que, a diferencia de ella, yo había recorrido mucho mundo, lo cual era cierto. A veces, cuando Laura se marchaba, pensaba en los estudios que había abandonado en Mason, y eso me desalentaba.

Llegó un momento en que ansiaba ver a Laura de nuevo cada día cuando ella salía del instituto. Dejé de cobrarle la consumición y, además, le regalaba un helado. Ella no ocultaba el hecho de que yo le gustaba.

En vez de dedicarse a leer como hacía al principio mientras se comía el helado, empezó a hablar conmigo y enseguida se interesó por mi vida. Un día, se me escapó que había pensado estudiar derecho, y tuve que lamentarlo. Desde entonces, no cesaba de decirme: «Malcolm, no hay nada que te impida continuar los estudios y convertirte en abogado». Pensaba que mi hermana Ella me ayudaría cuanto pudiera. Estaba en lo cierto. No me cabe ninguna duda de que si Ella se enteraba que un Little quería colocar la placa de profesional en la puerta de la casa (maestro, pedicuro o lo que fuera), habría que atarla para impedir que saliera disparada a buscar cualquier clase de trabajo que le permitiera ayudar.

Nunca hablé de Laura a Shorty, pues sabía, por un lado, que mis amigos no la habrían entendido y, por otro, que ella tampoco aceptaría la forma de ser de él y del resto de la pandilla. Era una chica que jamás había tenido la más mínima relación con un hombre, no bebía y ni siquiera sabía lo que era la marihuana.

Una tarde Laura dijo, de pasada, que le encantaba bailar. Para mí fue toda una sorpresa. Le pregunté dónde había aprendido y me contó que un amigo negro suyo había sido aceptado en Harvard y que los padres decidieron celebrar el acontecimiento con una fiesta. Allí conoció el *lindy-hop*.

Era la hora de cerrar el bar. Le comenté que ese fin de semana Count Basie tocaba en el Roseland y la invité a ir. Laura abrió los ojos desmesuradamente y se entusiasmó tanto que casi tuve que calmarla. Era un

lugar del que había oído hablar muchísimo, me dijo. Tenía sólo una vaga idea de cómo podría ser, pues nunca había estado allí. Daría lo que fuera para que la llevaran, pero si la abuela se enteraba le daría un patatús.

Le dije entonces que quizá podríamos ir otro día.

El día del baile, sin embargo, Laura se presentó en el bar. Estaba entusiasmada y me dijo, casi al oído, que nunca había mentido a su abuela, pero que esa vez le contó que iba a una función en el instituto. Iría conmigo si yo le prometía que la acompañaría pronto de regreso a su casa, en caso de que estuviese aún interesado.

Acepté y le expliqué que tendría que pasar por casa para cambiarme. Tras un momento de vacilación, se mostró conforme. Telefoneé a Ella para avisarle de que llegaría con una chica camino de un baile. Ella disimuló la sorpresa, pese a que era la primera vez que me presentaba con compañía femenina en casa.

Ella se quedó de piedra cuando nos abrió la puerta. ¡Qué cuadro: yo con una chica bien educada del barrio! Estuve un buen rato riéndome para mis adentros. Le presenté a Laura, quien se comportó de forma muy sincera y afectuosa. Ella, por su parte, daba la impresión de que estaba a punto de atrapar a su tercer marido.

Se quedaron charlando en la sala de estar y subí a mi habitación para cambiarme. Recuerdo que pensaba llevar el extravagante traje *zoot* de color gris tiburón, pero pensé que el azul, el primero que me había comprado, quedaría mejor. Sabía perfectamente que debería vestir de la forma más clásica posible.

Cuando bajé listo para el baile, Laura y Ella ya parecían íntimas amigas. Estaban tomando un té. Con su ojo de águila, Ella inspeccionó mi vestimenta de arriba abajo. Seguro que estaba agradecida de que, al menos, hubiera optado por el traje azul. Sabiendo cómo era, no dudaba de que ya habría averiguado absolutamente todo acerca de la vida de Laura, y también que mi suerte matrimonial estaba echada. No paré de sonreír abiertamente durante el trayecto a la sala de baile: acababa de demostrar a Ella que podía salir con chicas de la Colina de Roxbury, si me lo proponía.

Laura no salía de su asombro. Me confesó que la abuela no conocía prácticamente a ninguna de sus amistades y que como la iglesia era el único

lugar al que iba, no había posibilidades de que se enterase de nada. Sólo su amiga estaba al corriente de la salida al baile, y ella también se encontraba muy entusiasmada.

Llegamos al vestíbulo del Roseland, que hervía de gente. «¡Hola, Red!», me saludaban; a cada momento me dirigían una sonrisa o un gesto, que yo devolvía.

Era la primera vez que bailábamos juntos, pero eso no fue problema alguno. Dos personas que sepan el *lindy-hop* se entenderán de inmediato. Nos dirigimos a la pista, donde ya había montones de parejas.

A mitad de la canción, me di cuenta de cómo bailaba Laura.

Quien haya practicado alguna vez esa clase de baile sabrá a qué me refiero. Uno baila con la chica delante, la guía, la rodea, la tiene a su lado. El brazo que sirve de guía siempre está medio inclinado, y basta un simple toque en la cintura, los hombros o los brazos de la chica para que ésta gire o dé la vuelta, según lo que uno le indique. Cuando la pareja es realmente hábil, uno la guía prácticamente sin esfuerzo; ese simple toque basta para que la chica realice una pirueta en el aire y se gire al posarse de nuevo en la pista, sin que pierda el compás. En cambio, la pareja mala es pesada y lenta, diríase que uno siente todo el peso de la muchacha.

Yo había bailado con muchachas realmente buenas. Pero en aquel momento me di cuenta de que ninguna de ellas había resultado tan liviana como Laura. En efecto, bastaba que yo apenas pensara en un movimiento para que ella respondiera de inmediato.

Estudié su estilo de baile, el juego que hacía con los pies mientras se agachaba, volvía a erguirse, pasaba por debajo de mi brazo, se alejaba. Cierro los ojos y aún la veo, hermosa, leve, en un movimiento muy rápido, como si fuera una sombra. La pareja perfecta sería aquella que bailase con la delicadeza de Laura y que fuese capaz de resistir la competición que se llevaba a cabo al final del baile, pero sabía que Laura no podría resistirlo.

Años después, cuando me mudé a Harlem, un amigo mío que se llamaba Sammy The Pimp[13] me enseñó algo acerca del rostro de la mujer que habría deseado saber aquella noche. Según Sammy, era una pista infalible que permitía reconocer sin duda alguna la «verdadera personalidad que yace en el inconsciente de la mujer». Habida cuenta de los montones de

mujeres a las que Sammy había convertido en prostitutas, no dudé de que su opinión fuera acertada. Me aseguró que si una mujer, una mujer cualquiera, se deja realmente llevar por el baile, en el rostro se reflejará lo que esconde el interior de la persona.

No quiero decir con ello que en el rostro de Laura apareciese el retrato de la mujer de escasa virtud, aunque es cierto que recibió duros golpes de la vida (conocerme a mí fue el primero de todos). Pero si hubiese poseído la habilidad de la que me habló Sammy, habría podido detectar determinadas características latentes que habrían espantado a la abuela.

Después de las primeras piezas, actuaron los solistas e instrumentistas. Luego llegó la competición del final del baile: quedaban en la pista sólo las mejores parejas que competían entre sí en una especie de eliminatoria. Los demás formaban una «U» cuyo extremo abierto lindaba con el escenario donde tocaba la orquesta.

Las mujeres se quitaban las medias y cambiaban los zapatos de tacón por zapatillas de lona. Era imposible competir con zapatos de tacón en esa clase de baile. Siempre había alguna que otra muchacha sola que buscaba enganchar alguna buena pareja de baile.

La orquesta de Count Basie comenzó a tocar. Los espectadores buscaron posiciones que les permitieran contemplar mejor y jalear a las parejas preferidas. «¡Enséñales lo que es bueno, Red!», me gritaban. En ese momento, vi que se acercaba Mamie Bevels, una chica que estaba sin pareja y con quien había bailado en otras ocasiones. Trabajaba de camarera y era una bailarina magnífica. Vacilé un instante pero vi que Laura retrocedía hacia el cerco de espectadores, sin cesar de mirarme.

La música de la orquesta de Count sonaba como un aullido. Cogí a Mamie y comenzamos a bailar. Mamie era una muchacha corpulenta y bailaba como un caballo encorcovado. Recuerdo la noche que se consagró como una de las estrellas del baile en el Roseland. La orquesta tocaba a más no poder: ella arrojó lejos los zapatos y comenzó a bailar descalza; gritaba y vibraba como si estuviera poseída por el frenesí de la selva africana. Gritaba a cada paso, y llegó un momento en que el chico que bailaba con ella tuvo que sujetarla para que se refrenase. A los concurrentes les encantaba esa forma extravagante de bailar que prestaba tanta animación a los bailes del

Roseland. Así Mamie se hizo famosa.

La guié como si fuera un caballo, de la manera que a ella le gustaba. Cuando terminó la primera pieza, estábamos empapados en sudor: la gente gritaba y nos palmeaba la espalda.

Recuerdo que nos marchamos temprano, porque Laura debía volver pronto a casa. Casi no habló durante el trayecto, y durante los días siguientes, cuando acudía al *drugstore* por las tardes, tampoco se mostró excesivamente comunicativa. A esas alturas de mi vida, por lo que había aprendido del sexo opuesto, supe que no se debe urgir a una mujer cuando reflexiona sobre algo, sino dejarla en paz, pues ella sola comunicará la decisión a su debido tiempo.

Ella me presionaba todo el santo día; me sometía a un tercer grado, incluso cuando me lavaba los dientes. «¿Cuándo vas a salir con ella otra vez? ¿Por qué no la invitas a casa? ¡Qué chica tan maja!, ¿no te parece?». Ésa era la cantinela diaria. Ella ya había decidido por mí.

Con ello sólo consiguió que casi me olvidara de Laura. En lo referente a las cuestiones personales, tenía la cabeza ocupada exclusivamente de estar *sharp*, de ponerme el traje *zoot* no bien volvía del trabajo y de salir disparado a reunirme con el grupo de Shorty y con las chicas amigas de ellos, en algún lugar del centro de la ciudad, lejos de los estirados de la Colina.

Laura vino un día al *drugstore* y me pidió que la llevara al próximo baile para negros que habría en el Roseland, en el que tocaría la orquesta de Duke Ellington. Estaba entusiasmadísima. En ese momento, yo tenía la cabeza en otra cosa y no sospechaba lo que ocurriría.

Me pidió que fuera a recogerla a casa. Yo no quería saber absolutamente nada de la abuela que ella me había retratado, pero fui de todos modos. La abuela abrió la puerta: era una mujer negra chapada a la antigua, llena de arrugas, con el cabello canoso. Ni siquiera se molestó en decirme «Pasa, perro». En mi vida he visto muchos rostros de maleantes y de policías, pero nunca tan hostiles como el de aquella mujer.

Pasamos a la sala de estar. Recuerdo que estaba plagada de viejos cuadros de Jesucristo, tapices con plegarias bordadas, crucifijos y otros objetos de significado religioso por todas partes: en la repisa de la chimenea, en la

estantería, sobre la mesa, en las paredes.

Como la vetusta señora no me dirigía la palabra, yo hice otro tanto. Debo admitir que, hoy en día, estaría completamente de acuerdo con ella. ¿Qué podría pensar de un negro que se le aparece vestido con un *zoot*, zapatos de color naranja y con el cabello estirado? Nos habría hecho un favor a los dos si hubiese salido corriendo a llamar a la policía. Si hoy se presenta en mi casa un tipo con la pinta que yo tenía aquella noche y pregunta por una de mis cuatro hijas, estallaría de inmediato.

Laura entró apresuradamente en la sala de estar, con el abrigo en la mano. Estaba molesta y enfadada, y en el taxi comenzó a llorar. Me contó que se sentía culpable porque le había mentido a la abuela la vez anterior, y que había decidido decirle la verdad; como era lógico, tuvo una fuerte pelea con ella, a grito pelado. Anunció a la anciana señora que pensaba salir cuando le diera la gana y que si no la dejaba, abandonaría los estudios, conseguiría un trabajo y se iría a vivir sola. A la abuela le había dado un patatús, pero a Laura no le importó y se marchó igualmente.

Ya en el Roseland, bailamos las primeras piezas de la noche juntos y también con distintas parejas. Al final, la orquesta de Duke anunció que llegaba el momento de la competición final.

Tanto yo como Laura sabíamos que ella no podría estar a la altura de las chicas más veteranas, pero me dijo que deseaba competir. La imagen siguiente que recuerdo es que estaba cambiándose los zapatos junto con las demás competidoras. Dos chicas sin pareja se abalanzaron sobre mí, pero las rechacé.

Como de costumbre, la gente formó un corro alrededor de las parejas, aplaudiendo y gritando para alentarlas. «¡Dale, Red, dale!». Enseguida, el haz de luz del reflector (y la atención del público) se dirigió a nosotros, en parte gracias a la fama que yo había cosechado y en parte gracias al estilo de baile de Laura, que parecía ballet. Nunca habían presenciado una manera de bailar tan grácil, un estilo completamente nuevo, y eso que eran duchos en el tema. Yo me desaté y los pies de Laura literalmente volaban: la alcé en el aire, la bajé, la llevé hacia un costado, una vuelta alrededor de mí, la lancé hacia atrás, la levanté de nuevo, al suelo, un giro...

El reflector nos seguía prácticamente a nosotros solos. Eché una ojeada a

las demás parejas: las chicas se sacudían y embestían como animales, como si estuvieran poseídas por todo el ímpetu de la selva. Laura me inspiró a ascender a nuevas alturas. Tenía todo el cabello sobre el rostro, sudaba a mares, nunca creí que tuviese tanta fuerza. El público gritaba y pateaba el suelo, nos rodeaba un muro de ruido: había nacido una nueva estrella. Sentí que perdía fuerzas, parecía un boxeador al borde del desmayo, y nos retiramos del centro de la pista con paso vacilante. La orquesta seguía tocando a más no poder. Tuve que ayudarla a caminar de tan débil como estaba; le faltaba el resuello. Recibimos aplausos de algunos músicos de la orquesta y hasta el mismísimo Duke Ellington se levantó a medias de su asiento del piano y nos saludó con una inclinación.

Una vez terminada la competición, el público rodeaba a las mejores parejas y las vapuleaba, estrujaba, apretaba, igual que al equipo de Rugby que acaba de ganar la copa. Laura fue rodeada por un grupo de personas que la alzaron. Otros me palmeaban la espalda... Fue en ese preciso momento que avisté los ojos de aquella rubia hermosísima... Conocía más o menos a las chicas blancas que acudían a los bailes para negros del Roseland, pero a aquélla no la había visto nunca. No me quitaba los ojos de encima.

En Roxbury, como en cualquier gueto negro de aquella época, el tener una amante blanca que no fuese una prostituta reconocida era símbolo de categoría de primer orden, al menos, para la mayoría de los negros. La que estaba delante de mí, mirándome, era tan hermosa que parecía imposible. El cabello le caía por la espalda, tenía muy buen tipo e iba vestida con ropas que a alguien le habían costado mucho dinero.

Me da vergüenza reconocerlo, pero en ese momento prácticamente me olvidé de Laura. Ella salió de entre el gentío y se acercó corriendo, pero de repente, se detuvo en seco, con gran expresión de asombro. Me imagino que vio lo que había que ver en el rostro de la rubia y en el mío.

Llamémosla Sophia.

No bailaba muy bien, al menos según los cánones negros, pero eso no me importaba. Las demás parejas nos observaban. Le dije que bailaba muy bien y le pregunté dónde había aprendido. Traté de comprender qué hacía allí. La mayoría de las blancas venían a los bailes negros por las razones que ya se

saben, pero chicas como ésa se veían pocas.

Sus respuestas eran ambiguas. Pero mientras bailábamos decidimos que yo acompañaría a Laura a su casa y que regresaría al baile en un taxi. Me preguntó si luego me gustaría ir a dar una vuelta en su coche. ¡Estaba de suerte!

Así fue: llevé a Laura a su casa y regresé al Roseland en menos de una hora. Sophia me esperaba en la puerta.

Tenía un descapotable a unas manzanas del local. Ella sabía muy bien adónde iba. A la salida de Boston, tomó una pequeña carretera, después un camino desierto. Lo apagó todo, excepto la radio.

Durante los meses siguientes, Sophia venía a buscarme al centro. Yo la llevaba a bailar y recorríamos todos los bares de Roxbury. A veces, era ya de día cuando me dejaba en casa de Ella.

La exhibía por todas partes. Los negros la adoraban y parecía que ella quería a todos los negros. Salíamos juntos dos o tres veces por semana. Sophia admitía que también salía con blancos «para guardar las apariencias». Pero me juró que no había ningún blanco que le interesase de verdad.

Me he preguntado muchas veces por qué se acercó a mí con tanto ímpetu la primera noche. ¿Por la experiencia que había tenido con algún otro negro? Pero nunca se lo pregunté y ella tampoco me lo dijo. Más vale no preguntar a una mujer acerca de los hombres que ha conocido en su vida: o miente, y no se gana nada con ello, o dice la verdad, y entonces uno comprende que hubiera sido mejor seguir en la ignorancia.

En cualquier caso, parecía que estaba loca por mí. Cada vez veía menos a Shorty. Cuando lo encontré con la pandilla, me reprochó: «Vaya, yo le saqué la tiña del pelo a ese pueblerino, y ahora se ha conseguido una amante de Beacon Hill». Pero como todo el mundo sabía que era Shorty quien me había «espabilado», el hecho de que yo tuviera a Sophia le daba importancia. Cuando se la presenté, ella le dio un gran beso fraternal. Shorty no salía de su asombro. Él sólo había ido con prostitutas blancas o con algunas de esas obreritas que deseaban tener una aventura con un negro.

Desde que salía con Sophia, había mejorado mi condición social en

Roxbury. Antes era sólo un negro más, con el cabello estirado y el traje *zoot*. Pero desde que iba a los bares y a los clubs con la chica blanca más hermosa que jamás había puesto los pies allí, y que además me daba dinero para gastos, hasta los maleantes negros y la «gente lista» (o sea, los gerentes de clubs, los corredores de apuestas y los «banqueros» de la lotería clandestina) me palmeaban la espalda, nos invitaban a beber y me llamaban Red. Naturalmente, conocía el motivo de tanta amabilidad como sé mi propio nombre: todos querían robarme a mi preciosa blanca.

La lucha por destacarse y causar la envidia de los demás era igual en el gueto y en las afueras. A los dieciséis años yo no tenía dinero para comprarme un Cadillac, pero Sophia tenía el suyo propio, un *rubber*, como llamábamos entonces a los coches. Y yo la tenía a ella, que era mucho mejor.

Laura dejó de acudir al *drugstore* mientras yo trabajé allí. La encontré un día y estaba hecha una ruina: todos sabían en el barrio de sus continuas entradas en la cárcel. Cuando terminó el instituto, ya andaba por mal camino: contra la voluntad de la abuela, comenzó a salir de noche y a beber alcohol. De allí pasó a las drogas y luego a venderse a los hombres. Terminó odiando a los hombres que la compraban y se hizo lesbiana. Durante muchos años, he tenido que soportar el sentimiento de culpa por todo lo que le ocurrió a Laura. El haberla tratado como lo hice por causa de una mujer blanca agravó mucho más esa culpa. La única excusa que puedo aducir es que yo estaba ciego, sordo y mudo, igual que les pasa a muchos hermanos negros en la actualidad.

De todos modos, poco después de mi primer encuentro con Sophia, Ella descubrió el juego. Una mañana, mi hermanastra estaba mirando por la ventana cuando salí del coche de Sophia. No es de extrañar que, desde entonces, empezase a tratarme como una víbora.

Por esas mismas fechas, el primo de Shorty se fue a vivir con la mujer que tanto amaba, y Sophia me dio dinero para que compartiese el apartamento de Shorty. Me fui del *drugstore* y encontré enseguida otro empleo, de ayudante de camarero en el Parker House. Llevaba una chaqueta blanca almidonada y me encargaba de llevar a los lavaplatos de la cocina unas grandes bandejas de aluminio donde los camareros depositaban la vajilla

sucia de los clientes.

Unas semanas después (recuerdo que era un domingo por la mañana), llegué tan tarde que pensé que me despedirían. Pero todo el personal de la cocina estaba demasiado nervioso para darse cuenta: la radio informaba que aviones japoneses habían bombardeado un lugar llamado Pearl Harbour.

---

[13] Literalmente, Sammy el Chulo.

Habitante de Harlem

«¡A los riicooos boooooocadillos de jammóoooooon y quesoooo! ¡Caaaféeeee! ¡Caraameeelos! ¡Paaaasteeeles y helaaaaados!». En eso consistía mi trabajo. Día por medio, durante las cuatro horas que duraba el trayecto, voceaba la mercancía por los pasillos de los coches del *Yankee Clipper*, el tren que unía Boston con las ciudades de Nueva York, New Haven y Hartford.

El viejo Rountree, un mozo de servicio de coches Pullman y que era amigo de Ella, me había recomendado para el puesto. Le explicó a Ella que si lograba aparentar veintiún años, conseguiría que me colocaran, pues a causa de la guerra, el ferrocarril perdía personal de forma acelerada.

Ella quería alejarme de Boston y de Sophia. Nada le habría complacido más que verme pasear por las calles del barrio con el uniforme color caqui y los zapatos de suela gruesa del Ejército, como lo hacían otros muchos negros cuando volvían de permiso de hacer la instrucción. Pero como tenía sólo dieciséis, ello no fue posible.

Tenía mis propios motivos para aceptar el empleo del ferrocarril. Hacía mucho tiempo que quería visitar la ciudad de Nueva York. Había oído montones de cuentos acerca de la «Gran Manzana», como la llamaban los músicos viajeros, los marineros de los barcos mercantes, los viajantes de comercio, los chóferes de familias blancas y los maleantes de las más diversas calañas que llegué a conocer. Cuando vivía en Lansing, ya había relatos de fábula sobre Nueva York y en particular sobre el barrio de Harlem. Mi propio padre hablaba con orgullo de Harlem y me había enseñado fotografías de las inmensas manifestaciones allí realizadas por los

partidarios de Marcus Garvey. Y cada vez que Joe Louis ganaba un combate contra un boxeador blanco, en las portadas de periódicos negros como el *Chicago Defender*, el *Pittsburgh Courier* y el *Afro-American* aparecían fotografías a toda página en las que se veía un mar de negros de Harlem que aplaudían y vitoreaban al *Brown Bomber*, quien les devolvía el saludo desde el balcón del hotel Theresa. Todo lo que había llegado a mis oídos acerca de la ciudad de Nueva York era emocionante, las luces de Broadway, las salas de baile Savoy y Apollo de Harlem, donde tocaban conocidas orquestas y que habían dado origen a canciones, pasos de danza y estrellas negras muy famosas.

Pero si uno vivía en Lansing, en Boston o en cualquier otro lugar, no era tan fácil presentarse en Nueva York sin dinero. De modo que nunca había pensado demasiado en la idea de visitar Nueva York hasta que se presentó la posibilidad de viajar gratis gracias a la charla que Ella mantuvo con el viejo Rountree, quien, por otra parte, acudía a la misma iglesia que mi hermanastra.

Lo que Ella desconocía, por supuesto, era que yo no dejaría de ver a Sophia. Cuando le conté que había conseguido un puesto en el ferrocarril, me dijo que podía salir sólo algunas noches por semana y que, por tanto, aprovecharía cuando yo estuviese de regreso en Boston. Eso significaba que nos veríamos cada dos noches, si me daban el turno que pedía. Sophia no quería en absoluto que me fuera, pero como me faltaba poco para tener edad de ser llamado a filas, opinó que el empleo en el ferrocarril era la mejor manera de mantenerme apartado del Ejército.

Shorty, por su parte, pensó que sería una gran oportunidad para mí. Él mismo estaba muy preocupado por si tenía que presentarse en cualquier momento e, igual que hacían centenares de jóvenes negros, tomaba una porquería que —según decían— revelaría un problema cardíaco cuando la comisión médica lo examinara.

Shorty, yo y los demás negros del gueto teníamos la misma opinión acerca de la guerra: «El blanco es dueño de todo y encima quiere que derramemos nuestra sangre por él. ¡Que pelee su padre!».

Cuando me presenté a firmar el contrato en la oficina de personal del ferrocarril (recuerdo que quedaba en la calle Dover), un empleado blanco

de modales cansinos, un hombre mayor, me formuló la pregunta decisiva: «¿Qué edad tiene usted, Little?». «Veintiuno», le respondí. El hombre anotó lo que le dije sin levantar la vista del papel. Supe que había conseguido el trabajo.

Me asignaron el cargo de cuarto auxiliar de cocina en la línea Boston-Nueva York, que ocuparía en cuanto se registrara una vacante. Mientras, trabajaría en las dependencias de la calle Dover, en la carga de los pedidos de comida para los coches-restaurante. Sabía perfectamente que lo de «cuarto auxiliar de cocina» era una forma excelsa de llamar al lavaplatos, pero ya estaba acostumbrado a esa clase de trabajo y me daba lo mismo, con tal de que pudiera viajar adonde quería. Al final, y en espera de la plaza prometida, me asignaron temporalmente a *The Colonial*, un ferrocarril que cubría la línea que iba a Washington capital.

Al frente de la cocina había un antillano que se llamaba Duke Vaughn; pese a las exiguas dimensiones del lugar, todos se las ingeniaban para trabajar con increíble diligencia. Con el traqueteo del tren como sonido de fondo, los camareros farfullaban los pedidos de los clientes, los cocineros trabajaban como si fueran máquinas y, al final, a mí me llegaban ochocientos kilómetros de platos, ollas y piezas de vajilla de plata sucias. Como es lógico, el tiempo de la escala en Washington lo dedicaba a pasear por el centro de la ciudad. Así descubrí, para mi gran sorpresa, un barrio de negros, a pocas calles de la colina del Capitolio, donde la gente vivía muchísimo peor que en las más horrendas zonas de Roxbury. Vi chabolas con todo el suelo sucio que se alineaban a lo largo de callejuelas llenas de inmundicia, algo inenarrable, y con nombres como el «callejón de los Cerdos» y el «callejón de las Cabras». Había visto mucho en mi vida, pero nunca, como allí, esa densa concentración de colgados, camellos, putas, trileros y hasta niños, semidesnudos y descalzos, que mendigaban un centavo a altas horas de la noche. Los cocineros y camareros del ferrocarril me habían advertido que tuviera mucho cuidado si iba por esos lugares, ya que las palizas, las cuchilladas y los robos eran el pan nuestro de cada día entre esos negros. ¡Y eso pasaba a escasas calles de la Casa Blanca, en la mismísima capital de la nación!

No todo era así: había negros que vivían mejor, en bloques de casas de

ladrillos rojos. Los empleados más antiguos de *The Colonial* me contaron que en Washington había muchos negros de «clase media», que habían estudiado en la Universidad de Howard y que trabajaban de peones, porteros, mozos de equipaje, guardianes, conductores de coches de alquiler, entre otros oficios similares. Para el negro de la capital, el hecho de trabajar en el correo era símbolo de prestigio.

Tras algunos viajes a Washington, finalmente me surgió la oportunidad de trabajar en el *Yankee Clipper*, que hacía el trayecto a Nueva York; el hombre de los bocadillos estaba de permiso temporal y yo debía sustituirlo.

Cuando llegamos a Nueva York, yo ya me había vestido el *zoot* antes de que descendiera el último pasajero. Fui con los cocineros a Harlem en un coche de alquiler. La Nueva York blanca pasaba ante mi vista como si estuviera en una sala de cince, pero cuando dejamos atrás el linde superior de Central Park, en la calle Ciento diez, la tez de los transeúntes cambió repentinamente de color.

En la bulliciosa Séptima Avenida pasamos frente a un lugar llamado Small's Paradise que, según me habían informado los compañeros, era el mejor lugar de atracciones nocturnas de Harlem; no debía perdérmelo. En mi vida había visto un lugar para negros que me impresionara tanto como ése. Tenía una enorme barra en forma circular, muy lujosa, donde había sentados unos treinta o cuarenta negros, hombres casi todos ellos, que bebían y conversaban.

Lo que me impresionó primeramente —creo— fue la vestimenta clásica de aquellos negros y los modales que exhibían. En Boston, por no hablar de Lansing, bastaba que se reunieran diez negros en un bar para que armaran un jaleo insoportable. ¡Qué diferencia con aquellos negros de Harlem, que también bebían y conversaban, pero apenas se escuchaba un murmullo! La gente entraba y salía del establecimiento. Los camareros ya conocían los gustos de la clientela y cuando el parroquiano llegaba a la barra, ya encontraba la botella de su bebida habitual.

Hasta aquel momento, pensaba que no había negro que no hiciese ostentación del dinero, y sin embargo, aquellos negros de Harlem depositaban discretamente sobre la barra el billete correspondiente a la consumición. Bebían. Con un gesto imperturbable de la cabeza indicaban al

camarero que sirviera una copa a un amigo; el camarero, de maneras tan suaves como el cliente, les devolvía el cambio.

No había nada artificial en los modales de aquellos negros; todo parecía natural. Yo no daba crédito a mis ojos. Cinco minutos después de haber entrado en el Small's había abandonado Boston y Roxbury para siempre.

Sin embargo, en aquel momento no sabía aún que los negros que veía en aquel local no eran lo que podría llamarse el negro corriente o medio de Harlem. Esa misma noche, descubriría que Harlem contenía centenares de miles de gentes de mi raza tan gritones y extravagantes como los negros de cualquier otra parte. Pero aquellos que había en el bar eran la crema de los mayores estafadores de Harlem. A aquella hora, las seis de la tarde, ya había concluido la lotería del día, pero aún no habían comenzado las apuestas nocturnas y las otras formas de malvivir. La gente que formaba la vida nocturna habitual del barrio (los negros que desempeñaban trabajos normales durante el día) se encontraba cenando en casa. Por eso, los delincuentes de Harlem celebraban su reunión diaria de las seis y tenían sus bares favoritos para ellos solos.

Al salir del Small's, pillé un taxi y me dirigí al Teatro Apollo. (Me acuerdo muy bien porque esa noche tocaba la orquesta de Jay McShann, cuyo cantante, Walter Brown, el de *Hooty Hooty Blues*, después sería gran amigo mío). Desde allí, en la acera opuesta de la calle Ciento veinticinco, en el cruce con la Séptima Avenida, vi el inmenso y altísimo edificio de color gris del Hotel Theresa. Por esas fechas, era el mejor hotel para negros de toda la ciudad, antes de que el hombre negro fuese aceptado en los hoteles del centro. (En la actualidad, la fama del Theresa se debe a otros motivos. En efecto, cuando Fidel Castro visitó el edificio de las Naciones Unidas, el Ministerio de Asuntos Exteriores lo confinó en el barrio de Manhattan. Pero ello constituyó un fuerte golpe psicológico para quienes decidieron tal medida, pues nunca soñaron la impresión que suscitaría Fidel entre los negros de Harlem).

El Hotel Braddock quedaba en la calle Ciento veintiséis, cerca de la entrada trasera del Apollo. El bar del hotel era muy conocido porque allí se reunían las celebridades negras. Entré, y entre el inmenso gentío divisé a estrellas tan famosas como Dizzy Gillespie, Billy Eckstine, Billie Holiday,

Ella Fitzgerald y Dinah Washington.

En ese momento, Dinah Washington se marchaba con unos amigos. Por casualidad oí que se dirigían a la sala de baile Savoy, donde esa noche tocaba la orquesta de Lionel Hampton; Dinah era la vocalista. Comparado con el Savoy, el Roseland de Boston era un local de mala muerte. La forma de bailar el *lindy-hop* se correspondía con las dimensiones y la elegancia del local. La orquesta de Hampton mantenía unos compases muy vivos con estrellas como Arnett Cobb, Illinois Jacquet, Dexter Gordon, Alvin Hayse, Joe Newman y George Jenkins. Saqué a bailar a un par de muchachas que aguardaban en el borde de la pista.

Aproximadamente la tercera parte de los palcos estaban ocupados por blancos, que se limitaban a contemplar cómo bailaban los negros. Sin embargo, vi parejas blancas en la pista, e igual que sucedía en Boston, también algunas blancas que bailaban con negros. El público pedía a gritos *Flyin' Home,* un tema de Hampton, y éste finalmente accedió a interpretarlo. (Podría creerme la historia que me contaron de Hampton relacionada con el Apollo. Una noche, Hampton tocó *Flyin' Home* de tal manera que unos negros del segundo palco, que estaban fumando marihuana, pensaron que la famosa estrella era capaz de volar. Hampton se lo tomó en serio y trató de volar: saltó y terminó con una pierna rota. El incidente fue inmortalizado posteriormente por Earl Hines con una famosa canción llamada *Second Balcony Jump*). Nunca había oído unos acordes tan febriles. Después de dos números lentos que enfriaron el ambiente, apareció Dinah Washington en escena. Cuando interpretó *Salty Papa Blues*, fue como si el local se viniese abajo. (El sepelio de la pobre Dinah se llevó a cabo no hace mucho en la ciudad de Chicago. La prensa dijo que más de veinte mil personas acudieron a ver el cadáver. ¡Pobre Dinah! Es una pena que no pudiera estar allí yo también. Llegamos a ser grandes amigos en aquella época).

En la noche de mi primera visita al Savoy se celebraba la llamada *Kitchen Mechanics Night,* esto es, el tradicional baile de los jueves destinado al personal de servicio doméstico en su día libre. Había el doble de mujeres que de hombres, esposas de soldados y de obreros de la industria bélica, amén de las habituales doncellas y mujeres de la cocina, solitarias y

mirando a diestro y siniestro. Recuerdo que al salir del baile oí a una prostituta que se lamentaba amargamente de que con esas aficionadas, ya no había quien trabajara.

A lo largo y lo ancho de la calle Lenox y de las avenidas Séptima y Octava, Harlem parecía un bazar en technicolor. Me crucé con centenares de jóvenes soldados y marineros negros, que paseaban de arriba abajo papando moscas igual que hacía yo. En aquella época, Harlem era lugar prohibido para los militares blancos. En efecto, se habían registrado palizas y robos, además de varios asesinatos. La policía, por su parte, recomendaba a los blancos que no se adentraran en el barrio, pero quienes querían lo hacían. Las prostitutas «se trabajaban» a todo hombre que no paseara con una mujer al brazo. «Tesoro, ¿nos divertimos un ratito?», les decían. Los proxenetas hacían su trabajo en un aparte y ofrecían toda clase de mujeres, incluso prostitutas blancas.

También estaban los que voceaban la mercancía: «Un anillo de cien dólares, tío, de diamantes. Tengo relojes también, de noventa y nueve dólares, mira, mira. ¡Oye, te dejo los dos por veinticinco!, ¿eh?».

Al cabo de dos años, yo hubiese podido dar lecciones a toda aquella gente, pero aquella noche estaba como hipnotizado. Me di cuenta de que aquél era mi mundo y emprendí el camino que me llevaría a convertirme en un residente de Harlem. Llegué a ser uno de los peores y más depravados parásitos delincuentes de los ocho millones de almas que pueblan Nueva York, cuatro millones de los cuales viven de su trabajo y los otros cuatro millones, del trabajo de los primeros. Al día siguiente, mientras recorría los pasillos del *Yankee Clipper* de regreso a Boston, con el cartel que anunciaba los bocadillos colgado de los hombros y cargando la pesada cafetera de aluminio con capacidad para veinte litros, pensaba en todo lo que había visto y oído la noche anterior. Me resultaba increíble. Deseé estar en mejores términos con Ella para contarle todo lo que sentía. Con quien sí hablé fue con Shorty, y le recomendé que visitara la Gran Manzana, al menos para ver el mundo musical que allí había. Sophia también me escuchó. Opinó que Nueva York era el único lugar del mundo donde yo podría hallarme satisfecho. Tenía razón. En una sola noche, Nueva York —Harlem— había surtido un efecto narcótico en mí.

Era poco probable que el empleado al que había sustituido volviera a ocupar el puesto. Recorría arriba y abajo los pasillos de los vagones anunciando a gritos bocadillos, café, caramelos, porciones de tarta y helados, con tanta velocidad como lo permitían los suministros que me llegaban de la intendencia del ferrocarril. Me bastó una semana escasa para aprender que los blancos querían espectáculo y que si se lo daba, ellos comprarían todo lo que yo les ofreciese. Era lo mismo que cuando trabajaba de limpiabotas: tenía que armar un buen ruido con la franela para que pensasen que me deslomaba trabajando para ellos. Los camareros del coche-restaurante y los acomodadores de los coches-cama también lo sabían, y en consecuencia, representaban el papel del bueno del Tío Tom para conseguir propinas más suculentas. En aquel mundo de negros que eran sirvientes y psicólogos al mismo tiempo, tomamos conciencia de un fenómeno particular: los blancos están tan obsesionados con la propia importancia que son capaces de pagar generosamente (y hasta de forma dispendiosa) por el hecho de sentirse atendidos y entretenidos.

Todas las noches de escala en Harlem, salía disparado a explorar nuevos lugares. Lo primero que hice fue alquilar una habitación en el albergue que la YMCA[14] poseía en el barrio, porque distaba apenas unos pasos del Small’s Paradise. Posteriormente, conseguí una más barata en la pensión de la señora Fisher, cerca del albergue de la YMCA, donde vivía la mayoría de los ferroviarios. Trillé no sólo los lugares más concurridos, sino también las zonas de viviendas, tanto buenas como malas, desde Sugar Hill hasta las cercanías de Polo Grounds, donde residían numerosas celebridades. Recorrí asimismo los bloques de casas de apartamentos, verdaderos tugurios que más bien parecían ratoneras, donde habitaba todo aquello que pueda considerarse ilícito e inmoral. Mugre por todas partes, cubos de basura llenos a rebosar o desparramados por la acera; borrachos, drogadictos, mendigos. Sórdidos bares, iglesias en cuyo interior se cantaba gospel a voz en grito, tiendas de «gangas», casas de empeño, agencias. Grasientos restaurantes de «comida casera», salones de belleza para mujeres atestados de humo por la fritura que allí hacían con el cabello de las mujeres negras, barberías con el anuncio de especialidad en estirado. Cadillacs, nuevos y de segunda mano, que sobresalían de los demás coches que circulaban en la

calle.

Era lo mismo que el West Side de Lansing o el South End de Roxbury, pero aumentado un millar de veces. Vi pequeños salones de baile en la planta baja con letreros que decían: «Se alquila». Había gente ofreciendo unas pequeñas invitaciones para fiestas. Decidí ir a una de ellas. Era en un apartamento destartalado, donde se apiñaban unos treinta o cuarenta negros sudorosos que comían, bebían, bailaban y jugaban; el tocadiscos sonaba a pleno volumen. Pagué un dólar por un plato de pollo frito; la cerveza o el alcohol costaban cincuenta centavos. Pronto se me acercaron unos individuos, negros y blancos, que hablaban muy rápido y procuraban que les comprase un ejemplar del *Daily Worker*:[15] «Queremos que congelen los alquileres de los apartamentos..., que el avaro del propietario mate las ratas... Este periódico representa al único partido político que presentó un candidato negro a la vicepresidencia en toda la historia de Estados Unidos... Lo único que te pido es que lo leas, no tardarás mucho... ¿Quién te parece que luchó más para lograr la libertad de los muchachos de Scottsboro?», me decían. Por lo que había podido captar de conversaciones entre negros, sabía que, de alguna manera, ese periódico tenía vinculaciones con los rusos, lo cual no significaba gran cosa para mi mente estéril de aquella época. La radio y la prensa hablaban mucho acerca de Rusia, el gran aliado de Estados Unidos, un pueblo de campesinos, fuerte y musculoso, que nos ayudaba en la lucha contra Hitler y Mussolini.

Pero Nueva York era el cielo para mí. ¡Y Harlem era el séptimo cielo! Me hice habitual de la barra del Small’s y del Braddock, y al cabo de poco, en cuanto los camareros veían que atravesaba la puerta de entrada, me servían un vaso de bourbon, de mi marca preferida. Los parroquianos de ambos locales, los timadores del Small’s y los comediantes del Braddock comenzaron a llamarme Red, apodo bastante obvio habida cuenta del cabello rojo brillante que llevaba entonces. Me estiraba el pelo en Abbot y Forgey, una barbería de Boston especializada que me recomendaron; la mejor de la Costa Este, en opinión de quienes me la recomendaron.

Me hice amigo de músicos como Sonny Greer, el grandioso batería de Duke Ellington, y de Ray Nance, aquella gran autoridad en el violín. Es el que solía cantar en aquel salvaje estilo *scat*: *Blip-blip-di-blop-di-blam-blam*.

Y gente como Cootie Williams y Eddie *Cleanhead*[16] Vinson, que bromeaba acerca de su peinado, porque efectivamente lo único que tenía era la piel del cuero cabelludo. En aquellos momentos, había alcanzado la cima de la fama con su canción *Hey, Pretty Mama*, *Chunk Me In Your Big Brass Bed*. Conocí asimismo a Sy Oliver. Estaba casado con una chica de tez rojiza y vivían en Sugar Hill. Sy hacía buena parte de los arreglos de Tommy Dorsey. Creo que su canción más famosa era *Yes, Indeed!*

El titular de mi puesto en el *Yankee Clipper* se reintegró, pero lo destinaron a otro tren. El hombre protestó y adujo derechos de antigüedad, pero las ventas que yo había realizado hicieron que lo compensaran de otra manera. Para entonces, los camareros y los cocineros ya me llamaban Sandwich Red.

Corrían apuestas de que yo no iba a durar mucho, por más que vendiera, pues me había convertido muy deprisa en un joven negro grosero. Soltaba un taco cada dos palabras; insultaba incluso a los pasajeros, principalmente a los soldados: no los soportaba. Recuerdo bien un día en que había recibido una amonestación a raíz de quejas efectuadas por los pasajeros; me había propuesto ser más cuidadoso en lo sucesivo. Resultaba que avanzaba por un pasillo del tren y se me plantó delante un alto y musculoso soldado de rostro coloradote, que iba haciendo eses de tan borracho como estaba. Entonces, el hombre anunció a pleno pulmón para que lo oyera todo el pasaje: «Voy a reventarte, negro». Se creó un momento de gran tensión. Me eché a reír y le respondí: «De acuerdo, peleo contigo, pero vas muy cargado de ropa». El hombre llevaba un grueso abrigo del Ejército. Se lo quitó. Yo no paraba de reírme. «Todavía estás muy vestido», le dije. Seguí el juego hasta que aquel grandullón quedó sin nada más que los calzoncillos. Todo el vagón se tronchaba de risa, y vinieron otros soldados y se lo llevaron. Yo proseguí mi trabajo. Nunca me olvidaré de la paliza psicológica que le di a aquel blanco, mucho más efectiva que si hubiera empleado una porra.

El personal de la línea de New Haven que aún siga en servicio se acordará seguramente del viejo Pappy Cousins. Era el jefe de cocina del *Yankee Clipper*, un blanco, de Maine, como es de suponer. (En aquellos tiempos, hacía ya treinta o cuarenta años que trabajaban negros en el coche-restaurante, pese a lo cual no había un solo jefe de cocina negro en la línea

de New Haven). A Pappy Cousins le encantaba el whisky; congeniaba con todo el mundo, incluso conmigo. Dejaba pasar muchas de las quejas que los pasajeros exponían por culpa mía. Una vez, llegó a hablar con los negros más antiguos para que procuraran calmarme los ánimos.

«¡No se le puede decir nada!», le respondieron todos ellos con una exclamación. Y, efectivamente, no podían. Me veían en Roxbury, vestido con los estrafalarios trajes *zoot* y exhibiéndome con Sophia. Después iba a trabajar vocinglero y bastante animadito por los efectos del alcohol o las drogas, y en ese estado vendía bocadillos a diestro y siniestro hasta que llegábamos a Nueva York. El tren llegaba justo a la hora de salida del trabajo. Yo bajaba enseguida y atravesaba la muchedumbre que llenaba la Grand Central Station; muchos blancos se paraban en seco al verme pasar. ¡Qué figura tenía! La caída y el corte del *zoot* se destacaban especialmente en las personas de talla elevada, y yo medía nada menos que un metro ochenta largo. El estirado era de color rojo furioso. En realidad, parecía un verdadero payaso, pero mi ignorancia me hacía creer que estaba en la onda. Calzaba unos zapatos de color naranja nada menos que de la marca Florsheim, el equivalente al Cadillac de los zapatos en el gueto por aquellos tiempos. Había fábricas de calzado que producían aquellos ridículos modelos exclusivamente para las zapaterías de los barrios negros. Los negros ignorantes como yo pagaban esa marca, que era bien cara, porque pensaban que era cosa de ricos.

Luego comenzaba el recorrido en Small’s Paradise, seguía por el Hotel Braddock y proseguía hasta donde me lo permitiesen los veinte o veinticinco dólares que constituían mi salario. Bebía, fumaba marihuana, vagabundeaba por la Gran Manzana con cada vez más amigos. Terminaba la jornada en la pensión de la señora Fisher, donde me procuraba unas horas de sueño antes de embarcar de nuevo en el *Yankee Clipper*.

Resultaba inevitable que tarde o temprano me despidieran. La gota que colmó el vaso fue una furiosa carta de queja de un pasajero. Los revisores añadieron su granito de arena; expusieron las numerosas quejas verbales que habían recibido y las otras tantas amonestaciones que me habían dirigido.

No me importaba. El país estaba en guerra y los empleos a los que yo

podía aspirar eran numerosos. Cuando la línea de New Haven me despidió, se me ocurrió ir a Lansing para visitar a mis hermanos. Me correspondían algunos viajes gratis por haber trabajado en el ferrocarril.

En Míchigan no podían creer que fuera yo. Estaban todos menos Wilfred, mi hermano mayor, que estudiaba un oficio en la Universidad Wilberforce de Ohio. Philbert y Linda habían conseguido un empleo. Reginald, el que siempre me había mirado con respeto, aparentaba más edad que la real y tenía pensado alistarse pronto en la marina mercante. Yvonne, Wesley y Robert estaban en la escuela.

Por la indumentaria que llevaba y el peinado que me había hecho creyeron que venía del planeta Marte. Hasta causé un pequeño accidente de circulación: un conductor se quedó boquiabierto al verme, frenó y el vehículo de atrás chocó contra el suyo. Mi aspecto causaba asombro en los muchachos que una vez yo había envidiado. Les extendía la mano y los saludaba con un «¡Chócala, tío!». Fuera donde fuera, era el centro de la fiesta: todos escuchaban absortos los relatos acerca de la Gran Manzana y observaban incrédulos cómo volaba bien alto por la marihuana que fumaba.

Sólo una cosa me hizo poner los pies en el suelo: la visita al psiquiátrico de Kalamazoo. Creo que mi madre sólo se dio cuenta a medias de quién era yo.

Fui a visitar a la madre de Shorty. Sabía que él se emocionaría por este gesto. Era una señora mayor y quedó agradecida de que le llevara noticias de su hijo. Le conté que le iba bien y que un día llegaría a tener orquesta propia. Me rogó que le pidiera a Shorty que le escribiera y que le enviara algo.

También fui a Mason, a ver a la señora Swerlin, la mujer del centro de rehabilitación a cuyo cargo había estado por espacio de dos años. Se quedó con la boca abierta cuando me vio en el umbral de la puerta. El *zoot* «Cab Calloway» de color gris tiburón, los zapatos largos y estrechos con puntera y el sombrero gris perla de diez centímetros de ala que cubría el estirado de color rojo fuego. Todo aquello era demasiado para la señora Swerlin. A duras penas logró recuperarse de la impresión y me invitó a pasar. Entre mi aspecto y la manera de hablar, se puso tan nerviosa e incómoda que, cuando me marché, los dos respiramos aliviados.

La víspera de mi partida hubo un baile en el instituto Lincoln. (Aprendí que si uno quiere encontrarse con negros cuando llega a una ciudad extraña, la manera más directa es buscar el instituto Lincoln en la guía de teléfonos, que invariablemente se encuentra situado en el gueto negro segregado, al menos, en mi época). Cuando me marché de Lansing, no sabía bailar, pero aquella noche saqué a un montón de jovencitas, me las pasé por encima de los hombros y por los muslos, exhibí los pasos más sorprendentes que uno pueda imaginar. La pequeña orquesta cesó de tocar en más de una ocasión: todos dejaban la pista libre y me miraban con ojos desorbitados. Al final, hasta firmé autógrafos: Red de Harlem, ponía. Aquella noche me marché de Lansing aturdido y conmovido.

Al llegar a Nueva York, me encontré sin un centavo y sin medios de subsistencia. Comprendí que el ferrocarril era lo único que sabía hacer, y en consecuencia, acudí a las oficinas de la línea Seaboard. Era tal la carencia de personal que me bastó con decirles que había trabajado en la de New Haven. Al cabo de dos días, ya estaba a bordo del *Silver Meteor*, que unía Nueva York con las ciudades de St. Petersburg y Miami. Me encargaron del alquiler de almohadas, de mantener los vagones limpios y a los pasajeros blancos, contentos; era más o menos lo mismo que cuando vendía bocadillos.

Enseguida tuve un roce con un chiflado de Florida que trabajaba como ayudante del revisor. Al regresar a Nueva York, me dijeron que me buscase otro trabajo. Ese mismo día, cuando llegué al Small’s Paradise, un camarero que sabía cómo me gustaba Nueva York me llamó a un aparte y me dijo que si pensaba abandonar el ferrocarril podría suplir a un camarero del turno de día que pronto se alistaría en el Ejército.

El dueño del bar se llamaba Ed Small. Él y Charlie, su hermano, eran inseparables. No creo que hubiera dos figuras tan famosas y respetadas como ellos en todo Harlem. Sabían que había trabajado en el ferrocarril, lo cual, para un camarero, era la mejor carta de recomendación. Primero hablé con Charlie Small en el despacho. Tenía miedo de que pospusiera la decisión hasta consultar la opinión de alguno de sus amigos, que llevaban mucho tiempo en el ferrocarril. Charlie no habría aceptado a nadie de quien supiese que tenía una conducta extravagante. De todos modos, decidió de

acuerdo a sus propias impresiones, pues me había visto en el bar muchas veces, sentado tranquilamente, mientras observaba con una especie de admiración a la congregación de maleantes. Me preguntó si había tenido problemas con la policía y le respondí que no, lo cual —hasta ese momento — era verdad. Charlie me detalló las normas que regían la conducta del personal: quedaba prohibido llegar tarde, holgazanear, robar y nada de codearse con los parroquianos, sobre todo si se trataba de hombres de uniforme. Ya tenía el trabajo.

Eso fue en el año 1942. Acababa de cumplir los diecisiete.

El Small's se hallaba prácticamente en el centro de todo. El hecho de servir allí me pareció el séptimo cielo multiplicado por siete. No fue necesario que Charlie Small me advirtiera acerca de llegar tarde, pues no veía el momento de encontrarme allí y acudía una hora antes de tiempo. Ocupé el puesto del camarero del turno de la mañana. Según él, ése era el turno en que había menos trabajo y con menos propinas; solía quedarse un buen rato para enseñarme cosas, pues no quería que me despidieran.

Gracias a él, aprendí con gran rapidez docenas de detalles que eran susceptibles de congraciar al camarero novato con los cocineros y con el personal de la barra. Ellos podían hacer que el trabajo resultase agradable o un calvario, según les cayese el nuevo empleado. Yo había decidido que me convertiría en una persona imprescindible y, en consecuencia, a la semana siguiente ya me había ganado la confianza de todos. Los parroquianos que me habían visto anteriormente en la barra, junto a ellos, me reconocieron. El hecho de verme con la chaqueta de camarero fue motivo de agradable sorpresa y estuvieron de lo más amable conmigo, a lo cual correspondí con las mayores atenciones: «¿Otra copa, señor...? De inmediato... ¿Piensa cenar el señor...? Está estupenda... ¿Le traigo el menú, señor...? ¿Prefiere un bocadillo, entonces?».

Aprendía cosas nuevas todos los días, no sólo de los camareros y los cocineros (que, a mi modo de ver, sabían de todo), sino también de los clientes, que me transmitían enseñanzas en breves conversaciones en la barra cuando no había mucho trabajo. Hablaba con ellos durante la comida. También solía mantener prolongadas charlas con los verdaderos veteranos, aquellos que habían llegado a Harlem junto con los primeros negros. Yo

escuchaba y lo absorbía todo.

Ésa fue una de las grandes sorpresas. Pensaba que los negros siempre habían vivido en Harlem, pero entonces me enteré de que, en sus orígenes, fue un asentamiento holandés. En fechas posteriores, llegarían las inmensas olas de emigrantes europeos, gente pobre, medio hambrienta, vestida con harapos que llegaba con todas sus pertenencias guardadas en una bolsita. Los primeros fueron los alemanes; los holandeses se alejaron de ellos, y Harlem se convirtió en una colonia íntegramente alemana.

Luego llegaron los irlandeses, que huían de la hambruna causada por la pérdida sucesiva de varias cosechas de patatas. Los alemanes, que miraban a los recién llegados por encima del hombro, se marcharon y los irlandeses se adueñaron de Harlem. Después llegaron los italianos, y pasó lo mismo: los irlandeses abandonaron el barrio. Los italianos, que eran los dueños de Harlem cuando bajaron del barco los judíos, también tuvieron que marcharse.

Hoy en día, los descendientes de todos esos inmigrantes tratan de poner la mayor distancia posible con los descendientes de los negros que un día ayudaron a descargar los barcos en que venían los inmigrantes europeos.

Me asombró una cosa que me contaron los negros más viejos del barrio: pese a todo ese ir y venir de inmigrantes, los negros fueron los primeros de todos, ya que habitaban la ciudad de Nueva York desde el año 1683, y desde esa fecha siempre se habían visto reducidos en guetos. Los confinaron primero en la zona de Wall Street, luego los enviaron a Greenwich Village. El siguiente empujón los condujo a la zona de influencia de la estación de Pensilvania. La última parada antes de llegar a Harlem fue en los alrededores de la calle Cincuenta y dos, y de ahí proviene el nombre de «Calle del Swing», con el que también se conoce a dicha arteria; la fama perduró mucho tiempo después de que los negros se hubieran marchado.

En 1910, un agente de bienes raíces negro consiguió, por algún medio, que dos o tres familias de su misma raza se mudaran a una casa de apartamentos de Harlem, a la sazón dominada por los judíos. Estos judíos abandonaron rápidamente dicho edificio, luego, la manzana y los apartamentos que dejaron vacíos fueron ocupados por otros negros. Con el

correr del tiempo, los judíos se retiraron de manzanas enteras y llegaron aún más negros al lugar. Así las cosas, al cabo de breve plazo, Harlem se convirtió en lo que es en la actualidad: un barrio habitado casi exclusivamente por negros.

Al comenzar la década de 1920, surgieron la vida musical y los establecimientos de espectáculos, gracias en buena parte al público blanco que acudía a diario. Todo ello comenzó por las mismas fechas en que un joven trompetista llamado Louis Armstrong, alias Satchmo, descendió de un tren procedente de Nueva Orleans calzado con zapatos de policía y comenzó a tocar con Fletcher Henderson. En el año 1925, abrió las puertas el Small's Paradise; la multitud que pugnaba por entrar ocupaba toda la calzada de la Séptima Avenida hasta la acera de enfrente. Al año siguiente, hizo lo propio el grandioso Cotton Club, donde tocó la orquesta de Duke Ellington durante cinco años. Asimismo, en 1926 se inauguró la sala de baile Savoy, que ocupaba una manzana entera de la avenida Lenox. Tenía una pista de baile de setenta metros iluminada por potentes reflectores; contaba además con dos plataformas para orquestas y otra plataforma que podía subirse y bajarse en la parte posterior del escenario.

La famosa imagen de la vida nocturna de Harlem se difundió rápidamente, y pronto en las calles del barrio se veía a gente venida de todos los rincones del planeta. Había autobuses especiales para los forasteros.

El Cotton Club admitía sólo a personas blancas. Surgieron centenares de locales que atendían a los blancos. Connie's Inn, el Club Lenox, Barron's, el Club The Nest, Jimmy's Chicken Shack y Minton's son algunos de ellos. Salas de baile como el Savoy, el Golden Gate y el Renaissance se disputaban los favores del público. El Savoy fue el que inauguró la moda del baile de los jueves para el servicio doméstico, concursos de belleza en traje de baño y un sorteo en que se regalaba un coche y que se celebraba la noche del sábado. En las salas de baile y en los teatros Apollo y Lafayette actuaban orquestas de todos los puntos del país, en algunos casos dirigidas por pintorescos personajes como Fess Williams, que lucía un sombrero de copa y traje adornado con diamantes, y Cab Calloway. Éste, en especial, que llevaba *zoot* de color blanco y sombrero también blanco de ala ancha

con lazo, literalmente encendía el barrio cuando interpretaba piezas como *Tiger Rag, St. James Infirmary* y *Minnie the Moocher.*

El barrio de los negros estaba atestado de blancos, de proxenetas, prostitutas, contrabandistas de licores, maleantes de toda especie y personajes variopintos, amén de policías y agentes encargados de aplicar la Ley Seca.

En aquellos días, los negros bailaban como nunca en la historia pasada ni presente. Si mal no recuerdo, unos veinticinco antiguos parroquianos del Small's me juraron que ellos estaban en el Savoy la primera noche que se bailó el *lindy-hop*, que nació precisamente allí, en 1927, en honor a Lindbergh, quien acababa de volar a París.

Hasta en los pequeños cuchitriles donde sólo cabía el piano actuaban al teclado artistas de fábula como James P. Johnson y Jelly Roll Morton, así como cantantes como Ethel Waters.

A las cuatro de la madrugada, hora en que cerraban los establecimientos autorizados, músicos de toda la ciudad, blancos y negros por igual, acudían a determinados locales, donde se celebraban *jam sessions* de hasta treinta y cuarenta interpretaciones, que duraban hasta el día siguiente.

La quiebra de la Bolsa en 1929 significó el final de todo aquello. Para entonces, Harlem era conocido en todo el orbe como la «Casbah de Estados Unidos». El Small's había formado parte de aquel fenómeno, y en él escuché a viejos clientes que recordaban aquellos magníficos años.

Había gente a la que le encantaba hablar y yo escuchaba absorto todos esos relatos que aumentaban mi educación. Recuerdo a un tipo en particular. Yo tenía las orejas como esponjas. El hombre, en un raro rapto de confianza, o bien porque había superado la cuota de bebida acostumbrada, me explicó cosas acerca de su especial fuente de ingresos. Tuve muy buenos maestros, verdaderos especialistas en lotería, proxenetismo, estafas de todo tipo, venta de droga y por supuesto, todas las formas de robo, sin olvidar el atraco a mano armada.

---

[14] Siglas de Young Men's Christian Association, Asociación Cristiana de Jóvenes.

[15] Órgano del Partido Comunista de EE.UU.

[16] «Cabeza limpia».

Red de Detroit

Cada día me jugaba las propinas —unos quince o veinte dólares— y soñaba en lo que haría cuando ganase.

Veía gente que se pegaba la gran vida cuando ganaba. No me refiero a los timadores que tenían siempre dinero, sino a la clase trabajadora que de no ser por eso no se verían nunca en un bar como el Paradise, y que habían ganado lo suficiente para dejar de trabajar para los blancos del centro de la ciudad. Casi siempre se compraban un Cadillac y, a veces, invitaban a todos los amigos a beber y comer filetes durante dos o tres días. Les juntaba dos mesas para que comiesen y ellos me daban dos o tres dólares de propina cada vez que me veían aparecer con la bandeja.

Todos los días, excepto los domingos, había cientos de miles de negros de Nueva York que jugaban desde un centavo hasta sumas de tres cifras. Para ganar había que acertar las tres últimas cifras del número correspondiente al saldo del comercio exterior que la Bolsa publicaba diariamente.

La recompensa era de seiscientos por uno; es decir, con un centavo de apuesta, uno ganaba seis dólares; con un dólar, seiscientos, y con quince, el premio ascendía nada menos que a nueve mil dólares. Gracias a esos premios cuantiosos, determinadas personas habían logrado adquirir parte importante de montones de bares y restaurantes de Harlem; algunos, incluso, ya eran los dueños. Las probabilidades de ganar eran de mil a uno. Una forma de juego muy frecuente era la llamada «combinación»; por ejemplo, con seis centavos de dólar se apostaba un centavo a cada una de las seis combinaciones que podían obtenerse de un número de tres cifras. Por ejemplo, el número ochocientos cuarenta, combinado, incluía asimismo

el ochocientos cuatro, el cero cuarenta y ocho, el cero ochenta y cuatro, el cuatrocientos ocho y el cuatrocientos ochenta.

Los habitantes del miserable gueto negro de Harlem jugaban a diario, casi sin excepción. Todos los días tenía suerte algún conocido, y la noticia se difundía enseguida entre los vecinos; si el premio resultaba grande, se difundía enseguida entre los vecinos y se formaba un alboroto general. Las ganancias eran muy escasas: un *nickel*, un *dime* o un cuarto de dólar. Se jugaba un dólar diario, pero repartido entre distintos números y combinaciones.

La lotería registraba una actividad febril en Harlem. Desde las primeras horas de la mañana hasta el comienzo de la tarde, los corredores de apuestas se diseminaban por todo el barrio: en los pasillos de las casas de apartamentos, en los bares, las barberías, las tiendas, hasta en la misma acera. Recogían el dinero de la gente y apuntaban los números elegidos en pedazos de papel. Los policías hacían la vista gorda. Aquel corredor que no incluyese una apuesta gratis (pagada de su propio bolsillo, por supuesto) para los agentes que hacían la ronda en su área de trabajo, sabía que tenía los días contados. Todo el mundo era consciente de que los banqueros de la lotería, por su parte, pagaban a las altas jerarquías de la policía.

Quienes integraban el pequeño ejército de corredores percibían el diez por ciento del dinero que entregaban, junto con las papeletas de apuesta, a los jefes. Además, percibían el diez por ciento del premio de manos del acertante. El jefe tenía unos cincuenta corredores a sus órdenes y, a su vez, percibía el cinco por ciento de la suma que entregaba al banquero, que era quien pagaba el premio, sobornaba a la policía y se enriquecía con el remanente.

Algunos jugaban todo el año al mismo número. Otros guardaban las listas de los números que habían salido en años anteriores; calculaban las posibilidades de que volvieran a salir esos números, o inventaban otros métodos. Otros jugaban según lo que les pasaba por la cabeza: direcciones, el número de la matrícula de un coche que pasaba, cifras inscritas en cartas, en telegramas, en facturas de la lavandería, o en cualquier sitio. Por un dólar se vendían libros especializados que sugerían números soñados. Además de los evangelistas, que los domingos difundían la palabra de

Cristo, había místicos que, previo pago de determinada suma, rezaban para que saliese el número de la suerte.

Hace poco, salió favorecido un número que coincidía con las tres últimas cifras del número postal de una circunscripción de Harlem, y un banquero estuvo a punto de quebrar. Aunque no me gusta el juego, puedo afirmar que si el presente libro llega a difundirse extensamente por los guetos negros del país, apostaría una pequeña suma a que mis tontos y pobres hermanos negros jugarían millones de dólares, digamos, al número de esta página o al de la suma de las páginas del libro.

El Paradise me fascinaba. No había nada más instructivo en todo Harlem. Caí simpático a algunos de los más hábiles timadores de la ciudad; sabían que era todavía bastante ingenuo y, con preocupación paternal, querían «poner a Red en el buen camino».

Procedían de forma indirecta. Había un antillano con aspecto de comerciante a quien servía con frecuencia. Un buen día, cuando le llevé la cerveza, me dijo: «Red, espera un momento». Extrajo un metro, me tomó las medidas y luego apuntó unos números en una libreta. Cuando llegué al bar al día siguiente, un camarero me entregó un paquete. Era un caro traje de color azul oscuro y de corte clásico. El regalo y el mensaje eran claros.

Los camareros me comentaron que dicho parroquiano era uno de los jefes principales de los Cuarenta Ladrones, una fabulosa banda. Se especializaban en el robo de tiendas a gran escala y tenían fama de entregar, a las veinticuatro horas y contra reembolso, la prenda que uno les encargara. Costaba aproximadamente la tercera parte del precio normal.

Me contaron cómo conseguían el botín. Elegían una tienda y poco antes de la hora de cierre entraba un componente de la banda correctamente vestido a fin de no despertar sospechas; se ocultaba en algún lugar y esperaba que todos se hubieran marchado. Conocía perfectamente la hora de paso de la ronda policial. Al llegar la medianoche, el ladrón oculto procedía a guardar los trajes en bolsas, apagaba la alarma y llamaba a los compinches que esperaban con un camión. Todo estaba dispuesto para que la llegada del camión no coincidiera con el paso de la ronda; en cuestión de minutos, cargaban el botín y se alejaban. Más tarde, habría de conocer a varios integrantes de los Cuarenta Ladrones.

Me enseñaron a reconocer a los agentes de paisano; bastaba un guiño o un gesto con la cabeza. Para aquellos timadores, era elemental reconocer a un policía, y poco a poco aprendí a adivinar la presencia de un agente. A finales de 1942, los diversos Servicios de Inteligencia militar tenían agentes de paisano con los ojos y los oídos bien atentos a todo dato de interés, como los maleantes que habían escapado al reclutamiento o que trataban de estafar a los soldados.

A los bares acudían estibadores negros, u otras personas en nombre suyo, que vendían armas, cámaras fotográficas, perfumes, relojes y otros artículos similares robados de los buques anclados en los muelles. Estos negros recogían los restos de los robos que realizaban los estibadores blancos. Los marineros de los buques mercantes solían traer mercancías extranjeras, gangas y cigarrillos confeccionados con *gunja* y *kisca*, las mejores variedades de marihuana de contrabando que procedía de África y Persia.

A los blancos que acudían al Paradise durante las horas del día se les trataba con precaución. Pero de noche eran mejor recibidos: los locales nocturnos que ellos regentaban estaban pensados para entretener —y sacar el dinero— a la multitud blanca que llenaba el barrio.

Pululaban muchos agentes de la ley encargados de cuidar la «moral» de los soldados. Cuando entraban en un bar, y muchos lo hacían, se les servía lo que pedían y se les hablaba si ellos nos dirigían la palabra. Eso era todo, claro está, a menos que se supiera que eran vecinos del barrio.

Ésa era una de las primeras reglas del mundo del hampa: no confiar en nadie, excepto en los amigos más íntimos, que había que escoger a conciencia.

Los camareros me enseñaron a distinguir a los simples «testaferros» de los elementos realmente importantes; los hampones que tenían vínculos con la policía y con los círculos de la política; los que tenían dinero en serio y los que vivían al día; los verdaderos jugadores y aquellos que habían tenido un día de suerte; y por último, aquellos elementos con los que no debía enemistarme bajo ningún concepto.

Esos últimos eran famosos en todo Harlem; la gente los temía y respetaba. Eran capaces de partirle la cabeza a quien los importunara, sin pensarlo dos veces, y seguir tan campantes. Eran los veteranos del oficio, que no debían

confundirse con los jóvenes maleantes, impulsivos y violentos, que pretendían hacerse un nombre pistola en mano o a punta de cuchillo. Las cabelleras grises de quien hablo eran tipos como Black Sammy, Bub Hewlett, King Padmore y West Indian Archie, entre otros. En muchos casos, se trataba de antiguos matones de la banda de Dutch Schultz. Éste se impuso en el negocio del juego en Harlem después de que los hampones blancos se hubieran percatado de la fortuna que podía ganarse con ello. Lo que antes llamaban «calderilla de negros» pasó a llamarse «lotería de negros».

El apogeo de esos negros violentos se registró antes de 1931, año en que la constitución de la comisión investigadora Seabury marcó el principio de la decadencia de Dutch Schultz; éste terminaría su carrera asesinado en 1934. Me contaron historias acerca de cómo «convencían» a la gente con trozos de tubería de plomo, palos de béisbol, manoplas, puños, pies y porras o incluso enterrando a los recalcitrantes en cemento. Casi todos habían pasado por la cárcel, después de lo cual habían vuelto a la escena y trabajaban de corredores para los grandes banqueros especializados en las apuestas fuertes.

Al parecer, había un acuerdo entre esos maleantes y los duros policías negros, por el cual tanto unos como otros rehuían el enfrentamiento; sabían que uno de los dos resultaría muerto, supongo que ése era el motivo. También había policías negros bastante malos en Harlem. Recuerdo, en especial, a los Cuatro Jinetes (el peor de todos era un tipo pecoso), que vigilaban Sugar Hill. El policía más terrible de todo Harlem era Brisbane, un enorme negro retinto de las Antillas. Hacía la ronda en la intersección de la calle Ciento veinticinco con la Séptima Avenida; los negros cruzaban a la acera de enfrente para no toparse con él. Cuando estuve en la cárcel, alguien me trajo la noticia de que Brisbane había muerto de un tiro a manos de un muchacho asustado, recién llegado del Sur y que no sabía aún con quién se las veía.

El proxeneta más inverosímil de mundo que yo conocí era Cadillac Drake. Tenía una calva brillante que parecía una pelota de fútbol y un vientre enorme al que llamaba «el patio de juegos de las patatas fritas». Cadillac tenía alrededor de una docena de mujeres de la calle, blancas y negras, las

más flacuchas y escuálidas de todo Harlem. Los clientes que tenían confianza con Cadillac le hacían objeto de bromas acerca de ese particular: «¡Pero cómo van a mantenerte esas mujeres si con lo delgadas que están ni ellas mismas pueden alimentarse!». Cadillac se partía de risa. «Las feas trabajan mejor», replicaba.

La imagen opuesta de Cadillac era Sammy The Pimp, un proxeneta joven, guapo y de modales suaves que actuaba por cuenta propia. Como ya he comentado, la expresión del rostro de una mujer durante el baile le bastaba para determinar si tenía madera de prostituta. Con el andar del tiempo, nos convertimos en los mejores amigos. Sammy era oriundo de Kentucky y realizaba su oficio (el comercio con mujeres) de forma hábil y sosegada. Tenía blancas y negras igual que Cadillac, pero diría que las suyas eran tan hermosas como las que más. Venían a veces a buscarlo al Small's para entregarle el dinero y para que las invitara a tomar una copa.

Recuerdo especialmente a una rubia que respondía al nombre de Peach Alabama. Tenía un hablar cansino que hacía que todo el mundo se desternillase, y caía bien incluso a las jefas de apuestas negras que frecuentaban el bar. Lo que más hacía reírse a los negros era la forma en que pronunciaba la palabra «nigger». Lo hacía en tres sílabas, solía decir: «*Ah jes'lu-uv ni-uh-guhs*». A la segunda copa, ya contaba a quien fuera la historia de su vida en un minuto. Procedía de uno de esos pueblos perdidos de Alabama, y el primer hecho del que tenía conciencia era que debía «odiar a los negros». Ya en la escuela, recuerda los secretos cuchicheos de las alumnas de cursos superiores acerca de las proezas eróticas de los negros y de que éstos eran muy buenos atletas. Se dijo para sus adentros que un día probaría con un negro. Llegó ese día. Aprovechó que la familia se había marchado y que estaba sola en casa para proponer relaciones a un negro que trabajaba para su padre, con la amenaza de denunciarlo por violación si no la obedecía. El negro no tuvo más remedio: era o eso o perder el trabajo. Hasta que concluyó la secundaria, se las ingenió para conocer a otros negros. De alguna manera, fue a parar a Nueva York, directamente a Harlem. Sammy me contó que la había conocido por casualidad en un baile del Savoy. Estaba sola al borde de la pista y no bailaba, se limitaba a mirar. Sammy se dio cuenta enseguida de que

realmente le encantaban los negros, lo cual facilitaba las cosas; los blancos no le interesaban. No sé qué habrá sido de ella.

Otro proxeneta era un gordo grandote a quien llamábamos Dollarbill.[17] En efecto, le encantaba alardear con un fajo de billetes, aunque seguramente eran cincuenta billetes de un dólar, con un billete de veinte en la parte de abajo y uno de cien en la de arriba. Siempre nos preguntábamos qué haría Dollarbill si un día le robaban ese billete de cien dólares que usaba de «cubierta».

Un hombre que, en sus años mozos, podría haberle birlado todo el fajo de billetes con los ojos cerrados era Fewclothes,[18] un cómico viejo y andrajoso. Fewclothes había sido uno de los mejores carteristas de Harlem en la década de 1920, cuando el barrio hervía de blancos todas las noches; sin embargo, durante la Depresión contrajo una grave artritis en las manos. Tenía las articulaciones de los dedos llenas de nudos, lo cual era desagradable a la vista. Lloviera, tronase o nevase, Fewclothes aparecía en el Small's todas las tardes a eso de las seis y comenzaba a relatar historias de los viejos tiempos. Siempre había algún cliente que pedía al camarero que le sirviese una copa; yo, a mi vez, me encargaba de traerle la cena. Ése era uno de los rituales del día.

Tengo un recuerdo emocionado para todos aquellos que representaban la escena vespertina con Fewclothes. ¡Quién hubiese podido verlo! De la barra, se dirigía, gratamente achispado, a la mesa y tomaba asiento con toda dignidad (no tenía en absoluto la actitud pedigüeña de otros negros que viven de la beneficencia pública). Se colocaba la servilleta, abría la carta que yo le entregaba y estudiaba los platos del día y, luego, pedía. Yo avisaba a los cocineros que era para Fewclothes y le preparaban los mejores platos. Regresaba y lo servía como si fuera Rockefeller en persona.

Muchas veces he reflexionado sobre el significado verdadero de todo aquello. En cierto sentido, el Paradise nos daba la posibilidad de estar todos juntos, y unidos para buscar seguridad, calor y comodidad. Nosotros, que habríamos sido capaces de explorar el espacio, curar el cáncer, crear industrias, éramos, sin saberlo, las víctimas del orden social impuesto por el hombre blanco. En otro sentido, la tragedia de la vida había convertido a aquel otrora maestro de carteristas en el símbolo «de estar allí por la gracia

de Dios» para los demás maleantes veteranos. Esos lobos eran todavía capaces de atrapar la presa, y por eso mismo era importante que un viejo lobo que había perdido los colmillos pudiera, al menos, comer.

Otro personaje era Jumpsteady,[19] el ladrón. En los guetos que el hombre blanco construyó para los negros, uno no puede aspirar a grandes cosas y, en consecuencia, la vida diaria consiste en la mera supervivencia. El arte de sobrevivir es muy respetado en un medio así.

Difícilmente se concibe que un *cat* dedicado al robo pueda ser muy apreciado en el bar de un barrio blanco y exhibirse periódicamente en él. Pero si Jumpsteady pasaba algunos días sin venir, enseguida íbamos a preguntar por él.

El apodo le venía por su trabajo en los barrios blancos. Saltaba de un techo a otro con gran agilidad y se deslizaba con mucho cuidado por los alféizares de las ventanas, inclinado, haciendo equilibrio, agarrándose con los dedos de los pies. Sabía que se mataría, en caso de caer. Entraba en los apartamentos por la ventana. Era tal su serenidad que, según decía, llegó a robar en una habitación contigua a otra donde había gente. Me enteré de que Jumpsteady se estimulaba con narcóticos cuando trabajaba. Me enseñó cosas que me serían útiles años después, cuando la situación se puso difícil y tuve que formar mi propia cuadrilla de ladrones.

Pero el Paradise no era un nido de ladrones: insisto sobre esto. Si me he detenido en el mundo del hampa es porque me fascinaba. Pero en realidad, el bar era uno de los sitios más respetables de Harlem. La policía de Nueva York lo recomendaba a los blancos que buscaban un sitio «seguro» en Harlem.

Un cincuenta por ciento de los habitantes de Harlem vivía en habitaciones alquiladas. Cuando dejé de trabajar en el ferrocarril, conseguí una habitación en el bloque 800 de la avenida St. Nicholas. Allí se podía deambular de una habitación a otra y conseguir de todo: abrigos de pieles, buenas cámaras fotográficas, perfumes delicados, armas, mujeres calientes y otras cosas por el estilo. Era uno de los pocos hombres que vivía allí. La guerra estaba en pleno apogeo. Siempre que ponías la radio oías noticias de Gualdalcanal o África del Norte. Muchas de las inquilinas eran prostitutas. Algunas hacían contrabando, otras pertenecían a bandas de ladrones,

vendían drogas, y creo que la mayoría de ellas también la consumían. Esto no debería dar una mala imagen de ese edificio, pues en Harlem casi todo el mundo se veía obligado a practicar alguna forma de delito para sobrevivir y necesitaba «animarse» de alguna forma para olvidarlo.

En aquella casa aprendí más sobre las mujeres que en ninguna otra parte. Aquellas prostitutas me enseñaron cosas que toda esposa y todo marido deberían conocer. Con el correr de los años, serían precisamente las mujeres que no eran prostitutas las que me enseñarían a desconfiar de las mujeres en general. Había mucho más sentido de la ética y de la hermandad entre las prostitutas que entre esas numerosas damas que acuden diariamente a misa y que seducen a mayor número de hombres, por puro placer, que las mismas profesionales por dinero.

Y me refiero tanto a las blancas como a las negras. ¡Cuántas negras rivalizaban, en ese aspecto, con las blancas en aquellos tiempos de guerra! Mientras los maridos luchaban al otro lado del mar, ellas se acostaban con hombres y hasta les daban el dinero del marido. Y cuántas mujeres, que ante todo pasaban por buenas madres y esposas, iban detrás de los hombres como las prostitutas, y eso que el marido y los hijos vivían en la misma ciudad.

Aprendí los vicios de los blancos de buena fuente: sus propias mujeres. A medida que me hundía en el mal, veía con mis propios ojos la moralidad del hombre blanco. Yo mismo ayudaba a los blancos, para ganarme la vida, a satisfacer sus gustos más extraños.

Pero yo entonces era joven, trabajaba en el bar y no me ocupaba de esas mujeres. Pienso que desperté en ellas sentimientos maternales y fraternos, o algo así. Cuando estaban libres, venían a mi habitación, fumábamos marihuana y conversábamos. Solía ser después de concluido el turno de mañana, y sobre esto quiero contar una anécdota.

En un edificio habitado por prostitutas como aquél no era motivo de extrañeza el hecho de ver los pasillos y las escaleras llenas de hombres negros y blancos durante la noche. Pero lo que nunca habría imaginado era el aluvión de clientes que acudía a primera hora de la mañana, digamos, entre las seis y las siete y media, que duraba hasta eso de las nueve. Después de esa hora, yo era el único hombre de todo el edificio.

Esos hombres tan madrugadores eran maridos que salían de casa temprano para pasar por aquel edificio de la avenida St. Nicholas antes de ir a trabajar. Naturalmente, no venían cada día los mismos, pero siempre había muchos. Algunos blancos llegaban en taxi del centro de la ciudad.

Las causantes de ese movimiento matinal eran las esposas dominadoras que a fuerza de quejarse o de pedir demasiado terminaban por castrar psicológicamente al marido. Esas esposas eran tan desagradables y ponían tan nervioso al marido que le hacían perder la satisfacción de ser hombre. Para librarse de la atmósfera tensa que reinaba en el hogar y no quedar ridiculizado por la propia esposa, aquellos hombres se levantaban un poco más temprano con el propósito de buscar una prostituta.

Ellas conocían bien a los hombres: era su oficio. Me decían que después de los treinta, cuando no tienen tanta potencia viril, la mayoría mantiene relaciones únicamente para satisfacer el amor propio, y al no comprender esa necesidad, las esposas hieren cruelmente el amor propio del marido. En brazos de una prostituta, el menos viril de los hombres se cree un tipo extraordinario. Ésa era la explicación de lo que pasaba por las mañanas en mi casa. La mayor parte de las mujeres podría conservar al marido si se diera cuenta de que, ante todo, él necesita «ser hombre».

Las prostitutas no me ocultaban nada. Me explicaban aspectos muy curiosos sobre las diferencias entre negros y blancos. ¡Qué perversidades! (Yo pensaba que me las sabía todas, pero descubrí muchas más cuando hice de guía a los blancos). El pequeño italiano al que llamaban «Diez dólares el minuto» hacía reír a toda la casa. Cada mediodía, sin falta, salía de su restaurante situado en una planta baja cerca del Polo Grounds y subía a casa de una prostituta. Lo más curioso era que no se quedaba nunca más de dos minutos, y dejaba veinte dólares.

Según las prostitutas, era muy fácil conseguir que un hombre perdiera el juicio. Los pobres se quejaban cada día de que tenían que aguantar los sermones de la esposa, a la que no le faltaba nada. Las prostitutas decían que muchos hombres tendrían que saber lo que sabe cualquier chulo: el hombre tiene que mimar de vez en cuando a la mujer para demostrarle que la quiere, pero después tiene que mostrarse duro. Esas mujeres tan duras dicen que prefieren a los hombres así: la mujer es, por naturaleza, débil y

frágil y, en consecuencia, se siente atraída por el hombre fuerte.

Sophia venía a visitarme de vez en cuando desde Boston. El porte de una mujer como ella aumentaba mi prestigio, incluso entre los negros de Harlem, que son iguales que los demás: por eso las prostitutas blancas ganan tanto dinero. Lo mismo ocurría en los guetos de Lansing, de Boston o de Nueva York: ¡lo que decía el racista blanco —todavía lo dice— era cierto en aquellos tiempos! En cuanto una blanca se acercaba a un hombre negro, hay que ver cómo se ponía éste. Otro tanto ocurría con los blancos, pero ellos son más listos y sabían disimular que se les caía la baba al ver a una negra.

Sophia llegaba en el último tren de la tarde. Iba directamente al Small's y yo la iba presentando a los demás hasta que acababa de trabajar. No le gustó la idea de que viviera en una casa de prostitutas, pero cuando la presenté allí y tuvo ocasión de hablar con ellas, cambió radicalmente de opinión. Le dijeron que no tenía por qué preocuparse, pues ellas cuidaban de que me portara bien. También íbamos al bar del hotel Braddock, donde se reunían algunos músicos que me trataban como si fuera un viejo amigo. «Hola, Red, ¿a quién nos traes?», exclamaban y se pasaban todo el tiempo hablando de ella. No dejaban que yo pagara nada. En toda mi vida no conocí negros más desesperados por una mujer blanca que aquellos músicos de la barra del Braddock. Como es natural, los prejuicios sociales y raciales eran menos fuertes en el mundo del espectáculo.

El racista blanco nunca querrá reconocer que en su mundo ocurre algo similar a lo que relato. Al anochecer, Sophia y yo solíamos ir a locales y tabernas clandestinas donde se vendían bebidas alcohólicas. Los blancos atestaban estos lugares de Harlem, cuando cerraban los locales nocturnos del centro de la ciudad. Les entusiasmaba la «atmósfera» negra que allí reinaba, sobre todo donde había eso que podríase llamar *soul*. A los negros siempre nos extrañó aquel fenómeno particular: los blancos, hombres y mujeres, no tenían suficiente con estar cerca de nosotros, sino que querían mezclarse directamente; la compañía del negro los hipnotizaba.

Recuerdo un ejemplo bastante extraño de lo que acabo de contar. En la sala Savoy, había una chica blanca que no se perdía un solo baile. Mi amigo Sammy, que la había visto varias veces, estaba fascinado con ella. Bailaba

exclusivamente con hombres negros (recuerdo que caía en una especie de estado de trance durante el baile), y rechazaba las invitaciones de los blancos. Cuando llegaba la hora de cierre, a altas horas de la madrugada, dejaba que algún negro la acompañara hasta la boca del metro. Y eso era todo. Nunca dijo a nadie cómo se llamaba y, aún menos, dónde vivía.

Contaré ahora otro ejemplo, también extraño, pero de desenlace totalmente distinto, el cual me enseñó algo que en el correr de la vida habría de aprender de mil formas diferentes. Fue la primera y mejor lección acerca de cómo se le revuelve el estómago al blanco cuando ve a un negro en estrechas relaciones con una mujer blanca, pese a todo lo que pueda manifestar en sentido contrario.

Entre los pocos blancos que merodeaban por Harlem, había algunos jóvenes (a quienes llamábamos *hippies*) que pretendían ser más negros que los mismos negros. Uno de ellos en particular hablaba más a lo *hip* que nosotros, lo cual es mucho decir. Habría sido capaz de llegar a las manos si le decían que él sentía prejuicios raciales. Los músicos habituales del Braddock no podían dar dos pasos sin toparse con él. Cada vez que me lo encontraba, exclamaba: «¡Vamos, tío, vamos a tomar algo!». Sammy no lo soportaba, lo tenía prácticamente pegado a los talones. Llevaba un *zoot* estrafalario, los zapatos de punta ancha, la cadena larga y hasta se le había ocurrido ponerse un montón de gomina en el cabello para que pareciera estirado; en fin: estaba completo. Y, para rematar, no sólo no salía con ninguna mujer que no fuese negra, sino que encima vivía con dos negras juntas en un pequeño apartamento. No sé cómo se las arreglaban, pero me lo puedo imaginar.

Una noche, a eso de las tres o las cuatro de la madrugada, yo iba con Sophia y nos tropezamos con aquel muchacho blanco, en el local clandestino de Creole Bill. Reinaba, como es habitual, esa niebla de marihuana que hace que se relaje el mundo. Él estaba achispado. Le presenté a Sophia y me alejé para saludar a alguien. Noté algo extraño en Sophia cuando regresé, pero ella no me dijo nada hasta que nos marchamos. Él le había preguntado: «¿Por qué una muchacha blanca como tú anda con un negro de mierda? ¡Qué desperdicio!».

Creole Bill (oriundo de Nueva Orleans, como es fácil de imaginar) se

convirtió en otro de mis buenos amigos. Cuando cerraba el Small's, conducía a su local a blancos aún ávidos de bebida y con mucho dinero para gastar en él. Ésa fue mi primera experiencia de «guía». El local se encontraba en el mismo apartamento de Bill. Creo que habían derribado una pared para ampliar la sala de estar. La atmósfera que allí reinaba, sumada a la comida, convertía ese lugar en uno de los ambientes más *soul* de todo Harlem.

Había muy buena música, lenta, que procedía de un tocadiscos siempre encendido. Había para beber lo que uno quisiera. Bill servía platos de la típica comida criolla (*gumbo*, *jambalaya*), exquisita, muy especiada. Su amiga —una hermosa muchacha negra— se encargaba de atender a los clientes. Bill le había puesto el nombre de Brown Sugar, y todos la llamaban así. Cuando se juntaban muchos comensales, Creole Bill en persona traía las ollas a la mesa y servía unos platazos enormes; después se servía él un plato lleno hasta el borde y comía en nuestra compañía. Era una delicia verlo comer: le encantaba su comida, que era realmente estupenda. Bill sabía cocinar el arroz igual que los chinos, es decir, los granos quedaban sueltos, sin pegarse, pero no sé si los chinos sabrían cocinar las recetas que Bill preparaba con mariscos y judías.

Con el dinero que ganó en aquel local clandestino, Bill abrió un restaurante de comida criolla muy famoso en todo Harlem. Le encantaba el béisbol. Las paredes estaban llenas de cuadros con fotografías autografiadas de las estrellas más conocidas; en otros se veía a figuras del mundo artístico y de la política que frecuentaban el establecimiento con sus amigos. Me pregunto qué habrá sido de Creole Bill. El restaurante fue vendido y no supe más de él. Tengo que acordarme de preguntar a los veteranos de la Séptima Avenida, que seguramente sabrán algo.

Un día, llamé a Sophia a Boston y me dijo que no podría venir hasta el fin de semana siguiente: acababa de casarse con un blanco acomodado de la ciudad. El marido estaba en el Ejército, y tras gozar de un período de permiso, había vuelto a marcharse. Me dijo que nada cambiaría entre nosotros, y le repliqué que a mí me daba lo mismo. Sammy conocía, por supuesto, a Sophia, pues los tres habíamos salido juntos en varias oportunidades. Con él había hablado extensamente acerca de la psicología

de la relación negro-blanca y le estoy agradecido, pues de resultas de dichas reflexiones me encontraba plenamente preparado para aceptar el matrimonio de Sophia.

Sammy opinaba que la mujer blanca tiene una mentalidad eminentemente práctica. Conocía las opiniones de ellas de buena fuente. La mujer blanca sabe que el negro tiene las cosas muy difíciles, que se encuentra constantemente oprimido bajo la bota del blanco, reducido a la impotencia. A ellas les gusta, sin duda, la comodidad y ser bien consideradas por los suyos, pero también buscan el placer. Por eso se casan con un blanco por puros motivos de conveniencia y seguridad, pero siguen saliendo con un negro. Quede claro que no se trata de una cuestión de amor (o sea, de amor al negro, por supuesto) sino de amor por la lujuria, máxime, si ésta viene envuelta en la aureola del tabú.

Unos ingresos anuales de diez, veinte, treinta, cuarenta, hasta cincuenta mil dólares no tienen nada de extraordinario... para un hombre blanco. Pero un negro que gane, con mucha suerte, cinco mil dólares en el mundo del blanco resulta un espécimen bastante raro. A grandes rasgos, la mujer blanca va con negros por dos motivos: o está loca de amor o busca satisfacer la lujuria.

Llegó un momento en que estuvo claro que había ido a Harlem con intenciones de quedarme; fue entonces inevitable que me adjudicaran un apodo que me distinguiese sin lugar a dudas de los dos pelirrojos que andaban por el barrio. Conocía a los dos y trabajaría con ellos más adelante. Red de San Luis era un atracador profesional. Cuando me enviaron a la cárcel, él cumplía condena por intento de atraco a un camarero del ferrocarril que unía las ciudades de Nueva York y Filadelfia. Después lo soltaron y hace poco me enteré de que entró en la cárcel de nuevo por robar en una joyería de Nueva York. Red de Chicago era el otro. Nos hicimos buenos compinches en un local de bebidas clandestino, donde yo serviría más adelante de camarero.

Red de Chicago fue el lavaplatos más gracioso que se ha visto en este mundo. En la actualidad, aún se gana la vida con sus gracias: es un cómico de talla nacional en el mundo de la escena y de los locales nocturnos. Pienso que Red de Chicago no pondrá reparo alguno al hecho de que diga

que él es Redd Foxx.

De todos modos, mi apodo surgió rápidamente. No sé cómo ocurrió, pero como sabían que yo era de Míchigan, y nadie de Nueva York había oído en su vida hablar de Lansing, cuando me preguntaban solía decir que venía de Detroit. Y así me quedó: Red de Detroit.

Una tarde, a principios de 1943, antes de que se reunieran los clientes habituales de las seis, llegó un soldado negro y se sentó solo en una de mis mesas. Estuvo allí cosa de una hora, con una copa. Parecía uno de esos negros estúpidos y dignos de compasión que acaban de llegar del Sur tradicional. A la cuarta o quinta copa que le serví, aproveché el momento en que me incliné para limpiar la mesa y le pregunté si quería una mujer.

Debí saberlo. Regía una misma ley para todo establecimiento (incluido el Paradise) que pretendiese continuar abierto: hay que abstenerse de todos aquellos actos que puedan ser considerados perjudiciales para la «moral» de los soldados o una manera de aprovecharse de ellos. Eso ya había causado problemas en numerosas ocasiones: la tropa tenía la entrada prohibida en varios locales y otros habían perdido la licencia de apertura.

Había caído directamente en las manos de un espía del Ejército. ¡Por supuesto que quería una mujer! ¡Qué agradecido se mostró! Hablaba con marcado acento sureño. Le indiqué el número de teléfono de una de las prostitutas vecinas mías, muy buena amiga.

Algo salió mal. Le dije al sujeto que esperara media hora. Al cabo de ese plazo, telefoneé. Me temía la respuesta: allí no había ido ningún soldado.

Fui al despacho de Charlie Small. «Acabo de hacer algo, Charlie. No se por qué, pero lo hice», y le conté lo que había pasado.

Charlie me miró. «Ojalá no lo hubieras hecho, Red», suspiró. Los dos sabíamos qué quería decir.

El inspector de paisano era un antillano llamado Joe Baker. Yo lo esperaba, cuando regresó al bar, y ni siquiera le hice preguntas. Me condujo a la comisaría de la calle Ciento treinta y cinco, que estaba atestada de policías de uniforme y agentes de la Policía Militar que llevaban a soldados detenidos. Me reconocieron otros inspectores que también acostumbraban a frecuentar el Small’s.

Había dos puntos en mi favor: la policía nunca había tenido problemas

conmigo y cuando el soldado negro quiso darme una propina, yo la rechacé, porque —le expliqué— era un favor de mi parte. Seguramente llegaron a la conclusión de que bastaba con que Joe Baker me diera un buen susto.

Ignoraba que no iban a ficharme. El inspector de paisano me llevó a una pequeña habitación de la comisaría. Se oía claramente que en la habitación de al lado alguien recibía una paliza. ¡Plas, plas, plas! «¡No, por favor, por favor. En la cara, no, que la tengo para ganarme la vida!». Supe enseguida que se trataba de un proxeneta. La paliza prosiguió: ¡plas, plas! «¡Nooo, por favor, nooo!».

Poco tiempo después, me enteré de que a Joe Baker lo habían descubierto en Nueva Jersey en el momento en que propinaba una paliza a un chulo negro y a su prostituta blanca. Fue expulsado del cuerpo de policía de Nueva York, lo procesaron en el estado de Nueva Jersey y pasó una temporada entre rejas.

Mucha más amargura que el despido en sí me causó lo otro: me prohibieron la entrada en el Small's. Era comprensible. Aunque no era lo que entonces se llamaba un elemento hot,[20] sin duda alguna sería objeto de observación. Los hermanos Small tenían que proteger su negocio.

Sammy resultó un verdadero amigo en la adversidad. Hizo correr la voz de que fuera a su casa. Era la primera vez que estaba allí. Parecía un palacio en miniatura; evidentemente las mujeres que tenía le permitían llevar un buen tren de vida. Mientras hablábamos acerca de la forma en que iba a ganarme la vida, Sammy preparó los mejores porros de marihuana que había probado hasta entonces.

Diversos jefes de corredores de apuestas, habituales del Paradise, me habían ofrecido trabajo de corredor. Sammy opinaba que ganaría muy poco dinero hasta que lograse hacerme mi propia clientela. El proxenetismo, por su parte, quedaba descartado. Yo carecía de las habilidades que tenía Sammy y me moriría de hambre antes de que lograse conseguir una sola mujer.

Convertirme en camello. Casi enseguida, acordamos que ésa era la mejor solución. Era un trabajo sin excesivas complicaciones para un lobo solitario y me permitiría ganar dinero inmediatamente. No requería experiencia y podía hacerlo cualquiera con dos dedos de frente, especialmente si era

negado para el trato con la gente.

Sammy y yo conocíamos marineros mercantes y otras personas que podrían suministrar marihuana en cantidad. Los músicos, en cuyo medio yo tenía muchas y muy buenas relaciones, eran grandes consumidores. Empleaban asimismo drogas más fuertes, lo cual me permitiría traficar con ellas en su momento; era más arriesgado, pero también dejaba mayores beneficios. La cocaína y la heroína permitían ganar cientos de dólares al cabo del día, pero si uno quería dedicarse a ello el tiempo suficiente para hacer algún dinero, tenía que conocer muy bien a la brigada de narcóticos.

Por aquellas fechas, podía detectar de forma instintiva a los policías, pero no ocurría lo mismo con los de la brigada. Entre los veteranos del Small's contaba con muchos contactos que podían resultar sumamente útiles llegado el momento. El suministro de marihuana por mediación de Sammy ya estaba asegurado; lo importante entonces, cuando uno emprende cualquier actividad delictiva, es saber con quién puede contar en las situaciones complicadas. La ayuda podía proceder de policías y de inspectores, y también de círculos más elevados, pero yo aún no había llegado a ese nivel. Así que Sammy me prestó dinero, unos veinte dólares, si la memoria no me falla.

Aquella misma noche, llamé a la puerta de Sammy, le devolví el dinero y le pregunté si podía prestarme más. Con el primer préstamo había acudido directamente a un proveedor que él me había indicado; compré una cantidad pequeña y conseguí el papel para liar los porros.

Los hice del tamaño de una cerilla y de esa manera conseguí vender bastantes de ellos a los músicos que conocía en el Hotel Braddock. El dinero de la venta me alcanzó para devolver la suma que Sammy me había prestado y apartar un resto a fin de continuar el negocio. «¡Tío! ¡Red, qué locura!», exclamaron aquellos músicos al ver que su compinche y admirador había entrado en el negocio.

Casi la mitad de los músicos fumaba marihuana. No quiero mencionar nombres porque tendría que incluir a figuras destacadísimas, algunas de las cuales aún lo son en la actualidad. En una de esas orquestas que sigue en el candelero, todos los músicos sin excepción consumían regularmente marihuana. Había un cantante muy famoso que tenía una extraña

costumbre: empleaba un fémur de pollo ahuecado para fumarla. Lo había hecho tantas veces que al final tenía solo que acercar un fósforo encendido al hueso y aspirar para entonarse. Todo músico sabrá a quién me refiero.

Cada vez obtenía más ganancias, aumentaba los suministros y vendía marihuana como un loco. Apenas dormía. Donde había músicos, siempre estaba yo. Llevaba un fajo de billetes en el bolsillo. Sacaba al menos cincuenta o sesenta dólares diarios, cantidad que en aquellos tiempos (o en los actuales, lo que es igual) significaba una fortuna para un joven negro de diecisiete años. ¡Por vez primera en la vida sentí la grandiosa sensación de ser libre! Vi que, de repente, estaba a la misma altura de los jóvenes timadores a quienes admiraba.

Por esas mismas fechas, descubrí el cine. A veces veía hasta cinco películas en un solo día, en los cines del centro y de Harlem. Me encantan las de hampones, de acción, Humphrey Bogart en *Casablanca*. También me gustaban las musicales como *Stormy Weather* y *Cabin in the Sky*. Después del cine, iba al encuentro de los suministradores, liaba los cigarrillos y, al caer la noche, comenzaba la ronda. Daba dos cigarrillos de regalo cuando me compraban diez, lo cual ascendía a cinco dólares. Yo no hacía como otros, que vendían y salían corriendo enseguida, sino que me quedaba con los clientes, que también eran mis amigos. Fumábamos juntos y yo me colocaba más que todos ellos.

Me sentía libre para hacer lo que quisiera, y sentí el impulso de ir a Boston. Visité a Ella, por supuesto. Le entregué algún dinero. Le expliqué que era un gesto de agradecimiento por haberme ayudado a salir de Lansing. No era la Ella de siempre; aún no me había perdonado por lo de Laura. Ella nunca la mencionó y yo tampoco lo hice. Pero pese a eso, Ella se comportó mejor que cuando me había marchado a Nueva York. Pasamos revista a las novedades habidas en la familia. Wilfred había terminado los estudios de su oficio con tan buenas calificaciones que le habían pedido que se quedara de profesor en Wilberforce. Reginald le había enviado una tarjeta donde le contaba que había conseguido entrar en la marina mercante.

Llamé a Sophia desde el apartamento de Shorty y vino cuando él se marchaba al trabajo. Me habría gustado llevarla a los clubs de Roxbury, pero Shorty nos había advertido que la poli de Boston, igual que la de

Nueva York, recurría a la excusa de la guerra para hostigar a las parejas mixtas, con el fin de detener e interrogar a los negros para averiguar si habían eludido la leva. El hecho de que Sophia estuviera casada nos obligó a ser más cautelosos.

Sophia se marchó a casa en un taxi y yo fui a escuchar a la orquesta de Shorty. ¡Por fin había logrado formar su propia banda! Había conseguido que la junta de reclutamiento le calificara de inútil para el servicio, lo cual me alegró mucho. La orquesta era regularcita, por decir algo. Pero Shorty tocaba en locales pequeños de Boston con buenos resultados. Cuando regresó al apartamento nos quedamos de palique toda la noche. «¡Paisano, eres muy especial!», me repetía. Le hablé de las locuras que hacía en Harlem y de los amigos que tenía. También le conté la historia de Sammy The Pimp.

Sammy procedía de Paducah, un pueblo de Kentucky, donde había dejado embarazada a una muchacha. Los padres de la chica se enfadaron tanto que Sammy se fue a Harlem, donde consiguió trabajo de camarero en un restaurante. Cuando veía una mujer que comía sola, y tras comprobar que efectivamente no iba acompañada, que no tenía marido ni vivía con nadie, se las ingeniaba para que lo invitara a su apartamento, lo cual, gracias a sus modales zalameros, no le costaba mucho. Una vez allí, salía con el pretexto de ir a buscar una cena a un restaurante cercano y por el camino hacía una copia de la llave. Luego, cuando sabía que la mujer estaba fuera, Sammy entraba al apartamento y se llevaba todos los objetos de valor. Así estaba en condiciones de ofrecerle un pequeño préstamo para recuperarse. Eso podía ser el principio de una dependencia económica y sentimental, que Sammy sabía aprovechar hasta que la mujer se convertía prácticamente en su esclava.

En Harlem la brigada de narcóticos no tardó en enterarse de que yo me dedicaba a la venta de marihuana, y me seguían de vez en cuando. Muchos traficantes estaban en la cárcel porque los habían detenido con pruebas encima, y a mí se me ocurrió una manera de evitar eso. Según la ley, no se podía detener a una persona si no se encontraban pruebas en su posesión. Por otra parte, los detectives conocían de sobra viejas tretas como los huecos en los tacones de los zapatos y el relleno falso de los sombreros.

Decidí llevar unos cincuenta porros en un pequeño paquete dentro del abrigo, debajo de la axila, con el brazo apretado al costado. Iba siempre con los ojos bien abiertos, y si notaba algo sospechoso, cruzaba rápidamente la calle, giraba la esquina o entraba en un portal, y allí aflojaba el brazo para desprenderme del paquete. Por las noches, que era cuando vendía, resultaba más que improbable que el sospechoso se diera cuenta de la treta. Si comprobaba que la alarma había sido falsa, retornaba al lugar donde había dejado caer el paquete y lo recuperaba.

Sin embargo, había perdido muchos porros de esa manera. Más de un detective se había llevado un buen chasco, y así conseguía seguir lejos de la justicia.

Una mañana, sin embargo, llegué a mi habitación y vi señales de que alguien había entrado. Sabía que había sido la policía. Muchas veces me habían contado que si la policía no encontraba las pruebas que buscaban, ellos mismos se encargaban de colocarlas en un lugar insospechado y luego volvían para «encontrarlas». No me lo pensé dos veces: cogí las pocas pertenencias que tenía y no aparecí nunca más. Esa noche dormí en otro lugar.

Desde ese momento, comencé a llevar una pequeña automática calibre veinticinco. Un drogadicto, que la había robado en alguna parte, me la entregó a cambio de porros. La llevaba apretada al cinto en el medio de la cintura. Alguien me había dicho que la policía no revisaba allí en los cacheos de costumbre. A menos que supiera con quién estaba, nunca dejaba que me atraparan en una aglomeración de gente. Era bien conocido que los de la brigada de narcóticos solían emplear el método de acercarse a uno muy rápidamente y colocarle algo entre las ropas mientras lo registraban. Pensaba que tenía buenas probabilidades de que no me atraparan mientras circulase por lugares abiertos. No sé ahora qué pensaba realmente acerca de la idea de llevar la pistola. Pero creo que no iba a dejar que se salieran con la suya si alguien pretendía hacer algo que pudiera incriminarme.

Las extremas precauciones que hube de adoptar consumían buena parte de mi tiempo y causaron el descenso de las ventas. De vez en cuando, tenía un presentimiento, y me mudaba de vivienda. Sólo Sammy sabía dónde dormía yo.

Finalmente, me llegó la voz de que la brigada de narcóticos de Harlem me había incluido en la lista especial.

Desde entonces, casi cada dos días, me detenían para registrarme, por lo general en lugares públicos. Enseguida les decía en voz alta, para que todos lo oyeran, que no llevaba nada encima y que no quería que me pusieran nada. Eso hacía que desistieran del intento, porque por aquellas fechas la ley no era muy estimada que digamos en Harlem, y tenían miedo de verse envueltos en un tumulto de negros con intenciones más que dudosas. La situación ya era muy tensa y podía palparse en el aire que pronto estallarían los problemas, como efectivamente ocurrió poco después.

Las cosas se me complicaron y me vi obligado a cambiar de táctica. Escondía los porros cerca del lugar de venta; guardaba unos cinco en un paquete de cigarrillos y lo depositaba junto a una farola del alumbrado público, detrás de una lata de basura o en una caja. El cliente me pagaba primero y luego le indicaba dónde debía recoger la mercancía.

Esa táctica no funcionaba con los clientes habituales. Era imposible esperar que un músico famoso anduviese rebuscando detrás de un cubo de basura. En consecuencia, comencé a buscar la clientela de la calle, la gente que tenía aspecto de consumir droga. Conseguí varias cajas de esparadrapos de la Cruz Roja y las usé de «buzones». Funcionó a la perfección.

No obstante, la brigada de narcóticos de Harlem Centro no cesaba de acosarme y tuve que buscar otras zonas. Comencé a trabajar entonces en la parte sur, en los alrededores de la calle Ciento diez. Ésa era la peor parte del gueto, pues pululaban los fumadores de marihuana más miserables, la gente que vivía drogada para olvidar la miserable existencia que llevaba. Tampoco allí duré mucho tiempo. Perdía gran parte de la mercancía. Esos fumadores tenían instintos animales; observaban lo que hacía y aprendieron mi forma de actuar. Me acechaban permanentemente y no bien ocultaba la marihuana en algún lugar, salían disparados del escondite y se lanzaban sobre ella como las moscas sobre la miel. Cuando el individuo de los guetos se convierte en un animal, en un buitre (como me ocurrió a mí), entra en un mundo de animales y de buitres, donde sobreviven únicamente los mejor preparados.

Al cabo de muy poco tiempo, tuve que empezar a pedir pequeños

préstamos a Sammy y a los músicos; unas veces para comprar género, otras para drogarme yo mismo y, a veces, simplemente para comer.

Un día, Sammy me dio una idea. «Red —me preguntó—, ¿conservas todavía la tarjeta de empleado del ferrocarril?». Efectivamente, aún la conservaba, pues no me la habían retirado. «Entonces, ¿por qué no la aprovechas y te haces algunos viajes hasta que la cosa se calme?».

Sammy tenía razón. Comprobé que si mostraba la tarjeta que acreditaba mi condición de empleado del ferrocarril y obraba de forma correcta, sin ir de pordiosero, el revisor, aunque fuera uno de esos pobretones blancos, me dejaba subir. Luego, me daba una pequeña almohada para viajar adonde quisiera.

De esa manera, podía circular a lo largo de la Costa Este y vender marihuana a los amigos músicos que estaban de gira.

Conservaba la tarjeta de la línea de New Haven. Trabajé un tiempo para otras líneas, y conseguí la acreditación correspondiente. Ya estaba todo resuelto.

En Nueva York, liaba y empaquetaba bastantes cantidades de porros y los vendía en tarros. La tarjeta de empleado funcionaba a la perfección. Los revisores siempre me hacían el favor de dejarme subir, si sabía convencerlos de que yo era un compañero que tenía que viajar por motivos familiares. El blanco es incapaz de concebir que un negro tenga sesos, ni mucho menos valor, para engañarlos. Eso jugaba a mi favor.

Aparecía en aquellas ciudades donde mis amigos estaban de gira. «¡Red!», exclamaban en cuanto me veían; ya me conocían de casa. Pero en provincias era alguien del Hotel Braddock. Les traía marihuana de la Gran Manzana. Ser traficante de marihuana ambulante era un hecho totalmente insólito.

No seguía a una orquesta en particular, ya que los mismos músicos siempre me indicaban los lugares donde actuaban las demás. Cuando se agotaba la mercancía, volvía a Nueva York, reponía género y me ponía de nuevo en ruta. Auditorios o institutos totalmente iluminados, el autocar alquilado por la orquesta aparcado junto al edificio, el público, muy bien trajeado, que acudía con gran entusiasmo al acontecimiento. Decía que era hermano de un músico; en la mayoría de los casos pensaban que pertenecía

a la orquesta. La concurrencia era mayormente gente pueblerina que bailaba el *lindy-hop* de forma vulgar y extraña. A veces, pasaba la noche en la ciudad. Otras iba en el autocar de la orquesta al lugar de actuación siguiente. Otras volvía a Nueva York y permanecía allí un tiempo. La cosa se había calmado. Corría la voz de que me había marchado de la ciudad, y la brigada de narcóticos estaba satisfecha con la noticia. En algunos de los pueblos pequeños a los que acudía, la gente se creía que pertenecía a la orquesta y me rodeaba para pedirme autógrafos. En Búfalo, una noche estuvieron a punto de destrozarme el traje.

Un día, al volver a Nueva York, mi hermano Reginald me esperaba. El día anterior, el buque mercante en el que trabajaba había atracado en el puerto de Nueva Jersey. Había ido al Small's con la idea de que aún trabajaba allí, y los camareros le habían indicado que fuera a ver a Sammy, quien lo había alojado.

Me alegré de ver a mi hermano. Me costaba creer que fuese el mismo niño que una vez corriera detrás de mí. Pese a que Reginald medía alrededor de metro ochenta, yo todavía le llevaba algunos centímetros. Su tez era más oscura que la mía. Tenía los ojos verdes y una línea blanca en el cabello, que salvo por este detalle era de color rojizo oscuro, parecido al mío.

Llevé a Reginald a todas partes y lo presenté a amigos y conocidos. Estudié a mi hermano y descubrí que era muchísimo más equilibrado que yo cuando tenía dieciséis años; estaba orgulloso de él.

No tenía lugar donde vivir, pero gracias al dinero que había reunido y con otro poco de Reginald, nos alojamos en el Hotel St. Nicholas, de Sugar Hill. Ahora ya lo han derribado.

Nos pasamos toda aquella noche hablando de la vida en Lansing y la familia. Le conté cosas acerca de nuestros padres que él no recordaba. Luego, Reginald me puso al corriente de la vida de los demás hermanos. Wilfred seguía de profesor en la Universidad Wilberforce. Hilda aún vivía en Lansing y tenía proyectos de casarse, igual que Philbert.

Reginald y yo éramos los siguientes. Después venían Yvonne, Wesley y Robert, que continuaban en la escuela de Lansing.

Nos reímos de Philbert, pues la última vez que lo había visto, estaba muy

metido en la religión y se había comprado uno de esos sombreros de paja redondos.

El buque de Reginald estaría en el puerto alrededor de una semana por trabajos de reparación en las máquinas. Me di cuenta de que Reginald admiraba la forma en que yo vivía de mi ingenio, pese a que no lo demostraba; eso me dejó muy contento. Me parecía que mi hermano llevaba ropa demasiado chillona, y en consecuencia, pedí a uno de mis «clientes» que le consiguiera un abrigo y un traje de corte clásico. Le conté algo que había aprendido: para conseguir una meta en la vida hay que aparentar que uno ya ha alcanzado esa meta.

Antes de que Reginald se marchase, lo exhorté a que dejase la marina mercante y le prometí que le ayudaría a establecerse en Harlem. Sería estupendo tener a mi hermano conmigo, pues entonces podría confiar en dos personas: en él y en Sammy.

Reginald era una persona juiciosa. A su edad, yo estaría loco por tomar el primer tren y marcharme a Nueva York, a Harlem. Pero cuando se marchó, me respondió: «Lo pensaré».

Poco después de que él se marchase, conseguí el traje *zoot* más extravagante que nunca se viera en Nueva York. Eso fue en 1943. La junta de reclutamiento de Boston me había escrito a casa de Ella, y como no obtuvo respuesta, remitió la notificación a la junta de Nueva York. Así, en casa de Sammy recibí la «tarjeta de felicitaciones» del Tío Sam.

En aquella época, había sólo tres cosas que me causaran miedo: la cárcel, el trabajo y el Ejército. Tenía diez días para presentarme en la oficina de reclutamiento. No lo dudé y busqué un trabajo de inmediato. Los agentes de la Inteligencia militar (esos espías negros vestidos de civil) recorrían Harlem con los oídos bien abiertos por orden del hombre blanco. Sabía exactamente dónde debía difundir el rumor. Comencé a decir por ahí que estaba entusiasmadísimo por alistarme... en el Ejército japonés.

Cuando sabía que tenía espías cerca, me comportaba como si estuviera drogado y decía las locuras más increíbles. En realidad, numerosos maleantes del barrio ya se encontraban en ese estado, como yo mismo lo estaría tiempo después. Era, por otra parte, inevitable cuando uno lleva mucho tiempo consumiendo drogas cada vez más fuertes y está sometido al

yugo de la vida delictiva, cuya presión aumenta inexorablemente día a día. Extraía la notificación de la junta de reclutamiento y la leía en voz alta para que todos supieran quién era y la fecha en que debería presentarme al reconocimiento médico correspondiente. Es probable que ésa fuese la única ocasión en que mi nombre verdadero se escuchó en Harlem.

El día en que me presenté a la oficina de la junta de reclutamiento, me vestí de actor. Llevaba el estrafalario *zoot*, zapatos de punta ancha de color amarillo y el cabello todo rizado de manera que parecía una mata rojiza.

Entré caminando a saltos y tambaleándome, con los típicos gestos de negro listo; extraje de mis ropas la notificación, totalmente arrugada, y se la plantifiqué al soldado blanco que atendía la mesa de entrada. «Muévete, tío. No puedo esperar más a ponerme el uniforme», le dije. Me imagino que aquel soldado no se ha recuperado todavía de la impresión que le causé.

Estaban alertados de mi llegada, pero de todos modos tuve que ponerme en la cola. En la inmensa sala de espera había unos cuarenta o cincuenta chicos que debían pasar el examen. No se oía volar ni una mosca: todos estaban pendientes de mí, que no cesaba de hablar en argot a cien por hora. Decía que iba a pelear en todos los frentes, a llegar a general antes de que me mataran y otras cosas por el estilo.

Casi todos eran blancos, como es de suponer. Los más jovencitos parecían asustados. Otros tenían la cara avinagrada propia del que piensa: «¡Qué negro de mierda!». Para los menos, la escena les resultaba divertida: tenían ante sus narices al arquetipo del «negro gritón de Harlem».

Había también unos diez o doce negros, que gozaban con mi actuación. Pero los demás me miraban con cara de piedra y si hubiesen dado la orden de comenzar a matar gente, con mucho gusto habrían empezado conmigo.

La cola seguía moviéndose. Pronto me encontré en calzoncillos para pasar el reconocimiento médico. En la mirada de todas las personas de bata blanca vi reflejada la misma opinión: «Inútil».

Permanecí en la cola más de lo que esperaba, hasta que finalmente me llamaron. Uno de los hombres de bata blanca me condujo por un pasillo: sabía que iba al consultorio del loquero, el psiquiatra militar.

La recepcionista era una enfermera negra. Tendría unos veinte años y no estaba nada mal de aspecto. Era una de esas negras «sobresalientes».

Los negros saben de qué hablo. Durante la guerra, el hombre blanco tenía necesidades de personal tan acuciantes que decidió permitir que los negros cambiaran el cubo, la fregona y el trapo de limpiar por el lápiz, la silla de escritorio o un título de los que no valen ni dos cuartos. Daba asco leer la prensa negra de aquella época, pues todos los días publicaban grandes fotografías de relamidos negros «sobresalientes».

Había alguien en el consultorio del psiquiatra. No tuve necesidad de fingir delante de la chica negra, porque ya la tenía harta.

Cuando el médico le comunicó por el interfono que podía entrar, en vez de hacerme pasar, entró ella misma al consultorio. Sabía perfectamente que iba a darle por adelantado la opinión que yo le merecía. Ése es uno de los grandes problemas que aún aquejan al hombre negro. Muchos negros de «clase alta» se afanan por impresionar al blanco y convencerlo de que ellos son «diferentes de los otros». Pero lo único que consiguen con ello es fomentar la opinión despectiva que el blanco tiene de los negros en general.

La enfermera salió con el prestigio bien alto y me indicó que entrara.

Tengo que reconocer en honor a la verdad que aquel psiquiatra procuró tratarme de forma objetiva y profesional. Estaba sentado en el escritorio y trazaba garabatos con un lápiz azul en una libreta. Pasó así tres o cuatro minutos, sin decir palabra, mientras yo le soltaba la perorata.

Su táctica consistía en tratarme con calma y en indagar, por medio de preguntas, los motivos de mi extrema ansiedad. Al principio daba vueltas y respondía con evasivas, mientras lo observaba atentamente para que pensara que se salía con la suya. No cesaba de moverme hacia delante y hacia atrás, de hacer gestos espasmódicos, como si hubiera alguien escuchando. Tenía la certeza de que, al final, el psiquiatra tendría que consultar los manuales para descubrir en qué categoría de enfermo estaba yo.

En determinado momento, me levanté de un salto y me dirigí hacia las dos puertas de la habitación: la de entrada y otra, que debía de ser un armario. Me agaché y miré furtivamente a través del resquicio. Volví rápidamente al escritorio del psiquiatra, me incliné a su lado y le musité al oído: «Ahora, tío, entre tú y yo, aquí estamos en el Norte, así que no se lo digas a nadie... Quiero que me envíen al Sur, ¿sabes? Voy a organizar un grupo de soldados

negros, ¿me entiendes? Robaremos armas y vamos a matar a esos blancos mugrientos».

El hombre dejó caer el lápiz azul y sus modales profesionales se esfumaron en el acto. Palpó la mesa nervioso en busca del lápiz rojo y me miró como si yo fuera una serpiente en el momento de romper el huevo. Sabía que ya lo tenía. En el momento de pasar junto al escritorio de la «Señorita Sobresaliente» oí que el médico decía: «Eso es todo».

Encontré en el buzón una notificación en que se me comunicaba mi condición de «inútil para el servicio». Nunca volví a saber del Ejército y tampoco me preocupé de averiguar por qué me habían rechazado.

---

[17] Literalmente, fajo de dólares.
[18] Literalmente, poca ropa.
[19] Literalmente, salto preciso.
[20] En la jerga: buscado por la policía.

Estafador

No recuerdo bien todos los chanchullos a los que me dediqué en Harlem durante los dos años siguientes, después de que terminara bruscamente mi vida como camello ambulante con las orquestas en gira.

Los empleados negros de los ferrocarriles esperaban la llegada de los trenes en una sala reservada para ellos en el sótano de la Grand Central Station. Se jugaba al póquer y al blackjack las veinticuatro horas del día. A veces, se llegaba a apostar hasta quinientos dólares. Un día estábamos jugando al blackjack y un viejo cocinero del coche-restaurante hizo trampas al repartir las cartas. Le puse la pistola debajo de las narices.

Cuando volví a la mesa de juego, tuve una especie de presentimiento. Me colgué la pistola del cinturón en el medio de la espalda. En efecto, alguien se había chivado. Dos enormes policías irlandeses, con cara de pocos amigos, se presentaron enseguida y me detuvieron. Pero no encontraron la pistola que yo había escondido en un sitio poco común.

Los polis me dijeron que no volviera a poner los pies en la Grand Central Station si no era con un billete en el bolsillo. Sabía perfectamente que, al día siguiente, todas las oficinas de personal de los ferrocarriles tendrían mis señas. Por tanto, aquél era mi último empleo ferroviario.

Así que me encontré con otros mil delincuentes por las calles de Harlem. Ya no podía vender marihuana: los inspectores de la brigada de narcóticos me conocían demasiado. Era un auténtico estafador, sin instrucción, inepto para toda actividad honorable y me consideraba con la suficiente experiencia y astucia para componérmelas solo y aprovecharme de cualquier circunstancia que se me presentase. Dispuesto a arriesgarme a

tope.

Hoy mismo, en los guetos de las grandes ciudades, viven decenas de miles de esos jóvenes de ayer y de hoy, que abandonan la escuela y deben dedicarse a cualquier forma de delincuencia para sobrevivir a duras penas, de la misma forma que lo hice yo. De forma inexorable, caen más y más hondo en la vida delictiva y en la inmoralidad. El estafador nunca puede darse un respiro para juzgar la vida que lleva y adónde se dirige. Igual que ocurre en la selva, sabe, porque así se lo enseñan la experiencia y el inconsciente, que en ese momento de respiro, cuando baje la guardia, las demás fieras hambrientas e incansables, zorros, hurones, lobos y buitres, aprovecharán para hacer de él su presa.

Durante los seis o siete meses siguientes, me dediqué al robo y a los atracos, todos de escasa importancia. Siempre fuera de Nueva York, pero no muy lejos. Y nunca me atrapaban. Me ponía en forma, como lo hacen los profesionales, con fuertes dosis de drogas. Empecé con la cocaína, según me había recomendado Sammy.

Mi uniforme de calle, por así llamarlo, era normalmente una pistola, una calibre veinticinco de color azul metálico, tan pequeña y plana que no se notaba. Pero para el trabajo prefería una treinta y dos, una treinta y ocho o una cuarenta y cinco. Recuerdo aquellos rostros que palidecían y las bocas que se abrían al contemplar el enorme orificio negro del arma. Cuando hablaba, la gente parecía escucharme como si estuviera muy lejos de allí y hacían todo lo que les decía.

Me drogaba entre golpe y golpe para no ponerme nervioso. Cambiaba habitualmente de habitación, siempre baratas y siempre en la zona de trabajo habitual, esto es, entre las calles Ciento cuarenta y siete y Ciento cincuenta, en los límites de Sugar Hill.

Un día que trabajaba con Sammy recibí un buen susto. Alguien debió de vernos. Estábamos a punto de salir corriendo cuando oímos las sirenas. Nos pusimos a andar a paso normal. Un coche de la policía frenó en seco. Yo me acerqué y les pregunté por una dirección. Como ellos pensaban que éramos nosotros quienes íbamos a informarles, nos soltaron cuatro palabrotas y se fueron corriendo. No se les pasó por la cabeza que unos negros pudieran hacerles semejante jugarreta. Nos creían demasiado tontos.

Me vestía en los mejores sastres, esos de treinta a cincuenta dólares. Tenía la norma de no robar más de lo que necesitaba para vivir. Pregunten a cualquier persona del oficio: dirá que la avaricia lleva directamente a la cárcel. Tenía una lista de sitios y situaciones vulnerables en la cabeza y sólo daba el golpe cuando disminuía el fajo de billetes. Nunca antes.

Solía jugar grandes sumas a la lotería. Seguía con el mismo corredor con quien había empezado cuando trabajaba en el Small's Paradise. Me guiaba por el presentimiento; así, había días en que llegaba a jugar hasta cuarenta dólares a dos números con la esperanza de obtener el fabuloso premio de seiscientos dólares por cada uno jugado. Pero nunca tuve esa suerte. ¿Puede alguien imaginarse lo que habría hecho en caso de ganar diez o doce mil dólares de un golpe? Por supuesto, de vez en cuando acertaba a una combinación pequeña. A veces, cuando tenía dinero, llamaba a Sophia y le pedía que se viniera de Boston un par de días.

De nuevo empecé a frecuentar el cine. No me perdía una sola actuación de mis amigos músicos, ya tocaran en Harlem, en los grandes teatros del centro o en la calle Cincuenta y dos.

Intimé mucho con Reginald durante la siguiente escala de su buque en Nueva York. Charlamos acerca de la familia y de que era una lástima que Wilfred, el mayor de los hermanos, a quien le gustaba tanto la lectura, no pudiese ir a una de las grandes universidades donde habría podido llegar tan lejos. Comentamos cuestiones que nunca habíamos hablado con nadie.

Reginald, con su carácter apacible, era un apasionado de la música y del mundo de los músicos. Una buena mañana, el buque levó anclas sin él a bordo; yo fui la causa principal de esa ausencia, pues le había dado a conocer a fondo el emocionante mundo de la música. Nos encontrábamos con los músicos detrás del escenario, en locales como el Roxy y el Paramount, y lo pasábamos estupendamente. Gracias al período en que me dediqué a la venta de marihuana entre las orquestas de gira, era tan conocido como cualquier músico negro que hubiera actuado en Nueva York entre 1944 y 1945.

Lo llevé a conocer la sala de baile Savoy, el Teatro Apollo, el bar del Hotel Braddock, los locales nocturnos y los lugares clandestinos donde se vendían bebidas alcohólicas, a cualquier sitio donde tocaran negros. La gran

Lady Day, Billie Holiday, lo abrazó y lo llamó *baby brother*. Reginald compartía la idea que tenían decenas de miles de negros de que la de Lionel Hampton era la orquesta más famosa. Yo conocía bien a casi todos los músicos de Hampton; les presenté a Reginald y también lo hice con el mismo Hamp y con Gladys, la esposa de éste y gerente de la orquesta. Hamp es una de las personas más dulces de este mundo. Quienquiera que lo conozca podrá decir que era tremendamente generoso con gente que apenas conocía. Pese a todo el dinero que ganó Hamp —y que aún gana—, ya estaría bajo un puente de no ser por la buena administración de Gladys, que es una de las mujeres más inteligentes que he conocido en mi vida. Frank Schiffman, el propietario del Teatro Apollo, es testigo de ello. Él contrataba a las orquestas por una suma semanal fija, pero sé que durante aquella época Gladys Hampton logró un arreglo para que la orquesta de su marido tocara a porcentaje de las entradas. Se dobló el número de actuaciones, que, si no me equivoco, pasaron de las cuatro habituales a ocho, con lo cual aumentó la capacidad de atracción del conjunto. Recuerdo que Gladys siempre hablaba mucho conmigo y procuraba darme buenos consejos. «Tranquilízate, Red», me decía. Ella veía lo loco que estaba y que acabaría mal.

Algo que me gustaba de Reginald era que, cuando yo salía a «trabajar», no me preguntaba nada. Cuando se mudó a Harlem, yo empecé a trabajar más de lo habitual. No quería que Reginald anduviera por todo el barrio sin un lugar que pudiera llamarse «hogar». Creo que eso me influyó para que consiguiera el primer apartamento de verdad que tuve en mi vida: tenía tres habitaciones, costaba cien dólares al mes de alquiler y quedaba, me parece, enfrente de un edificio de la calle Ciento cuarenta y siete, entre las avenidas Convent y St. Nicholas. En la parte trasera de la planta baja, justo detrás de nuestro apartamento, vivía uno de los más acaudalados traficantes de drogas de todo Harlem.

El apartamento nos sirvió de cuartel general. De forma paulatina, presenté a Reginald en el local nocturno de Creole Bill y otros lugares similares de Harlem. A eso de las dos de la madrugada, cuando cerraban los establecimientos del centro de la ciudad, nos parábamos enfrente de uno de esos lugares y yo le enseñaba todo lo que pasaba.

A esa hora, llegaban del centro en coches de alquiler y limusinas los blancos siempre insatisfechos en busca de *soul*. Había toda clase de locales para ellos: desde establecimientos muy famosos, como el Jimmy's Chicken Shack y el Dickie Wells, hasta efímeros clubs particulares, donde cobraban un dólar de entrada para hacerse «socio».

En esos locales pequeños, el humo era tan denso que irritaba los ojos. Estaban llenos de blancos, a razón de cuatro por cada negro, que bebían whisky en tazas de café y comían pollo frito. A los hombres se los veía con la cara enrojecida y las mujeres, con los ojos brillantes, iban cubiertas de maquillaje; se palmeaban la espalda, reían con un alboroto tremendo y aplaudían mientras escuchaban la música. Cuando estaban borrachos, los blancos se acercaban tambaleándose a los negros, los camareros, los dueños o los de las otras mesas, les daban la mano y les decían: «¡Quiero que sepas que vales tanto como yo!». Algunos hasta los abrazaban. Los locales de más fama atraían a personalidades célebres blancas y negras que se divertían juntas. Por ejemplo, recuerdo que no era nada extraño ver en el Jimmy's Chicken Shack o en el Dickie Wells, a las cuatro y media de la madrugada, cuando se tocaba de forma improvisada, a Hazel Scott al piano y a Billie Holiday cantando blues. Dicho sea de paso, más tarde trabajaría en el Jimmy's Chicken Shack como camarero. El lavaplatos era Redd Foxx, que hacía desternillarse de risa a todo el mundo con sus chistes.

En algún momento, mi hermano Reginald tendría que conseguir algún «trabajo». Medité extensamente acerca de cuál le convendría más y sería más seguro. Cuando aprendiera cómo conducirse solito, tendría que exponerse a ciertos riesgos, si pretendía ganar buen dinero y sin tardanza.

Le conseguí algo muy sencillo, para lo cual utilicé la psicología de la selva del gueto. Consiguió una licencia de vendedor ambulante, por unos dos dólares, o algo así. Lo llevé a un fabricante, donde compró artículos de segunda mano baratos que tenían taras: camisas, ropa interior, anillos baratos, relojes; toda clase de mercancía de venta fácil.

Reginald había visto cómo trabajaba yo en Harlem y aprendió pronto. Entraba en barberías, salones de belleza y bares, muy nervioso, con la pequeña maleta en que llevaba el «botín» y lo enseñaba a hurtadillas a los presentes. Sabía perfectamente que, con la cantidad de ladrones ansiosos de

desprenderse a bajo precio de mercancía de buena calidad, muchos negros de Harlem pagarían en un santiamén precios bajos por artículos de calidad inferior, cuya venta, por otra parte, era perfectamente lícita. Era facilísimo obtener por una maleta de dicha mercancía, al menos, el doble de lo que había costado. Si la policía lo detenía, Reginald llevaba siempre consigo la licencia de vendedor ambulante y las facturas del fabricante. ¡El único problema era que los clientes llegaran a darse cuenta de que la mercancía era legítima!

Daba por sentado que, en algún momento, Reginald buscaría una mujer blanca, igual que casi todos los negros que yo conocía. Le indicaría algunas blancas que perdían la chaveta por los negros y le explicaría que un negro con buen tino podía dominarlas fácilmente. Pero debo decir en favor de Reginald que a él nunca le gustaron las blancas. Recuerdo el día que le presenté a Sophia: se mostró tan indiferente que ella se molestó y me quedé muy extrañado.

Reginald se consiguió una mujer negra por sus propios medios. Andaría por los treinta; era una de los «primeros colonos del barrio», como se llamaban en aquellos tiempos. Trabajaba de camarera en un restaurante muy exclusivo del centro de la ciudad. Se sentía muy contenta de tener a un hombre joven y daba a Reginald todo lo que tenía. Es decir, le compraba ropa, le hacía la comida, le lavaba la ropa y todo lo demás, como si fuera un bebé.

Ése es otro ejemplo que explica el creciente respeto que sentía por mi hermano menor. Reginald demostraba, de maneras a veces sorprendentes, que tenía más sentido común que muchos delincuentes que lo doblaban en edad. Por esas fechas, tenía apenas dieciséis años, pero con su metro ochenta parecía y se comportaba como una persona mucho mayor.

El problema racial de Harlem se agudizaba cada vez más en aquellos años de guerra. La tensión había llegado al límite. Los viejos decían que Harlem no había estado así desde la revuelta de 1935, cuando se registraron pérdidas por millones de dólares. En aquella ocasión, la furia de los negros fue causada por los comerciantes blancos de Harlem, que hacían el gran negocio allí y se negaban a contratar a los negros del barrio.

Durante la Segunda Guerra Mundial, LaGuardia, el alcalde de Nueva

York, hizo cerrar el Savoy. Según decían en Harlem, quería impedir con ello que los negros bailasen con blancas. Pero nadie obligaba a las blancas a que vinieran. Adam Clayton Powell[21] convirtió la historia en su caballo de batalla. Había luchado victoriosamente contra la Edison y la Compañía de Teléfonos de Nueva York para obligarlos a que contrataran negros. Había participado también en la lucha contra la segregación en la Marina y en el Ejército norteamericanos. Pero esa vez fue vencido. El Savoy permaneció cerrado durante mucho tiempo. Powell era uno de esos «progresistas del Norte» que no consiguieron que los negros se acercasen a los blancos.

Un día, corrieron rumores de que, en el Hotel Braddock, unos policías blancos habían disparado a un soldado negro. Recuerdo que bajaba yo por la avenida St. Nicholas cuando vi una multitud de negros que corrían hacia la calle Ciento veinticinco. Algunos llevaban muchos paquetes. Un tal Shorty Henderson (sobrino de Fletcher Henderson, el director de una orquesta) me contó lo que había pasado: los negros rompían los cristales de los almacenes y se apoderaban de todo lo que les caía en las manos, de todo lo que podían llevarse —muebles, comida, joyas, vestidos, whisky—. Al cabo de una hora, toda la policía de Nueva York ocupaba Harlem. LaGuardia y el difunto Walter White, secretario por aquel entonces de la NAACP,[22] llegaron en un coche de bomberos provistos de un altavoz. Exhortaban a los negros furiosos, que gritaban y corrían en todas direcciones, a que volvieran a sus casas.

Hace poco encontré a Shorty Henderson en la Séptima Avenida. Nos reímos mucho recordando al tipo a quien había bautizado con el nombre de Pies Izquierdos. El día del motín había entrado en una tienda de zapatos de señora, y entre aquella confusión, había cogido cinco zapatos, ¡todos del pie izquierdo! Nos reímos también pensando en el chinito asustado que había colgado rápidamente en la puerta de su restaurante un letrero que decía: «Mí también de color». Nadie le molestó, al contrario. Su letrero había hecho reír a todo el mundo.

Después de la revuelta, las cosas se pusieron muy difíciles. Fue una época muy dura para los que vivían del Harlem nocturno y para los que sacaban sus recursos de los blancos. Durante los años veinte, el dinero de los blancos manaba a raudales. Con la revuelta de 1935, llegaba gota a gota, y

con esta última el grifo se cerró del todo.

Hoy en día, hay muy pocos blancos que visiten Harlem, y lo hacen prácticamente los fines de semana. Hay quizás algunas decenas que vienen a bailar el *twist*, el *frug*, el *watusi* y otros bailes de moda al Small's Paradise. (Dicho sea de paso, éste pertenece actualmente al gran campeón de baloncesto Wilt the Stilt Chamberlain, que arrastra multitudes con su enorme imagen de atleta, la figura del hombre recto e íntegramente norteamericano). Pero la mayoría de los blancos tiene miedo de venir a Harlem, y con razón. La vida en Harlem ya no es lo que era, ni siquiera para los negros. Los que tienen un poco de dinero lo invierten en algún local del centro de Manhattan, donde tiempo atrás hubieran sido atrapados por la policía.

Eso es la «integración». ¡Qué hipocresía! Antes de que un creso blanco tenga tiempo de abrir un nuevo hotel de lujo en un rascacielos, los negros, que no tienen donde caerse muertos, se entregan a la locura de la «integración» y alquilan el hotel para sus «bailes» y «congresos». Los ricos podían permitirse el lujo de ir a Harlem a derrochar el dinero, pero a los negros no les estaba permitido hacer lo propio en el centro de la ciudad.

Una vez que hacía un «trabajo» junto con Sammy, nos dieron un buen susto. Fue un aviso muy en serio.

Las cosas se habían puesto tan difíciles que los delincuentes se vieron obligados a trabajar honestamente y las prostitutas tuvieron que hacer de criadas o de mujeres de la limpieza y fregar despachos por la noche. Los chulos estaban tan mal que mi amigo Sammy tuvo que unirse a mí. Habíamos escogido un sitio considerado inatacable, pues es precisamente en esos sitios donde los guardias acaban por confiarse y entonces es fácil dar el golpe.

Nos encontrábamos en pleno trabajo cuando una bala alcanzó a Sammy. Escapamos por un pelo. Por suerte, Sammy no estaba gravemente herido. Nos separamos: es lo más prudente en estos casos.

Fui a casa de Sammy antes de que amaneciera. Su nueva amante estaba allí, una negra caribeña, muy guapa y muy apasionada. Lloraba y explicaba no sé cuántas historias acerca de Sammy. Se tiró sobre mí chillando y con las uñas por delante. Sabía que habíamos dado el golpe juntos. La aparté de

mí. No comprendía cómo Sammy no le ordenaba que se estuviera quieta, pero entonces me di cuenta..., vi de reojo que Sammy cogía el arma.

La reacción de Sammy ante mi actuación con su amante (a pesar de todo, él y yo éramos amigos íntimos) fue la única flaqueza que le he conocido. La mujer comenzó a chillar y se lanzó sobre él. Sabía muy bien —igual que yo — que cuando un hombre apunta a su mejor amigo con un arma es que ya no puede dominarse y va a disparar. Le entretuvo el tiempo suficiente para que yo pudiera salir por la puerta. Sammy me persiguió unos cien metros.

Hicimos las paces muy rápidamente, al menos eso parecía. Las cosas nunca son iguales después de que un amigo ha tratado de matar a otro.

La intuición aconsejaba que nos quedáramos quietos durante una temporada. Lo peor de todo era que la policía nos había visto y seguramente nuestras descripciones ya circulaban por allí.

No pude olvidar el incidente con la mujer de Sammy. Eso me llevó a inclinarme cada vez más hacia mi hermano Reginald, que era la única persona del mundo en quien podía confiar ciegamente.

Me di cuenta de que era un haragán: había abandonado enteramente la venta ambulante. En realidad, no me importaba, pues uno puede darse el lujo de ser perezoso, siempre que sepa usar la cabeza, y Reginald la tenía bien asentada sobre los hombros. Dejó el apartamento que había alquilado para los dos y se fue a vivir con la mujer negra que había conocido, la «vieja colona»; eso cuando estaba en la ciudad. En efecto, le enseñé el truco de trabajar en el ferrocarril por un tiempo, y después viajar gratis a donde quisiera con la tarjeta de empleado; a Reginald le encantaba viajar. Había visitado varias veces a nuestros hermanos, que se hallaban dispersos en distintas ciudades. En Boston, se sentía mucho más unido a Mary que a Ella, que era la que yo más quería. Ocurría que tanto Mary como Reginald eran personas muy tranquilas, mientras que Ella y yo éramos extrovertidos. Cuando Reginald fue a Boston, Shorty lo trató a cuerpo de rey.

Con mi reputación podía entrar fácilmente en el negocio de los números de lotería, el único de Harlem que no había quebrado. Mi patrón había prestado un servicio a un hampón blanco, quien, a cambio, le había ofrecido un empleo de «banquero» durante seis meses en la zona de Motthaven Yards, donde estaban los ferrocarriles del Bronx. Los hampones blancos

organizaban el negocio por zonas. Tal zona se atribuía a tal «banquero» durante un tiempo determinado. La esposa de mi nuevo jefe había sido secretaria de Dutch Schultz hacia 1930, cuando éste se había apoderado por la fuerza del negocio de apuestas clandestinas en Harlem.

Mi trabajo consistía en atravesar el puente George Washington en autobús y dar una bolsa llena de fichas con los boletos, donde se anotaban los números de las apuestas, a un tipo que estaba esperándome al otro lado. No nos decíamos nunca nada. Yo atravesaba la calle y volvía a tomar el autobús en sentido opuesto. Nunca he sabido quién era aquel tipo, ni quién se quedaba el dinero. Los delincuentes no hacen preguntas.

La esposa de mi jefe y Gladys Hampton eran las dos únicas mujeres de Harlem a quienes respetaba por su habilidad para los negocios. Cuando la esposa de mi jefe tenía tiempo y ganas me explicaba muchas cosas de la época de Dutch Schultz. Me hablaba de los «convenios», de los sobornos distribuidos a los funcionarios, a policías novatos, a los abogados deshonestos, de la corrupción en los círculos más altos de la policía y la política. Sabía por experiencia personal que la delincuencia no existe sino en la medida en que la ley colabora con ella. Me enseñó que, en toda institución social, política y económica, el delincuente, el agente de la ley y el político son compañeros inseparables.

Entonces cambié de corredor de apuestas. Había estado con el viejo desde la época en que trabajaba en el Small’s Paradise. Le fastidiaba perder a un gran jugador como yo, pero comprendía mi deseo de gastar el dinero con alguien de mi propia pandilla. Así empecé a hacer apuestas con un tal West Indian Archie,[23] uno de los peores negros de Harlem, según dije anteriormente, un matón de la banda de Dutch Schultz.

Archie había salido de la cárcel de Sing-Sing poco antes de mi llegada a Harlem. Pero la mujer de mi patrón no le había contratado únicamente porque ya le conocía. Archie tenía una memoria fotográfica: era un as de las apuestas. No anotaba nunca los números, aun cuando se trataba de combinaciones de varias cifras; las guardaba en la memoria y sólo las escribía cuando tenía que entregar dinero al «banquero». Era el corredor de apuestas ideal, la policía no le cogía nunca con los boletos de las apuestas encima.

Un excepcional talento para las matemáticas como el de Archie (y el de otros como él) habría podido servir para algo más útil en otra clase de sociedad, pero eran negros.

De todos modos, el hecho de ser cliente de West Indian Archie era un signo de distinción, pues él trabajaba exclusivamente con grandes apostadores. Exigía integridad y solvencia; no era necesario pagarle en el momento de la apuesta, pues podía esperar hasta el fin de semana. Llevaba siempre dos mil dólares encima, dinero propio; si un cliente había sacado un premio módico (digamos cincuenta centavos o una combinación de un dólar), sacaba los trescientos o seiscientos dólares y le pagaba en el momento, y luego cobraba al «banquero».

Tenía la costumbre de pagarle los fines de semana, unos cincuenta dólares, a veces cien, si había dado un buen golpe. Las veces que acertaba una combinación, como he explicado, Archie me pagaba de su propio dinero.

Finalizó el período de seis meses de mi patrón y la señora. Las cosas habían marchado bien. Los corredores habíamos obtenido buenas propinas y pronto otros banqueros requirieron sus servicios. Abrieron una casa de apuestas y yo seguí con ellos.

Una vez conocí a la dueña de un burdel, de resultas de un favor que yo había hecho a un amigo suyo. Esa mujer me enseñó otro aspecto del Harlem nocturno: el mundo cerrado en el que los negros complacían a los blancos adinerados en los más extraños placeres de la carne.

A los blancos que había conocido hasta entonces les gustaba mucho que los vieran junto con negros en los lugares nocturnos y en los locales clandestinos. Esos otros blancos de los que hablo, en cambio, frecuentaban Harlem en secreto. La revuelta había inquietado a esos clientes tan selectos. Mientras había otros blancos en el barrio, nadie se fijaba en sus furtivas idas y venidas. Pero entonces era diferente. Además, temían la cólera recientemente desatada de los negros de Harlem. Por eso, la dueña del burdel me ofreció un empleo de «guía» para proteger sus florecientes negocios.

Era muy difícil obtener un teléfono durante la guerra. Un día, la patrona me pidió que me quedara en casa al día siguiente por la mañana. Habló con

no sé quién y, a la mañana siguiente, antes del mediodía, vinieron a instalarme el teléfono. Mi número no figuraba en el listín.

La patrona en cuestión era una especialista. Cuando una de sus chicas no podía o no quería satisfacer a un cliente, me enviaba a otro sitio (generalmente, a un apartamento en el mismo barrio), donde se le suministraba la «especialidad» solicitada.

Para recoger a los clientes, me colocaba delante del Hotel Astor, en la esquina —siempre muy frecuentada— de Broadway con la calle Cuarenta y cinco. Vigilaba los coches que pasaban e identificaba enseguida, antes de que se detuviera, al blanco de mirada ansiosa que buscaba a un negro un poco pelirrojo, con traje oscuro o impermeable y una flor blanca en la solapa.

Si el blanco llevaba coche, me ponía al volante y lo conducía al lugar en cuestión. Pero si venía en taxi, daba la dirección del Teatro Apollo de Harlem. Precaución útil, pues algunos taxistas eran policías. En el Apollo tomábamos otro coche, éste conducido por un negro, a quien esta vez indicaba la dirección exacta.

Cuando había terminado, llamaba a la patrona. Por lo general, me mandaba otra vez a la esquina de Broadway con la Cuarenta y cinco. Los clientes llegaban siempre a la hora fijada. Nunca tuve que esperar más de cinco minutos delante del Astor. Sabía circular de manera que no llamase la atención de los policías de paisano ni de los uniformados.

Gracias a las propinas, a veces bastante elevadas, había llegado a ganar hasta cien dólares en una noche, acompañando a unos diez clientes al sitio donde podían ver, hacer o dejarse hacer absolutamente todo lo que deseaban. La mayoría de las veces ignoraba el nombre de los clientes. De todos modos, reconocía a algunos o bien oía el nombre por casualidad. Eso me hace pensar en el escándalo Profumo, que ahora ha estallado en Inglaterra, en el que están implicadas personas acaudaladas e influyentes. Por lo visto no se quedan atrás en lo que respecta a rarezas.

Ricos, hombres de cierta edad e incluso más que maduros. No se trataba de los estudiantes de la Ivy League,[24] sino de sus padres o abuelos. Gente de sociedad. Políticos de primer rango. Magnates. Personas importantes que estaban de paso por Nueva York. Jerarcas del Ayuntamiento. Grandes

figuras del espectáculo. Personalidades de Hollywood y del teatro. Y, por supuesto, gente del hampa.

Harlem era el escondrijo de todos ellos, su lugar de perdición. Se deslizaban hasta allí furtivamente y dejaban caer sus máscaras asépticas, dignas e importantes que llevaban en el mundo blanco. Esos hombres podían permitirse el lujo de gastar sumas enormes para satisfacer sus extraños apetitos durante dos, tres o cuatro horas.

Pero en esos bajos fondos nadie juzgaba a nadie. Se brindaba al cliente todo aquello que podía nombrar, describir o inventar con tal de que pagase.

En el escándalo Profumo, el amigo de Christine Keeler testificó que a determinados clientes les gustaban los azotes. Una de las «rutas» principales que yo recorría conducía al apartamento de una chica enorme, negra como el carbón, fuerte como un toro, musculosa como un estibador, que era la encargada de ofrecer dicha especialidad. Por extraño que parezca, eran los clientes de más edad los que pedían esta clase de tratamiento: los blancos de sesenta y hasta setenta años. No habían tenido tiempo de recuperarse y ya me esperaban de nuevo en la esquina de Broadway y la Cuarenta y cinco para que volviera a llevarlos al mismo apartamento, donde se postraban de rodillas, suplicaban y pedían gracia bajo el látigo. Algunos incluso me pagaban un suplemento para que fuera a verlo. Ella se engrasaba el cuerpo con una crema que le volvía la piel más negra y más brillante. Usaba unos látigos pequeños de esparto. Azotaba a los viejos hasta hacerlos sangrar y amasaba una fortuna a costa de ellos.

No quiero contar todo lo que he visto. Muchas veces me pregunté, cuando estuve en la cárcel, qué haría un psiquiatra con todo eso. Muchos clientes ocupaban puestos elevados, sus opiniones servían de guía, ejercían influencia y tenían autoridad sobre los demás.

En prisión también pensé en que todos ellos expresaban explícitamente su preferencia por las negras: «¡Cuánto más negras, mejor!». La dueña del burdel, que lo sabía muy bien, empleaba las mujeres más negras y más complacientes que podía encontrar.

Durante todo el tiempo que viví en Harlem, no vi nunca que un blanco tocara a una prostituta blanca, y eso que las había en diversos lugares especializados. Dentro del género exhibicionista, lo que más reclamaban los

clientes era el espectáculo de un negro que poseía a una blanca. ¿Significa eso que los blancos querían presenciar el acto que más temían, desde el punto de vista sexual? A veces, llegué incluso a acompañar a mujeres blancas a las que los hombres llevaban a ver ese espectáculo. Conocí a una blanca que tenía un burdel, pero de características distintas. Era una lesbiana hermosísima, que hablaba como un carretero y que poseía un establo de machos negros a disposición de las blancas ricas.

Yo la había visto con su novia rubia en los bares, siempre en compañía de jóvenes negros. Era imposible imaginar, si no se estaba al corriente, que aquella mujer quería captarlos para el negocio. Una noche les di marihuana y me dijeron que era la mejor que habían fumado en la vida. Vivían en un hotel del centro, y a partir de entonces, me llamaban de vez en cuando y yo les llevaba marihuana y nos quedábamos charlando.

La lesbiana me contó que había entrado en ese negocio por casualidad. Era habitual de Harlem y conocía a negros a los que les gustaban mucho las blancas. Ella trabajaba entonces en un instituto de belleza del East Side, el barrio de los blancos ricos. Veía que las clientas, mujeres ricas y aburridas, se quejaban de la impotencia sexual del marido; ella les explicaba que había «oído hablar» de experiencias con negros. Al ver el entusiasmo de las clientas, se le ocurrió que podría concertar citas entre ellas y los negros de Harlem que conocía. Los encuentros se realizaban en su propio apartamento.

Después alquiló tres estudios para esta clase de citas. Las clientas la recomendaban a sus amigas. Dejó el instituto de belleza y se dedicó a atender el negocio por teléfono, que funcionaba bajo la tapadera de un servicio de mensajería.

Se había dado cuenta de que las blancas también los querían negros a más no poder. «Tú no servirías ni para un caso de urgencia —me dijo con una carcajada—. Tienes la piel demasiado clara».

Casi todas las clientas especificaban un «un negro, negro», y a veces, «uno de verdad», o sea, negro; ni moreno ni rojizo.

La idea del servicio de mensajería surgió del hecho de que algunas clientas preferían mantener el encuentro en su propia casa, a una hora cuidadosamente establecida de antemano. Las clientas vivían en barrios

bien, en grandes edificios de lujo con porteros vestidos de almirante. La sociedad blanca abre fácilmente las puertas al negro que se presente de criado. El portero telefoneaba al apartamento y la clienta respondía: «¿Quién es? Hágalo subir, James». Y el «recadero» negro subía por el ascensor de servicio y entregaba el «artículo» que encargaban algunas de las mujeres más privilegiadas de Manhattan.

La ironía es que esas mujeres blancas tenían a los negros el mismo respeto que tenían los blancos a las mujeres negras que utilizaban desde los tiempos de la esclavitud. Y los negros, por su parte, no sienten tampoco cariño alguno por las blancas con quienes se acuestan. (Yo tampoco lo sentía por Sophia, que venía a Nueva York cada vez que se lo pedía).

Me imagino que Lucky Gordon, el novio antillano de Christine Keeler, y los amigos de aquél deben de sentir lo mismo. Después de que las primeras figuras de Inglaterra estuvieran con esas chicas blancas, ellas iban con negros en busca de satisfacción, para fumar marihuana y burlarse de los más grandes padres de la nación, cornudos y estúpidos. No dudo que Lucky Gordon conozca la identidad de «el hombre de la máscara» y muchas cosas más. Si alguien un día llegara a contar lo que esas chicas blancas le confiaron, Inglaterra se vería convulsionada por un nuevo escándalo.

Otro tanto ocurre en los círculos blancos más encumbrados de Estados Unidos. Lo mismo que hace veinte años vi con mis propios ojos, oigo hoy con mis propios oídos.

El blanco hipócrita puede ir hablando de la inmoralidad de los negros, pero no hay ser más inmoral en la Tierra que el blanco. Y, sobre todo, los blancos de la alta sociedad. Hace poco, la prensa de Nueva York informó de que la policía había desbaratado una red de prostitución formada por mujeres blancas, amas de casa y madres. Algunas de ellas contaban con el consentimiento y la colaboración del marido, quien cuidaba de los niños mientras la esposa estaba «trabajando». Citando uno de los periódicos de la mañana más importantes de Nueva York: «En la redada del viernes por la noche se requisaron unos dieciséis libros de cuentas y agendas en los que figuraban los nombres de unos doscientos notables personajes de la vida social, de las finanzas y de la política».

También hace poco me enteré de una nueva costumbre de los blancos, que

consiste en lo siguiente: se hace una reunión de matrimonios jóvenes y, al final de la velada, los maridos depositan la llave de la casa en un sombrero; luego, con los ojos vendados, extraen una llave, buscan la mujer a quien pertenece la llave y pasan la noche con ella. Nunca oí que ocurriera algo parecido en los ambientes negros, ni siquiera en los guetos más miserables.

Una mañana fue atracado un negro encargado de un bar en Harlem. Entraron un negro alto, de piel clara, con sombrero y una mujer con la cara cubierta por una media de seda y se llevaron la recaudación de la noche anterior.

Por aquellas fechas, los bares de Harlem eran propiedad de los judíos, quienes ponían a un negro al frente. Si no se conocía a nadie en la Dirección de Bebidas Alcohólicas, era casi imposible conseguir la licencia de apertura, y los judíos eran quienes más contactos tenían. El encargado se procuró los servicios de unos matones para que localizaran a los atracadores. Resultó que la descripción del hombre coincidía con la mía, y así, esa misma mañana, se presentaron en mi apartamento.

Les dije que yo no tenía nada que ver con el asunto y que no sabía de qué me hablaban. Les expliqué que había hecho de guía hasta eso de las cuatro de la madrugada y que luego había ido derecho a dormir a mi casa.

Los rufianes se mostraban bravucones, pretendían asustarme. Querían encontrar al hombre que lo había hecho. Tenían otros sospechosos para visitar, y eso fue lo que me salvó.

Me vestí enseguida, tomé un taxi y fui a despertar a dos personas: la dueña del burdel y Sammy. Tenía algo de dinero, pero ella me dio más. Le expliqué a Sammy que iba a Míchigan a visitar a mi hermano Philbert. Le di la dirección para que me avisara cuando las cosas se tranquilizaran.

Era invierno. Decidí estirarme el cabello de nuevo. Preparé el mejunje y me lo coloqué en la cabeza, pero ocurrió entonces que no salía agua porque las tuberías estaban congeladas, y para evitar que la sosa cáustica me quemara la piel del cuero cabelludo, tuve que meter la cabeza en el inodoro y tirar de la cadena.

Al cabo de una semana, llegó un telegrama de Sammy al gélido Míchigan. Un negro, también pelirrojo, se había confesado autor del atraco: ya podía regresar tranquilo a Harlem.

Abandoné el empleo de guía. No sé por qué. Quizás estaba ya harto de ese asunto y prefería ir a los locales nocturnos y colocarme con mis amigos. Lo cierto es que ya nunca más hice de guía de la dueña del burdel.

Recuerdo que fue también por esas fechas cuando empecé a sentirme enfermo. Estaba siempre resfriado y me pasaba día y noche con la nariz irritada, estornudando y sonándome. Me drogaba tanto que vivía en un mundo de sueños. A veces, fumaba opio en compañía de amigos blancos, actores que vivían en el centro. Pero sobre todo, me entregué a la marihuana. Ya no me bastaban los cigarrillos del tamaño de una cerilla. Estaba tan drogado, que podía fumarme treinta gramos de golpe.

Al cabo de un tiempo, encontré un trabajo en el centro. Mi nuevo patrón era un judío. Me apreciaba mucho porque le había hecho un favor. Se llamaba Hymie. Se dedicaba a comprar bares y restaurantes destartalados para reformarlos y decorarlos, después celebraba una fiesta de inauguración con banderas y hasta con un proyector que iluminaba la calle. El nuevo local se llenaba enseguida hasta los topes. El letrero de «nueva dirección» atraía a la gente, sobre todo a los judíos que buscaban lugares donde invertir el dinero. A veces, Hymie volvía a vender el local a los ochos días de haberlo comprado y obtenía grandes beneficios. Yo le caía muy bien a Hymie, y él a mí. Le gustaba mucho hablar. Y a mí me gustaba escucharle. La mitad del tiempo hablaba de los judíos y de los negros. Odiaba a los judíos que habían cambiado el apellido por otro que sonara más anglosajón. Recitaba los nombres de esos criminales escupiendo en el suelo y contrayendo los labios en señal de desprecio. Algunos eran gente famosa que nadie sospechaba que fueran judíos.

—Red —me decía—, yo soy judío y tú eres negro. Los cristianos no nos quieren ni a ti ni a mí. Si los judíos no fuéramos más astutos que los cristianos, todavía nos tratarían peor que a los tuyos.

Hymie me pagaba bien; a veces, hasta doscientos y trescientos dólares a la semana. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Y creo que hice de todo. Pero mi principal tarea consistía en transportar el alcohol clandestino que Hymie suministraba a los bares que él mismo había vendido después de haberlos renovado.

Iba con otro tipo en un coche hasta Long Island, donde los traficantes de

alcohol tenían el cuartel general. Nos llevábamos las cajas de botellas vacías de whisky clandestino que nos tenían guardadas los bares que abastecíamos. Comprábamos el whisky en bidones de veinte litros, llenábamos las botellas y las entregábamos según las indicaciones de Hymie a los diferentes bares.

Mucha gente pretendía que reconocía su marca favorita, pero era incapaz de distinguirla del whisky clandestino que nosotros suministrábamos, de ocho días de antigüedad y originario de Long Island. Casi todos los bebedores de whisky aseguran reconocer una marca. Al mismo tiempo, y con la autorización de Hymie, me encargaba de abastecer de cantidades menores de ese whisky embotellado a los bares de categoría de Harlem y a los pocos locales clandestinos que aún quedaban.

Pero un fin de semana ocurrió algo que puso fin a todo ese tráfico en Long Island. La Dirección de Bebidas Alcohólicas fue acusada de corrupción, lo cual constituyó uno de los escándalos más sonados de la historia reciente de Nueva York. Corrían rumores de que habían estafado a un pez gordo y que alguien del «interior» había señalado a Hymie y los suyos. Un día estuve esperando a Hymie donde habíamos quedado. No vino. Nunca más supe de él. He oído decir que lo arrojaron al mar, y no sabía nadar.

Llegó la noticia de que, en el Bronx, un negro había atracado a cuatro hampones italianos en una partida de dados. Quienquiera que fuese, era un idiota descomunal. Dijeron que había sido un «negro alto, de piel clara», que llevaba la cara oculta con una media de mujer. Siempre me quedó la duda de si había sido resuelto el asunto del atraco al bar, o si algún inocente se había confesado autor después de una buena paliza. En cualquier caso, aquellas sospechas revivieron.

Una noche, me encontraba en la cabina telefónica del bar Fat Man, que queda en la colina desde donde se contempla Polo Grounds. Los presentes —igual que todo Harlem— bebían para festejar la gran noticia: Branch Rickey, el dueño de los Dodgers de Brooklyn, había contratado a Jackie Robinson para la liga de béisbol que se jugaría en la ciudad de Montreal en el otoño de 1945.

Esa tarde, había cobrado de West Indian Archie el premio de una apuesta

de una combinación de cincuenta centavos: eran trescientos dólares que sacó de su propio bolsillo en el acto. Decidí llamar a Jean Parks. Era una de las mujeres más hermosas que haya vivido en Harlem. En una ocasión, cantó con Sarah Vaughan con Bluebonnets, un cuarteto que cantaba con Earl Hines. Tenía un pacto desde hacía mucho tiempo con Jean: celebraríamos juntos cada vez que uno de los dos acertara a la lotería. Desde mi último premio, Jean me había invitado dos veces. Estábamos muy contentos. Entonces yo la convidaba a salir esa noche. Quedamos en ir a un club de la calle Cincuenta y dos para escuchar a Billie Holiday, que acababa de regresar a Nueva York después de una gira.

Cuando colgué el teléfono, me percaté de la presencia de dos paisanos[25] con aspecto de rufianes que me observaban.

No había que ser muy perspicaz para darse cuenta de todo. Iba desarmado. Lo único que tenía en el bolsillo era un paquete de cigarrillos. Bajé la mano lentamente hacia el bolsillo, para echarme un farol... y entonces uno de ellos abrió de golpe la puerta de la cabina telefónica. Eran italianos de tez morena y aceitunada. Tenía la mano completamente hundida en el bolsillo.

—Sal, que vamos a hablar —me dijo.

En ese preciso instante, entró un policía en el bar. Los dos hampones se desvanecieron. Nunca en mi vida me alegré tanto de ver a un policía.

Todavía temblaba cuando llegué al apartamento de mi amigo Sammy The Pimp. Me dijo que un rato antes había venido a buscarme West Indian Archie.

A veces, cuando lo pienso, me pregunto cómo me las he arreglado para seguir con vida. Dicen que Dios protege a los tontos y a los bebés. He pensado muchas veces que Alá me protegía. Pero durante todo este período de mi vida, yo estaba muerto, muerto interiormente. Sólo que, en aquella época, no lo sabía.

De todos modos, Sammy y yo esnifamos cocaína para matar el tiempo hasta que llegase la hora de encontrarme con Jean Parks e ir con ella a escuchar a Lady Day. El hecho de que West Indian Archie hubiera venido a buscarme no significaba nada para mí..., al menos, no en ese momento.

---

[21] Pastor negro escogido por Harlem para la Cámara de Representantes de Washington.

[22] Siglas de National Association for the Advancement of Coloured People (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color).

[23] Literalmente. Archie El Antillano.

[24] Nombre genérico que se da a las mejores universidades del Este, como Harvard y Princeton, a causa de que los edificios están cubiertos de hiedra (ivy).

[25] En castellano en el original.

El cerco se estrecha

Llamaron a la puerta. Sammy, que estaba tumbado en la cama con pijama y bata puestos, preguntó quién era.

Era West Indian Archie. Sammy escondió debajo de la cama el espejo de afeitar en el que quedaba todavía un poco de cocaína y yo abrí la puerta.

—¡Red! ¡Dame mi dinero!

La treinta y dos veinte es un arma muy curiosa. Es mayor que la calibre treinta y dos y menor que la treinta y ocho. No era la primera vez que me encaraba con un negro peligroso, pero para atreverse con Archie, había que desear la muerte.

No podía creerlo. Tenía un miedo horroroso. Estaba tan aturdido que mi cerebro y mis labios no llegaban a formular una sola palabra.

—¿Qué? ¡Explícate!

Aquella tarde, Archie me había pagado trescientos dólares. Había dado realmente en un buen número. Y ahora pretendía que había mentido cuando le dije que había ganado; me había pagado, a pesar de todo, los trescientos dólares, con la idea de comprobarlo después en la lista de las apuestas.

—¿Estás loco o qué?

Hablaba deprisa. Había visto de reojo la mano de Sammy que se deslizaba bajo la almohada en la que ocultaba siempre la cuarenta y cinco.

—Archie, tú que te las das de tan listo, ¿habrías pagado a alguien que no hubiera ganado?

La treinta y dos veinte se desplazó. Sammy se quedó quieto.

—Debería atravesarte la oreja con una bala —le dijo Archie. Volvió a mirarme—. ¿No tienes mi dinero?

Debí de sacudir la cabeza.

—Te doy hasta mañana al mediodía.

Se llevó la mano a la espalda y abrió la puerta. Retrocedió y la cerró de un portazo.

Era el clásico atolladero, según el código del hampa. No era un problema de dinero. Tenía todavía doscientos dólares. Si se hubiera tratado de eso, Sammy me habría prestado lo que me faltaba. Y si él no hubiera podido, sus amigas habrían reunido la suma en un momento. El mismo Archie me lo habría prestado si se lo hubiera pedido. Me habría dejado miles de dólares, ya que cobraba el diez por ciento de interés. Una vez se enteró de que estaba en un aprieto y vino a verme. Me alargó el dinero que no le había pedido y dijo: «Toma, guárdate esto en el bolsillo».

El problema era la situación en que nos encontrábamos los dos. En la selva del hampa, amor propio y honor son palabras sagradas. Un delincuente no puede soportar que se difunda que alguien se «quedó con él», que haya otro más listo o que lo haya dejado en ridículo. Y lo que es peor, no sólo no puede dejarse dominar, sino que tampoco puede retroceder ante una amenaza, pasar por un cobarde.

Archie sabía que algunos timadores jóvenes ponían en evidencia a los más veteranos para hacerse famosos, y se las arreglaban para que todo el mundo se enterara. Archie creía que yo trataba de hacerle una jugada de ese tipo.

Por mi parte, yo era consciente de que para defender su reputación, pregonaría a los cuatro vientos que me había amenazado. Conocía personalmente a una docena de maleantes que habían tenido que irse de Nueva York porque los habían amenazado. Estaban acabados. Cuando el barrio se enterase, nos sería imposible, tanto al uno como al otro, volvernos atrás. Todo Harlem esperaría el encuentro. Y era posible que la cosa acabase con la muerte para uno, y la cárcel o la silla eléctrica para el otro.

Mis armas estaban en casa. Sammy me prestó la treinta y dos. Me la puse en el bolsillo y salí, disimulándola con la mano.

No podía desaparecer de la circulación. Tenía que ir a todos los sitios que frecuentaba normalmente. Me alegré de que Reginald no estuviera en la ciudad. Hubiera podido querer protegerme, y yo no quería que West Indian Archie le disparara en la cabeza.

Me detuve un momento en la esquina, tenía la mente ofuscada (ese estado es típico de los drogados). ¿Qué pasaba? ¿Pretendía Archie pasarse conmigo? ¿Dejarme en ridículo? Sabía que, a diferencia de otros, él no hacía eso por unos míseros trescientos dólares. En la selva de Harlem, la gente es capaz de engañar a su propio hermano. Los jugadores que se drogan se dejan dominar muchas veces por los corredores de apuestas; están tan embrutecidos que son incapaces de demostrar que han ganado cuando alguien se lo niega.

Empecé a preguntarme si Archie no tenía razón, si yo no me habría equivocado de números. Me acordaba perfectamente de los dos números que había jugado. Le había dicho a Archie que me los combinara con un tercero. ¿Pero cuál? ¿Dónde me había equivocado?

Es horrible cuando uno está muy seguro de algo y comienza a dudar de que efectivamente sea así. Uno se pone a repasar los hechos mentalmente, y sólo consigue aumentar la incertidumbre.

Era hora de que fuera a casa de Jean Parks para llevarla al Club Onyx, donde actuaba Billie. No dejaba de darle vueltas al asunto. Pensé en llamarla y darle una excusa para cancelar la cita. Pero me di cuenta enseguida de que huir era lo peor que podía hacer. Decidí ir a su casa. Tomamos un taxi y llegamos al local, en la calle Cincuenta y dos. En los letreros luminosos figuraba el nombre de Billie Holiday. Había también grandes fotografías. El Onyx era un local muy pequeño: las mesas estaban dispuestas contra la pared y en ellas cabían con muy buena suerte dos copas y cuatro codos.

Billie acababa de interpretar una canción cuando nos vio llegar. El vestido blanco relucía a la luz de los focos, el rostro tenía un tinte cobrizo, aindiado, y llevaba el cabello recogido en forma de cola de caballo, muy característico de ella. A continuación, cantó una de mis melodías preferidas: *You Don’t Know What Love Is*. «... Hasta que contemples la aurora con ojos somnolientos... hasta que pierdas un amor que te duela de verdad...», decía la canción.

Una vez que hubo terminado, Billie vino a nuestra mesa. Ella y Jean se abrazaron calurosamente pues hacía mucho tiempo que no se veían. Billie se dio cuenta de que pasaba algo. Sabía que yo andaba siempre colocado,

pero me conocía lo suficiente para comprender que había algo más. Me preguntó directamente qué me ocurría con el lenguaje de carretero que la caracterizaba. En el mismo vocabulario obsceno que yo acostumbraba a emplear en aquella época, le respondí que no pasaba nada y ella cambió de tema.

Nos hicimos una fotografía aquella noche, los tres sentados muy juntos en la misma mesa. Ésa fue la última vez que vi a Lady Day. Las drogas y las penas hicieron que dejara de latir ese enorme corazón y acallaron un sonido y un estilo que nadie ha logrado imitar. Lady Day cantaba con el *soul* de los negros, ese *soul* fruto de siglos y siglos de dolor y opresión. ¡Qué pena que aquella mujer negra, estupenda y orgullosa, no pudiera vivir donde se apreciara la verdadera grandeza de la raza negra!

Fui al lavabo y esnifé la dosis de cocaína que me había entregado Sammy. Tomamos un taxi para regresar a Harlem con la idea de ir a algún otro local a tomar una copa. Jean no tenía la más mínima idea de lo que pasaba: me propuso ir a un bar al que yo iba a menudo, el de La Marr-Cheri, que quedaba en la esquina de la avenida St. Nicholas con la calle Ciento cuarenta y siete. Tenía la pistola, el valor que me daba la cocaína, y le dije que sí. A la primera copa, me encontré tan colocado que la envié a su casa en un taxi. Nunca volví a ver a Jean desde entonces.

Estaba como idiotizado. En vez de marcharme del bar enseguida, me quedé allí. Me senté de espaldas a la puerta, lo cual era muestra de un grado de estupidez mucho más profunda. Pensaba en Archie. Desde aquella noche no me he vuelto a poner, ni me pondré nunca, de espaldas a la puerta. Pero ese hecho tuvo su lado bueno, pues estoy seguro de que si hubiese visto entrar a Archie lo habría matado.

Lo siguiente que recuerdo es que Archie estaba de pie delante de mí: me apuntaba con el arma y me insultaba a pleno pulmón. Me amenazaba y me decía de todo: tonto, imbécil. Quería hacer su pequeña demostración en público, para la galería. Todo el mundo —camareros, clientes— se quedó inmóvil, con el vaso en la mano. Se oía el tocadiscos automático desde el fondo del local. Era la primera vez que veía a Archie en ese estado. Hubiese jurado que era otra persona. Pero no estaba así por el whisky. Yo sabía que era otra cosa: drogas. Todos los maleantes se estimulan así antes de dar un

golpe.

«Voy a matar a Archie —pensé—. Esperaré a que se dé la vuelta y le dispararé por la espalda». Palpé la treinta y dos que colgaba del cinturón.

Archie debió de leerlo en mis ojos. Dejó de insultarme. Sus palabras me sobresaltaron.

—Crees que vas a matarme primero, Red. Pero voy a hacerte reflexionar. Yo tengo sesenta años. Soy viejo. He estado en Sing-Sing. Mi vida está acabada. Tú, en cambio, eres joven. Si me matas, estás perdido. En el mejor de los casos, irás a la cárcel.

He pensado a veces que Archie sólo quería asustarme para salvarnos el pellejo a ambos. Quizá por eso se había drogado. Ninguno de los presentes sabía que yo no había matado nunca a un hombre, pero todos los que me conocían, incluso yo mismo, sabían que era capaz de hacerlo.

No sé lo que podría haber ocurrido. Pero si Archie salía a la calle, el código del maleante indicaba que yo, después de haber sufrido aquella humillación, tendría que seguirlo, y allí fuera, habríamos sacado las armas.

Los amigos de Archie se acercaron a él: «Archie... Archie», lo llamaron suavemente. Él se dejó llevar. Lo alejaron, lo llevaron al fondo del bar. Pasaron por delante de mí mirándome con cara de burla. Descendí lentamente del taburete, dejé un billete sobre el mostrador y salí sin volverme. Esperé fuera, pistola en mano, durante unos cinco minutos. Se me veía muy bien desde el interior. Archie no salía. Entonces me fui.

Deberían de ser las cinco de la mañana cuando desperté a un actor blanco que conocía y que vivía en el Hotel Howard, en la calle Cuarenta y cinco, cerca de la Sexta Avenida. Sabía que necesitaba colocarme. Durante las horas que siguieron, absorbí una cantidad inimaginable de drogas. El actor me dio opio. Tomé un taxi y me fui a casa a fumarlo. Llevaba la pistola cargada. A la menor alarma, dispararía.

Sonó el teléfono. Era la lesbiana blanca que me pedía que le llevara cincuenta dólares de marihuana para ella y la novia.

Siempre se la llevaba. Tenía que hacerlo esa vez también. Pero el opio me daba sueño. Me tomé unas cuantas tabletas de bencedrina para estimularme un poco. Las dos drogas trabajaban simultáneamente, tenía la impresión de que la cabeza se me iba en dos direcciones opuestas.

Llamé a la puerta de mi vecino, un traficante que me proporcionaba marihuana en bruto a crédito. Me vio tan drogado que decidió ayudarme a liar los porros. Cien. Mientras lo hacíamos, nos pusimos a fumar. Se juntó todo: el opio, la bencedrina, la marihuana.

Pasé por casa de Sammy camino del centro. Me atendió su amante de mirada ardiente. Sammy estaba loco por esa mujer. Ninguna de las anteriores había durado tanto, y ahora ella hasta atendía la puerta. Sammy había caído muy hondo en el vicio. Casi no me reconoció. Estaba en la cama. Estiró el brazo debajo de ella y extrajo el espejo que utilizaba habitualmente para esnifar la cocaína. Me invitó y yo no la rechacé.

Me dirigí al centro para entregar la mercancía. Tuve sensaciones indescriptibles, todas distintas. La única expresión que podría definirlo es: la ausencia de tiempo. Un día duraba cinco minutos. Media hora duraba ocho días.

Prefiero no pensar en el aspecto que tenía cuando llegué al hotel.

La lesbiana y su novia me ayudaron a acostarme. Caí atravesado en la cama y me quedé dormido.

Me despertaron por la noche. El último plazo de Archie había expirado después de mediodía. Volví muy tarde a Harlem. Todo el mundo estaba al corriente. Noté que quienes me conocían se alejaban de mí con el pretexto de que estaban ocupados. Nadie quería encontrarse en medio de un tiroteo.

Pero no pasó nada. Al día siguiente, tampoco. Yo seguía bajo los efectos de las drogas.

En un bar, por poco le parto la cara a un delincuente muy joven y enclenque que se había abalanzado sobre mí. Volvió al ataque con el cuchillo en ristre. Iba a dispararle cuando alguien lo apartó y lo hizo salir. Me insultaba y amenazaba con matarme.

El sexto sentido me dijo que haría bien en deshacerme del arma. Le hice señas a un elemento que estaba al otro lado del bar. Acababa de pasarle el arma cuando entró un policía al que yo había visto antes por allí. Tenía la mano sobre la culata. Estaba al corriente, como todo el mundo. Avanzó lentamente, persuadido de que yo estaba armado. Sabía que bastaría un estornudo para que me disparara.

—Saca la mano del bolsillo, Red —me dijo—. Con mucho cuidadito.

Obedecí. Al ver que tenía las manos vacías, se tranquilizó un poco. Y yo también. Me ordenó que saliera delante de él. Al otro lado de la acera, estaba estacionado el coche patrulla en doble fila, con la radio conectada. Había otro policía esperando. Me registraron entre los dos, minuciosamente. La gente se detenía a mirarnos.

—¿Qué buscan? —les pregunté, ya que no habían encontrado nada.

—Dicen que estás armado, Red.

—Lo estaba —les contesté—, pero tiré el arma al río.

—Yo, en tu lugar, Red, no andaría por aquí —me aconsejó el policía que había entrado al bar.

Volví al bar. Menos mal que les dije que había tirado la pistola, si no, me habrían llevado a casa y lo que tenía allí me habría valido más años de cárcel que diez pistolas juntas... y ellos habrían ascendido.

Las cosas se ponían cada vez más difíciles para mí. Había caído en la trampa, en varias trampas. Archie me buscaba para matarme. Me perseguían los italianos, convencidos de que era yo quien había robado el producto de la partida de dados. Estaba el pequeño delincuente a quien acababa de pegar. Los policías.

Durante cuatro años, había sido lo bastante afortunado, o lo bastante astuto, para librarme de la cárcel. Ni siquiera me habían detenido. Nunca me había ocurrido nada grave de verdad. Pero aquel día me di cuenta de que las cosas habían cambiado.

Sammy había hecho algo por lo cual nunca le estaré suficientemente agradecido.

Iba por la avenida St. Nicholas, cuando oí la bocina de un coche. Para mis oídos, fue como un disparo de fusil. No podía imaginar que me llamaba a mí.

—¡Paisano!

Giré en redondo. Estuve a punto de disparar. ¡Era Shorty! ¡Shorty, que había venido de Boston! Por poco se muere del susto. ¡Qué contento me puse!

Subí al coche. Me explicó que Sammy le había llamado para decirle que yo estaba en un apuro y que él podría sacarme de allí. Después de terminar la actuación, Shorty le había pedido el coche a su pianista y había quemado

kilómetros hasta Nueva York.

Me dejé llevar. Shorty se quedó de guardia ante la puerta de mi apartamento mientras yo recogía los pocos objetos que quería conservar. Luego nos pusimos en camino. Shorty no había dormido desde hacía treinta y seis horas. Después me explicó que no paré de hablar durante todo el trayecto.

Atrapado

Ella no podía creer que me hubiera vuelto tan grosero y ateo. Yo pensaba que el hombre debía hacer todo aquello que le permitieran la astucia, la maldad o la audacia; para mí, la mujer no era nada más que una mercancía. Todo mi lenguaje de aquella época era obsceno y procaz, y apostaría a que constaba de doscientas palabras, como mucho.

Fui a vivir al apartamento de Shorty y él también se quedó impresionado. Más de una de vez descubrí que me observaba. Le parecería un animal de rapiña.

Al principio dormía mucho, incluso de noche. Durante los dos años anteriores, me había acostumbrado a dormir de día. Cuando estaba despierto fumaba marihuana. Fue Shorty quien me había iniciado en el vicio, pero se asombró al ver las cantidades que yo consumía. No hablaba mucho. Me pasaba casi todo el tiempo escuchando discos. La marihuana me causaba un estado de satisfacción. Pasaba horas y horas flotando y soñando despierto; en los sueños, hablaba con mis amigos músicos de Nueva York.

Al cabo de dos semanas, había dormido más que en dos meses, cuando hacía vida de maleante en Nueva York, día y noche. La primera vez que pisé las calles de Roxbury, me fui casi derecho a buscar un traficante de «nieve», como llamaban a la cocaína. La sensación que me producía la cocaína hizo que renaciera en mí el deseo de hablar.

La cocaína esnifada en forma de polvo provoca un estado de bienestar inigualable y desbordante confianza en las aptitudes tanto físicas como psíquicas del individuo que la consume. Uno se siente capaz de derrotar al campeón de los pesos pesados o a la persona más inteligente del mundo.

Asimismo se pierde la noción del tiempo. En determinados momentos, uno puede llegar a recordar con asombrosa nitidez cosas que sucedieron años atrás.

La orquesta de Shorty tocaba en Boston tres o cuatro noches por semana. Sophia venía al apartamento en esas ocasiones y hablábamos de planes de futuro; regresaba a los brazos de su marido antes de que mi amigo volviera. Entonces me ponía a hablar y no paraba en toda la noche; creo que le gasté la oreja durante ese tiempo.

El marido de Sophia había dejado el Ejército y trabajaba en algo relacionado con ventas; un negocio importante que pronto lo obligaría a viajar con frecuencia a la Costa Oeste. No le hacía preguntas, pero Sophia me sugirió que las cosas no les iban muy bien que digamos. El marido no imaginaba siquiera que yo existía. Una mujer blanca puede discutir con el marido, puede chillar y decirle las cosas más malintencionadas con el fin de herirlo, mentarle a la madre y a toda la parentela, pero lo que jamás hará es decirle que anda con un negro. Eso constituye una incitación automática al asesinato, y la mujer blanca lo sabe de sobras.

Sophia siempre me daba dinero. Incluso cuando yo vivía en Harlem y andaba con cientos de dólares en el bolsillo, ella me dejaba todo lo que tenía antes de regresar a Boston, salvo el billete de tren. Parece que a algunas mujeres les gusta que un hombre las explote, y cuando no ocurre así, son ellas las que explotan al hombre. De todos modos, el dinero era del marido, pues me imagino que ella no había trabajado en su vida. Al llegar a Boston, le pedí más y más, y ella seguía dándomelo. No sabía dónde lo conseguía. De vez en cuando, le daba una paliza para que no perdiera la costumbre. Las mujeres necesitan una paliza de vez en cuando, y hasta parece que la desean. Me sentía de muy mal humor y le pegaba con más fuerza que nunca aquellas noches en que Shorty estaba fuera; ella lloraba, me insultaba y juraba y perjuraba que no me vería más, pero yo sabía que esa idea ni siquiera se le pasaba por la cabeza.

Una de las cosas que más alegró a Shorty de mi regreso a Boston fue el hecho de que podría ver a Sophia de nuevo. Como dije anteriormente, nunca he visto a un negro que deseara a una mujer blanca de forma tan sincera. Ya había tenido varias, pero no le habían durado mucho, pues era

demasiado bueno con ellas y a las mujeres (blancas o negras, da igual) eso les aburre.

Una noche, Sophia vino a casa con su hermana, que tenía diecisiete años de edad. Nunca había visto nada igual: Shorty y la muchacha prácticamente se abalanzaron el uno sobre el otro. Para él, no se trataba sólo de una blanca, sino de una blanca jovencita. Y para ella, además de negro, era músico. Por su aspecto, la chica era una versión joven de Sophia, que aún atraía las miradas de los hombres, y ¡de qué manera! De vez en cuando, iba con ambas a los lugares para negros donde tocaba la orquesta de Shorty. En cuanto nos veían entrar, a los negros se les hacía la boca agua y se acercaban de inmediato a la mesa donde estábamos. A Shorty le pasaba lo mismo: miraba fijamente a la muchacha desde el escenario mientras duraba la actuación; ella le correspondía con saludos y guiños. En cuanto terminaba el número, atropellaba a la gente para llegar antes a la mesa.

Dejé de ir a los bailes y también abandoné los trajes estilo *zoot*. Iba vestido al gusto clásico, y por los zapatos se habría pensado que era banquero.

Me encontré con Laura. Fue una gran alegría para ambos; nos contamos cosas y nos reímos juntos. No era la misma de antes; se parecía mucho a mí, pensaba sólo en divertirse. Daba la impresión de que era mucho mayor. Me contó que no andaba con nadie y que tenía trabajos eventuales. Hacía mucho tiempo que se había mudado de la casa de la abuela. Tras terminar la secundaria, decidió dejar de lado la idea de ingresar en la universidad. Andaba siempre colocada, y aquella vez fumamos marihuana juntos.

Después de un mes de haraganear, me di cuenta de que tenía que hacer algo para vivir. Cuando un timador ha tocado fondo, necesita que le presten dinero para salir adelante. Utilizaba todo el que Sophia podía conseguir e iba a probar suerte con el póquer al garito de John Hughes.

Cuando viví en Roxbury por primera vez, John Hughes era uno de los corredores de apuestas más conocidos y ni siquiera se habría dignado dirigirme la palabra. Pero durante la guerra, llegaron muchas noticias acerca de mis andanzas en Harlem, y por eso, al regresar al barrio, iba rodeado por la aureola mágica de Nueva York. Así ocurría en el mundo del hampa: el hecho de codearse con quienes lograban abrirse camino en Nueva York era

signo de prestigio. Durante esos mismos años de la guerra, John había amasado recursos considerables que le permitieron abrir un garito de renombre.

Una noche, jugamos juntos. Después de repartidas las dos primeras cartas, me tocó un as descubierto. Miré la carta que estaba boca abajo y había otro as: tenía una pareja. Decidí apostar. Pero no me apresuré y esperé a tener estudiada la situación de los demás.

Golpeé la mesa con los nudillos para indicar que daba paso al siguiente jugador. Eso daba a entender que debajo del as había otra carta sin valor por la que no pensaba arriesgar el dinero.

El jugador que estaba a mi lado se tragó el anzuelo y efectuó una apuesta elevada. El siguiente hizo otro tanto. Quizás ambos tenían parejas pequeñas. Quizás querían asustarme antes de que yo sacara otro as. Le llegó el turno a John, que tenía una reina visible. Él superó la apuesta de todos.

No había manera de saber las cartas que tenía John. Era un jugador muy inteligente y no tenía nada que envidiar a los mejores que yo había conocido en Nueva York.

Me llegó el turno de apostar de nuevo. Tenía que igualar las demás apuestas y eso significaba mucho dinero. Era evidente que algunos de ellos tenían buenas cartas, pero yo conocía mi jugada. Estudié un buen rato la situación para hacerles creer que me encontraba perplejo. Al final, coloqué el dinero.

Ocurrió lo mismo con las cartas posteriores hasta la última de ellas. Me tocó otro as a la vista. Tenía tres ases. Y John tenía otra reina también visible. Apostó un montón. Todos los demás estudiaron detenidamente la jugada y se retiraron, excepto yo. No me quedaba más remedio que poner lo que había dejado en la mesa.

Si hubiese tenido dinero, podría haber apostado quinientos dólares o más, y él tendría que haber igualado mi apuesta. John se habría quedado pensando para siempre si yo había hecho o no un farol.

Enseñé los tres ases. Él tenía tres reinas. Cuando recogí las ganancias (más de quinientos dólares, mi primera apuesta de verdad en Boston), John se levantó y le dijo al encargado del garito: «Cuando venga Red, servidle lo que pida». Y agregó: «Nunca había visto a un joven que jugara como él lo

hace».

Me hizo gracia lo de «joven», pues John tendría unos cincuenta años, según mis cálculos, aunque nunca se sabe a ciencia cierta la edad de los negros. Él creía que yo andaría por los treinta, pues nadie en Roxbury —a excepción de Ella y Mary, mis hermanastras—, sabían mi verdadera edad.

La anécdota de aquella partida de póquer contribuyó a aumentar mi reputación en los bajos fondos de Roxbury. A ello se sumó un incidente ocurrido también en el garito de John, el cual dio pie a pensar no sólo que yo iba armado, sino que llevaba más de una pistola encima.

La cosa fue así. Una de las normas de la casa rezaba que los jugadores debían depositar las armas antes de entrar a jugar. Yo siempre dejaba dos. Pero una noche ocurrió que alguien trató de hacerse el vivo, y entonces yo extraje otra arma, la tercera, de la canana. Ya tenía fama de «gatillo fácil» y de «loco», y el suceso no hizo más que reforzarla.

Ahora que lo pienso, creo que en aquella época yo estaba, por lo menos, ligeramente loco. Para mí, las drogas eran como la comida para el común de la gente. Llevaba armas como quien usa corbata. En realidad, en lo más íntimo, tenía la convicción de que la muerte violenta era la culminación lógica de una vida intensa. Esperaba —igual que espero hoy— que llegara ese momento, pero la diferencia con el presente es que muchas veces desafiaba a la muerte de forma realmente anormal.

Hay un ejemplo bastante ilustrativo sobre el particular. Una vez estaba en un bar y entró un marinero de un barco mercante a quien yo conocía, sabedor de la fama que yo tenía. Traía un paquete y me hizo señas de que lo siguiera al lavabo de hombres. Allí abrió el paquete y extrajo una ametralladora que me ofreció en venta. «¿Cómo sé que funciona?», le pregunté. Entonces, él le colocó el cargador y me explicó que lo único que tenía que hacer era quitarle el seguro antes de disparar. Tomé el arma, la examiné y en un abrir y cerrar de ojos le coloqué el cañón contra el estómago. «Voy a volarte en pedazos», le advertí. El hombre salió del lavabo y comenzó a subir las escaleras caminando para atrás, con los mismos pasos que empleaba Bill Bojangles Robinson cuando bailaba. Sabía que yo estaba loco y que no dudaría en matarlo. Pero mi locura llegaba al extremo de no pensar que él podría esperar la ocasión de matarme a mí.

Guardé la ametralladora por espacio de un mes en el apartamento de Shorty, hasta que la vendí cuando me quedé sin dinero.

Reginald vino a visitarme y se quedó sorprendido por lo que había encontrado al volver a Harlem. Pasé unos días con él. Era mi hermano pequeño y lo sentía mucho más de la familia que a Ella. Aún le caía bien a Ella, a quien visitaba de vez en cuando. Pero ella nunca pudo aceptar mi nueva forma de ser y me decía que presentía que yo iba por muy mal camino. Yo intuía que Ella me admiraba por la actitud rebelde hacia el mundo que veía en mí. En efecto, mi hermanastra tenía más vigor y agallas que muchos hombres y sabía que le resultaba un fastidio el hecho de haber nacido mujer.

Si hubiera pensado en mí solo, creo que habría decidido dedicarme al juego. En el garito de John Hughes había un montón de jugadores que frecuentaban el local; un tahúr podía vivir de aquellos hombres, que por lo general tenían un empleo. Lo único que había que hacer era no faltar a la partida en el día de cobro. Por otra parte, John me había ofrecido trabajo, pero no lo acepté.

Pensaba también en Shorty. Quería conseguir algo que me permitiese ayudarlo. Habíamos hablado sobre el tema; sentía pena por él. Era la eterna historia del músico. ¿En qué consistía el encanto de la vida de músico? Conseguía lo justo para pagar el alquiler del apartamento, comprar marihuana, comida y todo eso. El resto eran deudas. ¿Cómo era posible llegar a tener algo? En Harlem y en otras partes, conocí a cantidad de músicos (incluso a los «famosos», los que ganaban mucho dinero), y todos estaban igual: no tenían nada.

¿Y qué podía decir de mí mismo? Miles de dólares habían pasado por mis manos y tampoco tenía nada. El vicio de la cocaína me costaba veinte dólares al día. Gastaba otros cinco —más o menos— en marihuana y cigarrillos normales (fumaba como una locomotora: cuatro paquetes al cabo del día). Hoy opino que el tabaco en todas sus formas es un vicio comparable a las drogas.

Cuando propuse la idea de que hiciéramos algún «asunto» juntos, primero le hice aceptar mi convicción (de la cual él mismo era prueba irrefutable) de que sólo los imbéciles creen que se puede conseguir algo con el trabajo.

Cuando le hablé de lo que llevaba entre manos —desvalijar casas—, Shorty, que siempre se había mostrado tan moderado, me sorprendió, pues aceptó enseguida. Ni siquiera sabía nada sobre esa clase de trabajo.

Le expliqué de qué se trataba. Me propuso entonces que nos asociáramos con un amigo suyo que a mí me gustaba mucho, un tal Rudy.

La madre de Rudy era italiana y el padre, negro. Había nacido en Boston. Era bajito, de piel clara, tenía aspecto de buen chico y trabajaba regularmente para una agencia que lo contrataba como camarero en las fiestas de la alta sociedad. Aparte de esto, había encontrado un empleo que me traía muchos recuerdos de los tiempos de «guía» que había pasado en Harlem. Rudy iba una vez por semana a casa de un rico y viejo aristócrata, un verdadero pilar de la sociedad de Boston, que le pagaba para que lo desnudara, se desnudara él también, lo cogiera como a un bebé, lo colocara encima de la cama y lo empolvara de pies a cabeza con... talco. Rudy decía que eso hacía feliz al viejo.

Yo les expliqué a él y a Shorty algunas de las cosas que había visto. Rudy dijo que en Boston no había casas especializadas como en Harlem, o al menos él no las conocía. Sólo había blancos ricos cuyas extrañas pasiones eran saciadas por negros que iban a sus casas disfrazados de chóferes, criadas, camareros, etc. Como en Nueva York, eran hombres de la alta sociedad que habían pasado de la edad de las relaciones sexuales normales y querían experimentar «sensaciones nuevas».

Rudy habló de un viejo blanco que pagaba a una pareja negra para que hiciera el amor delante de él y en su cama. Otro era tan «sensible» que se contentaba con quedarse sentado en la habitación contigua a la que se encontraba la pareja. Le bastaba con dejar que trabajara la imaginación.

Una cuadrilla de desvalijadores que se precie de tal tiene siempre lo que se llama un *finder*.[26] El *finder* es quien busca los lugares interesantes. También se necesita a alguien que examine la disposición de los locales, que encuentre la manera de entrar y salir, etc. Rudy estaba cualificado en ambos terrenos. Como trabajaba en casas ricas, podía estimar la cuantía del botín y estudiar los lugares mientras circulaba, aparentemente ocupado, con su chaqueta blanca.

—¿Cuándo empezamos? —dijo entusiasmado, cuando le pusimos al

corriente.

Pero yo no quería precipitarme en ese asunto. Mi experiencia, y los profesionales, me habían enseñado la importancia de planear bien la situación. Si se ejecuta correctamente, el desvalijamiento de casas ofrece las mejores posibilidades de éxito y el mínimo de riesgos. Había que evitar encontrarse con las víctimas, e incluso, conocerlas: así no hay tanto peligro de tener que atacarlas, o matarlas. Y si después a uno lo agarran, la policía no cuenta con testigos presenciales.

También es importante limitarse a un solo sector. Todos los ladrones tienen su especialidad: unos entran sólo en los apartamentos, otros en los hoteles, otros en las tiendas o en los almacenes. Los hay que únicamente se interesan por las cajas fuertes.

En la categoría de viviendas, hay varias clases: ladrones de día, ladrones de noche (a las horas en que la gente sale a cenar o al teatro). Cualquier policía podrá decir que hay muy pocos ladrones que trabajen fuera de su horario habitual. Mi amigo Jumpsteady era especialista en el robo nocturno en los apartamentos. Habría sido difícil hacerle trabajar de día, aun cuando un millonario se hubiera dejado la puerta abierta al ir a desayunar.

Yo era contrario al robo diurno por una razón muy sencilla: se me veía demasiado. «Un enorme negro pelirrojo de un metro noventa de altura» es algo que se ve a simple vista.

Me preparé minuciosamente. La organización debía ser perfecta. Pensé que sería mejor contar con la ayuda de Sophia y su hermana, por dos motivos: me percaté de que nos encontraríamos muy limitados si sólo contaba con las casas en que trabajaba Rudy. Por otra parte, en los barrios residenciales, un negro observándolo todo llamaría la atención. En cambio, ellas, por ser blancas, podían ser invitadas a cualquier sitio. No me gustaba demasiado la idea de tener a tantas personas mezcladas en el asunto. Pero Shorty se había hecho muy amigo de la hermana de Sophia, y Sophia y yo parecía que hubiéramos estado juntos cincuenta años. Además, Rudy esperaba con impaciencia el momento de poner manos a la obra. Ninguno de ellos habría dejado su parte: corríamos todos los mismos riesgos. En cierto modo, formábamos una familia.

Sophia no me preocupaba. Hacía todo lo que yo le decía. Y su hermana

hacía todo lo que ella le decía. Las dos se adhirieron con gran entusiasmo. El marido de Sophia estaba ausente en aquel momento, había ido a la Costa Oeste.

Sabía que a la mayor parte de los ladrones no se los descubre con las manos en la masa, sino en el momento en que tratan de vender el botín. Tuve la suerte de encontrar un excelente perista. Trazamos el modo de actuar: el perista no trabajaría nunca directamente con nosotros, nos enviaría a su representante, un antiguo presidiario, que se relacionaría conmigo y con nadie más. Amén de sus negocios ilícitos, tenía varios garajes y algunos almacenes en Boston. Antes de dar un golpe, yo tenía que advertir al representante, darle una idea de lo que íbamos a coger, y él me indicaría en qué garaje o almacén podríamos guardar el botín. Una vez concluido el asunto, el representante examinaría los objetos robados, eliminaría todo lo que pudiera identificarlos y llamaría al perista, que fijaría el precio. Al día siguiente, el representante me citaría y me pagaría la mercancía robada, en efectivo.

El perista en cuestión pagaba siempre con unos billetes nuevísimos que crujían en los dedos. Era astuto. Desde el punto de vista psicológico, aquellos billetes tan nuevos en nuestros bolsillos surtían un efecto extraordinario. Pero él debía de tener otras razones.

Necesitábamos un lugar de reunión fuera de Roxbury. Las chicas alquilaron un apartamento en la Plaza Harvard. Contrariamente a los negros, ellas podían elegir el apartamento que más les convenía. Era una planta baja, en la que podíamos entrar y salir a altas horas de la madrugada sin llamar la atención.

Alguien tenía que ser el jefe. Incluso, cuando uno opera por su cuenta, tiene que ser el jefe de sí mismo.

En la primera reunión que tuvimos en el apartamento alquilado preparamos los golpes. Para ver las posibilidades de cada casa, las chicas se harían pasar por vendedoras, estudiantes que hacían encuestas, etc. Inspeccionarían la mayor parte posible de la casa sin llamar la atención. Nos indicarían después los objetos de valor que hubieran visto, dónde estaban colocados, y nos harían una composición del lugar. Salvo en caso de necesidad, las chicas permanecerían al margen del asunto. Sólo los tres

hombres. Uno de nosotros se quedaría de guardia en un coche con el motor en marcha.

Mientras trazábamos los planes, me senté deliberadamente en una cama, lejos de ellos. De repente, saqué el revólver y vacié el tambor. Ellos me miraban, volví a poner una bala y me apunté el cañón a la sien.

—Vamos a ver si tenéis coraje —les dije.

Me miraban todos con la boca abierta. Apreté el gatillo. Todos oímos el clic.

—Voy a hacerlo otra vez.

Me suplicaron que lo dejara. Shorty y Rudy calculaban interiormente —estoy seguro— si debían abalanzarse sobre mí.

Oímos el segundo clic.

Las chicas estaban histéricas. Rudy y Shorty me suplicaban: «¡Basta, Red..., basta..., para ya!». Apreté otra vez el gatillo.

—Hago esto para demostraros que no me da ningún miedo la muerte —les dije—. Y ahora, al trabajo.

Después de eso, no tuve nunca ningún problema con ellos. Sophia estaba intimidada. Su hermana por poco me llamó «señor». Con Shorty y con Rudy, ya no era como antes. Nunca aludieron al incidente. Creían que estaba loco. Me tenían miedo.

El primer robo lo llevamos a cabo aquella misma noche en casa del viejo blanco que pagaba a Rudy para que lo empolvara. No pudo ir mejor. Todo fue sobre ruedas. Recibimos las felicitaciones del perista, y una recompensa todavía más concreta: billetes nuevos que crujían en los dedos. El viejo le explicó a Rudy después que un ejército de detectives había examinado la casa y que había llegado a la conclusión de que nuestro robo era obra de una banda que operaba en Boston desde hacía un año.

Muy pronto hicimos una ciencia de aquello. Las chicas examinaban los barrios buenos. Los robos no duraban a veces ni diez minutos. En general, éramos Shorty y yo los que hacíamos el trabajo, y Rudy esperaba en el coche preparado para ponerse en marcha.

Si los propietarios no estaban en casa, abríamos con una llave maestra. Si era un cerrojo de seguridad, empleábamos una palanqueta o una ganzúa. O bien entrábamos por la ventana, tras subir por la escalera de incendios, o

por el techo. A veces, las crédulas señoras mostraban todas sus riquezas a las chicas, sólo para oírles exclamar «¡Oh!» y «¡Ah!». Gracias a los dibujos que ellas nos proporcionaban, y a nuestras linternas, íbamos directamente a los objetos codiciados.

A veces, las víctimas dormían tranquilamente en la cama. El robo en esas condiciones puede parecer muy atrevido. Pero en realidad, ¡qué fácil! Esperábamos, en el mayor silencio, a que la gente se pusiera a respirar fuerte.

Teníamos debilidad por los que roncaban, no cabe duda; con ellos estaba todo hecho. Entrábamos descalzos en la habitación. Nos desplazábamos muy rápidamente, como sombras, cogíamos los vestidos, relojes, billeteros, bolsos y joyeros que encontrábamos.

Para Navidad también teníamos nuestros Reyes Magos. La gente dejaba regalos por toda la casa y sacaba más dinero del banco que de costumbre. A veces, empezando a trabajar un poco pronto, podíamos robar sin ni siquiera haber examinado las casas antes. Si las persianas estaban bajadas, si no había luz, si nadie abría cuando las chicas llamaban a la puerta, nos arriesgábamos a entrar.

Puedo ofrecer un buen consejo para evitar los robos: hay que dejar siempre una luz encendida. La ideal es la luz del cuarto de baño. Es la única habitación en la que puede haber alguien a cualquier hora de la noche, y oír el menor ruido. El ladrón, que lo sabe, no se atreverá a entrar. Y es también el método más barato. La factura de la luz cuesta menos que los objetos de valor.

Trabajábamos muy bien. El perista nos indicaba a veces un buen botín. Durante todo un período, uno de los mejores, nos especializamos en tapices orientales. He sospechado siempre que el perista los volvía a vender a sus antiguos propietarios. En cualquier caso, esos tapices valen una fortuna. Me acuerdo de uno que nos aportó mil dólares. Imposible saber lo que nuestro perista se metía en el bolsillo. Todos los ladrones saben que el perista les roba más de lo que ellos mismos roban a sus víctimas.

Recuerdo que tuvimos un solo roce con la ley. Acabábamos de subir al coche, íbamos los tres hombres delante, y el asiento de atrás estaba lleno de mercancía. En ese mismo momento, apareció en la esquina un coche de

policía. Se acercó a nosotros y pasó de largo. Tan sólo patrullaba. Pero luego vi por el retrovisor que daba media vuelta. Sabía que los policías nos dirían que nos detuviéramos, pues al pasar se habían dado cuenta de que éramos negros, y los negros no tenían nada que hacer por aquel barrio a esas horas.

La situación era bastante delicada. Nosotros no éramos los únicos que trabajábamos. En Boston había muchos robos en marcha en aquel momento. Pero yo sabía que a un blanco le resulta difícil imaginar que un negro pueda ser más fuerte que él. Antes de que los policías usaran el intermitente, le hice señas a Rudy para que se detuviera. Hice la misma comedia que la otra vez: salí del automóvil y me dirigí al coche patrulla. Les pregunté, tartamudeando, como si fuera un pobre negro que se ha perdido, cómo se iba a tal sitio, en Roxbury. Me dieron la información y se fueron a ocuparse de sus asuntos, mientras nosotros nos dedicábamos a los nuestros.

Todo iba bien. Conseguimos tantas cosas que pudimos descansar por un tiempo. Shorty continuaba tocando con su orquesta. Rudy no se perdía una sola sesión de polvos de talco con su viejo señor, ni una velada de sociedad. Las chicas proseguían su vida hogareña habitual.

A veces llevaba a las chicas a los locales donde tocaba la orquesta de Shorty y a otros lugares, y gastábamos dinero a manos llenas. Ellas lucían las pieles y las joyas que habían escogido de nuestros botines. Nadie estaba al corriente de nuestras actividades, pero se veía que nos iban bien las cosas. A veces, las chicas venían a vernos. Nos encontrábamos en casa de Shorty o en el apartamento de la Plaza Harvard para fumar marihuana y escuchar un poco de música. No está bien criticar a los demás, pero tengo que decir que Shorty estaba tan obsesionado por su amiguita que cuando apagábamos la luz subía la persiana para ver su piel blanca a la luz de los faroles.

A primeras horas de la noche, antes de empezar a trabajar, iba muy a menudo al Savoy, un local nocturno de la avenida Massachusetts. Sophia me telefoneaba a las horas convenidas. Incluso las noches que íbamos a robar, salía del local y volvía enseguida una vez terminado el trabajo. Así, si fuera necesario, la gente podría atestiguar que yo estaba allí a la hora del

robo aproximadamente. Cuando la policía los interrogaba, los negros no daban nunca informaciones muy precisas.

En aquella época, había dos inspectores negros en Boston. Cuando volví a Roxbury, uno de ellos, Turner, me dio a entender que no me podía tragar, y ese sentimiento era recíproco. Hablaba de lo que iba a hacerme y yo le hice saber por la «voz de la calle» mi respuesta. Cuando cambió de propósito, me di cuenta de que la «voz de la calle» era efectiva. Todo el mundo sabía que yo estaba armado. Y él no era tan tonto como para no comprender que no dudaría en dispararle, fuese o no de la policía.

Aquella noche estaba en el Savoy a la hora de siempre. El teléfono sonó en la cabina en el mismo momento en que Turner hacía su entrada. Vio que me levantaba. Sabía muy bien que la llamada era para mí, pero entró en la cabina y respondió en mi lugar.

Oí que decía «Hola, hola, hola» mientras me miraba fijamente. Sophia, que no quiso arriesgarse con una voz desconocida, colgó el teléfono.

—¿No era para mí esa llamada? —pregunté a Turner.

Él asintió.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

Me respondió con un insulto. Sabía que esperaba que yo diese el primer paso. Los dos éramos muy prudentes. Los dos sabíamos que queríamos matarnos el uno al otro. Pero ninguno quería cometer una torpeza. Turner no quería decir nada que pudiera hacerle quedar mal. Yo no quería decir nada que pudiera ser interpretado como una amenaza a un policía.

Pero aquella noche no pude aguantarme. Recuerdo exactamente lo que le dije.

—Oye, Turner, tú que tratas de pasar a la historia, ¿no sabes que si juegas conmigo te harás famoso porque te verás obligado a matarme?

Turner se quedó mirándome. Después se alejó. Supongo que no estaba preparado para pasar a la historia.

Yo casi había llegado a cavar mi propia tumba. Todo criminal espera que lo cojan de un momento a otro. Es la ley. Trata de evitar lo inevitable el mayor tiempo posible, y basta. Las drogas me ayudaban a olvidarme de esa perspectiva cada vez que me venía a la memoria. Se habían convertido en el eje de mi vida. Llegué a consumir tal cantidad a diario (marihuana, cocaína,

o las dos a la vez) que estaba por encima de cualquier inquietud o tensión. Y si, a pesar de todo, afloraba alguna preocupación a la superficie de mi conciencia, podía hacerla volver al sitio de donde había venido hasta el día siguiente, y así indefinidamente. Pero, al contrario que en tiempos pasados, entonces me costaba mucho colocarme sin que se me notara.

Una semana en que no trabajábamos —después de un buen golpe— estaba colocado como siempre y fui al Savoy. El camarero, que me saludó con un «Hola, Red», tenía una cara que no me gustaba nada. Supe que algo andaba mal. Es un principio: no hay que preguntar nada en esa clase de situaciones, pues la gente responderá lo que le dé la gana. De todas maneras, el camarero no tuvo tiempo de decirme nada, si es que tenía intención de hacerlo. En cuanto me senté en un taburete y pedí una bebida, las vi.

Sophia y su hermana estaban sentadas en una mesa cerca de la pista, acompañadas de un blanco.

Todavía hoy no comprendo cómo pude cometer semejante error. Hubiera podido hablar después con Sophia. No sabía quién era el blanco, ni me importaba. Pero la cocaína me hizo levantar.

No era el marido de Sophia, sino el mejor amigo de él. Habían hecho la guerra juntos. Como el marido no estaba en la ciudad, el amigo había invitado a Sophia y a su hermana a cenar, y ellas habían aceptado. Después de cenar, él había propuesto ir a dar una vuelta por el gueto negro.

Todos los negros de ciudad conocen de sobra a esa clase de blanco del Norte que va a visitar el «barrio negro» para «divertirse un poco» a costa de los negros.

Las chicas, a quienes conocía todo el mundo en el barrio, trataron de disuadirlo. Pero él insistió. Contuvieron la respiración y entraron en aquel establecimiento al que habían ido cientos de veces. Lanzaron miradas glaciales a los camareros y ellos, comprendiendo lo que pasaba, fingieron que no las conocían. Pidieron algo para beber y rezaron para que ningún negro se acercara a saludarlas.

Fue entonces cuando intervine yo. Recuerdo que me acerqué a la mesa y las llamé «Nenas». Se quedaron blancas como el papel, y el tipo, rojo como el tomate.

Aquella noche, al regresar al apartamento de la Plaza Harvard, me sentí enfermo de verdad. No era un problema orgánico, sino las consecuencias de aquellos últimos cinco años que entonces salían a flote. Estaba en pijama, medio dormido encima de la cama, cuando oí que llamaban a la puerta.

Era muy extraño. Todos teníamos llave y nunca había llamado nadie a la puerta. Me escondí debajo de la cama. Estaba tan aturdido que no se me ocurrió tomar el arma de la cómoda.

Desde debajo de la cama, oí girar la llave en el cerrojo y vi entrar unos zapatos y los bajos de unos pantalones. Los vi moverse, pararse. Cada vez que el tipo se detenía, yo sabía perfectamente lo que miraba. Y supe, antes que él mismo, que iba a mirar debajo de la cama. Y así lo hizo. Era el amigo de Sophia. Su cara estaba a cincuenta centímetros de la mía. Tenía un aire glacial.

—Ja, ja, ja, lo hice volver loco, ¿verdad? —le dije.

No tenía ninguna gracia. Salí de debajo de la cama riendo. Tengo que decir en su favor que no echó a correr. Retrocedió un paso. Me miró como si fuera una serpiente.

No tenía la menor intención de ocultarle lo que ya sabía. Las chicas tenían algunas cosas en los armarios, por todas partes. Él las había visto. Incluso hablamos un poco. Le dije que las chicas no estaban y se marchó. Lo que más me preocupó fue que yo mismo me había metido en una trampa al esconderme debajo de la cama, desarmado. Realmente, estaba descuidándome.

Había llevado a arreglar un reloj robado que tenía el cristal roto. Dos días después del episodio de la cama, fui a buscarlo. Las armas formaban parte de mi atuendo, como las corbatas. Llevaba la pistola en la canana debajo del abrigo. Después me enteré de que el propietario del reloj había indicado la reparación que necesitaba. Era un reloj estupendo y por eso me lo había quedado. Todos los relojeros de Boston estaban alerta.

El judío esperó que le pagara antes de poner el reloj en el mostrador. Después dio la señal. Apareció un tipo del fondo y se dirigió a mí.

Tenía la mano derecha en el bolsillo. Era un policía, evidentemente.

—Pase al fondo —me dijo, tranquilamente.

Me disponía a obedecer cuando otro negro, inocente, entró en la tienda.

Más tarde, me enteré de que aquel mismo día lo habían licenciado del Ejército. El policía pensó que era mi cómplice y se volvió contra él.

Permanecí allí, armado, inmóvil, mientras el inspector interrogaba al otro negro dándome la espalda. Todavía estoy convencido de que Alá estaba conmigo. No intenté dispararle. Y eso fue lo que me salvó la vida.

Recuerdo que el inspector se llamaba Slack.

Levanté los brazos al aire y le hice señas.

—Coja mi arma —le dije.

Lo miré mientras lo hacía. Estaba como atontado. Al ver entrar al otro negro no se le había ocurrido pensar que yo podía estar armado. Estaba realmente emocionado porque no había tratado de matarlo.

Con el arma en la mano, dio la señal. Otros dos inspectores salieron de sus escondrijos. Me tenían rodeado. Un falso movimiento y habrían disparado. Iba a tener mucho tiempo en la cárcel para pensar acerca de todo ello.

Si no me hubieran detenido en la relojería, habría podido morir de otra manera. El amigo del marido de Sophia se lo había contado a éste. El marido, que había llegado aquella misma mañana, había acudido a mi casa, armado. Se encontraba allí en el momento en que me arrestaron.

Los inspectores me esposaron, pero no me pegaron. Ni siquiera me pusieron un dedo encima. Sabía que era porque no le había disparado al primer agente.

Encontraron papeles con mi domicilio. Enseguida detuvieron a las chicas. Aquella noche fueron a arrestar a Shorty al escenario en el que estaba tocando. Habían delatado también a Rudy. Todavía no entiendo cómo se las arregló para enterarse a tiempo. Debió de saltar al primer tren que salía de Boston. No lo pillaron nunca.

He pensado miles de veces en ese día en que escapé dos veces de la muerte. Por eso creo que todo está escrito.

La policía encontró todo lo que buscaba en el apartamento: abrigos de piel, algunas joyas, cosas sin importancia, y las herramientas de trabajo. Una palanca de ladrón, un instrumento para desmontar cerraduras, diamantes para cortar el cristal, destornilladores, linternas, llaves falsas y... mi pequeño arsenal de armas.

A las chicas les pusieron muy poca fianza. Después de todo, ellas eran

blancas. Su peor crimen era haberse relacionado con negros. Pero a Shorty y a mí nos pusieron una fianza de diez mil dólares a cada uno, cantidad que sabían perfectamente que éramos incapaces de reunir.

Las asistentes sociales nos ofrecieron sus servicios. Las relaciones entre blancos y negros era un tema que las obsesionaba. Nuestras novias no eran lo que se llama unas «rastreras» o unas «golfas», sino blancas de la burguesía, circunstancia que preocupaba más a las asistentes sociales y a los representantes de la ley que ninguna otra cosa.

¿Cómo, dónde, cuándo las había conocido? ¿Nos acostábamos con ellas? Nadie se interesaba por los robos. Lo único que veían era que habíamos cogido unas mujeres que pertenecían a los blancos.

Miré fijamente a las asistentes sociales: «Y bien, ¿qué piensan ustedes?».

Hasta los empleados y los ujieres del juzgado repetían la misma canción: «Unas blancas tan buenas chicas con esos... sucios negros». ¡Y nuestros abogados! El día del juicio le dije a uno de ellos antes de que entrara el juez: «Parece que se nos va a condenar por las chicas». El abogado enrojeció por completo y se puso a revolver los documentos. «¡Vosotros no tenéis nada que hacer con las blancas!», respondió.

Con el tiempo, fui conociendo toda la verdad sobre los blancos. Entre otras cosas, me enteré de que a los que robaban por primera vez se les condenaba a dos años de cárcel. Pero no iba a ser lo mismo para nosotros, para nuestro crimen.

Quisiera decir antes de continuar que nunca había contado mi sórdido pasado a nadie con tantos detalles. Lo hago ahora, no porque me sienta orgulloso del mal que he cometido, sino porque la gente se pregunta siempre: «¿Por qué soy así?». Para comprender a alguien, hay que conocer toda su vida, remontarse hasta el nacimiento. La personalidad del individuo es la suma de todas las experiencias que ha vivido. Todo lo ocurrido es un ingrediente de su carácter.

Hoy, todo lo que hago me parece de una urgencia tal que no perdería ni una hora dictando este libro si mi propósito fuera el de entretener a los lectores. Si le consagro todo el tiempo necesario es porque me parece la mejor manera de demostrar hasta qué punto estaba hundido en la sociedad del hombre blanco cuando descubrí, poco después, en la cárcel, a Alá y la

religión islámica. Mi vida se transformó por completo.

---

[26] Literalmente, descubridor.

Satanás

Shorty desconocía el significado de la expresión «concurso de delitos». Dios sabe de dónde había sacado su madre el dinero para viajar en autobús de Lansing a Boston. «Lee el *Libro de las Revelaciones* y reza», le decía a su hijo cuando iba a visitarlo. Una vez me lo dijo a mí también, mientras esperábamos nuestra sentencia. Shorty leyó atentamente esa parte de la Biblia; se ponía de rodillas y rezaba como un diácono negro de la Iglesia Baptista.

Un día, nos encontramos en presencia del juez de Middlesex (donde, si mal no recuerdo, habíamos cometido catorce delitos). La madre de Shorty lloraba, hacía inclinaciones de cabeza ante el crucifijo, no muy lejos de Ella y Reginald. Llamaron a Shorty primero.

—Primera pena. De ocho a diez años...

»Segunda pena. De ocho a diez años de cárcel...

»Tercera pena...

Finalmente, añadió:

—Concurso de delitos.

Shorty sudaba tanto que parecía que tuviera la cara cubierta de grasa. Al no entender el significado de la expresión, había hecho un cálculo mental de unos cien años. Dejó escapar un grito y se desplomó. Los alguaciles tuvieron que sostenerlo. En ocho o diez segundos, Shorty se volvió tan ateo como yo lo había sido al principio. Fui condenado a diez años de cárcel. A las chicas les cayeron de uno a cinco años en el Correccional de Mujeres de Framingham (Massachusetts).

Fue en febrero de 1946. Yo no tenía aún veintiún años. Ni siquiera había

empezado a afeitarme.

Nos llevaron a Shorty y a mí, esposados juntos, a la prisión estatal de Charlestown.

No recuerdo ninguno de mis números de presidiario. Me parece extraño, aunque ya hayan pasado doce años desde entonces. El número forma parte integrante del preso. El nombre no se pronuncia jamás, sólo el número. Lo llevaba marcado en todas mis cosas, en la ropa. Al final, lo tenía impreso en el cerebro.

Toda persona que pretenda amar al prójimo tiene que reflexionar un buen momento antes de votar una ley que mantiene a los hombres entre rejas, enjaulados. No digo que las cárceles tengan que desaparecer, pero sí las rejas. No se «reforma» nunca a un hombre que está entre rejas, pues nunca olvidará ni podrá superar por completo el recuerdo de las rejas.

Una vez en libertad, la mente del preso procura —infructuosamente— borrar la experiencia. Hablando con muchos antiguos presidiarios, descubrí un fenómeno interesante: todos habíamos olvidado muchos detalles de los años pasados en la cárcel, pero lo que teníamos siempre presente eran las rejas.

Como *fish*[27] (en la jerga carcelaria, «recién llegado»), cuando llegué a Charlestown, me encontraba muy mal físicamente y de un humor feroz, pues me vi privado de repente de las drogas. En las celdas no había agua corriente. La cárcel había sido construida en 1805, en tiempos de Napoleón, y siguiendo el mismo estilo de la Bastilla. Mi celda era estrecha y sucia; podía tumbarme en el camastro y tocar las dos paredes con las manos. Un recipiente tapado hacía las veces de váter. Por fuerte que uno sea no puede soportar el olor de la defecación que produce todo un pasillo de celdas.

Me interrogó el psicólogo de la cárcel. Le insulté cuanto pude, y todavía más al capellán. La primera carta que recibí en Charlestown fue de mi piadoso hermano Philbert, desde Detroit; me decía en ella que su «santa» Iglesia iba a rezar por mí. Le mandé una respuesta de la que todavía me avergüenzo.

Ella fue la primera que vino a visitarme. Tuvo que dominarse y esforzarse en sonreír. Yo llevaba unos vaqueros descoloridos con el número marcado. No teníamos mucho que decirnos; habría preferido que no hubiese venido.

Los guardianes, armados, vigilaban a una cincuentena de presos y a las visitas. Cuando volvían a las celdas, los presos novatos juraban siempre que cuando los soltaran, lo primero que harían sería matar a los guardianes del locutorio. El odio se concentraba en ellos.

La primera vez que me drogué en Charlestown fue con nuez moscada. Mi compañero de celda era uno de esos traficantes que compran cajas de cerillas llenas de nuez moscada robada por los presos asignados a la cocina. Después nos la revendía contra reembolso o a cambio de cigarrillos. Me arrojé sobre la caja como si contuviera un montón de droga fuerte. Una caja de cerillas de nuez moscada disuelta en un vaso de agua provoca más o menos la misma euforia que tres o cuatro cigarrillos de marihuana.

Con el dinero que me envió Ella, pude comprar enseguida a los guardianes de la cárcel estimulantes muy superiores. Obtuve marihuana, nembutal, bencedrina. Los guardianes los hacían pasar de contrabando para ganar un poco más; todos los presidiarios saben que viven de eso.

En total, pasé siete años en la cárcel. Cuando lo pienso ahora, cuando trato de separar el año y medio que pasé en Charlestown, los recuerdos se mezclan en mi mente, recuerdos de nuez moscada y de otros seminarcóticos, de los insultos de los guardianes, de mí arrojando cosas fuera de la celda, rezagándome en las colas, dejando caer la bandeja en el comedor, negándome a responder por mi número, fingiendo que lo había olvidado, etc.

Prefería estar solo que en compañía de los demás. Me paseaba de arriba abajo como un leopardo enjaulado, blasfemando en voz alta como un carretero. Odiaba sobre todo a Dios y a la Biblia. Desgraciadamente, la ley prevé un plazo después del cual hay que reintegrarse a la celda colectiva. Mis compañeros de celda me llamaron enseguida «Satanás», por mi hostilidad a la religión.

El primer hombre que me causó una impresión favorable en la cárcel fue Bimbi, uno de mis compañeros de celda. Lo conocí en Charlestown, en 1947. Bimbi era de piel clara, un poco rojiza, como yo, más o menos de la misma estatura, cubierto de pecas, ladrón desde siempre. Había estado en varias cárceles. Trabajábamos en un taller donde se fabricaban placas para matrículas de coches. Yo estaba en la cadena en la que se pintaban los

números. Él trabajaba en la estampadora.

Bimbi fue el primer presidiario negro que no respondía a la pregunta: «¿Qué hay, tío?». Muchas veces, cuando terminábamos el «cupo» de placas, nos sentábamos todos juntos —unos quince— para escuchar a Bimbi. Normalmente, a un preso blanco no se le ocurriría nunca escuchar a uno negro. Pero cuando era Bimbi quien daba su opinión, hasta los guardias se inclinaban para oírlo mejor. Bimbi hablaba sobre cualquier tema, el más inesperado a veces.

Fascinaba al auditorio. Sabía mucho acerca de la conducta humana y nos demostraba que la única diferencia entre nosotros y la gente de fuera era que a nosotros nos habían atrapado. Le gustaban los hechos y los personajes de la historia. Cuando explicaba la historia de Concord (adonde yo tenía que ser trasladado poco después), parecía que estuviera pagado por la Cámara de Comercio de la ciudad. Como otros presos, yo no había oído nunca hablar de Thoreau antes de que Bimbi le dedicara una conferencia. Bimbi era el más asiduo concurrente a la biblioteca. Lo que más me fascinaba de él era que infundía respeto absoluto... sólo con el poder de las palabras.

Bimbi no me hablaba mucho. Se mostraba arisco conmigo, pero yo notaba que me tenía simpatía. Le gustaba hablar de religión: es lo que me hizo buscar su amistad. Al oírlo me consideraba a mí mismo como alguien que había llegado más allá del ateísmo: yo era Satanás en persona. Pero Bimbi hacía del ateísmo un verdadero sistema, si es que puede llamarse así. Desde entonces dejé de valerme de la blasfemia para atacar a la religión. Mis argumentos parecían muy débiles comparados con los suyos, y él nunca se mostraba grosero.

Bimbi me dijo un día, de buenas a primeras, como acostumbraba a hacer siempre, que yo no sería tan estúpido si usara mi materia gris. Yo quería su amistad, pero no sus consejos. Con otro preso me habría mostrado grosero; pero nadie era grosero con Bimbi. Me dijo también que debería hacer cursos por correspondencia y utilizar la biblioteca de la cárcel.

Desde que salí de la escuela primaria de Mason, no se me había ocurrido nunca estudiar nada, excepto el arte del delito. Por otra parte, la calle había borrado por completo todo lo que había aprendido en la escuela. Ni siquiera

sabía reconocer un verbo. En una carta, mi hermana Hilda me propuso la idea de que estudiara inglés y mejorara la letra. Las pocas postales que le había mandado durante los años que pasé vendiendo marihuana en la calle eran casi indescifrables.

De una manera u otra había que matar el tiempo. Me inscribí en un curso de inglés por correspondencia. Un catálogo ciclostilado de los libros de la biblioteca corría de mano en mano y de celda en celda. Apunté mi número en los títulos que no estaban ya prestados. Gracias a los cursos por correspondencia, los ejercicios y las lecciones, fui recordando algunas nociones de gramática. Al cabo de un año, empecé a escribir cartas legibles y más o menos correctas. Influido por las explicaciones etimológicas de Bimbi, me inscribí también en un curso de latín por correspondencia.

Bajo la tutela de Bimbi, hice algunas ganancias con mis compañeros de celda. Les ganaba a casi todos jugando al dominó, y cada victoria me proporcionaba un paquete de cigarrillos que acumulaba en la celda; en la cárcel, los cigarrillos eran una moneda de cambio casi tan buena como el dinero. Apostábamos cigarrillos y dinero en los combates de boxeo y en los partidos de béisbol, y casi siempre ganaba. Nunca olvidaré aquel día de abril de 1947 en que Jackie Robinson salió a jugar con el equipo de los Brooklyn Dodgers. Yo era el más fanático de los hinchas de Jackie Robinson. Cada vez que jugaba, tenía las orejas pegadas a la radio.

Un día de 1948, acababa de ser trasladado a la prisión Concord, cuando mi hermano Philbert, que no paraba de adherirse a toda clase de movimientos, me escribió que esa vez había descubierto «la religión natural del hombre negro». Ahora pertenecía, me dijo, a la «Nación del Islam». Añadió que tenía que «rezar a Alá para que me libertara». Le envié una carta en un lenguaje más correcto, es verdad, pero en el fondo todavía peor que aquella donde le decía lo que pensaba de su «santa» Iglesia.

Después recibí carta de Reginald. Sabía que veía muy a menudo a Wilfred, a Hilda y a Philbert en Detroit, pero no supe ver relación alguna entre las dos cartas. Reginald me daba las últimas noticias, y me decía: «Malcolm, no comas más cerdo y no fumes más. Yo te diré cómo salir de la cárcel».

Automáticamente pensé que había descubierto un truco para librarme de

las autoridades penales. Me dormí y me desperté pensando qué podía ser. ¿Algo psicológico, como la comedia que había hecho ante la junta de reclutamiento de Nueva York durante la guerra? ¿Podría fingir alguna enfermedad que me permitiera salir de la cárcel si me privaba del cerdo y del tabaco?

«Salir de la cárcel». No cesaba de pensar en esas palabras. Salir libre era lo que más deseaba. Me moría de ganas de consultar a Bimbi. Pero me contuve instintivamente. Era demasiado importante para decírselo a nadie.

No me costó mucho dejar de fumar. Había pasado días enteros sin cigarrillos. Después de leer la carta de Reginald, acabé el paquete que tenía empezado. Desde entonces hasta la fecha —eso fue en 1948— no volví a tocar un cigarrillo.

Tres o cuatro días después nos sirvieron cerdo para comer. No me acordaba del cerdo cuando me senté en mi sitio, como un robot, en la larga mesa de los presidiarios. Sentarse, lanzarse sobre el plato, tragar, levantarse, salir en fila: ésos eran los buenos modales penitenciarios. Me pasaron la carne, ¿pero qué carne? Presentada de aquella manera, no podía saberse... De golpe, la prescripción «no comas más cerdo» apareció en letras luminosas en la pantalla de mi memoria.

Dudé mientras sostenía la bandeja en el aire; luego se la pasé a mi vecino. Él se sirvió y después se detuvo bruscamente. Recuerdo que me miró sorprendido.

—No como cerdo —le dije.

Y la bandeja de carne siguió su camino hacia el otro extremo de la mesa.

Poco después, no se hablaba de otra cosa en la cárcel. La vida allí era tan monótona que el menor cambio tomaba proporciones desmesuradas. Aquella noche, todos los presos de mi hilera de celdas sabían que Satanás no comía cerdo.

Yo me sentía extrañamente orgulloso. Siempre se dice que los negros, presos o no, no pueden pasar sin cerdo. Los presos blancos estaban sorprendidos, lo que me causaba gran satisfacción.

Más tarde, comprendí que había hecho, sin saberlo, un acto previo de sumisión al islamismo. Había obedecido a la prescripción musulmana que dice: «Da un paso hacia Alá, y Alá dará dos hacia ti».

Mis hermanos de Detroit y de Chicago se habían convertido ya a lo que ellos llamaban «la religión natural del hombre negro», de la que me había hablado Philbert. Rogaban todos por mi conversión en la cárcel. Cuando Philbert les dio a conocer mi mala respuesta, se preguntaron qué camino debían seguir. Concluyeron que era Reginald, el último converso, el que estaba en más estrechas relaciones conmigo y me conocía mejor, quien debía encontrar la manera de convencerme.

Ella, por su cuenta, había dado todos los pasos necesarios para que me trasladaran a la colonia penitenciaria de Norfolk (Massachusetts), cárcel experimental que tiene por objeto la rehabilitación de los delincuentes. Los presidiarios de otras cárceles decían que con dinero o con influencias era posible que a uno lo trasladaran a esa colonia, que parecía demasiado bonita para ser verdad. Ella se las arregló de manera que, a finales de 1948, obtuve mi traslado.

En muchos aspectos, la colonia era un paraíso: los retretes tenían agua; no había rejas, sólo muros, y en el interior de estos muros reinaba mayor libertad. Se respiraba aire puro, no estábamos en la ciudad.

La colonia comprendía veinticuatro «casas», o sea, unos compartimientos donde vivían cincuenta presidiarios, si mal no recuerdo. La población de la institución penitenciaria ascendía a mil doscientas personas. Las «casas» constaban de tres plantas y —¡oh, milagro!— cada preso disponía de una habitación propia.

El quince por ciento de los reclusos eran negros; había de cinco a nueve en cada casa.

Que yo sepa, la colonia de Norfolk era lo más moderno en materia de instituciones penitenciarias. La «cultura» (o, al menos, la versión penitenciaria de la misma) reemplazaba las habladurías maliciosas, la perversión, la rapiña, los guardianes odiosos. Buena parte de los reclusos llevaban a cabo actividades «intelectuales», esto es, discusiones, debates y cosas por el estilo. Los instructores formados en las técnicas de rehabilitación venían de Harvard, la Universidad de Boston y otras instituciones de la zona. El régimen de visitas era mucho más relajado que en las demás cárceles: se autorizaban las visitas diarias, con un límite de dos horas de duración. Podíamos sentarnos frente a la visita o al lado de

ésta.

Más extraordinaria todavía era la biblioteca cedida por un millonario llamado Parkhurst, que seguramente se había sentido atraído por la cuestión de la rehabilitación de los presidiarios. La mayor parte de las obras versaban sobre historia y religión. Había cientos de volúmenes en los estantes y otros tantos en cajas, por falta de sitio en aquéllos. En Norfolk, los presos podían entrar en la biblioteca, previa autorización, y escoger los libros que más les interesaran. Los había muy antiguos y, sin duda, muy raros. Al principio, escogía los libros al azar; después, aprendí a hacerlo con un propósito determinado.

Estuve un tiempo sin noticias de Reginald. Mientras tanto, yo seguía sin fumar y sin comer cerdo, lo cual causaba ciertas expresiones de extrañeza. Finalmente, mi hermano me anunció su visita. Cuando llegó, yo estaba loco de impaciencia: ¿qué secreto me guardaba?

Reginald sabía que yo tenía mentalidad de maleante. Por eso era tan eficaz su método. A él siempre le gustó vestirse bien, pero en aquella visita se presentó especialmente acicalado. Yo esperaba que aclarara la misteriosa prohibición. Pero él se limitaba a darme noticias de la familia, de Detroit, de Harlem. Nunca le he pedido a nadie que me explique algo antes de que esté dispuesto a hacerlo. El tono falsamente indiferente de Reginald me hizo comprender que se trataba de algo muy importante.

Por fin, como si la idea acabara de ocurrírsele, me dijo: «Malcolm, si existiera un hombre que supiera todo lo que se puede saber, ¿qué sería ese hombre?».

Ya en Harlem conocía bien esa manía exasperante de las adivinanzas que tenía Reginald. Yo he preferido siempre decir las cosas a la cara.

—Bueno, sería una especie de dios.

—No, es un hombre que lo sabe todo —me respondió acentuando las palabras.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Dios es un hombre —precisó Reginald—. Su verdadero nombre es Alá.

¡Alá! Me acordé de pronto de que ese nombre figuraba en la carta de Philbert. Reginald continuó. Dijo que Dios tenía trescientos sesenta grados de conocimiento, o sea, «la suma total del saber».

Decir que no entendía nada sería un eufemismo, y no es preciso recordar en qué lugar ocurría esta conversación. Seguí escuchando a Reginald, que hablaba lentamente, intentando dirigir mi atención hacia un punto determinado, así que no me quedaba más remedio que escuchar.

—El diablo sólo tiene treinta y tres grados de conocimiento, es la masonería —me explicó Reginald. (Recuerdo las palabras exactas que me dijo porque, después, yo mismo habría de repetirlas muchas veces a los demás)—. El diablo se sirve de la masonería para dominar a la gente.

Reginald me explicó que su Dios había venido a Estados Unidos y que se había dado a conocer a un hombre llamado Elijah, «un negro, un hombre como nosotros». Ese Dios había dicho a Elijah que el tiempo del diablo llegaba a su fin. No sabía qué pensar y seguí escuchando.

—El diablo también es hombre —me dijo.

—¿Qué quieres decir?

Con un gesto, Reginald me señaló a algunos detenidos blancos y a sus visitas.

—Ésos. El diablo es el hombre blanco.

Reginald me dijo que todos los blancos eran diablos, sobre todo los masones.

Nunca olvidaré ese momento. Pensé en todos los blancos que había conocido. No sé por qué, me detuve al llegar a Hymie, el judío que había sido tan bueno conmigo.

Reginald también lo conocía, pues me había acompañado en un par de ocasiones a Long Island a comprar botellas de licor para Hymie.

—¿Sin ninguna excepción? —le pregunté.

—Sin ninguna excepción.

—¿Y Hymie?

—¿Es una prueba de bondad pagarle a alguien quinientos dólares cuando uno mismo gana diez mil?

Reginald se fue. Yo reflexioné, reflexioné y reflexioné. Todo aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Todos los blancos que conocía desfilaron ante mí. Desde el principio. Los de la Beneficencia Pública, que se metieron en nuestros asuntos tras la muerte de mi padre, asesinado por unos blancos que yo desconocía. Los

blancos que trataban a mi madre de «loca» delante de sus hijos. Los otros blancos que se la habían llevado al hospital psiquiátrico de Kalamazoo. El juez blanco, los otros jueces que habían separado a mis hermanos. Los Swerlin, los otros blancos de Mason. Los niños blancos de mi clase, los profesores, los que me habían aconsejado que me hiciera carpintero, porque ser abogado no era propio de un negro.

Sus rostros desfilaban ante mí, me dolía la cabeza. Los blancos de Boston, los del Roseland que bailaban «sólo entre blancos», mientras yo les limpiaba los zapatos. Los del Parker House, donde yo llevaba la vajilla sucia a la cocina. Sophia...

Los blancos de Nueva York, los policías, los delincuentes con los que me había relacionado. Los blancos que se amontonaban en los locales nocturnos para conocer el *soul*. Las mujeres blancas que deseaban a hombres negros. Los hombres que yo acompañaba a los prostíbulos de negros.

El perista que teníamos en Boston, su representante, un antiguo presidiario. Los policías de Boston. El amigo del marido de Sophia. El mismo marido al que no había visto nunca pero del que tanto había oído hablar. La hermana de Sophia. El joyero judío que me había tendido una trampa. Las asistentes sociales. El magistrado que me había condenado a diez años de cárcel. Los presos, los celadores, las autoridades.

En Norfolk, había un presidiario que era todo un personaje. Se llamaba John y era un hombre mayor, rico y paralítico. Había matado a su hijo por «motivos misericordiosos». Era un individuo orgulloso, un pez gordo y siempre hallaba ocasión para recordar a todos que era masón, y que pertenecía al trigésimo tercer grado de la orden. Alardeaba del poder de los masones y para recalcarlo explicaba que todos los presidentes de Estados Unidos habían sido masones, y que cuando un masón está en apuros, por medio de señales secretas puede comunicarse con jueces y con otros masones de elevada jerarquía.

Tenía constantemente en la cabeza lo que me había dicho Reginald. Decidí consultar la opinión de John. Él desempeñaba un trabajo liviano en la escuela de la cárcel y acudí a verlo allí.

—John —le pregunté—, ¿cuántos grados hay en un círculo?

—Trescientos sesenta —me respondió.

Entonces se me ocurrió dibujar un cuadrado e insistí:

—¿Cuántos grados tiene esto?

La respuesta fue idéntica: trescientos sesenta grados.

Quise saber si esa cifra era la medida máxima de todas las cosas, y me respondió afirmativamente.

—Bueno, en ese caso, ¿por qué los masones tienen sólo treinta y tres grados?

No supo responderme. Yo pensé, de todos modos, que la masonería, en realidad, es la trigésima tercera parte del islam, que es el círculo pleno, denegado para siempre a los masones aunque ellos saben que existe.

Reginald, que vino a verme unos días más tarde, advirtió que sus palabras habían producido efecto. Se alegró. Después me habló muy seriamente durante dos horas enteras del «diablo blanco» y del «lavado de cerebro que los negros habían sufrido».

Reginald me dejó terriblemente preocupado. Por primera vez en mi vida, empecé a reflexionar sobre cosas serias. El poder del hombre blanco estaba de capa caída; pronto tendría que dejar de oprimir y explotar a los que tenían la piel oscura. Y los de piel oscura comenzaban a levantarse para dirigir el mundo de nuevo, como había sucedido antes.

—Tú no sabes quién eres. Ni siquiera sabes por qué el diablo blanco se ha guardado bien de decírtelo, que perteneces a una civilización muy antigua, rica en oro y en reyes. Ignoras tu verdadero apellido, no reconocerías tu propia lengua si la oyeras hablar. El hombre blanco te ha alienado. Desde el día en que el diablo blanco te asesinó, violó, arrancó de tu tierra natal en la persona de tus antepasados, eres su víctima.

Ahora recibía, al menos, dos o tres cartas al día de mis hermanos de Detroit. Me escribía Wilfred, el mayor de los hermanos, y Bertha, su primera esposa, la madre de sus dos hijos (después de fallecer Bertha, Wilfred se casó con Ruth, su mujer actual). También lo hacían Philbert e Hilda. Reginald, por su parte, era el encargado de visitarme. Él era el último converso. Eran todos musulmanes, discípulos de un hombre al que llamaban «el Honorable Elijah Muhammad», un hombre amable, de baja estatura, a quien a veces también llamaban «el mensajero de Alá».

Muhammad era, según decían, «negro como nosotros». Había nacido en Estados Unidos, en una granja de Georgia. La familia se había mudado a Detroit, donde él había conocido a un tal Wallace D. Fard. Afirmaba que Fard era «Dios en persona». Wallace D. Fard había confiado a Elijah Muhammad el mensaje de Alá para el pueblo negro, pueblo que constituía «la nación perdida y reencontrada del islam en el desierto de Norteamérica».

Todos me exhortaban a «aceptar las enseñanzas del Honorable Elijah Muhammad». Reginald me explicó que los musulmanes que adoraban a Dios no comían cerdo. Los discípulos de Elijah Muhammad condenaban el consumo de sustancias nocivas para el organismo como las drogas, el tabaco y el alcohol. Leí y oí repetir cien veces que «la cualidad esencial del musulmán es la sumisión a la voluntad de Alá».

Los discípulos del Honorable Elijah Muhammad poseían lo que ellos llamaban «el verdadero conocimiento del hombre negro»; conocimiento que yo debía ir adquiriendo poco a poco gracias a las largas cartas de mis hermanos y a los folletos que incluían en ellas.

La verdad, en pocas palabras, era que los blancos habían «blanqueado» la historia y los libros de historia, y que lavaban el cerebro del hombre negro desde hacía cientos de años. El Primer Hombre era negro y vivía en un continente que se llamaba África, donde la especie humana había aparecido por primera vez en el planeta.

El Primer Hombre, el hombre negro, había fundado imperios y grandes civilizaciones, mientras el hombre blanco vivía todavía en las cavernas y andaba a cuatro patas. «El diablo blanco», a través de toda la historia, no había hecho más que asesinar, violar, explotar y torturar a todas las razas de color.

El tráfico de la carne negra es el crimen más horrendo de toda la historia de la humanidad. Data de la época en que el hombre blanco llegó a África para asesinar y secuestrar a millones de hombres, mujeres y niños negros a fin de transportarlos al Nuevo Mundo en galeras de esclavos.

El diablo blanco había privado al pueblo negro del conocimiento que había tenido de sí mismo, de su lengua, de su religión, de su cultura, hasta tal punto que el negro norteamericano era el único pueblo del mundo que

ignoraba por completo su verdadera identidad.

En el espacio de una sola generación, las esclavas negras habían sido violadas por los amos blancos. Pronto apareció una raza domesticada que desconocía el verdadero color de su piel y que ignoraba hasta su propio nombre. Los amos obligaban a esa raza mixta a adoptar sus apellidos y comenzaron a llamarla «los negros».

Decían al «negro» que su África natal estaba poblada de impíos, de negros salvajes que se balanceaban en los árboles como simios. El «negro» lo aceptó, como aceptó toda la instrucción que le dio el hombre blanco y que iba destinada a inculcarle la obediencia y el culto al hombre blanco.

Cuando todas las religiones del mundo enseñaban a sus fieles que Dios era un ser identificable, un dios que se parecía a ellos, el esclavista obligó al negro a adoptar la religión cristiana. Le enseñó a adorar un dios extranjero, que tenía el cabello rubio, la cara pálida y los ojos azules de su amo.

Esta religión enseñaba al «negro» que lo negro estaba maldito. Le enseñaba a odiar cualquier cosa que fuera negra, incluso a sí mismo. Le enseñaba que el que es blanco es bueno, admirable, digno de respeto y de amor. Ese lavado de cerebro se realizaba de tal manera que el «negro» acababa creyendo que cuanto más manchada estaba su piel de la blancura del amo, «mejor» era. La religión cristiana de los blancos enseñaba al negro que debía ofrecer la otra mejilla, sonreír, cavar la tierra, inclinarse, humillarse, cantar, rezar y contentarse con las migajas que caían de la mesa del blanco; que tenía que esperar el maná que caería del cielo, aspirar a un paraíso en el otro mundo ya que el paraíso en la tierra estaba reservado a los blancos.

¿Cómo describir mi reacción ante este lenguaje? Todos los instintos del gueto, de la selva, todos los instintos de zorro, de lobo, de criminal, todo lo que había rechazado en mí cualquier enseñanza quedó aniquilado por completo. Era como si mi vida anterior hubiera desaparecido de una vez para siempre sin dejar la menor huella.

Poco después, en la biblioteca de la colonia penitenciaria de Norfolk, empezaría a leer la Biblia. Caería sobre el relato de san Pablo, que, camino de Damasco, oyó la voz de Jesús. Pablo se quedó tan sorprendido que cayó del caballo como hipnotizado. No deseaba en modo alguno compararme

con san Pablo. Pero comprendí lo que debió de sentir él en aquel momento.

Desde entonces supe —y es lo que me ayudó a comprender lo que sucedía en mí— que sólo el pecador que conoce y reconoce sus pecados es capaz de descubrir la verdad. En otras palabras, no se admite la verdad si no se reconoce la culpa. ¿No dice la Biblia que los únicos a los que Jesús no podía ayudar eran los fariseos? Porque ellos creían que no necesitaban a nadie.

La misma enormidad de mis faltas me preparó para reconocer la verdad, pero habían de pasar varias semanas antes de que yo pudiera aplicar esta verdad a mí mismo, a mí, un negro. Por el momento, era sólo una luz que me cegaba.

Reginald volvió a Detroit. Yo me quedé sentado en mi habitación, mirando fijamente al frente. Casi no comía nada, sólo bebía agua. Estaba desfallecido. Mis compañeros y la dirección de la cárcel empezaron a preocuparse y me preguntaron qué me pasaba. Me aconsejaron que fuera al médico. No fui. Avisaron al doctor y vino a verme él mismo. He olvidado su diagnóstico. Probablemente dijo que estaba fingiendo.

Atravesaba la mayor y más difícil prueba que puede experimentar un ser humano. Se trataba de reconocer lo que ya había en mí y a mi alrededor.

Mucho después, me enteré de que mis hermanos le habían dado dinero a Hilda para que pudiera venir a verme. Me explicó que el Honorable Elijah Muhammad, de paso por Detroit, iría a casa de mi hermano Wilfred, que quedaba en la calle McKay. Hilda me aconsejó que escribiera a Elijah Muhammad. Él sabía muy bien lo que era estar en una cárcel blanca, me dijo, porque no hacía mucho tiempo que había salido de la de Milan (Míchigan), donde había estado cinco años encarcelado por no presentarse a filas.

Hilda me contó que el motivo de la visita del Honorable a Detroit era reorganizar el Templo Número Uno, que se había dispersado al ingresar él en prisión. Elijah Muhammad vivía habitualmente en la ciudad de Chicago, donde estaba ocupado en la construcción del Templo Número Dos.

Hilda me preguntó si me gustaría saber cómo apareció el hombre blanco en nuestro planeta; y pasó a explicarme la lección fundamental de las enseñanzas de Elijah Muhammad. Como todas las religiones, la suya

también tenía su parte de demonología, que él denominaba la Historia de Yacub. Elijah Muhammad decía a sus discípulos que al principio la luna fue separada de la tierra. Entonces, los primeros hombres, los hombres negros, fundaron la ciudad santa de La Meca. Entre esos hombres negros figuraban veinticuatro sabios, hombres de ciencia. Uno de ellos, enemistado con los demás, creó la poderosa tribu de los Shabazz, antepasados de los negros norteamericanos.

Hace cosa de seis mil seiscientos años, el setenta por ciento de la gente estaba satisfecha y el treinta por ciento, insatisfecha. Entre los insatisfechos se encontraba un tal señor Yacub. Había nacido para sembrar la discordia y para matar. Su cabeza era extraordinariamente grande. Empezó a ir a la escuela a la edad de cuatro años. A los dieciocho, había estudiado en todas las universidades del país. Lo llamaban «el sabio de la cabeza grande». Entre otras cosas, había aprendido a formar nuevas razas mediante métodos científicos.

Ese sabio de cabeza grande, Yacub, predicaba por las calles de La Meca. Consiguió tantos adeptos que las autoridades, alarmadas, lo exiliaron con sus cincuenta y nueve mil novecientos noventa y nueve discípulos a la isla de Patmos, donde, según la Biblia, Juan recibió el mensaje contenido en las Revelaciones de los Evangelios del Nuevo Testamento.

Aunque era negro, Yacub, resentido y furioso contra Alá, decidió vengarse y creó con dicho fin una raza diabólica, una raza descolorida, blanca. Yacub había aprendido en el curso de sus estudios que el negro contenía dos gérmenes, uno negro y otro castaño. Sabía que el germen castaño permanecía en estado latente pues, siendo el más claro de ambos, era también el más débil. Yacub quiso enfrentarse a las leyes de la naturaleza; tuvo la idea de utilizar lo que hoy llamamos «la estructura de los genes recesivos» para separar los dos gérmenes, el negro y el castaño. Hecho esto, debía injertar el germen castaño a otros gérmenes castaños para conseguir que fueran cada vez más claros, más débiles. Él sabía que los seres humanos resultantes serían también cada vez más claros, más débiles y progresivamente más susceptibles a las debilidades y al mal. De esta forma, finalmente conseguiría la deseada raza descolorida de diablos blancos.

Sabía que este resultado lo obtendría de forma paulatina, en varios estadios, yendo del negro al blanco. Para empezar, Yacub decretó una ley eugenésica en la isla de Patmos.

Entre los cincuenta y nueve mil novecientos noventa y nueve discípulos con que contaba, uno de cada tres niños que nacían debía recibir algún elemento castaño. Cuando esos niños fueran adultos, sólo podrían casarse castaños con castaños, o castaños con negros. Si nacía algún niño negro, sería eliminado en virtud de la ley de Yacub. La enfermera o la comadrona que asistía al parto podía clavar una aguja en el cráneo del recién nacido y enviar el cuerpo a los incineradores. Se diría a la madre que había tenido un «bebé ángel» que había ido al cielo a preparar un lugar para ella. Si el niño era castaño, se le decía que lo tratara con mucho cuidado.

Yacub formó a los ayudantes que lo sucederían. Cuando murió en Patmos, a la edad de ciento cincuenta y dos años, les dejó las leyes que tenían que seguir. Según Elijah Muhammad, Yacub no llegó a ver nunca, salvo en su imaginación, la raza descolorida y diabólica, el resultado del largo proceso de selección que él había maquinado.

Fueron necesarios doscientos años para eliminar a todos los negros de Patmos. Finalmente, sólo quedaron los castaños. Doscientos años más tarde, aparecieron en Patmos los pieles rojas, y los castaños fueron eliminados.

Doscientos años más tarde, apareció la raza amarilla.

Por fin, al cabo de otros doscientos años, apareció la raza blanca.

En la isla de Patmos ya sólo quedaban rubios de piel pálida, ojos azules y fríos, salvajes, desnudos y sin pudor, animales peludos que andaban a cuatro patas y vivían en los árboles. Transcurridos seis siglos, esa raza abandonó la isla y se unió a los negros del continente.

Elijah Muhammad enseña a sus discípulos que, explicando mentiras y haciendo que los negros lucharan los unos contra los otros, en seis meses, la raza diabólica transformó el paraíso terrenal en un infierno desgarrado por las disputas y las luchas.

Pero al final los negros se dieron cuenta de que todas las dificultades venían de los diablos blancos de Yacub. Entonces juntaron a todos los blancos, los encadenaron y los mandaron, cubierta su desnudez con unos delantales, a través del desierto de Arabia hasta las cavernas de Europa.

La piel de cordero y la estopa que utilizan hoy los masones serían los símbolos de esos delantales que adoptaron los hombres blancos para atravesar las arenas ardientes.

Elijah Muhammad dice que el blanco vivió mucho tiempo en estado salvaje en las cavernas de Europa. Los animales intentaron exterminarlo, pero él trepó a los árboles que rodeaban la caverna y se construyó unos garrotes para proteger a su familia de los animales salvajes.

Cuando los diablos blancos hubieron pasado dos mil años en las cavernas, Alá envió a Moisés para que los sacara y los civilizara. Estaba escrito que el diablo blanco reinaría seis mil años sobre la tierra. Pero al perderse los Libros de Moisés, se ignora que él también estaba en las cavernas.

Los primeros discípulos de Moisés fueron los judíos. Según la Historia de Yacub, la serpiente de la que habla el Antiguo Testamento cuando dice «Moisés hizo salir a la serpiente de la selva» es el símbolo de la diabólica raza blanca que Moisés hizo salir de las cavernas de Europa y a la que civilizó.

Estaba escrito que, tras los seis mil años de dominio del mundo por los blancos (o sea, hasta los tiempos presentes), del seno de los hombres primitivos de piel negra surgiría una raza infinitamente sabia y poderosa.

Estaba escrito asimismo que algunas personas de esa raza negra que primero pobló el planeta serían trasladadas a Estados Unidos, donde serían esclavos para que conocieran mejor la naturaleza diabólica del hombre blanco.

Después de eso, el dios más grande y poderoso que apareció en la tierra fue el Maestro W. D. Fard. Procedente de Oriente, llegó al mundo occidental (a Estados Unidos, precisamente) en el momento histórico en que estaba a punto de cumplirse la profecía de la leyenda de Yacub, o sea, la hora que marcaba el alzamiento de todos aquellos pueblos de la tierra que no son blancos y la destrucción de la civilización blanca, que fuera condenada por Alá a causa de su diabólica naturaleza.

El Maestro W. D. Fard era mitad negro y mitad blanco. Fue concebido expresamente así con el objeto de que pudieran reconocerlo los negros norteamericanos a quienes venía a guiar. Al mismo tiempo, podía mezclarse entre los blancos sin levantar sospechas para estudiarlos y juzgarlos

posteriormente.

En el año 1931 se estableció en la ciudad de Detroit, disfrazado de comerciante de sedas. Allí conoció a Elijah Muhammad, a quien transmitió el mensaje y la guía divina de Alá. La misión que le fue confiada a Elijah Muhammad consistía en salvar a los negros norteamericanos, es decir, a «la nación perdida y reencontrada del islam en el salvaje desierto de Norteamérica».

Cuando terminó la Historia de Yacub, Hilda se despidió de mí. No sé si encontré palabras para decirle adiós.

Más tarde me enteraría de que las historias de Elijah Muhammad (como la de Yacub, por ejemplo) exasperaban a los musulmanes de Oriente Próximo. Les recordé, cuando los conocí en La Meca, que era culpa suya, porque no habían dado a conocer suficientemente el verdadero islam en Occidente. Su silencio había dejado un vacío que cualquier charlatán podía llenar para inducir a nuestro pueblo al error.

---

[27] Literalmente, pescado, pez.

Salvado

Escribí a Elijah Muhammad. Vivía entonces en Chicago, en el número 6116 de la avenida South Míchigan. Tuve que escribir veinticinco veces esa primera carta de una página. Quería que fuera bien legible y comprensible. Pero ni yo mismo podía descifrar mi propia letra, cuyo mero recuerdo me avergüenza. Mi ortografía y mi gramática eran tan malas como mi caligrafía, o peores. Le expliqué a Elijah Muhammad, lo mejor que pude, que mis hermanos me habían hablado de él, y me excusé por mi mala letra.

Muhammad me respondió con una carta escrita a máquina. La firma «Mensajero de Alá» me electrificó. Tras darme la bienvenida al «conocimiento verdadero», exponía algunos elementos de reflexión. El preso negro, decía, es el símbolo del crimen de la sociedad blanca que oprime al negro, deja que se corrompa en la degradación y la ignorancia y lo convierte en un delincuente incapaz de aspirar a una vida honrada. Me decía que tuviera valor. Incluso me mandaba dinero, un billete de cinco dólares. Estoy seguro de que todavía manda dinero a todos los presos que le escriben.

Mis hermanos me decían: «Reza a Alá... en dirección al Oriente». De todas las pruebas que he pasado, la de la oración ha sido la más difícil. Ya me entendéis. Admitía las teorías de Muhammad y las creía. Ello no me exigía más que decirme a mí mismo: «Es verdad» o «No lo había pensado nunca». Pero eso de doblar las rodillas, el acto de rezar, bueno, tardé una semana en acostumbrarme.

Ya sabéis qué clase de vida había llevado hasta entonces. Sólo me había arrodillado para desmontar una cerradura antes de entrar a robar. Y aun así,

me costaba arrodillarme. La molestia y la vergüenza me empujaban a levantarme enseguida.

Que un pecador se arrodille, reconozca su culpa, implore el perdón de Dios es lo más difícil que hay en el mundo. Hoy no me cuesta ningún esfuerzo, pero en aquella época yo era el mal en persona. Intenté cien veces ponerme en la posición prescrita por el islam para la oración. Cuando al final conseguí arrodillarme, no sabía qué decirle a Alá.

Durante los años siguientes, estuve en soledad casi total. Nunca había estado tan ocupado. Todavía me maravillo del modo en que cambié de mentalidad, mis viejas costumbres caían en el vacío como la nieve que se desliza de los tejados. Era como si alguien —a quien yo no conocía muy bien— hubiese vivido del delito. Y me sorprendía cada vez que recordaba mi anterior personalidad.

No conseguía expresarme ni en la lamentable carta de una página que escribía cada día a Elijah Muhammad, ni en las que enviaba a mis hermanos. Pero cada una de sus cartas me enseñaba cosas nuevas sobre las doctrinas de Elijah Muhammad. Solía quedarme largo tiempo delante de sus fotografías, estudiándolas.

Siempre he sido contrario a la inactividad. Cuando algo me interesa, lo hago. Seguramente, esto fue lo que me impulsó, incapaz de hacer otra cosa, a escribir a la gente que había conocido en el mundo del hampa, como Sammy The Pimp, John Hughes, el dueño del garito, Jumpsteady, el ladrón y algunos camellos. Les hablaba de Alá, del islam y de Elijah Muhammad. No tenía idea de dónde vivían. Les escribía a los bares o a los locales nocturnos de Harlem o de Roxbury donde los había conocido.

Ninguno de ellos me contestó nunca. El nivel de la gente del hampa es demasiado bajo para escribir una carta. Conocí mucha gente de ésa: aparentaban ser los más inteligentes, los más astutos, y por sus poses parecía que trabajaran en Wall Street; sin embargo tenían que pedir que les leyeran las cartas que recibían. Yo mismo, en su lugar, no habría contestado nunca a las insensatas ideas que tenía yo sobre el «diablo blanco».

Una cosa es segura: tanto en Harlem como en Roxbury debió de difundirse la noticia de que Red de Detroit se había vuelto loco en la cárcel, o bien que lo fingía para engañar a los guardianes.

Durante aquellos años que pasé en la colonia penitenciaria de Norfolk, nunca recibí comentario oficial alguno acerca de la correspondencia que yo enviaba, aunque no cabe duda de que toda ella era sometida a censura. Tengo la certeza, no obstante, de que las autoridades penitenciarias tomaban buena nota de lo que decía en mis cartas. Todo eso iba a parar a los archivos que mantenían todas las cárceles acerca de los presidiarios negros que se convertían en adeptos de Elijah Muhammad. De todos modos, yo pensaba entonces que el motivo verdadero era que el hombre blanco conocía su propia naturaleza diabólica.

Más tarde, llegué incluso a escribir al alcalde de Boston, al gobernador de Massachusetts y a Harry S. Truman. Naturalmente, ninguno de ellos me respondió. Mis cartas ni siquiera debían de llegar hasta sus despachos. Les decía que la sociedad blanca norteamericana era responsable de la salvaje condición en que se encontraba el hombre negro.

Gracias a esa correspondencia comencé, aunque fuera a trompicones, a adquirir una especie de educación casera.

Cada vez ardía más en deseos de expresar en mis cartas —a Elijah Muhammad, sobre todo— lo que sentía exactamente, y me sentía frustrado al verme incapaz de hacerlo. Antes, yo era el más lenguaraz de todos los granujas de la calle. Cada vez que abría la boca, todo el mundo me escuchaba con respeto. Ahora, en cambio, intentando escribir en un inglés sencillo, no llegaba ni a redactar correctamente una carta. ¡Y no iba a propagar las doctrinas de Muhammad con la jerga de la calle! Sería como decir: «Oye, tío, mira de qué va el enrollado de Elijah Muhammad».

La mayoría de los que hoy me leen o me oyen hablar en público, en una conferencia o por televisión, se imaginan que fui mucho más allá de la escuela primaria. Ocurre simplemente que estudié en la cárcel.

En realidad, había empezado ya en la prisión de Charlestown, donde Bimbi me había impresionado con sus conocimientos. Él llevaba siempre la voz cantante en todas las discusiones y yo, por celos, quería imitarlo. Pero en todos los libros que intentaba leer había frases en las que una o incluso todas las palabras me eran desconocidas. Me sonaba a chino. Cuando al final llegaba a comprender las palabras, se me escapaba el sentido del libro. Al llegar a Norfolk, leía sin entender nada. Si hubiera continuado así, habría

acabado por dejar de leer. Me faltaba un estimulante para la lectura.

Pensé en conseguir un diccionario para aprender palabras nuevas. Me di cuenta de que tenía que mejorar la letra. Era horrible, no conseguía escribir una línea derecha. Pedí un diccionario, cuadernos y lápices a la escuela de la colonia.

Durante dos días, hojeé todo el diccionario sin objetivo alguno. Nunca había pensado que existieran tantas palabras. No sabía cuáles aprenderme. Finalmente, para hacer algo, empecé a copiar.

Llené varias hojas con mi escritura lenta, apretada, desigual. Copié la primera página del diccionario. Creo que ese trabajo me llevó un día entero. Después lo releí en voz alta.

A la mañana siguiente, me desperté pensando en todas aquellas palabras, infinitamente orgulloso de haber escrito tanto de un tirón, palabras cuya existencia ni siquiera sospechaba. Haciendo un esfuerzo, llegué incluso a recordar su significado. Releí las que había olvidado. Cuando pienso en esa famosa página, la primera palabra que me viene a la memoria es «aardvark» (cerdo hormiguero). Había un dibujo que representaba a ese mamífero excavador africano, de cola y orejas largas, que se alimenta de termitas que recoge con la lengua, como el oso hormiguero atrapa las hormigas.

Fascinado, seguí adelante. Copié la siguiente página. La estudié. A cada nueva página, conocía más los hombres, los lugares, los acontecimientos históricos. Un diccionario es una enciclopedia en miniatura. Cuando acabé la letra A pasé a la B. Al final, copié el diccionario entero. Con la práctica, avanzaba ya mucho más rápido. Entre el diccionario y las cartas, creo que debí de escribir un millón de palabras en la cárcel.

A medida que mi vocabulario aumentaba, entendía mejor los libros. El buen lector sabrá comprender que aquello era un mundo nuevo para mí. Desde entonces y hasta que salí de la cárcel, pasé todos mis momentos libres leyendo en la biblioteca o tumbado en el camastro de la celda. Me resultaba imposible separarme de los libros. Así, pasé meses impregnándome de las doctrinas de Elijah Muhammad, escribiendo cartas, recibiendo visitas de Ella y de Reginald, y sobre todo leyendo. Llegué a olvidarme de que estaba preso. A decir verdad, nunca había sido tan libre.

La biblioteca de la colonia penitenciaria de Norfolk se encontraba en el

edificio de la escuela. Los profesores de Harvard y la Universidad de Boston venían a dar clases. Cada semana había un debate en ese edificio. Uno no puede imaginarse hasta qué punto se apasionaban los detenidos por cuestiones como «¿Hay que dar leche a los niños pequeños?».

En los estantes de la biblioteca había libros de casi todos los temas de interés general. Muchas de las obras donadas por Parkhurst permanecían aún guardadas en cajas en el almacén de la biblioteca. Eran miles de libros viejos, algunos de ellos muy antiguos; tenían las tapas descoloridas y remendadas las costuras. Como ya mencioné, a Parkhurst le interesaban fundamentalmente la historia y la religión. Como poseía el dinero necesario, había logrado reunir gran número de obras que no se encuentran fácilmente y que serían la envidia de cualquier biblioteca universitaria.

Dado que en Norfolk se daba especial importancia a la rehabilitación, los detenidos que manifestaban interés por la lectura eran muy bien considerados. Muchos de los presos, sobre todo los que participaban en los debates, eran cultos. Algunos pasaban por ser enciclopedias andantes. Eran los personajes del lugar. Yo devoraba los libros como no se hubiera exigido nunca a ningún estudiante. Me resultaba maravilloso ser capaz de leer, y sobre todo, de comprender los escritos.

Leía más en la habitación que en la biblioteca. Un interno del que se supiera que leía mucho podía sacar más libros de los permitidos habitualmente. Yo prefería leer aislado por completo en mi habitación. Cada noche apagaban la luz a las diez, lo que me sacaba de quicio, pues tenía la impresión de que me interrumpían en un momento decisivo de la lectura.

Afortunadamente, la luz del corredor iluminaba un poco mi habitación. Eso bastaba para mis ojos acostumbrados a la penumbra. Me sentaba en el suelo y continuaba leyendo como podía.

Los guardianes de noche se daban una vuelta a cada hora. Cuando oía el ruido de sus pasos, me metía en la cama y simulaba que dormía. Pasaba la ronda, y continuaba la lectura en el suelo durante cincuenta y ocho minutos. Después, el guardián volvía a pasar. Eso duraba hasta las tres o cuatro de la madrugada. Tres o cuatro horas de sueño me bastaban. Muchas veces, durante mis años pasados en la calle, había dormido menos.

Elijah Muhammad daba importancia especial al «blanqueamiento» de la

historia. Decía que los libros de historia habían sido escritos por los blancos, quienes habían omitido toda mención de los negros. No podía haber dicho nada que me impresionara tanto como eso. Todavía no había olvidado las clases de historia nacional cuando iba a la escuela de Mason. No había olvidado que la historia de los negros ocupaba un solo párrafo y que el profesor hacía reír a todo el mundo con el siguiente chiste: «Los pies de los negros son tan grandes que hacen agujeros al andar».

Ésa es una de las razones por las que las doctrinas de Elijah Muhammad se extendieron tan rápidamente por Estados Unidos, y atrajeron a todos los negros sin excepción, no sólo a los que se convirtieron en discípulos suyos. A todo negro le parecían verosímiles sus enseñanzas. Que me presenten a un negro adulto —o incluso, un blanco— norteamericano que conozca, gracias a los libros de historia, el verdadero papel del hombre negro. Desde que oí hablar de la «gloriosa historia de los negros», me esforcé en encontrar libros que me informaran con más detalle de la historia negra.

Recuerdo perfectamente la primera colección que me impresionó de verdad. Más tarde, la compré para que la lean mis hijas cuando sean más mayores. Se trata de *Las maravillas del mundo*. Está llena de fotografías, de descubrimientos arqueológicos, de estatuas que suelen representar a personas no europeas.

Descubrí libros como la *Story of Civilization* de Will Durant. Leí el *Esquema de la Historia* de H. G. Wells. Gracias a *Souls of Black Folk* de W. E. B. Du Bois, descubrí la historia de los negros antes de que llegaran a Estados Unidos. *Negro History* de Carter G. Woodson me dio a conocer la existencia de imperios negros anteriores a la época de la esclavitud y las primeras luchas de los negros por la libertad.

Los tres volúmenes de *Sex and Race* de J. A. Rogers me informaron de las mezclas de razas que ocurrieron antes de Jesucristo. Rogers dice que Esopo era un negro que contaba fábulas; habla de los faraones de Egipto, de los grandes imperios cristianos coptos, de Etiopía, la civilización negra ininterrumpida más antigua de todas y tan antigua como la de China.

Las teorías de Elijah Muhammad sobre el origen de la raza blanca me llevaron a leer *Findings In Genetics* de Gregor Mendel. (Recuerdo que tuve que buscar el significado de «genético» en la «G» del diccionario). Estudié

muy a fondo la obra de ese monje austríaco. Tras releerla varias veces, llegué a comprender cómo puede llegarse al hombre blanco partiendo del hombre negro, mientras que lo contrario es imposible, ya que el gen blanco es recesivo. La conclusión era pues evidente: los primeros hombres eran negros.

Hace menos de un año, Arnold Toynbee hablaba en el *New York Times* acerca de la «decoloración» del hombre blanco (sus palabras eran: la «raza blanca [es decir, descolorida] originaria de la Europa septentrional...»). Decía que Europa no existe, pues es sólo una península del continente asiático. Si uno mira el mapa, verá que Estados Unidos también es una prolongación de Asia. (Cabe recordar que Toynbee es uno de los que contribuyeron a «blanquear» la historia. Dijo que África es el único continente que no tiene historia. Hoy ya no lo diría. Cada día reluce más la verdad sobre África).

Cuando descubrí el horror absoluto de la esclavitud, quedé consternado. Esa parte de la historia negra me impresionó tanto que se convirtió en uno de mis temas favoritos cuando fui ministro de Muhammad. Ese crimen, el más odioso que concebirse pueda, esa sangre vertida por los blancos, era inconcebible. Fred Olmstead me abrió también los ojos al describir las atrocidades que se cometieron cuando llegaron los esclavos negros a Estados Unidos. Fannie Kimbal, la mujer europea casada con un propietario de esclavos del Sur, explica también cómo eran envilecidos los negros. Como es de suponer, conozco *La cabaña del tío Tom*. Creo que es la única novela que he leído desde que empecé a leer libros serios.

En la colección de Parkhurst descubrí algunos panfletos de la Sociedad Abolicionista de Nueva Inglaterra. Encontré descripciones de actos inhumanos e ilustraciones de mujeres negras, de esclavos atados y azotados, madres negras que veían cómo los blancos se llevaban a sus bebés a los que nunca más volverían a ver, perros que cazaban a los esclavos y hombres que perseguían a los fugitivos con látigos, palos y cadenas. Descubrí al ministro negro Nat Turner, que había hecho nacer el temor de Dios en el corazón de los blancos. No era uno de esos que predican la resignación y la libertad mediante la «no violencia». Una noche de 1831, en Virginia, Nat se dirigió con otros siete esclavos a la casa del amo, y después fue de plantación en

plantación. Al día siguiente, se registraron cincuenta y siete muertos blancos y Nat se había llevado con él a setenta esclavos. Los blancos, temiendo por su piel, se dieron a la fuga, se encerraron en los edificios oficiales o se escondieron en los bosques. Algunos incluso se marcharon del estado de Virginia. Un pequeño ejército de soldados estuvo dos meses buscando a Nat Turner y, finalmente, lo colgaron. Leí en algún sitio que ese ejemplo incitó a John Brown a invadir Virginia y atacar el transbordador de Harper, unos treinta años más tarde, con trece blancos y cinco negros.

Leí a Herodoto, «el padre de la historia», o más bien, libros que hablaban de él. Leí también la historia de diferentes naciones. Mis ojos se iban abriendo poco a poco, cada vez más grandes, al contemplar las fechorías de los blancos: pillaje, violaciones, matanzas y la esquilmación hasta el agotamiento de los pueblos de color. Pienso, por ejemplo, en libros acerca de la historia de la civilización oriental como el de Will Durant, y en la lucha, narrada por Gandhi, de la India contra los ingleses.

Devorando libro tras libro, descubrí todas las formas de sufrimiento y de explotación que los blancos han aplicado a los pueblos de color. Me enteré de que desde el siglo xvi, los supuestos «mercaderes cristianos» surcaban los mares en busca de imperios asiáticos y africanos, y que saqueaban y oprimían a pueblos amarillos y negros. El hombre blanco no llevó nunca la Cruz a los pueblos de color con humildad, con auténtico espíritu cristiano, a semejanza de Cristo.

Tomados genéricamente, los blancos no eran más que unos oportunistas y piratas que, mediante maquinaciones dignas de Fausto, se valían del cristianismo para facilitar sus conquistas. Siempre en nombre de la religión, trataban de «impías» y «paganas» a las antiguas civilizaciones de los pueblos de color. Una vez acabados los preparativos, empleaban contra ellos la fuerza y la violencia.

Descubrí cómo penetraron los ingleses en la India, país de quinientos millones de hombres de piel oscura, profundamente creyentes; y cómo la Compañía de las Indias Orientales, empresa británica, llegó a dominar en 1759, mediante promesas, trampas y manipulaciones, gran parte de la península. El gobierno inglés, verdadero parásito, mantuvo durante mucho tiempo el yugo tentacular sobre la mitad del subcontinente. En 1857, los

indígenas, desesperados, se rebelaron. La historia no ha conocido nunca, aparte del comercio de esclavos negros, ejemplo de carnicería más feroz, más inútil, más bestial, que la represión británica en la India.

En tiempos de la esclavitud en África, más de ciento quince millones de negros fueron asesinados o avasallados. (Debo recordar que dicha cifra casi alcanza la de la población que poseía Estados Unidos en 1930). Cuando el mercado de esclavos estuvo bien surtido, las codiciosas potencias europeas, con hambre de caníbal, colonizaron las regiones más ricas del continente negro. Por espacio de un siglo, los países africanos, desde el cabo de Buena Esperanza hasta El Cairo, fueron los peones del juego de ajedrez de las cancillerías europeas.

¡Cuán absorto y entusiasmado me encontraba! Ni siquiera diez guardias juntos podrían haberme arrancado de la lectura de esos libros, que resultaban mucho más elocuentes que las palabras del mismo Elijah Muhammad. En ellos tenía la prueba del trato diabólico que el hombre blanco había dispensado a los pueblos de color.

Tomemos el ejemplo de la China de hoy. La radio, la televisión y la prensa reflejan el miedo del hombre blanco acerca de lo que acontece en China. Me pregunto cómo es posible que el blanco ignore en tal medida el odio que los chinos sienten por él, y entonces me viene al recuerdo lo que leí en la prisión acerca de los sangrientos antepasados de este mismo hombre blanco que asolaron China, un país desamparado que los había recibido con muestras de confianza.

Los «comerciantes cristianos» introdujeron miles y miles de toneladas de opio en el país. La difusión de ese vicio llegó a tal extremo que, en el año 1839, el gobierno, preso de la desesperación, ordenó la destrucción de veinte mil cajas de opio. Así comenzó la primera Guerra del Opio, desencadenada por el hombre blanco. ¡Qué inaudito! Atacaron a quienes se resistían a caer en el vicio del opio. Los europeos ganaron la guerra, pues contaban con armas que utilizaban la pólvora inventada por los mismos chinos.

El Tratado de Nankín selló el final de esa primera Guerra del Opio entre China y Gran Bretaña. China fue obligada a resarcir el precio del opio destruido. Los principales puertos del país hubieron de abrirse al comercio

británico. China abandonó Hong Kong por la fuerza. Por si fuera poco, se fijaron aranceles aduaneros tan irrisorios que, al cabo de poco tiempo, las mercancías británicas inundaron el mercado chino, con lo cual el progreso industrial del país quedó impedido.

Tras la Segunda Guerra del Opio, se firmó el Tratado de Tientsin para dar curso legal al comercio de esa sustancia, que tantos desastres había causado. Las aduanas chinas quedaron en poder de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. China procuró aplazar la ratificación del tratado, pero las otras partes reaccionaron enseguida: Pekín fue saqueada e incendiada.

En 1901 estalló la Rebelión de los Bóxers al grito de «¡Muerte al diablo blanco!». Los chinos sufrieron una nueva derrota y fueron expulsados de los barrios más selectos de la capital, donde se colocaron carteles que decían: «Prohibida la entrada de chinos y perros». Eso es lo que hizo con los chinos el malvado y arrogante hombre blanco.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la China roja cerró las puertas al hombre blanco occidental. En un libro publicado en fechas recientes por la editorial de la revista *Life*, se relatan los impresionantes esfuerzos realizados por los chinos en los campos de la agricultura, la ciencia y la industria. Personas que visitaron el país relatan que hay en curso una campaña nunca vista de odio hacia el blanco. Eso ocurre en una nación de color, cuyo porcentaje de nacimientos —si continúa al ritmo presente— hará que albergue, en el plazo de cincuenta años, a la mitad de la población del planeta. Y parece que algunos chinitos van a venir a chamuscarnos con los recientes ensayos atómicos realizados con éxito.

Hay que afrontar la realidad. En las Naciones Unidas hay en vías de formación un nuevo orden del mundo, fundado en el color, una alianza que reúne precisamente a los pueblos de color. Adlai Stevenson, el embajador norteamericano ante dicho organismo mundial, se quejaba no hace mucho de que las Naciones Unidas jugaban al «juego del color de la piel». Tenía razón. Veía las cosas tal como son. Se está jugando al juego del color de la piel. Pero el embajador Stevenson parecía Jesse James acusando al sheriff de llevar un arma. Porque ¿quién, sino el hombre blanco, empezó a desarrollar ese juego y de la peor manera posible?

Muhammad, a quien escribía diariamente, no sospechaba el mundo que se

abría ante mis ojos con ese esfuerzo de hallar una base documental en otros libros a sus enseñanzas.

Cuando descubrí la filosofía, me propuse conocer los hitos más importantes del devenir filosófico. Leí a los filósofos más antiguos, tanto occidentales como orientales, y me quedé con estos últimos. Me daba la impresión de que la filosofía occidental se había inspirado profundamente en ellos. Por ejemplo, supe que Sócrates había viajado por Egipto. Según determinadas fuentes, incluso se inició en los misterios de la religión de ese país. No cabe duda de que parte de la sabiduría de Sócrates provenía de los hombres sabios de Oriente.

He meditado muchas veces acerca de las nuevas perspectivas que me abrió la lectura. En la cárcel me di cuenta de que ello había representado una modificación radical del curso de mi vida. Ahora veo que la lectura despertó en mí un profundo deseo de vivir intelectualmente. No aspiraba a ningún diploma, ese símbolo de categoría que se obtiene en la universidad. Era autodidacta y en cada libro me daba más cuenta de que el negro norteamericano era sordo, mudo y ciego. No hace mucho, me llamó desde Londres un escritor inglés y me preguntó, entre otras cosas: «¿Cuál es su *alma mater*?». «Los libros», respondí sin dudarlo. Dedicaba todos mis momentos libres a la lectura, y aún hoy lo hago. Leo todo lo que me parece que pueda ayudar al hombre negro.

Ayer pronuncié una conferencia en Londres. Tanto a la ida como a la vuelta, sobre el Atlántico, estuve estudiando un documento de las Naciones Unidas donde se explica la forma en que dicho organismo pretende defender los derechos humanos de las minorías oprimidas de todo el mundo. El negro norteamericano constituye el ejemplo más vergonzoso de minoría oprimida. ¿Por qué se imagina el negro que su problema es únicamente competencia de Estados Unidos? Por culpa de esas dos palabras que no tienen sentido alguno: «derechos civiles». ¿Cómo es posible que el negro obtenga los «derechos civiles» si no obtiene primero los «derechos humanos», si no empieza por reconocer que forma parte de uno de los pueblos más grandes de la Tierra?

Entonces comprendería que el problema del negro norteamericano atañe a las Naciones Unidas. A fin de cuentas, la sangre y el sudor de los negros

corren aquí desde hace cuatrocientos años, y los negros todavía suplican que se les conceda lo que se le da de entrada a cualquier inmigrante blanco en cuanto pisa el territorio estadounidense.

Me he desviado de la cuestión. Dije a ese escritor inglés que mi *alma mater* son los libros, una buena biblioteca. Cada vez que viajo en avión, llevo un libro bajo el brazo, de algún asunto interesante, ¡y hay tantos en nuestros días! Si no tuviera que estar cada día luchando contra el hombre blanco, consagraría toda mi vida a la lectura, para satisfacer la curiosidad personal. No hay nada que no me interese. No creo que haya otro presidiario que obtuviese tanto provecho de la cárcel como yo. En realidad, la prisión me permitió dedicarme al estudio con mucha mayor profundidad que si hubiera ido a la universidad, de haber llevado una vida diferente. Las distracciones del estudiante son uno de los principales problemas que aqueja a la universidad: las fiestas, las novatadas y todo eso. ¿Dónde, sino en la cárcel, podría haber yo dedicado tanto tiempo al estudio (a veces, hasta quince horas diarias) para combatir la ignorancia?

Mis lecturas comprendieron, por supuesto, a Schopenhauer, Kant y Nietzsche, aunque no me merecen respeto. Los menciono simplemente para recordar todas las teorías que absorbí en los años de la cárcel. Se dice que esos tres filósofos sentaron los cimientos sobre los que se construyó la filosofía del nazismo y el fascismo. No los respeto porque se dedicaron a estudiar cuestiones carentes de toda importancia. Me recuerdan a muchos de los «intelectuales» negros —así los llaman— que he conocido: siempre hablan de cosas que no sirven para nada.

Spinoza me impresionó —durante un tiempo— cuando descubrí que era negro, un negro judío de origen español. Los judíos lo excomulgaron porque defendía la doctrina panteísta, según la cual Dios está presente en toda la naturaleza y en todas las cosas. Los judíos celebraron el funeral de Spinoza, lo cual quería dar a entender que, para ellos, él estaba muerto. Según tengo entendido, la familia tuvo que abandonar España y se instaló en Holanda.

Os diré una cosa. En la actualidad, el pensamiento filosófico de Occidente ha desembocado en un callejón sin salida. El hombre blanco ha perpetrado un fraude tan inmenso (contra sí mismo y contra los negros) que lo ha

conducido al desastre. Ello es consecuencia de la necesidad neurótica de ocultar el papel verdadero que corresponde al negro en la historia.

Hoy en día, el hombre blanco está obligado a afrontar los acontecimientos que suceden en África, el Continente Negro. Cada mes se descubren nuevos objetos que demuestran reiteradamente que mientras los blancos vivían aún en cuevas, los negros tenían ya grandes y refinadas civilizaciones. Al sur del Sahara, donde los blancos secuestraron a los antepasados de los actuales negros norteamericanos, se han desenterrado maravillosos objetos de arte, esculturas; las más hermosas que haya visto el hombre moderno. Algunas de ellas se exhiben en el Museo Metropolitano de Nueva York. Se trata de objetos de oro purísimo elaborados por maestros sin par. Todos ellos han sido hechos por manos negras de una manera que es imposible de reproducir en los tiempos que corren.

El blanco ha «blanqueado» la historia hasta tal punto que incluso los profesores negros de Estados Unidos saben casi tan poco como los negros más incultos acerca de las civilizaciones y culturas negras de hace miles de años. Yo he pronunciado conferencias en las universidades negras y algunos de esos doctores negros con el cerebro lavado que se doblan bajo el peso de los diplomas han corrido a los periódicos del hombre blanco para decirles que yo era un «negro fanático». Pero bueno, ¡tales profesores llevan un retraso de cincuenta años! Si yo fuera rector de una de esas universidades negras, empeñaría el campus si fuera necesario para que fuese posible enviar a un grupo de estudiantes negros a cavar la tierra en África. Así descubrirían nuevas pruebas de la grandeza de nuestra raza. En este momento, son los blancos quienes cavan la tierra de África. Y hay tantos que los elefantes no pueden andar sin tropezarse con uno de ellos y su pala. Casi todas las semanas, llegan noticias del descubrimiento de riquezas insospechadas de antiguas civilizaciones africanas. Eso es algo nuevo en la actitud del arqueólogo blanco. Hasta ahora, esas civilizaciones habían permanecido enterradas e inexploradas en las tierras del Continente Negro.

Valga de ilustración el siguiente ejemplo. La antropóloga británica, Louise S. B. Leakey encontró restos fósiles: un pie, parte de una mano, mandíbulas y fragmentos del cráneo. El estudio de dichos fósiles la llevó a afirmar que es preciso escribir completamente de nuevo la historia acerca de los

orígenes del hombre. Los fósiles pertenecen a un hombre que vivió un millón ochocientos dieciocho mil treinta y seis años antes de Cristo. Fueron encontrados en Tanganica. Precisamente en el Continente Negro.

Es un crimen mentir a generaciones y generaciones de negros y de blancos. A niños negros, cuyos padres creen que su raza no tiene historia. A niños que constatan, ya antes de aprender a hablar, que sus padres se consideran inferiores a los blancos. Así, esos niños negros inocentes crecen, viven y mueren con la vergüenza de ser negros. Pero la verdad empieza a abrirse paso.

En la colonia penitenciaria de Norfolk se me abrieron otros dos campos que contribuyeron considerablemente a aumentar mi formación durante los años de presidio. En primer lugar, pude realizar la experiencia de abrir los ojos a mis hermanos negros para que viesen determinadas verdades acerca de la raza negra. Por otra parte, cuando hube leído lo suficiente para adquirir algunos conocimientos, comencé a participar en los debates semanales que se llevaban a cabo en la prisión. Ése fue mi bautismo en la oratoria.

Debo hacer una penosa confesión. Me había encontrado tan bien en compañía de los blancos que, en la cárcel, sentía cierta antipatía por los negros que formaban siempre grupitos aparte. Pero a medida que iba asimilando las ideas de Elijah Muhammad, mi actitud hacia mis hermanos de color fue cambiando radicalmente. De repente, me sentí culpable y me avergoncé de mí mismo. A partir de entonces, no desaproveché ni una ocasión de conseguir discípulos para Elijah Muhammad.

Hay que tener cuidado, mucho cuidado, para enseñar la verdad a un negro que la ignora totalmente. Reginald me había explicado que todos los musulmanes que predicaban la doctrina de Muhammad conocían esas dificultades. Nuestros hermanos han sufrido tal lavado de cerebro que es posible que la verdad les repugne. Mi hermano me aconsejó que la revelara poco a poco, que esperara que el novicio la asimilara antes de continuar el ataque.

Empecé explicando a mis hermanos negros presidiarios la gloriosa historia de nuestra raza. Les dije cosas que ni en sueños habrían podido imaginar. Les dije la verdad sobre la esclavitud. Observaba sus caras

mientras hablaba, pues el hombre blanco les había borrado por completo el pasado. El negro estadounidense desconoce su verdadero apellido, la tribu de la que desciende. Nombres de tribus como los mandingo, wolof, serer, fula, fanti, ashanti no significaban nada para ellos. Yo les expliqué que algunos esclavos originarios de África hablaban árabe, y que su religión era el islam. A veces, mis oyentes no querían creerme hasta que comprobaban que las teorías de los blancos concordaban con lo que decía yo. A menudo, les leía pasajes de libros escritos por blancos. Les decía que algunos blancos, los sabios, conocían la verdad. Pero los blancos en general conspiraban desde hacía generaciones para dejar a los negros en la ignorancia.

Vigilaba atentamente las reacciones de mis oyentes. Debía andarme con cuidado. A cada momento, algún negro desgraciado, algún tío Tom víctima del lavado de cerebro, podía denunciarme a los blancos. Cuando un preso estaba maduro, me daba cuenta enseguida, lo llamaba aparte y le repetía las palabras de Muhammad: «El hombre blanco es el diablo». La mayoría de las veces eso les causaba una conmoción.

Pero después empezaban a reflexionar.

Las doctrinas musulmanas se han extendido por todas las cárceles de Estados Unidos y ganan nuevos adeptos cada día. Ello constituye un gran problema para las autoridades penitenciarias, pues en proporción a la población, hay muchos más negros que blancos en las prisiones norteamericanas.

De todos los negros, el más apto para apreciar la naturaleza diabólica del hombre blanco es el preso. Salvo, claro está, los llamados «intelectuales», esos que se desesperan por «integrarse» en la sociedad blanca, y los negros bien comidos y felices con las migajas que arroja el blanco. Podrá no reaccionar de inmediato, podrá no manifestar su opinión claramente, pero hay una cosa segura: en cuanto el negro comienza a pensar, ve de qué forma le ha afectado personalmente la conducta diabólica del hombre blanco.

El cautivo negro comprende enseguida por qué está entre rejas, probablemente preso durante muchos años, y entre rejas blancas. En general, el preso procede de los hogares más miserables, ha recibido un trato vejatorio a lo largo de toda su vida, como si fuera un niño, y todo lo

que conoce de los blancos es que le hicieron algo o le quitaron alguna cosa.

A ese negro enjaulado hay que dejarlo reflexionar, como hice yo cuando oí por vez primera las enseñanzas de Elijah Muhammad, sobre lo que habría podido ser de joven si hubiese tenido ocasión: abogado, médico, sabio o cualquier otra cosa. Debe comprender, al igual que yo, que desde que desembarcó el primer barco de esclavos, los millones de negros norteamericanos han sido como corderos en la boca del lobo. Por eso la doctrina de Elijah Muhammad penetra y circula tan rápidamente por las cárceles. En efecto, la frase «El hombre blanco es el diablo» refleja fielmente lo que ha sido toda la vida del preso negro.

Ya he mencionado que los debates eran un acontecimiento semanal en la colonia penitenciaria de Norfolk. Las lecturas habían llevado mi cabeza a un estado de ebullición. Sentía deseos imperiosos de decirle al hombre blanco en la cara lo que era realmente, y decidí que la mejor forma de hacerlo era inscribirme en los debates semanales de la penitenciaría.

El hecho de ponerme de pie y hablar ante el público era algo que ni siquiera se me había pasado por la mente en mi vida anterior. Cuando hacía vida de delincuente en la calle, me dedicaba a robar y a vender y consumir drogas, pero ni siquiera tras haberme fumado un kilo de hachís habría sido capaz de soñar que un día llegaría a hablar en toda clase de lugares públicos, en las mayores universidades del país, en espacios de radio y televisión, por no mencionar las conferencias en Inglaterra, Egipto y en todo el resto de África.

Pero confieso que en aquel momento, cuando hablé por primera vez ante el público de la cárcel, para mí fue un descubrimiento tan extraordinario como el de los libros. Estar allí, de pie, con todas las miradas fijas en mí, las cosas que pensaba expresadas por mi boca mientras buscaba las palabras para formular la oración siguiente, convencido de que si sabía hacerlo podría ganarme al público. Nos daban un tema de discusión. Fuese cual fuese la tesis que yo debía defender, me informaba siempre a fondo sobre la cuestión. Me ponía en el lugar del adversario, preveía sus argumentos y buscaba la manera de rebatirlos. No desaprovechaba nunca la ocasión de plantear en la discusión el tema de la naturaleza diabólica del hombre blanco.

Recuerdo una buena oportunidad que llegó de modo inesperado. El tema de debate era «El servicio militar, ¿obligatorio o no?». Mi adversario argumentaba con grandes gestos que los etíopes sólo tenían piedras y lanzas para defenderse de los aviones italianos, lo cual «demostraba» que la instrucción militar obligatoria era una necesidad.

Yo respondí que la carne de los negros etíopes había sido despedazada por bombas que contaban con la bendición del papa de Roma; que los etíopes no habrían dudado ni un momento en arrojarse con el cuerpo desnudo sobre esos aviones que representaban la encarnación del diablo.

El público me tachó de loco porque transformaba el debate en una cuestión racial. Yo respondí que se equivocaban, que se trataba de hechos históricos y que quien no lo creyera podía consultar *Days of Our Years*, una obra de Pierre van Paassen. Pero ocurrió que inmediatamente después del debate, el libro desapareció de la biblioteca del presidio, lo que no me extrañó en absoluto. Fue entonces cuando acepté la misión de decirle al blanco lo que era y de consagrar a ello mi vida, o morir.

Otro debate estuvo dedicado a la cuestión de si Homero había existido realmente. Recuerdo que arrojé directamente en el rostro de aquellos blancos la teoría según la cual Homero representaba únicamente el rapto de los negros de África por los europeos, quienes luego procedieron a cegarlos para que no fueran capaces de regresar a los lugares de origen. (Dicho sea de paso, Homero, Omar y *moro* son voces afines, del mismo modo que Pedro y *petra* significan «roca»). A aquellos moros ciegos se les enseñó a cantar las gloriosas hazañas de los blancos europeos. Dejé claro que eso era la idea diabólica del blanco acerca de las hazañas. Tomé otro ejemplo (las *Fábulas* de Esopo) y expliqué que «Esopo» era el nombre que daban los griegos a los habitantes de Etiopía.

Un apasionante debate en el que participé trataba de la identidad de Shakespeare. Esa vez no era una cuestión de color; simplemente me intrigaba el enigma shakespeariano. La traducción de la Biblia del rey Jacobo I está considerada la mejor obra literaria de la lengua inglesa. La lengua de Shakespeare y la de la Biblia forman una sola. Se dice que de 1604 a 1611, el rey Jacobo I pidió a sus poetas que tradujeran la Biblia. Si Shakespeare existía realmente, era el primero de los poetas de su tiempo.

Pero en ningún sitio se dice que Shakespeare hubiera participado en la traducción de la Biblia. Si realmente existía, ¿por qué el rey Jacobo no recurrió a sus servicios? Y si, por el contrario, lo hizo él, ¿por qué es uno de los secretos mejor guardados del mundo?

Sé que mucha gente pretende que Francis Bacon era Shakespeare. Pero si lo era, ¿por qué tenía que guardar el secreto? Bacon no era de sangre real. Los personajes reales utilizaban a veces un seudónimo porque no era conveniente para su dignidad real tener ocupaciones artísticas o teatrales. Pero Bacon ¿qué podía perder? Al contrario, lo habría tenido todo para ganar.

En los debates de la cárcel, sostuve la teoría de que el rey Jacobo en persona era el verdadero poeta que se escondía bajo el seudónimo de Shakespeare. Fue el rey más grande que jamás se sentó en el trono de Inglaterra. ¿Quién sino, entre los personajes reales, habría tenido el gigantesco talento para escribir las obras de Shakespeare? Fue él quien le dio forma poética a la Biblia, a esa Biblia que por sí misma y por la versión que nos ha dejado el rey Jacobo ha esclavizado al mundo.

Cuando Reginald vino a verme, le hablé de la documentación que tenía acumulada sobre la doctrina musulmana. Por ejemplo, había leído *El paraíso perdido* de John Milton. (Era el volumen cuarenta y tres o cuarenta y cuatro de la colección «The Harvard Classics»). Según dicha obra, tras ser expulsado del Paraíso, el diablo se propuso recuperar terreno y se valió para ello de las fuerzas de Europa, personificadas por los papas, Carlomagno, Ricardo Corazón de León y otros caballeros. En mi opinión, eso significaba que los europeos estaban inspirados y guiados por el diablo, o al menos, por la personificación humana de él. O sea que Milton y Elijah Muhammad decían lo mismo con distintas palabras.

Un día, Reginald me habló mal de Muhammad, aunque no recuerdo exactamente lo que me dijo. Más que las palabras en sí, fue la forma en que las pronunció y el tono de voz de mi hermano lo que me dio a entender que se trataba de agravios contra Muhammad.

Me tomó totalmente por sorpresa. Reginald, mi propio hermano, en quien yo tenía plena confianza, por quien sentía tanto respeto, el que me había hablado por vez primera de la Nación del Islam. ¡No podía creerlo!

Entonces yo tenía al islam por encima de todo, Muhammad me había convertido en otro hombre.

Reginald me explicó que Elijah Muhammad lo había expulsado de la Nación por no acatar las normas morales. Pese a que había conocido y aceptado la verdad y las leyes del islam, había mantenido relaciones ilícitas con la entonces secretaria del Templo de Nueva York. Advertido por otros fieles, que se dirigieron a Chicago, Muhammad había sancionado a mi hermano.

Reginald me dejó atormentado. Aquella misma noche escribí a Muhammad: intenté defender a mi hermano, interceder por él. Le dije todo lo que Reginald representaba para mí.

Eché la carta en el buzón del censor de la cárcel, y pasé el resto de la noche rezando a Alá. Creo que ningún hombre ha rezado nunca tan sinceramente como yo aquella noche. Le pedí a Alá que me sacara de aquella confusión.

La noche siguiente, mientras dormía, sufrí un sobresalto y sentí que había alguien sentado a mi lado. Recuerdo perfectamente que llevaba un traje oscuro. Su piel no era ni negra ni blanca, sino de color marrón claro, y tenía un semblante de tipo asiático; el cabello era negro y de aspecto aceitoso. Lo miré directamente a la cara.

No me asusté. Sabía que no era un sueño. No podía moverme ni hablar. El hombre permanecía sentado a mi lado sin decir nada. No podía discernir de qué raza era; sólo sabía que era de color. Tampoco sabía de quién se trataba. Entonces, de súbito se marchó, igual que había llegado.

Poco después, recibí la respuesta de Muhammad. En ella decía lo siguiente: «Quien duda de la verdad en la que una vez creyó, es que nunca creyó realmente en ella. ¿Qué otra cosa puede hacer que uno dude de la verdad sino la propia debilidad?».

Quedé conmovido. Reginald no llevaba la vida disciplinada que debe llevar todo musulmán. Sabía que Elijah Muhammad tenía razón y que mi hermano se había equivocado. Porque lo que está bien, está bien, y lo que está mal, está mal. Pero en aquel momento no tenía ni la más remota idea de que llegaría un día en que Elijah Muhammad sería acusado por sus propios hijos de los mismos actos de inmoralidad de que él había acusado a mi

hermano Reginald y a otros muchos.

No obstante, la carta de Muhammad sirvió para despejar todas las dudas que me atormentaban. Quedó rota la influencia que Reginald ejercía sobre mí. Desde entonces, todo lo que él ha hecho es equivocado, al menos desde mi punto de vista.

Reginald siguió visitándome. Cuando se convirtió, vestía con absoluta corrección. Ahora llevaba camisetas, pantalones estrechos y zapatillas de tenis. Noté que estaba en baja forma. Lo escuchaba fríamente mientras hablaba. Pero lo escuchaba. Era mi hermano.

Poco a poco, vi el castigo de Alá —lo que los cristianos llaman «maldición»— que caía sobre Reginald. Elijah Muhammad decía que Alá castigaría a Reginald, que todo aquel que lo desafiara sería castigado. El islam nos había enseñado que quien ignora la verdad vive en la oscuridad. Pero una vez que se acepta la verdad, está ya en la luz. Alá castiga entonces a todo el que se opone a la verdad.

Muhammad enseñaba que la estrella de cinco puntas representa la justicia y asimismo los cinco sentidos del hombre. La forma que tenía Alá de ejercer la justicia contra aquellos que se rebelaban contra su Mensajero, o contra la Verdad, consistía en actuar sobre esos cinco sentidos. De esa manera, Alá hacía saber a sus fieles que estaba dispuesto a defender a su Mensajero, siempre que éste no se apartase del camino de la verdad. Y en consecuencia, Alá arrojaba la confusión a los espíritus de los apóstatas. Estaba convencido de que Alá castigaba así a mi hermano.

Supe por una carta, creo que de mi hermano Philbert, que Reginald se encontraba con él en Detroit. No volví a saber de él hasta que Ella vino a verme semanas más tarde. Me dijo que Reginald estaba viviendo en su casa, en Roxbury. Habían llamado a la puerta, me contó, había abierto y se había encontrado con Reginald en un estado lamentable. «¿De dónde vienes?», le preguntó. Reginald respondió que venía de Detroit. «¿Y cómo has venido?». «A pie».

Creía efectivamente que Reginald había hecho todo ese trayecto caminando. Creía también en Elijah Muhammad: él nos había convencido de que el castigo sufrido por Reginald le había trastornado la mente y le impedía medir la distancia y el tiempo. Hay una dimensión del tiempo que

no se conoce en Occidente. Según explicaba Elijah Muhammad, el castigo de Alá permite que los cinco sentidos del individuo queden completamente trastornados por obra de quienes poseen facultades psíquicas superiores. De esa forma, el cabello se vuelve blanco como la nieve en cuestión de minutos, o uno puede caminar mil kilómetros y le parece que apenas ha recorrido cinco manzanas.

A partir de mi conversión, me había dejado crecer la barba. Reginald vino a verme, se agitó nerviosamente en la silla y dijo que cada pelo de mi barba era una serpiente. Veía serpientes por todas partes. Después se le metió en la cabeza que él era el «Mensajero de Alá». Reginald se paseaba por las calles de Roxbury, me explicó Ella, y decía a la gente que tenía poderes divinos. Después, subió de categoría: dijo que él era Alá. Al final acabó diciendo que era más grande que Alá.

Se llevaron a Reginald y lo internaron en un manicomio. Nadie entendía lo que le pasaba. No sabían en qué consistía el castigo de Alá. Lo dejaron salir, pero al poco tiempo lo encerraron en otra institución.

Reginald sigue internado ahora. No quiero decir dónde para no causarle más problemas de los que ya tiene.

Yo creo, ahora, que estaba escrito que él debía ser sólo un instrumento: tenía que servirme de cebo, tirarse al océano negro en que yo estaba y hacerme subir a la superficie. No puedo explicarme de otro modo todo lo sucedido.

Cuando Elijah Muhammad fue acusado de inmoralidades, llegué a la conclusión de que no fue el castigo divino lo que afectó a Reginald, sino el gran dolor que experimentó al verse completamente rechazado por su propia familia, que seguía las órdenes de Elijah Muhammad, y por eso volvió su locura contra éste.

Creo que resulta imposible ver en sueños, despierto o en una visión, y verlo de forma real, con todo detalle, a alguien completamente desconocido. Si ello llega a ocurrir, es una especie de pre-visión.

Posteriormente, llegué a pensar que la persona que había visto en esa pre-visión era el Maestro W. D. Fard, el Mesías, el que había designado a Elijah Muhammad —según decía éste— como último Mensajero para el pueblo negro de América del Norte.

Mi último año en prisión lo pasé en la cárcel de Charlestown. La noticia de que yo predicaba el islam había corrido incluso entre los presidiarios blancos; seguramente alguno de aquellos negros convictos con el cerebro lavado había hablado demasiado. Además, los censores habían informado sobre mi correspondencia. Las autoridades de la colonia penitenciaria de Norfolk se habían asustado. Para conseguir que me trasladaran encontraron un pretexto: que había rechazado no sé qué vacuna o inyección.

Lo único que me preocupaba era que faltaba poco tiempo para presentarme a la comisión encargada de estudiar las solicitudes de libertad condicional. Pero pensé que las autoridades preferirían verme difundiendo el islam fuera de la cárcel.

Cuando entré en la cárcel tenía una vista excelente: diez sobre diez. Pero al volver a Charlestown había leído tanto a la luz del pasillo que me había vuelto astigmático. Me recomendaron llevar gafas, y no he dejado de llevarlas desde entonces.

Era menos libre en Charlestown que en Norfolk. Pero descubrí que muchos presidiarios negros asistían a un curso sobre la Biblia y a él me apunté. El profesor era un enorme rubio de ojos azules (el «diablo» encarnado), un estudiante de Harvard. Después de la clase, respondía a las preguntas que le formulaban. Era muy sagaz en esta clase de juego. No sé cuál de los dos conocía mejor la Biblia, pero tengo que rendirle este homenaje: sabía verdaderamente mucho en materia de religión. Reflexioné largo tiempo sobre la manera de derrotarlo y dar a los presidiarios negros materia de reflexión, de discusión.

Por fin, levanté la mano. El profesor acababa de hablar de san Pablo.

—¿De qué color era san Pablo? —le pregunté. Y continué, haciendo pausas—: Debía de ser negro... porque era hebreo... Y los primeros hebreos eran negros, ¿no?

El profesor se ruborizó, como lo hacen todos los blancos.

—Sí —me respondió.

Yo no había acabado todavía.

—¿De qué color era Jesús...? Él también era hebreo, ¿no?

Los presidiarios, negros y blancos, se levantaron de los asientos A ningún preso, por difícil que sea, diablo blanco cristiano o cristiano negro sumiso,

le gusta oír que Jesús no era blanco. El profesor se levantó. No hubiera debido tener vergüenza. Desde entonces, no he conocido nunca a ningún blanco inteligente que afirmara que Jesús era blanco. ¿Cómo podría hacerlo?

—Jesús tenía la piel morena —dijo el profesor.

Le dejé la ventaja de ese compromiso.

Como había previsto, la noticia corrió aquella misma noche por todas las celdas, blancas o negras. Por dondequiera que pasara, me saludaban con una amplia sonrisa. Y cada vez que tenía ocasión de hablar con un hermano negro en traje de rayas, le decía: «¡Dime! ¿Has oído hablar alguna vez de Elijah Muhammad?».

Salvador

En la primavera de 1952 comuniqué por carta a Elijah Muhammad y a mis parientes que la comisión de libertad condicional de Massachusetts se había pronunciado en mi favor. Debía permanecer todavía algunos meses en Charlestown mientras se llevaban a cabo los trámites necesarios con toda lentitud. Estaría bajo la tutela de Wilfred, mi hermano mayor, que en aquel momento dirigía un negocio de muebles en Detroit. Wilfred consiguió que su patrón, un judío, me diera una garantía de empleo inmediato.

En la prisión me llegó el rumor de que Shorty también había conseguido la libertad condicional, aunque no había encontrado todavía a nadie que se hiciera cargo de él. Posteriormente, me enteré de que durante su estancia en la cárcel, Shorty había estudiado composición musical, e incluso había escrito varias piezas. A una de ellas la tituló *El concierto de la Bastilla*.

Tomé la decisión de instalarme en Detroit en vez de Harlem o Boston, influido por los deseos que mi familia me transmitía por carta. Sobre todo, mi hermana Hilda pensaba que, aunque había asimilado la doctrina de Elijah Muhammad, tenía todavía mucho que aprender. En su opinión, era conveniente que fuese a Detroit y pasara a formar parte de un templo que reunía a los musulmanes practicantes.

En el mes de agosto de aquel año, las autoridades de la cárcel me dieron buenos consejos, un traje demasiado pequeño y de mala calidad y una reducida suma de dinero. La puerta de la cárcel se abrió para mí. No miré atrás, pero esto no me distinguía en absoluto de los millones de presos que dejan la cárcel tras ellos.

Mi primera parada fue en un baño turco. Tuve la sensación de que el

vapor eliminaba en parte el mal olor de la cárcel que se me había pegado a la piel. Pasé la noche en casa de Ella, quien también opinaba que me convenía ir a Detroit. Allí la policía no podría reprocharme nada. En cuanto a lo de los musulmanes, Ella no le veía sentido alguno. Hilda y Reginald habían intentado convencerla. Pero Ella, con su gran fuerza de voluntad, no quería saber nada. Me dijo que cada uno era libre de escoger su religión, ser católico, adventista del séptimo día o lo que quisiera, pero que ella no iba a convertirse al islam.

A la mañana siguiente, Hilda me dio algo de dinero. Antes de marcharme, hice tres compras que recuerdo perfectamente: una gafas más bonitas que las que me habían dado en prisión, una maleta y un reloj de pulsera. He pensado posteriormente que, en aquel momento, sin que me diera plena cuenta de ello, yo ya me preparaba para lo que habría de ser mi vida futura, pues esos tres objetos son los que más he utilizado desde entonces. Llevo gafas para corregir el astigmatismo que desarrollé en la cárcel, por todo el tiempo dedicado a la lectura. Viajo tanto que mi esposa tiene listas varias maletas, de modo que, en caso necesario, llevo cualquiera de ellas. Y, por último, no hay persona que valore el tiempo más que yo. Para mí, el reloj es imprescindible, pues no me gusta llegar tarde a las citas. Incluso cuando voy en coche, me guío por el reloj, no por el cuentakilómetros. Opino que el tiempo es más importante que la distancia.

Viajé a Detroit en autobús. El comercio de muebles que dirigía Wilfred estaba situado en pleno centro del gueto negro. Prefiero no mencionar su nombre pues, como relataré, robaban a los negros de forma escandalosa. Wilfred me presentó a los judíos propietarios del comercio, que me contrataron enseguida como dependiente. «Nada al contado», decían los carteles publicitarios del comercio, que atraían a los pobres negros como moscas a la miel. Era una vergüenza. Como los judíos les vendían los muebles a plazos, los negros pagaban dos o tres veces su verdadero precio. La chatarra habitual, barata, de mal gusto, que se encuentra todavía en todos los guetos. La tela mal grapada a los sofás, colchas y alfombras de «imitación de piel de leopardo» o «piel de tigre». Manos torpes, endurecidas por el trabajo, encallecidas, emborronaban las firmas que «aprobaban» las condiciones de esos bandidos y los intereses exorbitantes,

cuya suma total figuraba impresa en letras muy pequeñas que nadie leía.

El senador Barry Goldwater, en el transcurso de la campaña presidencial de 1964, narró a la revista *Jet* una especie de chiste que ilustraba perfectamente la situación. Alguien pidió a un blanco, a un negro y a un judío que expresaran un deseo. El blanco pidió acciones de la Bolsa. El negro pidió mucho dinero. Y el judío pidió joyas falsas y la dirección del «joven de color».

Yo había conocido y vivido la explotación del negro por el blanco durante todos los años vividos en la calle y ahora, por primera vez, empezaba a entenderla de verdad. Veía a mis hermanos apresados entre los tentáculos del blanco que cada noche sacaba del gueto un nuevo saco de dinero. Constaté que el dinero, en vez de ayudar a los negros, iba a parar a los bolsillos de los comerciantes blancos que vivían generalmente en un barrio acomodado donde los negros no tenían por qué poner los pies, a no ser que trabajasen para un blanco.

Wilfred me invitó a vivir en su casa con la familia. Acepté muy a gusto. El calor de un hogar, de una familia, me repuso poco a poco de los recuerdos de la cárcel. Es algo conmovedor para el presidiario que acaba de recuperar la libertad. Además, la atmósfera de un hogar musulmán resulta particularmente emocionante. Me arrodillé para alabar a Alá. No puede apreciarse la vida cotidiana de una familia si no se la conoce. Wilfred me explicó con paciencia y con ternura cada gesto y su significado.

Allí no había la confusión matutina que reina en la mayoría de las casas. Wilfred, padre y sustento de la familia, era el primero en levantarse. «El padre tiene que abrir el camino a la familia», afirmaba. Wilfred hacía sus abluciones, y después yo. Luego le tocaba el turno a Ruth, su esposa, y finalmente, a los niños. Seguíamos el mismo orden para el cuarto de baño.

«En el nombre de Alá hago la ablución», dicen los musulmanes antes de lavarse la mano derecha, y después la mano izquierda. Se lavan los dientes a fondo y se enjuagan tres veces la boca y tres veces la nariz. Luego, se duchan, y el cuerpo purificado ya está dispuesto para la oración.

Todas las personas de la familia, incluso los niños que se ven por primera vez en el día, se saludan con las palabras *As-salaam-alai-kum* («La paz sea contigo», en árabe), y la respuesta es: *Oua-alai-kum-salaam* («Y también

contigo»). El musulmán repite varias veces mentalmente: *Allahu-akbar, Allahu-Akbar* («Alá es el más grande»).

Wilfred extendía la alfombra de la oración mientras los demás se purificaban. Me explicó que las familias musulmanas rezan cuando el sol está cerca del horizonte. Si no se hace en ese momento, hay que esperar a que el sol esté detrás del horizonte. «Los musulmanes no adoran al sol. Rezan hacia el Oriente para unirse a los setecientos veinticinco millones de hermanos del mundo musulmán». Toda la familia, vestidos con túnicas, se volvían hacia el Oriente. Nos sacábamos las zapatillas a la vez antes de pisar sobre la alfombra de la oración.

Hoy, con mi familia, rezo en árabe la siguiente plegaria, que aprendí originariamente en inglés: «Rezo la plegaria de la mañana a Alá, el Altísimo, Alá es grande. Gloria a ti, oh Alá, alabado seas, bendito sea tu nombre y excelsa tu majestad. Doy fe de que Tú eres el único que merece ser servido y adorado».

En el desayuno no tomábamos alimentos sólidos, solamente café y zumo de naranja. Después, Wilfred y yo nos íbamos a trabajar. Allí, al mediodía y hacia las tres de la tarde, nos lavábamos las manos, la boca y la cara, después, sin que nadie nos viera, meditábamos unos momentos.

Los niños musulmanes hacían lo mismo en el colegio. Las mujeres, las madres musulmanas, interrumpían los quehaceres para comunicarse con Dios al mismo tiempo que los setecientos veinticinco millones de musulmanes.

Los miércoles, viernes y domingos teníamos reunión en el Templo Número Uno de Detroit. No éramos muchos. Cerca del templo había tres mataderos. Los chillidos agudos de los cerdos que degollaban acompañaban las reuniones de los miércoles y los viernes. En esas condiciones vivíamos los musulmanes norteamericanos al principiar la década de los años cincuenta.

El Templo Número Uno estaba situado en el número 1470 de la calle Frederick, si mal no recuerdo. El primer templo había sido inaugurado, precisamente en Detroit, por el Maestro W. D. Fard en 1931. No he visto nunca negros cristianos que se comporten como los musulmanes, individualmente o en familia. Los hombres visten discretamente y con gusto. Las mujeres llevan vestidos hasta el tobillo y pañuelos en la cabeza.

No se maquillan. Los niños, muy limpios, son educados con los adultos y entre ellos.

Nunca había soñado siquiera la atmósfera que reinaba entre esos negros, que habían aprendido a enorgullecerse de su raza, a amar a los otros negros en vez de envidiarlos y desconfiar de ellos. Encontré maravillosa la costumbre que teníamos de estrechar las dos manos de nuestros hermanos negros, de expresarles mediante la sonrisa y el tono de voz lo contentos que estábamos de verlos. Honrábamos y respetábamos a nuestras hermanas, musulmanas casadas o solteras, como ningún negro, que yo conozca, honra a su mujer. Eso me parecía estupendo. Los saludos estaban siempre impregnados de calor, de respeto mutuo y de dignidad. «Hermano», «hermana», «señora», «señor». Hasta los niños se saludaban así. ¡Qué hermoso!

Lemuel Hassan era por aquellas fechas el ministro del Templo Número Uno. Nos saludaba con las palabras *As-Salaikum* y le respondíamos *Oua-Salaikum*. Se ponía delante de nosotros, cerca de una pizarra en la que había grabado, por un lado, la bandera estadounidense y debajo de ella las palabras «Esclavitud, Sufrimiento y Muerte», y la palabra «Cristianismo» cerca de la cruz. Debajo de la cruz había un negro colgado de un árbol. Por el otro lado de la pizarra, estaba la bandera musulmana, una media luna y una estrella sobre fondo rojo, con las palabras «Islam: Libertad, Justicia, Igualdad». Debajo de la pizarra, se leía: «¿Quién sobrevivirá a la batalla del Día del Juicio Final?».

El maestro Lemuel nos explicaba durante más de una hora las doctrinas de Elijah Muhammad. Yo estaba absorto en cada una de las sílabas y de los gestos del maestro Lemuel. Muchas veces ilustraba sus pensamientos en la pizarra, donde escribía las palabras y las frases más importantes.

En el templo había todavía algunos sitios vacíos, lo cual me parecía escandaloso. Me quejé a Wilfred. No debería haber sitios vacíos cuando las calles de alrededor estaban atestadas de hermanos negros, víctimas del lavado de cerebro, que bebían, blasfemaban, peleaban y se dedicaban a bailar y a drogarse, los vicios que, según Elijah Muhammad, permitían a los blancos mantener a los negros bajo su autoridad.

Me pareció que los asiduos al templo eran muy derrotistas: esperaban

sentados que Alá nos trajera más musulmanes. Mi lema era otro: «Ayúdate que Dios te ayudará». Yo había pasado años en las calles de los guetos; conocía muy bien a sus habitantes. En Harlem o en Detroit, son siempre los mismos. A mi modo de ver, teníamos que salir a la calle para conseguir adeptos. Siempre he sido activista. Siempre impaciente. Wilfred me aconsejó que tuviera paciencia. No me fue muy difícil, de todos modos, al pensar que Elijah Muhammad, el hombre a quien llamaban «El Mensajero», vendría pronto a vernos y que, quizá, tendría ocasión de conocerlo.

En la actualidad, tengo que ir muchas veces a ver personalidades mundiales, incluso jefes de Estado. Pero entonces, ese año de 1952, esperaba aquella Fiesta del Trabajo[28] con gran impaciencia. Aquel día, los musulmanes del Templo Número Uno de Detroit tenían que ir en caravana (unos diez coches, creo) a Chicago, al Templo Número Dos, para escuchar a Elijah Muhammad.

Fuimos en el coche de Wilfred. No recordaba haber estado tan nervioso desde que era un chaval. En los actos a que he asistido desde entonces he visto multitudes de hasta diez mil negros que aplaudían y gritaban. Aquella tarde de domingo, no seríamos más de doscientos, cuando se reunieron los fieles de los dos pequeños templos y los de Chicago dieron la bienvenida a los de Detroit. Nunca sentí emoción más intensa en toda mi vida.

No me encontraba preparado para el golpe que causó la presencia física de Elijah Muhammad. Se acercó a la tribuna desde el fondo del Templo Número Dos. Iba mirando al frente. Su rostro moreno era dulce, delicado, sensible. Lo había visto tantas veces en fotografía que soñaba con él por las noches. El Mensajero iba rodeado de guardias llamados Frutos del Islam. A su lado, él parecía frágil, minúsculo. Elijah Muhammad y los Frutos del Islam vestían trajes oscuros, camisas blancas y pajaritas. El Mensajero llevaba un fez bordado en oro.

Miré fijamente al gran hombre que se había tomado la molestia de escribir a un presidiario del que no sabía nada. Era pues ese hombre el que se había sacrificado tanto, el que había sufrido tanto para dirigir a los negros que tanto amaba. Cuando empezó a hablar, me incliné hacia delante, y bebí sus palabras. (Trataré de reconstruir lo que Elijah Muhammad nos dijo aquel día, ya que desde entonces lo he oído repetir cientos de veces).

«He trabajado sin descanso durante veintiún años. He estado ante vosotros, he predicado durante estos veintiún años, estando en libertad e incluso en la cárcel. He pasado más de tres años y medio en las penitenciarías federales, más de un año en una cárcel municipal, por haber dicho la verdad. Durante siete largos años me han privado del amor familiar. Huía de los hipócritas, de los enemigos de la palabra revelada por Dios, revelación que os dará vida y os pondrá al mismo nivel que los demás pueblos civilizados e independientes de la Tierra...».

Después habló de la «selva» de América del Norte, «del diablo blanco de ojos azules» que había lavado el cerebro al «así llamado negro». El resultado, nos dijo, era que el negro norteamericano se encontraba «intelectual, moral y espiritualmente muerto». Evocó al Primer Hombre, un negro, a quien arrebataron la tierra natal, la cultura, la lengua, las estructuras familiares, incluso el nombre; hasta tal extremo que el negro de Estados Unidos ya no sabía quién era.

Nos demostró que su doctrina del verdadero conocimiento de nosotros mismos nos permitiría salir del fondo de la sociedad blanca y situaría al hombre negro de nuevo en su lugar de origen, o sea, en la cumbre de la civilización.

Elijah Muhammad se detuvo para respirar, y después pronunció mi nombre. Fue como si me hubiera atravesado una corriente eléctrica. Sin mirarme me pidió que me levantara. Explicó a los fieles que acababa de salir de la cárcel, que había sido fuerte en la cárcel.

—Cada día, durante muchos años el hermano Malcolm me ha escrito una carta desde la cárcel. Y yo le he contestado tantas veces como he podido.

Noté sobre mí la mirada de doscientos musulmanes mientras Elijah Muhammad continuaba. Relató una parábola para ilustrar mi situación. Un día Dios se vanagloriaba de la fidelidad de Job. El diablo declaró que sin la valla tras la que Dios protegía a Job, éste sería infiel. «Saca esa valla protectora, le dijo el diablo a Dios, y yo haré que Job te maldiga».

El diablo podía pretender que, tras la valla de la cárcel, yo, Malcolm, había simplemente utilizado el islam, prosiguió Muhammad. Que, una vez libre, volvería a beber, a fumar, a consumir drogas y al delito.

—¡Bien! Ya no hay vallas alrededor de nuestro excelente hermano

Malcolm. Vamos a ver qué hace. Yo creo que seguirá fiel a nosotros.

Efectivamente, gracias a la bendición de Alá he permanecido fiel hasta el día de hoy y mi fe en el islam conserva toda su fuerza, no se ha quebrantado, pese a las duras pruebas que hube de atravesar. E incluso cuando el curso de los acontecimientos me llevó a la ruptura con Elijah Muhammad, yo le manifesté en el primer momento, con toda la sinceridad de que era capaz, que mi fe en él permanecía inalterable y que era aún mayor que la fe que él tenía en sí mismo.

Las causas de la ruptura con Muhammad no se reducen a un problema de celos y envidia. No creo que haya otro hombre sobre la tierra que haya tenido más fe que yo en Elijah Muhammad.

Como se recordará, cuando estaba en la cárcel, había dicho que Muhammad se hospedaba en casa de mi hermano Wilfred cuando visitaba el Templo Número Uno en Detroit. Todos decían que ningún musulmán sería capaz de retribuir lo que Elijah Muhammad hacía por él. Aquella tarde, después de la reunión, Elijah Muhammad invitó a toda mi familia y a Lemuel Hassan a cenar en su nueva casa.

Nos confió que sus hijos y sus discípulos habían insistido en que se instalara en esa casa de dieciocho habitaciones, más grande y más cómoda, que quedaba en el número 4847 de la avenida Woodlawn. Creo que hacía una semana que acababa de mudarse y nos enseñó las paredes que había hecho pintar de nuevo. Yo habría querido ofrecerle una silla al Mensajero de Alá, pero como nos habían advertido otros fieles, era él quien se preocupaba de que estuviéramos cómodos.

Esperábamos oír muestras de su sabiduría durante la cena, pero en vez de eso él nos animó a que hablásemos nosotros mismos. Pensé en el Templo Número Uno de Detroit, donde la gente se limitaba a esperar que Alá nos enviara conversos, y en los millones de negros de todo el país que no habían oído hablar nunca de las doctrinas que tenían que despertar al hombre negro y darle una nueva vida. De repente, sentado a la mesa de Elijah Muhammad, encontré las palabras que buscaba. Siempre digo lo que pienso.

Le pregunté a Muhammad cuántos fieles debería haber en el templo de Detroit.

—Miles —me respondió.

—Sí, señor. ¿Y cuál es, en su opinión, la mejor manera de convencerlos?

—Primero, hay que atraer a los jóvenes —dijo—. Los mayores vendrán después.

Me prometí que seguiría ese consejo. De regreso a Detroit, hablé con Wilfred. Le ofrecí mis servicios al ministro del templo. Lemuel Hassan compartía mi convicción de que deberíamos llevar a la práctica la fórmula de Muhammad mediante una campaña de proselitismo. Aquella misma noche, y todas las noches, inmediatamente después del trabajo, salía «a la pesca», como llamaríamos más tarde a las campañas en busca de adeptos. Conocía perfectamente la forma de pensar y el lenguaje que hablaba el negro de la calle. Me acercaba a la gente y le decía: «Escucha, voy a contarte una buena...».

Fue entonces cuando el templo de Chicago me otorgó la letra «X». La «X» del musulmán representa su verdadero apellido africano, el que no puede saber. La «X» sustituyó a «Little», el apellido que había impuesto a mis antepasados algún diablo blanco, un esclavista de ojos azules que también se llamaba Little. Desde entonces, se me conoce en la Nación del Islam por el nombre de Malcolm X. Muhammad nos decía que teníamos que guardar esa «X» hasta que Dios viniera a la tierra y nos concediera un nombre santo de sus propios labios.

Hice campaña para ganar adeptos en los bares, en las salas de billar, en las esquinas de las calles del gueto negro de Detroit. Encontré a la mayoría de mis pobres hermanos tan ignorantes, tan ciegos, sordos y mudos, desde el punto de vista intelectual, moral y espiritual, que eran incapaces de responder a mi llamada. Me indigné al comprobar que eran muy pocos los negros que manifestaban un mínimo interés por las doctrinas que podían resucitar a nuestro pueblo. A esos pocos casi les pedía por favor que acudieran al acto que iba a celebrarse en el Templo Número Uno, pero no acudió ni siquiera la mitad de los que habían manifestado interés.

Pero paulatinamente el número de interesados aumentó, y en consecuencia, comenzó a engrosarse la caravana de automóviles en la que acudíamos a la reunión mensual en el Templo Número Dos en la ciudad de Chicago. Sin embargo, después de ver y oír a Elijah Muhammad en

persona, sólo un puñado de los nuevos concurrentes solicitaban el ingreso en la Nación del Islam.

Al cabo de unos meses de lanzar la campaña de adeptos, el templo triplicó el número de fieles. Eso complació tan profundamente a Muhammad que nos honró con una visita personal. Me hizo objeto de cálidos elogios cuando el ministro Hassan le relató cuán esforzadamente había trabajado yo por la causa del islam.

Las caravanas mensuales a Chicago crecieron en número. ¡Ya eran veinticinco automóviles! ¡Qué orgulloso me sentía! Elijah Muhammad siempre nos obsequiaba con una cena en su propia casa. Por comentarios que hacía, comprendí que él se había dado cuenta de que yo era un muchacho que prometía. Yo lo adoraba.

A principios de 1953 dejé la tienda de muebles. Podía ganar un poco más en la fábrica Gar Wood que había en la misma ciudad y donde se fabricaban las carrocerías de los grandes camiones de recogida de basura. Yo me encargaba de la limpieza de las carrocerías y comenzaba la tarea cuando los soldadores terminaban.

Durante la cena, Muhammad nos contó que necesitaba sobre todo jóvenes aptos para el trabajo y dispuestos a asumir responsabilidades ministeriales. Era preciso difundir la doctrina aún más que hasta entonces y para ello tendrían que inaugurarse templos en otras ciudades.

Nunca se me había ocurrido la posibilidad de que yo pudiese ser ministro. Nunca me había sentido lo bastante preparado para representar directamente a Muhammad. Me contentaba, y me sentía orgulloso de ello, con servirle de la manera más humilde.

Por indicación de Muhammad, o quizá del ministro Hassan, tomé un día la palabra en nuestro templo. Recuerdo que di testimonio de la metamorfosis que las doctrinas de Muhammad habían operado en mí. «Si os contara la vida que he llevado, no me creeríais... Cuando hablo de los blancos, lo hago con pleno conocimiento de causa...».

Poco después, el ministro Hassan me obligó a improvisar un discurso delante de nuestros hermanos. Dudé. Pero de todos modos, ya había participado en los debates de la prisión de Norfolk. No recuerdo qué dije aquel día, pero creo que me serví de lo que había leído en la cárcel. Hablé

del cristianismo y de la ignominia de la esclavitud. Estaba muy bien documentado sobre eso.

«Hermanos y hermanas: la religión cristiana del blanco esclavista en esta selva de Estados Unidos nos enseñó a los negros que cuando muramos nos saldrán alas en la espalda y volaremos al cielo, a un lugar que Dios reservó especialmente para nosotros y que se llama Paraíso. ¡Así es como la religión del blanco consiguió lavar el cerebro de los negros! ¡Hemos aceptado esa religión! ¡La hemos abrazado! ¡Hemos creído en ella y la hemos practicado! El diablo blanco de ojos azules nos ha estafado. Deformó la idea de la cristiandad. Se aprovechó de todo lo que hacíamos por él para mantenernos sometidos..., para que sigamos esperando el maná del cielo y la vida eterna... mientras él disfruta del paraíso aquí mismo..., en la tierra..., en esta misma vida».

En la actualidad, ahora que hablo delante de miles de musulmanes negros y de otras personas, ahora que millones me escuchan por la radio y la televisión, puedo afirmar con rotundidad que no siento esa corriente eléctrica que me recorrió el cuerpo cuando hablé ante el público que había acudido al templo (a lo sumo un centenar de fieles y algún que otro curioso), cuyos rostros estaban fijos en el mío, en medio de los chillidos desgarradores de los cerdos procedentes del matadero vecino.

Durante el verano de 1953 (¡alabado sea Alá!) fui nombrado ministro ayudante del Templo Número Uno de la ciudad de Detroit. Cada noche, después del trabajo, iba «a la pesca» al gueto negro. Contemplaba a mis hermanos negros, cuyos rasgos africanos habían desaparecido, víctimas del lavado de cerebro del diablo blanco. Los veía con el pelo alisado, igual que lo había llevado yo durante años, cocido por la sosa cáustica hasta quedar lacio como el cabello de los blancos. Mis hermanos rechazaban las doctrinas de Muhammad y a veces incluso se burlaban. «¡Bah! ¡Dejadnos en paz! ¡Negros chalados!». Entonces me estallaba la cabeza de ira, de compasión por mis pobres hermanos ciegos. Esperaba con impaciencia la próxima reunión en el templo, y ya sabía lo que iba a decir:

«Hermanos: nosotros no desembarcamos en Plymouth Rock,[29] ¡Plymouth Rock cayó sobre nosotros...! ¡Dad todo lo que podáis para ayudar al plan para la independencia del hombre negro que conduce Elijah

Muhammad, el Mensajero de Alá...! La dominación del hombre blanco nos ha convertido en mendigos: “Oiga, señor blanco, patrón, ¿no me da otra migaja de su mesa rebosante de riquezas?”.

»¡Mis hermosos hermanos y hermanas negros! Cuando decimos “negro” nos referimos a todo lo que no es blanco. ¡Mirad el color de vuestra piel! Para el hombre blanco, todos los negros somos iguales, pero ¿no advertís los mil y un matices de nuestras pieles? ¡Mirad, mirad al vecino que está a vuestro lado! ¿Qué matiz del negro africano contaminado por el diablo blanco veis en él? Miradme a mí, por ejemplo. Cuando vivía en la calle, me llamaban Red de Detroit. ¡Sí! ¡Ese diablo blanco Red que violó a mi abuela, la madre de mi padre, era pelirrojo! A ella no le gustaba hablar de eso. ¿Podemos culparla? Ella contaba que nunca le dirigía la mirada, y se alegraba de comportarse así. ¡Y yo me alegro de que ella lo hiciera! Tened la certeza de que si yo fuera capaz de desembarazarme de la sangre de aquel blanco que contamina mi cuerpo, lo haría sin vacilar, porque odio hasta la última gota de sangre de aquel violador blanco que hay en mí.

»¡Hermanos!: a todos nosotros nos ocurre lo mismo. Pensad que, durante la esclavitud, era rarísima aquella de nuestras abuelas, bisabuelas y tatarabuelas que lograba escaparse de la violación del blanco. Ese blanco esclavista que castró al negro, con amenazas, con miedo... hasta tal extremo que en la actualidad el negro lleva en lo más profundo del corazón el miedo por el hombre blanco. ¡Los negros todavía seguimos bajo la bota del blanco!

»Pensad en ello, pensad en ese esclavo negro abrumado por el miedo, ese esclavo negro que oye los gritos de su esposa, su madre, su hija, violada por el blanco en el granero, en la cocina, en los bosques. ¡Pensad en ello, mis queridos hermanos! ¡Pensad en lo que significa oír el lamento de las esposas, las madres, las hijas cuando son violadas! Y el negro tenía tanto miedo del blanco violador que era incapaz de actuar. Y a la perversa progenie surgida de esa bestial violación, el hombre blanco la llamó “mulato”, “cuarterón”, “ochavón”, entre otros nombres, cuando no le dice, simplemente, con todo su desprecio, *¡nigger!*

»¡Mirad, miraos los unos a los otros, hermanos, y pensad en todo esto! Vosotros y yo, todos contaminados con todos esos colores, y ese diablo

tiene la arrogancia y el descaro de pretender que nosotros, sus víctimas, debemos amarlo».

Quedaba tan sofocado después del discurso que me iba a pasear por las calles hasta altas horas de la madrugada. Me pasaba horas sin hablar con nadie, y pensaba en lo que el hombre blanco había hecho a nuestra pobre gente.

Un día, el capataz de la fábrica me mandó llamar. Parecía nervioso. Dijo que en el despacho había un hombre que quería verme.

—FBI —declaró el blanco, y abrió su cartera con gesto rápido (lo hacen así para asustarnos) para enseñarme la documentación. Me ordenó que lo acompañara, sin explicarme el motivo.

Fui con él. En su despacho, me preguntó por qué no me había alistado para la guerra de Corea.

—Acabo de salir de la cárcel —le respondí—. No sabía que aceptaban a los expresidiarios.

Me creyeron. Me hicieron muchas preguntas. Afortunadamente, no me preguntaron si quería ponerme el uniforme del hombre blanco, pues habría respondido que no. Ellos daban por supuesto que yo estaría dispuesto a hacerlo. Me dijeron que no iban a mandarme a la cárcel por el hecho de no presentarme a la junta de reclutamiento, sino que iban a darme una oportunidad, pero debía presentarme de inmediato.

Y así lo hice. Me dieron un formulario para rellenar. Escribí en los espacios correspondientes que era musulmán y que me negaba a realizar el servicio militar por razones de conciencia.

Entregué el formulario a un diablo blanco de edad madura que parecía estar aburrido; leyó lo que yo había escrito y me miró. Después salió sin duda para consultar con alguien. Al cabo de un rato, me dijo que pasara a la habitación de al lado.

Creo que había tres en el otro despacho, tres diablos detrás de sus respectivas mesas. Todos llevaban en el rostro la expresión reservada a los «negros que nos fastidian». Yo puse la cara que reservaba a los «diablos blancos» y los miré fijamente. Me preguntaron en qué me basaba para calificarme de musulmán. Les expliqué que el Mensajero de Alá era Elijah Muhammad y que todos los discípulos de Muhammad en Estados Unidos

eran musulmanes. Sabía que estaban enterados de la existencia de Elijah Muhammad por otros hermanos del Templo Número Uno que habían sido citados anteriormente.

Me preguntaron si sabía lo que era un objetor de conciencia. Les expliqué que mi conciencia me prohibía el ir a cualquier sitio por orden del hombre blanco, y luchar y quizá morir para preservar el orden que imponían los blancos a los negros.

Me respondieron que mi solicitud se hallaba en trámite. De todos modos, tuve que pasar por el examen de aptitud física y me enviaron una tarjeta con determinada calificación. Eso ocurrió en 1953, y no supe nada más por espacio de siete años, cuando recibí otra tarjeta de calificación, la cual llevo siempre en la billetera. El número de la tarjeta es el 20 219 25 1377 y está expedida el 21 de noviembre de 1960. Figura la inscripción «Categoría 5-A» (que no tengo ni idea de lo que significa) y al dorso, esto otro: «Junta de Reclutamiento de Míchigan n.° 19, Condado de Wayne, 3604 South Wayne Road, Wayne, Míchigan».

Cada vez que hablaba en el templo, me quedaba afónico. A mi garganta le costó mucho tiempo acostumbrarse.

«¿Sabéis, hermanos, cuál es el motivo verdadero del odio del hombre blanco? Cada vez que mira vuestros rostros, el hombre blanco ve el reflejo de los crímenes que ha cometido, y la conciencia no le permite soportar esa culpa.

»El blanco, cuando mira fijamente a los ojos a un hombre negro, debería caer de rodillas ante él y exclamar: “Lo siento, lo siento mucho: los míos cometieron el mayor crimen de la historia contra los tuyos. ¿Me das la oportunidad de expiar esta culpa?”. Pero, hermanos, ¿esperáis de verdad que algún blanco haga eso? ¡No, jamás lo haría y lo sabéis muy bien! Y no lo haría porque no puede. El hombre blanco creó un diablo con el fin de traer el caos a este planeta...».

Por aquellas mismas fechas dejé de trabajar en la fábrica Gar Wood y entré en la Ford, en una de las líneas de montaje de Lincoln-Mercury.

Como joven ministro, siempre que podía iba a ver a Elijah Muhammad a Chicago. Él mismo me animaba a hacerlo. Me trataba como si fuera un hijo. La mayoría de sus hijos, a quienes yo veía de vez en cuando, trabajaban

entonces de obreros o taxistas. En casa de Muhammad conocí también a su esposa, la hermana Clara, una negra de piel oscura, muy buena persona, y a la hermana Marie, la madre de Muhammad, con la que pasaba largas horas hablando. Yo escuchaba encantado las historias que ella me relataba acerca de la infancia de Muhammad, cuando vivían en Sandersville (Georgia), localidad que lo vio nacer en 1897.

Muhammad me hablaba durante horas y horas. Comíamos la buena y sana cocina musulmana, y continuábamos hablando en la mesa. A veces, lo acompañaba a las tiendas de ultramarinos, las pocas que, por aquellas fechas, los musulmanes negros poseían en la ciudad. Esos negocios tenían que servir de ejemplo, pues contrataban sólo a negros y vendían también sólo a ellos. Había que demostrar a los negros lo que podían hacer por sí mismos y la manera de escapar de la explotación del blanco.

Uno de esos negocios musulmanes era el *drugstore* que quedaba en la esquina de la calle Treinta y uno con Wentworth. Allí, Muhammad a veces se ponía a barrer el suelo o realizaba otros quehaceres por el estilo. Lo hacía para enseñar a sus discípulos que la ociosidad y la pereza eran pecados: eran el peor pecado que el hombre negro podía cometer contra sí mismo. Sentía deseos de arrancarle la escoba de las manos porque me parecía que barrer el suelo era indigno de él. Pero él me lo prohibía. Me autorizaba sólo a estar a su lado y escucharle. Me aconsejaba sobre la mejor manera de difundir el mensaje. Se portaba conmigo más o menos como Sócrates en el ágora de Atenas, cuando transmitía su sabiduría a los discípulos. O como Aristóteles —uno de esos discípulos—, que disertaba seguido de sus propios alumnos en el Liceo.

Recuerdo un día en particular. Muhammad encontró un vaso de agua sucia sobre un mostrador. Puso un vaso limpio al lado. «¿Quieres saber cómo difundir mis ideas?», me preguntó a la vez que señalaba los dos vasos. «No condenes nunca a nadie que tenga un vaso sucio. Limítate a enseñarle el tuyo, limpio. Se dará cuenta por sí mismo y tú no tendrás necesidad de decirle que el tuyo es mejor».

De todo lo que Muhammad me ha enseñado, eso es lo que me quedó más grabado en la memoria, aunque no siempre he seguido su consejo. Me gusta demasiado discutir. Tiendo a decir a los demás que el vaso de ellos está

sucio.

La madre Marie me narró la infancia de Muhammad en Georgia y los primeros años de juventud. El relato comenzó cuando ella misma tenía siete años de edad y tuvo entonces una visión de que un día sería la madre de un gran hombre. Se casó con un ministro de la iglesia baptista, el reverendo Poole, que ejercía su ministerio en las granjas y los aserradores de los alrededores de Sandersville. De los trece hijos que tuvo, el pequeño Elijah no tenía nada que ver con el resto. Ella se dio cuenta cuando comenzó a caminar y a hablar. Elijah era un chico pequeño, de constitución débil. Él era quien solucionaba las discusiones entre los hermanos mayores, y muy pronto se ganó su respeto, pese a su corta edad. Cuando entró en la escuela, ya demostró clara conciencia de raza. La familia era muy pobre, y hubo de abandonar los estudios al cabo de cuatro años para ponerse a trabajar. Una hermana mayor le enseñaba por las noches lo poco que ella sabía.

Elijah dedicaba horas enteras a estudiar detenidamente la Biblia, con lágrimas en los ojos. (Muhammad me contó posteriormente que cuando era joven la Biblia le parecía como una puerta cerrada, y que él pensaba que podría abrirla si lograba descubrir la manera de hacerlo. Sus infructuosos esfuerzos por entender el significado le hacían llorar). Al llegar a la adolescencia, Elijah no había superado su constitución débil. Mostraba un profundo e insólito amor por su raza y en vez de condenar los errores de los negros, procuraba hallar las causas de esos errores.

La madre Marie falleció hace algunos años. Me parece que no se vio en Chicago otro entierro tan impresionante como el suyo. Los profundos lazos que unían al Mensajero de Alá con su madre eran de sobra conocidos, incluso fuera de los círculos musulmanes negros.

«No me da vergüenza reconocer la escasa instrucción que poseo —me confesó en una ocasión Muhammad—. Todo lo que sé se lo debo a la verdad que Alá me enseñó, pues en los cuatro años de escuela no pude aprender mucho más. Alá me enseñó matemáticas. Mi lengua era torpe, y él me enseñó a pronunciar las palabras».

Muhammad me explicó que, por algún motivo, no podía soportar los insultos que habitualmente recibían los negros por parte de los campesinos, los capataces y los trabajadores blancos de los aserraderos de Sandersville.

Les solicitaba con toda amabilidad que no lo insultaran. «Les decía que me despidieran si no estaban satisfechos con mi manera de trabajar, pero que no me insultaran». (Debo agregar aquí que la forma habitual de conversar de Elijah Muhammad era la misma que empleaba a la hora de hacer un discurso. Carecía de eso que habitualmente se llama «elocuencia», pero no obstante, cualquiera de sus palabras causaba en mí un efecto muchísimo más intenso que si hubiera sido pronunciada por un maestro de la oratoria). Lo consideraban un trabajador muy honesto y casi siempre lo ponían al frente de otros negros.

Después de casarse con la hermana Clara y de tener los primeros dos hijos, en una ocasión un patrón blanco insultó a Muhammad, que a la sazón se llamaba Elijah Poole. Eso ocurrió en 1923. Con el fin de evitarse problemas, la familia se mudó a la ciudad de Detroit. Elijah contaba entonces veinticinco años de edad. Allí nacieron otros cinco hijos, y el último vástago llegó al mundo en Chicago.

En el año 1931, en Detroit, Elijah Muhammad conoció al Maestro W. D. Fard. Los dañinos efectos de la Depresión llegaban a todos los rincones del país, pero donde más se notaban era en los guetos negros, asolados por la pobreza. Allí, iba llamando de puerta en puerta un hombre negro de talla pequeña y piel clara. Decía que era un «hermano que procedía de Oriente» y ofrecía en venta sedas y otros artículos de lugares exóticos.

Ese hombre decía que los negros provenían de tierras lejanas, que eran las semillas de sus antepasados. Recomendaba que no comieran el «cerdo inmundo» y otros «platos malos» que eran alimento habitual de los negros.

Pronto comenzó a celebrar reuniones en las pobres casas de aquellos que se mostraban más interesados. Allí enseñaba el Corán y la Biblia. Eran pocos los concurrentes al principio. Uno de ellos era Elijah Poole.

Aquel hombre se llamaba W. D. Fard y afirmaba que había nacido en el seno de la tribu *koreish* de Muhammad ibn Abdullah, o sea, la del mismo Profeta. Aquel vendedor ambulante de sedas y de productos exóticos conocía la Biblia mucho más a fondo que cualquier negro cristiano.

En esencia, el señor W. D. Fard enseñaba que el verdadero nombre de Dios es Alá, que su verdadera religión es el islam, y que el verdadero nombre de sus seguidores es «musulmanes». Enseñaba que los negros

norteamericanos descendían directamente de los musulmanes y que eran la oveja descarriada, desde hacía cuatrocientos años, de la Nación del Islam. Él había llegado a Estados Unidos para redimir a los negros y retornarlos a la religión verdadera.

Fard enseñaba que el paraíso no se encontraba en el cielo y que tampoco el infierno estaba en la tierra. Ocurría, en realidad, que tanto el paraíso como el infierno eran distintas formas de vivir en el planeta Tierra. Los negros norteamericanos llevaban cuatrocientos años de vida en el infierno, y él mismo los conduciría de retorno al paraíso, a la patria originaria, junto con los suyos.

El maestro Fard explicaba asimismo que el diablo moraba en ese infierno terrenal. El diablo era la raza blanca que descendía del Primer Hombre, el negro que había vivido seis mil años atrás y que se había propuesto convertir la Tierra en un infierno durante los seis mil años siguientes.

Los negros, los hijos de Dios, eran dioses también en sí mismos. Pero había uno, igual a los otros, que era el Dios de dioses, el Ser Supremo, el Altísimo, cuya sabiduría y poder no tenían rival; su nombre era Alá.

Al puñado de conversos que había logrado reunir el maestro Fard, en Detroit, en 1931, les explicó que toda religión enseña que, cuando se aproxime el final de los tiempos, Dios regresará para resucitar a la oveja descarriada, para alejarla de los enemigos que la acosan y devolverla al seno de los suyos. Según las profecías, a dicho salvador de la oveja descarriada se le conocía por el nombre del «Hijo del hombre», «Dios personificado», «el dador de vida», «el Redentor» o «el Mesías». Se presentaría en forma de un rayo venido de Oriente. Agregó que los judíos lo llamaban «el Mesías», los cristianos «Cristo» y los musulmanes «el Mahdí».

Yo quedaba galvanizado cuando oía todos esos relatos de boca de Elijah Muhammad. Pensaba que ésa era la verdadera historia de nuestra religión, la religión del hombre negro. Me contó que una noche había tenido una revelación, según la cual el maestro Fard representaba el cumplimiento de la profecía.

Me contó que le había preguntado: «¿Quién eres y cuál es tu verdadero nombre?». Y él le respondió: «Soy aquel a quien el mundo espera desde

hace dos mil años».

Entonces él insistió: «¿Cuál es tu verdadero nombre?». Y él le contestó: «Yo soy el Mahdí y vengo para conducirte por la senda recta». Muhammad se quedó sentado y escuchó con el corazón abierto y el espíritu despierto, de la misma forma que yo lo escuchaba a él en ese momento. Y agregó que no tuvo duda alguna acerca de cuánto el Salvador le había enseñado.

Para difundir sus creencias, el maestro Fard decidió formar ministros para que llevaran sus enseñanzas a todos los negros del país. Les asignó un nombre a todos ellos. El de Elijah Poole era «Elijah Karriem». Ese mismo año, estableció la Universidad del Islam. Había cursos para adultos en los que se enseñaba matemáticas, entre otras asignaturas, para evitar que los pobres negros fueran engañados por las tretas del «diablo blanco de ojos azules». El hecho de crear una escuela de la nada tenía sus desventajas, entre ellas, la de que carecía de profesores preparados, pero había que comenzar de algún modo. Elijah Karriem retiró a sus propios hijos de la escuela pública y ellos constituyeron el núcleo de alumnos de la Universidad del Islam.

Muhammad me dijo que la falta de formación de sus hijos mayores reflejaba el esfuerzo que habían realizado para constituir la base de las actuales Universidades del Islam de Detroit y Chicago, mejor cualificadas.

El maestro Fard designó a Elijah Karriem ministro supremo, cargo que estaba por encima de los demás ministros, lo cual despertó amargos celos en éstos. Todos ellos eran más instruidos que Karriem y asimismo poseían mayor facilidad de expresión. Estaban furiosos y lo demostraban incluso en su presencia: «¿Por qué tenemos que inclinarnos ante alguien que está menos preparado que nosotros?».

Pero con el tiempo fue bautizado de nuevo y pasó a llamarse Elijah Muhammad. Gracias a su cargo de ministro supremo fue instruido directamente por el maestro Fard en clases particulares. A lo largo de tres años y medio, Elijah Muhammad oyó de labios de Fard cosas que éste «no había revelado a nadie».

Durante dicho período, Elijah Muhammad y el maestro Fard establecieron el Templo Número Dos en la ciudad de Chicago, y luego, sentaron las bases del Número Tres en Milwaukee.

En el año 1934 el maestro Fard desapareció sin dejar rastro.

Elijah Muhammad contaba que los celos de los demás ministros habían llegado a un punto culminante y que habían atentado contra su vida. Por culpa de aquellos «hipócritas» —como él los llamaba— tuvo que huir a Chicago. Estableció el cuartel general en el Templo Número Dos, pero los «hipócritas» lo persiguieron hasta allí y tuvo que huir de nuevo, esta vez a la ciudad de Washington. Allí inauguró el Templo Número Cuatro y se dedicó al estudio en la Biblioteca del Congreso. Según le había contado el maestro Fard, en dicha biblioteca se guardaban obras que contenían diversos aspectos de la verdad acerca del diabólico hombre blanco. No obstante, dichos libros no podían ser consultados por el público.

Los «hipócritas» no cesaban de perseguirlo. Elijah Muhammad tuvo que huir de ciudad en ciudad; nunca podía detenerse mucho tiempo en ninguna parte. Cada vez que se le presentaba una oportunidad, hacía una escapada hasta su hogar para ver a su esposa y sus ocho hijos. El sustento de la familia había quedado a cargo de otros musulmanes negros, gente pobre, pero que compartía con ellos lo poco que tenían. Esos viajes los hacía en el más absoluto secreto: ni siquiera los fieles de Chicago sabían que él estaba en la ciudad, pues los «hipócritas» estaban seriamente empeñados en asesinarlo.

En 1942, Elijah Muhammad fue detenido. Él dice que unos negros «tío Tom» lo habían denunciado al diablo blanco por la prédica que realizaba. Lo acusaron de no presentarse a filas cuando debía, y pese a que adujo en su favor que tenía demasiada edad para eso, lo condenaron a cinco años. Cumplió tres años y medio de la condena en la prisión federal de Milan, en Míchigan, y luego salió en libertad condicional. En 1946 comenzó a trabajar de nuevo. Estaba decidido a abrir los ojos de los negros y mostrarles el salvaje país en que vivían.

Me oigo a mí mismo ahora, en nuestro pequeño templo de Detroit, cuando dirigía un apasionado mensaje a los hermanos negros allí reunidos:

«¡Pensad, hermanos, en este hombre pequeño, dulce y amable, el Honorable Elijah Muhammad! En este mismo instante, él enseña a nuestros hermanos de Chicago. ¡Él es el Mensajero de Alá, el hombre negro más poderoso de todo Estados Unidos! Él se ha sacrificado por todos nosotros,

por vosotros y por mí. Pasó siete años huyendo de los asquerosos hipócritas. Estuvo preso tres años y medio. ¡Fue el diabólico hombre blanco quien lo mandó encarcelar! El blanco no quiere que el Honorable Elijah Muhammad agite las conciencias y despierte al gigante que duerme dentro de nosotros, dentro de nuestros hermanos de raza ignorantes, cuyos cerebros ha lavado el blanco. El blanco no quiere que nos demos cuenta de que su paraíso es la selva para todos los negros de esta salvaje Norteamérica.

»Hermanos: he escuchado la verdad de los propios labios de nuestro Mensajero, sentado a sus pies. Me he arrodillado ante Alá y le he prometido que denunciaré ante el hombre blanco la verdad de los crímenes que ha cometido. Y entre los negros difundiré la verdadera doctrina del Honorable Elijah Muhammad. ¡Y esto lo haré aunque me cueste la vida!».

Así hablaba yo. Intransigente, dispuesto a decir mi verdad donde fuera, sin vacilación ni miedo. Yo era el siervo más fiel de Elijah Muhammad. Hoy sé positivamente que yo creía en él con mucha más firmeza que él mismo. En los años siguientes, habría de enfrentarme a un conflicto de orden psicológico y espiritual.

---

[28] Fiesta que se celebra en EE.UU. el 2 de septiembre.

[29] Lugar en la costa del estado de Massachusetts donde desembarcaron los peregrinos que viajaban en el buque *Mayflower*, en 1620.

Ministro Malcolm X

Dejé de trabajar para la Ford. Era consciente de que Muhammad necesitaba ministros para difundir su doctrina, para crear más templos que pudieran atender a los veintidós millones de negros de las ciudades norteamericanas, que vivían idiotizados y ajenos a la condición en que se encontraban.

No dudé mucho en adoptar tal resolución. Soy activista por naturaleza, y quizás haya sido mi «química» personal la causa de que me decidiera con más rapidez que los demás ministros de la Nación del Islam. Todos ellos, en su debido momento y a su manera, en el fondo de su espíritu, habían llegado a la convicción de que cuanto habían hecho en la vida «anterior» no era más que la preparación necesaria para convertirse en discípulos de Elijah Muhammad.

El islam afirma que todo lo que sucede está escrito.

Durante meses, Muhammad me invitaba a que fuera a su casa de Chicago con la mayor frecuencia posible mientras me preparaba.

Bajo su dirección, me puse a estudiar como no lo había hecho nunca en la cárcel. Me sumergí en los ritos del culto; asimilé las tesis que él defendía sobre la verdadera naturaleza del hombre y de la mujer; el procedimiento administrativo; el sentido real de la Biblia, del Corán, y las relaciones entre ambas obras.

Cada noche me acostaba un poco más convencido. ¿Quién sino Alá hubiera podido poner tanta sabiduría en este humilde hombre de Georgia? Lo comparaba al «cordero del hombre» que figura en la profecía del Libro de las Revelaciones, que lleva en la boca una espada de dos filos. La espada

de dos filos de Muhammad era su doctrina, que separaba incesantemente al hombre negro del blanco.

Cada día adoraba más a Muhammad, en el sentido etimológico de la palabra latina *adorare*, que significa mucho más que nuestro «adorar». Quiero decir que en mi adoración entraba una especie de miedo: era el primer hombre que me atemorizaba. No el miedo que inspira un hombre armado con un fusil, sino el de la potencia del Sol.

Cuando Muhammad me creyó lo suficientemente preparado me dejó ir a Boston, donde vivía el hermano Lloyd X, quien invitaba a los que él había hecho tomar un interés por el islam a oírme en el salón de su casa.

Las palabras que reproduzco a continuación son, a grandes rasgos, el estilo de oratoria que empleaba por aquellos días. Siempre empezaba con la analogía de Muhammad.

«Dios ha dado a Muhammad una verdad tajante —declaré— como la espada de dos filos. Penetra en vuestra carne. Os hará mucho daño. Pero si sois capaces de soportar la verdad, ella misma os curará y os salvará de una muerte segura».

Después abordé de lleno el tema del diablo blanco:

«Estoy seguro de que ignoráis el crimen del hombre blanco, llamado "cristiano". Ni siquiera en la Biblia hay un crimen de tal magnitud. La furia de Dios castigó con el fuego a quienes perpetraban delitos menores. ¡Cien millones de negros! ¡Vuestros abuelos! ¡Los míos! ¡Todos ellos fueron asesinados por el hombre blanco! Para trasladar quince millones de esclavos a este país, dejaron un millón de ellos muertos por el camino. Ojalá pudiéramos ver el fondo del mar en aquella época, lleno de cuerpos negros, la sangre, los huesos rotos a golpes y puntapiés. Las embarazadas que arrojaban por la borda en cuanto se mareaban. Y en el mar esperaban los tiburones, que habían aprendido que en la ruta de los buques de esclavos había comida segura.

»Y en esos mismos buques de esclavos comenzó el blanco a violar a la mujer negra. Ese diablo de ojos azules era incapaz de esperar a que el buque llegara a puerto. Hermanos y hermanas, os aseguro que la humanidad nunca había presenciado una orgía tal de codicia, lujuria y asesinato».

Mi evocación dramática de la esclavitud dejaba siempre muy preocupados

a los negros, que descubrían por primera vez todo su horror. Resulta difícil imaginar hasta qué punto los blancos han conseguido darle al negro una imagen casi romántica de la esclavitud. Una vez que los había enardecido con el tema de la esclavitud, pasaba a hablar de ellos mismos.

«Cuando os marchéis de aquí, quiero que penséis en lo que os he dicho cada vez que veáis a uno de esos diablos blancos. Mirad lo que hace el blanco vanidoso, cómo se divierte en sus lugares exclusivos, donde ni vosotros ni yo podemos entrar, y mientras tanto, no cesa de subyugarnos a los negros.

»Cuando veáis un blanco, pensad en el diablo que tenéis ante vuestros ojos. Pensad que el imperio de los blancos, que hoy es la más rica de todas las naciones, se construyó con la sangre de nuestros antepasados esclavizados, sobre el sudor de sus espaldas. Pensad que la maldad y la codicia del blanco hace que ese imperio sea odiado en todo el mundo».

El público asistía regularmente a las reuniones en las que yo tomaba la palabra, incluso traían amigos suyos. Nunca habían oído a nadie que expusiera al desnudo las verdades del hombre blanco. Al final de cada charla en el salón del hermano Llody X, en el número 5 de la calle Wellington, les decía: «Que se levanten los que me creen». Y se levantaban todos. Pero cuando les preguntaba: «¿Cuántos quieren seguir al Honorable Elijah Muhammad?», muchos dudaban.

Pero al cabo de tres meses había ya suficientes neófitos para abrir un pequeño templo. ¡Con qué alegría alquilamos las sillas plegables! Cuando le di la dirección del nuevo templo a Muhammad, no cabía en mí mismo de gozo.

Ella vino a oírme por primera vez en esa especie de mezquita. Al verme se quedó inmóvil, contemplándome fijamente, como si no pudiera creer que era yo, Malcolm, quien hablaba. No se levantaba nunca cuando preguntaba quiénes me creían. Daba dinero en las colectas. Yo no me preocupaba por Ella ni tampoco me propuse convencerla. Ni siquiera se me ocurrió pensar en la posibilidad de convertirla, era demasiado obstinada. Sólo Alá podía convencerla.

Terminaba la oratoria con las palabras que Muhammad me había enseñado:

«En el nombre de Alá, el Benefactor, el Misericordioso, quien se merece todas las alabanzas, el Señor de todos los mundos, el Maestro del Día del Juicio en que ahora vivimos, a Ti sólo servimos y a Ti sólo suplicamos ayuda. Guíanos por el buen sendero, el de aquellos a quienes Tú has concedido favores, y no por el sendero de aquellos en quienes descargas tu ira, ni tampoco el de quienes se pierden después de oír tus enseñanzas. Doy fe de que no hay otro Dios que no seas Tú y de que el Honorable Elijah Muhammad es tu siervo y apóstol».

Yo creía sin ninguna duda que Elijah Muhammad era un enviado divino de Alá en persona.

Alzaba la mano en señal de despedida y concluía con las siguientes palabras: «No hagáis a los demás nada que no os gustaría que os hicieran a vosotros. Buscad la paz y no la guerra, pero si os llegan a atacar, tened presente que nosotros no predicamos que hay que ofrecer la otra mejilla. ¡Que Alá os bendiga y que culminéis con buen éxito todas vuestras empresas!».

Volví a Roxbury a visitar a Shorty. Hacía siete años que no caminaba por esas calles, salvo el breve período en que estuve en casa de Ella camino de Detroit, después de salir del presidio.

Shorty no sabía qué hacer. Le había llegado el rumor de que yo estaba en la ciudad y que me había metido en «un asunto religioso». Ignoraba si lo que hacía era serio o si se trataba, simplemente, de uno de esos «vivos» que hay en los guetos negros, mezcla de predicadores y proxenetas. Estos «predicadores» actúan en pequeñas iglesias situadas en los bajos de los edificios, y su feligresía consta fundamentalmente de mujeres trabajadoras de cierta edad, que mantienen a su «divino muchachito» vestido a la última moda y con un coche de película.

Disipé rápidamente las dudas que tenía Shorty y le expliqué que estaba realmente comprometido con la causa del islam. Luego la charla derivó hacia temas no tan trascendentes; empleamos el lenguaje de la calle, como antes, y lo pasamos estupendamente. Recuerdo que hizo una representación de cómo había reaccionado cuando el juez leyó la sentencia de condena. «Pena uno, diez años...; pena dos, diez años...». Reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas. Conversamos también de los problemas que nos

habían acarreado aquellas muchachas blancas. ¡Pensar que a nosotros nos habían caído diez años de condena y a otros presos, por delitos mucho peores, mucho menos!

Shorty seguía con su pequeña orquesta y las cosas le iban bastante bien. Había aprovechado la estancia en la cárcel para estudiar música, de lo cual estaba orgulloso, y con razón. Le hablé del islamismo, pero por sus reacciones me di cuenta de que no le interesaba la cuestión. En la cárcel, le habían llegado comentarios adversos sobre nuestra religión. Hizo una broma para cambiar de tema. «De cerdo y de mujeres blancas, nunca tengo suficiente», me dijo. No sé si seguirá pensando eso en la actualidad, aunque me consta que está casado con una blanca y que está gordo como un cerdo..., precisamente por todo el cerdo que come.

Vi asimismo a John Hughes, el dueño del garito, y a otra gente que seguía por el barrio. Los rumores sobre mis nuevas actividades no les habían gustado. Tuve que emplear el lenguaje de la calle y así pude, al menos, intercambiar algunas palabras. No llegué a hablarles del islam. Los conocía de sobra y sabía que todos ellos eran los típicos negros con el cerebro lavado.

Ejercí poco tiempo el cargo de ministro del Templo Número Once, pues casi tan pronto como lo había puesto en marcha, el Mensajero me envió a la ciudad de Filadelfia y el ministro Ulysses X quedó al frente de él. Eso fue en marzo de 1954. Fui el ministro del Templo Número Doce, que abrí al cabo de tres meses. Los negros de la «ciudad del amor fraternal»[30] reaccionaron mucho más deprisa que los de Boston.

Un mes más tarde, dado el éxito que había tenido en Boston y en Filadelfia, Muhammad me nombró ministro del Templo Número Siete de Nueva York, ciudad de importancia cardinal. No sabría explicar la emoción que sentí. Si las doctrinas de Muhammad tenían que llevar a los negros americanos a la resurrección, era necesario que el islam se extendiera ampliamente. Las posibilidades que ofrecía Nueva York eran mucho mayores que en cualquier otra ciudad del país. Allí había cinco barrios negros, donde vivían más de un millón de negros.

Habían transcurrido nueve años desde que West Indian Archie y yo habíamos estado buscándonos por aquellas calles para matarnos como

bestias en cuanto nos viéramos.

—¡Red...! Pero hombre..., Red, ¡no me digas que eres tú mismo!

Llevaba entonces el pelo muy corto, en lugar de la melena alisada con sosa cáustica que era característica en mí. Evidentemente, mi aspecto actual era muy diferente.

—¡Chócala, hombre! Ven, ven, toma un trago. ¡Camarero! ¿Qué quieres, vamos? Tú por aquí: ¡no puedo creerlo!

Me alegré de ver a tantos viejos conocidos. Cualquiera comprenderá lo que sentía entonces. Quería ver, sobre todo, a West Indian Archie y a Sammy The Pimp. La primera sorpresa desagradable la tuve con Sammy. Me enteré de que, tras dejar el proxenetismo, había llegado muy arriba en el negocio de las loterías, y que le iba bien. Incluso se había casado con una jovencita de vida disoluta. Poco después de la boda, lo encontraron una mañana tendido sobre la cama. Estaba muerto y dicen que le encontraron veinticinco mil dólares en los bolsillos. La gente ni se imagina las sumas que se manejan en el hampa, incluso los maleantes de medio pelo. Un solo ejemplo bastará: en marzo de 1964 fue encontrado muerto Lawrence Wakefield, un corredor de apuestas de Chicago. En el apartamento tenía guardados, en sacos y bolsas, nada menos que setecientos sesenta mil dólares en billetes. Todo ese dinero pertenecía a los negros pobres. ¡Y los negros todavía nos extrañamos de que seamos pobres!

Me apené por lo de Sammy. Decidí buscar entonces a Archie. Fui de bar en bar y preguntaba a los veteranos. Nadie sabía dónde se encontraba, a pesar de que no lo daban por muerto ni se había mudado. Me enteré de la suerte que habían corrido otros tantos hampones conocidos: tiros, cuchilladas, cárcel, vicio, enfermedades, locura y, para rematar, alcoholismo. Supongo que ése era el orden. Vi a muchos supervivientes de aquellos años de la calle: gentes que habían sido lobos y hienas; ahora me inspiraban lástima. Eran de esos «listos» que se las saben todas; pero bajo esa superficie, se trataba de personas pobres, analfabetas, sin ninguna preparación. La vida había sido más lista que ellos. Me encontré con cerca de dos docenas de esos viejos conocidos. En el espacio de nueve años se habían convertido en los más desgraciados delincuentes del gueto, esos que se pelean por las sobras de los demás para apenas pagar la pensión y la

comida. Algunos de ellos habían conseguido colocarse en el centro, de porteros, recaderos y otros trabajos por el estilo. Di gracias a Alá por el hecho de haberme convertido al islam, yo había escapado de ese destino.

Me encontré con Cadillac Drake. Lo recordaba de cuando trabajé de camarero en el Small's Paradise: era uno de los parroquianos más conocidos, un proxeneta negro, gordo, que fumaba habanos y llevaba atuendos chillones. Se acercó a mí, arrastrando los pies. Se había enviciado con la heroína, me dijeron. Era el infeliz más sucio y desaliñado que había visto en mi vida. Apresuré el paso. Si me hubiese reconocido, habría sido un momento embarazoso para ambos: yo era el muchacho a quien él daba un dólar de propina.

El boca a boca se encargó de localizar a Archie. Para dar una idea, podría decir que, cuando quiere, el boca a boca de las calles es tan eficaz como la empresa de telégrafos Western Union y el FBI. Recuerdo que al concluir un oficio en el Séptimo Templo, se me acercó un viejo maleante de capa caída, a quien le di unos dólares. Me contó que Archie estaba enfermo y que vivía en una habitación alquilada en el Bronx. Tomé un taxi y me dirigí al domicilio indicado. West Indian Archie me abrió la puerta. Estaba allí, de pie ante mí, descalzo y con un pijama todo arrugado; me miraba con los ojos entornados.

Fue como ver a un fantasma de alguien a quien uno conoció. Al cabo de unos segundos, me ubicó en la memoria. «¡Red —exclamó con voz ronca —, cuánto me alegro de verte!».

Le di un fuerte abrazo. Se encontraba debilitado por la enfermedad. Lo ayudé a volver a la cama. Se sentó en el borde del lecho y yo lo hice en la única silla que había en la habitación. Le dije que me había salvado la vida cuando me obligó a marcharme de Harlem, pues gracias a eso había conocido el islam.

«Siempre me gustaste, Red», afirmó, y añadió que no había tenido la intención de matarme. Yo le confesé que, muchas veces, había sentido escalofríos al pensar lo cerca que estuvimos de matarnos el uno al otro. Le dije que pensaba de verdad que yo había acertado la combinación de seis números por la cual me había pagado un premio de trescientos dólares. Archie me explicó que había pensado que quizás era él el equivocado

cuando vio que yo estaba dispuesto a morir por eso. Quedamos de acuerdo en que no valía la pena hablar de aquel incidente, que ya no tenía sentido alguno. Mientras hablábamos, Archie no paraba de decir: «Red, ¡no sabes cuánto me alegro de verte!».

Empecé a hablar a Archie de la doctrina de Elijah Muhammad. Le expliqué que todos los que habíamos vivido en la calle éramos víctimas de la sociedad del hombre blanco. Le conté lo que había meditado sobre él cuando estaba en prisión. «¿Sabes, Archie?, ese cerebro que tienes, capaz de recordar cientos de combinaciones cada día, podrías haberlo puesto al servicio de las matemáticas o de la ciencia. ¿Te das cuenta?». Recuerdo que me respondió que, sin duda, eso era algo sobre lo que debía pensar.

Sin embargo, ninguno de los dos quiso decir que ya era demasiado tarde. Pienso que él sabía —yo me daba cuenta— que el fin estaba cerca. Me fui pronto. Pensé lo que había sido aquel hombre y lo que era entonces. Me emocioné tanto que no quise permanecer más allí. Le dejé el poco dinero que llevaba. No quería aceptarlo, pero al final le obligué a que lo hiciera.

El Templo Número Siete, en junio de 1954, era todavía un simple comercio. Todos los musulmanes de Nueva York no hubieran podido llenar un autobús. Incluso entre nosotros, en el gueto negro, sólo una de cada mil personas no hubiera preguntado al oír la palabra «musulmán»: «¿Qué es eso?». Y en cuanto a los blancos, a excepción de los que tenían acceso a los expedientes de la policía y de las cárceles, sólo unos quinientos como máximo —en toda Norteamérica— habían oído hablar de nosotros.

Empecé la labor de proselitismo con los musulmanes de Nueva York y los escasos amigos que los acompañaban. Mi decepción iba en aumento. Pensaba en ese Harlem lleno de negros ignorantes que sufrían todos los males que sólo el islam podía curar. Pero cada vez que hablaba poniendo todo mi corazón en mis palabras y pedía a los que quisieran seguir a Muhammad que se levantaran, sólo dos o tres de mis oyentes se ponían de pie. Y si he de ser franco, diré que a veces ni siquiera llegaban a tantos.

Mi impotencia me exasperaba aún más porque conocía muy bien la calle. Me puse a reflexionar. El problema estribaba, sin duda alguna, en que no éramos más que una de las tantas voces del descontento negro que se elevaban en aquella época en todas las esquinas de Harlem. Estaban los

nacionalistas, los del movimiento que propugnaba comprar sólo en establecimientos de negros, y otros por el estilo. Docenas de oradores y reclutadores improvisados.

No tenía nada en contra de todo aquello que sirviera para promover la independencia y la unidad de nuestra raza, pero su voz cubría a veces la de Muhammad. Para evitar que esto ocurriera, hice circular algunos folletos. Entre mis cinco o seis hermanos musulmanes y yo ocupamos casi todas las esquinas de las calles más concurridas de Harlem. Íbamos directamente al grano. Si los transeúntes dudaban un poco, nos acercábamos a ellos con palabras como: «Sabed cómo el hombre blanco ha secuestrado, robado y violado a nuestra raza negra».

Después nos pusimos a trabajar en esas mismas esquinas, pero esta vez al margen de los mítines nacionalistas. El método, que ha ido perfeccionándose poco a poco, consistía entonces en «trabajarse» a los indecisos, siempre bastante numerosos en el público que ya otros habían conseguido atraerse. Los que asistían a los actos nacionalistas habían empezado ya a interesarse por la revolución de la raza negra. Conseguíamos resultados tangibles repartiendo folletos que decían: «Hermano, ven a escucharnos. El Honorable Elijah Muhammad nos enseña a curarnos de nuestros males espirituales, morales, intelectuales, económicos y políticos».

Empecé a ver caras nuevas en nuestras reuniones del Séptimo Templo. Descubrimos entonces que la mejor «pesca» de todas nos esperaba en las iglesias cristianas. Era el público más preparado para asimilar las doctrinas de Elijah Muhammad.

Los domingos nos reuníamos a las dos de la tarde. Las iglesias cristianas de Harlem acababan una hora antes. Dejábamos de lado las grandes iglesias cuyos fieles, casi siempre negros de «clase media», pretenciosos, orgullosos de su «categoría», no se dignarían entrar en el almacén que nos servía de templo.

«Pescábamos» en la acera, rápida y frenéticamente, a los fieles que salían de las iglesias evangelistas; eran unas treinta o cincuenta personas. «¡Venid a oírnos, hermanos! No sabéis nada si ignoráis la doctrina del Honorable Elijah Muhammad». Estos fieles eran casi siempre inmigrantes del Sur, de cierta edad, dispuestos a ir a cualquier sitio con tal de oír un buen sermón.

En esas iglesias ponían letreros para anunciar que vendían pollo frito y comidas para recaudar dinero. Pasaban tres o cuatro noches por semana en el almacén que les hacía de iglesia cantando *gospels* y tocando la guitarra y los tamboriles, para preparar la ceremonia del domingo.

No sé si el lector lo sabrá, pero de esas pequeñas iglesias de los guetos o de los estados del Sur surgió toda una serie de cantantes que convirtieron el *gospel* en su medio de vida.

Me refiero, por ejemplo, a la hermana Rosetta Tharpe y a las Clara Ward Singers, aunque debe haber alrededor de medio millar de estrellas de magnitud menor. Mahalia Jackson, la mayor de todas, era hija de un predicador del estado de Luisiana, que se había mudado a Chicago. Allí trabajó de sirvienta y de cocinera en casas de blancos, y luego en una fábrica. Al mismo tiempo, cantaba el Evangelio en las iglesias para negros con el estilo *gospel* que la convirtió en la primera negra elevada al estrellato por sus propios hermanos de raza. Antes de que supieran los blancos quién era Mahalia Jackson, sus discos ya se vendían por centenares de miles entre la población negra. De todos modos, leí en algún lugar que a Mahalia, siempre que podía, le gustaba entrar y pasar desapercibida en una de esas pequeñas iglesias de los guetos para cantar con los suyos. Decía que eso era como ir a repostar a la gasolinera.

A los cristianos negros que conseguía atraer hacia nuestro templo les administraba un buen golpe al explicarles lo que les pasaba mientras adoraban a su Dios de cabello rubio y ojos azules. Sabía qué clase de templo podríamos tener si conseguía llegar a esos hermanos. Tenía que adaptar la doctrina de Elijah Muhammad a su manera de ser.

«Queridos hermanos y hermanas, mirad mis lágrimas. —Realmente a veces llegaba a emocionarme tanto que acababa llorando—. No he llorado nunca desde mi infancia. Pero hoy estoy profundamente emocionado al pensar en la pesada responsabilidad que tomo al tratar de haceros comprender todo el mal que nos ha hecho esa religión blanca llamada cristianismo...

»Hermanos y hermanas que acudís aquí por vez primera, no os sorprendáis. Sé que no veníais preparados para esto. Porque ningún negro ha pensado nunca que cometía un error al no considerar la posibilidad de

que hubiera una religión especial, una religión creada expresamente para el hombre negro.

»Hermanos y hermanas, os digo que esa religión existe. Es el islam. Se deletrea i-s-l-a-m, ¡sí, el islam! De ella os hablaré luego. Primero, quiero explicaros algo acerca del cristianismo, y luego veréis por qué el islam tiene la respuesta que buscamos los negros.

»Hermanos y hermanas: el hombre blanco ha lavado el cerebro de los negros, les ha hecho adorar a un Jesús rubio y de ojos azules. Ese Jesús que adoramos no tiene nada que ver con nosotros. Quiero que oigáis ahora las enseñanzas del Mensajero de Alá, el Honorable Elijah Muhammad. Pensad sólo en esto. El blanco rubio y de ojos azules nos enseñó a adorar a un Jesús que es blanco, y a alabar y rezar a ese Dios que es de ellos, el Dios del hombre blanco. Nos enseñó a creer en un paraíso de sueños que hay en el más allá y rezar por él hasta el momento de la muerte, a esperar hasta que llegue la muerte, mientras que el blanco goza de los bienes de este mundo aquí y ahora.

»¿No creéis lo que os digo? Entonces, haced lo siguiente: cuando salgáis de aquí, quiero que echéis una mirada al barrio donde vivís. Pensad no sólo en cómo vivís vosotros, sino también los vecinos que conocéis. ¿Es acaso por casualidad, o por mala suerte, que todos viven así? Y después de eso, quiero que echéis una mirada más allá de Central Park, y mirad lo que ese Dios blanco ha dado al hombre blanco. ¡Mirad cómo vive el hombre blanco!

»Pero no os detengáis ahí. Bueno, creo que tampoco tendríais muchas oportunidades, porque enseguida los porteros del blanco os echarían. Tomad el metro hasta cualquier lugar del centro. ¡Contemplad los negocios y las casas del hombre blanco! Id hasta la punta de la isla de Manhattan que el diablo blanco robó a los inocentes indios a cambio de veinticuatro dólares. ¡Mirad el edificio del Ayuntamiento, Wall Street! ¡Mirad a ese Dios blanco y luego miraos a vosotros mismos!».

Había aprendido una cosa de suma importancia: hay que hablar siempre con palabras que la gente comprenda. Y otra cosa: hay que ofrecer algo especial a cada grupo en particular. Los nacionalistas que «pescamos» eran casi todos hombres, pero la mayoría de cristianos de las pequeñas iglesias

eran mujeres. Yo pensaba que a ellas podía ofrecerles algo especial

«¡Hermosa mujer negra! El Honorable Elijah Muhammad dice que el negro está ávido de dignidad. ¡Pues bien! El hombre negro no será nunca respetado si no aprende primero a respetar a sus propias mujeres. ¡Los negros necesitan, desde ahora, mantenerse firmes y librarse de todos los vicios que les han inculcado los esclavistas! Es necesario que el hombre negro proteja y respete a sus mujeres desde ahora».

Todas se levantaban sin pensarlo cuando les preguntaba: «¿Cuántas de vosotras creen lo que acabo de deciros?». Pero eran muy pocas las que se levantaban cuando les preguntaba cuántas estaban dispuestas a seguir al Honorable Elijah Muhammad.

Eran sobre todo nuestros principios morales lo que les daba miedo. Yo insistía en las razones que nos habían llevado a adoptarlos: «El blanco quiere que el negro sea inmoral, sucio, ignorante. Mientras nos mantengamos en este estado, seguiremos de rodillas y el hombre blanco nos dominará siempre. No obtendremos nunca la libertad, la justicia, la igualdad, hasta que no hagamos algo por nosotros mismos».

Había que explicarles nuestro reglamento a todos los que pudieran interesarse por el islam. ¿Por qué los que venían a escucharme se resistían a hacerse musulmanes? La Nación del Islam prohibía formalmente la fornicación y el consumo de cerdo, animal impuro, y de otros alimentos nefastos e insanos. Estaba prohibido fumar, beber y drogarse. Los musulmanes discípulos de Muhammad no podían bailar, ni jugar por dinero, ni salir con personas del otro sexo, ni ir al cine, ni asistir a una manifestación deportiva, ni hacer largas vacaciones. Los musulmanes tenían derecho a un mínimo de sueño. Estaban prohibidas las discusiones entre las familias, y la grosería, sobre todo con las mujeres. No se podía mentir ni robar. Estaba prohibido rebelarse contra las autoridades civiles, excepto por motivos religiosos.

Los Frutos del Islam —musulmanes capaces, entregados, con una formación especial— se cuidaban de la aplicación de nuestras leyes. Las infracciones se castigaban: Muhammad aislaba o suspendía a los pecadores durante cierto tiempo. La expulsión se aplicaba solamente en caso de graves ofensas cometidas «contra la única asociación que cuidaba verdaderamente

del negro».

El Templo Número Siete atraía poco a poco nuevos fieles. Pero para mí nunca eran lo bastante numerosos. Durante la semana, me desplazaba en autobús y en tren. Todos los miércoles predicaba en el Templo Número Doce de Filadelfia. Iba a fundar un nuevo templo, el Número Trece, en Springfield (Massachusetts) con la ayuda del hermano Osborn X, a quien yo había hecho descubrir el islam cuando estábamos los dos en prisión. Una señora que asistía a la reunión de Springfield me pidió que fuera a Hartford, donde vivía, el jueves siguiente. Según me dijo, tenía una reunión de amigos. Y allí me dirigí.

El jueves es tradicionalmente el día libre de los criados. Esta hermana había reunido en su casa una quincena de sirvientas, cocineras, chóferes y otros que trabajaban para los blancos de Hartford. Ya conocéis el proverbio: «Ningún hombre es un héroe para su criado». Pues bien, esos negros que estaban a las órdenes de los ricachones blancos abrían los ojos más deprisa que los demás. Ellos mismos fueron «a la pesca», convencieron a otros sirvientes, a otros negros de Hartford. Al cabo de muy poco tiempo, Muhammad pudo dar al Templo de Hartford el Número Catorce. Y yo predicaba todos los jueves allí.

Muhammad me reprendía casi todas las veces que iba a verle a Chicago. Yo pensaba que, gracias a los ministros que difundían su mensaje, la Nación del Islam habría tenido que extenderse mucho más deprisa y no podía disimular mi impaciencia. Pero él me reprendía con tanta dulzura y consideración que me hacía sentir cada vez más pequeño a su lado. Un día dijo que los verdaderos jefes no cargaban nunca a sus discípulos con un peso que no pudieran soportar, ni imponían a sus adeptos un ritmo demasiado rápido.

«Cuando vemos un coche viejo que avanza lentamente, pensamos que el conductor no puede ir más deprisa —decía Muhammad—. Pero el conductor sabe perfectamente que si trata de ir más deprisa quemará el motor. Cuando consiga un coche más rápido podrá ir más deprisa». Un día que yo me quejaba de la incompetencia de cierto ministro, me respondió: «Prefiero una mula de la que pueda disponer a un caballo inútil».

Yo sabía que Muhammad también deseaba que el coche avanzase más

deprisa. Hoy en día sería difícil encontrar «pescadores» tan enérgicos, hermanos tan fieles a la Nación del Islam como los que en 1955 contribuyeron al crecimiento de los templos de Boston, Filadelfia, Springfield, Hartford y Nueva York. Me refiero, como es lógico, a aquellos hermanos que yo conocía más en razón de la actividad que realizábamos. Aquel año hice mi primer viaje de importancia. Fui a Atlanta (Georgia) a ayudar a mis hermanos a fundar el Templo Número Quince.

Todo musulmán negro que, por algún motivo, debía mudarse a otra ciudad era exhortado a plantar allí las semillas de la doctrina. El hermano James X, uno de los principales del Templo Número Doce, había ganado muchos adeptos en Atlanta, de modo que cuando la noticia llegó a oídos de Muhammad, éste me dijo que debía ir allí para celebrar un acto inaugural. Creo que yo tuve algo que ver con todos los templos que estableció la Nación del Islam, pero nunca olvidaré aquella inauguración de Atlanta.

El único local de dimensiones suficientes que el hermano James X pudo alquilar fue el de una funeraria. En aquellos tiempos, la Nación del Islam disponía de muy escasos fondos para las actividades que realizaba, inclusive las del propio Elijah Muhammad. Cuando llegamos a la funeraria, estaba a punto de concluir el sepelio de un negro cristiano, por lo que tuvimos que esperar a que los deudos desalojaran el local.

Cuando finalmente entramos, me dirigí a la concurrencia con estas palabras: «Acabáis de ver unas personas que lloraban por la muerte física del ser querido. La Nación del Islam, sin embargo, se regocija con vosotros, que estáis muertos espiritualmente. Sí: sé que esto os sorprenderá, pero no sabéis que toda la raza negra de este país se encuentra muerta espiritualmente. Hoy hemos traído las enseñanzas de Elijah Muhammad para resucitar al hombre negro».

Hablando de funerales, debo mencionar que nunca fracasábamos en el intento de conseguir nuevos musulmanes cuando familiares y amigos no musulmanes de un musulmán fallecido asistían a nuestra breve pero emotiva ceremonia que ilustraba las enseñanzas de Muhammad: «Los cristianos celebran sus funerales para los vivos, los nuestros para los que se han ido».

En alguna ocasión, me había tocado presidir la ceremonia del sepelio,

pues yo era ministro de varios templos. De acuerdo con lo que me había enseñado Muhammad, rezaba una plegaria a Alá sobre el ataúd del hermano fallecido, y a continuación leía una breve nota necrológica. Luego leía dos pasajes del Libro de Job (en los capítulos séptimo y decimocuarto), donde se dice que no hay vida después de la muerte, y otro pasaje en que David, con motivo del fallecimiento de su hijo, afirma lo mismo.

Exhortaba a los dolientes a que no derramaran lágrimas y les explicaba el motivo de la ausencia de flores, cantos y música de órgano. «Mientras nuestro hermano estuvo vivo no lloramos por él, ni tocamos ni le entregamos flores, ¿por qué habríamos de hacerlo ahora, cuando él ya no puede apreciarlo? En cambio, daremos a los deudos el dinero que habríamos gastado en todo eso».

Entonces las hermanas designadas para tal fin aparecían con bandejas pequeñas y repartían pequeños caramelos de menta. A mi señal, los concurrentes se llevaban el caramelo a la boca. «Pasaremos ahora a dar una última mirada a nuestro hermano. No hay que llorar, como tampoco lloráis por ese caramelo que tenéis en la boca. Cuando se disuelva la dulzura del caramelo, pensad que también se disuelve la dulzura de este hermano, del cual hemos disfrutado en vida, y el cual quedará para siempre en nuestro recuerdo».

Tengo aproximadamente un par de centenares de testimonios de fieles que manifiestan que volvieron la vista hacia Alá a raíz de asistir a uno de nuestros funerales. Sin embargo, más tarde hube de enterarme de que la doctrina de Elijah Muhammad acerca de la muerte y la especie de rito funerario que nosotros celebrábamos estaba en abierta contradicción con las costumbres islámicas de Oriente.

En 1956 estábamos, por así decirlo, «bastante creciditos». Todos los templos habían «pescado» tanto y tan bien (sobre todo, los de Detroit, Chicago y Nueva York) que tenían muchos más fieles de los que se podían imaginar desde el exterior. Sucede muchas veces, sobre todo en las grandes ciudades, que existen grandes organizaciones sin que nadie se dé cuenta de ellas si no hacen ruido o publicidad.

El islam, en la versión de Muhammad, encontraba cada vez más adeptos en escalas sociales hasta entonces refractarias. Empezábamos a atraer a

personas instruidas. Algunos ejercían profesiones liberales, otros eran comerciantes. Incluso los había que estaban en «buena situación» en el mundo blanco; nos acercábamos así al coche veloz que deseaba Elijah Muhammad. Contábamos con funcionarios, enfermeras, oficinistas, dependientes de grandes almacenes. Mejor aún, algunos estaban a punto de convertirse en excelentes ministros jóvenes y audaces. Yo dormía muy poco, pues quería hacerme merecedor de las crecientes muestras de confianza de Muhammad en relación con los esfuerzos que yo dedicaba a la construcción de la Nación del Islam.

En ese mismo año, Muhammad autorizó al Templo Número Siete a que comprara y dispusiera para mi uso personal un Chevrolet nuevo. El coche era de la Nación, no mío. Sólo me pertenecía la ropa, el reloj y la maleta. Como todos los ministros de la Nación, ganaba lo suficiente para vivir y disponía de algo de dinero. En otro tiempo hubiera hecho cualquier cosa por dinero. Ahora, el dinero era lo último que me preocupaba. Cuando Muhammad me comunicó la noticia, me dijo asimismo que sabía cuánto me apasionaba ir de un lado a otro, plantando las semillas de nuevos adeptos y creando otros templos, y por tanto no quería que me sintiera en absoluto atado.

En los cinco meses siguientes, recorrí cerca de cincuenta mil kilómetros al volante de aquel Chevrolet, hasta que sufrí un accidente. Ocurrió en la ciudad de Wethersfield (Connecticut) a altas horas de la noche. Me había detenido en un semáforo en rojo y un vehículo chocó conmigo por detrás. Me llevé un buen susto, pero salí ileso. Aquel diablo iba acompañado de una mujer que ocultaba el rostro, por lo que comprendí que no era su esposa. En el momento en que intercambiamos los papeles del seguro (él vivía en la ciudad de Meriden), llegó la policía, y por la forma en que aquel hombre se comportaba, saltaba a la vista que se trataba de alguien importante. Posteriormente averigüé que era uno de los políticos más influyentes de aquel estado, aunque no quiero decir su nombre. De todos modos, gracias a los consejos de un abogado, el Templo Siete llegó a un acuerdo y con el dinero así obtenido se compró un Oldsmobile, la marca que he usado siempre desde entonces.

Siempre había puesto especial cuidado en mantenerme completamente

apartado de las hermanas musulmanas. La entrega completa a la causa del islam no permitía prestar atención a otros asuntos, en especial a las mujeres, según pensaba yo. En casi todos los templos, siempre había alguna hermana soltera que me expresaba de forma bastante explícita que yo necesitaba esposa. Pero mi respuesta era que el matrimonio no me interesaba en absoluto, pues estaba demasiado ocupado para ello.

En las visitas mensuales que hacía a Muhammad en Chicago, siempre me enteraba de que alguna hermana le había escrito para quejarse de las duras opiniones sobre las mujeres que yo vertía en las disertaciones acerca de las diferencias naturales entre los dos sexos. Ahora bien, la doctrina y las normas del islam referentes a las mujeres son muy estrictas. Se afirma, en efecto, que el verdadero carácter del hombre es la fuerza, y el de la mujer, la debilidad. Se entiende asimismo que, si bien el hombre debe respetar en todo momento a su esposa, también es preciso que no pierda el dominio sobre ella, pues en caso contrario no conseguirá que lo respete.

En aquella época, yo tenía motivos para pensar así. No creía que me fuera posible enamorarme de una mujer. Las experiencias que había tenido con ellas me enseñaron que, por regla general, la mujer es un ser astuto y mentiroso del cual no hay que fiarse. Había visto a muchos hombres arruinados, engañados y desorientados por culpa de las mujeres. Pretender que una mujer guarde silencio es como pedir a Jesse James que no lleve arma o a una gallina que no cacaree. ¿Es concebible uno u otro ejemplo? Por otra parte, para cualquier hombre que ocupara una posición considerable (como la que yo detentaba), no había cosa peor que dar con la mujer equivocada. ¡Pero si hasta Sansón, el hombre más fuerte del mundo, fue destruido por la mujer que durmió entre sus brazos! Las palabras de aquella mujer fueron la causa de las heridas del héroe.

En efecto, yo tenía demasiada experiencia. Había conocido muchísimas prostitutas y dueñas de prostíbulos. Ellas conocían a los hombres mucho más que sus propias esposas. Éstas les llenan la cabeza con tantas quejas y problemas que el hombre va a desahogarse con la prostituta. La prostituta ofrece atención y consuelo, y entonces el hombre le confía sus más íntimos problemas.

De todos modos, no había pensado en las mujeres desde hacía diez años, y

ahora que era ministro pensaba todavía menos. Muhammad me aconsejó que me quedara soltero.

Las hermanas del Templo Número Siete decían a los hermanos: «Os quedáis solteros porque el hermano ministro Malcolm X no mira nunca a una mujer». Nunca había ocultado a esas hermanas mi forma de pensar, y por otra parte, advertía a los hermanos que anduvieran con muchísimo cuidado.

Bueno, estaba aquella hermana que se había unido al Templo Número Siete en 1956. Me había fijado en ella, pero nada más. Seguí así durante un año. No me interesaba en absoluto. Ella debía de pensar que yo ignoraba hasta su nombre. Se llamaba Betty X. Era alta, morena, de piel más oscura que yo. Tenía los ojos castaños.

Sabía que había nacido en Detroit, que había estudiado en la universidad negra de Tuskegee, en Alabama. Trabajaba en la escuela de enfermeras de un gran hospital de Nueva York. Daba clases de higiene y de salud a las hermanas musulmanas.

Debo decir que todas las noches de la semana se realizan actos en nuestros templos. Los lunes, instrucción de los Frutos del Islam. La gente se imagina que se trata simplemente de una instrucción militar, judo o karate. Estas disciplinas forman parte de la formación de los Frutos del Islam, pero lo más importante son las conferencias y los debates. Así los Frutos del Islam aprenden a ser plenamente hombres. Se les enseñan las obligaciones del marido y del padre, qué deben esperar de la mujer, los derechos de la esposa que el hombre debe respetar, la importancia que tiene la imagen del padre para la fortaleza del hogar, los quehaceres diarios, el carácter vital de la castidad y la honestidad para la persona, el hogar, la sociedad y la civilización en general, los motivos del baño diario, cuestiones comerciales y otras cosas por el estilo.

El martes por la noche es el día de la Unidad en todos los templos musulmanes. En todos ellos los hermanos y las hermanas se reúnen y charlan. Se sirven refrescos, pastas secas y limonadas. Los miércoles por la noche, a las ocho, hay una discusión sobre los grandes principios del islam; se corresponde más o menos al catecismo de los católicos. Los jueves por la noche están reservados a las secciones femeninas y a los cursos de cultura

general. Las mujeres y las jóvenes musulmanas aprenden a ser buenas amas de casa, a educar a sus hijos, a ocuparse del marido, a cocinar, a coser, a comportarse correctamente en su país y en el extranjero.

Los viernes por la noche están consagrados a los cursos de civilización. Los hermanos y hermanas estudian la familia. Se acentúa el hecho de que hombres y mujeres deben entender su naturaleza recíproca y respetarla. Los sábados por la noche es el día libre y generalmente los musulmanes se visitan unos a otros. El domingo todos los fieles se reúnen en el templo.

Los jueves por la noche, día de las secciones femeninas, entraba en las clases, a veces en la de la hermana Betty X, del mismo modo como los demás días entraba en las clases masculinas. Al principio me limitaba a preguntarle cómo iban las clases. Ella respondía: «Todo va bien, hermano ministro». Y yo respondía: «Gracias, hermana». Nada más. Al cabo de un tiempo empecé a quedarme unos minutos, solamente, a hablar con ella, sólo para ser cordial.

Un día se me ocurrió que podría ayudar a las secciones femeninas si llevaba a Betty, que era la maestra, al Museo de Historia Natural. Quería enseñarle la exposición sobre el árbol genealógico del hombre. Le demostraría la exactitud de las teorías de Muhammad sobre, por ejemplo, la impureza del inmundo cerdo, que es un simple roedor. El cerdo salió de cruces entre la rata, el gato y el perro, decía Muhammad. Hablé con la hermana Betty precisando que mi intención era simplemente ayudarla a mejorar sus clases. Incluso había conseguido convencerme a mí mismo de que era mi único objetivo.

Entonces, cuando casi era hora de encontrarnos, la llamé por teléfono y le dije que me había surgido algo importante y que no podría acudir a la cita. Ella me replicó: «Hermano ministro, has esperado bastante para avisarme, porque ya estaba a punto de salir». Ante eso, le dije que ya trataría de arreglar el asunto de alguna forma y que iríamos al museo de todos modos, aunque yo no dispondría de mucho tiempo.

Mientras visitábamos el museo, le hice, sin pensarlo, toda clase de preguntas. Quería hacerme una idea de su manera de pensar. Quedé bastante impresionado por la inteligencia y la educación que tenía. En aquella época, ella era una de las escasas universitarias que habíamos conseguido atraer.

Poco después, otra hermana me confió que la hermana Betty X tenía un problema personal. Me sorprendió que no me lo hubiera dicho ella misma. Todos los ministros musulmanes saben las dificultades que las jóvenes fieles tienen con sus padres, que se oponen a que sean musulmanas. La hermana Betty X tenía padres adoptivos que le pagaban los estudios. Al saber que era musulmana, le habían hecho escoger entre el islam y sus estudios. Se estaba acabando el plazo, pero se mantuvo firme en el islam. Empezó a cuidar niños por las noches en casa de los médicos que vivían en las instalaciones del hospital donde ella estudiaba.

No dejaba de dar vueltas a este asunto. En mi situación, la más mínima decisión hubiera podido traer graves consecuencias para la Nación del Islam en general. ¿Qué ocurriría si un día llegara a pensar en casarme? Con la hermana Betty X, por ejemplo, aunque podría ser con otra. La hermana Betty X, lo he dicho ya, era alta, su altura correspondía a la mía, su edad también. Y Muhammad nos decía que un hombre demasiado alto y una mujer demasiado baja, o viceversa, no iban bien juntos; y que la edad ideal para la mujer era la mitad de la edad del hombre, más siete años. Decía que fisiológicamente la mujer está más adelantada que el hombre. Que la mujer debe honrar a su marido, condición necesaria para el éxito del matrimonio. Y que el hombre debe tener ideas más elevadas y ver más allá que su mujer a fin de darle sensación de seguridad.

Cuando me di cuenta del giro que habían dado mis pensamientos, me escandalicé tantísimo que decidí no acercarme más a la hermana Betty X. Cuando entraba en el comedor y me encontraba con ella, procuraba esconderme. Afortunadamente —suspiré—, ella ignora mis pensamientos. El hecho de que no le dirigiera la palabra no daría pie a que ella pensase nada, pues no había habido nada entre nosotros, aunque ella lo creyera.

Medité sobre cuál sería su reacción en caso de que a mí se me ocurriera decirle algo. Pero ella no iba a tener posibilidades de dejarme en una posición incómoda. «Y le dije a ese majadero: “¡Lárgate!”». Había oído a muchas mujeres que se jactaban de haber dicho eso a un hombre, y sabía, por tanto, que debía ser muy precavido.

Había un aspecto positivo de la hermana Betty X: tenía pocos parientes. Esto constituía una gran ventaja, pues en el Templo Número Siete había

visto más matrimonios rotos por culpa del rechazo de la familia que por otras razones.

Tenía las cosas bien claras: si iba a hacer algo lo haría directamente, a mi manera y porque yo lo quería así. No porque se lo hubiera visto hacer a otro, ni porque lo leyera en un libro o lo viera en una película. No sería como esos estúpidos romances de Hollywood que pasan por la televisión y que sirven para confundir la cabeza a las mujeres. Lo que hiciese lo haría por mí mismo, no quería imitar nada de lo que había por ahí.

Le dije a Muhammad, cuando fui a visitarlo a Chicago, que estaba a punto de tomar una seria decisión. Él sonrió cuando supo de qué se trataba. Precisé que todavía eran meros proyectos. Muhammad dijo que le gustaría conocer a la hermana Betty X.

La Nación era ya bastante rica y estaba en condiciones de enviar a las hermanas profesoras de los diversos templos a Chicago, para asistir a los cursos del Templo Dos (que era el local central de la Nación del Islam) y conocer personalmente al Honorable Elijah Muhammad. La hermana Betty X lo sabía. Por tanto, no tenía por qué pensar que hubiera otros motivos para el viaje a Chicago. Como todas las hermanas profesoras de paso en Chicago, fue invitada por el Mensajero y la hermana Clara Muhammad, y se alojó en su casa. Muhammad me dijo que la hermana Betty X le había causado muy buena impresión.

Cuando uno quiere hacer algo, tiene que adoptar una resolución rápida. Un domingo por la noche, después de la reunión en el Templo Siete, subí al coche y me dirigí a la avenida Garden State; pensaba ir a Detroit a visitar a mi hermano Wilfred. El año anterior —o sea, en 1957—, lo habían designado ministro del Templo Uno de esa ciudad. Hacía bastante tiempo que no lo veía.

Llegué a Detroit a eso de las diez de la mañana y fui a cargar combustible en una gasolinera. Me dirigí al teléfono para llamar a la hermana Betty X. Tuve que llamar a Información para averiguar el número de la residencia para enfermeras del hospital. Prácticamente no había número que yo no fuera capaz de memorizar, pero el de ella no lograba recordarlo. La llamaron. Cuando se puso al aparato, me saludó: «¿Qué tal, hermano ministro?». Sin darle tiempo a continuar, le espeté: «Oye, ¿quieres casarte

conmigo?».

Como es natural, se mostró de lo más aturdida. Pero cuanto más pienso en ello, crece el convencimiento de que la «sorpresa» de Betty fue toda una comedia. Porque no me cabe duda de que las mujeres lo saben. Siempre lo saben.

Respondió que sí, como yo esperaba. Le dije que tenía muy poco tiempo y que viniera en avión a Detroit. Llegó en el primer vuelo y conocí a sus padres adoptivos, que vivían en la ciudad. Betty se había reconciliado ya con ellos, o al menos así parecía. Se mostraron cariñosos y sorprendidos por la noticia.

Luego, fui a casa de Wilfred a presentarles a la hermana Betty X. Decidimos casarnos en Indiana, porque según lo que me había contado Wilfred, allí podíamos hacerlo deprisa y sin mucho papeleo.

A la mañana siguiente, la recogí en casa de sus padres y nos dirigimos a la primera ciudad de ese estado, pero nos enteramos de que, pocos días antes, había sido modificada la legislación matrimonial, con lo cual el plazo se prolongaba.

Eso ocurrió el día 14 de enero de 1958. Recuerdo que era un martes. No estaba lejos de Lansing, donde vivía mi hermano Philbert. Él estaba en el trabajo cuando llegamos, y Betty se quedó hablando con la esposa de Philbert. Mientras tanto, yo hice unas averiguaciones por teléfono y así me enteré de que podríamos casarnos al día siguiente si nos dábamos prisa.

Nos hicimos los análisis de sangre prescritos y luego obtuvimos la licencia correspondiente. En el cuadro que decía «Religión», yo escribí: «musulmana». Con todos esos documentos, nos dirigimos al Juzgado de Paz.

Un viejo blanco jorobado presidió la ceremonia. Los testigos eran también blancos. Pronunciamos todos los «síes» de rigor. Los dos sonreíamos y no nos perdíamos ningún detalle. Finalmente, el viejo diablo blanco pronunció las palabras: «Os declaro marido y mujer. —Y enseguida añadió—: Puede besar a la novia».

¡No veía el momento de salir de allí, de terminar esa parodia como en las películas de Hollywood! Me recordaba las comedias en que la novia espera que el hombre la lleve en brazos, y entonces resulta que el novio no puede

porque ella es mucho más pesada. No sé la cantidad de matrimonios que han terminado en fracaso porque la mujer, idiotizada por todas esas películas románticas, espera los ramos de flores, los besos y los abrazos, y que el novio la lleve a cenar y a bailar, como si fuera Cenicienta. Luego sufre la decepción de su vida, cuando el marido, un hombre pobre, llega a casa cansado y sudoroso después de trabajar todo el día como una bestia y no pide otra cosa que un plato de comida.

Cenamos en casa de Philbert. Cuando llegamos le dije que le tenía guardada una sorpresa. «No es ninguna sorpresa», me respondió. En efecto, cuando regresó del trabajo, se enteró de que yo había ido a presentarles a una hermana musulmana. No cabía duda: o ya nos habíamos casado o estábamos a punto de hacerlo.

Betty tenía que salir inmediatamente hacia Nueva York para reincorporarse a la escuela de enfermeras, y regresaría al cabo de cuatro días. Según dijo ella misma, no comentó a nadie del Templo Número Siete la noticia de la boda.

Aquel domingo, Muhammad tenía previsto hablar en el Templo Uno de Detroit. Por entonces, yo tenía un ministro ayudante en Nueva York y decidí llamarlo para pedirle que me sustituyera en el servicio. El sábado, Betty volvió. El Mensajero dio la noticia al terminar la ceremonia. Los fieles de Míchigan (que conocían perfectamente mi actitud distante hacia las mujeres) no podían creerlo.

Regresamos juntos en coche a Nueva York. La noticia causó un gran revuelo en el Templo Siete. Algunos jóvenes me lanzaban miradas de reproche. Tenían la impresión de que los había traicionado. Pero los demás sonreían abiertamente. Las hermanas se abalanzaron sobre Betty como si fueran a comérsela. «¡Lo conseguiste!», exclamó una de ellas. Eso es lo que decía antes acerca de la naturaleza de las mujeres. ¡Fue ella la que lo consiguió! Por eso nunca me he quitado de la cabeza la idea de que ella sabía algo, que lo supo siempre. Sí, quizá fue ella la que me conquistó.

Vivimos dos años y medio en el barrio de Queens. Compartíamos una casa dividida en dos apartamentos pequeños con el hermano John Alí y su esposa. Él ocupa actualmente el puesto de secretario general y está en Chicago.

Attallah, nuestra primera hija, nació en noviembre de 1958. Le pusimos ese nombre en recuerdo del rey de los hunos, el que saqueó Roma. Poco después de su nacimiento, nos instalamos en la casa que habitamos todavía, una vivienda de siete habitaciones que queda en Long Island, el barrio negro de Queens.

El día de Navidad de 1960, nació Kubila (en honor de Qubilay Kan). Después, en julio de 1962, nació Ilyasah (Ilyas significa Elijah en árabe). Y, finalmente, en 1964, llegó la cuarta hija, Amilah.

Pienso que ahora puedo decir que estoy enamorado de Betty. Ella es la única mujer a quien he amado, y asimismo es una de las poquísimas —cuatro, apenas— en quien he confiado. Ocurre que Betty es una buena musulmana, tanto en su papel de esposa como en el de mujer. El islam es la única religión que enseña la naturaleza auténtica del amor marital. El concepto occidental del amor no es nada más que lujuria. Pero el amor es algo más que la pasión física. Es carácter, conducta, actitud, ideas, gustos; todas las cosas que explican la hermosura de una mujer, la hermosura de la esposa. Ésa es la hermosura que nunca se agota. En Occidente, la mujer deja de atraer al marido cuando pierde la belleza física. El islam, por el contrario, enseña que hay que buscar en el interior de la mujer, y que ésta debe hacer lo propio con el marido.

Betty me comprende. Incluso diré que no conozco a ninguna otra mujer capaz de soportar a un hombre como yo. Betty sabe que el hecho de despertar al negro que tiene el cerebro lavado y decir las verdades al arrogante diablo blanco es un trabajo que ocupa mucho tiempo. Cuando tengo que trabajar en casa, Betty se las arregla para que pueda estar tranquilo, a pesar de que estoy muy pocas veces con ella. Nunca permanezco más de tres o cuatro días en casa. He estado fuera hasta cinco meses. Nunca puedo salir con ella, y sin embargo sé que le gusta mucho la compañía de su marido. Está acostumbrada a oírme siempre desde lejos: la llamo desde el aeropuerto en Boston, San Francisco, Miami, Seattle… Le telegrafío desde El Cairo, desde Accra o desde la ciudad santa de La Meca. Un día me dijo por teléfono, con una hermosa expresión, lo que pensaba: «Estás presente, incluso en tu ausencia».

A finales del primer año de nuestro matrimonio, estaba muerto de

cansancio. Quería estar en todos los sitios a la vez, engrandecer la Nación del Islam. En una ocasión en que me invitaron a hablar en el Templo de Boston, terminé como siempre con las palabras: «¿Quién de vosotros quiere seguir al Honorable Elijah Muhammad?». Vi entonces, con gran asombro por mi parte, que mi hermana Ella se levantaba con los demás. Nosotros decimos que los mejores musulmanes son los más difíciles de convencer. Ella había tardado cinco años en convertirse.

He mencionado ya que, en una gran ciudad, cualquier asociación de cierta importancia puede permanecer en el anonimato, a menos que algún acontecimiento sorprenda a la opinión pública. Pero en la Nación del Islam nadie tenía la menor sospecha de lo que ocurriría una noche en Harlem.

Unos negros se peleaban en la calle mientras otros los miraban. Dos policías blancos hicieron circular a todo el mundo. Resultó que dos de los curiosos eran musulmanes: el hermano Johnson Hinton y otro hermano del Templo Número Siete. No obedecieron con la suficiente rapidez a los policías blancos y el hermano Hinton fue apaleado. Un coche de policía lo llevó a la comisaría con el cráneo fracturado.

El segundo hermano telefoneó a nuestro comedor. Poco después, unos cincuenta Frutos del Islam formaban filas delante de la comisaría.

Otros negros curiosos acudieron también a ver qué pasaba. La efervescencia era cada vez mayor alrededor de los Frutos del Islam. La policía miraba por las ventanas y por la puerta de entrada. No podían creerlo. Yo entré en la comisaría. Como ministro del Templo Número Siete, pedí que se me autorizara ver a nuestro hermano. Al principio me respondieron que no estaba allí. Después reconocieron lo contrario, pero no me dejaron entrar. Entonces decidí que todos los musulmanes se quedasen allí hasta que pudiéramos ver a Hinton y asegurarnos de que le prodigaban todos los cuidados necesarios.

La policía se puso nerviosa. La creciente multitud los asustaba. Casi no pude dominar mi emoción al ver al hermano Hinton. Estaba medio inconsciente. Tenía la cabeza, la cara y la espalda bañadas en sangre. Espero que nunca tenga que ver otro ejemplo de brutalidad policial como ése.

Le dije al teniente: «Este hombre debería estar en un hospital». Llamaron

a una ambulancia. Los musulmanes la siguieron en formaciones separadas a lo largo de la avenida Lenox (la arteria más concurrida del barrio) hasta el hospital de Harlem, que distaba unas quince calles de la comisaría. Los negros, que no habían visto nunca nada parecido, salían de las tiendas, de los bares, de los restaurantes, y se unían a la multitud que nos seguía.

Cada vez había más gente, cuya cólera iba en aumento, ante el hospital. Los habitantes de Harlem estaban ya hartos de la brutalidad de la policía. Y nunca habían visto ninguna organización negra que se mantuviese en una posición tan firme como la nuestra.

Un oficial de la policía vino a ordenarme que dispersara a todo el mundo.

Le respondí que nuestros hermanos eran pacíficos, perfectamente disciplinados y que no hacían daño a nadie. El oficial alegó que los que estaban detrás de todo no eran disciplinados. Le respondí amablemente que ésos no eran de mi incumbencia.

Los médicos vinieron a asegurarnos que el hermano Hinton recibía todos los cuidados necesarios. Entonces di orden a los musulmanes de que se dispersaran. Los otros negros tenían un aire amenazador, pero también acabaron por marcharse. Después nos enteramos de que tuvieron que introducir una placa de acero en el cráneo del hermano Hinton.

Tras esta operación, la Nación del Islam ayudó a levantar una querella contra la policía. El jurado concedió al hermano Hinton más de setenta mil dólares de indemnización. Era la primera vez que la ciudad de Nueva York desembolsaba semejante cantidad para indemnizar a una víctima de la brutalidad policial.

Para los millones de lectores de los periódicos del centro de Nueva York, aquello era simplemente uno de los muchos incidentes que jalonaban la historia de los «problemas raciales de Harlem». El asunto no hizo mucho ruido. Pero la policía estudió atentamente, y de una manera especial, las fichas que había reunido sobre la Nación del Islam. Más importante todavía fue que el incidente ocupó la primera página del *Amsterdam News*, el periódico de Harlem, el gueto negro más poblado del mundo. Y por primera vez, los negros de la calle (hombres, mujeres y niños) se pusieron a hablar de «esos musulmanes».

[30] Nombre griego de Filadelfia, ciudad formada por cuáqueros.

Los musulmanes negros

En la primavera de 1959, unos meses antes del asunto del hermano Hinton y sus repercusiones en la opinión de Harlem, un periodista negro, Louis Lomax, que vivía entonces en Nueva York, me propuso hacer una película sobre la Nación del Islam para el programa de televisión de Mike Wallace, especialista en temas de debate. Le respondí que debíamos solicitar la autorización del Honorable Elijah Muhammad. Louis Lomax salió en avión para Chicago y Muhammad le dio el permiso, tras advertirle acerca de algunos aspectos que no le gustaban.

Los cámaras de la televisión rodaron escenas de nuestra vida musulmana, de las mezquitas de Nueva York, de Chicago y de Washington. Se hicieron efectos sonoros: Muhammad, y otros ministros, entre los que me hallaba yo, atacando al diablo blanco ante un auditorio de negros y abriéndoles los ojos sobre el lavado de cerebro que desde hacía tiempo venía sufriendo nuestro pueblo.

Por la misma época, un negro, C. Eric Lincoln, de la Universidad de Boston, escogió la Nación del Islam como tema para su tesis de doctorado. Lincoln había empezado a interesarse por el islam el año anterior. Por aquel entonces, enseñaba en el Clark College de Atlanta (Georgia), y daba clases de religión. Uno de sus estudiantes le había presentado una disertación, que Lincoln reproducía en su libro, de donde tomo la cita. El autor era uno de los estudiantes negros que acudían regularmente al Templo Número Quince de Atlanta y expresaba sus convicciones con toda franqueza: «El cristianismo es incompatible con la dignidad e igualdad a que aspiran los negros en Norteamérica. El cristianismo ha frenado lo que hubiera podido

fomentar, ha eludido los problemas sobre los que tenía la obligación moral de pronunciarse. Ha dividido a los creyentes en función del color de la piel, pese a que su principal misión es hacer que reine la fraternidad universal bajo la égida de Cristo. El amor cristiano es, para el blanco, el amor a sí mismo y a su raza. Para el hombre de color, el islam es la anticipación de la justicia y la igualdad que nosotros instauraremos en el mundo del mañana».

Tras realizar investigaciones preliminares sobre la materia, el profesor Lincoln consiguió diversas becas y, además, una editorial lo exhortó a que con la documentación reunida para la tesis elaborara un libro.

Aquellas dos grandes novedades (el programa de televisión y el libro) causaron conmoción en el seno de nuestra relativamente pequeña Nación. Todos esperábamos gozosos que, gracias a los potentes medios de comunicación del hombre blanco, llegara a los hermanos y hermanas negros de cerebro lavado de todo el país (y también a los diablos blancos) la doctrina de Muhammad, que exponía verdades tajantes como una espada de doble filo.

Nosotros ya habíamos llevado a cabo algunos intentos, muy limitados, de emplear el poder de la prensa. Poco tiempo antes, yo había ido a ver a James Hicks, director del *Amsterdam News*, publicación de Harlem. Hicks pensaba que las voces de todos los sectores de la comunidad debían ser escuchadas. Así pues, empecé a escribir un artículo cada semana sobre la Nación del Islam en dicho medio. Más tarde, Muhammad consintió en escribir una columna para el *Amsterdam News* y la mía fue trasladada al *Herald Dispatch* de Los Ángeles, otro periódico negro.

Pero empecé a pensar que la Nación del Islam debía tener su propio periódico.

En 1959, Muhammad me envió a fundar un templo en Los Ángeles. Aproveché la ocasión para hacer una visita al *Herald Dispatch* y para trabajar en la redacción. Aprendí cómo se hacía un periódico. Cuando veo hacer algo una vez, generalmente soy capaz de repetirlo después yo solo. Lo aprendí en la calle. Allí hay que cazar las cosas al vuelo para sobrevivir como delincuente.

Al volver a Nueva York compré una máquina fotográfica de segunda mano. No sé cuántos rollos de película malgasté antes de obtener fotos

correctas. Siempre que se me presentaba la oportunidad escribía noticias breves sobre acontecimientos interesantes de la Nación del Islam. Una vez al mes, mandaba artículos y fotografías a algún impresor conocido mío. Titulé el periódico *Muhammad Speaks*. Los hermanos musulmanes lo vendían por la calle. No sospechaba entonces que llegaría un día, cuando los celos se asentaron en la jerarquía, en que no se publicaría nada referente a mí en ese periódico que yo mismo había fundado.

De todos modos, la Nación del Islam se iba a convertir en el centro de la publicidad nacional cuando Muhammad me envió a hacer un viaje de tres semanas por África. La Nación era todavía muy pequeña, pero varias personalidades africanas habían notificado en privado a Muhammad que apreciaban sus esfuerzos en favor de la condición del negro en Estados Unidos. A veces era yo quien recibía los mensajes. Visité pues como emisario de Muhammad Egipto, Arabia, Sudán, Nigeria y Ghana.

Hoy en día, muchos negros se quejan de que la Nación tomara dimensiones internacionales utilizando precisamente medios de los blancos, como la prensa, la radio y la televisión. No lo discuto. Tienen razón. Pero ninguno de nosotros podía prever lo que iba a suceder.

El programa se televisó a finales de 1959. Era un montaje caleidoscópico de imágenes horribles titulado «El odio que surgió del odio». Se veía a Muhammad, a mí y a otro hermano musulmán hablando a nuestros Frutos del Islam, hombres fuertes y decididos; hermanas musulmanas de todas las edades vestidas de blanco; musulmanes comiendo en nuestros restaurantes, atendiendo sus ocupaciones; musulmanes y otros negros entrando y saliendo de nuestras mezquitas. Cada frase iba destinada a crear un efecto. Los telespectadores debieron de acabar agotados al final del programa, como deseaban los realizadores.

El público reaccionó un poco como lo había hecho cuando Orson Welles aterrorizó a todo Estados Unidos con su famoso reportaje radiofónico sobre la invasión de los marcianos.

Esta vez nadie se tiró por la ventana, pero la opinión de Nueva York reaccionó inmediatamente. Para mí, el título de «El odio...» fue el principal responsable. Cientos de miles de habitantes de Nueva York, blancos y negros, exclamaban: «¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis oído? ¡Ahora predican

el odio a los blancos!».

Ésa era una de las constantes del comportamiento del blanco respecto al negro. El blanco se quiere tanto a sí mismo que se queda estupefacto cuando descubre que sus víctimas no comparten la buena opinión que tiene de sí mismo. Durante siglos todo había ido bien en Estados Unidos, mientras las víctimas explotadas, embrutecidas, respondían con un «Sí, señor», «sí, amo» y hacían de tíos Tom. Pero ahora las cosas eran distintas. Los periodistas blancos escribían: «Alarmante», «mensajeros del odio», «las buenas relaciones entre las razas se ven amenazadas», «segregacionistas negros», «abogados de la supremacía negra» y cosas por el estilo.

Todavía no estaba seca la tinta de los periódicos cuando empezaron los semanarios nacionales: «Enseñan el odio», «buscan la violencia», «racistas negros», «fascistas negros», «anticristianos», «posiblemente inspirados por el comunismo».

La prensa del diablo más manifiesto en la historia de la humanidad se deshizo en insultos, y el hombre blanco, por fin despierto, empezó a preparar el golpe.

Desde los tiempos de la esclavitud, el blanco norteamericano se ha reservado siempre algunos negros, escogidos con atención, que gozan de una situación más favorable que la de la masa que trabaja la tierra ardiente con el sudor de su frente. El blanco emplea a estos negros privilegiados como criados. Les tira muchas migajas de su mesa, les deja incluso comer en la cocina. Sabe que puede contar con ellos para perpetuar la imagen que él tiene de sí mismo, «el buen amo», el «justo». «El buen amo» oía siempre lo que quería oír de la boca de esos negros caseros. «Usted es un buen amo, un excelente amo, señor». Y «esos negros que trabajan los campos son felices así. No son lo bastante inteligentes para merecer que se ocupen de ellos, amo».

¡Pues bien! Los criados del tiempo de la esclavitud existen todavía, pero ahora son más refinados. Cuando el amo blanco descuelga su teléfono para llamarlos, no tiene ni siquiera necesidad de darles instrucciones: son marionetas bien educadas que han visto la televisión, han leído los periódicos. Saben perfectamente lo que deben hacer.

No daré nombres. Pero si se hace una lista de los principales «dirigentes» negros en 1960, se mencionará el nombre de los que nos atacan a nosotros, los «negros de campaña», considerados «locos» por ir contra el «buen amo». Su primera preocupación ha sido la de tranquilizar al «buen amo», decirle que no se inquietase por esos «negros del campo» y esos «negros del gueto».

«Esos musulmanes negros no representan a la masa», era la primera excusa para tranquilizar al «buen amo». «El culto del odio es propio de los irresponsables», «una lamentable imagen de los negros precisamente en el momento en que se atenúan las tensiones raciales». Esos «dirigentes» se habrían pisoteado los unos a los otros por ser citados los primeros. «Un deplorable ejemplo de la vuelta al racismo», «ridículos aspirantes que afirman poseer la antigua doctrina islámica», «herejía anticristiana».

En el pequeño restaurante de nuestro Templo Número Siete, el teléfono estuvo a punto de soltarse de la pared. Me pasaba cinco horas al día con el auricular en la mano. Escuchaba, tomaba notas: la prensa, la radio, la televisión querían saber nuestra opinión sobre la ofensiva de los «dirigentes» negros. A veces llamaba a Muhammad a Chicago, le leía las notas que había tomado y le pedía instrucciones.

No me explicaba cómo se las arreglaba Muhammad para conservar la calma al oír lo que yo le repetía. Apenas si podía dominarme a mí mismo.

El número de teléfono de mi casa no figuraba en el listín, pero todo el mundo acabó sabiéndolo. Betty descolgaba, cogía el recado. Colgaba, e inmediatamente empezaba a sonar otra vez. Parecía que los teléfonos me persiguieran a dondequiera que fuese.

Las llamadas iban siempre dirigidas a mí porque yo era el ministro de Muhammad en Nueva York, y esta ciudad era el centro de la prensa, de la radio, de la televisión. Venían del sudoeste, del nordeste de Estados Unidos, e incluso de Londres, de Estocolmo, de París. Tan pronto era un hermano musulmán del restaurante quien me pasaba el teléfono, como Betty en casa... No podía creerlo.

Una cosa me llamó la atención en aquel agitado período: los europeos no acentuaban el asunto del odio. Sólo los blancos norteamericanos estaban obsesionados por este odio que les manifestábamos. Tenía claro que eran

ellos mismos los que estaban llenos de odio hacia el negro.

Querían saber por qué yo «preconizaba la supremacía negra y enseñaba el odio». Cada vez que me formulaban esa pregunta yo me ponía en alerta y se desencadenaba una reacción química en mi ser. Para nosotros, «el diabólico hombre blanco» había sido hasta el momento sólo una imagen abstracta, nunca habíamos mantenido una verdadera relación con él. Pero entonces teníamos al mismísimo diablo, vivo y coleando, al otro lado del teléfono, ese diablo calculador, de ojos fríos, con todo su odio y sus tretas de santurrón.

Yo procuraba devolver todo el fuego posible en la respuesta: «El hombre blanco, que es culpable de la supremacía blanca en este país, pretende esconder su culpa con acusaciones de que el Honorable Elijah Muhammad preconiza el odio y la supremacía de los negros. ¡Qué infamia! Lo único que se propone el señor Muhammad es despertar la mentalidad del hombre negro, elevar su condición social y económica.

«El hombre blanco tiene doble cara y su sentido de culpabilidad no le permite decidir lo que realmente quiere. Si nuestros antepasados, los negros esclavos, hubiesen defendido la llamada “integración” con el hombre blanco, habrían sido castigados con la pena de muerte. Pero hoy cuando Muhammad habla de la “separación”, el blanco lo acusa de instigar el odio y de fascista.

»El hombre blanco, sin duda, no quiere a los negros. Los negros son como un parásito para él, y la presencia de los negros en este país y la condición en que se hallan ponen de manifiesto ante todo el mundo cuál es la naturaleza del hombre blanco. ¿Por qué atacan, entonces, a Muhammad?».

Podía sentir perfectamente el rencor que había en mi voz.

«¿Qué sentido tiene que el blanco pregunte al negro si lo odia? Es como si el violador o el lobo preguntasen a sus víctimas: “¿Me odias?”. El blanco carece en absoluto de autoridad moral para acusar de odio a nadie.

»Todos mis antepasados han sido mordidos por la serpiente; yo mismo he sido mordido por la serpiente. Advierto entonces a mis hijos que tengan cuidado con la serpiente. ¿Significa eso que yo preconizo el odio a la serpiente?».

«Señor Malcolm X —insistían aquellos periodistas—, ¿por qué los Frutos

del Islam hacen prácticas de judo y de karate?». La mera idea de que el negro pudiera aprender a defenderse aterrorizaba al hombre blanco. Yo entonces devolvía la pregunta.

«¿Por qué el judo y el karate resultan de pronto tan peligrosos justo cuando los negros empiezan a practicarlos? En todas partes del país se aprende judo: en los Boy-Scouts, en la Asociación Cristiana de Jóvenes, en la Asociación de Mujeres Cristianas y otras organizaciones similares. Todo eso está perfecto, hasta el momento en que a los negros se les ocurre aprenderlo. ¿Por qué, si incluso se enseña defensa personal a las niñas de primaria?».

Las preguntas seguían: «¿Cuántos militantes tiene la Nación del Islam? El reverendísimo obispo T. Chickenwings afirma que son sólo un puñado». Y yo respondía: «Quien afirme que conoce el número exacto de militantes, no lo sabe, y el que lo sepa, nunca lo dirá».

Varias veces traían a colación las declaraciones del obispo Chickenwings acerca de la naturaleza «anticristiana» de la Nación del Islam.

«El cristianismo —contraatacaba yo— es la religión del hombre blanco. La Santa Biblia en manos del blanco y la interpretación que hizo de ella constituyeron el arma ideológica más potente que le permitió esclavizar a millones de seres humanos de color. Todas las conquistas de naciones que el blanco llevó a cabo por medio de las armas se hicieron con la Biblia en la mano. El hombre blanco calificó de “paganos” a los conquistados y así tenía la conciencia tranquila. Detrás de las armas, iban los misioneros para rematar la conquista del enemigo».

Percibía la furia en las voces de esos periodistas blancos que nos tachaban de «demagogos». Cuando me habían formulado dos o tres veces la misma pregunta, ya sabía la forma de reaccionar.

«Empecemos por Grecia y tal vez así pueda usted comprender el significado de la palabra “demagogo”. Para los griegos, el demagogo era “el que enseña al pueblo”. Examinemos el caso de algunos demagogos. El más famoso de los griegos, Sócrates, fue condenado a muerte por demagogo. Jesucristo murió en la cruz porque los fariseos defendían sus leyes, no el espíritu de éstas. Los modernos fariseos también quieren destruir a Elijah Muhammad y lo acusan de demagogo, de loco, de fanático. ¿Y sabe usted,

acaso, lo que pasó con Gandhi, ese hombre a quien Churchill tachó de "pequeño fakir desnudo", que se negaba a ingerir alimentos cuando estuvo en las cárceles de los ingleses? ¡Pues él contaba con el apoyo de doscientos cincuenta millones de personas, oiga bien: doscientos cincuenta millones! Todo un subcontinente que lo apoyaba, y así le hicieron un nudo en la cola al león británico. Y qué decir de Galileo, delante de los inquisidores que lo juzgaban, refiriéndose a la Tierra: "¡Y sin embargo se mueve!". Martín Lutero decidió hacer públicas sus tesis contrarias a la Iglesia Católica, entonces todopoderosa, y ésta lo llamó "hereje". Los seguidores del Honorable Elijah Muhammad estamos en los guetos al igual que los primeros cristianos se refugiaban en catacumbas y en cuevas. Y, allí, como termitas, socavaban el terreno y prepararon la tumba del poderoso Imperio Romano».

Recuerdo aquellas acaloradas entrevistas telefónicas como si fuera ayer mismo. Los periodistas estaban furiosos. Yo también. Cuando quería ir más lejos, evocar la historia, ellos me traían por fuerza al presente. En todas las entrevistas, se olvidaban de su función de periodistas para poder defender mejor al diablo blanco. Desenterraban a Lincoln y la abolición de la esclavitud. Yo les recordaba el discurso de Lincoln contra los negros. Ellos se acogían al fallo del Tribunal Supremo de 1954 sobre la integración escolar.

«Ése fue realmente uno de los trucos de magia más importantes de la historia de Estados Unidos —les respondí—. ¿Quieren hacerme creer que los nueve magistrados del Tribunal Supremo, esos ases de la fraseología jurídica, no hubieran podido arreglárselas para hacer que la decisión fuese aplicable, para que tuviera eficacia real? ¡No! Fue un truco para decir a los negros que la segregación había terminado, "¡Hurra! ¡Hurra!", y susurrar a los blancos al mismo tiempo: "¡Aquí tenéis la escapatoria!"».

Los periodistas se esforzaban al máximo en la búsqueda de un «buen» blanco de bondad irrefutable. Uno de ellos estuvo a punto de perder la voz. Me pidió que le nombrara, si podía, un solo blanco que hubiera hecho realmente algo por los negros. «Sí —le respondí—. Puedo nombrarle dos. Hitler y Stalin. Ningún negro podía obtener un empleo decente en una fábrica norteamericana hasta que Hitler hizo presión sobre los blancos.

Después fue Stalin quien mantuvo esta presión».

Pero era inútil acentuar determinadas cuestiones, no publicaban nunca lo que decía de la forma exacta en que yo lo decía. Bajo el fuego de preguntas y respuestas, me daba cuenta de cómo la prensa puede desnaturalizar y deformar lo que quiere y cuando quiere. Si yo hubiera dicho «Mary tenía un corderito», habrían escrito probablemente «Malcolm X calumnia a Mary». [31]

A pesar de todo, prefería a la prensa blanca que a los líderes negros que no cesaban de atacarnos. Muhammad nos aconsejaba que no respondiéramos. Sería servir a los intereses de los blancos, cuya política respecto a nosotros era «divide y vencerás». Según Muhammad, ése era el método que siempre había utilizado el blanco para mantenernos desunidos. La unión de nuestra raza era el propósito fundamental.

Pero en vez de bajar el tono, las marionetas negras seguían insultando a Muhammad y a la Nación del Islam. Llegó a parecer que teníamos miedo de hablar contra esos «importantes» negros. Hasta que la paciencia de Muhammad llegó al límite. Y con su permiso, empecé a devolverles las bromas.

«Hoy en día, el tío Tom ya no lleva un pañuelo en la cabeza. El tío Tom del siglo xx lleva muchas veces sombrero de copa. Por lo general, es instruido y va muy bien vestido. Es la cultura, el refinamiento en persona. El tío Tom del siglo xx habla con el acento de Harvard o de Yale. A veces tiene un título: profesor, doctor, juez, reverendo padre, e incluso reverendísimo doctor. Este tío Tom del siglo xx es un negro profesional... Quiero decir con esto que su profesión consiste en ser el negro del blanco».

Por primera vez en la historia de Estados Unidos, los llamados dirigentes negros, escogidos a dedo por el hombre blanco, se vieron desenmascarados en público. Reaccionaron todavía más violentamente que el diablo blanco cuando les solté las verdades. Hasta entonces se habían limitado a hablar en su propio nombre. Ahora tenían que llevar a la batalla todo el peso de las asociaciones que ellos dirigían.

«¡Cuerpos de negro con cabeza de blanco!», así es como los llamaba. Todas sus asociaciones para el «progreso» de los negros se parecían como dos gotas de agua. Naturalmente el gran público conocía sólo a los

dirigentes que luchaban por los derechos de los negros.

Pero detrás de esos dirigentes, en la sombra, entre bastidores, había siempre un patrón blanco, director general, presidente, o cualquier otro título, que manejaba los hilos.

Había tema picante para la prensa, tanto blanca como negra. *Life*, *Look*, *Newsweek* y *Time* hablaban de nosotros. Los periódicos no publicaban un artículo, sino tres, cuatro o cinco sobre la Nación del Islam. El *Reader's Digest*, con sus veinticuatro millones de ejemplares traducido a trece lenguas diferentes y vendido en el mundo entero, publicó un artículo titulado «Mr. Muhammad Speaks». El autor era Alex Haley, el escritor a quien yo estoy dictando este libro. Y las revistas mensuales siguieron al *Reader's Digest*.

La radio y la televisión me pidieron que participara en algunos debates para defender la Nación del Islam. Tenía que enfrentarme con especialistas blancos y sus instruidos criados negros, escogidos a dedo. Cada día veía con más claridad que las doctrinas de Muhammad estaban siendo mal interpretadas, distorsionadas, y poco a poco aumentaba mi cólera. Creo que no pensé ni por un momento que por primera vez en mi vida iba a poner los pies en un estudio de radio o de televisión, a hablar delante de un micrófono, a dirigirme a millones de oyentes y de telespectadores. Mi única experiencia habían sido los debates en la cárcel ante musulmanes.

Los años que pasé en la calle me habían enseñado que todo tiene su truco. De los debates de la cárcel había aprendido trucos para vencer a mis oponentes, para cazarlos cuando no se lo esperaban. Para hacerlo en las ondas tenía que encontrar otros trucos.

Sabía que observando de cerca a los demás aprendería enseguida trucos para defender a Muhammad y sus doctrinas.

Entré en los estudios. Los diablos blancos y sus marionetas negras diplomadas jugaban al juego de la amistad, de la «integración», bromeaban juntos y se llamaban por el nombre de pila. ¡Cuántas mentiras! Me daban ganas de vomitar. Hasta conmigo fingían amistad, cuando todos sabíamos perfectamente que estaban allí para descuartizarme. Me ofrecieron café. Yo les respondí: «No gracias, sólo quiero saber dónde tengo que sentarme». A veces había un micrófono encima de la mesa, delante de mí; otras veces el

micrófono estaba atado a una cuerda que me pasaba alrededor del cuello. Yo prefería estos últimos, pues me evitaba tener que estar constantemente pensando en la distancia entre el micrófono y yo.

El moderador del programa solía realizar una malintencionada presentación de mi persona y sin mencionar para nada el aspecto religioso de la cuestión, como por ejemplo: «Tenemos con nosotros al señor Malcolm X, el fogoso e iracundo dirigente de los musulmanes de Nueva York». Decidí preparar mi propia presentación. Ensayaba en casa, en el coche, la forma de interrumpir al presentador del programa y decir lo que yo quería acerca de mí. Las palabras que empleaba eran, más o menos, las siguientes:

«Hablo en representación de Elijah Muhammad, el guía espiritual de la asociación musulmana que crece más rápidamente en el hemisferio occidental. Los seguidores de Elijah Muhammad sabemos que él ha recibido las enseñanzas divinas y que nos lo ha enviado Dios en persona. Opinamos que la condición miserable en que se hallan los veinte millones de negros norteamericanos significa el cumplimiento de la profecía divina. Entendemos asimismo que la presencia en este país del Honorable Elijah Muhammad, la difusión de su doctrina en el seno de los llamados “negros” y la denuncia desnuda del tratamiento que esta sociedad les otorga, constituyen otros tantos elementos que demuestran el cumplimiento de la profecía divina. Gozo del privilegio de ser ministro del templo que poseemos en la ciudad de Nueva York, el Templo Número Siete. Ese templo pertenece a la Nación del Islam y cuenta con la dirección divina del Honorable Elijah Muhammad».

Cuando terminaba de hablar, aún con el aliento contenido, observaba las reacciones de los diablos blancos y de los loros negros que los acompañaban. Me observaban fijamente.

En cuanto empezaba el debate, se lanzaban todos contra mí, atacaban a Muhammad, a mí y a la Nación del Islam. Aquellos negros locos con su integración se enfurecían. ¿Por qué los musulmanes no veíamos que la «integración» era la forma de resolver los problemas que aquejaban a los negros? Yo intentaba despedazar sus argumentos.

«Ningún negro en sus cabales —comenzaba— es partidario sincero de la integración. ¡Y tampoco quiere la integración ningún blanco que esté en su

sano juicio! Ningún negro cree de verdad que el hombre blanco está dispuesto a permitirle que se integre. ¡No! El Honorable Elijah Muhammad enseña que el único recurso que le queda al negro de este país es separarse absolutamente de los blancos».

La técnica que empleo en la radio y la televisión consiste en hablar sin parar, sin dejar que me interrumpan hasta que concluyo mi pensamiento. Quien me haya visto u oído, ya sabe a qué me refiero. En aquellos primeros programas ya comenzaba a emplear dicha técnica.

«El Honorable Elijah Muhammad afirma que la sociedad occidental se encuentra en vías de decadencia y que la inmoralidad reina en todas partes. Esta sociedad será sometida al juicio divino y será destruida. Los negros se encuentran atrapados en esta sociedad corrupta y para salvarse no les queda más recurso que separarse de ella, no integrarse. Los negros debemos poseer una tierra propia; allí se reformará la condición del hombre negro, se elevará su moral, con la vista puesta en Dios. Los mejores diplomáticos de Occidente han sido incapaces de hallar solución a esta grave cuestión racial. Los afamados abogados también han fracasado. Los sociólogos, otro tanto. Los políticos y las autoridades religiosas y sociales también han fracasado. Puesto que todos han fracasado es hora de que nos sentemos y razonemos. Tengo la convicción de que la magnitud de este problema racial es tal que exige la intercesión divina».

En cuanto yo pronunciaba la palabra «separación», mis adversarios se indignaban. ¡Así, alegaban, los musulmanes reclaman lo mismo que los racistas y los demagogos blancos! Les expliqué la diferencia.

«¡No! Nosotros rechazamos categóricamente la segregación, con mucha mayor fuerza que ustedes. Lo que reclamamos es la separación, que no es lo mismo. El Honorable Elijah Muhammad enseña que hay segregación cuando la vida y la libertad de uno están controladas, reguladas por otra persona. Segregar significa controlar. Los superiores se imponen por la fuerza a los inferiores. La separación, en cambio, es el resultado de un acuerdo entre dos partes iguales, por el interés de cada una.

»El Honorable Elijah Muhammad nos dice que mientras nuestro pueblo dependa del blanco en Norteamérica, seguiremos pidiéndole trabajo, vestidos, casa y comida. El blanco continuará controlando nuestra vida,

regulándola, perpetuará la segregación. En América se ha tratado al negro como a un niño. Un niño está en el vientre de su madre sólo hasta el momento de nacer. Llegado este momento, el niño debe separarse, si no, destruirá a la madre y a sí mismo. La madre no puede continuar llevando al hijo más allá del plazo previsto. El niño reclama su mundo, lo necesita».

Yo creía en la doctrina de Elijah Muhammad y era fiel exponente de ella. Quienquiera que me haya escuchado puede dar fe de ello. Nunca pretendí nada para mí.

No hubo ni un debate público en el que no fuera acusado de «incitar a los negros a la violencia». No necesitaba documentarme para responder a esto.

«El milagro que ha obrado el cristianismo en Estados Unidos es que el negro no haya recurrido a la violencia. Es realmente un milagro que veintidós millones de negros no se hayan rebelado contra la represión; sin embargo, ello hubiera estado justificado moralmente, e incluso dentro de la tradición democrática. Que el pueblo negro haya continuado creyendo con fervor que debía poner la otra mejilla y esperar el paraíso del más allá, ¿no es un milagro? Que el negro norteamericano se haya mantenido pacífico durante siglos, llevando una vida infernal aquí, en el paraíso blanco, es un milagro. El milagro es que los líderes negros (marionetas del blanco), sus predicadores y esos negros instruidos, llenos de títulos, y los otros a los que se ha permitido obviar a sus hermanos negros pobres, hayan conseguido mantener tranquilas, sin demasiados problemas, a las masas negras hasta ahora».

Puedo asegurarlo: cada vez que me encontraba en los estudios, entre esas marionetas ávidas de integración con el cerebro lavado, cada vez que esos tramposos diablos querían hundirme, cada vez que la lucecita roja se iluminaba para indicar que estábamos en el aire, os aseguro que hacía lo imposible para representar a Elijah Muhammad y la Nación del Islam lo mejor que podía.

El libro de C. Eric Lincoln fue publicado en medio de las grandes controversias que se originaban a nuestro alrededor. Los musulmanes ya habían comenzado a celebrar por ese entonces los primeros actos masivos.

El libro llevaba por título *The Black Muslims in America* («Los musulmanes negros de Estados Unidos») y transmitía la misma imagen de

instigadores del odio que el programa de televisión «El odio engendra odio». La prensa se precipitó sobre él. Aparecieron críticas en todas las revistas, pero sólo se citó lo que nos perjudicaba, mientras se elogiaban los méritos literarios de Lincoln.

En la mente de la opinión pública quedó grabado el nombre «musulmanes negros». Ese nombre desagradó a todos los militantes de la Nación del Islam, empezando por Muhammad. Me costó por lo menos dos años hacer que se olvidara el título. Lo repetía en cada entrevista, en cada micrófono. «¡No! Nosotros somos el pueblo negro de este país. Nuestra religión es el islam. ¡Somos musulmanes, nada mas!». Pero no sirvió de nada. Nos quedó el nombre de «musulmanes negros».

Los grandes actos que realizábamos fueron, desde el principio, acontecimientos espectaculares. Anteriormente, el Templo Número Uno de Detroit se sentía orgulloso de ser capaz de enviar una caravana de diez coches a Chicago, donde Muhammad tenía que hablarles. Ahora, los templos de la Costa Este (los antiguos y los nuevos que toda esta publicidad nos había ayudado a fundar) enviaban ciento cincuenta, doscientos e incluso trescientos autocares reservados a todos los sitios en que tenía que hablar Muhammad. Cada autobús estaba bajo la responsabilidad de los Frutos del Islam. A cada lado del autocar había grandes estandartes con las consignas que podían leer los que pasaban por la carretera, los miles de transeúntes de la ciudad y los curiosos que salían a las ventanas cuando pasaban nuestros autocares.

Cientos de musulmanes y también otros negros venían en sus propios coches. Muhammad llegaba desde Chicago con su avión a reacción privado. El cortejo iba flanqueado por una escolta de policías, con las sirenas ululando, desde el aeropuerto hasta el lugar del acto. En vez de burlarse de los negros «chiflados» que éramos nosotros, las fuerzas del orden ponían todo su cuidado en proteger a Muhammad de los «chiflados» blancos susceptibles de crear «incidentes», o «accidentes».

Los actos negros tomaban proporciones fantásticas. No se había visto nunca nada parecido en Estados Unidos. Más de diez mil negros se amontonaban para escuchar a Elijah Muhammad en los inmensos locales que habíamos alquilado: el St. Nicholas Arena de Nueva York, el Coliseo

de Chicago, el Uline Arena de Washington.

Los actos estaban prohibidos a los blancos. Era la primera vez que el negro norteamericano osaba incluso soñar en algo así. Volvieron al ataque con sus marionetas negras: «¡Segregacionistas negros!», «¡racistas!». ¡Acusarnos a nosotros de segregacionismo!, cuando en todo el país la segregación (contra los negros) era normal.

Cientos de negros que habían llegado tarde se quedaban sin sitio, había que instalar altavoces fuera. La atmósfera era tensa entre la gran masa negra. Las colas interminables eran vigiladas por los Frutos del Islam, que se comunicaban entre ellos por medio de transmisores portátiles. En el vestíbulo de la entrada, los Frutos del Islam y las hermanas musulmanas, vestidas de blanco, registraban a cada hombre, a cada mujer y a cada niño para que no entrasen alcohol, tabaco ni ningún objeto que pudiera servir de arma para atentar contra la vida de Muhammad. Tenía un miedo cerval de que alguien pudiese herirlo y, en consecuencia, se hacía revisar a todo el mundo. Hoy en día entiendo mejor el porqué de esa preocupación de Elijah Muhammad.

Cientos de Frutos del Islam venían de las ciudades vecinas por la mañana temprano. Unos registraban a la gente, otros hacían de acomodadores. Las galerías y el fondo de la sala estaban reservados al gran público. Los musulmanes se sentaban delante. Las hermosas mujeres negras con sus vestidos blancos. Los hermanos con su traje oscuro y camisa blanca. Algunas sillas estaban reservadas para los negros «importantes». Muchos de ellos habían recibido invitación. Había también adversarios nuestros, los intelectuales y profesionales negros, esos monigotes, gente que apenaba a Muhammad, pues según él los negros más instruidos son los primeros que habrían tenido que coger de la mano a sus pobres hermanos negros y sacarlos de la miseria. Por esto nos preocupábamos de que las «personalidades» negras no se perdieran una sílaba de los discursos de Elijah Muhammad.

Reservábamos dos o tres filas a la prensa: periodistas, fotógrafos negros representantes de los periódicos negros y enviados especiales de las publicaciones, radio y televisión de los blancos. Verdaderamente, los periodistas de color tendrían que hacerle un monumento a Muhammad.

Gracias a él, gracias a sus reportajes sobre la Nación del Islam, han triunfado la mayoría de ellos.

En el estrado, en las cinco o seis filas detrás del gran sillón de Muhammad, nos sentábamos los ministros y otros altos jerarcas de la Nación del Islam. Algunos habían viajado cientos de kilómetros para oír a Muhammad. Se volvían para saludarse, se estrechaban las dos manos, se intercambiaban los *As-salaam-alaikum*, pues se alegraban sinceramente de verse.

Siempre había algunos ministros nuevos que venían de los templos abiertos recientemente. Mis hermanos Wilfred y Philbert eran ahora ministros de los templos de Detroit y de Lansing respectivamente. Jeremiah X estaba al frente del de Atlanta. John X, en Los Ángeles. Wallace Muhammad, el hijo del Mensajero, era ministro del templo de Filadelfia. Woodrow X, en Atlantic City. El pasado de algunos de los ministros era poco común. Lucius X, ministro de Washington, había sido adventista del Séptimo Día y después masón del trigésimo segundo grado. George X, ministro del templo de Camden (Nueva Jersey) había sido patólogo. David X había sido ministro de un templo cristiano en Richmond (Virginia). La mayoría de sus fieles se habían hecho musulmanes con él, y habían transformado la iglesia en templo. El joven ministro Louis X había sido un cantante de moda con un futuro muy prometedor, conocido como The Charmer. Ahora era ministro del templo de Boston, y autor de nuestra primera canción, titulada *El paraíso del hombre blanco ese infierno del hombre negro*, y de nuestra primera obra de teatro, *Orgena* (es decir, *a negro*, escrito al revés). Esta pieza trata de un proceso, hecho por negros, a un blanco simbólico que ha cometido en el mundo entero crímenes contra los pueblos de color. Juzgado culpable, condenado a muerte, el blanco evoca, a modo de protesta, todo lo que pretende haber hecho por los negros mientras lo arrastran hacia el lugar de la ejecución.

Había otros ministros incluso más jóvenes que Louis X. Por ejemplo, Thomas J. X, del templo de Hartford y Robert J. X, del templo de Búfalo.

Yo había fundado u organizado la mayoría de los templos representados en los actos. Al saludar a mis hermanos ministros, me acordaba de la época en que íbamos juntos «a la pesca» de calle en calle, de puerta en puerta, de

pequeñas reuniones en pequeñas reuniones, de siete personas como máximo, en las salas de estar de las casas negras. Así fuimos creciendo lentamente. Me acordaba también de las sillas plegables que alquilábamos para los miserables templos-almacenes y que limpiábamos hasta dejarlas impecables.

Nos encontrábamos todos juntos en el estrado ante un mar de rostros: esta pesca verdaderamente milagrosa no podía ser otra cosa que una manifestación de la impenetrable voluntad de Alá. Ahora entendía realmente lo que Muhammad me había explicado una vez. Decía que en la época en que huía de los negros hipócritas de ciudad en ciudad, Alá le había dado una visión de innumerables discípulos. Decía también que esas visiones lo habían reconfortado cuando estaba encerrado en la cárcel del hombre blanco.

Cesaba entonces el murmullo del público... El hermano John Alí, secretario nacional de la Nación, o el ministro Louis X de Boston, eran los primeros en hablar. Animaban aquel ambiente formado exclusivamente por negros hablando del nuevo mundo que se abría ante sus ojos, a través de la Nación del Islam. Después la hermana Tynetta Dymear evocaba admirablemente la contribución vital, de suma importancia, de las mujeres musulmanas en el empeño de la Nación por elevar la condición física, mental, social y política de la población negra.

Entonces yo tomaba la palabra. Mi misión era preparar a la sala para oír a Muhammad, que había venido expresamente de Chicago. Primero levantaba la mano y decía *As-salaam-salaikum*. *Oua-alaikum-salaam*, respondían a coro todos los presentes. Entonces comenzaba a hablar, siguiendo el modelo que utilizaba en estas ocasiones:

«Hermanos y hermanas negros: nosotros tenemos en común algo de lo que carecen el resto de las creencias religiosas o no religiosas, nos une un estrechísimo lazo. Hermanos: ¡nosotros somos todos negros!

»No quiero abrumaros con el relato de todas las grandezas del Honorable Elijah Muhammad. Sólo quiero decir en qué consiste esta grandeza. ¡Él es el primer y el único dirigente negro que ha apuntado con el dedo a nuestro enemigo!

»El Honorable Elijah Muhammad es el primer caudillo negro que ha

tenido el coraje de proclamar en público, ante todos nosotros, algo que comprenderéis enseguida en cuanto meditéis sobre ello. Algo que hemos visto y sufrido a lo largo de toda la vida: ¡nuestro enemigo es el hombre blanco!

»¿Por qué Muhammad nos enseña esta gran verdad? Porque cuando el negro sepa quién es el enemigo, éste ya no podrá mantener a los negros divididos y peleando entre sí, hermanos contra hermanos, como ha hecho hasta ahora. Porque cuando el negro sea capaz de reconocer al enemigo, éste ya no podrá engañarlo con promesas, artimañas, hipocresía, con todas sus obras malvadas. ¡Entonces, hermanos, los negros dejaremos de estar sordos, ciegos y mudos!

»El enemigo blanco ya no podrá seguir lavándonos el cerebro. No podrá colocarnos en los ojos esa venda que nos impide ver que, para los negros, esta tierra no es otra cosa que el mismo infierno, mientras que para el hombre blanco es el paraíso terrenal. El enemigo nos dice que debemos adorar al Dios blanco, ese Dios cristiano que —según ellos— es igual para todos los hombres.

»Sí, no os quepa duda de que el diablo blanco es el enemigo de todos los negros. Algunos ejemplos bastarán. ¿Qué dicen los periódicos? ¿Habéis visto las falsas acusaciones que levantan contra nuestro amado jefe? La prensa permite que hablen sólo aquellos negros monigotes, aquellos loros al servicio de la raza caucásica. El blanco esclavista que quiere que lo dejemos, pero sin embargo nos mantiene en los estratos más bajos de esta sociedad, que es sólo suya.

»El hombre blanco siempre nos ha tenido ocultos en alguna parte, bien lejos de la vista, en el rincón. Eso le gustaba. También le han gustado siempre esos líderes negros serviles y que estafan a su raza. Pero entonces aparece Elijah Muhammad y defiende posiciones intransigentes respecto a los blancos. ¡Ah, eso a los blancos ya no les gusta tanto: lo odian con todas sus fuerzas! Cuando oís que el hombre blanco lo odia, vosotros también, porque desconocéis la profecía bíblica, llamáis a Muhammad racista, predicador del odio, antiblanco y preconizador de la supremacía negra...».

Entonces del público se alzaba un murmullo. Muhammad surgía con paso rápido de un pasillo central ubicado en la parte posterior del estrado (igual

que lo hacía en los templos de la Nación). Era ese hombre de piel cobriza, de modales humildes, amable, a quien los musulmanes considerábamos el Cordero de Dios. Avanzaba flanqueado por Frutos del Islam, jóvenes fornidos, con las manos entrelazadas. Llevaba la Biblia y el Corán en la mano. Llevaba un casquete en el que habían sido bordados en oro la bandera del islam, el Sol, la Luna y las estrellas. La gente le demostraba su afecto y le daba la bienvenida con exclamaciones. «*As-salaam-salaikum*».

Mis ojos se empañaban de lágrimas, y no era el único. Muhammad me había salvado cuando estaba preso. Me había formado en su casa, como si fuera su propio hijo. Creo que las más intensas emociones de mi vida son las que sentía cuando los Frutos del Islam se quedaban rígidos y en guardia mientras Muhammad subía los escalones del estrado y sus ministros, yo entre ellos, nos levantábamos para rodearlo, abrazarlo y estrecharle ambas manos.

No quería que esperara más aquel público que constituía la reunión de negros más numerosa de todo el mundo. Me volvía de inmediato al micrófono y finalizaba mi intervención con las siguientes palabras:

«Hermanos y hermanas: tened por seguro que nadie nos conocerá hasta que nosotros no nos conozcamos a nosotros mismos. ¡Nunca llegaremos a ninguna parte hasta que no sepamos quiénes somos! El Honorable Elijah Muhammad nos permite conocer nuestra propia identidad para que, por primera vez en su historia, el negro norteamericano sepa la verdadera posición que le corresponde en la sociedad.

»No podéis imaginaros el poder y la autoridad que detenta este hombre. —Muhammad estaba a mis espaldas, y puedo asegurar que yo sentía efectivamente su poder.

»Muhammad no hace ostentación de su poder, no lo exhibe por todas partes. ¡Pero os aseguro que no hay otro caudillo negro en este país por el cual los negros estén dispuestos a dar la vida! Y no me refiero a las sentadas y todas esas formas pacíficas propias de quienes suplican al blanco, esos métodos de “lucha” estúpidos.

»Hermanos y hermanas que estáis aquí presentes, escucharéis ahora mismo al negro más sabio de todo este país. Al negro más audaz, más intrépido y más poderoso de Estados Unidos».

Muhammad se acercaba rápidamente al micrófono y su delicado rostro, rígido durante un instante, contemplaba al público que aguardaba sumido en absoluto silencio. Entonces decía: «*As-salaam-salaikum*».

Los concurrentes respondían al unísono con un atronador «*Oua-alaikum-salaam*». Acto seguido, se disponían a escucharlo. Sabían por experiencia propia que Muhammad iba a desenvainar la espada de dos filos, la espada de la verdad. Y cada uno de nosotros se preocupaba por él: Muhammad sufría de asma y de bronquitis crónica, y seguramente iba a abusar de sus fuerzas durante las dos horas que duraría el discurso.

«Yo no tengo ningún diploma como muchos de los que estáis sentados delante de mí —empezaba—. Pero la historia se ríe de vuestros diplomas.

»El hombre blanco os inspiraba miedo ya desde la cuna. Tenéis el temor en vosotros. Y el miedo es el peor enemigo del hombre. Sé que a algunos de vosotros os asusta conocer la verdad. Os habéis criado en el miedo y la mentira. Pero yo voy a deciros la verdad hasta que os liberéis del miedo.

»Vuestros amos os han traído aquí como esclavos y han destruido todo vuestro pasado. No conocéis ni vuestra propia lengua. ¿A qué tribu pertenecéis? No sabéis nada. Ignoráis vuestra cultura. Ni siquiera conocéis vuestro verdadero apellido. Tenéis nombres blancos. Los nombres de vuestros amos, que os odian y os han esclavizado.

»Creéis que lo sabéis todo sobre la Biblia y sobre el cristianismo. ¡Sois lo bastante imbéciles como para creer que sólo el cristianismo es justo!

»Sois los únicos en este planeta que se ignoran, que ignoran a los suyos, que ignoran a sus enemigos e ignoran su propia historia. No sabéis absolutamente nada. Sólo sabéis lo que vuestros amos han querido haceros creer. Y ellos os han dicho lo que les convenía. Han pretendido, porque les convenía, que sois unos negros perezosos, neutrales, sin defensas.

»Y digo “pretendido” porque vosotros no sois esos que llaman “negros”. La raza negra no existe. Vosotros pertenecéis a una nación asiática, de la tribu de Shabazz. La de “negro” es una etiqueta falsa que los amos os han impuesto. No paran de imponérnosla, a vosotros, a mí, a todos, desde que llegara aquí el primer barco de esclavos con nuestros antepasados».

Mientras Muhammad cobraba aliento, los musulmanes le gritaban: «Alabado sea Alá», «enséñanos, Mensajero». Y él continuaba:

«La ignorancia de nuestra raza, aquí, en Estados Unidos, el odio a nosotros mismos, esto es lo que el blanco ha querido enseñarnos. Y ¿damos pruebas de un sentido común elemental, pensamos en unirnos, como cualquier otro pueblo del planeta? ¡No! Nos humillamos. Suplicamos al hombre blanco. Tratamos de unirnos a él, a ese esclavista. No concibo un espectáculo más grotesco. Cada día, y de mil maneras, el blanco os dice: "No tenéis derecho a vivir aquí, a entrar aquí, a comer aquí, a beber aquí; a andar por aquí, a trabajar aquí, a subir a este autobús, a jugar aquí, a estudiar aquí". ¿No es esto la prueba de que no tiene la más mínima intención de unirse a nosotros? ¿Qué más necesitáis?

»Habéis trabajado sus campos! ¡Hecho su comida! ¡Lavado sus ropas! ¡Cuidado de su mujer y de sus hijos en su ausencia! ¡Muchas veces, le habéis dado hasta de mamar con vuestros senos! ¡Habéis sido mejores cristianos que el amo que os ha "enseñado" el cristianismo!

»Con vuestra sangre y con vuestro sudor le habéis ayudado a construir una nación tan rica que ahora puede permitirse el lujo de dar millones... ¡Incluso a sus enemigos! Y cuando estos enemigos se cansaron de él y decidieron atacarlo, vosotros habéis sido sus soldados. Habéis muerto por él en el campo de batalla. En tiempo de paz, sois sus más fieles servidores.

»Sin embargo, el norteamericano blanco y cristiano no ha encontrado la suficiente humanidad, el suficiente sentido de la justicia, para reconocer nuestros derechos, para aceptarnos, a nosotros, el pueblo negro, que tanto ha hecho por él. Nunca ha admitido que fuéramos seres humanos como él».

«¡Es verdad!». «¡Exacto!». «¡Enséñanos, Mensajero!». «¡Sí!». «¡Díselo!». «¡Tienes razón!». «Ha llegado tu hora, Mensajero». «¡Oh, sí!».

Los musulmanes no eran los únicos que gritaban. Eran menos extrovertidos que los negros cristianos. El acto parecía una velada tradicional alrededor del fuego.

«Separémonos pues, pueblo negro, separémonos del amo blanco que nos odia. Vosotros le rogáis la "integración". Y mientras tanto ¿qué es lo que dice él, el amo blanco que ha violado a nuestras mujeres? Dice que no se trata de integraros, que esto sería ¡abastardar su raza! ¡Esto es lo que dice! ¡Y miraos! Volved vuestras sillas y miraos los unos a los otros. El amo blanco nos ha "integrado" tanto que se pueden contar con los dedos de una

mano los que tienen la piel realmente negra, como la de nuestros antepasados».

«¡Dios mío, este hombre tiene razón!». «¡Enséñanos, Mensajero!». «¡Escuchadlo, escuchadlo!». «Queda tan poco negro en nosotros —continuaba Muhammad— que ahora el blanco nos odia, mejor dicho, se odia a sí mismo, por lo que nos ha hecho. Pretende que jurídicamente somos negros aunque tengamos una única gota de sangre negra en nuestras venas. Pues bien, si esto es todo lo que nos queda, reclamamos esa gota».

Muhammad estaba visiblemente en el límite de sus fuerzas. Pero continuaba:

«Separémonos, pues, del hombre blanco, como él se separa de nosotros, a fin de impedirnos esa "integración".

»¿Por qué no nos iba a dejar, ese blanco que se cree tan bueno y tan generoso, ese blanco que da dinero incluso a sus enemigos, un estado separado, un territorio nuestro, del pueblo negro, sus fieles esclavos y servidores? ¡Un territorio independiente donde pudiéramos renacer, salir de estas barracas, olvidar las colas para la sopa de la beneficencia! El blanco se queja hasta por eso de que le salimos muy caros. Entonces, ¡hagamos algo por nosotros mismos! Nunca hemos demostrado lo que somos capaces de hacer porque nos han lavado el cerebro. Hemos mendigado al blanco todo lo que queríamos y necesitábamos...».

Al cabo de una hora y media, los ministros casi no podían resistir el deseo de decirle a Muhammad que se detuviese. Para sostenerse en pie, tenía que aferrarse con las dos manos al borde de su tribuna.

«Nadie sabe de lo que somos capaces. Nadie lo sabrá mientras no seamos libres de actuar por nosotros mismos. Si tenéis un gato en casa al que mimáis y acariciáis, tenéis que dejarlo libre en el bosque para averiguar de qué es capaz. Entonces veréis que el gato puede vivir por sí mismo. Nosotros, pueblo negro de América, no hemos sido nunca libres para descubrirlo. Pero hemos acumulado conocimientos y experiencias. Hemos sido campesinos: sabemos, por lo tanto, cultivar la tierra. Podemos construir fábricas y proporcionarnos lo que necesitemos. Podemos establecer un comercio y ser independientes, como los demás pueblos civilizados. Podemos olvidar el lavado de cerebro, enterrar el odio a nosotros mismos,

podemos vivir todos juntos como hermanos... ¡Que nos den una tierra nuestra, algo que nos pertenezca...! Dejemos solos a los esclavistas».

Muhammad se detenía bruscamente cuando se le acababa la voz.

Toda la sala, en pie, lo aclamaba. Era una inmensa ola de sonido, parecía que no tuviera que romperse nunca.

Yo me levantaba en el estrado, con los brazos en alto para apaciguar a aquella multitud. Entonces los Frutos del Islam comenzaban a recorrer las filas del público, con las bolsas de papel encerado que solíamos utilizar para recoger la colecta. Después, yo hablaba de nuevo.

«Sabéis, porque lo acabáis de oír, que el Honorable Elijah Muhammad no cuenta en absoluto con el dinero del hombre blanco, nada que sirva para "asesorarlo" o "conformarlo". Muhammad y sus seguidores no estamos "integrados". Muhammad y la Nación del Islam son enteramente negros.

»Somos la única organización negra a la que sólo los negros pueden prestar apoyo. Esas asociaciones que dicen luchar por "el progreso de los negros" son un insulto para la inteligencia de todos nosotros. Afirman que luchan en nombre de los negros, para conseguir la igualdad de derechos, dicen que luchan contra el blanco que se niega a conceder esos derechos. ¡Pero si es el mismísimo hombre blanco el que da sustento a esas asociaciones! Los negros que pertenecen a ellas pagan dos, tres, a lo sumo cinco dólares al año. Pero ¿habéis pensado alguna vez en quién hace esas donaciones de dos, tres o incluso cinco mil dólares? ¡Es el hombre blanco! ¡Es él quien las nutre! Por tanto, él las dirige y las «asesora». De esa forma logra conformarlas. Usad el sentido común: ¿acaso el padre no guía y dirige a los hijos, que dependen de su sustento?

»¿Qué más querrían los blancos que sustentar el movimiento del Elijah Muhammad? Porque si él tuviese que depender de ese sustento, también tendría que admitir los «consejos» del blanco. Hermanos y hermanas negros: hay una sola razón que explica el hecho de que Muhammad pueda viajar por todas las ciudades y realizar actos para negros como el que celebramos hoy. Esa única razón es vuestro dinero, el dinero que aportan los negros. ¡Por eso, hermanos, pido todo vuestro apoyo!».

Los cubos de papel se llenaban de billetes, y no sólo de billetes de un dólar. Los Frutos del Islam los vaciaban rápidamente y volvían a pasarlos

entre las filas del público.

Daba la impresión de que la gente había quedado exangüe. El fruto de las colectas permitía sufragar los gastos del acto y el remanente se destinaba a las demás actividades de la Nación del Islam.

Habíamos organizado ya varios actos de masas cuando Muhammad nos dio orden de dejar entrar a los periodistas blancos. Los Frutos del Islam los registraban, al igual que a todo el mundo. Examinaban sus carnés, sus blocs, los estuches de las cámaras; todo lo que llevaban encima. Más tarde, Muhammad declaró que todos los blancos que quisieran conocer la verdad podían asistir a los actos. Reservamos algunas filas para los blancos. La mayoría eran estudiantes y estudiosos de la cuestión negra. Los observaba mientras escuchaban a Muhammad, con las facciones heladas. «El hombre blanco es consciente de la naturaleza diabólica de sus actos», decía Muhammad. Observaba también a los intelectuales negros, los negros de profesiones liberales, que eran nuestros adversarios. Ellos tenían formación universitaria, ellos poseían los conocimientos técnicos y científicos que podían ser útiles para que las masas de negros pobres salieran de su condición. Pero todos esos intelectuales y profesionales se limitaban a humillarse ante los blancos «progresistas» y mendigarles que les permitieran «integrarse» en la sociedad blanca. Y esos blancos les decían que tuvieran paciencia, que esperaran, pues con el tiempo las cosas se arreglarían. Los intelectuales negros no podían emplear los conocimientos que poseían en provecho de los suyos por la sencilla razón de que ellos mismos estaban divididos. ¡Qué diferente habría sido si se hubiesen unido entre ellos y con su propio pueblo, cuánto habrían ganado los negros de todo el mundo! Los observaba mientras escuchaban a Muhammad, con expresión grave y las facciones rígidas. Sabían que él les decía la verdad en plena cara.

Nos vigilaban. Teníamos el teléfono intervenido. Todavía hoy, estoy seguro de que si yo dijese alguna vez hablando por teléfono desde mi casa: «Voy a bombardear el Empire State Building», a los cinco minutos habrían rodeado el edificio. En mis conferencias, reconocía en la sala a los del FBI y otros agentes secretos. La policía y el FBI nos visitaban e interrogaban con insistencia. «No me dan miedo —decía Muhammad—. Tengo todo lo

que necesito: la verdad».

Muchas veces, en la cama, pensaba maravillado en la doctrina de Muhammad, esa especie de espada de doble filo de la verdad, y en la confusión y preocupación que suscitaba en el gobierno, que contaba con tantos y tantos hombres preparados en todos los campos de la ciencia moderna. No había otra explicación: todo ello era obra personal de Alá, el Sapientísimo, y de lo que éste había conferido a nuestro Mensajero, ese negro que había tenido que dejar la escuela en el cuarto curso.

Los servicios secretos blancos enviaban espías negros para que se infiltraran entre nosotros. Pero al final resultaba que esos agentes «secretos» del blanco no habían dejado de ser negros. No todos, naturalmente, no hay manera de saberlo, pero algunos de ellos, después de haberse relacionado con nosotros, después de haber visto, oído y, sobre todo, palpado la verdad, acababan por desenmascararse por sí mismos. Otros decidían abandonar su labor y se pasaban a nuestro lado, a la Nación del Islam. Algunos pocos permanecían en el servicio secreto de los blancos y hacían contraespionaje a favor nuestro. Nos decían cuáles eran las preocupaciones y los planes de los blancos respecto a la Nación. Así descubrimos que los diversos servicios querían saber a toda costa qué pasaba en nuestros templos y por qué cada día aumentaba en las cárceles el número de negros que se convertían al islam. Estas conversiones inquietaban enormemente a los criminólogos.

Los presidiarios que se convertían al islam comenzaban la preparación en la propia cárcel, igual que había hecho yo. Cuando terminaban la condena y entraban en un templo, ya se encontraban en condiciones plenas de acatar las normas morales de la Nación. A decir verdad, los conversos de la cárcel llegaban al templo con mucha mejor preparación que el resto de los musulmanes, que no habían conocido la vida entre rejas.

En un templo musulmán no se entraba tan fácilmente como en una iglesia cristiana. No bastaba con declararse discípulo de Muhammad y continuar llevando la misma vida inmoral y llena de vicios. Cada musulmán tenía que sufrir una metamorfosis física y moral para adaptarse a nuestras leyes, que eran muy estrictas. Y para ser musulmán había que obedecer estas leyes.

En todas las reuniones del templo había generalmente una fila de cabezas calvas delante del ministro. Eran los nuevos hermanos musulmanes que

acababan de renunciar para siempre a los cabellos lisos, de aspecto metálico, ficticios. (En la actualidad recibe otro nombre: «el tratamiento»). Es una cosa que me da mucha pena; dondequiera que vaya, veo en las cabezas de los negros ese símbolo de la ignorancia y del desprecio de sí mismos. Sé que esto que diré va a herir los sentimientos de amigos míos, negros que no son musulmanes, que llevan el cabello alisado, pero si uno observa atentamente, verá que, casi sin excepción, el negro que se hace ese «tratamiento» en el pelo es un negro ignorante. Por más poses que adopte, el cabello alisado con sosa cáustica para parecer blanco pregona a los cuatro vientos una sola cosa: «Me avergüenzo de ser negro». Ese negro estaría mucho mejor psíquicamente si descubriera el orgullo de ser negro, como yo lo hice. Se quitaría entonces esa porquería y luciría el cabello auténtico que Dios le dio.

Los musulmanes tienen prohibido el tabaco. Ésa era otra de nuestras reglas. A algunos aspirantes les cuesta más dejar de fumar que a otros. Para facilitarles las cosas, les hacíamos comprender que el gobierno blanco se preocupa menos de la salud de los ciudadanos que de los millones que, bajo forma de impuestos, le proporciona la industria del tabaco. «¿Cuánto paga un soldado por un cartón de cigarrillos?», era la pregunta habitual que se formulaba a los aspirantes a ingresar en la Nación. De esa manera, les hacíamos ver que cada cartón que compraba suponía dos dólares que ingresaba el gobierno de los blancos en concepto de impuestos, dos dólares que él había ganado con mucho esfuerzo.

Quizás habréis oído hablar de las innumerables curas de desintoxicación realizadas por la Nación del Islam. Los drogadictos más empedernidos dejaban las drogas de golpe. Los mismos servicios de la Salud Pública llegaron a pedirnos que les dijéramos cómo lo hacíamos. Eso lo relató el mismo *New York Times*.

El programa musulmán empezaba señalando que no es pura casualidad que haya más drogadictos en Harlem que en cualquier otra ciudad o barrio de Occidente. El color de la piel y las drogas van íntimamente unidos.

La primera fase de la cura de desintoxicación era la propaganda contra las drogas. Este penoso trabajo era realizado por antiguos adictos que se habían hecho musulmanes. «Pescaban» sistemáticamente a todos los yonquis que

habían conocido en la jungla del vicio en el gueto. Dedicaban meses, incluso un año, e infinidad de paciencia, a curarlos, haciéndolos pasar por los seis puntos del proceso terapéutico musulmán.

Primero, había que convencer al yonqui de que, en efecto, estaba atrapado en las drogas. Segundo, se le explicaba por qué había caído en el vicio. Tercero, se le enseñaba la manera de salir de él. Cuarto, se atacaba su amor propio, se le hacía ver que tenía en sí mismo la fuerza y la disciplina necesarias para renunciar a las drogas. Quinto, el yonqui tenía que someterse voluntariamente a la desintoxicación brutal. Sexto, ya curado, tenía que completar el ciclo «pescando» a otros yonquis que conociera y encargarse de salvarlos.

Esa sexta fase permitía eliminar de entrada las sospechas y la hostilidad características del yonqui, que muy a menudo desafía a los servicios de la Salud Pública. El yonqui «pescado» sabe que el musulmán que se esfuerza en salvarlo era, hasta ayer mismo, su compañero de vicio, vicio que cuesta de quince a treinta dólares diarios. El yonqui y el musulmán son casi siempre compañeros; habían resbalado juntos en la jungla del vicio; quizás incluso habían robado juntos. El toxicómano había visto a su antiguo compañero dormido contra una pared o saltar por encima de un fósforo que se encontraba en la calle tan alto como si hubiese un perro echado. Y el musulmán que se encarga de un yonqui habla su misma lengua.

Como el alcohólico, el yonqui no puede curarse si no reconoce y acepta la gravedad de su estado. El musulmán penetra en el yonqui como una sanguijuela, le repite sin cesar: «Estás enganchado, tío». Pasan meses antes de que el adicto reconozca los hechos, y la terapéutica no puede empezar hasta ese momento.

La segunda fase de la cura consiste en hacer comprender al adicto el motivo por el cual se droga. El musulmán se «trabajaba» siempre a su hombre en los mismos locales de la jungla del vicio, especie de cuartuchos inimaginables, y muchas veces tiene que convencer a una docena de yonquis al mismo tiempo. Ellos le escuchan porque saben que ese musulmán satisfecho de sí mismo y con la cabeza alta era antes uno de los suyos.

El musulmán explica que las drogas se utilizan siempre para escapar de

algo; que la mayoría de los yonquis negros se drogan para no tener que aceptar que son negros en esta sociedad blanca. Pero en realidad, añade el musulmán, el negro que se droga presta un servicio al blanco ya que le proporciona la «prueba» de que el negro no vale nada.

El musulmán les habla en un tono confidencial, mirándolos fijamente a los ojos: «Hermano, sabes que te comprendo. Todos hemos pasado por esto, ¿no? Todos nos hemos rascado como monos, nos hemos sentido malos, hemos vivido mal, hemos pasado hambre, hemos robado, hemos huido del blanco. Pero al comprar droga al blanco, lo único que hace el negro es enriquecerlo e irse matando poco a poco».

El musulmán sabe cuándo el «pez» está a punto de picar. Entonces le dice al yonqui que no podrá acabar con el vicio si no se une a la Nación del Islam. Lo lleva al restaurante musulmán. Allí se encuentra con otros musulmanes rehabilitados que tienen dignidad, que le ofrecen su amistad, su respeto, en vez de la hostilidad normal de las calles del gueto. Por primera vez en su vida, el adicto se ve tratado de «hermano» y de «señor». Nadie se preocupa de su pasado. A veces, se hace alusión a su problema, pero sólo como una prueba especialmente difícil de pasar. Sus interlocutores están convencidos de que saldrá vencedor.

El adicto, al sentirse animado, empieza a pensar que él es también capaz de renunciar a la droga. Por primera vez en su vida, descubre el orgullo de ser negro.

Para alguien que ha estado siempre en el arroyo, al margen de la sociedad, ese golpe es bastante fuerte. Las metamorfosis más radicales son las que sufren los hombres que han salido de las más bajas escalas sociales. Yo mismo soy buen ejemplo de ello.

Finalmente —y éste es el momento crucial— nuestro yonqui se decide a romper de golpe con la droga. Es decir, está dispuesto a sufrir el dolor físico que ello implica.

Los antiguos yonquis musulmanes se las arreglan entonces para velar por él todo el tiempo que sea necesario, y se relevan día y noche.

El yonqui se pone a gritar, a insultar, a suplicar: «Sólo un pico, sólo uno, por favor». Los musulmanes le hablan en su misma jerga: «¡Quítate el mono! ¡Quítate ese hábito! ¡Quítate al hombre blanco de encima!». El

adicto se retuerce de dolor, se le saltan las lágrimas, suda a mares. Intenta golpearse la cabeza contra la pared, se tira sobre el primero que encuentra a su lado, vomita, tiene diarrea. «Saca todo lo que tengas, hermano, sácate todo el blanco que tienes dentro. Tú te mantendrás firme. Ya veo en ti un Fruto del Islam».

Terminada la terrible prueba y descartadas las drogas para siempre, los musulmanes reconfortan al enfermo debilitado, le dan sopa y cocido, le ayudan a recuperar fuerzas. El exdrogadicto no olvidará nunca a los hermanos que estaban con él en el momento crítico. No olvidará nunca que la Nación del Islam lo sacó de ese infierno tan especial de la toxicomanía. Y este hermano negro (o esta hermana, de la que se ocupan las hermanas musulmanas) raramente volverá a caer en el infierno. Orgulloso de sí mismo, limpio, nuevo, tiene sólo una idea: ir de «pesca» a la jungla de la que acaba de salir, para salvar a algún compañero.

Si los blancos o los negros «autorizados» inventasen una terapia tan eficaz como la nuestra, no cabe duda de que el Gobierno los subvencionaría, los cubriría de elogios, ocuparían las primeras páginas de los periódicos. A nosotros en cambio nos atacaban. A mi modo de ver, habrían tenido que subvencionar a la Nación del Islam, que cada año reduce en varios millones los gastos del Gobierno y del municipio. Ignoro el porcentaje anual de crímenes cometidos por adictos, pero parece ser que, sólo a la ciudad de Nueva York, le cuesta ya varios ¡miles de millones de dólares! Por ejemplo, sólo con los ladrones de Harlem, se pierden doce millones de dólares al año.

El adicto no trabaja para comprarse droga, que le cuesta de diez a cincuenta dólares al día. ¿Cómo se las arreglaría para ganar tanto? El drogadicto roba, tiene otros métodos. Cae sobre los demás hombres como el águila sobre su presa, como el buitre. Como yo lo he hecho. Seguramente era un desperdicio de la escuela primaria, un tipo que ni el ejército querría, inepto para el trabajo (si se lo propusieran), como yo lo era.

Las mujeres adictas roban en los grandes almacenes o se prostituyen. Las hermanas musulmanas «trabajan» pacientemente con las prostitutas negras a las que les cuesta tanto abandonar la droga a fin de estar en condiciones morales para entrar en la Nación del Islam.

«Tú ayudas a los blancos al considerar tu cuerpo como si fuera un cubo de

basura», les dicen.

Numerosos informes sobre la Nación del Islam han dado a entender que la mayoría de los discípulos de Muhammad eran expresidiarios y yonquis. Es verdad que en los primeros años la asociación estaba compuesta en gran parte por conversos salidos de los más bajos fondos de la sociedad. Muhammad nos repetía: «Id a buscar al hombre negro en el fango». Muchas veces, decía, de allí salen los mejores musulmanes. Pero poco a poco hemos ido ganando otros negros, los «buenos cristianos» que «pescábamos» en sus mismas iglesias, los negros cultos, con formación universitaria. Cada gran reunión organizada en un templo atraía a nuevos negros de clase media, los mismos que nos habían despreciado tanto, tratado de «musulmanes negros» y de «demagogos», de «instigadores del odio», de «racistas negros», y cosas por el estilo. Pero a base de sembrar la simiente musulmana, recogíamos en número cada vez mayor a los jóvenes negros, hombres y mujeres. Los que gozaban de formación profesional, o poseían alguna facultad especial, eran contratados por la Nación, que tenía gran necesidad de su ayuda. Algunos musulmanes se adherían al islam en secreto a causa de su posición en el mundo blanco. Conozco algunos cuya conversión era un secreto para todo el mundo, excepto para su ministro y para Elijah Muhammad.

En 1961 nuestra Nación floreció. En la última página de nuestro periódico, *Muhammad Speaks*, publicamos un plano arquitectónico de nuestro futuro Centro Islámico. Este Centro se construiría en Chicago. Costaría veinte millones de dólares. Todos los musulmanes contribuirían económicamente a su construcción. El Centro contendría una magnífica mezquita, una escuela, una biblioteca, un hospital y un museo donde el público podría documentarse acerca de la gloriosa historia de la raza negra.

Al volver de su viaje por los países musulmanes, Muhammad decidió llamar mezquitas a nuestros templos.

Los pequeños comercios musulmanes se multiplicaron enormemente. Tenían que demostrar a los negros cómo se debe hacer para que el dinero negro circule únicamente en el seno de la colectividad negra y que los negros den trabajo a otros negros, como hacen otras colectividades.

Ahora se radiaban regularmente los discursos de Muhammad por

pequeñas emisoras locales en todo Estados Unidos. La Nación tenía dos universidades del islam en las que se impartían enseñanza primaria y secundaria en Chicago, y hasta cuarto curso en Detroit. Los niños estudiaban la historia de la raza negra desde el parvulario, y al tercer año empezaban a estudiar árabe, lengua de origen de los negros.

Los ocho hijos de Muhammad ya ocupaban cargos importantes de la Nación del Islam. Yo me sentía muy orgulloso, pues años atrás había contribuido a que ello fuera posible. En efecto, cuando Muhammad me confió el cargo de ministro con la misión de difundir la doctrina, me pareció vergonzoso que sus hijos tuvieran que trabajar para el blanco en fábricas, en la construcción o de taxistas. Sentía la obligación de trabajar por la familia de Muhammad con la misma sinceridad con que lo hacía por su causa. A instancias mías, Muhammad me autorizó a llevar a cabo una campaña de colecta de fondos en nuestras mezquitas (que, a la sazón, eran muy pocas) con el fin de que sus hijos pudieran trabajar para la asociación. La campaña logró sus propósitos y los hijos de Muhammad comenzaron paulatinamente a trabajar para la Nación del Islam. Hoy en día, Emanuel, el mayor de ellos, es el encargado de la tintorería. La hermana Ethel (Muhammad) Sharrieff es la jefa suprema de formación de las Hermanas Musulmanas. Raymond Sharrieff, el marido de Ethel, es el capitán supremo de los Frutos del Islam. La hermana Lottie Muhammad está al frente de las dos universidades del Islam. Nathanial Muhammad ayuda a Emanuel en la tintorería. Herbert Muhammad es el director de *Muhammad Speaks*, el periódico de la Nación que yo fundé. Elijah Muhammad (hijo) es el segundo de Raymond Sharrieff, el capitán supremo. Wallace Muhammad fue ministro de la mezquita de Filadelfia, hasta que lo suspendieron del cargo, junto conmigo, por motivos sobre los cuales me extenderé posteriormente. Akbar Muhammad, el menor de todos, el estudiante de la familia, trabaja ahora en la Universidad El-Azhar de El Cairo. Él también rompió con su padre.

La maratón de largos discursos acabó por agotar a Muhammad. La bronquitis y el asma que padecía se agravaron de repente. En medio de una conversación, se ponía a toser y su débil cuerpo se veía sacudido por fuertes espasmos.

A veces casi se doblaba de dolor. Tuvo que guardar cama. Hacía lo

imposible por seguir fiel a los grandes actos. Pero, muy a pesar suyo, tuvo que anular varias conferencias previstas con mucha anterioridad. Muchas veces, iba yo —u otra persona— en su lugar, ante la gran decepción de miles de oyentes.

Los fieles estaban profundamente inquietos. Los médicos recomendaban un clima seco. La Nación le compró una casa en Phoenix (Arizona). Yo iba a visitarlo algunas veces. Un día bajé del avión bajo una lluvia de fogonazos de cámaras fotográficas. Me pregunté quiénes eran los fotógrafos. Al volverme descubrí sus armas: eran agentes secretos del servicio de información del estado de Arizona.

Toda la Nación se alegró al saber que el clima de Arizona había sentado bien al Mensajero. Desde entonces, vive allí casi todo el año.

Convaleciente como estaba, Muhammad no podía consagrarse al trabajo como lo había hecho en Chicago. Pero cargaba más que nunca con las cuestiones administrativas y continuaba tomando todas las grandes decisiones. La Nación crecía, en el más amplio sentido de la palabra, tanto en el interior como en el exterior. Muhammad no podía seguir ocupándose de las decisiones sin importancia (en caso de invitación, había que aceptar o no hablar en público, por la radio o por la televisión, etc.) y de los problemas prácticos sobre los que yo he pedido siempre su opinión y consejo.

Muhammad me manifestó su plena confianza en mí y me aconsejó que tomara yo mismo esas decisiones. Tenía que basarme en lo que me pareciera justo y en lo que sirviera mejor a los intereses de la Nación.

—Hermano Malcolm —me dijo—, quiero que llegues a ser célebre. Porque si tú eres célebre, yo también lo seré. Pero piensa, hermano Malcolm, que cuando seas célebre te odiarán. Porque un hombre célebre siempre engendra envidia.

Nunca dijo nada más profético.

---

[31] *Mary tiene un corderito* (*Mary has a little lamb*) es una canción infantil. Malcolm X hace un juego de palabras con *lamb* («cordero») y *lampoons* («calumnia») para ilustrar la alteración de palabras que realizaba la prensa.

Ícaro

Cuanto más representaba a Muhammad en la radio, en la televisión, en las universidades, más cartas recibía. Un noventa y cinco por ciento de las cartas eran de oyentes blancos.

Sólo algunas cartas eran de la categoría «Querido negro X» o amenazas de muerte. La mayoría eran reveladoras: descubrí los dos mayores terrores del blanco. Primero, está persuadido de que la cólera de Dios destruirá su civilización. Segundo, le obsesiona la visión constante de un negro que abusa del cuerpo de una mujer blanca.

Un asombroso porcentaje de los corresponsales blancos estaban de acuerdo con el análisis que Muhammad hacía de la situación, pero no con su solución. Algunos expresaban casi admiración por Muhammad, pero se sentían molestos por el término «diablos blancos». Procuré explicarlo en posteriores discursos:

«Cuando nosotros empleamos la expresión “diablo blanco”, nos referimos a los blancos tomados en su conjunto y desde una perspectiva histórica. No es una mención a individuos concretos, salvo, claro está, que llamemos a alguien por su nombre. Nos referimos a la crueldad, la maldad y la avaricia demostrada por los blancos, colectivamente hablando, actos todos ellos que le dieron una imagen diabólica frente a los hombres de color. Toda persona inteligente, honesta y ecuánime verá que el comercio de esclavos realizado por el blanco y los actos diabólicos que posteriormente se llevaron a cabo en este país son la causa directa de la presencia del hombre negro en Estados Unidos y de la condición en que se encuentra. No es posible hallar un solo negro que no haya sufrido en su propia carne los actos diabólicos

del hombre blanco».

Los musulmanes negros recibían casi cada día un nuevo ataque por parte de la prensa. Se aprovechaban siempre de algo que yo había dicho, Malcolm X, el «demagogo». Los ataques contra Muhammad me enfurecían. Los que se referían a mí me importaban muy poco.

Las asistentes sociales y los sociólogos pedían mi cabeza. Sobre todo los negros. Me pregunto por qué... (Naturalmente, lo sé: era el blanco quien les pagaba el sueldo a final de mes).

Si yo no me dedicaba, según sus palabras, a «polarizar las opiniones de la colectividad negra», había «interpretado mal la cuestión racial». O «formulaba generalizaciones excesivas». O cuando decía una verdad de primera magnitud, ellos replicaban: «A Malcolm X lo manipulan», etcétera.

Un hermano de la Mezquita Número Siete, que trabajaba con adolescentes en una institución social muy famosa de Harlem, me trajo un día un informe confidencial redactado por una asistente social negra que había tenido un mes para hacer una encuesta sobre los «musulmanes negros» del barrio. Cada párrafo me remitía al diccionario; por eso no he olvidado ni una sola línea. Escuchad lo que decía: «Malcolm ha simplificado y deformado los intersticios de la subcultura de Harlem para defender sus propios intereses...».

¿Cuál de los dos, pregunto yo, conocía la «subcultura» del gueto? ¿Yo, que había vivido del delito durante años en esas calles, o la asistente social negra?

Pero no importa. Lo que cuenta, a mi modo de ver, es que de veintidós millones de negros que viven en Estados Unidos son muy pocos los que han tenido la suerte de cursar estudios superiores. Y la asistente social era una de ellos, uno de esos negros «instruidos» que no entendieron nunca la finalidad ni la utilidad de la instrucción que poseen. Ella era un ejemplo de a dónde conducen los conocimientos inútiles, que sólo sirven para hacer ostentación de palabras grandilocuentes.

¿Se dan cuenta de que gracias a ellos, al hombre blanco le ha resultado fácil mantener oprimidos a los negros? Hasta hace muy poco, una ínfima minoría del puñado de negros instruidos empleaba los conocimientos adquiridos, como lo hace el blanco, para la investigación y la creación, para

mejorar la condición personal y de los suyos en este mundo materialista y competitivo, en este mundo de lobos que creó el hombre blanco. Por espacio de generaciones, los negros «instruidos», los que debían «dirigir» a los demás, han funcionado como un eco que llevaba a sus hermanos la voz y las ideas del explotador hombre blanco, como es lógico, para su provecho.

Hay que reconocer una cosa: el hombre blanco es extraordinariamente inteligente, extraordinariamente hábil. Su mundo está lleno de pruebas. No hay nada que el blanco no sepa fabricar, ningún (o casi ningún) problema científico que no logre resolver. Ha llegado incluso a enviar hombres al espacio y hacerlos volver sanos y salvos.

Pero si se pone al hombre blanco en la arena de las relaciones humanas, se ve que su inteligencia queda coja de repente. Cuando tiene que tratar con hombres de color, la inteligencia lo abandona por completo y se deja llevar por las pasiones. Se entrega entonces a actos espontáneos, pasionales, que proceden de su «complejo de superioridad» profundamente enraizado en su psique.

Recuerden, por ejemplo, dónde arrojaron la bomba atómica con el fin de «salvar la vida de norteamericanos». ¿Será tan crédulo el blanco como para creer que el evidente significado de dicho acto se borrará de la conciencia de las dos terceras partes de la población mundial formada por gentes de color?

Antes de eso, en este mismo país, ¿qué pasó con los cien mil ciudadanos de origen japonés, personas leales a Estados Unidos, que fueron llevados a campos de concentración, rodeados de alambradas? ¿Cuántos descendientes de alemanes recibieron un trato semejante? ¿Y por qué? ¡Porque eran blancos!

A lo largo de la historia, la tez de color ha servido para evocar y exponer la naturaleza verdaderamente diabólica que reside en el ser del hombre blanco.

¿Quién, sino ese «diablo» que domina todas sus pasiones, habría podido cegar la inteligencia de los blancos hasta el punto de no dejaros prever el ascenso aterrador, en el mismo seno de Estados Unidos, entre los blancos, de millones de esclavos negros «liberados» y dotados de un mínimo de instrucción?

La inteligencia del hombre blanco le permite explorar el espacio. Habría debido hacerle comprender también que una vez instruidos, los esclavos ya no temen al amo. La historia enseña que esos esclavos instruidos primero piden y después exigen la igualdad.

En la actualidad, el negro está en mejores condiciones para contemplar la imagen colectiva del hombre blanco que éste mismo. Esos veintidós millones de negros que pueblan Estados Unidos son cada vez más conscientes de que el despertar del hombre negro, desde el punto de vista físico, político, económico y, hasta determinado extremo, social, puede causar verdaderos trastornos en los órganos vitales del país, por no hablar de la imagen que éste proyecta al exterior.

No tenía la intención de extenderme tanto sobre el aspecto que acabo de comentar. Decía que, en el año 1963, debía hacer frente a los periodistas de prensa, radio y televisión que estaban decididos a combatir la doctrina de Elijah Muhammad.

Me había hecho la imagen de que los periodistas blancos eran una especie de hurones, esos veloces animalitos: olfateaban el terreno y buscaban la manera de sorprenderme con una de sus tretas.

Bastaba que un dirigente del movimiento en favor de los derechos civiles hiciera declaraciones que no eran del agrado de las estructuras de poder de la opinión blanca para que los periodistas enseguida trataran de utilizarme para ponerlo en vereda. Daré un ejemplo de ello. Una vez me preguntaron: «Señor Malcolm X: son conocidas sus declaraciones en contra de las “sentadas” y de otras formas de protesta similares que emplean los negros. ¿Qué opinión le merece el boicot en Montgomery que dirige el Dr. King?».

Pensé que aunque los dirigentes del movimiento en favor de los derechos civiles no dejaban de atacar a los musulmanes, seguían siendo negros, gente de nuestra raza, y que sería un estúpido si me dejaba manipular por el hombre blanco y me enfrentaba a ese movimiento.

Para responder a la cuestión sobre Montgomery, tuve que hacer primero un repaso minucioso de los acontecimientos precedentes. La señora Rosa Parks regresaba a su casa en autobús y en una parada subió un pasajero blanco. El conductor ordenó entonces a la señora Parks que se levantara y cediera el asiento al blanco. «Imagínese usted la situación —le dije al

periodista—: esa buena señora negra, creyente y trabajadora, paga el billete y está en el asiento que le corresponde. ¡Y la obligan a levantarse porque es negra! A veces, incluso a mí me resulta imposible concebir tamaña arrogancia del hombre blanco».

Otra de mis respuestas era la siguiente: «Es posible que nunca llegue a conocerse con exactitud el componente de carácter emotivo que desencadenó la ira de los negros de Montgomery a causa de un incidente relativamente trivial. Durante siglos, los negros del Sur han sido objeto de toda clase de ultrajes: linchamientos, violaciones, palizas y asesinatos. Pero como es sabido, los acontecimientos históricos suelen desencadenarse a causa de hechos en apariencia triviales. Una vez, en la India, un abogado desconocido fue obligado a bajarse del tren. Eso fue el colmo de la injusticia. Pero el abogadito consiguió atarle la cola al león británico. Se llamaba Mahatma Gandhi».

A veces, recurría también a un truco que había aprendido de los abogados, tanto en la vida real como en la televisión. Consistía en exponer un argumento de forma subrepticia de modo que el jurado admitiese algo que de otra forma sería inadmisible. (Pienso que yo podría haber llegado a abogado, como le dije una vez al maestro de la escuela de Mason cuando él me desaconsejó esa carrera y me recomendó que me hiciera carpintero). La estratagema consistía en dar la vuelta a la pregunta de forma que el periodista no tuviera escapatoria. Decía así: «Mire usted, veo en este boicot los mismos motivos que hay cuando a los negros se les pide que entren en las Fuerzas Armadas de este país. ¿Por qué tenemos que ir a morir lejos de aquí para preservar esa llamada democracia que en un día da mucho más al inmigrante blanco que a los negros que servimos de esclavos a este país desde hace cuatro siglos?».

El blanco preferiría enfrentarse a cincuenta boicots locales que a veintidós millones de negros pensando en lo que acabo de decir. Excuso indicar que mis palabras nunca llegaron a la imprenta; tendrían que haber distorsionado por completo el sentido de las mismas para que ello ocurriera. Podía detectar cuándo los periodistas blancos habían discutido y se habían puesto de acuerdo entre ellos; dejaban de formularme determinadas preguntas.

Cuando tenía un buen argumento, me valía de una carnada para conseguir

exponerlo en la radio o en la televisión. La treta consistía en mencionar algunos de los «adelantos» alcanzados en el campo de los derechos civiles. Por ejemplo, el que una industria gigantesca hubiera contratado a diez negros para la galería; el que una cadena de restaurantes sirviera a los negros y con ello aumentara las ganancias; o bien el que un estudiante pudiera matricularse en una universidad del Sur sin el amparo de las bayonetas. Entonces el moderador del programa picaba y me decía: «¡Ah, señor Malcolm X! ¡Pero no va usted a negar que es un gran paso para su raza!».

Ya tenía la oportunidad servida. «Cada vez que abro la boca —le respondía— me echan en cara el "progreso" en materia de derechos civiles. Vosotros, los blancos, parece que estáis esperando que el negro grite: "¡Aleluya!". Hace cuatrocientos años que el blanco clavó en la espalda del negro un cuchillo de treinta centímetros de largo y ahora que lo ha retirado apenas tres centímetros supone que el negro debe agradecérselo. ¡Aunque se retire todo el cuchillo, quedará siempre la cicatriz!». Algo similar pasaba con aquellos alcaldes que se ufanaban de que en la ciudad «no hay problemas con los negros». Me restregaban el cable en la cara no bien llegaba a la sala de redacción. No era preciso que me dijeran de dónde procedía el cable, pues sabía de sobra que ello significaba que si en esa ciudad se desconocía el problema negro era porque había pocos. Eso pasa en todas partes. Veamos la «democrática» Inglaterra: cuando el número de antillanos radicados allí llegó a cien mil, el gobierno decidió prohibir la llegada de nuevos inmigrantes. Finlandia acreditó a un embajador negro de Estados Unidos. ¡Veremos qué pasa el día que a otros negros se les ocurra ir! O tomemos el ejemplo de Rusia también. Cuando gobernaba Jruschov, amenazó con retirar el visado a los estudiantes negros africanos cuyas manifestaciones en contra de la discriminación mostraban al mundo que «Rusia también... era racista».

La prensa del «Sur profundo» ocultaba por completo mis opiniones. Pero cuando hablaba de los *Freedom Riders* blancos y negros que iban desde el Norte a manifestarse al Sur, me ponían en primera página. Yo consideraba ridículas esas manifestaciones. ¿Por qué se ocupaban de los negros del Sur, si en los guetos del Norte tenían trabajo de sobra en que ocuparse? Declaré

que la ciudad de Nueva York, por muy progresista que fuera, tenía más problemas de integración que el estado de Misisipí. Si los *Freedom Riders* norteños querían hacer buenas obras, habrían podido empezar por ocuparse de los niños de los guetos del Norte, que corrían por las calles a medianoche con la llave de la casa atada alrededor del cuello. Niños cuyos padres eran borrachos, drogadictos, ladrones o prostitutas. O bien podrían hacer campaña en los municipios, los sindicatos y las grandes industrias del Norte para que emplearan a los negros de allí y así borrarlos de las listas de la beneficencia pública, pues el negro que depende del Estado para la subsistencia se vuelve perezoso, y en consecuencia, las condiciones de vida del gueto se deterioran progresivamente. Era nada más y nada menos que la pura verdad, pero ¿qué gané con decirla? Los progresistas del Norte se volvieron en mi contra como serpientes.

Sí, estoy decidido a quitarles a los progresistas esa aureola que cultivan con tanto esfuerzo. Los progresistas norteños señalan al Sur con dedo acusador desde hace tanto tiempo y con tal impunidad que sufren crisis nerviosas cuando se les muestra lo que son: los peores hipócritas del mundo. Mi propia vida ¿no es prueba de ello? No sé nada del Sur. Soy tan sólo un producto del blanco norteño y de la hipócrita actitud que sostiene respecto de los negros.

Muhammad siempre le daba su merecido al blanco sudista. Pero había que reconocer una cosa: ese blanco, al menos, es sincero. Cuando ve un negro, enseña los dientes, no duda en decirle a la cara que los del Sur no aceptarán nunca esa falsa integración. Pero hay más: no tiene reparos en reconocer que luchará palmo a palmo para impedir la más mínima concesión a los negros, incluso los gestos simbólicos. Ello es, sin duda alguna, ventajoso para los negros del Sur, que no pueden hacerse ilusión alguna acerca de su adversario.

Puede decirse en favor de los blancos sudistas que, por su actitud paternalista, han ayudado individualmente a los negros. El blanco del Norte, en cambio, con la sonrisa en los labios, no tiene más que mentiras en la boca. «Igualdad», «integración». El día que, de punta a punta de Estados Unidos, el blanco sienta un toque en el hombro y al darse la vuelta vea a un negro que le dice: «Yo también»... Bueno, ese día el progresista del Norte se

alejará del negro con el mismo horror que el racista del Sur.

En realidad, el negro más amenazador, más peligroso, no es el del Sur, sino el norteño, siempre encerrado en el gueto por culpa del blanco, o sea, de los círculos de poder que hablan de democracia a la vez que mantienen al negro alejado, en el rincón.

La palabra «integración» es un invento de los progresistas del Norte. Es una palabra sin sentido. Yo pregunto: ¿qué significa decir esa palabra en el sentido de problema racial que se le da actualmente? ¿Puede alguien explicarlo con exactitud? En verdad, la «integración» es una imagen, una pantalla de humo fabricada por los zorros progresistas del Norte para crear confusión sobre las verdaderas aspiraciones de los negros. La palabra «integración» ha inducido a error a millones de blancos en los cincuenta estados racistas y neorracistas del país, y los ha puesto furiosos al hacerles creer que las masas negras aspiraban a mezclarse con ellos. Eso sólo es cierto en el caso de un puñado de negros ofuscados por la integración.

Me refiero a esos negros que corren detrás de una integración simbólica, que abandonan a sus hermanos pobres y pisoteados por el blanco, y que, en definitiva, huyen del odio que sienten por sí mismos. Hablo de los negros que husmean el olor de sus amos y que ladran como perros. Hablo de esos negros «selectos» que tienen el espíritu más blanco, más antinegro, que los mismos blancos.

¡Derechos humanos! ¡Dignidad humana! A eso aspiran las masas negras. Ése es el verdadero problema. Las masas negras no quieren que se las rechace como si se tratara de leprosos. No quieren permanecer encerradas como las bestias en tugurios y en guetos. Quieren respirar aire libre, andar con la cabeza alta como hombres y mujeres de una sociedad realmente libre.

Muy pocos blancos se dan cuenta de que hoy en día hay muchos negros que no se sienten bien en su compañía y tratan de estar con ellos lo menos posible. La imagen de la integración, como vulgarmente la interpretan los millones de blancos pagados de sí mismos, es que el negro quiere, a toda costa, meterse en su cama y acostarse con su mujer. ¡Eso es mentira! Como me decía el otro día uno de mis hermanos: «¿Te has fijado cómo huelen cuando sudan?».

La masa negra prefiere la compañía de los suyos. Los elegantes negros «burgueses» que vuelven de un cóctel «integrado» no piensan más que en quitarse rápidamente los zapatos y expresar todo su desprecio por los blancos progresistas que acaban de dejar. Éstos, por su parte, imagino que deben de decir lo mismo de los negros. No estoy seguro, porque no conozco a los blancos en privado. Pero los burgueses negros saben que digo la verdad.

¡Yo digo las cosas tal como son! No os preocupéis: nunca me morderé la lengua si tengo alguna verdad en la cabeza. La verdad cruda, la verdad desnuda. Eso es lo que se necesitaría en este país para limpiar la atmósfera impregnada de espejismos, de estereotipos y de mentiras acerca de la cuestión racial desde hace cuatrocientos años.

En muchas comunidades, sobre todo en las pequeñas, los blancos han creado una imagen de sí mismos según la cual estarían llenos de buena voluntad hacia los negros. Pero si un negro de nuestro país le cuenta al blanco de nuestro país cuatro verdades (que los negros están hartos de ser esclavos mal liberados, ciudadanos de segunda clase), ya veréis que el blanco declara con voz triste: «Desgraciadamente, esta reacción brutal de los negros nos incita a nosotros, blancos llenos de buena voluntad, a volvernos contra ellos... ¡Es tan penoso todo esto..., se había progresado tanto!... Ahora toda relación entre las dos razas es imposible».

¿De qué hablan? Nunca ha habido ninguna relación. Hasta después de la Segunda Guerra Mundial, los negros nunca dijeron a los blancos lo que pensaban de las condiciones de vida que les imponían.

¿Necesitáis alguna prueba de lo que digo? Bien, entonces, ¿por qué la sublevación de los negros a lo largo del país ha sorprendido y cogido desprevenidos a casi todos los blancos? No me gustaría en absoluto estar al mando de un ejército tan mal informado como el de los blancos respecto a la condición del negro norteamericano.

Esta ignorancia ha permitido que la revolución negra fuera madurando poco a poco sin que el blanco se diera cuenta. En todo el país, los dirigentes negros, a fin de conservar la posición que detentan, se han encargado de tranquilizar al blanco con frases como éstas: «¡Tranquilo, patrón, todo va bien! ¡Dominamos la situación, patrón!». Y cuando el jefe negro necesita

algo para los suyos, dice: «Patrón..., hay quienes dicen que se necesitaría una escuela mejor, patrón». Y si los negros se han portado bien y no han causado «problemas», el blanco «generoso» les concederá la escuela o algún que otro trabajo.

¡Los blancos de los círculos de poder de Estados Unidos saben que tengo razón! Saben que acabo de describir el mecanismo de «intercambio» entre los blancos de buena voluntad y los negros obedientes. Ese mecanismo fue creado por los blancos dominantes y engreídos y les permite sentirse nobles y generosos con los mendrugos que arrojan al negro cruelmente explotado, y escapar así del sentimiento de culpa que deberían experimentar.

Pero quiere decir una cosa. Ese mecanismo creado por el blanco y que enseña al negro a disimular la verdad detrás de una fachada de sonrisas y un «sí, patrón», mientras se rasca la cabeza y arrastra los pies, ese mecanismo ha perjudicado más a los blancos de este país que un ejército invasor.

¿Por qué afirmo eso? Pues porque ello permitió al blanco convencerse de su propia superioridad. Y así, en cientos y cientos de ciudades, blancos que no han terminado los estudios se atreven a despreciar a dirigentes negros, al director de escuela, al profesor, al médico y a otros negros que poseen formación universitaria. El hombre blanco impuso su dominio a los pueblos de color de todo el mundo. Y ahora, los gobiernos de los blancos en todas partes se encuentran en una situación cada vez más peligrosa a medida que los pueblos de color reclaman el derecho a tener un lugar en este mundo.

Hay que coger el toro por los cuernos. Hay que ver los hechos tal como son. El hombre blanco tiene que enfrentarse a la verdadera causa de los problemas que lo acechan, pues de ello dependerán sus posibilidades de supervivencia.

En el momento presente, presenciamos la revolución de los pueblos de color que, hace apenas algunos años, se habrían aterrorizado por poco que las potentes naciones blancas hubieran fruncido el ceño. Ocurre sencillamente que las gentes de piel negra, cobriza, roja y amarilla están hartas de siglos de explotación, de malos tratos y de «inferioridad forzada», están hartos de sentir sobre su espalda la bota del hombre blanco y dispuestos a todo para liberarse de esta opresión.

¿Cómo puede pretender el Gobierno norteamericano vender democracia y

fraternidad a los pueblos de color que leen y oyen cada día lo que pasa en Estados Unidos, ven fotografías que valen por mil palabras y que muestran de qué manera se practican la democracia y fraternidad en este país? En el mundo entero, los pueblos de color saben que el negro quiso, sirvió y cuidó al blanco norteamericano. El negro no vaciló un instante en vestir el uniforme e ir a defender a este país de sus enemigos, tanto blancos como de color. ¡Qué muestra de lealtad y de nobleza! Y, pese a todo ello, el blanco no cesa de apalear y encarcelar a los negros, de echarles los perros, de empaparlos con las mangueras de los bomberos y de cometer toda clase de tropelías contra ellos.

¿Quién se sorprende, pues, de que por todo el mundo se prenda fuego a los inmensos coches de los embajadores estadounidenses, se apedreen las embajadas y las legaciones, se grite «¡Blancos, volved a vuestra casa!», se ataque a los misioneros cristianos blancos y se queme la bandera norteamericana?

¿Se comprende ahora por qué dije que el complejo de superioridad del blanco le ha hecho más daño que un ejército invasor?

Nosotros afirmamos que el hombre negro debe dirigir todos sus esfuerzos a crear sus propios negocios y a construir viviendas decentes para todos. Igual que han hecho otras colectividades de la sociedad norteamericana, hay que dejar que los negros, en la medida de lo posible, se dirijan ellos mismos y de esa manera nuestra raza adquirirá la capacidad de hacer las cosas por sí sola. No hay otro camino para que el negro aprenda a respetarse a sí mismo. Si hay algo que el hombre blanco no puede dar al negro es el respeto por sí mismo. El hombre negro nunca podrá conquistar la independencia plena ni conseguir la igualdad con otros seres humanos hasta que tenga y haga por sí mismo lo que los demás seres hacen. El negro de los guetos, por ejemplo, tiene que proponerse corregir defectos y males de orden material, moral y espiritual. Tiene que abandonar el alcoholismo, la drogadicción, la prostitución. Tiene que elevar su escala de valores.

Los negros que participan en la «integración» no son más que unos pocos miles, un número irrisorio comparado con el conjunto de la población negra. Son esos burgueses negros, que van corriendo a despilfarrar el poco dinero que tienen en los hoteles de lujo de los blancos, los locales nocturnos

ostentosos y los selectos restaurantes. Los blancos pueden permitirse esos gastos, pero la mayoría de los negros que uno ve allí, seguro que no. ¡Hay que ir a un restaurante de lujo y ver a ese negro que no tiene casi donde caerse muerto sonriendo al jefe de comedor, que tiene más dinero que él! Se pone una servilleta del tamaño del mantel sobre las rodillas y pide codorniz y caracoles, que le sirven en platos exquisitamente presentados, cuando a los negros jamás les han gustado los caracoles. Hacen toda esa payasada para demostrar que están «integrados».

Una manera de conocer los frutos reales de esta cacareada «integración» es examinar la cuestión del matrimonio mixto. Sobre dicho aspecto, estoy completamente de acuerdo con los del Sur: creo que la «integración» tendrá que ir acompañada, durante mucho tiempo, de un número creciente de matrimonios mixtos. Pero ¿quién gana con ello? Veamos las cosas como son. En un mundo caracterizado por el odio racial, ¿qué interés tiene, para el hombre o para la mujer, para el negro o para el blanco, tener un cónyuge de la otra raza?

Los blancos han dicho hasta la saciedad que no quieren vecinos negros. Y las familias y los barrios negros serán todavía más hostiles que los blancos al matrimonio mixto. Las parejas «integradas» tendrán niños «inadaptados», no deseados. Es forzoso reconocer que la integración no interesa ni a unos ni a otros. Pues, a fin de cuentas, acabaría por destruir a la raza blanca... y a la raza negra.

Es cierto que el blanco ha «integrado» ya a la mujer negra a su manera. El color de nuestra piel ya no es el mismo. Hay negros cuya piel es más blanca que la de algunos blancos. ¿Qué significa esto? Me han dicho que, actualmente, en Estados Unidos hay de dos a cinco millones de «negros blancos» que pasan a formar parte de la sociedad blanca. Imaginad su drama. Viven en el terror permanente de que un negro los reconozca y los delate; se lo diga a los blancos. Viven en la mentira. Imaginad lo que les ha de doler oír a la propia esposa, o al marido, o incluso a los propios hijos blancos, hablar mal de esos «negros asquerosos».

No creo que nadie haya escuchado quejas más amargas contra los blancos que yo. Pero sin duda alguna, las más cargadas de amargura, las diatribas más feroces contra los blancos provienen de esos negros que se hacen pasar

por blancos, que viven entre los blancos, expuestos todos los días a oír opiniones despectivas acerca de los negros. Eso a un negro auténtico nunca le pasaría. Pero por otro lado, el día que haya un enfrentamiento racial, esos negros que se las dan de blancos serán los aliados más valiosos del movimiento negro, los «espías» que informarán de cuanto acontece en los círculos blancos.

¿Qué pasa en Europa con el problema de la integración? ¿Han conducido a algo bueno las jóvenes parejas mixtas, consideradas «fenómenos de circo» y que deberán llevar esa marca durante el resto de sus vidas?

La integración recibe el nombre de «asimilación» cuando tiene que ver con la mezcla de blancos de distinto origen. Quienes se preocupan por la conservación de la herencia la combaten encarnizadamente. Véase lo que ocurrió con los irlandeses, que expulsaron a los ingleses de su país, pues sabían que éstos querían engullirlos. O con los canadienses de lengua francesa, que luchan fanáticamente por preservar su propia identidad.

Pero el caso más trágico de mezcla (o sea, de debilitamiento, de disolución) de dos etnias distintas (en el caso de los blancos) que registra la historia es el del judío alemán.

Los judíos habían aportado más a Alemania que los propios alemanes. Un premio Nobel alemán de cada dos era judío. La cultura alemana se encontraba bajo la dirección de los judíos. El periódico alemán más importante pertenecía a un judío. Los judíos eran los mejores artistas, los mejores poetas, compositores, directores de teatro. Pero los judíos cometieron un error fatal: quisieron integrarse. Entre la Primera Guerra Mundial y la llegada de Hitler al poder, los judíos alemanes habían efectuado muchos matrimonios mixtos. Algunos habían cambiado de nombre y se habían convertido. Anestesiaron y extirparon hasta tal punto su religión y sus ricas raíces étnicas y culturales que acabaron por creerse alemanes.

Fue entonces cuando Hitler, un individuo salido de las cervecerías, ascendió al poder con su teoría de la superioridad de la raza aria, una teoría que, sobre todo, apelaba a las emociones de la gente. Hitler encontró entonces una cabeza de turco al alcance de la mano: era ese judío lleno de ilusiones, debilitado por la asimilación.

¿Cómo es posible que los judíos, tan brillantes, que detentaban tanto poder en todos los campos de la vida de Alemania, asistieran mudos y como hipnotizados a la ejecución de un monstruoso plan que no databa de la víspera, sino que había sido preparado con mucho tiempo, el plan de su asesinato colectivo? Misterio.

Su «autolavado» de cerebro había sido tan completo que todavía gritaban al entrar en las cámaras de gas: «¡No! ¡No es posible!».

Si Hitler hubiera conquistado al mundo, como era su intención... Basta esa idea para hacer que tiemblen todos los judíos que aún viven.

Los judíos no olvidarán nunca la lección que Hitler les dio. Los servicios secretos judíos vigilan todas las asociaciones neonazis. Inmediatamente después de la guerra, los mediadores de la Haganá judía consiguieron acelerar las largas negociaciones con los ingleses. Por esas fechas, la organización terrorista Stern se dedicaba a asesinar soldados británicos. Esta vez los ingleses accedieron, e incluso ayudaron a los judíos a expulsar de Palestina a los árabes, sus legítimos dueños. Así fue como los judíos fundaron Israel, su propia patria. La patria, eso es lo único que cualquier raza del mundo comprende y reconoce.

No hace mucho, se inyectó al negro norteamericano una nueva dosis de «integracionismo», con todas las consecuencias de debilitamiento y de deformación. Fue la «Farsa sobre Washington», como yo la denomino.

Fue una idea genial de A. Philip Randolph, del sindicato de mozos de coches-cama. Se trataba de organizar una marcha sobre Washington, de que las masas negras desfilaran por la capital de la nación. La idea estaba en el aire desde hacía unos veinte años, y entonces, de repente, cuajó de forma espontánea.

Negros sureños con el típico atuendo de vaqueros, negros de las pequeñas ciudades, negros de los guetos del Norte, e incluso, miles de antiguos tíos Tom, se pusieron a hablar de «La Marcha».

La idea de una marcha galvanizó a las masas negras como nada había podido hacerlo desde los tiempos de Joe Louis. Los negros querían ir a Washington como fuera: en coches destartalados, en autocar, haciendo autostop, a pie si fuera necesario. Veían ya a los miles de hermanos negros que convergían sobre la capital y que dormían en la calle, en las pistas de

los aeropuertos, en los parques públicos, y que exigían que el Congreso y la Casa Blanca aprobaran medidas reales en materia de derechos civiles.

Reinaba el rencor en los negros de todo el país, un fuerte espíritu de lucha que no encontraba organismos donde encauzarse ni jefes que los condujeran. Los jóvenes eran los más decididos. Estaban hartos de soportar la bota del blanco y se lanzaron a la acción sin medir las consecuencias.

El blanco tenía toda la razón del mundo para preocuparse. La menor chispa, por efecto de fenómenos imprevisibles de la química de las emociones, podía desencadenar la sublevación negra. El Gobierno sabía que miles de esos negros furiosos, que acudían de todas partes, eran capaces de entrar en Washington y poner la capital patas arriba.

La Casa Blanca se apresuró a pedir ayuda a los principales dirigentes negros del movimiento por los derechos civiles. Les solicitó que sofocaran la proyectada Marcha sobre Washington. Los dirigentes respondieron —y era verdad— que ellos no habían desencadenado el movimiento y que carecían de autoridad sobre él. Explicaron que era una idea que había surgido de forma espontánea en todo el país y que carecía de líderes. Total, un polvorín negro. Quien quiera saber cómo se puede debilitar al movimiento negro, que escuche lo siguiente. Es una lección magistral.

La Casa Blanca anunció, con gran publicidad internacional, que autorizaba y que respaldaría la marcha. Además, «daba la bienvenida» a los manifestantes. Los grandes organismos que luchaban por los derechos civiles rivalizarían entonces para demostrar a quién mostraban más agradecimiento. Naturalmente, a quien les diese más dinero. El *New York Times* destapó el asunto. La NAACP se quejaba de que otras asociaciones negras gozaban de más publicidad y habían recibido casi todas las donaciones, mientras que ella tendría que sufragar de su propio bolsillo el precio de las fianzas y los abogados de los manifestantes que fueran encarcelados, aunque pertenecieran a otros movimientos.

Parecía una película. La siguiente secuencia transcurría en Nueva York y estaba dedicada a la reunión de los «seis grandes», los líderes de los movimientos negros, con el director de una importante sociedad filantrópica. Ese blanco les explicó que tantas peleas por cuestión de dinero podían desacreditar a las asociaciones negras que representaban «los seis»

ante la sociedad. Dicen que dio ochocientos mil dólares para una Dirección Unida por los Derechos Civiles que los «seis grandes» crearon enseguida.

¿De dónde procedía esa súbita unión de los negros? Del dinero blanco. ¿Cuál era la contrapartida? Los consejos. Los «seis grandes» podían esperar un segundo donativo de una suma análoga para después de la marcha... a condición, lógicamente, de que todo transcurriera sin incidentes.

La furia original que animaba a la Marcha sobre Washington estaba condenada a desvanecerse por completo.

De esa manera, los «seis grandes» aparecieron en la marcha con sones de trompetas ante el mundo entero. Los últimos en enterarse fueron precisamente las masas negras, embravecidas y próximas a la ebullición, que pensaron que esos renombrados líderes estaban decididos a sostener sus reivindicaciones.

Se invitó a cuatro personalidades blancas para que se unieran a la marcha: un católico, un judío, un protestante y un jefe sindical.

Por medio de una inmensa campaña publicitaria se dio a conocer que esos «diez grandes» se encargarían de dirigir la marcha y supervisarían la atmósfera de la misma.

Las cuatro eminencias blancas decían que sí a todo. La noticia se extendió entre los círculos «progresistas» católicos, judíos, protestantes y sindicales. De repente, los mismos blancos que tanto se preocupaban antes por la Marcha, anunciaron que participarían en ella: sería un acto «democrático».

Sus declaraciones galvanizaron a los «burgueses» negros, así llamados de «clase media», que en un principio habían opinado que la idea de la Marcha era deplorable. Pero ya que los blancos iban a participar...

¡Caramba! Los negros partidarios de la «integración» se atropellaban los unos a los otros para inscribirse los primeros. Habrían pasado por encima de los negros del gueto, oprimidos, hambrientos y sin trabajo. De pronto, la «marcha de la furia negra» era elegante. Para los negros arribistas era lo mismo que asistir al derby de Kentucky, donde se congrega la flor y la nata de la sociedad norteamericana. El «haber estado» era signo de distinción. La Marcha se convirtió en una especie de picnic.

Llegó el gran día. Los destartalados coches llenos de negros polvorientos, sudorosos e iracundos, se perdían entre los aviones a reacción, los vagones

de tren y los autocares con aire acondicionado. Lo que, en su origen, debía ser una furiosa marea alta, se diluyó en una «suave ola», como escribió muy acertadamente un periodista inglés.

Negros y blancos se encontraban «integrados» como uña y carne. No se perdió de vista ningún aspecto práctico. Se anunció a los manifestantes que no había necesidad de que llevaran pancartas, pues la organización lo tenía todo previsto. Había instrucciones de cantar una sola canción: *We shall overcome*. No quedó absolutamente nada librado a la improvisación: los manifestantes sabían la manera de llegar, y el lugar y la hora de la cita. Dónde había que reunirse, la hora de comienzo de la manifestación y el itinerario que haría. Se instalaron servicios de socorro en lugares estratégicos. ¡Así los manifestantes sabían incluso dónde podían desmayarse!

Yo estaba allí. Fui testigo de ese espectáculo circense. ¡Quién se hubiera imaginado a aquellos negros poseídos de furia revolucionaria entonando armoniosamente *We shall overcome* mientras avanzaban con los brazos enlazados con aquellos mismos contra los que se suponía que debían luchar! Me resultó un espectáculo inconcebible. Los negros revolucionarios, descalzos, y sus opresores marcando el paso juntos al borde de estanques de los jardines públicos cubiertos de lirios de agua, cantando *gospel*, tocando la guitarra y escuchando discursos del estilo de «Tengo un sueño».

Sí, realmente, ¿puede imaginarse un espectáculo parecido cuando las masas negras vivían —y viven todavía— una pesadilla?

Aquellos miles y miles de «furiosos revolucionarios» obedecieron las instrucciones al pie de la letra: se fueron pronto. Pero al día siguiente, el gremio de hoteles de Washington registró graves pérdidas económicas. Casi nadie había pasado la noche en la capital. Hollywood no lo habría hecho mejor.

Poco después, la prensa hizo una encuesta entre los senadores y diputados. Ninguno de los que se habían pronunciado ya anteriormente en contra de los derechos civiles había cambiado de opinión. Era de esperar. ¿Cómo podía una simple excursión «de integración» al campo cambiar de un día para otro a los representantes electos de una población que es

profundamente racista desde hace cuatrocientos años?

En Estados Unidos, se prefiere disimular la verdad, recurrir a trucos y escapatorias. No se afrontan los auténticos problemas. La prueba es que millones de blancos y negros se dejaron engañar por esa farsa monumental.

La Marcha sobre Washington tuvo un mérito: calmó a las masas negras durante un tiempo. Pero, inevitablemente, enseguida se dieron cuenta de que el blanco había vuelto a engañarlos. Entonces, volvió a estallar la furia negra con más fuerza que nunca. Durante el «largo y cálido verano» de 1964 se registraron en diversas ciudades de Estados Unidos incidentes raciales de gravedad sin precedentes.

Un mes antes de la «Farsa sobre Washington», el *New York Times* llevó a cabo una encuesta para recabar la opinión de los estudiantes universitarios. Yo figuraba en segundo lugar —¡después de Barry Goldwater!— en la lista de los «oradores más solicitados» en las universidades.

Creo que la fama que yo había adquirido en los círculos universitarios se debía al libro del doctor Lincoln *The Black Muslims in America*, que figuraba en la bibliografía de muchos cursos. También se debía a *Playboy*, la revista más vendida en las universidades, que publicó una larga e inocente entrevista conmigo. Muchos estudiantes que habían leído tanto el libro como la entrevista querían oír en persona al «furioso musulmán negro».

Cuando apareció la encuesta del *New York Times*, yo había pronunciado conferencias en más de cincuenta universidades y *colleges*, como Brown, Harvard, Yale, Columbia y Rutgers, en la Ivy League y en otras instituciones de todo el país. En ese momento, tenía invitaciones de Cornell, Princeton y otra docena de establecimientos de enseñanza superior, y faltaba acordar la fecha de las conferencias. También había hablado en universidades negras, como la de Atlanta y el Clark College, de la misma ciudad; la Howard, de Washington, y otras de menor categoría.

Mi público preferido es el negro, naturalmente, pero en segundo lugar están los estudiantes. Los encuentros con ellos duraban a veces de dos a cuatro horas. Licenciados, estudiantes y profesores descargaban sus baterías de desafío, de preguntas y de críticas, con el sentido objetivo y el espíritu curioso e inquisitivo que los caracteriza. No hay conferencia que no sea

animada ni tampoco que no me haya ayudado a perfeccionar mis propios conocimientos. Ni una de la que no haya extraído mejores métodos para exponer y defender la doctrina de Muhammad. A veces, me encontraba en un coloquio ante una sala llena hasta los topes y debía enfrentarme solo a seis u ocho especialistas (estudiantes y profesores) en sociología, psicología, filosofía, historia y religión.

Empezaba siempre con un breve discurso del estilo del siguiente:

«Señores, yo acabé la escuela primaria en Mason, estado de Míchigan. La enseñanza secundaria la hice en el gueto negro de Roxbury, en Massachusetts, y cursé los estudios universitarios en las calles de Harlem. El doctorado, por último, lo hice en la cárcel. Muhammad me ha dicho que no he de temer el intelecto de nadie que trate de defender o de justificar los crímenes del hombre blanco contra los hombres de color, y sobre todo, los crímenes cometidos aquí, en América del Norte».

Era un verdadero campo de batalla, salvo que las balas eran intelectuales y filosóficas. El combate se libraba en el terreno de las ideas. Con el tiempo, aprendí a observar las reacciones del público. He hablado de ello con otros oradores. Todos me han dicho que ese sexto sentido es propio de quien posee el dominio de las masas y es capaz de llegar a los oyentes y despertar sus emociones. Es una especie de radar psíquico, como el médico que siente los latidos del corazón del enfermo cuando le toma el pulso.

Basta que me dejen hablar cinco minutos con los ojos vendados y puedo decir si el público al que me dirijo es negro o blanco. La diferencia es claramente perceptible. Siento el calor del público negro; a mi modo de ver está dotado de un modo más musical y rítmico de reaccionar, aun en el silencio más profundo.

Cuando llega el momento del debate con el público, también puedo decir a ciegas si el interlocutor es blanco o es negro. A quienes detecto más rápidamente es a los judíos y a los negros «integrados».

La forma de descubrir a los primeros consiste en que sus preocupaciones y opiniones son extremadamente subjetivas, algo que no ocurre con las personas de otro origen racial. Además, los judíos son muy susceptibles, es decir, basta que uno pronuncie la palabra «judío» para que lo acusen de antisemitismo. Sea médico, comerciante, ama de casa, estudiante o lo que

sea, el judío antes que nada es judío.

Ahora bien, debo aclarar que comprendo esa hipersensibilidad del judío, pues se trata de un pueblo que a lo largo de dos mil años ha sido objeto de prejuicios religiosos y personales, igual que los que han sufrido las naciones de color. Sin embargo, ese problema tiene un lado muy práctico para los cinco millones y medio de judíos norteamericanos, dos millones de los cuales viven en la ciudad de Nueva York: sépanlo ellos o no, de no ser por los negros, gran parte del fanatismo y la intolerancia que reina en la sociedad norteamericana recaería precisamente sobre ellos.

Veamos un ejemplo de lo que digo. Los judíos son los dueños de los negocios más importantes de los guetos negros. Cada día, se llevan a casa el dinero que obtienen de los negros, merced a lo cual éstos permanecen en la pobreza. Nunca me ha sido posible efectuar dicha afirmación —que es una verdad irrefutable— sin que se desate encendida polémica entre el público y sin que algún judío me acuse de antisemitismo. El motivo es muy sencillo. Ya he perdido la cuenta de las veces que me he visto obligado a rebatir estas acusaciones. Siempre replico que los judíos no se quedarían tan campantes si viesen que los recursos de sus gentes van a parar a manos de otra colectividad. Les digo que no tienen que acusarme de antisemitismo por el hecho de expresar las cosas como son. Ocurre simplemente que yo soy antiexplotación.

Los progresistas blancos se quedarán seguramente algo estupefactos si les digo que entre el público negro nunca he encontrado a nadie que defendiera al hombre blanco, que rebatiera mis posiciones en esa materia. Ni siquiera aquellas veces en que había presente un número importante de negros «burgueses» e «integrados». Cuando los negros están en su ambiente —y esto vale para todos— no tienen reparos en reconocer los crímenes que el hombre blanco ha cometido. Quizá no sepan tanto de historia como yo, pero tienen muy claro el fondo de la cuestión.

Quisiera efectuar una observación interesante sobre este particular. El mismo negro burgués que no osaría hacer el ridículo delante de los suyos con la defensa del hombre blanco, se pone hecho una furia cuando sabe que sus queridos blancos también están entre el público y pueden oírlo. ¡Es un espectáculo increíble! Entonces me atacan y procuran justificar o al menos

excusar los crímenes de los blancos. Una de mis reglas me dice que nunca hay que dejarse dominar por las emociones y la furia, pero esos negros me tientan a desobedecerla. ¡Caramba, a veces me dan ganas de saltar del estrado y emplear argumentos más contundentes con esos negros loros, esas marionetas de los blancos! He concebido una estratagema para humillarlos que suelo emplear con ellos. Cuando me vienen con esas posiciones a favor de los blancos les pregunto si son estudiantes de derecho. Aunque no acierte, les digo: «Pues me ha parecido que sí lo era. Defiende usted al criminal blanco con más entusiasmo que él mismo».

Tuve una experiencia que nunca podré olvidar con un profesor negro que tenía el título de doctor. Era uno de esos que había llegado alto, lo cual prueba la «buena voluntad integradora» del hombre blanco. Me enfureció tanto que ya no podía más. Pensé en lo útiles que serían sus conocimientos para los veintidós millones de negros carentes de instrucción, y me hervía la sangre. Ese negro me azuzaba la lengua sin parar. Estaba allí entre el público junto con sus colegas blancos; parecía una mosca en la harina. Echaba pestes sobre mí. Me acusaba de ser un «demagogo que fomenta la división» y de «racista en sentido inverso». Me rasqué la cabeza mientras pensaba en la manera de cerrar la boca a aquel idiota. Al final, alcé la mano y él se interrumpió. «¿Sabe cómo llaman los racistas blancos a los negros que tienen un doctorado?», le pregunté. Él me respondió algo por el estilo de: «Creo que no tengo conocimiento de eso», como los negros que hablan tan refinado. Entonces, lo miré directamente y le espeté en voz alta: «¡Negro de mierda!».

Las conferencias en las universidades eran provechosas para la causa de la Nación del Islam, pues allí es donde se forma a los mejores cerebros blancos por diabólicos que sean. Eso es lo que decía a Muhammad. Sin embargo, por motivos que no hube de comprender hasta mucho después, a Muhammad no llegó a convencerlo del todo la idea de que yo fuera a hablar a esos sitios.

Los propios hijos de Muhammad me contaron tiempo después que él me envidiaba, pues no se sentía capaz de hablar en *colleges* y universidades. La experiencia de hablar en las universidades tuvo para mí consecuencias sorprendentes, pues apreció que aquel público tan inteligente acogía con

espíritu abierto y ecuánime las verdades desnudas que iba a exponerles.

«Una y otra vez, las razas negra, cobriza, roja y amarilla han sido testigos y sufrido en carne propia la incapacidad que tiene el hombre blanco de entender las notas sencillas del espíritu. La completa sordera del blanco le impide apreciar la orquesta de todo el género humano. Las portadas de la prensa diaria traen muestras de lo que es el mundo creado por el blanco.

»La ira justiciera de Dios está a punto de descargarse sobre el blanco, que va dando tumbos a ciegas con su espíritu oscurecido por la maldad.

»¡Mirad! Hoy en día quedan en pie sólo dos gigantescas naciones blancas, Estados Unidos y Rusia, con sus satélites desconfiados y nerviosos. Estados Unidos tiene que apuntalar al resto del mundo blanco. Francia, Bélgica, Holanda, Portugal, España y las demás naciones blancas han quedado debilitadas a medida que los pueblos de color de Asia y África recuperan sus tierras.

»Estados Unidos tiene que subsidiar lo que resta del prestigio y la fuerza de la otrora poderosa Gran Bretaña. El sol se puso para siempre en el mundo colonial donde el blanco, con su típico monóculo y su imagen de fuerza y arrogancia, sorbía el té en compañía de su delicada dama mientras saqueaba sistemáticamente a las colonias no blancas de todo lo que tenían de valor. Para subsistir, las frívolas realeza y aristocracia británicas tienen que abrir las puertas de sus antiguos castillos señoriales a los turistas que pagan por ello. Tienen que vender memorias, perfumes, autógrafos y títulos. A veces, hasta se venden ellos mismos.

»El mundo entero sabe que el hombre blanco no podrá sobrevivir a otra guerra. Si uno de los dos gigantes blancos aprieta el botón, la civilización blanca morirá.

»Queda claro de nuevo que es la raza y el color de la piel —y no la ideología— el lazo que une a los seres humanos. ¿Es acaso un hecho accidental el que los mandatarios de la China comunista visiten las naciones de Asia y de África, al tiempo que Rusia y Estados Unidos se entienden cada vez más?

»Del mismo modo, la historia colectiva del hombre blanco no ha dejado a los pueblos de color otra vía que la de estrechar los lazos entre sí. Como es típico y como siempre ocurre, el diabólico blanco carece del temple moral y

del coraje para deshacerse de la arrogancia. En la actualidad, se ha propuesto comprar amigos entre las naciones de color. Pretende con ello echar tierra sobre sus actos pasados. El blanco no es capaz de admitir su culpa y de expiar sus crímenes. Carece de humildad para ello. El blanco pervirtió el sencillo mensaje de amor que el profeta Jesús vivió y enseñó durante su paso por este mundo».

Los estudiantes se quedaban siempre sorprendidos al oírme hablar de Cristo. Les explicaba que los musulmanes creían en Jesús, el profeta. Es, con Moisés y Mahoma, uno de los profetas más importantes del islam. En la ciudad de Jerusalén hay santuarios musulmanes erigidos en memoria de Jesucristo. Agregaba que el cristianismo no practicaba la doctrina de Jesús, y en apoyo de ello, traía a colación una frase que el mismo Billy Graham había pronunciado una vez en África: «Yo creo en Jesucristo, no en el cristianismo». La distinción es importante.

Nunca olvidaré a una estudiante, una rubita, que asistió a la conferencia que pronuncié en el College de Nueva Inglaterra. Una vez terminada la conferencia, salí en avión para Nueva York. Ella debió de tomar el vuelo siguiente. Descubrió el restaurante musulmán que teníamos en Harlem. La casualidad hizo que yo me encontrara allí cuando ella entró. Su atuendo, el acento, el porte revelaban su buena educación y que pertenecía a una acaudalada familia del Sur profundo. Durante la conferencia, yo había dicho que el esclavista blanco de antes de la Guerra de Secesión no dudaba en engañar a su propia mujer y le hacía creer que ella era demasiado pura para sus bajos instintos animales. Ese «noble» truco le permitía satisfacer, en las mismas narices de su esposa, la debilidad que sentía por las mujeres negras, más «animales». Así, la madre de familia veía nacer y crecer en la plantación pequeños bastardos de color café con leche, indudablemente hijos de su marido, de su padre, de sus hermanos o de sus propios hijos. Dije en aquella oportunidad que el odio que sentía el blanco por los negros significaba que odiaba y rechazaba su propia sangre. El blanco es consciente de ello y eso aumenta su culpa.

No he visto nunca a nadie tan trastornado por mis palabras como aquella estudiante blanca. Se puso delante de mí y me preguntó, mirándome fijamente: «¿Cree que no hay ningún blanco bueno?». No quería herir sus

sentimientos, y le respondí: «Yo creo en los actos de las personas, no en sus palabras, señorita». «¿Qué puedo hacer yo?», exclamó. «Nada». Rompió a llorar, salió corriendo y en la avenida Lenox tomó un taxi.

Cada vez que visitaba a Muhammad en Chicago o en Phoenix, él me acogía cálidamente y me expresaba la confianza que depositaba en mí. Cuando efectuó el peregrinaje a la ciudad santa de La Meca, dejó en mis manos los asuntos de la Nación del Islam. Yo creía tan firmemente en Muhammad que habría estado dispuesto a poner el pecho de escudo en caso de que quisieran asesinarlo.

Pero un hecho fortuito me llevó a la apabullante comprensión de que había algo más importante que la reverencia que sentía por Elijah Muhammad. Esa cosa era la naturaleza impresionante de los motivos que me impulsaban a venerarlo.

Un día tenía que hablar en el paraninfo de la Facultad de Derecho de Harvard. Al pasar, eché un vistazo por la ventana. Enfrente de mí estaba la casa de apartamentos que me había servido de escondrijo en mis tiempos de ladrón.

Fue como una marejada. Quedé sumergido en los recuerdos de mi depravación. ¡Había vivido y pensado como los animales!

Fui cobrando conciencia de todo. La religión del islam me había sacado de lo más profundo del arroyo, me había rescatado del destino de delincuente que inevitablemente me aguardaba: la tumba, o si seguía con vida, un individuo de treinta y siete años amargado, con el corazón de piedra, encerrado en un presidio o en un manicomio. Con mucha suerte, habría llegado a ser un viejo maleante, un lejano recuerdo de Red de Detroit, que robaba lo justo para pagar el sustento y los narcóticos. Ya me veía a mí mismo presa de los delincuentes jóvenes, crueles y ambiciosos, como yo había hecho durante mi vida de maleante.

Pero pude conocer la religión del islam, que me permitió salir del lodo de este mundo podrido. Eso fue una bendición de Alá. ¡Y ahora iba a hablar en el paraninfo de la Facultad de Derecho de Harvard!

Me acordé entonces de una historia que había leído en la cárcel, donde empecé a interesarme por la mitología griega. Era la leyenda de Ícaro. ¿Os acordáis de ella? El padre de Ícaro hizo unas alas que le pegó con cera. «No

vueles demasiado alto», le advirtió a su hijo. Pero Ícaro no hizo caso y se elevó en el cielo. Le gustó mucho, tanto que acabó por creer que volaba por sí mismo. Se elevó todavía más, cada vez más alto, hasta que el calor del sol fundió la cera de las alas. Ícaro cayó al suelo.

Ante esa ventana de la Universidad de Harvard, juré a Alá que nunca olvidaría mis alas, las alas que el islam me había dado. Y no lo he olvidado nunca. Ni un solo instante.

La expulsión

En 1961, el estado de salud de Elijah Muhammad empeoró notablemente. Recuerdo que, en plena conversación, comenzaba a toser cada vez más fuerte hasta que los espasmos se apoderaban de todo su cuerpo y debía acostarse. Era una escena muy dolorosa.

De común acuerdo entre la familia y los jerarcas de la Nación del Islam se decidió mantener el asunto en secreto, al menos mientras ello fuera posible. Muy pocos estaban al corriente del estado real de salud de Muhammad, pero el problema trascendió cuando hubo que suspender a última hora la intervención de nuestro Mensajero en importantes actos que habían sido precedidos de grandes campañas publicitarias. Todos sabían que sólo motivos realmente graves podían impedir la prometida aparición de Elijah Muhammad. En consecuencia, comenzaron las preguntas y así las noticias acerca de la enfermedad de nuestro guía se difundieron rápidamente en el seno de la Nación del Islam.

Las repercusiones que la pérdida de Muhammad podría tener para nosotros eran inimaginables para alguien que fuera ajeno al movimiento. La Nación del Islam era Muhammad. La devoción que los musulmanes experimentábamos por nuestro Mensajero, en quien veíamos al reformador espiritual y moral de los negros norteamericanos, era el elemento de cohesión que había permitido el nacimiento del movimiento negro más poderoso de toda la historia de Estados Unidos de América.

Dicho con otras palabras, los musulmanes nos considerábamos un ejemplo moral, intelectual y espiritual para el resto de los negros, precisamente porque seguíamos el ejemplo personal de Muhammad. Todos

sabían lo que aguardaba a aquel musulmán que mintiera, que engañara o que tuviera el vicio del juego o del tabaco: era suspendido de sus funciones. En cuanto a los delitos de mayor carga moral, como la fornicación y el adulterio, Muhammad en persona dictaba la pena: de uno a cinco años de «aislamiento», cuando no la expulsión definitiva de la Nación. El castigo era más grave para los jerarcas que para los nuevos conversos. En efecto, Muhammad opinaba que el dirigente que incumple sus funciones comete doble traición: a sí mismo y al cargo que detenta, pues se supone que debe dar ejemplo a los demás musulmanes. Elijah Muhammad era el faro que nos guiaba a todos nosotros, y al que dirigíamos la mirada cuando nos veíamos tentados por la inmoralidad. Sabíamos que si se apagaba esa luz, la más profunda oscuridad se cerniría sobre nosotros.

Como ya he mencionado, los médicos dictaminaron que el clima seco beneficiaría al estado de salud de Muhammad. Se supo que el saxofonista Louis Jordan había decidido vender la casa que poseía en Phoenix, y rápidamente se decidió la compra de la misma, con fondos aportados por la tesorería de la Nación. Al cabo de poco tiempo, Muhammad ya tenía un nuevo hogar.

Hice el trabajo que habrían hecho dos hombres por la causa de la Nación del Islam, pero tuve la gratificación que buscaba. Yo había contribuido a impulsar el movimiento y a darle alcance nacional. Ya nadie podría tacharnos de mentirosos cuando afirmábamos que Elijah Muhammad era el hombre negro más poderoso de Estados Unidos. Mis esfuerzos habían servido de ayuda para que Muhammad y sus ministros revolucionaran el mundo espiritual del hombre negro, le abrieran los ojos, le hicieran perder el miedo reverente que experimentaba por el blanco. El hombre negro había logrado desprenderse del espejismo que le hacía ver la «superioridad» de la raza blanca. Yo había participado en la diseminación de esas verdades. Yo había contribuido a dar ese golpecito que despertó algo en las profundidades del alma negra.

Sentía, no obstante, una decepción personal, pues en mi fuero interno tenía la íntima convicción de que la Nación del Islam podía desempeñar un papel aún más decisivo en la lucha del negro contra el blanco. Pero para ello era preciso que nuestro movimiento pasara directamente a la acción. Es

decir, pensaba, en mi interior, que nos convenía suprimir o revisar el principio por el cual la Nación no se comprometía en las luchas negras. En Little Rocks, en Birmingham y en todos los lugares donde los negros iban decididamente a la lucha, los disciplinados militantes musulmanes debían estar presentes para dar ejemplo. De esa manera, la Nación del Islam ganaría respeto y autoridad ante todo el mundo.

Había una opinión cada vez más extendida en los ambientes negros: «Los musulmanes hablan mucho, pero nunca hacen nada, excepto cuando los molestan personalmente». Yo estaba mucho más al corriente de lo que ocurría en esos ambientes que los demás jerarcas de la Nación. Considerando el estado de ánimo en que se hallaban las masas negras, me daba cuenta de que si la Nación del Islam, por muy poderosa que fuera, no se desprendía de esa etiqueta de «charlatanes», un día se encontraría aislada de la vanguardia combatiente.

Pero aparte de eso, Alá había bendecido mis esfuerzos con creces. El islam se extendía con más fuerza en Nueva York que en ninguna parte. En esa ciudad donde Muhammad me había concedido una mezquita minúscula, yo había fundado tres más, que figuraban entre las más poderosas, las más activas del país: la Siete A de Harlem, en el barrio de Manhattan; la Siete B de Corona, en Queens, y la Siete C, en Brooklyn. Había fundado o ayudado a fundar la mayoría de las ciento y pico mezquitas abiertas en los cincuenta estados. En ocasiones, cruzaba el país de costa a costa tres o cuatro veces por semana. Incluso dormía en el avión. Desarrollaba una actividad realmente maratónica: actos públicos y entrevistas con la prensa, la radio y la televisión. Volaba con las alas que Muhammad me había dado. Sin ellas, no habría podido estar a la altura de esa inmensa tarea.

Ya en el año 1961, cuando se agravó la enfermedad de Muhammad, había oído algunas murmuraciones contra mí. Los efectos de la envidia y de los celos profetizados por Muhammad empezaban a llegar a mis oídos. Se decía, por ejemplo: «Malcolm X quiere dirigir la Nación por su cuenta», que yo recogía «los méritos de la doctrina de Muhammad», que pretendía «construir un imperio personal», que me gustaba dármelas de «gran personaje».

Tales críticas no me preocupaban. Simplemente, me servían para reforzar

aún más mi íntima decisión de no merecerlas nunca. Recuerdo que Muhammad había profetizado la envidia y los celos. En consecuencia, ignoraba las críticas, pues estaba seguro de que él comprendería que carecían en absoluto de fundamento.

En los ambientes ajenos a la Nación se decía muy a menudo: «Malcolm X gana mucho dinero». Los musulmanes sabían perfectamente lo que había que pensar de todos esos rumores. ¿Que yo ganaba dinero? Todos los agentes de la CIA y del FBI juntos, sumados a los inspectores de Hacienda, descubrirán que sólo tengo un coche y una casa de siete habitaciones, que, dicho sea de paso, ahora la Nación del Islam trata de quitarme por culpa de la envidia y la codicia. Yo tenía acceso a mucho dinero. ¡Eso sí! Elijah Muhammad me dejaba emplear todo el que le pedía. Pero él sabía, como los demás jerarcas, que cada *nickel* y cada *dime* que yo tocaba lo destinaba a impulsar la Nación del Islam.

El problema del dinero originó la única discusión que tuve con mi amada esposa Betty. A medida que la familia aumentaba, ella multiplicaba las alusiones: «¿No podríamos ahorrar un poco de dinero?». Yo no quería saber nada de eso, y al final, tuvimos una pelea. Me mantuve firme. Sabía de sobra que Betty era una esposa capaz de sacrificar la vida por mí si era necesario, pero le expliqué que las ansias de provecho personal de los jerarcas habían causado la ruina de muchos movimientos, y que la instigadora solía ser la esposa. Estuvimos a punto de separarnos. Al final, conseguí persuadir a Betty de que, si me ocurría algo, la Nación del Islam se encargaría de ella y de nuestros hijos hasta que fueran mayores de edad. Nunca he dicho una estupidez tan grande.

En todos los programas de radio y televisión a los que acudía, en las entrevistas en la prensa, dejaba siempre una cosa en claro: yo sólo era el representante de Muhammad. Todo aquel que haya escuchado mis discursos de aquella época sabe que decía, casi cada dos o tres palabras, la frase: «El Honorable Elijah Muhammad enseña que...». Me negaba en redondo a hablar con aquellos periodistas que alguna vez se habían mofado de mis constantes menciones a Muhammad. Rechazaba también el «cargo» que a veces me conferían: «Malcolm X, el segundo de a bordo de los musulmanes negros». En más de una ocasión, puse conferencias de larga distancia a esos

periodistas para solicitarles que no emplearan más ese calificativo. Les explicaba que todos los musulmanes éramos los segundos de a bordo, después de Elijah Muhammad.

Tenía la cartera llena de instantáneas de Muhammad. Las entregaba a los periodistas que me fotografiaban. Telefoneaba a los directores del periódico y les decía: «Les ruego que publiquen la fotografía de Elijah Muhammad y no la mía». A todos los periodistas que me entrevistaban les decía que solicitaran una entrevista con el mismo Muhammad para «saber la verdad de los propios labios del Mensajero», y muchos de ellos iban a Chicago a verlo. Fue una alegría para mí cuando Muhammad decidió conceder entrevistas a escritores blancos.

Tanto blancos como negros, e incluso los musulmanes, me atribuían los grandes avances que registraba la Nación del Islam. Eso me hacía sentir incómodo y entonces explicaba que todas las alabanzas debían ir dirigidas a Alá. Y agregaba: «Todo el mérito de mi actividad se debe a Elijah Muhammad».

Creo que ningún otro dirigente de la Nación del Islam podría haber ganado la talla internacional que yo adquirí gracias a las alas que me había dado Elijah Muhammad. A eso habría que añadir las libertades que me concedía para actuar según mi propio albedrío. Sin embargo, en todo momento, yo permanecí fiel a él y fui su servidor más desinteresado.

Diría que fue en 1962 cuando empecé a notar que se informaba menos de mí en *Muhammad Speaks*, nuestro periódico. Me enteré de que Herbert, el hijo de Muhammad, era el nuevo director y que había dado orden de dedicar el menor espacio posible a mis actividades. De hecho se hablaba menos de mí que de los jefes negros partidarios de la integración. Yo leía más acerca de mi persona en la prensa europea, africana y asiática.

En lo que me a mí se refiere, no tengo ningún ansia de publicidad. La prensa ya se había ocupado de mí más que de muchas figuras mundiales y yo estaba realmente harto. Pero me parecía lamentable que los musulmanes desconociesen lo que se intentaba hacer por ellos, únicamente porque era yo quien me ocupaba de eso. ¡Y por culpa del propio periódico musulmán! Yo convocaba actos de masas, me esforzaba en propagar la doctrina de Muhammad, pero la envidia y la mezquindad de algunos hacían que

pasaran completamente desapercibidos; a decir verdad, el periódico ya no publicaba prácticamente nada sobre mí, porque se habían dado órdenes de suprimirme del periódico. Por ejemplo, en la Universidad de California hablé ante ocho mil estudiantes, y la prensa de allí informó extensamente de lo que yo había dicho acerca de la fuerza del programa de Muhammad. En Harlem, reuní siete mil personas en otro acto. Volví a Chicago con la idea de que recibiría una acogida favorable, pero me encontré con un ambiente gélido. A la semana siguiente, hubo un nuevo acto en Harlem, más numeroso que el anterior, pero esos buenos resultados no hicieron más que aumentar la envidia que sentían por mí.

No pretendo con esto dar una imagen noble y recta de mi persona. Si lo doy a conocer es sólo porque quiero que se sepa la verdad. Yo amaba la Nación del Islam y a Elijah Muhammad. A ambos les dediqué la vida.

Los demás jerarcas estaban celosos porque mi fotografía aparecía muy a menudo en los periódicos más importantes. No se les ocurría pensar que si mi fotografía figuraba allí era por el fervor con que defendía la doctrina de Muhammad. Tampoco consideraban que la Nación del Islam era muy vulnerable a los rumores infundados y las mentiras descaradas, y que lo menos que nos convenía en ese momento era que el portavoz de la Nación tuviera que salir todos los días en la prensa para desmentir rumores. El sentido común les habría indicado que no era posible que Muhammad en persona recorriera el país de punta a punta para hacer de portavoz de sí mismo. Por otra parte, era inevitable que la persona que él designase fuera objeto de la atención de la prensa.

Cuando me asaltaba el resentimiento, me avergonzaba de mí mismo. Pensaba que era un signo de debilidad. Era consciente de que, por lo menos, Muhammad sabía que había dedicado la vida entera a ser su representante.

En el correr de 1963, recibí críticas de figuras situadas en los altos círculos del movimiento y no pude evitar que me afectaran. Hasta entonces, yo había encomendado a determinados hermanos de Nueva York la misión de fundar mezquitas en otras ciudades y les había proporcionado el dinero necesario. Ello había suscitado comentarios despreciativos acerca de «los ministros de Malcolm», y decidí interrumpir esa tarea. La revista *Life* estaba interesada en publicar un artículo sobre mi persona, pero me negué.

Newsweek también quería que yo apareciera en la portada, y me negué de nuevo. ¡Con lo importante que era en aquellos momentos que la voz de los negros combativos llegara a todos los públicos! Me invitaron al programa *Meet the Press*, el más importante de la televisión, pero tuve que rechazarlo como los anteriores. Cada una de esas negativas era una pérdida para el hombre negro y para la Nación del Islam, y cada una de ellas estaba motivada por la actitud de Chicago. Los celos obedecían a las ofertas que había recibido para aparecer en los medios de comunicación.

Ocurrieron hechos que exigían que yo dijera la verdad descarnada. A Medgar Evers, el secretario de la NAACP de Misisipí, le dispararon por la espalda con un fusil de gran potencia. Entonces no dije nada. Luego, en una iglesia cristiana para negros de la ciudad de Birmingham (Alabama), el estallido de una bomba causó la muerte de aquellas cuatro hermosas niñas negras. Esa vez comenté el suceso, pero no dije todo lo que tenía que decir sobre el clima de odio que el hombre blanco fomentaba a lo largo y ancho del país. Debería haber dicho que cuanto más se daba rienda suelta al odio, en vez de contenerlo, más feroz se hacía y, al final, ese odio se volvía en contra del mismo hombre blanco y de sus gobernantes. Por ejemplo, con ocasión de una visita a la ciudad de Dallas, el propio Lindon Johnson, vicepresidente de Estados Unidos, y su esposa fueron objeto de soeces insultos. Mujeres blancas en huelga habían escupido a Adlai Stevenson, el embajador norteamericano ante las Naciones Unidas, y lo habían golpeado en la cabeza.

Muhammad me nombró primer ministro nacional de la Nación del Islam. En un acto realizado en Filadelfia, él me abrazó en la tribuna a la vez que manifestaba al público: «He aquí al más fiel y trabajador de todos los ministros del islam. Él me seguirá hasta la muerte». Eso ocurrió a finales de 1963. Nunca había tenido un cumplido de esas características con otros dirigentes del movimiento. Era la más grandiosa alabanza que yo podía esperar en este mundo terrenal. Sin embargo, aquella sería la última vez en que apareceríamos juntos en público.

Poco antes, yo participaba en el programa radiofónico de Jerry Williams en Boston cuando recibimos un cable que salía del teletipo de la Associated Press. El consejo de ciudadanos de Luisiana acababa de poner precio a mi

cabeza: diez mil dólares.

Pero otra amenaza de muerte estaba mucho más cerca.

Lo que digo es la pura verdad. Cuando me enteré de quién más quería mi cabeza, bueno, casi tienen que llevarme al manicomio de Bellevue.

En los doce años que ejercí de ministro musulmán, defendí con tanta vehemencia la rectitud en las cuestiones morales que muchos hermanos llegaron a acusarme de que estaba contra las mujeres. La esencia de la doctrina que yo exponía y mis propias creencias personales profundamente arraigadas se apoyan en una idea: Elijah Muhammad era en todos los aspectos de su vida el símbolo que debería guiar la reforma espiritual, moral y psicológica de las masas negras norteamericanas. A lo largo de dicho período, yo había expuesto a todos los hermanos del movimiento que mi propia transformación era el mejor ejemplo del poder que poseía Muhammad para cambiar el curso de la vida del negro. Desde que ingresé en la cárcel hasta que me casé, doce años más tarde, nunca toqué a una mujer: tal era el influjo de Muhammad sobre mí.

Pero alrededor de 1963, yo ya hablaba cada vez menos de religión (pienso que lo habrán notado quienes seguían mis discursos). Decidí poner el acento en la doctrina social, las cuestiones de actualidad y la política. Así abandoné por completo los problemas de orden moral.

Tal cambio se debió a un hecho que conmovió mi fe hasta los cimientos de forma indescriptible: me enteré de que el mismísimo Elijah Muhammad había traicionado los principios del islam.

Trataré de explicarlo de la forma más breve posible, con el único fin de que se comprenda la reacción que experimenté ante esa noticia y las posiciones que adopté posteriormente. El hecho ya es de sobra conocido por la opinión pública, motivo por el cual lo que paso a explicar no me supone ningún problema de conciencia. Voy a citar uno de los mensajes de las agencias publicado en todos los periódicos y transmitido por la radio y la televisión de todo Estados Unidos:

«Los Ángeles, tres de julio (UPI). Elijah Muhammad, de sesenta y siete años, líder del movimiento de los musulmanes negros, acaba de ser acusado por dos de sus antiguas secretarias de ser padre de cuatro hijos... Ambas mujeres, de veinte a treinta años de edad, quieren procesarlo... La señorita

Rosary y la señorita Williams afirman haber tenido relaciones íntimas con Elijah Muhammad desde 1957 hasta el presente año. La señorita Rosary afirma que es el padre de sus dos hijos y de un tercero que espera... La segunda declara que es el padre de su hija...».

Llevaba oyendo rumores desde 1955... ¿Muhammad culpable de inmoralidad? Creedme: la idea de que alguien llegara a imaginar que había algo de cierto en ese demente alegato, bueno, eso sólo ya me horrorizaba. Mi mente rechazaba de plano la posibilidad de que algo tan grotesco como el adulterio pudiera asociarse con el nombre de Muhammad.

¡Adulterio! ¡Cuando todo musulmán culpable de adulterio era deshonrado y expulsado inmediatamente de la Nación! Es cierto que habían quedado embarazadas toda una serie de secretarias de Muhammad. Ése era uno de los secretos mejor guardados de la Nación. Habían comparecido ante un tribunal musulmán que las encontró culpables de adulterio. Humilladas ante el resto del movimiento, purgaban ahora la pena: de uno a cinco años de «aislamiento». Ello significaba que no podían tener relación alguna con otros musulmanes.

Me encontraba ante una evidencia que mi inteligencia rechazaba por completo, absolutamente. Me negaba a creer. ¿Hay algo que pueda ser mejor testimonio de la profunda fe que tenía en Muhammad? No quería que Alá me «quemara el cerebro», como lo había hecho con Reginald, mi hermano, por haber albergado malos pensamientos contra Muhammad. La última vez que vi a Reginald fue en el restaurante de la Mezquita Siete. Vi que entraba por la puerta. Fui a su encuentro. Miré a mi propio hermano fijamente a los ojos y le anuncié que no era bien recibido entre los musulmanes. Dio media vuelta y se fue. No he vuelto a verlo desde entonces. Le hice eso a mi propio hermano porque unos años antes Muhammad había decidido condenarlo al «aislamiento», y yo era musulmán antes que hermano de Reginald.

Nadie en el mundo habría podido hacerme creer que Muhammad traicionaba la confianza que depositaban en él las masas de negros pobres, leales y confiados que llenaban las mezquitas y que sacrificaban hasta la última moneda para sustentar la causa de la Nación del Islam, aun cuando el sueldo no les alcanzara para pagar el alquiler.

Ya a finales de 1962 supe, a través de conductos de toda confianza, que en la Mezquita Número Dos de Chicago se habían registrado numerosos abandonos. La lamentable noticia se difundió rápidamente e incluso llegó a conocerse fuera de los círculos de la Nación. Temblé ante la mera idea de que pudiera enterarse la prensa, blanca o negra, es lo mismo, que no cesaba en el empeño de desacreditar a nuestro movimiento.

Tenía pesadillas. Pesadillas llenas de enormes titulares. Proseguí con las giras por todo el país, pero me embargaba un miedo tremendo. No había periodista que no se me acercase y me preguntara: «¿Son ciertas las noticias de que...?». ¡Qué iba a decirle yo!

Tuve que reconocer la verdad del lamentable hecho, pero no ocurrió de golpe, sino paulatinamente. De esa forma trabaja la mente humana. Tenía que vencer mi propia resistencia a admitir que no se trataba de un infundio.

Conocidos de Nueva York y de Chicago, ajenos a la Nación del Islam, me comunicaban de forma indirecta los rumores, o me preguntaban si yo sabía algo acerca del particular. Yo fingía ignorar todo el asunto y ellos tenían la delicadeza de callarse lo que habían oído. Sabía la imagen que tenían de mí: yo era un tonto rematado que iba por ahí predicando sin saber lo que ocurría en mis propias narices, en el seno de mi propio movimiento, lo cual comprometía al mismo hombre a quien yo alababa en público. El papel de idiota despertó en mí sentimientos dormidos desde los tiempos de Harlem. Para el delincuente no hay nada peor que hacer el primo.

Con un ejemplo se comprenderá mejor la situación en que me hallaba. En cierta ocasión, estaba en los camerinos del Teatro Apollo, de Harlem, con el cómico Dick Gregory. De repente, él me mira y me dice: «Hombre, este Muhammad no es más que un...». No sé la palabra que empleó, pero ¡zas!, a mí me sonó como un bombazo. De haberme guiado por los instintos, me habría lanzado sobre él, pero no pude hacerlo: me sentía débil y vacío. Me imagino que Dick percibió que tenía los nervios desquiciados y entonces cambió de tema. Yo conocía bien a Dick. Era de Chicago. No tenía pelos en la lengua y era un buen conocedor del mundo de la calle. Sentí deseos de rogarle que no comentara lo que me había dicho, pero me vi incapaz de hacerlo. Eso habría equivalido a reconocer que él tenía razón.

Fueron meses de tormentos indescriptibles. Antes, en situaciones

extremas, habría tomado el primer vuelo para ir a ver a Muhammad. Él me había rescatado del mundo de los muertos, y eso no era una metáfora. Todo lo que yo tenía de meritorio, se lo debía a él. Pensaba que no podía abandonarlo, hubiese el problema que hubiese.

No tenía a nadie en quien confiar, salvo el propio Muhammad. Ése era el último recurso. Antes de emplearlo, decidí acudir a Wallace Muhammad, el penúltimo de los hijos menores, que vivía en Chicago. Wallace Muhammad era el que poseía mayor fortaleza de espíritu y el más ecuánime en sus juicios. Siempre habíamos estado excepcionalmente unidos y nos dispensábamos confianza mutua.

En cuanto me vio llegar, Wallace supo cuál era el motivo de la visita. «Ya estoy enterado», me confesó. Le respondí que tendríamos que ayudar rápidamente a su padre. Wallace declaró que seguramente su padre no lo deseaba. Pensé para mis adentros que debía de estar loco.

Después violé la regla que dice que ningún musulmán debe tener contacto alguno con otro musulmán «aislado». Fui a visitar a tres antiguas secretarias de Muhammad. Me enteré por ellas mismas de quién había sido el padre de sus hijos. Me contaron asimismo que Elijah Muhammad decía que yo era su mejor ministro pero que un día lo abandonaría y me volvería contra él; que yo era peligroso. Me enteré de que me criticaba duramente mientras a mí me decía lo mucho que me apreciaba.

Eso me hirió en lo más profundo de mi ser.

No obstante, tenía que proseguir la actividad diaria: los encuentros con la prensa y los demás compromisos, entre ellos, la atención a los fieles de la mezquita que yo dirigía, la Número Siete. Estaba a punto de volverme loco.

Por último, la situación cristalizó. Pensaba que mi inactividad respecto al problema era una forma de deslealtad con Muhammad. Yo permanecía sentado, sin ayudarlo, y era urgente que alguien levantara la voz en defensa suya.

Una noche le escribí una carta donde le explicaba los comentarios venenosos que se difundían acerca de su persona. Me telefoneó a Nueva York y me dijo que hablaríamos del asunto cuando nos viésemos.

Estaba desesperado. La Nación del Islam estaba abocada al desastre y yo quería hallar una tabla de salvación que lo impidiera. Mi fe en el

movimiento estaba fuera de toda duda. Nosotros no teníamos nada que ver con esas iglesias cristianas donde los negros van a saltar y a gritar y siguen, no obstante, con su vida pecaminosa.

Los fieles de la Nación quedarían inermes cuando estallase el escándalo. Se me ocurrió entonces una idea, un argumento que esgrimir cuando ello ocurriera. Pensé que los logros de la vida de un hombre pesan más en la balanza que las debilidades personales, propias de todo ser humano. Se lo comenté a Wallace y, con su ayuda, efectué un repaso del Corán y de la Biblia. Quería reunir elementos que sirviesen de apoyo a este argumento. Encontré cosas interesantes. Por ejemplo, el adulterio de David con Betsabé tenía menos entidad a escala histórica que el hecho de haber dado muerte a Goliat. Lot, por ejemplo, cometió incesto, pero además salvó a su pueblo de la destrucción de Sodoma y Gomorra. De Noé no se recuerdan sus borracheras, sino que construyó el arca y salvó a los suyos del diluvio. Y en cuanto a Moisés, lo que quedó inscrito en la historia fue que liberó a los hebreos de la esclavitud, no el adulterio cometido con las mujeres etíopes. De todos los ejemplos se deducía que los aspectos favorables de la conducta del individuo pesaban más que los desfavorables.

Esa idea presidió mis alocuciones en la Mezquita Número Siete: los logros del individuo prevalecen sobre sus debilidades humanas. Explicaba a los fieles que las buenas obras son más importantes que las malas, aunque en ningún momento hice mención de cuestiones sobre las que yo insistía anteriormente, como el adulterio y la fornicación, ni tampoco me refería a los actos inmorales.

Por obra de algún milagro, la cuestión del adulterio de Elijah Muhammad, que era la comidilla de Chicago, apenas trascendió en Boston, Detroit y Nueva York. Al parecer, la noticia se ignoraba en las demás mezquitas del país. Pero me enteré de que la Mezquita Número Dos de Chicago registraba considerables abandonos de fieles. Muchos negros que miraban con simpatía la Nación del Islam se manifestaban ahora abiertamente en contra de ella. En febrero de 1963, me tocó dirigir el oficio de la ceremonia de graduación de la Universidad del Islam. Cuando presenté a varios parientes de Muhammad a la concurrencia, ésta manifestó una frialdad cortante.

En abril de ese mismo año, Muhammad me hizo ir a Phoenix. Nos

abrazamos, como siempre, y me llevó de inmediato al borde de la piscina, donde comenzamos la conversación.

Él era el Mensajero de Alá. Me había salvado cuando estaba en la cárcel, donde resultaba tan odioso que los demás presidiarios me llamaran Satanás. Ese hombre me había formado, me había tratado como a un hijo, como a la carne de su carne. Me había dado las alas que me habían permitido hacer toda clase de cosas que siempre había creído imposibles. Dimos un paseo. Yo me encontraba arrebatado por la emoción.

«Bien, hijo mío —dijo Muhammad—, ¿qué te ocurre?».

Le informé de los rumores que corrían claramente, sin rodeos. Sin esperar respuesta, añadí que con la ayuda de su hijo Wallace había encontrado algunos pasajes de la Biblia y del Corán que, si era necesario, podríamos enseñar a los musulmanes como el cumplimiento de profecías.

«No me extraña viniendo de ti, hijo mío —respondió Elijah Muhammad —. Siempre has sabido comprender las profecías y los asuntos espirituales. Las reconoces por lo que son: profecías que se cumplen. Tienes esa capacidad de comprensión que sólo poseen los sabios. Yo soy David. Cuando leas que David tomó la mujer de otro hombre, piensa que yo soy ese David. Leerás que Noé se emborrachó. Yo soy ese Noé. Leerás que Lot fornicó con sus propias hijas. Yo debo cumplir todo eso».

Recordé el modo en que trabaja la vacuna: la manera de impedir el contagio de la epidemia consiste en inocular a las personas el mismo virus de la enfermedad.

Decidí entonces que debía preparar a seis dirigentes de mezquitas de la Costa Este, a quienes escogí personalmente. Les relaté lo que ocurría y por qué lo había hecho. Ellos debían hablar a los fieles acerca del «cumplimiento de la profecía», y eso no debía constituir sorpresa alguna. Me enteré entonces de que algunos de ellos ya estaban al corriente del asunto. El ministro Louis X de Boston lo había oído siete meses atrás. Durante todo ese tiempo había convivido con el dilema.

Nunca habría soñado siquiera que los jefes de Chicago afirmarían que yo me dedicaba a avivar el incendio en vez de sofocarlo. Nunca habría soñado que yo sería el que desatara la epidemia. ¡Yo, que hacía todos los esfuerzos para encontrar la vacuna contra el mal!

Los de Chicago habían preparado el terreno de forma que los fieles de la Nación se olvidasen de la epidemia y dirigiesen la atención hacia mí. La manera de cerrar filas y de restaurar la fe quebrantada de los fieles era encauzar hacía mí el odio que sentían.

«Malcolm, estás agotado. Necesitas descansar un poco», me decían a veces conocidos negros que no pertenecían a la Nación, e incluso los periodistas blancos que me seguían regularmente.

No podían adivinar ni una centésima parte de lo que sentía. Por primera vez, desde que me había hecho musulmán, la simpatía de los hombres blancos me conmovió. Algunos eran sinceros, lo sabía. Uno de ellos —a quien no nombraré porque podría perder el empleo— me había dicho: «Malcolm X, los blancos necesitan escucharte más que los negros». Recuerdo muy bien esas palabras, porque sirvieron de prefacio a la primera conversación prolongada que mantuve con un blanco acerca de algo que no fuera la Nación del Islam y la lucha de los negros.

No recuerdo bien cómo ocurrió, pero él mencionó de pasada los Manuscritos del Mar Muerto, y yo le comenté lo siguiente: «Sí, gracias a esos manuscritos el Cristo blanco como la nieve que conocemos descenderá de los altares y recuperará el verdadero lugar que le corresponde en la historia: el de un Cristo de color». Aquel periodista quedó sorprendido. Añadí entonces que esos manuscritos servirían para reafirmar la pertenencia de Jesús a los esenios, una hermandad de adivinos egipcios, hecho conocido desde los tiempos de Filo, el famoso historiador egipcio contemporáneo de Jesús. Nos embarcamos entonces en dos horas de charla en terrenos como la arqueología, la historia y la religión. ¡Qué rato tan agradable! Ese breve respiro me permitió olvidar las preocupaciones que me atormentaban. Recuerdo que, al final, convinimos en que a los niños del año 2000 se les enseñaría el verdadero color de la piel de los grandes hombres de la antigüedad.

Ya dije que esperaba de un momento a otro que el escándalo se viera reflejado en los titulares de la prensa. Sin embargo, otro asunto fue a ocupar esos titulares.

No es necesario recordar a nadie quién murió asesinado el 22 de noviembre de 1963 en la ciudad de Dallas. Horas después del asesinato

(esto es la pura verdad), todos los ministros musulmanes recibieron de Muhammad la directriz (en realidad, eran dos) de no hacer ningún comentario. En caso de que los periodistas insistieran, había que decir: «Sin comentarios».

Tres días después, Muhammad debía hablar en el Manhattan Center de la ciudad de Nueva York, pero suspendió el acto. Durante esos días sólo se hablaba del asesinato del presidente. Como no era posible recuperar el dinero pagado por el alquiler del local, Muhammad me solicitó que yo hablara en su lugar. Así lo hice.

¡Cuántas veces he releído esas notas, preparadas ocho días antes del asesinato! Llevaban por título «El juicio de Dios al blanco de Estados Unidos». El discurso giraba en torno al dicho: «Quien siembra vientos, recoge tempestades», sobre el cual había disertado en otras ocasiones. Es decir, hablaba de que el hipócrita hombre blanco recogía lo que él mismo había sembrado.

Concluida la intervención, comenzó el turno de preguntas de la prensa, y como era inevitable la primera de ellas fue: «¿Qué piensa usted acerca del asesinato del presidente Kennedy?».

Sin pensarlo dos veces, manifesté lo que sentía. «Pollos que vuelven al corral»,[32] respondí. Expliqué, a continuación, que, a mi modo de ver, el odio del hombre blanco no se había detenido en el asesinato de negros inermes y que ese odio ya campaba a sus anchas, y había alcanzado al mismo jefe del Estado. Era lo mismo que había ocurrido con Medgar Evers, con Patricio Lumumba y con el esposo de la señora Nhu.

Los titulares y las emisoras radiofónicas la difundieron rápidamente. «“Pollos que vuelven al corral”, afirma Malcolm X, jefe de los musulmanes negros».

Me resulta fastidioso hablar de esta cuestión ahora, pero en aquel momento, en todo Estados Unidos y en el resto del mundo, figuras de talla internacional decían lo mismo que yo había dicho, de diversas formas y con mucha más rotundidad. Todos estaban de acuerdo en que el clima de odio que reinaba en el país era el culpable del asesinato del presidente. Pero si esas mismas palabras las pronunciaba Malcolm X, resultaba ominoso.

Al día siguiente, tenía que ir, como cada mes, a visitar a Muhammad.

Durante el vuelo esperaba que ocurriera algo. Siempre he tenido una intuición muy aguda.

Muhammad y yo nos saludamos con un abrazo. Sentía que faltaba algo de su amabilidad habitual. De repente, me puse tenso porque para mí eso era muy importante. Durante años, había sido tal la compenetración con Muhammad que yo me daba cuenta de lo que él sentía por mi propio estado de ánimo. Siempre me había enorgullecido de eso. Si él estaba nervioso, yo también me encontraba nervioso. Si yo me sentía relajado, él también. En aquel momento, percibí claramente la tensión...

Primeramente, hablamos de otras cosas, sentados en la sala de estar. Entonces, Muhammad me preguntó:

—¿Has visto los periódicos de la mañana?

—Sí, señor.

—Fue una declaración muy desafortunada —me dijo—. El país entero amaba a ese hombre y ahora está de luto. No era el momento para decir eso. Puede hacer mucho daño al movimiento musulmán.

Tras un instante de silencio, prosiguió hablando. Oía sus palabras como si vinieran de muy lejos.

—Estoy obligado a condenarte al silencio durante noventa días, para disociar a los musulmanes de la torpeza que acabas de cometer.

Me quedé helado. Pero yo era el discípulo de Elijah Muhammad. En numerosas ocasiones había recordado a mis ayudantes que quien detenta una posición jerárquica debe aplicar primero la disciplina a sí mismo.

—Estoy de acuerdo, señor —le dije—, y me someto a su decisión enteramente.

Durante el vuelo de vuelta a Nueva York me preparé psicológicamente para anunciar a los asistentes de la Mezquita Siete que había sido suspendido... o «silenciado». Pero para mi asombro mis asistentes ya estaban al corriente cuando llegué a Nueva York. Pero me asombré aún más al saber que se había enviado un cable a todos los periódicos, las emisoras de radio y los canales de televisión de la ciudad. Los jerarcas de Chicago nunca habían extendido una noticia tan deprisa y tan a conciencia.

Todos los teléfonos donde yo podía estar localizable sonaban a la vez. La prensa de Londres y París, la AP, la UPI, las televisiones, las radios, los

periódicos no cesaban de llamar. A todos les repetía: «He desobedecido a Muhammad. Me someto por completo a su sabiduría. Volveré a hablar dentro de noventa días».

«Malcolm X condenado al silencio», rezaban los titulares de la prensa.

Lo que más me preocupaba en aquel momento era que, si estallaba el escándalo durante el período de silencio, yo estaría amordazado. No había otro jerarca que pudiera enfrentarse a la prensa, si ésta decidía aprovechar el revuelo para desacreditar a la Nación del Islam.

Al día siguiente, me enteré de que se me había prohibido hablar no sólo a la prensa, sino también a los fieles de mi propia Mezquita Número Siete. Y aún circuló otra información por toda la Nación del Islam: Malcolm X será reintegrado dentro de noventa días «si se somete».

Esto despertó por primera vez mis sospechas. Yo me había sometido por entero, pero los dirigentes de la Nación deliberadamente querían dar la impresión de que yo me había rebelado. No en vano había pasado años en la calle. Sabía reconocer una trampa cuando me la tendían.

Tres días más tarde me enteré de que uno de mis ayudantes más íntimos había dicho a los hermanos de la Mezquita Número Siete: «Si supieseis lo que ha hecho Malcolm X, lo mataríais con vuestras propias manos».

Entonces lo comprendí. Como cualquier jerarca de la Nación hubiera comprendido de inmediato, la amenaza sólo podía provenir de un hombre.

Tenía la impresión de que me sangraba la cabeza, de que tenía el cerebro dañado. Incluso fui a consultar a la doctora Leona A. Turner, mi médica de cabecera durante años, que ejerce en el barrio de East Elmhurst (Long Island), para que me hiciera un reconocimiento. Me examinó y me dijo que me hallaba sometido a fuertes tensiones. Tenía que descansar.

En la actualidad, Cassius Clay y yo ya no nos tratamos. Pero le guardo eterna gratitud porque en aquel preciso momento me invitó a mí, a Betty y a los niños a ir a su casa para festejar nuestro sexto aniversario de bodas. A la sazón, él se encontraba en la ciudad de Miami y se preparaba para el combate contra Sonny Liston.

Lo había conocido en Detroit en el año 1962. Entró con su hermano Rudolph en el Student’s Luncheonette, que quedaba puerta con puerta con la mezquita de la ciudad. Ese día, había convocado un gran acto en el cual

hablaría Elijah Muhammad. Todos los hermanos presentes quedaron impresionados por el porte y la notable autenticidad de los dos hermanos boxeadores. Tanto uno como el otro eran muy apuestos y llamaban la atención. Cassius se acercó a donde yo estaba y me estrechó la mano. «Soy Cassius Clay», me dijo. Con ese nombre se daría a conocer luego en todo el mundo. Por su conducta, deduje que yo debía saber quién era él y obré en consecuencia. Sin embargo, hasta esa ocasión no había oído hablar de él. Vivíamos en dos mundos absolutamente distintos, hasta tal punto que Muhammad rechazaba el deporte de plano.

Durante el discurso de Muhammad, los dos hermanos Clay aplaudieron a rabiar. Todos quedamos impresionados con la sinceridad que demostraban. Los actos de la Nación eran el mejor lugar del mundo donde conquistar hinchas del boxeo.

Después de aquello, de vez en cuando me llegaban noticias de que Cassius se presentaba en mezquitas y restaurantes de diversas ciudades. Si yo hablaba en algún acto al cual él pudiera acercarse, no dudaba en hacerlo. Cassius me caía muy bien. Había en él cierta cualidad contagiosa que me impulsó a invitarlo a casa, algo que hacía con contadas personas. A Betty también le cayó bien. Nuestros hijos estaban entusiasmados con él. Era un joven amable, de mente práctica y espíritu sano. Me di cuenta de que estaba pendiente de los más nimios detalles. Sospeché que todas las payasadas que hacía en público estaban estudiadas. Le dije que pensaba (y él me lo confirmó) que su estrategia consistía en engañar y azuzar a Sonny Liston para que éste subiera al cuadrilátero enfurecido, mal preparado y demasiado confiado en que liquidaría al oponente por KO en la primera vuelta, como había sucedido en tantas ocasiones. Cassius Clay agradecía los consejos, y si no se los daban, los pedía directamente. En primer término, lo convencí de que el triunfo de una figura pública depende en gran medida de que conozca la naturaleza y las motivaciones verdaderas de las personas que lo rodean y que sepa reaccionar debidamente. Lo previne acerca de las «zorras» (así llamaba él a las audaces y astutas féminas que lo rondaban). Le dije que lo de «zorras» era poco: se trataba de verdaderas lobas.

Aquel viaje a Miami fueron las primeras vacaciones de Betty desde que nos casamos. Nuestras hijas juguetearon y se divirtieron con el boxeador.

Ignoro lo que podría haber ocurrido si hubiese permanecido en Nueva York durante aquellas semanas decisivas, asediado por los teléfonos que no cesaban de sonar, la prensa y por todos los demás que estaban ansiosos de recrearse con mi situación, hacer especulaciones y expresarme su «conmiseración».

Me sentía emocionalmente trastornado. Era como si después de doce años de matrimonio, de llevar una hermosa e inseparable vida de pareja, una buena mañana mi cónyuge me hubiera pedido el divorcio durante el desayuno sin previo aviso.

Pensé que había ocurrido algo en la propia naturaleza, en el Sol o en las estrellas. Aquel fenómeno me resultaba increíble, algo prodigioso que yo no me sentía capaz de concebir. No quiero compadecerme de mí mismo. En el gimnasio donde practicaba Cassius Clay, en el motel Hampton House, donde se hospedaba mi familia, hablaba con mi propia esposa, con otra gente, pero todo lo que decía me resultaba carente de sentido. Sólo trabajaba un pequeño rincón de mi mente. El resto estaba lleno de miles de escenas de los anteriores doce años que desfilaban en sucesión: las mezquitas de la Nación, Muhammad, la familia de Muhammad, los hermanos musulmanes, en charlas personales, en los actos, en las citas sociales. Escenas de los encuentros que había tenido con el hombre blanco, en las conferencias, con la prensa.

Por un lado, llevaba una vida normal: era capaz de hablar y de andar. Hablé con los diversos periodistas deportivos que había en el gimnasio de Cassius Clay y a todos ellos les repetía que al cabo de los noventa días me reintegraría a mi cargo, aunque en mi fuero interno había llegado a comprender paulatinamente que eso era mentira. Pero psicológicamente aún no podía afrontar la verdad: entre la Nación y yo había un divorcio de hecho. No sé si se me entiende. Pongamos el ejemplo de un matrimonio muy unido que decide divorciarse. La sentencia del juez tarda muy poco en emitirse, pero el divorcio real, el «psicológico» puede tardar años en llegar.

En lo que a la separación real se refiere, no podía dejar de pensar en la conjura urdida en Chicago y en la evidente estrategia que habían trazado para que desapareciera de la Nación del Islam..., y quizá también de este mundo. Percibía claramente la conformación de la conjura.

Las declaraciones que efectué con motivo del asesinato de Kennedy eran sólo la excusa para poner el plan en marcha. Todos los hermanos deberían saberlo. El primer paso ya había sido dado: yo me había rebelado contra la Nación del Islam. Ésa era la impresión que había en el seno del movimiento. Ya preveía cuál sería el segundo paso: la suspensión adquiriría carácter indefinido, y luego vendría el aislamiento. El tercer paso consistiría en que algún hermano ignorante, imbuido del «deber religioso», se propusiese asesinarme. Podría ser que trataran de aislarme para hacerme desaparecer paulatinamente de la escena pública.

Sólo una persona sabía toda la verdad: mi mujer. No hablábamos del asunto. Betty no me decía nada; no era preciso con una mujer de su talla y con la capacidad de comprensión que la caracterizaba. Su consuelo mudo me envolvía. Sabía que ella también era una fiel servidora de Alá y que, ocurriese lo que ocurriera, estaría a mi lado. Nunca hubiese creído que pudiera llegar a depender de una mujer como dependía entonces de Betty.

No temía a la muerte. Cada instante de los doce años que pasé junto a Elijah Muhammad estuve dispuesto a dar la vida por él. La traición era mucho peor. Podía concebir la muerte, pero la traición era algo inconcebible para mí. ¿Traicionar mi lealtad a Muhammad y a la Nación del Islam? Si durante los doce años que había pasado sirviéndolo Muhammad hubiera cometido un crimen merecedor de la pena de muerte, yo habría afirmado, y habría intentado probarlo, que el culpable era yo. Para salvarlo, habría ido, como servidor de Muhammad, a sentarme en la silla eléctrica.

Durante aquellos días que pasé como invitado de Cassius Clay en Miami procuré con todas mis fuerzas alejar de la mente mis propios problemas y ocuparme de los que afectaban a la Nación del Islam. Pugnaba por convencerme a mí mismo de que los hechos atribuidos a Muhammad no eran otra cosa que el cumplimiento de la profecía. Yo había creído que si Elijah Muhammad no era Dios, al menos, estaba muy cerca de serlo.

Pero algo comenzó a quebrantar mi fe. Por más que lo intentaba, no podía eludir el hecho de que Muhammad, en vez de explicar a sus seguidores lo que él había hecho (ya se tratase de una cuestión de debilidad humana o del cumplimiento de la profecía), había decidido ocultarlo, echar tierra encima. Y eso que todos los fieles habrían comprendido el problema o, al menos, lo

habrían aceptado.

Ése fue el golpe definitivo.

De esa manera se abrió paso la idea de que yo había creído en la persona de Muhammad mucho más que él mismo. Tras doce años durante los cuales no dediqué siquiera un instante a mí mismo, finalmente reuní el coraje y la fuerza suficientes para enfrentarme a los hechos, para pensar con mi propia cabeza.

Dejé Florida por poco tiempo para llevar a Betty y a las niñas a nuestro hogar de Long Island. Me enteré de que las altas jerarquías de Chicago estaban muy molestas por las declaraciones a la prensa que había hecho en el gimnasio de Cassius Clay. Ellos pensaban que Cassius no tenía la más mínima posibilidad de ganar y que sería comprometedor para la Nación que, por mediación mía, la imagen del movimiento quedara asociada con Cassius Clay. Ignoro si el campeón todavía se acuerda de que prácticamente toda la prensa norteamericana estaba presente en el gimnasio donde se preparaba Cassius, salvo *Muhammad Speaks*. Aunque Cassius pertenecía a la Nación, el órgano de prensa de esta organización entendió que aquel combate no era digno de ser mencionado.

Al regresar a Miami, pensaba que el designio de Alá era que yo debía ayudar a que Cassius triunfase. Su victoria demostraría la superioridad del islam ante todo el mundo y probaría asimismo el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta. No es preciso que recuerde que en aquellos momentos la idea de que Cassius pudiera ganar a Liston era motivo de mofa.

Había llevado conmigo fotografías de Floyd Patterson y de Sonny Liston en sus respectivos gimnasios, acompañados de curas blancos, sus consejeros espirituales. Cassius Clay era musulmán y no había que recordarle lo que significaba la Iglesia Cristiana de los blancos para el hombre negro norteamericano. «Esta pelea es la verdad —le dije a Cassius —. Es la primera vez que la cruz y la media luna se encuentran frente a frente en un cuadrilátero. Es como una cruzada moderna: el cristiano contra el musulmán ante las cámaras de la televisión que, vía Telstar, lo llevarán a los ojos de todo el mundo. —Y añadí—: ¿Piensas que Alá planeó todo esto y que tú puedes bajar del cuadrilátero sin ser el campeón?». (Como se recordará, durante el pesaje Cassius había manifestado a gritos: «¡Yo

ganaré! ¡No puedo ser derrotado! ¡Está escrito en la profecía!».).

Los entrenadores y los consejeros de Sonny Liston le habían preparado para enfrentarse con Cassius. Liston había conseguido alquilar una grandiosa mansión en un barrio blanco para ricos. Para dar una idea, el propietario de la residencia vecina era Dan Topping, el dueño de los Yankees, el club de béisbol de Nueva York. Cassius y yo solíamos ir a pasear por los barrios negros por la tarde. La gente se quedaba boquiabierta al vernos pasar, pues los campeones negros siempre se paseaban por los barrios blancos. Cassius no cesaba de sorprender a la gente. «Vosotros sois de los míos. Los negros son quienes me dan la fuerza que yo tengo», les repetía incesantemente.

Sonny Liston estaba a punto de conocer uno de los horrores más impresionantes que alguien puede experimentar: iba a enfrentarse con un fiel de Alá, con una persona que desconoce el miedo.

El Convention Hall de Miami era un recinto enorme y tenía aforo para ocho mil personas. El número de mi entrada era el siete. El siete siempre me ha dado buena suerte y me ha acompañado a lo largo de la vida. ¡Ése era el mensaje mediante el cual Alá me confirmaba la victoria de Cassius Clay! Al igual que él, en realidad yo estaba más preocupado por la suerte que correría Rudolph, el hermano de Cassius, que iba a sostener su primer combate profesional en los encuentros preliminares.

Mientras Rudolph ganaba el combate a cuatro asaltos con un negro de Florida que se llamaba Chip Johnson, Cassius permaneció en la parte alejada de las gradas y contempló el combate en calma. Vestía un esmoquin de color negro. Después de tantos meses de payasadas, después de la comedia que representó en el acto del pesaje, la tranquilidad que irradiaba Cassius debería haber servido de pista a los periodistas que auguraban la carnicería que según ellos Clay iba a sufrir.

Entonces Cassius desapareció en dirección a los vestuarios. Tal como habíamos convenido, me uní a él en una silenciosa plegaria para solicitar la bendición de Alá. Finalmente, aparecieron él y Liston en sus respectivos rincones del cuadrilátero. Crucé los brazos y adopté un aire de serenidad absoluta. No quería aparecer en televisión gritando como un poseso durante el combate.

El encuentro transcurrió de acuerdo con el plan que él se había trazado, salvo unos momentos de obnubilación, quién sabe por qué razones, durante los asaltos cuarto y quinto. Logró esquivar los potentes puñetazos de Liston. En el tercer asalto comenzó a notarse automáticamente el cansancio del envejecido Liston, quien, por exceso de confianza, se había preparado para liquidar el encuentro en sólo dos asaltos. Entonces, la desesperación se apoderó de él y perdió el combate. Por espacio de meses antes de aquella noche, Cassius se había preparado para ser más listo que su contrincante. En eso residía el secreto de una de las sorpresas más grandes de la historia del pugilismo.

Creo que nunca se conoció una fiesta de celebración del trofeo más apacible que aquella. El nuevo rey del cuadrilátero, aquel hombre de rostro infantil, vino al motel donde yo me hospedaba. Comió helado, bebió leche, charló con Jimmy Brown, el as del Rugby, con otros amigos y con periodistas que había presentes. Estaba somnoliento y se echó un sueñecito en mi cama. Luego, se marchó a su casa.

Desayunamos juntos a la mañana siguiente, antes de la rueda de prensa en la que Cassius efectuó, con toda tranquilidad, el anuncio que saltó a los titulares de la prensa de todo el mundo: «Cassius Clay se declara “musulmán negro”».

Quiero decir algunas palabras acerca de eso. Cassius en ningún momento afirmó que pertenecía a los musulmanes negros. La prensa hizo lo que quiso con sus declaraciones, que fueron las siguientes: «Creo en la religión del islam. Creo que no hay otro Dios que no sea Alá, y creo que Muhammad es el apóstol de Alá. El islam es la religión en la que creen setecientos millones de gentes de color de África y de Asia».

Aquellas declaraciones causaron un tremendo revuelo y suscitaron algunos comentarios bastante estúpidos. Por ejemplo, los de Floyd Patterson. Éste anunció que, por su condición de católico, quería enfrentarse con Cassius Clay, para rescatar la corona de los pesos pesados de las manos de un musulmán. ¡Y eso que Patterson era negro! Pero era un negro con el cerebro lavado, que estaba dispuesto a pelear por el blanco, por ese blanco que lo rechazaba. No habían transcurrido tres semanas de ese anuncio cuando la prensa informó de que Patterson había puesto en venta su

residencia del barrio de Yonkers (Nueva York), que le había costado ciento cuarenta mil dólares, al precio de veinte mil. En efecto, aquel negro se había «integrado» en un barrio blanco donde le habían hecho la vida imposible. Nadie lo había tratado con simpatía. A sus hijos los llamaban *niggers* en la calle. Un vecino había adiestrado al perro para que estropease la propiedad de Patterson. Otro mandó levantar una valla para ocultar de la vista la residencia del boxeador. Patterson confesó a la prensa: «Hice lo posible, pero no resultó».

Un jerarca de la Mezquita Número Siete, antiguo ayudante mío, un hombre con el que yo tenía gran intimidad, transmitió la primera orden directa de asesinato a otro de mis antiguos ayudantes, también muy íntimo. Era especialista en demoliciones y le pidieron que hiciera estallar mi coche en el momento en que yo metiera la llave de contacto. Pero resultó que ese hermano conocía demasiado bien mi lealtad a la Nación para ejecutar tales órdenes. Vino a verme. Le agradecí que me salvara la vida y le expliqué lo que pasaba en Chicago. Quedó muy trastornado por la noticia y me dijo que se encargaría de prevenir a todos los hermanos de la mezquita que pudieran ser destinados para ejecutarme.

Con esa primera orden de asesinato empezó mi divorcio psicológico con la Nación del Islam. Por dondequiera que fuera, por la calle, en los ascensores, en los coches que se cruzaban en mi camino, en las aceras, veía musulmanes que me conocían y que podían buscar perfectamente la ocasión de meterme una bala en el cuerpo.

Me exprimía el cerebro. ¿Qué hacer? Mi vida estaba íntimamente ligada a la lucha del negro norteamericano. Se me consideraba un líder. Durante muchos años había desenmascarado a los pretendidos «dirigentes negros». Y ahora tenía que preguntarme, con toda sinceridad, qué podía ofrecerle al pueblo negro y si era realmente la persona indicada para ayudarle en su lucha por los derechos humanos. Gracias a mi dilatada experiencia, sabía que el buen organizador analiza los hechos con frialdad, de forma casi matemática.

Tenía un valor: mi reputación internacional, que todo el dinero del mundo no podría comprar. Sabía perfectamente que si mis opiniones eran dignas de mención, había gente dispuesta a escucharlas, dentro del país y en el

extranjero. En Nueva York, por ejemplo, que era mi base de operaciones, tenía extensa autoridad personal entre los negros ajenos a la Nación desde el día en que dirigí la manifestación en favor del hermano Hinton. Cientos de negros de Harlem habían visto con sus propios ojos y miles más se enteraron después de que el hombre negro podía conseguir lo que se proponía si se enfrentaba al blanco sin miedo. Eso lo habíamos demostrado nosotros. Desde entonces la policía respetaba a los musulmanes, y todo Harlem lo había notado. El subinspector jefe de la comisaría vigesimoctava había dicho de mí: «Ningún hombre debería tener tanto poder».

En los años siguientes, me di cuenta de que un elevado porcentaje de los negros de Nueva York seguían mis palabras, incluso muchos que no se atrevían a manifestarlo públicamente. En los actos públicos atraía a diez o doce veces más gente que la mayoría de los llamados «líderes negros». Yo sabía que en toda sociedad el verdadero dirigente es el que sabe ganarse la autoridad que detenta. Los adeptos fieles se consagran ellos mismos, por su propia voluntad y sentimientos. La inmensa mayoría de aquellos afamados líderes desconocían por completo el gueto negro. ¡Cómo iban a conocerlo si dedicaban todo el tiempo a «integrarse» con los blancos! Pero el gueto sabía que yo no lo había olvidado nunca en espíritu, y que si me había marchado físicamente de allí, había sido por obligación. Yo poseía el instinto del gueto. Por ejemplo, sabía apreciar si la tensión del público que acudía a nuestros actos era superior a la normal. Hablaba y entendía el lenguaje del gueto. Eso siempre me trae a la memoria una anécdota referida a los «grandes líderes» negros que dicen que hablan en nombre del gueto.

Al concluir un acto en el barrio, yo hablaba con uno de esos líderes que vivían en el centro de la ciudad y, en ese momento, se acercó un camello, a quien no recordaba de antes. Ese hombre me dijo más o menos lo siguiente: «¡Hola, tío! A mí me mola lo que haces en el barrio. Voy a tocarle un poco los huevos a los judíos, sólo por joder. Ahí están los colegas vendiendo caballo para ver si ganan algo de pasta. Bueno, hombre, me piro. Voy a ver si papeo algo y luego me voy a la piltra». Y el camello se fue por la Séptima Avenida arriba.

Para mí fue algo normal, pero aquel «líder» se quedó de piedra, como si le hubieran hablado en sánscrito. Me preguntó qué había dicho aquel hombre

y yo se lo expliqué. Traducido a lenguaje normal era esto: «Me enteré de que los musulmanes realizarán una venta benéfica en el Rockland Palace (una sala de baile para negros). Tengo pensado empeñar un traje por diez dólares para asistir. Tengo poco dinero, pero hago lo imposible por conseguir más. Ahora me voy a comer y luego, a dormir».

Lo que trato de expresar es que yo era capaz de hablar por los micrófonos de la ABC, la CBS o la NBC, en Harvard o en Tuskegee, con los negros «de clase media» o con la gente del gueto (yo podía hablar directamente con ellos, pero los demás líderes hablaban «acerca» de ellos). Yo había hecho vida de delincuente y sabía (mejor que los blancos y que todos esos «líderes negros») que el negro más peligroso es el delincuente del gueto. ¿Por qué afirmo esto? El delincuente perdido en la jungla del gueto siente menos respeto por las estructuras de poder del blanco que ningún otro negro en Norteamérica. No tiene escrúpulos. No tiene religión, ni moral, ni sentido cívico, ni miedo; no tiene nada. La ley de la supervivencia le obliga a lanzarse como un buitre sobre los semejantes, a aprovechar todo asomo de debilidad humana. El hombre del gueto, eternamente frustrado, es un ser febril, impaciente por pasar a la «acción». Haga lo que haga, se entrega hasta el final.

Sin embargo, lo que hace más peligroso al delincuente del gueto es la gran influencia que ejerce sobre ese adolescente que, por lo general, ha sido expulsado del colegio y ha visto a sus padres vagando de un sitio a otro durante toda su vida hasta caer derrotados en el mundo intolerante y lleno de prejuicios del blanco. Los adolescentes del gueto están resueltos a imitar a los delincuentes, los «listos» que van vestidos a la moda, manejan montones de dinero y no guardan respeto por nada ni por nadie. Así la juventud del gueto cae en el mundo de la droga, el robo, la prostitución y la inmoralidad.

Basta con una chispa y esos jóvenes son capaces de todas las violencias. Me di cuenta de ello —y realmente tuve miedo— una bochornosa tarde de verano en que asistí a un acto en la calle donde había muchos de esos jóvenes entre la concurrencia. Estaba invitado por los dirigentes «serios», esos que normalmente no me dirigían la palabra. Se habían valido de mi nombre, conscientes de que atraería a una multitud. Cuanto más pensaba en

ello, más me indignaba. Cuando subí al estrado, expliqué a aquella multitud reunida en la calle que yo no quería estar allí y que habían utilizado mi nombre. Acto seguido, abandoné el estrado.

Me pregunto a veces por qué hice aquello. La ira se apoderó de los adolescentes negros. Corrían en todas direcciones, protestando y metiéndose con los adultos negros. En un abrir y cerrar de ojos, la circulación quedó bloqueada en cuatro direcciones a la vez por una multitud que daba rienda suelta a su ira. Me asusté de verdad. Desde el capó de un coche empecé a agitar los brazos y a gritar a los jóvenes que se calmaran. Y así lo hicieron. Después les pedí que se dispersaran. Y también lo hicieron.

Desde entonces, dijeron que yo era el único negro de todo el país capaz de desencadenar —o de detener— un motín. Esto no lo sé. Pero una cosa es cierta: ese incidente me enseñó rápidamente a apreciar en todo su valor la bomba de relojería que duerme en el fondo del delincuente del gueto y de sus jóvenes admiradores, de esos guetos donde, hace más de un siglo, los negros fueron encerrados a cal y canto por el blanco del Norte.

El «largo y cálido verano» de 1964, en Harlem, en Rochester y en otras ciudades, dio una idea de lo que puede ocurrir. Pero sólo una idea. Todos los disturbios de ese verano quedaron contenidos en el gueto. Pero dejad que ocurra un incidente y que los negros enfurecidos y llenos de amargura se esparzan por los barrios blancos de la ciudad. ¿Qué pasaría en Nueva York si esos negros furibundos atravesasen Central Park y se abriesen en abanico por los túneles de las avenidas Madison, Quinta, Lexington y Park? O en el South Side de Chicago, un suburbio peor y más antiguo que el de Nueva York. ¡Que vayan los negros embravecidos al centro de la ciudad y ya verán! Los negros de Washington, bajando por la avenida Pensilvania. O en Detroit, donde ha habido ya manifestaciones pacíficas de más de cien mil negros, ¡pensad en ello! ¡Nombrad cualquier ciudad! La ira negra ha fermentado en todas partes: Cleveland, Filadelfia, San Francisco, Los Ángeles... Todo esto es dinamita negra.

Si me he alargado mencionando los hechos que me enseñaron a respetar el peligro que reina en los guetos, es porque quería explicar que yo había examinado honestamente mis aptitudes para convertirme en líder independiente de las masas negras.

Al final, me pareció que las masas del gueto se habían decidido ya por mí. Confiaban en mí y me consideraban un caudillo. El gueto se entrega por instinto sólo a los que le han demostrado que no lo venderían nunca a los blancos. No había nada más ajeno a mí que ese propósito: la traición me repugnaba.

Desde entonces quise sentar los cimientos de un movimiento que contribuyera a remediar los males que han mantenido al hombre negro bajo la bota del blanco. Era toda una empresa en la que debía empeñar mis aptitudes.

El negro padece, ante todo, un mal de orden espiritual. A lo largo de los siglos, la sumisión a la cultura del hombre blanco debilitó el espíritu del negro norteamericano. Esa actitud de carnero lo llevó a aceptar la religión cristiana de los blancos, la cual pregona no la fraternidad entre los hombres, sino el sufrir pacientemente las crueldades cometidas por los mismos cristianos blancos. El cristianismo obnubiló la inteligencia del negro, lo sumió en un mundo de tinieblas. A ese hombre descalzo y hambriento le enseñó a esperar el Paraíso, donde tendría zapatos, leche, miel y patatas fritas.

Luego, el negro se ve angustiado por males económicos. Un solo hecho basta como ejemplo: el negro consumidor no recibe nunca lo que le corresponde y el negro productor es también el que menos da. Es la imagen del perfecto parásito: una garrapata que cree que progresa porque se agarra a las ubres de Estados Unidos, esa vaca gorda de tres estómagos. Gasta al año más de tres mil millones de dólares en automóviles, pero apenas hay concesionarios negros de automóviles en todo el país. Los negros ávidos por destacar ante los blancos engullen el cuarenta por ciento del mejor whisky importado, pero en cambio no hay destilerías de negros, a excepción de las clandestinas, en alguna bañera o en algún rincón del bosque. En Nueva York, donde viven más de un millón de negros, no llegan a veinte los comercios propiedad de negros que empleen a más de diez personas. El drama de los barrios negros consiste en que los comercios minoristas no están en manos de los negros.

Pero el problema principal que aqueja al negro norteamericano es el político. Los negros se dejan dividir por los blancos, son lo bastante

ingenuos como para llamarse «demócratas» negros o «republicanos» negros, «conservadores» o «progresistas»..., cuando diez millones de negros que votasen como un solo hombre bastarían para desequilibrar la política del país, pues el voto blanco está casi siempre repartido por igual entre republicanos y demócratas.

Las elecciones son el único campo de batalla que permite luchar con dignidad por la causa del hombre negro, con la única fuerza y los únicos instrumentos que el blanco comprende, respeta y teme.

¡Escuchadme! Si un frente de todos los negros dijese al más racista de todos los políticos racistas de Washington: «Nosotros representamos diez millones de votos», ese racista se abalanzaría sobre ellos y les diría: «¿Cómo están? ¡Por favor, entren!». Si los negros de Misisipí votasen unidos, Eastland se haría más progresista que el mismo Jacob Javits, o perdería el Gobierno. ¿Por qué, si no, se empeñaban los políticos racistas en impedir que los negros votasen?

Si un colectivo tiene la oportunidad de votar unido y con ello puede decidir el resultado de las elecciones, y no aprovecha esa ocasión, no cabe duda de que ese colectivo está políticamente enfermo. Los inmigrantes convirtieron al Tammany Hall en la fuerza política más poderosa de todo Estados Unidos. En el año 1880, los ciudadanos de Nueva York eligieron al primer alcalde católico irlandés de la ciudad. Y en 1960, fue elegido el primer presidente católico irlandés de Estados Unidos. Si los negros votasen unidos, serían la fuerza política más poderosa.

La política de Estados Unidos está dirigida por camarillas que se dedican a defender intereses particulares, son los llamados *lobbies*. ¿Quién, más que los negros, necesita su propia fuerza que lo represente? Los sindicatos ocupan uno de los edificios particulares más grandes de Washington, que está situado en una posición desde donde se puede vigilar —literalmente hablando— la Casa Blanca. No se adopta decisión política alguna que afecte a los sindicatos sin antes oír la opinión de éstos. Las grandes compañías petrolíferas también obtuvieron su buena tajada. Gracias a los buenos oficios de sus representantes, los campesinos lograron que el sector agrario sea el que recibe mayores subvenciones de todo el país. Hay un millón de campesinos norteamericanos que, a la hora de depositar el voto,

no son demócratas o republicanos, conservadores o progresistas, sino antes que nada, campesinos.

Los médicos son los que más eficazmente ven representados sus intereses en Washington. Así, han logrado combatir el Medicare, el plan nacional de salud que tanto necesitan millones de ciudadanos. Pero caramba, ¡hay una camarilla de los productores remolacheros! ¡Otra de los productores de trigo! ¡Una de los ganaderos! ¡De los chinos! Pequeños países de los que nadie ha oído nunca hablar tienen quienes defienden sus intereses en Washington.

El Gobierno tiene ministerios que se ocupan de todos los sectores que hacen presión: la agricultura, la salud pública, la enseñanza, la previsión social. Hasta hay un Ministerio del Interior, en el cual los indios tienen su representación. Pero el principal problema de hoy en Estados Unidos no es ni los campesinos, ni los médicos, ni los indios. El principal problema es el negro. Nadie tiene más necesidad que él de alguien que haga oír su voz. Tendría que haber un ministerio tan grande como el Pentágono que se ocupase de todos los aspectos del problema negro.

¡Hay veintidós millones de negros en Estados Unidos! Hace cuatrocientos años que trabajan hasta la extenuación en provecho de este país. Dieron la sangre en todas las guerras que hubo después de la Independencia. Están aquí desde antes del *Mayflower* y de las grandes olas migratorias. ¡Y aún siguen en el fondo del pozo!

¡Qué pasaría si esos veintidós millones de negros donaran un dólar por cabeza para construir un enorme rascacielos en Washington desde donde se los representase! Todas las mañanas se haría llegar a los legisladores el sentir y las aspiraciones de los negros de este país. A los oídos de todos ellos llegaría la voz que exige opinar sobre todas las cuestiones.

La piedra angular en que se asienta la vida de Estados Unidos es el poderío económico y político. El negro no tiene ningún poder económico, y necesitará mucho tiempo para adquirirlo. Pero posee, ahora mismo, un poder político tal que podría, si quisiera, cambiar su destino en un día.

El movimiento que estaba forjando en mi mente era algo muy importante. Yo pretendía que sirviera de acicate para que el negro conquistase los derechos humanos y hallase remedio a los males espirituales, económicos y

políticos que sufre. Toda empresa trascendente requiere un plan. Mi idea se distinguiría de la Nación del Islam en que abrazaría todas las religiones practicadas por los negros y pondría en práctica lo que la Nación se limitaba a predicar.

Había un torbellino de rumores, sobre todo en las ciudades de la Costa Este. Todos se formulaban la misma pregunta: ¿qué hará Malcolm? Lo primero que debía hacer consistía en atraer más voluntades y brazos dispuestos, pues con los míos no era suficiente. Cada día había más fieles de la Mezquita Número Siete, hermanos decididos y combativos que anunciaban su ruptura con la Nación del Islam y se unían a mí. Cada día me aportaba un nuevo apoyo por parte de los negros de fuera de la Nación; incluso, para mi asombro, algunos negros «de clase media y alta» que ya se habían hartado de representar la comedia del estatus social. El clamor no cesaba de aumentar: «¿Cuándo harás un acto, cuando nos organizaremos?».

Para el primer acto, alquilé la sala de baile Carver del Hotel Theresa, situado en un punto céntrico de Harlem, en la esquina de la calle Ciento veinticinco con la Séptima Avenida.

El *Amsterdam News* informó del acto y muchos lectores dedujeron que pensábamos establecer una mezquita en el Theresa. Los telegramas y las llamadas telefónicas llegaban sin cesar de todas partes del país. Por el tono general de los mismos, comprendí que mi decisión había sido largamente esperada. Gente que ni siquiera conocía me expresaban de manera emocionante su confianza. Muchos decían que las restricciones morales del islam les repelían y que preferían unirse a mí.

Un médico, dueño de un hospital, telefoneó desde muy lejos para inscribirse. Otros aportaron sostén económico aun antes de que hubiéramos manifestado públicamente nuestra postura política. Musulmanes de otras ciudades se adhirieron al nuevo movimiento pues, según ellos, los «musulmanes negros no pasan nunca a los hechos», «la Nación del Islam evoluciona demasiado lentamente».

Lo que me sorprendió todavía más fue el gran número de blancos que ofrecieron sus servicios y pidieron unirse a nosotros. Les respondimos que no, naturalmente; todos los integrantes tenían que ser negros. Pero si la conciencia se lo dictaba, su contribución económica no sería rechazada.

Enseguida comenzaron a llegar las invitaciones para pronunciar conferencias. Recuerdo que un lunes por la mañana, el correo me trajo ¡veintidós invitaciones! Un número desacostumbrado de las mismas procedía de ministros cristianos blancos. Eso tampoco me lo esperaba.

Decidí convocar una rueda de prensa. La mesa estaba atestada de micrófonos delante de mí. Los flashes de las cámaras no paraban un momento. Los periodistas, hombres y mujeres, blancos y negros, enviados por medios de prensa de todo el mundo, estaban sentados frente a mí con los lápices prestos y los blocs de notas abiertos.

Entonces, anuncié: «Voy a fundar y dirigir una nueva mezquita en la ciudad de Nueva York. Se llamará "Mezquita Musulmana, Inc.". De allí sacaremos las fuerzas religiosas y espirituales necesarias para librar a nuestro pueblo de los vicios que destruyen su fibra moral. La Mezquita Musulmana Inc. instalará temporalmente su cuartel general en el Hotel Theresa de Harlem. Ahí elaboraremos el programa político destinado a eliminar la opresión política, la explotación económica y la degradación social de la que son víctimas los veintidós millones de afroamericanos».

Después de eso, comenzaron a lloverme las preguntas de los periodistas.

Pero no era tan fácil como parecía. Dondequiera que fuese, era consciente de que algunos de mis antiguos hermanos estaban dispuestos a asesinarme con tal de convertirse en héroes de la Nación del Islam. Conocía la forma de pensar de los adeptos de Elijah Muhammad. Yo mismo les había enseñado a pensar así. Sabía que cuando un musulmán se imagina que es la voluntad de Alá, no duda ni un segundo en apretar el gatillo.

Tenía que preparar otro plan. Hacía mucho tiempo que lo pensaba. Era algo que tienen presente todos los servidores de Alá. Pero para eso se necesitaba dinero. Y yo no lo tenía.

Tomé un avión a Boston. Recurría de nuevo a mi hermana Ella. Aunque en ocasiones la había hecho enfadar, desde que había llegado de Míchigan cuando era apenas un paleto adolescente, ella nunca me había dejado de lado.

—Ella —le dije—, me gustaría hacer la peregrinación a La Meca.

—¿Cuánto necesitas? —me preguntó.

[32] En inglés: *The chickens coming home to roost*, «Las gallinas regresan a descansar en su percha», lo cual, como después explica Malcolm X, hace alusión a que los perjuicios que uno ocasione recaen al final sobre la misma persona que los origina.

La Meca

La peregrinación a La Meca (o *hash*) es un deber religioso que todo musulmán ortodoxo debe cumplir, si es posible, al menos una vez en la vida. El Corán dice: «La peregrinación a la Ka'ba es un deber del hombre hacia Dios; que los que puedan, hagan el viaje». Alá dice: «Y proclamarás la peregrinación entre los hombres; vendrán a ti a pie o montados en un camello delgado; vendrán de los barrancos más profundos».

En las universidades, generalmente en los coloquios que seguían después de la conferencia, me veía rodeado por una docena de jóvenes blancos que decían ser musulmanes de Arabia, de Oriente Próximo o de África del Norte. Unos estudiaban o vivían en Estados Unidos y otros estaban de visita allí. Creían que, a pesar de mis declaraciones contra los blancos, yo era musulmán sincero y afirmaban que si conociera lo que ellos llamaban «el verdadero islam», lo «comprendería y abrazaría». A mí, que era discípulo de Elijah Muhammad, eso me ponía los pelos de punta.

Pero a raíz de dichas experiencias, en mi interior, comencé a preguntarme por qué había de dudar en conocer mejor mi religión si tenía verdadera fe.

Un día, en una conversación con Wallace Muhammad, el hijo de Elijah Muhammad, saqué a colación el tema. Me respondió que todo musulmán debe tratar de saber lo más que pueda del islam. Siempre he tenido en alta estima la opinión de Wallace Muhammad.

Todos los musulmanes ortodoxos que conocía me aconsejaron vivamente que fuera a ver a un tal doctor Mahmud Yussef Shawarbi. Decían que era un eminente sabio musulmán, licenciado por la Universidad de El Cairo (donde era profesor), doctor por la Universidad de Londres, conferenciante

sobre el islam, consejero de las Naciones Unidas y autor de varias obras. Había solicitado excedencia de su cargo en la universidad y se encontraba en Nueva York en calidad de director de la Federación de Asociaciones Islámicas (FIA) en Estados Unidos y Canadá. Resistí varias veces la tentación de entrar en el edificio de piedra marrón del 1 de Riverside Drive, donde tenía sus oficinas la FIA. Pero un día, un periodista me presentó al doctor Shawarbi.

Me acogió muy cordialmente y precisó que estaba al corriente de mis actividades por los periódicos. Le expliqué que me habían hablado mucho de él. La conversación duró apenas un cuarto de hora, pues los dos teníamos otras obligaciones aquel día. En el momento de separarnos, me dijo algo cuya lógica me quedó grabada para siempre: «Ningún creyente llega a la perfección hasta que no desea para su hermano lo que desea para sí mismo».

Después estaba Ella, mi hermana. No podía creer lo que había hecho. Ella era una verdadera negra de Georgia, grande, fuerte y con ideas propias. Hasta tal punto que la habían expulsado de la Mezquita Número Once de Boston. Reintegrada después, se había vuelto a marchar por voluntad propia. Había empezado a estudiar el islam en Boston bajo la dirección de musulmanes ortodoxos. Más tarde, fundó una escuela en la que se enseñaba árabe. Como ella no lo hablaba, buscó profesores. ¡Esa mujer es Ella! Por aquellas fechas, negociaba con bienes raíces y ahorraba para la peregrinación. Hablamos en la sala de estar de su casa casi toda la noche. Para ella no había ninguna duda: era más importante que fuera yo. Durante todo el vuelo a Nueva York estuve pensando en Ella. Era una mujer fuerte. Se había divorciado tres veces, y ella sola era más dinámica, más enérgica, que sus tres exmaridos juntos. Ella ha desempeñado un papel muy importante en mi vida. Ninguna otra mujer pudo enseñarme nunca el camino que debía seguir. Era siempre yo quien lo marcaba. Yo le había dado a conocer el islam y ahora era ella quien me pagaba el viaje a La Meca. Si estáis con Alá, Él os hará siempre saber que está también con vosotros.

Solicité un visado para La Meca al consulado de Arabia Saudí. El embajador me declaró que todo musulmán convertido en Estados Unidos

necesitaba una recomendación del doctor Mahmud Shawarbi para obtener el visado. Aquello fue la primera señal de Alá. Telefoneé al doctor, quien pareció muy sorprendido. «Precisamente ahora iba a llamarle —me dijo—. Venga enseguida».

El doctor Shawarbi me dio una carta en la que aprobaba mi *hash* a La Meca y un libro, *The Eternal Message of Muhammad*, de Abd-ar-Rahman Azzam.

El autor le acababa de enviar un ejemplar del libro para mí, me explicó el doctor Shawarbi. Residente en Arabia Saudí, de origen egipcio, estadista de fama mundial y uno de los consejeros más íntimos del príncipe Faisal de Arabia. «Le sigue a usted muy de cerca, por los periódicos», añadió el doctor Shawarbi. A mí me costaba creerlo.

El doctor Shawarbi me dio el número de teléfono de Muhammad Shawarbi: su hijo, que estudiaba en la ciudad de El Cairo; y de Omar Azzam, el hijo del autor, que vivía en Yidda, la última etapa antes de La Meca. «Llame a los dos para cualquier cosa que necesite», me dijo encarecidamente.

Salí discretamente de Nueva York, sin saber que mi regreso causaría gran revuelo. Muy poca gente estaba enterada de mi viaje. No quería que el Ministerio de Asuntos Exteriores —o quien fuese— me cortase el camino en el último momento. Sólo mi mujer Betty, mis tres hijas y algunos amigos íntimos me acompañaron al aeropuerto Kennedy. Cuando el avión de Lufthansa despegó, me presenté a mis dos compañeros de viaje. ¡Otra señal de Alá! Ambos eran musulmanes: uno iba a El Cairo, como yo, y el otro, a Yidda, adonde tenía que ir yo días más tarde.

Durante el trayecto a Frankfurt, me entretuve charlando con mis compañeros de viaje o leyendo el libro que me había regalado el doctor Shawarbi. Cuando llegamos a destino, el hermano que iba a Yidda se despidió de mí afectuosamente y del hermano que iba a El Cairo. Como había que esperar unas horas para tomar el vuelo para dicha ciudad, decidimos dar un paseo por Frankfurt.

En el servicio de caballeros del aeropuerto, me topé con el primer norteamericano que habría de reconocerme en el extranjero. Era un estudiante blanco de Rhode Island que al verme se quedó unos instantes

mirándome de pies a cabeza, y luego se acercó. «¿Es usted Malcolm X?», me preguntó. Yo me reí de buena gana y le respondí que sí. «¡Oye, chico, esto no es posible! —exclamó—. Nadie me creerá cuando lo cuente». Me explicó que estudiaba en una universidad de Francia.

Nos impresionó el carácter cordial y hospitalario de los habitantes de Frankfurt. Entramos en muchas tiendas, más para mirar que para comprar. En todas partes nos saludaban con un *hello* al entrar, gente que nunca nos había visto antes y que conocía nuestra condición de forasteros. Recibíamos el mismo saludo cordial cuando nos despedíamos sin haber comprado nada. En Estados Unidos uno gasta cien dólares en una tienda y al marcharse es tan desconocido como cuando entró. El cliente y los dependientes se comportan como si se hicieran un favor el uno al otro. En Europa, en cambio, el trato es mucho más humano. Mi hermano musulmán, que se hacía entender en alemán, explicaba que éramos musulmanes. Pude apreciar entonces algo que ya había detectado en Estados Unidos cuando me miraban como musulmán, en vez de como negro. La gente me trataba como a un ser humano, o humanitario, cualquiera que sea la palabra correcta: la mirada, la forma de dirigirse a mí, todo cambiaba en consonancia. El encargado de una pequeña tienda se inclinó sobre el mostrador y con la mano nos señaló la gente que pasaba por la calle. «Un día así, otro día asá», nos dijo. El hermano musulmán me explicó que el hombre quería decir que Alemania volvería a levantarse algún día.

Al volver al aeropuerto, tomamos el vuelo de la United Arab Airlines para El Cairo. Multitud de personas, musulmanes del mundo entero, en peregrinación a La Meca, se abrazaban unos a otros. Eran de complexiones diferentes, toda la atmósfera era cálida y amistosa. Sentí enseguida que no había ningún problema por el color de la piel. El efecto que me produjo fue el mismo que si acabara de salir de la cárcel.

Había comentado al hermano musulmán que tenía la intención de pasar dos días de visita en El Cairo antes de proseguir viaje para Yidda. Me dio su número de teléfono y me rogó que lo llamara. Quería hacer una reunión con amigos suyos, que hablaban inglés y que también irían de peregrinación. Todos estarían encantados de recibirme.

Pasé, pues, dos días maravillosos visitando El Cairo. Las escuelas

modernas, los edificios de viviendas construidos para el pueblo, la red de carreteras y la industrialización me impresionaron mucho. Había leído, y me habían comentado, que el presidente Nasser había convertido Egipto en uno de los países más industrializados del continente africano. Pero creo que lo que más me sorprendió fue que fabricaran coches y autobuses en El Cairo mismo.

Hice una visita a Muhammad Shawarbi, el hijo del doctor Shawarbi, un joven de diecinueve años de edad que estudiaba economía y ciencias políticas en la Universidad de El Cairo. Me contó que el sueño de su padre era fundar una Universidad del islam en Estados Unidos.

Todo el mundo me acogía fraternalmente y se extrañaba de ver a un musulmán... ¡norteamericano! Conocí a un científico egipcio que iba con su esposa a La Meca. Me invitaron a cenar en un restaurante de Heliópolis, en los alrededores de El Cairo. Era una pareja muy bien informada y muy inteligente. El científico me explicó que uno de los motivos por el que las potencias occidentales se mostraban hostiles a Egipto consistía en que el país se industrializaba rápidamente y señalaba el camino a los demás países africanos. «¿Por qué hay gente en el mundo que se muere de hambre —me preguntó su mujer—, cuando en Estados Unidos sobran alimentos? ¿Qué hacen con ellos? ¿Los tiran al océano?». «Sí —le respondí—, pero con los subsidios que da el Estado, se guarda una parte en las bodegas de los barcos, en los graneros y en cámaras frigoríficas y queda allí, bajo la vigilancia de un pequeño ejército de guardias, hasta que la producción se echa a perder. Entonces otro ejército de gente se encarga de deshacerse de esos alimentos de modo que quede sitio para guardar el nuevo lote de producción excedente». Vi la expresión de incredulidad en el rostro de aquella mujer. Debió de pensar que yo bromeaba. El contribuyente norteamericano sabe que digo la verdad. No le dije a esa señora que, en Estados Unidos, hay gente que pasa hambre.

Telefoneé a mi hermano musulmán, como me lo había rogado. Me esperaba reunido con sus amigos, que iban de *hash* a La Meca. Éramos ocho personas, entre ellas un juez y un alto funcionario del Ministerio de Instrucción Pública. Hablaban perfectamente en inglés y enseguida me trataron como si fuera un hermano. Ésa era otra señal de Alá: dondequiera

que iba, encontraba gente dispuesta a ayudarme y a guiarme.

El significado literal de la palabra *hash* en árabe es «salir con una meta determinada». En el derecho islámico, quiere decir «ir a la Ka'ba» (la Casa Sagrada) y cumplir todos los ritos de la peregrinación. En el aeropuerto de El Cairo, vi cientos de grupos de peregrinos, que al entrar en el estado de *ihram*, se convertían en *muhrim* (peregrinos), es decir, se preparaban física y moralmente para la consagración. Me aconsejaron que dejara todas la maletas y las cuatro cámaras (una de ellas, una filmadora) en El Cairo. Para ir a Arabia, llevé sólo una maleta pequeña, que acababa de comprar, con un traje, un par de calzoncillos y unos zapatos. Durante el camino al aeropuerto, con el grupo de peregrinos, ya me había puesto nervioso, pues sabía que, de allí en adelante, tendría que observar muy atentamente lo que hacían los demás e imitarlos.

Al entrar en el estado de *ihram*, me desnudé como todo el mundo y me envolví en las dos toallas: la *izar* alrededor de los riñones y la *rida*, sobre el hombro izquierdo. Luego me calcé las *na'l* (sandalias), que dejaban los tobillos al desnudo. Sobre la *izar* llevábamos un cinto con monedero y una bolsa que parecía un bolso de mujer muy grande provista de una correa larga para guardar los documentos y los objetos de valor, como la carta del doctor Shawarbi.

Los miles de personas que había en el aeropuerto a punto de partir para Yidda iban vestidos de la misma manera. No se distinguía al campesino del poderoso. Mis amigos me señalaron personajes importantes que llevaban el mismo atuendo que yo.

Una vez así vestidos, se escuchó de forma intermitente el grito de llamada «*¡Labbayka! ¡Labbayka!*». («¡Oh, Dios, me dirijo a ti!»). En todo el aeropuerto resonó el clamor de los *muhrim* que manifestaban su intención de realizar la peregrinación a La Meca.

Aviones repletos de peregrinos despegaban cada pocos minutos, pero el recinto del aeropuerto seguía atestado de nuevos peregrinos, y los parientes y amigos de éstos que acudían a despedirlos. Quienes se quedaban pedían que rogaran en nombre de ellos en La Meca. Cuando despegó mi avión, me enteré de que, con aquella confusión, nadie me había reservado una plaza. Pero alguien movió los hilos, y se la quitaron a algún pasajero para no

decepcionar a un musulmán norteamericano. Experimentaba sentimientos contradictorios. Lamentaba las molestias de la persona que se había quedado en tierra por mi culpa y, al mismo tiempo, agradecía infinitamente y con humildad el honor y la muestra de respeto de la que yo había sido objeto.

Juntos en el avión viajaban blancos, negros, amarillos, así como gentes de piel roja y cobriza. Mis ensortijados cabellos rojizos ofrecían notable contraste con las cabelleras rubias y los ojos azules. Pero todos nos sentíamos hermanos. Todos honrábamos al mismo Dios, Alá, y nos honrábamos igualmente los unos a los otros.

Por comentarios de alguien de mi grupo, todos los viajeros se enteraron enseguida de que había un musulmán que venía de Estados Unidos. Se volvían hacia mí y me sonreían. Mientras tomábamos la comida que nos habían servido, la noticia llegó hasta la cabina de mando del aparato.

El capitán vino a saludarme y me invitó a visitar la cabina. Me manifestó que estaba encantado de conocer a un musulmán norteamericano. Era un egipcio de piel más oscura que la mía y que habría encajado perfectamente en Harlem.

El copiloto tenía la piel todavía más oscura. No puedo expresar lo que sentí en aquel momento. Nunca había visto a un negro que pilotara un avión. Observé el tablero de mandos y me quedé pensando para qué diablos servirían todos aquellos botones. Los dos pilotos me sonreían y me dispensaban el mismo trato honorífico y respetuoso que había recibido desde que había salido de Estados Unidos. Contemplé el cielo delante de mí, al otro lado del cristal de la ventana. En Norteamérica había volado como pocos negros lo hacían y nunca me habían hecho pasar a la cabina del piloto. ¡Y ahora estaba allí, con dos compañeros de viaje musulmanes, uno egipcio y el otro de Arabia Saudí, camino de La Meca en la cabina del piloto! Hermano, sabía que Alá estaba a mi lado.

Regresé al asiento. Durante todo el trayecto, que duró cosa de una hora, los peregrinos gritaban a voz en grito: «*¡Labbayka! ¡Labbayka!*». Al final, el avión aterrizó en Yidda, que es una ciudad portuaria a orillas del mar Rojo, el lugar de llegada y partida de los peregrinos que acuden a Arabia para ir a La Meca. Ésta queda a unos sesenta kilómetros tierra adentro en

dirección este.

El aeropuerto de Yidda era un hervidero de gente, mucho más que el de El Cairo. Mi grupo comenzó la difícil tarea de abrirse paso a través de aquella masa ondulante constituida por gentes de todas las razas de la tierra. Todos los grupos confluían en el mismo lugar: la larga cola de personas que aguardaban para cruzar la aduana. Antes de llegar allí, a cada grupo se le asignaba un *mutawaf,* que era el encargado de conducirlo hasta La Meca. Algunos peregrinos exclamaban: «*¡Labbayka!*». Otros, a veces en grupos muy nutridos, cantaban al unísono la plegaria que traduciré a continuación: «¡Oh, Alá!, me someto a ti, sólo a ti. Me someto a ti porque no tienes igual. Todas las alabanzas y bendiciones proceden de ti y tú eres único en tu reino». Lo que esta plegaria venía a expresar era la unidad de Dios.

Solamente los funcionarios del aeropuerto no vestían el atuendo del *ihram*. El *mutawaf* llevaba un pequeño gorro de color blanco que le cubría la parte superior del cráneo, la larga túnica, también blanca, que parecía un camisón, y las pequeñas sandalias. Dicha persona oficiaba de guía y de ayuda de los peregrinos. En lengua árabe, el sonido *mmmm* delante de un verbo lo convierte en un sustantivo verbal, con lo cual *mutawaf* significa «el que guía» a los peregrinos a la Tawat, que es precisamente la vuelta alrededor de la Ka’ba.

Estaba nervioso, apretujado en medio del grupo en la cola de la aduana. Sentía aprensión por algo. «¡Mira lo que les doy! —pensaba—. Estoy en el mundo musulmán, en la misma fuente, y les entrego el pasaporte norteamericano, que representa las antípodas del islam».

El juez que venía con el grupo se dio cuenta de mi estado de nervios. Me dio una palmada en el hombro. El amor, la humildad y la verdadera hermandad eran sensaciones que casi se podían palpar por todas partes. Finalmente, el grupo llegó a la inspección de pasaportes y de equipajes.

Estaba tan nervioso que no conseguí abrir la maleta cuando introduje la llave en la cerradura, y entonces hice tanta fuerza que, al final, la rompí. «Pensarán que llevo algo oculto en la maleta», se me ocurrió. Entregué el pasaporte al funcionario de aduanas, quien, al darse cuenta de que era norteamericano, me miró y me manifestó algo en árabe. Mis amigos intercedieron por mí. Hablaban rápidamente en árabe, hacían gestos y me

señalaban. El juez me solicitó en inglés que le diera la carta del doctor Shawarbi, y se la puso delante de los ojos al funcionario. Éste la leyó y se la devolvió, no sin protestar por algo; al menos, eso fue lo que pude entender. Evidentemente, yo era el motivo de la discusión. Me quedé parado allí como un idiota, sin entender nada e incapaz de articular una sola palabra. Ni siquiera comprendía lo que hablaban.

Finalmente, el juez se volvió hacia mí con expresión de pesadumbre en el rostro y me explicó que debía pasar por la *mahgama sharia*, el tribunal supremo musulmán que examinaba los asuntos de conversos de autenticidad dudosa que pretendían entrar en La Meca. Había una regla que prohibía absolutamente la entrada a todo aquel que no fuera musulmán.

Mis amigos iban a marcharse a La Meca sin mí. Estaban consternados. Yo también. Encontré las palabras que necesitaba: «No os preocupéis, todo irá bien. Alá está conmigo». Me aseguraron que rezarían por mí a cada hora. El *mutawaf* de atuendo blanco los urgió a retirarse para dejar libre el aeropuerto. Nos despedimos saludándonos con la mano.

Me encontré completamente solo a las tres de la madrugada de un viernes. Nunca había estado entre una marea humana tan impresionante, pero nunca, desde que era pequeño, me había sentido tan solo y tan indefenso. Para colmo de males era viernes. El viernes del mundo musulmán es, a grandes rasgos, el equivalente al domingo de los cristianos. Es el *yaum al-jumu'a* («día de reunión»), en que los creyentes acuden a la mezquita para orar colectivamente. El tribunal no haría nada hasta el sábado, como mínimo.

Un funcionario le hizo señas al *mutawaf* y en un inglés chapurreado me explicó que me conducirían al lugar indicado del aeropuerto. Mi pasaporte quedó retenido en las oficinas de la aduana. Quise protestar porque lo que nunca debe hacer un viajero es desprenderse del pasaporte, pero al final desistí. Vestido con las toallas y con mis sandalias, seguí al guía que llevaba el casquete en la cabeza, la túnica blanca y las chancletas. ¡Qué espectáculo dábamos! La gente que pasaba a mi lado hablaba toda clase de lenguas. Yo no hablaba ninguna. Me sentía extraño.

Al lado del aeropuerto, se erguía una mezquita y un enorme edificio de cuatro pisos de altura que parecía de dormitorios. Reinaba la penumbra y faltaba poco para el alba. Los aviones aterrizaban y despegaban

constantemente; las luces de aterrizaje barrían la pista; al alejarse, veía el parpadeo de las luces de las alas y la cola que se recortaban contra el fondo del cielo. Había peregrinos de Ghana, de Indonesia, de Japón, de Rusia, por mencionar algunos, que iban o venían del enorme edificio a donde me conducían. No se ha rodado nunca un espectáculo humano con tanto colorido como el que veían mis ojos. Llegamos al edificio y subimos a la cuarta planta, la última. En la escalera nos cruzamos con gentes que pertenecían a todas las razas de la tierra: chinos, indonesios, afganos. Algunos llevaban todavía el atuendo de su país. Parecía un cuadro extraído de las páginas de *National Geographic*.

Al llegar a la cuarta planta, el guía hizo un ademán en dirección a un compartimento donde había otras quince personas, casi todas dormidas, acurrucadas en las alfombras. Se distinguían algunas mujeres, cubiertas de la cabeza a los pies. Un anciano musulmán ruso y su esposa permanecían despiertos y me dirigieron una mirada franca. Dos musulmanes egipcios y un persa se levantaron y nos miraron cuando nos dirigíamos hacia un rincón de la habitación. El guía me dio a entender, siempre con gestos, que iba a hacerme una demostración de los ritos de la plegaria. Yo, ministro musulmán, dirigente de la Nación del Islam, los desconocía.

Traté de imitar al guía, pero lo hacía muy mal. Noté las miradas de todos los musulmanes sobre mí. Los tobillos occidentales no llegan nunca a doblarse como los de los musulmanes. Los asiáticos hace miles de años que se agachan; los europeos, en cambio, se sientan en sillas con la espalda recta. Hacía esfuerzos sobrehumanos para agacharme como el guía, pero siempre había una parte de mi cuerpo que se resistía. Era desesperante. Al cabo de una hora, el guía se marchó y me indicó que regresaría más tarde.

Ni siquiera pensaba en dormir. Continué intentando adoptar la postura de la plegaria y no quería pensar en lo ridículo que parecería a los ojos de los musulmanes que me observaban. Al cabo de un rato, aprendí un truco que me permitió casi tocar el suelo. Pensé que al cabo de dos o tres días tendría los tobillos muy inflamados.

Al romper el alba, los que dormían se despertaron y empezaron a hacer sus obligaciones. Comprendí entonces la importancia que posee la alfombra en la vida musulmana. Cada individuo tenía su pequeña alfombra para la

plegaria. Las parejas y los grupos tenían una más grande, común. Los musulmanes hacían las oraciones sobre la alfombra, después la cubrían con un mantel y la convertían en comedor. Una vez recogidos los platos, se sentaban en la alfombra que se convertía en salón. Finalmente, se acurrucaban en la alfombra para dormir y ya tenían dormitorio. En aquella habitación, caí en la cuenta por primera vez de por qué pagaba tanto por las alfombras orientales el hombre que nos hacía de perista durante la época de ladrón en Boston. Aquellas alfombras eran fruto de un complejo trabajo de tejido, y en sus países de origen servían a múltiples fines. Más tarde, en La Meca, tuve ocasión de observar otra utilidad de la alfombra. Cuando se registraba un litigio, las partes recurrían a una persona de autoridad respetada y los tres se sentaban en la alfombra, que hacía las veces de juzgado. También servía de aula escolar.

Un musulmán egipcio me miraba de reojo con más insistencia que los demás. Le sonreí y él se levantó y se acercó a donde yo estaba. «Hol-la», me dijo. Yo tenía el rostro radiante de alegría. «¡Hola!», le repliqué y le pregunté cómo se llamaba. «¿Nombre, nombre?». No sabía qué quería decir. Probé con otras palabras. Debía de hablar una veintena de palabras en inglés. «Cielo», le dije y señalé hacia arriba. Me sonrió. «Cielo», le dije de nuevo y con un gesto le indiqué que repitiera esa palabra. Así lo hizo. Luego seguí con otras palabras: «Avión», «alfombra», «pie», «sandalia», «ojos». Ocurrió entonces algo extraordinario. Estaba tan contento de poder comunicarme con otro ser humano que decía la primera palabra que se me ocurría. En un momento, pronuncié «Muhammad Alí Clay». Los demás quedaron como electrizados. «¿Tú, tú?», preguntaba mi interlocutor a la vez que señalaba hacia mí. Negué con un ademán de la cabeza. «¡No, no! —le dije—. Muhammad Alí Clay es amigo mío, amigo». Algunos me entendieron a medias y otros, en absoluto. Así comenzó a correr el rumor de que yo era Cassius Clay, el campeón mundial de los pesos pesados. Luego me enteré de que los musulmanes de todo el mundo (hombres, mujeres y niños) sabían que Sonny Liston (un ogro que devoraba hombres, según la idea que ellos tenían) había sido derrotado por Cassius Clay, en una pelea parecida a la de David contra Goliat. El boxeador negro había difundido a los cuatro vientos que su nombre era Muhammad Alí y que profesaba la

religión del islam. Daba gracias a Alá porque le había concedido la victoria.

La relación que entablé con los demás musulmanes de aquella habitación fue lo mejor que podía haberme ocurrido. Al descubrir que yo era musulmán norteamericano, todos dejaron de mirarme y empezaron a ocuparse de mí. Se acercaban, sonreían abiertamente, me observaban con naturalidad, amistosamente, como si llegara del planeta Marte.

Entonces regresó el guía y me indicó que debía acompañarlo. Señaló a la mezquita y supe que me llevaría a la plegaria matutina, la llamada *sobh*, que se lleva a cabo antes de que despunte el sol. Camino de la mezquita, nos cruzamos con miles de peregrinos que farfullaban toda clase de lenguas, salvo la inglesa. Me sentía furioso conmigo mismo por el hecho de no haber aprendido más acerca de las plegarias rituales del islam antes de partir de Estados Unidos. En la Nación de Elijah Muhammad no se empleaba el árabe en las plegarias. Unos doce años atrás, cuando estaba en el presidio, un hombre llamado Abdul Hamid, que pertenecía a los musulmanes ortodoxos de Boston, me había visitado y me había hecho llegar plegarias en árabe. Aprendí a pronunciarlas, pero no había vuelto a recitarlas desde aquel entonces.

Decidí que tenía que observar lo que hacía el guía para imitarlo después. No me fue difícil transmitirle esa idea, pues de todos modos, él ya estaba dispuesto. En el exterior de la mezquita había una larga pila provista de hileras de grifos. Las abluciones deben preceder a la plegaria, y yo lo sabía, aunque no logré hacerlas como era debido, pese a que tenía el ejemplo del guía. Los musulmanes se lavan de un modo especial, y hay que respetar los detalles.

Entramos en la mezquita. Yo iba un paso por detrás de él, sin perderme un detalle. Se postró con la cabeza contra el suelo y yo hice otro tanto. Pronunció las palabras con que los musulmanes empiezan las plegarias: «*Bi-smi-llahi-r-Rahmain-r-Rahim*» («En el nombre de Alá, el Benefactor, el Misericordioso»). Yo me esforcé en mascullar algo, aunque no creo que fuera lo mismo. No quiero decir con ello que lo hiciera en broma, nada más lejos de mi ánimo. Se trata simplemente de que nadie podría haberse dado cuenta de si recitaba bien la plegaria.

Después de la plegaria matutina, el guía me acompañó de vuelta a la

habitación donde había pasado la noche. Antes de marcharse, por medio del lenguaje de los signos, me hizo saber que regresaría al cabo de tres horas.

La cuarta planta ofrecía una excelente vista panorámica de la zona del aeropuerto. Me quedé observando, acodado en la barandilla. Los aviones aterrizaban y despegaban con precisión cronométrica. El movimiento de miles y miles de personas procedentes de todas partes del mundo constituía un espectáculo de impresionante colorido. Había grupos de peregrinos que partían hacia La Meca en autocares, camiones y coches. Otros lo hacían a pie, dispuestos a recorrer los sesenta kilómetros de trayecto. Tuve grandes deseos de ir con ellos. Al menos, sabía lo que era andar.

Pensé en lo que me aguardaba y sentí miedo. ¿Rechazarían mi solicitud de efectuar la peregrinación? Traté de adivinar cuándo comparecería ante el tribunal supremo musulmán y en qué consistiría el examen al que iban a someterme.

Estando en eso, se acercó a la barandilla el musulmán persa que había dormido en el compartimento. Me saludó y con voz vacilante me preguntó: «¿Amer... americano?». Me indicó que me invitaba a desayunar en la alfombra con él y con su esposa. Eso era un magnífico ofrecimiento, pues sabía que no hay costumbre de que un extraño tome el té con la esposa de un musulmán. No quise abusar y decliné el ofrecimiento con un gesto de la cabeza a la vez que se lo agradecía con una sonrisa. No sé si me entendió, pero el asunto es que aquel persa me trajo una taza de té y galletitas. Caí en la cuenta de que hasta ese momento ni había pensado en la comida.

Los demás también se comunicaban conmigo mediante gestos. Se acercaban a mí, me sonreían y hacían un gesto de asentimiento con la cabeza. Mi primer amigo, el que hablaba algo de inglés, se había marchado. No supe que, en esos momentos, se dedicaba a correr la voz de que había un musulmán norteamericano en la cuarta planta. Ya se sabía en todo el edificio. Los musulmanes, algunos ataviados con el atuendo del *ihram* y otros aún con sus ropas de costumbre, pasaban y me sonreían. No me había dado cuenta de que yo era la atracción.

Soy una persona inquieta y curiosa por naturaleza. El guía no había vuelto al cumplirse las tres horas y eso me puso nervioso. Temía que me hubiera abandonado a mi suerte. Además, comenzaba a tener hambre. Todos los

musulmanes del compartimiento me habían invitado a comer, pero yo lo había rechazado. El problema —tengo que confesarlo— es que no sabía si podría comer a su manera. Todos los alimentos estaban en un único recipiente en medio de la alfombra-comedor, y los comensales tomaban la comida de allí, directamente con la mano.

Permanecí un rato junto a la barandilla, mientras observaba el patio de abajo. Al final, decidí hacer una inspección por cuenta propia. Bajé a la primera planta, pero se me ocurrió que no debía alejarme demasiado, por si venían a buscarme. Regresé al compartimiento, pero transcurridos cuarenta y cinco minutos, me decidí a bajar de nuevo. Esta vez llegué más lejos, y en el patio divisé un pequeño restaurante, al que me dirigí directamente. Estaba atestado; aquello era una confusión de lenguas. Por medio de gestos, conseguí comprar un pollo asado entero y algo parecido a patatas fritas. Salí al patio y comí con las manos, como hacían los demás musulmanes que había allí. Vi ancianos de al menos setenta años, sentados sobre ambas piernas de tal forma que parecían un nudo humano, comiendo con gran aplomo y satisfacción, como si se hallaran en un restaurante de lujo rodeados de camareros. Todos comían y dormían al mismo tiempo. La atmósfera que reinaba en la peregrinación no hacía sino acentuar la unidad del hombre que creía en un solo Dios.

A lo largo de aquel día, bajé varias veces al patio; cada vez me aventuraba un poco más lejos. En una ocasión, hice un gesto a dos hombres negros que estaban juntos. Uno de ellos me respondió en inglés con acento británico. ¡Casi doy un salto! Resultaron ser etíopes que esperaban ser trasladados a La Meca. ¡Qué pena! Al final, encontraba a dos musulmanes de habla inglesa, y ahora ellos tenían que marcharse. Me contaron que se habían educado en El Cairo y que a la sazón vivían en Riad, la capital política de Arabia Saudí. Posteriormente, me enteré de un hecho que me causó gran sorpresa. Todos piensan que Etiopía es un país de religión cristiana, pero de sus dieciocho millones de habitantes, diez son musulmanes. Sólo el Gobierno es cristiano, y logra mantenerse en el poder gracias a la ayuda que le presta Occidente.

Después de las oraciones de la noche, *magrib*, me tumbé, solo y triste, en el catre del compartimiento de la cuarta planta. Entonces, de repente, brilló

una luz en la oscuridad. Fue más bien una idea fugaz. En una de las visitas que realicé al patio de abajo, descubrí una mesa donde había cuatro hombres que, al parecer, eran funcionarios. En la mesa había un teléfono. Al verlos allí con el teléfono, recordé enseguida la persona que me había recomendado el doctor Shawarbi en Nueva York, el hijo del autor del libro que él me había regalado. Omar Azzam vivía en la misma Yidda. ¡Ahí estaba la solución!

Bajé precipitadamente las escaleras y en dos minutos llegué a la mesa de los cuatro funcionarios. Uno de ellos hablaba inglés elemental. Presa de la excitación, le mostré la carta del doctor Shawarbi. Él la leyó y manifestó a sus tres compañeros: «¡Un musulmán de Estados Unidos!». El asunto había despertado vivamente la imaginación y la curiosidad de aquellos hombres. Estaban sinceramente impresionados. Rogué al que hablaba inglés que me permitiese utilizar el teléfono para comunicarme con el doctor Omar Azzam. El funcionario accedió encantado; marcó el número que le di y habló con alguien en árabe.

El doctor Omar Azzam acudió de inmediato al aeropuerto. Me oprimió la mano con las suyas en señal de bienvenida. Los cuatro funcionarios estaban radiantes de alegría. Era un hombre joven, de elevada estatura y constitución robusta. Mediría fácilmente un metro ochenta, si no me equivoco. Sus modales eran exquisitos. En Estados Unidos, habría pasado por un blanco. Pero me sorprendió el hecho de que por su forma de actuar no daba la sensación de ser un hombre blanco. Me preguntó por qué no lo había llamado antes. Acto seguido, enseñó la documentación a los funcionarios y utilizó el teléfono. Habló en árabe con autoridades del aeropuerto y luego me pidió que lo acompañara.

En menos de media hora había conseguido liberarme y recuperar mi maleta y el pasaporte que estaban retenidos en la aduana. Nos dirigimos a la ciudad de Yidda en su vehículo. Yo iba vestido con las dos toallas y las sandalias. La actitud de ese hombre me dejó sin habla. Tampoco podía creer la sensación física que yo experimentaba en aquel momento: éramos dos seres humanos sin diferencia alguna. Durante años había oído hablar de la hospitalidad musulmana, pero nunca hubiera podido imaginar que fuera tan calurosa. Quise saber acerca de su persona. El doctor Azzam se había

licenciado como ingeniero civil en Suiza. Su especialidad era el urbanismo. Trabajaba para las Naciones Unidas, pero el gobierno de Arabia Saudí había requerido sus servicios para que dirigiera los trabajos de reconstrucción de los lugares santos del país. La hermana del doctor Azzam estaba casada con el hijo del príncipe Faisal. ¡Iba en aquel coche nada más y nada menos que con el cuñado del soberano de Arabia Saudí! Pero eso no era todo lo que Alá había hecho por mí. «Mi padre estará encantado de conocerlo», me manifestó el doctor Azzam. Era quien me había enviado el libro.

Quise saber entonces acerca de su padre. Abd ar-Rahman Azzam —que así se llamaba— había sido conocido por el nombre de Azzam Pasha (*pasha* quiere decir «señor») hasta que la revolución egipcia dirigida por Nasser suprimió los títulos de nobleza. Me explicó que él nos esperaba en su casa y que seguía con mucho interés mis actividades, pues en razón de su trabajo en las Naciones Unidas, debía pasar buena parte del tiempo en Nueva York.

Estaba mudo de asombro.

Llegamos a la casa del doctor Azzam a primeras horas de la mañana. Allí estaban su padre, el hermano de su padre, que era químico, y otro amigo. Todos habían madrugado para esperarme. Me abrazaron como si fuera el hijo pródigo de regreso al hogar. ¡Y pensar que ni siquiera me conocían! Debo confesar que nunca me había sentido tan honrado ni había recibido tantas muestras de sincera hospitalidad.

Un sirviente trajo té y café, y desapareció. Me rogaron que me pusiera cómodo. No había ninguna mujer a la vista. (Uno puede pensar que en Arabia no hay mujeres.)

El doctor Abd ar-Rahman Azzam dominaba la conversación. Quiso saber por qué no lo había llamado antes. Ellos no podían comprender el motivo. «¿Está cómodo?», insistían. Se avergonzaban por el inconveniente que yo había sufrido en el aeropuerto y que había retrasado mi llegada a La Meca. Insistí en que estaba bien y en que no había sufrido inconveniente alguno, pero no querían escucharme. «Debe descansar», me dijo el doctor Azzam, y enseguida se dirigió al teléfono.

No sabía qué pensaba hacer aquel hombre distinguido. No tenía ni idea. Me dijeron que, de noche, me traerían de vuelta para la cena y que, mientras

tanto, yo debía volver al coche. Ignoraba entonces que estaba a punto de presenciar el colmo de la hospitalidad musulmana. En efecto, Abd ar-Rahman Azzam vivía en un apartamento del Hotel Palace de Yidda. Sólo porque yo llevaba la carta de un amigo, Abd ar-Rahman se quedó en casa de su hijo y dejó el apartamento a mi entera disposición hasta que partiera para La Meca.

Cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde para protestar: yo me encontraba en el apartamento y el doctor Azzam (hijo) se había marchado. No podía hacer nada. El apartamento (que tenía el número doscientos catorce) constaba de tres habitaciones y un cuarto de baño que era tan grande como una de las habitaciones dobles del Hotel Hilton de Nueva York. Tenía incluso una especie de galería en la parte exterior, la cual brindaba una magnífica vista de la antigua ciudad del mar Rojo.

Nunca había experimentado tanta necesidad de rezar como en aquel momento. Me postré en la alfombra del salón y lo hice. En ninguna de mis dos vidas como hombre negro que había llevado en Estados Unidos me había vuelto propenso a mantener actitudes idealistas. Siempre que una persona hacía algo por mí de forma desinteresada o sin yo merecerlo, estudiaba automáticamente y por instinto los motivos de esa conducta. Si esa persona era un blanco, veía enseguida la finalidad egoísta del acto en cuestión.

Pero aquella mañana, en el apartamento del Hotel Palace de Yidda, fue una de las escasas veces en que sucumbí ante el asombro. No podía creerlo. Horas antes, me encontraba en un catre, en el cuarto piso del edificio del aeropuerto. Bastó una simple llamada por teléfono para pasar de aquel catre a esa magnífica habitación. Aquel hombre blanco (o que pasaría por blanco en Estados Unidos), pariente del príncipe reinante de Arabia y uno de sus más íntimos consejeros, aquel hombre de fama internacional que no tenía absolutamente nada que ganar con ello, acababa de cederme su propio apartamento del hotel. Él lo tenía todo y no me necesitaba. No tenía nada que ganar. Al contrario, yo sólo podía causarle problemas. Estaba al corriente de mis actividades gracias a la prensa norteamericana. Conocía, en consecuencia, el baldón que me habían atribuido. Me trataban de demonio. Yo era «racista», «antiblanco», y él, a juzgar por las apariencias, era blanco.

Me acusaban de delincuente y de escudarme en la religión del islam para poner en práctica mis principios criminales y mi filosofía. Incluso si aquel hombre había pensado en aprovechase de mí, sabía que estaba separado de Elijah Muhammad y de la Nación del Islam, que era mi fuente de poder, según la prensa americana. El movimiento que acababa de fundar contaba apenas semanas de vida. Sabría, además, que yo estaba sin trabajo y sin dinero. Para hacer la peregrinación, había tenido que recurrir a mi hermana.

Aquella mañana empecé a revisar la idea que me había formado acerca del hombre blanco. Vislumbré que la expresión «hombre blanco» (en el sentido que nosotros le dábamos) hacía referencia —sólo en segundo término— al color de la piel; el significado principal tenía que ver con actitudes y hechos. En Estados Unidos, cuando hablábamos del hombre blanco, aludíamos al modo específico de tratar al negro y a las demás gentes de color. Pero en el mundo musulmán, acababa de ver hombres de piel blanca que me dispensaban un trato fraterno que yo nunca había recibido.

Aquella mañana marcó el principio de trascendentales modificaciones de las ideas que yo sostenía acerca del hombre blanco.

Deseo reproducir unos apuntes que efectué en mi cuaderno de viaje aquella tarde en el hotel. Dicen así: «Resulta indescriptible la emoción que siento en estos momentos, a la espera de comparecer ante la comisión de la *hash*. Ante mí, en dirección oeste, se halla el mar. Las calles hierven de peregrinos llegados de todas partes del mundo. Las plegarias a Alá y versículos del Corán están en labios de todos. Nunca presencié espectáculo de tamaña hermosura. La atmósfera que reina aquí no tiene parangón. Pese a la emoción, me siento a salvo y seguro, a miles de kilómetros de distancia del mundo que conozco, totalmente distinto de éste. ¡Pensar que hace apenas veinticuatro horas me encontraba en la cuarta planta del edificio del aeropuerto, en medio de personas con quienes no podía comunicarme, muy solo y con incertidumbre acerca de lo que pasaría! Pero ha bastado una sola llamada telefónica, según las instrucciones que me dio el doctor Shawarbi, y he conocido uno de los hombres más poderosos del mundo musulmán. Pronto dormiré en su lecho del Hotel Yidda Palace. Estoy rodeado de amigos cuya sinceridad y fervor religioso puedo palpar. Esto es una

bendición de Alá. Debo rezarle en agradecimiento y debo rezar también para que mi mujer y mis hijos sean siempre benditos por los sacrificios que han hecho».

Recé, en efecto, otras dos plegarias, como indiqué en el cuaderno de viaje. Luego me fui a dormir, y a las dos horas, sonó el teléfono. Era el hijo del doctor Azzam. Dijo que me recogería al cabo de una hora para ir a cenar a su casa. Las palabras me temblaban en los labios; no sabía cómo expresarle mi gratitud. Él me cortó con la frase: *Ma sha'a-llah* («Alá lo quiere así»).

Aproveché para dar una vuelta por el vestíbulo del hotel mientras esperaba al doctor Azzam. Al abrir la puerta del apartamento, vi en el otro extremo del pasillo a un hombre vestido de uniforme de gala, que también se disponía a bajar, rodeado de sus asistentes. Los seguí. Fuera del hotel, aguardaba una reducida caravana de automóviles. Mi vecino salió por la entrada principal del hotel y enseguida fue rodeado por una multitud que pugnaba por besarle la mano. Era el gran muftí de Jerusalén. Posteriormente, tendría ocasión de hablar con él en el hotel por espacio de media hora. Era un hombre de trato cordial y de gran dignidad. Estaba muy al corriente de los asuntos internacionales, e incluso conocía los últimos detalles de la política norteamericana.

Nunca olvidaré aquella cena en casa de los Azzam. Recurriré de nuevo a citar mi cuaderno de viaje: «Mi mente se negaba a aceptar que estuviera con hombres blancos. ¡Caramba, si parecían mis hermanos! El padre del doctor Azzam me trataba como si fuera mi padre; hablaba con tono paternal y con lenguaje cultísimo. En realidad, yo sentía que estaba ante mi propio padre. Se veía de lejos que era un diplomático, muy hábil y de mentalidad muy abierta. Sus conocimientos eran vastísimos. Se sabía al dedillo todas las cuestiones de la política internacional.

»A medida que transcurría la conversación, comprendí que la reserva y la variedad de conocimientos de aquel hombre eran prácticamente inagotables. Me explicó que la descendencia del profeta Mahoma era una mezcla de la raza negra y de la blanca. Añadió que el color de la piel no causaba ninguna clase de problemas en el mundo musulmán, excepto en las regiones que habían sufrido el influjo de Occidente. Esa clase de prejuicios permitía medir con toda exactitud el rastro que había dejado la cultura occidental en

el seno de los musulmanes».

Me informaron que mi solicitud de peregrinación había llegado a la comisión de la *hash* y que debía comparecer ante el tribunal a la mañana siguiente. Así lo hice.

La sala del tribunal estaba desierta, a excepción de mí y de una hermana de la India, protestante convertida al islam que pretendía, al igual que yo, realizar la peregrinación. El juez se llamaba Chej Muhammad Harkon. Era un hombre amable e impresionante al mismo tiempo, de piel cobriza, rostro pequeño y barba muy abundante. Me hizo algunas preguntas sobre la sinceridad de mi fe. Le respondí de la manera más sincera del mundo. No sólo reconoció mi condición de musulmán auténtico, sino que me regaló dos libros, uno de ellos en inglés y el otro, en árabe. Luego procedió a inscribir mi nombre en el registro sagrado de los verdaderos musulmanes y estuve listo para partir. Antes de marcharme, me dijo: «Espero que extienda la doctrina del islam en Estados Unidos». Le respondí que no lo defraudaría.

Los Azzam acogieron la nueva con gran regocijo. Comí en el hotel y luego dormí durante varias horas, hasta que me despertó el teléfono. Era Muhammad Abdul Azziz Maged, el jefe adjunto de protocolo del príncipe Faisal. «Un coche particular le conducirá a La Meca después de la cena», me comunicó. Me aconsejó que comiera mucho, pues los rituales de la peregrinación requerían mucha fuerza.

Mi asombro ya no conocía límites.

Dos jóvenes árabes me acompañaron a la Ciudad Santa. Hicimos el camino por una moderna autopista de peaje que contaba con buena iluminación. Encontramos varios retenes de guardias que inspeccionaban a los pasajeros, pero a una señal del conductor, nos dejaron pasar sin siquiera aminorar la marcha. Mi espíritu estaba confundido por una multitud de sensaciones: emoción, importancia, humildad, agradecimiento.

Llegamos a La Meca. Aquella ciudad me pareció tan vieja como el mundo. El coche aminoró la velocidad al tomar las calles serpenteantes, con tiendas a ambos lados, y por las que discurrían autocares, coches, camiones y decenas de miles de peregrinos de todas partes del mundo.

El conductor detuvo el vehículo para recoger al guía que me aguardaba.

Llevaba el casquete blanco en la cabeza y la especie de camisón blanco que ya había visto en el aeropuerto. Era un hombre de baja estatura y piel cobriza que respondía al nombre de Muhammad. No hablaba una sola palabra de inglés.

Al final, llegamos cerca de la Gran Mezquita, donde entramos tras realizar las preceptivas abluciones. Había muchísimos peregrinos amontonados los unos sobre los otros: unos estaban tumbados, otros sentados; dormían, rezaban, paseaban.

No encuentro palabras para describir la nueva mezquita que había en construcción al lado de la Ka'ba. Era una de las tremendas obras de reconstrucción que dirigía el doctor Azzam. La Gran Mezquita de La Meca, una vez concluida, superaría en hermosura al Taj Mahal de la India.

Seguí al *mutawaf* con las sandalias en la mano. Entonces, descubrí la Ka'ba, el gran edificio de piedra negra situado en el centro de la mezquita. Miles y miles de peregrinos, hombres y mujeres de todas las razas, daban vueltas a su alrededor. Conocí la oración del peregrino que ve la Ka'ba por primera vez, la cual dice, más o menos, lo siguiente: «¡Oh, Dios! Tú eres la paz y la paz viene de Ti. Concédenos, oh, Señor, la paz». El peregrino tiene que acercarse a la Ka'ba y besarla, pero si la multitud se lo impide, basta con que la toque. Y si aun eso no resulta posible, entonces debe alzar la mano y pronunciar en voz alta la palabra «Takbir» («Dios es grande»). Como me era imposible acercarme, grité: «Takbir».

Allí, en la casa de Dios, sentí una especie de aturdimiento. El *mutawaf* me conducía entre la multitud de peregrinos que rezaban y cantaban salmos mientras daban siete vueltas a la Ka'ba. Algunos estaban encorvados, apergaminados por la edad. Era una escena que me quedó grabada. Otros eran tullidos y tenían que llevarlos. Todos los rostros estaban iluminados por la fe. Una vez cumplida la séptima vuelta, recité las dos plegarias rituales (*rak'a*), con la cabeza inclinada hacia el suelo. En la primera inclinación, pronuncié el versículo del Corán: «Di que Él es Dios, el único». La segunda vez, exclamé: «Decid a los incrédulos: yo no adoro a quienes vosotros adoráis». Mientras me prosternaba, el *mutawaf* apartó a los peregrinos para que no me pisaran.

El *mutawaf* me condujo después al pozo de Zem Zem, donde bebimos

agua. A continuación, me hizo correr entre las dos colinas, Safa y Marwa, por donde Agar había errado en busca de agua para su hijo Ismael.

Después de aquel día, visité otras tres veces la Gran Mezquita y di las correspondientes vueltas a la Ka'ba. A la mañana siguiente, después de salir el sol, fuimos al monte Arafat. Miles de fieles que cumplían el mismo rito gritaban al unísono: «*¡Labbayka! ¡Labbayka!*» y «*¡Allah Akbar!*». La Meca está rodeada de montañas, las más desnudas que he visto, sin vegetación alguna. Parece la escoria de un alto horno. A mediodía, empecé a rezar y cantar salmos con los demás hasta la puesta del sol, y recité las plegarias especiales de la tarde (*asr*) y las del crepúsculo (*magrib*). Por último, alzamos las manos en gesto de plegaria y de acción de gracias, y repetimos las palabras de Alá: «Alá es el único Dios. No tiene otro igual. Suyas son la autoridad y la gloria. El bien emana de Él y tiene poder sobre todas las cosas».

El ascenso al monte Arafat era parte imprescindible del ritual y señalaba la culminación de la peregrinación a La Meca.

El *ihram* había concluido. Se tiran siete piedras para ahuyentar al diablo, como exige la tradición. Algunos peregrinos se hacen cortar el pelo y afeitar la barba. Yo decidí que me dejaría la mía. Pensé en lo que dirían Betty y mis tres hijas cuando regresase con la barba crecida. Nueva York estaba a millones de kilómetros. No había visto ni un solo periódico de lengua inglesa desde que salí de Estados Unidos. Por tanto, ignoraba que la policía de la ciudad acababa de «descubrir» un club de tiro negro que existía desde hacía doce años en Harlem y cuya paternidad me atribuían. Además, la Nación del Islam y Elijah Muhammad habían entablado una demanda judicial para desalojarme a mí y a mi familia de la casa de Long Island.

La prensa, la radio y la televisión habían enviado emisarios a El Cairo para interrogarme acerca de ese nuevo furor del que se me hacía responsable y del que yo no tenía la más mínima idea. Me habían buscado por todas partes, pero no me habían encontrado. Sólo sabía lo que había dejado en Estados Unidos y el contraste que ello ofrecía con lo que había encontrado en el mundo musulmán.

Una vez acabado el *hash*, una veintena de peregrinos, entre los que me encontraba yo, se reunieron en una tienda montada en el monte Arafat. Por

ser el musulmán norteamericano, era quien despertaba el más vivo interés. Me hacían muchas preguntas. Algunos peregrinos hablaban inglés y me servían de intérpretes. ¿Qué me había impresionado más durante la peregrinación?

«¡La fraternidad! —respondí sin vacilar—. Estos hombres de todas las razas, de todos los colores, de todos los países del mundo, forman uno solo. Lo que demuestra que hay un solo Dios y que es todopoderoso».

Quizás esa declaración no fuera de muy buen gusto y no precisamente lo que ellos esperaban. Pero me permitió realizar un rápido sermón acerca del racismo en Estados Unidos.

Noté que se quedaban asombrados. Sabían que el negro norteamericano vive en condiciones difíciles, pero ignoraban que fueran inhumanas, que se tratara, psicológicamente hablando, de una verdadera castración.

Por su condición de musulmanes, mis oyentes se enternecían enseguida, las desgracias inspiraban su compasión y eran muy sensibles a la injusticia y la mentira. Comprendieron que medía todas las cosas con la vara del racismo. Pues en efecto, de todos los males que sufre nuestro planeta, ¿no es acaso el racismo el más explosivo y pernicioso? ¿No impide esta lacra que las criaturas de Dios vivan unidas, sobre todo, en el mundo occidental?

Tenía que escribir unas cuantas cartas cuyo contenido había elaborado ya inconscientemente.

La ausencia de problemas referentes al color de la piel que había podido apreciar a diario en el mundo musulmán, tanto en la esfera religiosa como en la meramente humana, había ejercido considerable influjo sobre mi forma de pensar. En consecuencia, eso me había impulsado a revisar mis opiniones sobre la cuestión racial.

Primero, como es lógico, escribí a Betty, mi esposa. No dudé ni por un instante de que, una vez pasada la sorpresa inicial, ella seguiría mis nuevos puntos de vista. En miles y miles de ocasiones, Betty había demostrado que confiaba en mí plenamente. Ella vería lo mismo que había visto yo: que en la tierra de Mahoma y de Abraham, Alá me había dispensado la bendición de conocer la verdadera religión islámica y me había dado asimismo mejor comprensión del problema racial en Estados Unidos.

Después escribí una carta casi igual a mi hermana Ella. Ella había

ahorrado para hacer la peregrinación a La Meca y, por tanto, sabía bien de qué parte estaría.

A continuación, escribí al doctor Shawarbi, quien había creído en mi sinceridad y me había facilitado el visado para acudir a La Meca.

A lo largo de toda aquella noche, escribí cartas a las personas más allegadas a mí, las cuales, en esencia, decían lo mismo. Una de ellas iba destinada a Wallace Muhammad, el hijo de Elijah Muhammad, que estaba entonces convencido de que la única salvación que le quedaba a la Nación del Islam era la mejor comprensión de los principios del islam ortodoxo.

También escribí a mis fieles asistentes de la Mezquita Musulmana, Inc., que yo acababa de fundar en Harlem. A ellos les pedí, en nota aparte, que distribuyeran copias de mi carta a la prensa.

Sabía el asombro que causaría la carta cuando se divulgase entre mis seres queridos, amigos y enemigos. Pero sería aún mayor la sorpresa de aquellos millones a quienes yo no conocía y que, a lo largo de los doce años que permanecí junto a Elijah Muhammad, se habían formado de mí la imagen del «predicador del odio al blanco». Pero fui yo el primer sorprendido. Sin embargo, aquella carta contaba con precedentes en mi vida, que registraban una permanente serie de cambios.

Esto es lo que escribí desde lo más hondo de mi corazón:

«Nunca había visto muestras de hospitalidad tan sinceras, fraternidad tan asombrosa, como la de los hombres y mujeres de todas las razas reunidos en esta antigua Tierra Santa, patria de Abraham, de Mahoma y de otros profetas de las Sagradas Escrituras. A lo largo de esta semana, me he quedado mudo y hechizado al contemplar la benevolencia de gentes de todos los colores.

»Se me otorgó la bendición de visitar la Ciudad Santa de La Meca. Di siete veces la vuelta a la Ka’ba, guiado por un joven *mutawaf* llamado Muhammad. Bebí agua de la fuente de Zem Zem. Recorrí siete veces la distancia que media entre las colinas de Safa y Marwa. Recé en la antigua ciudad de Mina y también lo hice en el monte Arafat.

»Hay decenas de miles de peregrinos de todo el mundo y de todos los colores de piel. Rubios de ojos azules, africanos de piel negra... Todos ellos practican los mismos ritos, manifiestan el mismo espíritu de unidad y de

hermandad. Las experiencias vividas en Estados Unidos me habían llevado a creer que no era posible la fraternidad entre los blancos y las gentes de color.

»El islam es la única religión que acaba con el problema racial y, por tanto, es preciso que sea comprendido en Estados Unidos. A lo largo de los viajes que he realizado en el mundo musulmán, tuve la oportunidad de conocer, de conversar, e incluso de comer junto con personas que serían consideradas "blancas" en Estados Unidos. Sin embargo, en sus espíritus no había la actitud propia del blanco norteamericano, gracias a las enseñanzas del islam. Es la primera vez que veo reinar auténtica y sincera fraternidad entre gentes de todos los colores.

»Quizás haya quienes se sorprendan al oír estas palabras de mis labios. Todo lo que he visto y experimentado en esta peregrinación me ha obligado a revisar buena parte de mis ideas y a rechazar algunas conclusiones a las que había llegado. No me resultó tarea difícil. A pesar de la firmeza de mis convicciones, nunca a lo largo de mi vida tuve miedo de ver los hechos en su desnuda realidad, nunca temí las nuevas experiencias, ni rechacé las conclusiones que se desprenden de tales hechos. Siempre me he caracterizado por la amplitud de mente, condición necesaria que debe acompañar a la flexibilidad inherente a la búsqueda inteligente de la verdad.

»Durante los once días que he pasado aquí en el mundo musulmán, he comido en el mismo plato, bebido en el mismo vaso, dormido en la misma cama (o sobre la misma alfombra), he rezado al mismo Dios que mis correligionarios de ojos azules, cabellos rubios y piel blanca como el más blanco de los blancos. Los musulmanes blancos son tan sinceros en sus palabras y en sus actos como los musulmanes negros de África, de Nigeria, de Sudán y de Ghana.

»Somos verdaderamente hermanos. Porque la creencia en un solo Dios ha desterrado toda consideración de raza de nuestro espíritu, actos y conducta.

»Deduzco de ello que, si los blancos de Estados Unidos llegasen a aceptar la idea de un solo Dios, quizás ese día también aceptarían —en la práctica — que el hombre es igualmente uno solo. Entonces cesarían de juzgar a los demás por el color de la piel y de herirlos en consecuencia.

»El corazón de los supuestos cristianos blancos debería mostrarse más

permeable a una solución que permita acabar con el racismo, ese cáncer incurable que asola Estados Unidos, máxime cuando la solución ya ha demostrado su eficacia. Quizás estemos aún a tiempo de salvar al país de la catástrofe inminente del racismo, la misma que se abatió sobre Alemania y acabó por destruir a toda la nación.

»Cada hora que he pasado en esta Tierra Santa me ha permitido comprender mejor el problema que enfrenta al negro con el blanco en Estados Unidos. No puede culparse al negro por la animosidad que experimenta hacia el blanco, la cual es el fruto de cuatrocientos años de racismo ejercido conscientemente por este último. De seguir así, el racismo conducirá al suicidio de toda la nación. Por lo que he podido apreciar personalmente, tengo, no obstante, la firme convicción de que las nuevas generaciones de blancos (sobre todo, los estudiantes) advertirán el inminente peligro y muchos de ellos tomarán el sendero de la verdad espiritual, el único que permitirá impedir la catástrofe a que nos conduce inevitablemente el racismo.

»Nunca he sido honrado como aquí. Nunca me he sentido más humilde y más indigno. Me resulta inconcebible que todas esas bendiciones se hayan derramado sobre un simple negro norteamericano. Noches atrás, un hombre que en Estados Unidos pasaría por blanco, un diplomático de las Naciones Unidas, un embajador, amigo de reyes, me cedió su apartamento en un hotel, su propio lecho. Gracias a dicho hombre, su excelencia el príncipe Faisal, el soberano que reina en esta Tierra Santa, supo de mi presencia en Yidda. A la mañana siguiente, el hijo del príncipe Faisal en persona me comunicó que, por voluntad y decreto de su estimado padre, se me había otorgado la categoría de huésped oficial de Arabia Saudí.

»El jefe adjunto de protocolo me condujo personalmente ante el supremo tribunal de la *hash*. Su santidad Chej Muhammad Harkon concedió el pláceme a mi visita a La Meca. Me obsequió asimismo con dos libros sobre el islam, en los que estampó su firma autografiada y el sello personal, y me hizo saber que rezaría para que yo pudiera difundir ampliamente el islam en Estados Unidos. Pusieron a mi entera disposición un coche, un conductor y un guía, con el fin de que no tuviese problema alguno durante mi recorrido por esta Tierra Santa. En todas las ciudades que he visitado disfruté de

alojamiento con aire acondicionado y personal de servicio, todo ello a cargo del Gobierno. Jamás habría soñado siquiera con que algún día yo sería objeto de tales honores, los que en Estados Unidos se otorgan a los reyes, no a un simple negro de la calle.

»¡Alabado sea Alá, señor de todos los mundos!

»Atentamente,

»El-Hajj Malik El-Shabazz (Malcolm X)».

El-Hajj Malik El-Shabazz

El príncipe Faisal, gobernante absoluto de Arabia, me había convertido en huésped del Estado. Entre las cortesías y privilegios que me fueron concedidos, agradecía especialmente (sin vergüenza ninguna) el coche con chófer con el que visité La Meca mientras este último oficiaba de guía y me señalaba los lugares de particular significado. Parte de la Ciudad Santa parecía tan antigua como el tiempo mismo. Otras zonas tenían el aspecto de una moderna zona residencial de Miami. No tengo palabras para describir mis sentimientos cuando puse las manos sobre la tierra que los grandes profetas habían pisado cuatro mil años antes.

«El musulmán negro de América» despertaba en todas partes la más intensa curiosidad e interés. Me confundieron repetidas veces con Cassius Clay. Un periódico local había publicado una fotografía de Cassius y yo juntos en las Naciones Unidas. Por medio de mi chófer, guía e intérprete me hicieron docenas de preguntas acerca de Cassius. Incluso los niños lo conocían y lo querían allí, en el mundo musulmán. A petición popular, los cines de toda África y Asia habían pasado la película de su combate. En aquel momento de la joven carrera de Cassius, había atraído la imaginación y el apoyo de todo el mundo de color.

El coche me llevó a participar en oraciones especiales en el monte Arafat y en Mina. Los trayectos por carretera eran los más salvajes que he visto nunca: un tráfico de pesadilla, chirridos de frenos, coches patinando y el sonido de las bocinas. (Creo que la conducción en la Tierra Santa se hace en nombre de Alá). Había empezado a aprender las oraciones en árabe, pero la principal dificultad de la oración era física. La desacostumbrada posición

adoptada para orar había provocado que se me hinchara el dedo gordo del pie, y me dolía.

Pero las costumbres del mundo musulmán ya no me parecían extrañas. Usaba ya las manos con desenvoltura para coger la comida de un plato común compartido con otros hermanos musulmanes. Bebía sin vacilar del mismo vaso que utilizaban los demás. Me lavaba en el mismo pequeño balde de agua y dormía con otros ocho o diez sobre una estera al aire libre. Recuerdo una noche en Muzdalifa. Sobre mi cabeza no había más que el cielo y yacía despierto entre hermanos musulmanes dormidos. Aprendí aquella noche que los peregrinos de todos los países, de todos los colores, clases y rangos, desde los altos funcionarios a los mendigos, todos roncaban en el mismo lenguaje.

Apostaría a que en las partes de la Tierra Santa que visité se consumieron un millón de refrescos y se debieron de fumar unos diez millones de cigarrillos. Sobre todo los musulmanes árabes fumaban sin parar, incluso durante el peregrinaje *hash*. El mal del tabaco no se había inventado aún en la época del profeta Mahoma, de lo contrario, creo que lo hubiera prohibido.

Fue el *hash* más concurrido de la historia, según me contaron más tarde. Kasem Guliek, del parlamento turco, me informó radiante de orgullo que sólo desde Turquía habían llegado ya en peregrinaje más de seiscientos autobuses (más de cincuenta mil musulmanes). Yo le dije que soñaba con ver el día en que barcos y aviones llenos de musulmanes americanos llegaran a La Meca para el *hash*.

En las grandes muchedumbres se formaban pautas de color. Cuando me di cuenta, me dediqué a observarlas detenidamente. Ser americano me hacía particularmente sensible a las cuestiones del color. Vi que la gente de un aspecto similar tendía a reunirse y a permanecer juntos la mayor parte del tiempo. Era totalmente voluntario, no había ningún motivo para ello. Pero los africanos estaban con los africanos, los paquistaníes con los paquistaníes, etcétera. Anoté mentalmente que cuando volviera a casa les contaría a mis compatriotas lo que había observado; que donde existía una verdadera hermandad entre razas, donde nadie se sentía segregado, donde no existía complejo de superioridad ni de inferioridad, entonces, voluntaria

y naturalmente, las personas afines tendían a juntarse por lo que tenían en común.

Para cuando llegue el momento de mi próximo peregrinaje *hash*, tengo la intención de haber aprendido al menos un vocabulario básico del árabe. En Tierra Santa, a pesar de mi ignorancia e incapacidad, tuve la suerte de encontrar amigos pacientes que me sirvieron de intérpretes para poder hablar. Nunca en mi vida me sentía tan sordo y mudo como en los momentos en que no tenía un intérprete al lado para traducirme lo que otros musulmanes decían, antes de que se dieran cuenta de que «el musulmán de América» sólo sabía unas cuantas oraciones en árabe y, aparte de eso, sólo podía asentir y sonreír.

Sin embargo, detrás de mis sonrisas y asentimientos me dedicaba a pensar y reflexionar al estilo americano. Vi que las conversiones al islam en todo el mundo podían doblarse o triplicarse si se daba la debida publicidad sobre el colorido y la genuina espiritualidad del peregrinaje *hash* de cara al exterior. Me di cuenta de que los árabes no comprenden la psicología de los no árabes y la importancia de las relaciones públicas. Los árabes dicen *insha Allah* (si Dios quiere) y esperan que haya conversos. Incluso con este método, el islam progresaba, pero yo sabía que con una mejora de las relaciones públicas el número de nuevos conversos podría elevarse a millones.

Constantemente, allá donde fuera, me hacían preguntas sobre la discriminación racial en Estados Unidos. Aun teniendo un pasado como el mío a las espaldas, me dejó asombrado comprobar hasta qué punto la única y más importante imagen de mi país parecía ser la discriminación.

Ni que decir tiene que en cientos de conversaciones diferentes en Tierra Santa con musulmanes de todas las clases sociales y procedentes de todo el mundo (y más tarde, cuando fui al África negra) no dejé pasar ni una sola oportunidad de decir la verdad sobre los crímenes, males y humillaciones que sufren los negros en Estados Unidos. Por medio de mi intérprete, no perdí ocasión de dar publicidad a la situación real de los negros en Estados Unidos. Predicaba sobre ello en el monte de Arafat o en el abarrotado vestíbulo del hotel Palace. Los señalaba con el dedo, uno tras otro, para llevar el ejemplo hasta su propia casa: «Usted..., usted..., usted, a causa del

oscuro color de su piel, en Estados Unidos también le llamarían “negro”. Le tirarían bombas, le dispararían, le conducirían bastón en mano como al ganado, le regarían con mangueras a presión y le darían una paliza, sólo por su tez oscura».

Así como me oyeron predicar los más pobres peregrinos, también me oyeron algunas de las más importantes personalidades de Tierra Santa. Hablé largo y tendido con Hussein Amini, gran muftí de Jerusalén y que tenía los ojos azules y el cabello rubio. Nos presentó en el monte Arafat Kasem Gulick, del Parlamento turco. Ambos eran hombres con estudios y ambos estaban particularmente bien informados sobre Estados Unidos. Kasem Gulick me preguntó por qué había roto con Elijah Muhammad. Yo contesté que prefería no dar detalles sobre nuestras diferencias para preservar la unidad de los negros estadounidenses. Ambos lo comprendieron y lo aceptaron.

Hablé con el alcalde de La Meca, el jeque Abdula Eraif, quien siendo periodista había criticado los métodos del Ayuntamiento de La Meca... y el príncipe Faisal le había hecho alcalde para ver si él lo podía hacer mejor. En general todo el mundo estaba de acuerdo en que el jeque Eraif lo hacía muy bien. Ahmed Horyala y su compañero Essid Muhammad, de la televisión de Túnez, filmaron el reportaje «El musulmán de América». Ahmed Horyala había estado en una ocasión en Chicago para entrevistar a Elijah Muhammad.

El vestíbulo del Yidda Palace me ofrecía con frecuencia audiencias informales con hombres importantes de diferentes países que sentían curiosidad por oír al «musulmán americano». Conocí a muchos africanos que o bien habían vivido un tiempo en Estados Unidos o habían oído por boca de otros africanos el testimonio del tratamiento que recibían los negros allí. Recuerdo que, antes de presentar un acto multitudinario, un ministro de gabinete del África negra (sabía más sobre los acontecimientos del momento en todo el mundo que cualquier otra persona que yo haya conocido) me habló de una ocasión en la que viajó por Estados Unidos, norte y sur, y no vistió deliberadamente su traje nacional. El recordar las indignidades que había tenido que soportar como negro parecía poner al descubierto una fibra sensible en su digna y altamente educada apostura

oficial. Sus ojos llamearon con furia apasionada, sus manos hacían trizas el aire. «¿Por qué el hombre negro norteamericano se deja pisotear de esa manera sin protestar? ¿Por qué no lucha el negro norteamericano para que lo traten como a un ser humano?».

Un alto funcionario sudanés me abrazó y me dijo: «¡Es usted el campeón del pueblo negro norteamericano!». Un funcionario indio lloró de compasión «por mis hermanos de su país». En muchas, muchísimas ocasiones reflexioné sobre el completo lavado de cerebro que ha sufrido el negro norteamericano para que no se considere a sí mismo, como debería, una parte de los pueblos no blancos del mundo. El negro norteamericano no tiene ni idea de la preocupación que cientos de millones de otros no blancos sienten por él, ni del sentimiento de fraternidad que suscita en ellos.

Fue allí, en Tierra Santa, y más tarde en África, donde adquirí la convicción que he mantenido desde entonces, que para cualquier líder negro norteamericano debería ser requisito fundamental realizar extensos viajes a los países no blancos del mundo, y el viaje debería incluir muchas conferencias con las personalidades de esos países. Puedo garantizar que cualquier líder negro honesto y de espíritu abierto volvería a casa con ideas más eficaces sobre vías alternativas para solucionar los problemas del negro norteamericano. Por encima de todo, los líderes negros descubrirían que muchos funcionarios no blancos del más alto rango, especialmente africanos, les dirían (en privado) que están dispuestos a hacer valer su posición en las Naciones Unidas para ayudar a la causa negra, o bien por otros medios. Pero, comprensiblemente, estos funcionarios creen que el negro en Estados Unidos está tan confuso y dividido que él mismo no sabe cuál es su causa. Fueron también africanos en su mayoría los que me expresaron de diversas maneras que nadie deseaba molestarse tratando de ayudar a un hermano que no demuestra tener ganas de ser ayudado y que parece negarse a cooperar en su propio favor.

¡El problema más grave de los líderes negros norteamericanos es la falta de imaginación! Sus ideas, sus estrategias, si las tienen, se supeditan siempre, al menos en lo básico, a los consejos y a la aprobación del hombre blanco. Y la primera cosa a que se opone la estructura de poder es a que los negros empiecen a pensar en términos de internacionalidad.

Creo que la peor equivocación de las organizaciones negras norteamericanas y de sus líderes es que no han conseguido establecer unas líneas de comunicación directa de hermandad entre las naciones independientes de África y el pueblo negro norteamericano. Día tras día, los jefes de Estados africanos negros deberían recibir comunicaciones directas de los últimos avances en la lucha de los negros norteamericanos, en lugar de los comunicados que envía a los africanos el Departamento de Estado de Estados Unidos y en los cuales dan a entender siempre que el conflicto del negro norteamericano está siendo «resuelto».

Dos escritores norteamericanos, con gran éxito de ventas en Tierra Santa, han contribuido grandemente a extender y acrecentar la preocupación por el negro norteamericano. Los libros de James Baldwin han causado un tremendo impacto, al igual que el *Negro como yo*[33] de John Griffin. Por si no conocen el libro, les diré que trata de cómo el blanco Griffin se oscureció la piel y pasó dos meses viajando como negro por Estados Unidos. Luego Griffin escribió un libro donde relataba las experiencias con las que se había encontrado. «¡Una experiencia espantosa!», oí exclamar muchas veces en Tierra Santa a las gentes que habían leído el popular libro. Pero no lo oí nunca sin abrirles aún más los ojos: «Bueno, si fue una experiencia espantosa para alguien que fue tan sólo negro simulado durante sesenta días, piensen en lo que han sufrido los verdaderos negros de Estados Unidos durante cuatrocientos años».

Tuve el honor, por el que había rezado, de que Su Eminencia, el príncipe Faisal, me recibiera en audiencia personal.

Cuando entré en la habitación, el alto y apuesto príncipe Faisal se acercó a mí desde detrás de su escritorio. Nunca olvidaré lo que pensé en ese momento: que tenía delante de mí a uno de los hombres más importantes del mundo, y sin embargo, pese a su dignidad, uno veía claramente su sincera humildad. Me indicó una silla frente a la suya. Nuestro intérprete era el jefe adjunto de protocolo, Muhammad Abdul Azziz Maged, un árabe nacido en Egipto que tenía el aspecto de un negro de Harlem.

El príncipe Faisal hizo gestos de impaciencia cuando empecé a tartamudear unas palabras con las que trataba de expresar mi gratitud por el gran honor que me había dispensado al hacerme huésped del estado. Era

sólo hospitalidad musulmana hacia otro musulmán, explicó, y yo era un musulmán insólito que venía de Estados Unidos. Me pidió que comprendiera que por encima de todo lo había hecho por propia inclinación, sin ningún otro motivo.

Un criado de felinos movimientos nos sirvió dos clases de té mientras el príncipe Faisal hablaba. Su hijo, Muhammad Faisal, me había «conocido» a través de la televisión norteamericana cuando estudiaba en una universidad del norte de California. El príncipe Faisal había leído artículos de periodistas egipcios sobre los «musulmanes negros» norteamericanos. «Si lo que dicen esos periodistas es cierto, los musulmanes negros no han comprendido el islam», me dijo. Le expliqué el papel que yo había desempeñado durante los doce años previos, ayudando a organizar y construir la Nación del Islam. Le aseguré que mi propósito al hacer el *hash* era llegar a comprender el verdadero islam. «Eso está bien», asintió el príncipe Faisal, y señaló que existía documentación abundante sobre el islam traducida al inglés, por lo que no había excusa posible para la ignorancia, ni razón para que las personas sinceras se dejaran llevar por el mal camino.

El último día de abril de 1964 volé a Beirut, la capital y puerto marítimo de Líbano. Atrás dejé una parte de mí mismo, en la Ciudad Santa de La Meca. Pero a la vez me llevé conmigo, para siempre, una parte de La Meca.

Me dirigía en aquel momento a Nigeria y luego a Ghana. Pero algunos amigos que había hecho en Tierra Santa habían insistido en que hiciera algunas paradas en el trayecto, y yo había accedido. Por ejemplo, se había acordado que me detendría primero en la Universidad Norteamericana de Beirut para pronunciar un discurso ante el profesorado y los estudiantes.

En el Palm Beach Hotel de Beirut disfruté de mi primer largo sueño desde que había dejado Estados Unidos. Después salí a pasear, recuperado ya de varias semanas en Tierra Santa. De inmediato captaron mi atención las mujeres libanesas por lo sorprendente de su actitud y de sus atuendos. En Tierra Santa había visto a las mujeres árabes muy modestas y muy femeninas, pero allí me encontraba con el súbito contraste de las mujeres libanesas, medio francesas, medio árabes, que mostraban en sus vestidos y actitudes en público una mayor libertad y audacia. Vi la evidente influencia

europea sobre la cultura libanesa. Me demostró que la fortaleza moral de un país, o su debilidad, puede medirse fácilmente por la actitud pública y el atuendo de sus mujeres, en especial de las jóvenes. Allí donde el énfasis sobre las cosas materiales ha ahogado los valores espirituales, invariablemente las mujeres lo reflejan. Contemplemos a las mujeres tanto jóvenes como mayores de Estados Unidos, donde prácticamente no quedan valores morales. En la mayoría de los países sólo parece existir un extremo o el otro. El verdadero paraíso estaría allí donde el progreso material y los valores espirituales se mantuvieran en su debido equilibrio.

Expuse en la universidad de Beirut la verdad de la situación de los negros en Estados Unidos. He comentado antes que cualquier orador experimentado nota las reacciones de su público. Mientras hablaba, sentí las reacciones subjetivas y defensivas de los estudiantes blancos norteamericanos que estaban presentes, pero gradualmente su hostilidad decreció a medida que yo presentaba los hechos irrefutables. Pero los estudiantes de herencia africana..., bueno, nunca olvidaré el modo en que el africano demuestra sus emociones. Más tarde me enteré con asombro de que la prensa norteamericana había publicado que mi discurso en Beirut había originado «disturbios». ¿Qué tipo de disturbios? No comprendo cómo pudo ningún periodista, en conciencia, enviar esa información a través del océano. El artículo en primera página del *Daily Star* de Beirut sobre mi discurso no mencionaba ningún «disturbio», porque no se produjo ninguno. Cuando terminé, los estudiantes africanos prácticamente me sitiaron en demanda de autógrafos, algunos incluso me abrazaron. Ni siquiera los públicos norteamericanos negros me han aceptado nunca del modo en que los menos inhibidos y más realistas africanos me han acogido repetidamente.

Desde Beirut me dirigí a El Cairo y allí tomé un tren hasta Alejandría. En cada una de las breves escalas me entretuve sacando fotos. Finalmente tomé un avión a Nigeria.

Durante el vuelo de seis horas, cuando no hablaba con el piloto (que había participado en las Olimpiadas de 1960 como nadador), me sentaba junto a un africano con un apasionado interés por la política. Llegó casi a gritar enfervorizado: «Cuando las personas se hallan en una situación de

estancamiento y empiezan a despertar, ¡no hay tiempo para votar!». Su argumento principal era que ninguna nueva nación africana que tratara de descolonizarse necesitaba un sistema político que permitiera la división y las disputas. «¡La gente no sabe lo que significa el voto! Son los líderes cultos quienes deben encargarse de elevar el intelecto de la población».

En Lagos, me recibió el profesor Essien-Udom, de la Universidad Ibadan. Ambos nos alegramos de vernos. Nos habíamos conocido en Estados Unidos, cuando él investigaba la Nación del Islam para su libro *Black Nationalism*. Esa noche se celebró una cena en mi honor en su casa, a la que acudieron otros profesores y profesionales. Mientras cenábamos, un joven médico me preguntó si sabía que la prensa de Nueva York estaba conmocionada por el asesinato reciente de una mujer blanca en Harlem, del cual, según la prensa, muchos me culpaban, al menos indirectamente. Una pareja mayor blanca que poseía una tienda de ropa en Harlem había sido atacada por varios jóvenes negros que habían apuñalado a la mujer hasta matarla. Algunos de esos negros, al ser arrestados por la policía, habían afirmado pertenecer a una organización que ellos llamaban Hermanos de Sangre. Supuestamente, esos jóvenes habían dicho o dado a entender que estaban asociados con musulmanes negros que se habían separado de la Nación del Islam para unirse a mí.

Les dije a los demás invitados a la cena que era la primera vez que oía hablar de ellos, pero que no me extrañaba que la violencia apareciese en cualquiera de los guetos norteamericanos, donde los negros vivían como animales y eran tratados como leprosos. Afirmé que la acusación contra mí no era más que otro de los casos en los que el hombre blanco busca un cabeza de turco; que siempre que ocurría algo que no les gustaba a los blancos en la comunidad negra, lo normal era que se dirigiera la atención pública hacia un cabeza de turco escogido en lugar de ir a la causa.

En cuanto a los Hermanos de Sangre, añadí que consideraba a todos los negros mis hermanos de sangre. Dije que los esfuerzos del hombre blanco por convertir mi nombre en una maldición, en realidad sólo servían para que millones de negros me consideraran un Joe Louis.

Durante mi discurso en el Trenchard Hall de la Universidad Ibadan, insistí en que era preciso que las naciones independientes de África

comprendieran la necesidad de contribuir a que el caso afronorteamericano se presentara ante las Naciones Unidas. Dije que, al igual que los judíos norteamericanos estaban en armonía política, económica y cultural con el resto del mundo judío, tenía la certeza de que había llegado el momento de que todos los afroamericanos se unieran a los panafricanos del mundo. Expliqué que nosotros, los afroamericanos, quizá podíamos permanecer físicamente en Estados Unidos, luchando por nuestros derechos constitucionales, pero que filosófica y culturalmente necesitábamos desesperadamente «volver» a África y constituir una unidad operante dentro de la estructura del panafricanismo.

Los jóvenes africanos me hicieron preguntas acerca de política más agudas de las que uno suele oír en la mayoría de norteamericanos adultos. Luego ocurrió un hecho asombroso. Un antillano de más edad se levantó y empezó a atacarme... por atacar a Estados Unidos. «¡Cállate! ¡Cállate!», gritaron los estudiantes, abucheándole y silbándole. El antillano trató de mostrarse desafiante, pero en una súbita avalancha, un grupo de estudiantes saltó de sus asientos y se abalanzó sobre él. Apenas consiguió escapar. Nunca había visto nada igual. Gritándole corrieron tras él hasta echarlo del campus. (Más tarde descubrí que el antillano estaba casado con una mujer blanca y que intentaba conseguir un empleo en una agencia de influencia blanca, que le había obligado a desafiarme. Entonces comprendí su problema).

No sería ésa la última vez que viera en los africanos la expresión casi fanática de sus emociones políticas.

Posteriormente, en el sindicato de estudiantes, me acosaron a preguntas y me nombraron miembro honorario de la Sociedad de Estudiantes Nigerianos Musulmanes. Aquí mismo, en la cartera, llevo mi carné: «Alhadji Malcolm X. Número de Registro M-138». Al tiempo que me nombraban miembro me dieron un nuevo nombre: «Omowale». En el idioma yoruba significa «el hijo que ha vuelto a casa». Hablaba en serio cuando les dije que nunca había recibido un honor que valorara tanto.

Me enteré de que en Nigeria había seiscientos miembros de las Fuerzas de Paz.[34] Hablé con algunos de sus miembros blancos, que se mostraron visiblemente consternados por el comportamiento de su raza en Estados

Unidos. De los veinte miembros negros con los que hablé, me impresionó particularmente Larry Jackson, un licenciado del Morgan State College, de Fort Lauderdale, Florida, que se había alistado en las Fuerzas de Paz en 1962.

Hablé en programas de la radio y la televisión nigerianas. Cuando recuerdo que vi a hombres negros manejando sus propias agencias de comunicación, un estremecimiento aún me recorre la espina dorsal. Entre los periodistas que me entrevistaron se hallaba un negro norteamericano de la revista *Newsweek*, llamado Williams. En sus viajes por África, había entrevistado hacía poco al primer ministro Nkrumah.

Un grupo de funcionarios nigerianos con los que charlaba en privado me contó con qué habilidad el Departamento de Información de Estados Unidos trataba de implantar entre los africanos la idea de que los negros norteamericanos mejoraban día a día y que el problema racial se resolvería en breve. Un alto funcionario me dijo: «Nuestros líderes y muchísimos otros están informados de lo contrario». Afirmó que tras el «frente diplomático» de cada funcionario africano de las Naciones Unidas existía la convicción de la monstruosa duplicidad y conspiración del hombre blanco para mantener a los pueblos de origen africano de todo el mundo separados, tanto física como ideológicamente. «¿Cuántas personas negras de su país saben que entre Estados Unidos del Sur, Estados Unidos del Norte y Centro Estados Unidos hay más de ochenta millones de personas de ascendencia africana? —me preguntó—. ¡El curso de la historia cambiará el día en que los pueblos de herencia africana se reúnan como hermanos!».

Nunca había oído expresar ese tipo de pensamiento negro global a ningún negro de Estados Unidos.

Desde Lagos, Nigeria, me trasladé a Acra, Ghana.

Creo que no hay en el continente negro otro pueblo cuya riqueza y belleza natural sean mayores que las de Ghana, que ostenta con orgullo el reconocimiento como verdadera fuente del panafricanismo.

Al bajar del avión me encontré con una nota discordante. Un blanco norteamericano de rostro rubicundo me reconoció; tuvo la audacia de acercarse a estrecharme la mano y decirme, arrastrando las palabras con voz melosa, que era de Alabama, ¡y luego me invitó a su casa a cenar!

El salón comedor de mi hotel, cuando bajé a desayunar, estaba lleno de más blancos que discutían sobre las riquezas sin explotar de África, como si los camareros africanos no tuvieran oídos. Prácticamente me arruinó el desayuno pensar que en Estados Unidos hostigaban a los negros con perros policía, que arrojaban bombas a iglesias frecuentadas por negros al tiempo que les impedían la entrada en sus iglesias de blancos, y que en ese momento, de nuevo en el país en el que sus antepasados habían robado negros para llevarlos a la esclavitud, volvía a estar el hombre blanco.

Fue justo allí, en la mesa del desayuno en Ghana, cuando decidí que mientras estuviera en África, cada vez que abriera la boca sería para ponerle dificultades a ese hombre blanco que, sonriendo entre dientes, quería explotar de nuevo África. Primero había sido su riqueza humana, ahora quería la riqueza mineral del continente.

Y sabía que mi reacción no se contradecía con la convicción en la fraternidad que había adquirido en Tierra Santa. Los musulmanes de tez «blanca» que habían alterado mi opinión me habían demostrado que practicaban una verdadera fraternidad. Pero sabía también que resultaba difícil encontrar un hombre blanco norteamericano, por mucho que sonriera, con un genuino sentimiento de hermandad hacia un hombre negro.

El escritor Julian Mayfield parecía ser el líder de la pequeña colonia de expatriados afroamericanos en Ghana. Lo llamé por teléfono y en breve me hallé sentado en su casa, rodeado por cuarenta expatriados norteamericanos negros. Habían estado esperando mi llegada. Eran hombres de negocios y profesionales, como los antiguos militantes de Brooklyn, Robert E. Lee y su esposa, ambos dentistas, que habían renunciado a la nacionalidad norteamericana. Otros, como Alice Windom, Maya Angelou Make, Victoria Garvin y Leslie Lacy, habían formado incluso un «Comité Malcolm X» para guiarme por entre el apretado calendario de apariciones públicas y acontecimientos sociales.

Aquí en la cartera tengo algunos de los artículos de la prensa africana que se publicaron cuando se supo que viajaba hacia allí:

«El nombre de Malcolm X es casi tan familiar para los ghaneses como los perros sureños, las mangueras, los pinchos para el ganado, los bastones de la gente y los rostros blancos, feos y distorsionados por el odio...».

«La decisión de Malcolm X de entrar en la corriente principal de la lucha es un signo de esperanza en el repugnante panorama de la embrutecida resistencia pasiva no violenta...».

«Es extremadamente importante el hecho de que Malcolm X sea el primer líder afroamericano de relevancia nacional en hacer un viaje independiente a África desde que el doctor Du Bois vino a Ghana. Quizá sea éste el comienzo de una nueva fase en nuestra lucha. Asegurémonos de que no le concedemos menor importancia de la que indudablemente le otorga el Departamento de Estado norteamericano en estos momentos».

Y otro: «Malcolm X es uno de nuestros más significativos y militantes líderes. Nos hallamos en medio de una batalla. Se hará todo lo posible por calumniarlo y deshonrarlo...».

¡Sencillamente, no podía creer que a ocho mil kilómetros de Estados Unidos me recibieran así! Altos cargos de la prensa dispusieron incluso que se me pagaran los gastos de hotel e hicieron oídos sordos a todas mis objeciones. Entre ellos estaban T. D. Baffoe, redactor jefe del *Ghanaian Times*, G. T. Anim, director ejecutivo de la *Ghana News Agency*, Kofi Batsa, director del *Spark* y secretario general de la Unión Panafricana de Periodistas, el señor Cameron Duodu y otros. No pude más que darles las gracias a todos ellos. Después, durante la agradable cena que había preparado la bella esposa portorriqueña de Julian Mayfield, Ana Livia (estaba a cargo del programa de sanidad del distrito de Acra), los negros expatriados de Estados Unidos que habían regresado a la madre África demostraron su vehemente interés acribillándome a preguntas.

Ojalá todos los negros norteamericanos hubieran podido compartir mis oídos, mis ojos y mis emociones durante el tiempo que dediqué a los diversos compromisos que me habían preparado en Ghana. Y no lo digo únicamente por la bienvenida que me dispensaron como persona individual de la que habían oído hablar, porque fue una bienvenida que me ofrecieron a mí como símbolo del hombre negro norteamericano militante, como tuve el honor de ser considerado.

Durante una conferencia en un abarrotado club de prensa, creo que la primera pregunta que me hicieron fue por qué había roto mi relación con Elijah Muhammad y la Nación del Islam. Los africanos habían oído

rumores tales como que Elijah Muhammad se había construido un palacio en Arizona. Desmentí esta falsedad y decliné también criticarlo. Dije que nuestro desacuerdo se había producido en términos de dirección política y de compromiso con la lucha no religiosa por los derechos humanos. Dije que respetaba a la Nación del Islam por haber sido un movimiento de revitalización psicológica y una fuente de reforma social y moral, y que la influencia de Elijah Muhammad sobre los negros norteamericanos había sido decisiva.

Ante los medios de prensa congregados subrayé la necesidad de la comunicación y el apoyo mutuos entre los africanos y los afroamericanos, cuyas luchas tenían tanto en común. Recuerdo que en la conferencia de prensa utilicé la palabra «negro» y me corrigieron con firmeza. «Esa palabra no cuenta con simpatías aquí, señor Malcolm X. El término afroamericano tiene un mayor significado y dignidad». Me disculpé sinceramente. No creo que volviera a decir «negro» en todo el resto de mi estancia en África. Declaré que los veintidós millones de afroamericanos de Estados Unidos podían convertirse en una gran fuerza positiva para África, mientras que, a su vez, las naciones africanas podían y debían ejercer una fuerza positiva a nivel diplomático contra la discriminación racial en Estados Unidos. Éstas fueron mis palabras: «Toda África se une en contra del *apartheid* y de la opresión en los territorios portugueses. Pero pierden el tiempo si no se dan cuenta de que Verwoerd y Salazar, y Gran Bretaña y Francia, no durarían ni un día más si no fuera por el apoyo estadounidense. Así que, hasta que pongan al descubierto al hombre de la ciudad de Washington no habrán conseguido nada».

Yo sabía que G. Mennen Williams, del Departamento de Estado, estaba en África en visita oficial. Dije: «Se lo aseguro, deben desconfiar de todos esos funcionarios norteamericanos que vienen a África sonriéndoles mientras no sonríen a nuestros hermanos en su propio país». Les expliqué que los blancos habían matado a mi padre en el mismo estado de Míchigan del que G. Mennen Williams había sido anteriormente gobernador.

En el Ghana Club me honraron más representantes de la prensa y altos dignatarios. La hija del difunto escritor negro Richard Wright me invitó a su casa. La bella y esbelta Julia, de voz suave, estaba casada con un joven

francés que publicaba un periódico ghanés. Más tarde, en París, conocería a la viuda de Richard Wright, Ellen, y a su hija pequeña, Rachel.

Hablé con embajadores en sus embajadas. El embajador argelino me impresionó por ser un hombre que se dedicaba por completo a la militancia y a la revolución mundial, como el único medio de resolver los problemas de las masas oprimidas en el mundo. Su visión no se limitaba a los argelinos, sino que incluía también a los afroamericanos y a todos aquellos que estuvieran oprimidos en cualquier país. El embajador chino, señor Huang Ha, un hombre muy perceptivo y también un gran militante, se centró en los esfuerzos de Occidente por dividir a los africanos de los pueblos de herencia africana del resto del globo. El embajador nigeriano estaba profundamente preocupado por la crítica situación de los afroamericanos en Estados Unidos. Conocía personalmente sus sufrimientos, puesto que había vivido y estudiado en la ciudad de Washington. Asimismo, un extraordinariamente comprensivo embajador de Malí había estado en Nueva York, en las Naciones Unidas. Desayuné con el doctor Makonnen de la Guyana. Discutimos la necesidad de que la unidad panafricana englobara también a los afroamericanos. Y charlé en profundidad sobre los problemas afroamericanos con el ministro de cultura de Ghana, Nana Nketsia.

En una ocasión, cuando regresé al hotel, me esperaba una llamada desde Nueva York de Mal Goode, de la Norteamerican Broadcasting Company. Por teléfono, Mal Goode me formuló unas preguntas sobre los Hermanos de Sangre de Harlem, los clubs de armas para negros y otros temas con los que me identificaban en la prensa norteamericana. Grabó mis respuestas en una cinta magnetofónica cuyo zumbido percibí claramente.

En el Great Hall de la universidad de Ghana hablé ante el público más numeroso que tuve en África, en su mayor parte africanos, pero también muchos blancos. Ante ese público hice todo lo posible por derrumbar la falsa imagen de las relaciones raciales en Estados Unidos, que yo sabía que la Agencia de Información de Estados Unidos difundía. Traté de grabar en sus mentes la verdadera imagen de la situación de los afroamericanos a manos de los hombres blancos. Me dediqué sobre todo a los blancos que había entre el público:

«No había visto nunca a tantos blancos ser tan buenos con tantos negros como ustedes, los blancos de África. En Estados Unidos, los afroamericanos están luchando por la integración. Deberían venir aquí, a África, para ver cómo les sonríen ustedes a los africanos. Aquí sí hay integración. Pero ¿pueden decirles a los africanos que en Estados Unidos también les sonríen a los negros? ¡No, no pueden! Y si fuesen sinceros reconocerían que tampoco los africanos les gustan. Lo que les gusta son los minerales que África tiene bajo su suelo...».

Aquellos blancos se ruborizaron y enrojecieron. Sabían que estaba diciendo la verdad. «No soy antinorteamericano y no he venido aquí para condenar a Estados Unidos, ¡quiero que esto quede muy claro! —exclamé —. He venido aquí para decir la verdad y si la verdad condena a Estados Unidos, ¡entonces, que sea condenado!».

Una noche me reuní con muchos funcionarios de Ghana, con todos aquellos con los que había hablado previamente y con otros, en una fiesta que organizó en mi honor el honorable Kofi Baako, el ministro de Defensa de Ghana y jefe de la Asamblea Nacional. Me dijeron que aquélla fue la primera vez en que tal honor se le otorgaba a un extranjero desde que el doctor W. E. Du Bois había visitado Ghana. Hubo música, baile y excelente comida ghanesa. Varias personas en la fiesta rieron mientras comentaban que, en una fiesta anterior, ese mismo día, el embajador de Estados Unidos, Mahomey, se había esforzado en mostrarse excepcionalmente amistoso y jovial. Algunos creían que lo hacía para contrarrestar la verdad sobre Estados Unidos que yo contaba a la menor oportunidad que se me presentaba.

Recibí después una invitación que excedía mis más alocados sueños. ¡Nunca hubiera podido imaginar que tendría la oportunidad de dirigirme a los miembros del Parlamento de Ghana!

Mis comentarios fueron breves, pero enérgicos: «¿Cómo pueden condenar a Portugal y a Sudáfrica mientras en Estados Unidos los perros muerden a nuestro pueblo negro y los garrotes lo golpean?». Afirmé que estaba seguro de que el único motivo por el que los africanos negros, nuestros hermanos negros, permanecían tan callados con respecto a lo que ocurría en Estados Unidos, era que las agencias de propaganda del Gobierno estadounidense

les habían dado falsas informaciones.

Al final de mi discurso oí gritar: «¡Sí! ¡Apoyamos a los afroamericanos... moral, física y materialmente si es necesario!».

En Ghana, o mejor, en toda África negra, el mayor honor que recibí fue una audiencia en el castillo con el *Osagyefo*[35] doctor Kwame Nkrumah.

Antes de entrar a verlo, me registraron con el mayor detenimiento. Yo respeté el tipo de seguridad que los ghaneses establecían alrededor de su líder. Hizo que sintiera mucho más respeto por los negros independientes. Luego, me introdujeron en el amplio despacho del doctor Nkrumah, quien se levantó de detrás del escritorio que había en el extremo más alejado. El doctor Nkrumah llevaba un traje corriente, la mano extendida y una sonrisa en su rostro expresivo. Le estreché la mano. Nos sentamos en un sofá y charlamos. Yo sabía que él estaba muy bien informado acerca de la situación de los afroamericanos, puesto que había vivido y estudiado varios años en Estados Unidos. Estuvimos hablando sobre la unidad de los africanos con los pueblos de ascendencia africana. Estuvimos de acuerdo en que el panafricanismo era la clave también para los problemas de los pueblos de herencia africana. Percibí las cálidas, amables y pragmáticas cualidades del doctor Nkrumah. El tiempo junto a él transcurrió con demasiada rapidez. Prometí de todo corazón que cuando volviera a Estados Unidos transmitiría a los afroamericanos sus cordiales saludos personales.

Aquella tarde, a sesenta kilómetros, en Winneba, pronuncié un discurso en el Instituto Ideológico Kwame Nkrumah, donde doscientos estudiantes se preparaban para llevar a término la revolución intelectual de Ghana. Allí fui testigo una vez más de las asombrosas demostraciones de fervor político de los jóvenes africanos. Después de haber hablado, durante la ronda de preguntas, se levantó de su asiento un joven afroamericano a quien nadie allí parecía conocer. «Soy un negro norteamericano», anunció. Defendió vagamente a los blancos norteamericanos. Los estudiantes lo abuchearon y hostigaron. Luego, en el mismo instante en que terminó el mitin, acorralaron a aquel tipo con injurias verbales: «¿Eres un agente de Rockefeller...?¡Deja de corromper a nuestros hijos!». (El tipo resultó ser un maestro de escuela secundaria local, a quien una agencia norteamericana había colocado en ese puesto). «¡Ven a este Instituto a enterarte de la

verdad!». Un profesor lo rescató temporalmente, pero los estudiantes se abalanzaron sobre él y lo condujeron al exterior, gritando: «¡Soplón...! CIA... ¡Agente norteamericano!».

El embajador chino, señor Huang Hua, y su esposa dieron una cena oficial en mi honor. Entre los invitados se contaban el embajador de Cuba y el de Argelia. Allí conocí a la viuda de W. E. B. Du Bois. Tras una excelente cena se proyectaron tres películas. Una, en color, mostraba la celebración del decimocuarto aniversario de la República Popular China. En la película destacaba la presencia del antiguo militante afroamericano de Carolina del Norte, Robert Williams, que se refugió en Cuba desde que apoyó la tesis de que los negros norteamericanos debían alzarse en armas para protegerse. La segunda película se centraba en el apoyo del pueblo chino a la causa afronorteamericana. Se mostraba al presidente Mao Zedong declarando tal apoyo y también repugnantes escenas de brutalidad blanca, tanto policial como civil, contra los afroamericanos que se manifestaban en varias ciudades de Estados Unidos en demanda de derechos civiles. La última película era una dramática presentación de la revolución argelina.

El Comité Malcolm X me llevó en volandas desde la embajada china al Club de Prensa, donde se había iniciado ya una velada en mi honor. Fue la primera vez que contemplé a los ghaneses dándose a la buena vida. Todo el mundo estaba disfrutando mucho y me instaron a que pronunciara un breve discurso. Yo subrayé de nuevo la necesidad de la unidad entre africanos y afroamericanos. Grité desde el fondo de mi corazón: «¡Ahora, bailen! ¡Canten! Pero mientras lo hacen, ¡recuerden a Mandela, recuerden a Sobokwe! ¡Recuerden a Lumumba, ya muerto! ¡Recuerden a los sudafricanos que están ahora en la cárcel!».

Añadí: «¿Se preguntan por qué no bailo? ¡Porque quiero que ustedes recuerden a los veintidós millones de afroamericanos de Estados Unidos!».

¡Pero desde luego que tenía ganas de bailar! Los ghaneses disfrutaban de la buena vida como posesos. Una joven y guapa ghanesa cantó *Blue Moon* como Sarah Vaughan. Algunas veces la banda sonó como Milt Jackson, otras como Charlie Parker.

A la mañana siguiente, un sábado, oí que Cassius Clay y su séquito habían llegado. En el aeropuerto lo recibieron en olor de multitudes. Pensé que si

Cassius y yo nos encontrábamos por casualidad, probablemente a él le resultaría embarazoso, puesto que había elegido permanecer en la versión del islam de Elijah Muhammad. Yo no iba a sentirme turbado, pero era consciente de que a Cassius le habrían prohibido que se acercara a mí. Sabía que Cassius conocía el hecho de que yo había estado con él, y por él, y que había creído en él cuando quienes después lo abrazaron no confiaban en su victoria. Decidí evitar a Cassius para no ponerlo en un aprieto.

Esa tarde el alto comisario nigeriano, Su Excelencia Alhadji Isa Wali, un hombre de baja estatura, con gafas, extremadamente cordial y amistoso, que había vivido en Washington, D.C. durante dos años, ofreció un refrigerio en mi honor. Tras el refrigerio Su Excelencia habló a los invitados de sus experiencias norteamericanas sobre la discriminación y de las amistades que había hecho entre los afroamericanos. Reafirmó, además, los lazos existentes entre africanos y afroamericanos.

Su Excelencia sostuvo ante los invitados un ejemplar de gran tamaño y bonita presentación de la revista norteamericana *Horizon*. Estaba abierto por un artículo acerca de la Nación del Islam escrito por el doctor Morroe Berger, de la Universidad de Princeton. Una fotografía mía ocupaba toda una página, la página opuesta era una bella ilustración a todo color de un principesco musulmán nigeriano negro, fornido y atractivo, de siglos atrás.

«Cuando miro estas fotografías sé que estas dos personas son una sola —declaró Su Excelencia—. La única diferencia radica en su atuendo y en que uno nació en África y el otro en Estados Unidos.

»Por tanto, para que todo el mundo sepa que yo creo que somos hermanos, voy a darle a Alhadji Malcolm X una túnica como la que llevaba el nigeriano de esta foto».

Me sentí abrumado por el esplendor de la hermosa túnica azul y el turbante naranja que Su Excelencia me regaló entonces. Me incliné para que él, que era un hombre bajo, pudiera colocarme debidamente el turbante en la cabeza. Su Excelencia Alhadji Isa Wali me regaló también una traducción en dos volúmenes del sagrado Corán.

Tras aquel inolvidable refrigerio, la señora Shirley Graham Du Bois me llevó en coche a su casa, de modo que pude ver y fotografiar la casa donde su famoso marido, ya difunto, el doctor W. E. B. Du Bois, había pasado sus

últimos días. La señora Du Bois, escritora, era la directora de la televisión ghanesa, que tenía una finalidad educativa. Cuando el doctor Du Bois llegó a Ghana, me contó ella, el doctor Nkrumah trató al viejo gran militante y erudito afroamericano a cuerpo de rey, y le dio todo lo que podía desear. La señora Du Bois me dijo que cuando su marido empezó a debilitarse rápidamente, el doctor Nkrumah lo visitó y los dos hombres se despidieron, ambos conscientes de que la muerte de Du Bois estaba cerca. El doctor Nkrumah se había marchado bañado en lágrimas.

El último acontecimiento social al que asistí en Ghana fue una bonita fiesta en mi honor que organizó Su Excelencia el señor Armando Entralgo González, el embajador de Cuba en Ghana. A la mañana siguiente (era domingo) el Comité Malcolm X me estaba esperando en el hotel para acompañarme al aeropuerto. Cuando abandonaba el hotel me encontré con Cassius Clay y algunos de sus acompañantes, que volvían de su paseo matinal. Cassius pareció vacilar un momento, luego dijo algo, casi monosilábico, como «¿Qué tal?». Cruzó por mi mente el recuerdo de lo unidos que habíamos estado él y yo antes del combate que había cambiado su vida. Contesté que bien, o algo así, y luego le deseé que también él estuviera bien, y era sincero. Posteriormente envié a Cassius un mensaje por cable, diciéndole que esperaba que se diera cuenta de lo mucho que lo amaban los musulmanes de todo el mundo, y que no dejara que nadie lo utilizara y le convenciera para decir y hacer cosas que empañaran su imagen.

El Comité Malcolm X y yo intercambiábamos adioses en el aeropuerto de Acra cuando una pequeña caravana de automóviles de cinco embajadores llegó ¡para despedirse de mí!

No me quedaban palabras.

Ya en el avión con destino a Monrovia, Liberia, donde iba a pasar un día, pensé en la certeza de que, después de lo que había experimentado en Tierra Santa, el segundo recuerdo imborrable que me llevaría a Estados Unidos sería el de África agitándose en la seria conciencia de sí misma, y el de la riqueza de África, su poder y el papel que estaba destinada a desempeñar en el mundo.

Desde Monrovia volé hasta Dakar, Senegal. En el aeropuerto, los

senegaleses que habían oído hablar del musulmán de Estados Unidos se alinearon para estrecharme la mano, y firmé muchos autógrafos. «Nuestra gente no habla árabe, pero llevamos el islam en el corazón», me dijo un senegalés. Yo añadí que esas palabras describían exactamente a sus compañeros musulmanes afroamericanos.

De Dakar viajé a Marruecos, donde pasé un día turístico. Visité la famosa kasba, el gueto que había surgido en la época de la dominación francesa blanca, cuando los franceses no dejaban que los nativos de piel oscura entraran en ciertas zonas de Casablanca. Miles y miles de nativos subyugados se hacinaron en el gueto; del mismo modo que Harlem, en la ciudad de Nueva York, se había convertido en la kasba de Estados Unidos.

Era martes, 19 de mayo de 1964, el día de mi trigésimo noveno cumpleaños, cuando llegué a Argel. Muchas cosas habían ocurrido en aquellos años. En ciertos aspectos, había tenido más experiencias que una docena de hombres. El conductor del taxi que me llevaba al Hotel Aletti me describió las atrocidades que cometieron los franceses y las medidas personales que él había tomado para vengarse. Caminé por Argel oyendo a la gente de la calle expresar su odio contra Estados Unidos por apoyar a los opresores de los argelinos. Eran verdaderos revolucionarios que no temían a la muerte. Llevaban demasiado tiempo enfrentándose con este peligro.

El reactor de la Pan Norteamerican que me llevó a casa (era el vuelo 115) aterrizó en el aeropuerto Kennedy de Nueva York el 21 de mayo a las 4:25 de la tarde. Los pasajeros descendimos en fila del avión en dirección a la aduana. Cuando vi el grupo de cincuenta o sesenta periodistas y fotógrafos, me pregunté honestamente qué celebridad habría venido en el avión conmigo.

En realidad habían venido a ver al «villano».

Especialmente en Harlem, pero también en algunas otras ciudades de Estados Unidos, las explosiones que se habían pronosticado en el largo y cálido verano de 1964 habían empezado. En la prensa de los blancos, habían publicado un artículo tras otro en los que se me consideraba símbolo, si no agente desencadenante, de la rebelión y de la violencia de los negros norteamericanos, allá donde se había producido.

En la mayor rueda de prensa que he dado nunca, los flashes de las

cámaras se dispararon y los periodistas lanzaron sus preguntas.

«Señor Malcolm X, ¿qué puede decirnos de esos Hermanos de Sangre, de los que se dice que están relacionados con su organización, que están entrenados para la violencia y que han matado a blancos inocentes?». «Señor Malcolm X, ¿qué nos dice de su declaración según la cual los negros deberían crear clubes de armas?».

Contesté esas preguntas. Sabía que estaba de nuevo en Estados Unidos, escuchando las preguntas subjetivas de los blancos en busca de un cabeza de turco. Los jóvenes blancos de Nueva York mataban negros, pero ése era un problema «sociológico». Cuando los jóvenes negros mataban a alguien, la estructura de poder intentaba colgar a alguien. Cuando se linchaba o asesinaba a un negro a sangre fría, se decía siempre: «Las cosas van a mejorar». Si los blancos tenían rifles en sus casas, la Constitución les otorgaba el derecho de protegerse a sí mismos y a sus casas. Pero cuando los negros hablaban siquiera de tener rifles, se consideraba «ominoso».

Dejé caer unas palabras que los periodistas no esperaban. Dije que era preciso que los negros norteamericanos dejaran de pensar en lo que el hombre blanco les había enseñado, es decir, que los negros no tenían más remedio que suplicar por sus supuestos «derechos civiles». Afirmé que los negros norteamericanos debían darse cuenta de que tenían en sus manos un fuerte e irrefutable caso para llevar a Estados Unidos ante las Naciones Unidas y presentar la acusación formal de «negación de los derechos humanos», y que si Angola y Sudáfrica eran casos precedentes, no habría manera fácil de que Estados Unidos pudiera escapar a la censura en su propio territorio.

Exactamente como había pensado, los periodistas trataron de evitar el tema. Me preguntaron por mi «Carta desde La Meca». Tenía todo un discurso preparado para contestar a esa pregunta: «Espero que de una vez por todas mi *hash* a la Ciudad Santa de La Meca haya establecido la auténtica relación religiosa de nuestra mezquita musulmana con los setecientos cincuenta millones de musulmanes del mundo islámico ortodoxo. ¡Y yo sé que todos los negros africanos consideran a los veintidós millones de negros de Estados Unidos como sus hermanos perdidos largo tiempo atrás! ¡Nos aman! ¡Estudian nuestra lucha por la libertad! ¡Se

alegraron de saber que estamos despertando de nuestro largo sueño, después de que los supuestos cristianos blancos nos hubieran enseñado a avergonzarnos de nuestros hermanos africanos y de nuestra patria africana!

»Sí, escribí una carta desde La Meca. Me preguntan si es cierto que dije que a partir de entonces aceptaría a los blancos como hermanos. Bueno, ¡mi repuesta es que en el mundo musulmán vi, sentí y escribí que mi espíritu se había ensanchado! En el momento en que escribía, sentía un auténtico amor fraternal por muchos musulmanes blancos que nunca dieron la menor importancia a la raza o al color de la piel de otro musulmán.

»El peregrinaje ha ensanchado mis horizontes. Me bendijo con un nuevo conocimiento. En las dos semanas que pasé en Tierra Santa vi lo que nunca había visto en Estados Unidos en treinta y nueve años. ¡Vi todas las razas y colores, desde los rubios de ojos azules hasta los africanos de piel negra, en auténtica hermandad! ¡Unidos! ¡Viviendo como uno! ¡Adorando como uno! Sin segregacionistas ni liberales; no hubieran sabido cómo interpretar esas palabras.

»En el pasado, sí, acusé a todos los blancos en general. No volveré a caer de nuevo en ese error, pues ahora sé que algunos blancos son realmente sinceros, que algunos son verdaderamente capaces de comportarse como hermanos con los negros. El auténtico islam me ha demostrado que acusar a todos los blancos en conjunto es tan injusto como el que los blancos acusen a los negros en conjunto.

»¡Sí, me he convencido de que algunos blancos norteamericanos quieren contribuir a remediar el racismo violento que lleva camino de destruir este país!

»Fue en Tierra Santa donde cambió mi actitud debido a lo que allí experimenté y lo que vi en cuanto a la fraternidad, y no la fraternidad que me demostraron a mí, sino la fraternidad entre todos los hombres de todas las nacionalidades y razas que estaban allí. Y ahora que he vuelto a Estados Unidos, mi actitud con respecto a los blancos debe estar regida por lo que mis hermanos negros y yo experimentamos aquí, y lo que aquí vemos... en cuanto a la fraternidad. El problema en Estados Unidos es que los llamados blancos buenos o fraternales son una pequeña minoría. Aquí, en este país, a pesar de esos pocos blancos buenos, ¡es con el colectivo de ciento cincuenta

millones de blancos con los que el colectivo de veintidós millones de negros tiene que enfrentarse!

»¿Por qué, aquí en Estados Unidos, están tan profundamente arraigadas las semillas del racismo en la colectividad blanca? ¿Por qué su convicción de que son superiores está tan profundamente enraizada que llega a formar parte del subconsciente nacional blanco? Algunos blancos no son siquiera conscientes de su racismo hasta que se ven sometidos a prueba, y entonces surge de una u otra manera.

»¡Escuchen! El racismo del hombre blanco contra el hombre negro en Estados Unidos es lo que le ha causado dificultades con otros pueblos no blancos de todo el mundo. El hombre blanco no puede arrancarse el desprecio que automáticamente siente por cualquier otro, no importa quién, que no sea blanco. ¡Y los pueblos no blancos del mundo están hartos del condescendiente hombre blanco! Por eso tienen todos esos problemas en lugares como Vietnam. O incluso aquí en el hemisferio occidental; probablemente cien millones de personas de ascendencia africana están enfrentados unos contra otros, enseñados por el hombre blanco a odiar y a desconfiar los unos de los otros. ¡En las Antillas, Cuba, Brasil, Venezuela, en toda Sudamérica y Centroamérica! ¡Todos esos países están llenos de personas con sangre africana! También en el continente africano el hombre blanco ha estado trabajando para dividir a los negros de los árabes de tez morena, para dividir a los llamados “africanos cristianos” de los africanos musulmanes. ¿Se imaginan lo que ocurriría si todos esos pueblos de origen africano comprendieran algún día que están unidos por lazos de sangre? ¿Si se dieran cuenta algún día de que tienen un objetivo común? ¿Si al final se unieran?».

Aquel día la prensa se alegró de librarse de mí. Creo que los hermanos negros que acababa de dejar en África hubieran creído que había hecho justicia al tema. A lo largo de prácticamente toda la noche el teléfono de mi casa estuvo sonando sin cesar. Mis hermanos y hermanas negros de Nueva York y otras ciudades me llamaban para felicitarme por lo que habían oído en las noticias de la radio y la televisión. Y mucha gente, en su mayoría blancos, querían saber si hablaría en un sitio u otro.

Al día siguiente conducía mi coche por la carretera cuando en un

semáforo en rojo otro coche se detuvo junto al mío. Lo conducía una mujer blanca, y en el asiento contiguo, de mi lado, había un hombre blanco. «¡Malcolm X! —gritó él, y cuando lo miré, sacó la mano por la ventanilla sonriendo—. ¿Le importaría estrecharle la mano a un hombre blanco?». ¡Figúrense! Justo cuando el semáforo cambiaba a verde le contesté: «No me importa estrechar la mano a un ser humano. ¿Lo es usted?».

---

[33] Hay edición en Capitán Swing, 2015.

[34] Organización federal del gobierno de Estados Unidos, formada en 1961, que entrena y envía voluntarios norteamericanos al extranjero para ayudar a países en desarrollo con proyectos tecnológicos, agrícolas y de mejora de la educación.

[35] Título recibido por Nkrumah, que significa «redentor».

1965

Seamos honestos. Los negros (afroamericanos) no se mostraron dispuestos a acudir a las Naciones Unidas en demanda de justicia para los negros de Estados Unidos. En realidad, ya sabía de antemano que no lo harían. El hombre blanco norteamericano ha lavado el cerebro tan completamente al hombre negro para que éste se vea a sí mismo tan sólo como un problema interno de «derechos civiles», que probablemente moriré antes de que los negros comprendan que la lucha del hombre negro norteamericano es internacional.

También sabía que los negros no iban a seguirme al islam ortodoxo que me había dado el concepto y la perspectiva para comprender que los negros y los blancos podían realmente llegar a ser hermanos. Los negros de Estados Unidos, en especial los de mayor edad, están irremediablemente sumergidos en la doble moral cristiana de la opresión. Por ese motivo, en los mítines públicos que empecé a celebrar cada domingo por la tarde o por la noche en el conocido Audubon Ballroom de Harlem, y teniendo en cuenta que me dirigía principalmente a negros no musulmanes, no intenté convertir a los oyentes al islamismo, sino más bien abarcar a todos los que se sentaban frente a mí:

«... no hablo de musulmanes, ni de cristianos, católicos o protestantes, baptistas o metodistas, ni de demócratas o republicanos, masones u otros grupos. Estoy hablando del pueblo negro de Estados Unidos, ¡y de todos los pueblos negros de la Tierra! Porque esta gran colectividad negra de la que formamos parte se ha visto privada no sólo de derechos civiles, sino incluso de derechos humanos, del derecho a la dignidad humana...».

En las calles, después de mis discursos, en los rostros y las voces de las personas con las que me encontraba, incluso las que me estrechaban la mano y me pedían un autógrafo, percibía una actitud de expectante recelo. Percibía y comprendía su incertidumbre acerca de mi posición. Desde que la Guerra Civil le había dado la «libertad», el hombre negro había recorrido demasiadas sendas infructuosas. La mayor parte de sus líderes le habían fallado. La religión cristiana le había fallado. El hombre negro estaba asustado, era cauteloso y aprensivo.

Entonces lo comprendí mejor que antes. En Tierra Santa, lejos del problema racial de Estados Unidos, por primera vez fui capaz de pensar claramente en las divisiones básicas de los blancos de Estados Unidos y en cómo sus actitudes y motivos se relacionaban con los negros y los afectaban. En mis treinta y nueve años de vida, la Ciudad Santa de La Meca había sido el lugar donde por primera vez había estado ante el Creador de todas las cosas y me había sentido un ser humano completo.

En la paz de la Tierra Santa, la misma noche que he mencionado antes, cuando yacía despierto y rodeado de hermanos peregrinos que roncaban, mi mente me llevó por antiguos recuerdos personales que creía haber olvidado para siempre, tan lejanos en el tiempo, incluso, como cuando era un niño de ocho o nueve años. En la parte de atrás de nuestra casa, en Lansing, Míchigan, había una vieja y verde «Colina de Héctor», como la llamábamos nosotros, que quizás aún esté allí. Tumbado sobre la Tierra Santa recordé que solía tumbarme en la cima de la Colina de Héctor y mirar hacia el cielo, hacia las nubes que se movían por encima de mí, y soñar despierto todo tipo de cosas. Y luego, en un curioso contraste con ese recuerdo, evoqué los años posteriores, cuando estaba en prisión y solía tumbarme sobre el catre de mi celda (esto ocurría sobre todo cuando estaba solo, en lo que los presidiarios llamaban «el agujero») y me imaginaba arengando a grandes multitudes. No tengo la menor idea de por qué tuve esas visiones, pero existieron. Si se lo hubiera contado a alguien en aquel momento, me habrían tomado por loco. Ni siquiera yo tenía la menor sospecha...

En La Meca había recordado también los doce años que había pasado junto a Elijah Muhammad como si se tratase de una película. No creo que nadie nunca llegue a comprender realmente que mi fe en Elijah Muhammad

era total y absoluta. Creía en él no sólo como líder en el sentido humano corriente, sino también como líder divino. Creía que no tenía debilidades ni defectos humanos y que, por lo tanto, no podía cometer errores ni hacer el mal. Sobre la cima de aquella colina en Tierra Santa, me di cuenta de lo peligroso que es tener a un ser humano en tan alta estima, y sobre todo creer que una persona está «guiada y protegida por la divinidad».

En La Meca se me abrieron los ojos por completo. En las largas cartas que escribí a los amigos, traté de transmitirles mis nuevas ideas sobre la lucha del hombre negro norteamericano y sobre sus problemas, así como las profundidades de mi búsqueda de la verdad y la justicia.

«Estoy harto de la propaganda de los demás —le había escrito a esos amigos—. Quiero la verdad, la diga quien la diga. Quiero justicia, sea para quien sea o contra quien sea. Ante todo y sobre todas las cosas, soy un ser humano, y como tal estoy a favor de cualquiera o de cualquier cosa que beneficie a la humanidad en su conjunto».

La mayoría de los periódicos blancos norteamericanos se negó a transmitir mis declaraciones en las que trataba de enseñar a los negros una nueva dirección. Mientras el «largo y cálido verano» de 1964 producía regularmente nuevos incidentes, se me acusaba constantemente de «espolear a los negros». Cada vez que me ponían un micrófono de la radio o de la televisión en la boca y me preguntaban si estaba «espoleando a los negros» o «incitándolos a la violencia», me exasperaba.

«No se necesita a nadie para hacer estallar la dinamita sociológica que surge del paro, de la mala calidad de las viviendas y de una educación inferior en los guetos. Esta situación explosivamente criminal ha existido desde hace tanto tiempo que no precisa espoleta, estalla por sí sola, se incendia espontáneamente desde su propio interior...».

Me llamaban «el negro más furioso de Estados Unidos». No desmentí tal acusación. Describía con exactitud mi estado de ánimo. «Creo en la ira. La Biblia dice que hay un tiempo para la ira». Me llamaban «un maestro, un fomentador de la violencia». Yo respondía categórico: «Eso es mentira. No estoy a favor de la violencia desenfrenada, estoy a favor de la justicia. Creo que si personas blancas fueran atacadas por negros y las fuerzas de la ley se mostraran incapaces, o inadecuadas, o reacias a proteger a esos blancos de

esos negros, entonces esos blancos deberían protegerse y defenderse a sí mismos, utilizando las armas en caso necesario. Y creo que cuando la ley no consigue proteger a los negros del ataque de los blancos, entonces esos negros deberían utilizar las armas, en caso necesario, para defenderse».

«¡Malcolm X aboga por armar a los negros!».

¿Que había de malo en ello? Les diré qué había de malo. Yo era un negro que hablaba de defenderse físicamente de los blancos. Los blancos pueden linchar, quemar, bombardear y golpear a los negros, eso es correcto. «Tened paciencia... —nos dicen—, las costumbres son difíciles de cambiar... Las cosas están mejorando».

Bueno, yo creo que quien se deja pisotear y acepta esa brutalidad sin hacer nada por defenderse es un criminal. Si es así como debe interpretarse la filosofía «cristiana», si eso es lo que enseña la filosofía de Gandhi, bien, entonces, afirmo que esas filosofías son criminales.

En todos mis discursos traté de aclarar mi nueva posición con respecto a los blancos. «No estoy en contra de los blancos sinceros y bienintencionados. He aprendido que hay algunos. He aprendido que no todos los blancos son racistas. Me opongo y lucho contra los blancos racistas. Creo firmemente que los negros tienen derecho a luchar contra esos racistas por cualquier medio a su alcance».

Pero los periodistas preferían seguir relacionando mi nombre con la palabra «violencia». Dudo de que me entrevistaran alguna vez sin que tuviera que oír esa acusación.

«Estoy a favor de la violencia si la no violencia significa que continuemos aplazando la solución al problema de los negros norteamericanos únicamente para evitar la violencia. Estoy en contra de la no violencia si esto significa también retrasar la solución. Para mí una solución retrasada no es tal. Lo diré en otras palabras. Si es necesaria la violencia para que se respeten los derechos humanos de los negros en este país, estoy a favor de la violencia, como saben muy bien que también lo estarían los irlandeses, los polacos o los judíos si sufrieran una flagrante discriminación. Ellos estarían a favor de la violencia, sin importar las consecuencias, sin importar quiénes fueran las víctimas, al igual que yo».

La sociedad blanca odia a los que hablan sobre los crímenes que perpetra

contra los negros, en especial si quien habla es un negro. Siempre he sabido que ése es precisamente el motivo por el cual me llaman «revolucionario» con tanta frecuencia. ¡Suena como si hubiera cometido algún crimen! Bueno, quizás el negro norteamericano necesite realmente comprometerse en una revolución real. En alemán revolución se dice *Umwälzung*, que significa derrocamiento, cambio completo. El derrocamiento del rey Farouk de Egipto y la sucesión del presidente Nasser es un ejemplo de verdadera revolución. Significa la destrucción de un viejo sistema y su sustitución por otro nuevo. Otro ejemplo es la revolución argelina, encabezada por Ben Bella. Expulsaron a los franceses que llevaban allí más de cien años. Así pues, ¿qué pensarían de alguien que propusiera que los negros emprendieran una revolución en Estados Unidos? Sí, los negros condenan el sistema, pero no tratan de derrocarlo ni de destruirlo. ¡La llamada «rebelión» negra es meramente una llamada a ser aceptados en el sistema ya existente! Una auténtica rebelión negra supondría, por ejemplo, luchar por estados separados negros dentro de este país, por lo que ya han abogado varios grupos e individuos mucho antes que Elijah Muhammad.

Cuando los hombres blancos llegaron a esta tierra, no demostraron precisamente una «no violencia». De hecho, la misma persona cuyo nombre simboliza hoy la no violencia ha declarado lo siguiente:

«Nuestra nación nació al genocidio cuando abrazó la doctrina de que el norteamericano aborigen, el indio, era una raza inferior. Antes incluso de que grandes cantidades de negros desembarcaran en nuestras costas, la cicatriz del odio racial ya había desfigurado el rostro de la sociedad colonial. Desde el siglo xvi en adelante, se derramó sangre en batallas por la supremacía racial. Somos quizá la única nación que ha entendido el exterminio de su población indígena como una cuestión de política nacional. Y lo que es más, que ha elevado esa trágica experiencia a la categoría de noble cruzada. En realidad, ni siquiera en la actualidad se nos permite rechazar o sentir remordimientos por ese vergonzoso episodio de nuestra historia. Nuestra literatura, nuestras películas y obras de teatro, todo nuestro folclore se dedica a exaltarlo. A nuestros hijos se les enseña aún a respetar la violencia que redujo a los pieles rojas de una cultura anterior a unos pequeños grupos fragmentarios apiñados como ganado en yermas

reservas».

«¡Coexistencia pacífica!». Ésa es otra de las típicas frases que los blancos tienen siempre a mano. ¡Perfecto! Pero ¿qué ha hecho el hombre blanco? A lo largo de su historia ha enarbolado el estandarte de la cristiandad con una mano... mientras sostenía la espada y el fusil con la otra.

Podemos remontarnos al origen mismo del cristianismo. El catolicismo, la génesis del cristianismo tal como lo conocemos ahora, con su jerarquía, fue concebida en África por aquellos a los que la Iglesia Cristiana llama «Los Padres del Desierto». La Iglesia Cristiana se contagió de racismo cuando llegó a Europa. La Iglesia Cristiana volvió a África bajo el estandarte de la Cruz, conquistando, matando, explotando, cometiendo pillajes, violando, tiranizando, golpeando y enseñando la supremacía blanca. De esta forma el hombre blanco llegó a dominar el mundo, mediante el uso de la mera fuerza física, mientras que espiritualmente era del todo defectuoso. La historia de la humanidad ha demostrado siglo tras siglo que el verdadero dominio es espiritual. Los hombres se sienten atraídos por el espíritu. Por el poder, se obliga a los hombres. El espíritu engendra el amor. El poder genera ansiedad.

Estoy totalmente de acuerdo con los racistas que dicen que ninguna ley del Gobierno puede obligar a que exista fraternidad. Actualmente la única y verdadera solución de ámbito internacional son los gobiernos guiados por la verdadera religión, la del espíritu. Aquí, en la América de múltiples razas, estoy convencido de que se necesita desesperadamente la religión islámica, en particular la necesita el hombre negro. El hombre negro tiene que reflexionar, decirse a sí mismo que ha sido el más ferviente cristiano de Estados Unidos; y ¿adónde le ha conducido eso? En realidad, en manos del hombre blanco y según la interpretación del hombre blanco... ¿adónde ha conducido el cristianismo a este mundo?

Ha conducido a los dos tercios no blancos de la humanidad a la rebelión. Dos tercios de la población humana actual le están diciendo al otro tercio de hombres blancos minoritarios: «¡Vete!». Y el hombre blanco se va. Y cuando se va, vemos a los pueblos no blancos volviendo apresuradamente a su religión original, que los hombres blancos conquistadores habían tildado de «pagana». ¡Sólo una religión, el islam, ha tenido poder para alzarse y

luchar contra el cristianismo del hombre blanco durante mil años! Sólo el islam ha podido mantener a la cristiandad blanca a raya.

Los africanos están recuperando el islam y otras religiones indígenas. Los asiáticos vuelven a ser hindúes, budistas y musulmanes.

Así como la cruzada cristiana se dirigió en un tiempo hacia el este, se dirige ahora el islam hacia el oeste. Con el este (Asia) cerrado al cristianismo, con África convirtiéndose rápidamente al islam, con Europa volviéndose rápidamente acristiana, hoy en día es opinión generalizada que la civilización «cristiana» de Estados Unidos, que mantiene la posición de la raza blanca en todo el mundo, es el más fuerte bastión que le queda al cristianismo.

Bien, en ese caso, si el llamado cristianismo que se practica en la actualidad en Estados Unidos demuestra lo mejor que el mundo cristiano puede ofrecer, nadie que esté en su sano juicio necesita más pruebas de que el fin del cristianismo se acerca.

¿Son conscientes de que algunos teólogos protestantes están utilizando en sus escritos la frase «era pos-cristiana» para referirse a nuestra época?

¿Y cuál es la principal razón del fracaso de la Iglesia Cristiana? Ha fracasado porque no ha combatido el racismo. Es la vieja historia de «quien siembra vientos recoge tempestades». La Iglesia Cristiana sembró blasfemamente el racismo y ahora el racismo es su cosecha.

Imaginen en los domingos por la mañana de este año de gracia de 1965 las «conciencias cristianas» de las congregaciones protegidas por sus diáconos, que cierran las puertas a negros aspirantes a fieles diciéndoles: «¡No podéis entrar en esta casa de Dios!».

Díganme, si pueden, qué ironía más triste puede haber que el hecho de que St. Augustine, en Florida, una ciudad que ostenta el nombre de una santa negra africana que salvó al catolicismo de la herejía, fuera recientemente el escenario de sangrientos disturbios raciales.

Creo que Dios le concede ahora a la llamada sociedad blanca cristiana su última oportunidad para arrepentirse y expiar los crímenes cometidos al explotar y esclavizar a los pueblos no blancos del mundo. Es exactamente igual que cuando Dios le dio al faraón la oportunidad de arrepentirse. Pero el faraón persistió en su negativa a conceder justicia a los oprimidos. Y,

como ya sabemos, finalmente Dios destruyó al faraón.

¿Lamenta realmente la América blanca sus crímenes contra el pueblo negro? ¿Tiene la América blanca capacidad para arrepentirse y expiar sus crímenes? ¿Existe esta capacidad para arrepentirse y expiar en una mayoría, en la mitad, o siquiera en un tercio de la sociedad blanca norteamericana?

Muchos hombres negros, las víctimas, de hecho la mayoría de hombres negros, quisieran ser capaces de perdonar, de olvidar esos crímenes.

Pero la mayoría de los blancos norteamericanos no parecen sentir la necesidad de realizar expiación alguna ni de hacer justicia a los negros.

En realidad, ¿cómo podría expiar la sociedad blanca el haber sometido a millones de seres humanos a la esclavitud, la violación, la indignidad humana y otras formas de brutalidad durante siglos? ¿Qué expiación exigiría el Dios justiciero por el robo del trabajo, las vidas, la verdadera identidad, la cultura, la historia e incluso la dignidad humana del pueblo negro?

Una taza de café, un teatro, unos lavabos públicos no segregados y toda una serie de hipócritas «integraciones» no constituyen una expiación.

Después de pasar un tiempo en Estados Unidos volví al extranjero; esta vez estuve dieciocho semanas en Oriente Próximo y en África.

Los dirigentes mundiales con los que mantuve audiencias privadas incluyeron en esa ocasión al presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser; al presidente de Tanzania, Julius K. Nyerere; al presidente de Nigeria, Nnamoi Azikiwe; al *Osagyefo* de Ghana, doctor Kwame Nkrumah; al presidente de Guinea, Sekou Touré; al presidente de Kenia, Jomo Kenyatta, y al primer ministro de Uganda, doctor Milton Obote.

También me reuní con líderes religiosos africanos, árabes, asiáticos, musulmanes y no musulmanes. Y en todos esos países hablé con afroamericanos y blancos de todas las profesiones y procedencias.

El embajador blanco estadounidense en un país africano era el embajador estadounidense más respetado de toda África. Me alegra poder decir que esto me lo contó un alto dirigente africano. El embajador y yo estuvimos hablando durante toda una tarde. Teniendo en cuenta lo que me habían contado de él, tuve que creerle cuando me dijo que desde que estaba en el continente africano no había pensado nunca en términos de raza, que trataba

con seres humanos y no prestaba nunca atención a su color. Me dijo que era más consciente de las diferencias de idioma que de las raciales. Afirmó que sólo cuando volvía a Estados Unidos se daba cuenta de las diferencias de color.

Yo repliqué: «Lo que me está diciendo es que el hombre blanco norteamericano no es racista, sino que es la atmósfera política, económica y social del país la que automáticamente fomenta una psicología racista en el hombre blanco». Él estuvo de acuerdo.

Ambos coincidimos en que la sociedad estadounidense hace prácticamente imposible a los seres humanos hallarse en Norteamérica y no ser conscientes de las diferencias de color. Y coincidimos también en que Estados Unidos podría ofrecer una sociedad en la que ricos y pobres vivieran realmente como seres humanos si se eliminara el racismo.

Aquella charla con el embajador hizo surgir en mí un nuevo concepto que me gusta: que el hombre blanco no es intrínsecamente malo, sino que la sociedad racista de Estados Unidos influye sobre él y le obliga a actuar con maldad. Esa sociedad ha producido y fomentado una psicología que despierta los más bajos y ruines instintos de los seres humanos.

Tuve un tipo de conversación totalmente diferente con otro hombre blanco que conocí en África y quien, en mi opinión, personificaba exactamente lo que el embajador y yo habíamos discutido. Durante mi viaje me di cuenta por supuesto de que estaba bajo vigilancia constante. El sujeto que me seguía me resultaba particularmente desagradable. No supe por cuenta de quién trabajaba porque nunca me lo dijo, de lo contrario también lo revelaría ahora. En cualquier caso, finalmente consiguió sacarme de mis casillas cuando comprobé que ni siquiera podía comer en el hotel sin verlo a él por todas partes, observándome. Cualquiera hubiera dicho que yo era John Dillinger[36] o alguien así. Así que me levanté de la mesa del desayuno una mañana y me dirigí al asiento que él ocupaba, le dije que sabía que me estaba siguiendo y que si quería saber alguna cosa, podía preguntármela directamente. Empezó por mirarme de arriba abajo con aire despectivo. Entonces le dije a la cara que era un estúpido, que no me conocía ni sabía lo que yo representaba, que era una de esas personas que dejaba que otros pensaran por él, y que fuera cual fuese el trabajo de un hombre, debería ser

capaz al menos de pensar por sí mismo. Eso le escoció. Me atacó verbalmente.

Yo era, según él, un antinorteamericano, un no norteamericano, sedicioso, subversivo y probablemente comunista. Le contesté que sus palabras venían a demostrar lo poco que sabía de mí. Le dije que lo único de lo que el FBI, la CIA o cualquier otro podrían hallarme culpable era de tener un espíritu abierto. Le expliqué que buscaba la verdad y que intentaba medirlo todo objetivamente según lo que valía. Le dije que estaba en contra de las mentalidades estrechas y las sociedades cerradas. Le dije que respetaba el derecho de todo hombre a creer en cualquier cosa que a su inteligencia le parezca intelectualmente sensata y que esperaba de los demás que respetaran mi derecho a creer de la misma forma.

Aquel superdetective sacó entonces a colación mis creencias religiosas de «musulmán negro». Le pregunté si tal vez en su cuartel general no se habían molestado en informarle que mis actitudes y creencias habían cambiado. Le expliqué que el islam en el que creía en ese momento era el islam que se enseñaba en La Meca, que no había otro dios sino Alá, y que Muhammad ibn Abdullah[37], que vivió en la Ciudad Santa de La Meca cuatrocientos años atrás, fue el último Mensajero de Alá.

Casi desde el principio había adivinado una cosa y me arriesgué. La verdad es que conseguí desconcertar a aquel superdetective. Por la persistente subjetividad de todo lo que preguntaba y decía, había deducido lo siguiente: «¿Sabe?, creo que es usted un judío con un apellido anglicanizado». La involuntaria expresión de su rostro me confirmó que había dado en el clavo. Me preguntó cómo lo sabía. Le expliqué que tenía mucha experiencia en el modo en que me atacaban los judíos y que me resultaba fácil identificarlos. Le aseguré que lo único que tenía en contra de los judíos era que hubiera tantos judíos hipócritas que afirmaban ser amigos de los negros norteamericanos, y que me molestaba que me llamaran tan a menudo «antisemita» cuando decía cosas sobre los judíos que yo sabía que eran verdades como puños. Le dije que reconocía en los judíos el mérito de ser los blancos más activos, más ruidosos, que más dinero aportaban, más «punteros» y «liberales» que había en el movimiento por los derechos civiles de los negros. Pero también le dije que al mismo tiempo sabía que

los judíos desempeñaban esos papeles por una razón estratégica cuidadosamente calculada, que cuanto más se concentraran los prejuicios norteamericanos en los negros, más se desviarían de los judíos. Afirmé que, en mi opinión, la prueba de que la postura de muchos judíos sobre los derechos humanos no era sincera estaba en que demasiado a menudo, en el Norte, los más rápidos segregacionistas eran los mismos judíos. Tomemos por ejemplo todos los ámbitos en los que el hombre negro está intentado «integrarse»: o bien son los judíos los propietarios reales, o detentan los puestos principales de control, o tienen la mayoría de acciones, o están situados en cualquier otra posición de poderosa influencia. ¿Y acaso ejercen sinceramente esas influencias? ¡No!

Y una prueba aún más concluyente de lo que piensan realmente los judíos de los negros, le dije, era lo que ocurría invariablemente cuando un negro se mudaba a un barrio blanco residencial en el que hubiera una mayoría judía. ¿Quién encabezaba siempre el éxodo de los blancos? ¡Los judíos! Generalmente algunos blancos decidían quedarse; uno se daba cuenta siempre de quiénes eran: los católicos irlandeses, los italianos, rara vez se quedaba algún judío. E, irónicamente, a menudo los mismos judíos siguen teniendo problemas para ser aceptados.

Cuando digo estas cosas sé que todos me acusarán de antisemita. ¡Oh, sí! Pero la verdad es la verdad.

La política dominaba la escena norteamericana mientras yo viajaba por el extranjero. En El Cairo y de nuevo en Acra, los servicios cablegráficos de la prensa norteamericana llegaron hasta mí mediante llamadas transatlánticas para preguntarme si estaba a favor de Johnson o de Goldwater.

Les contesté que, en mi opinión, en lo que se refería al hombre negro norteamericano, ambos eran lo mismo. Yo pensaba que para los negros era sólo una cuestión de si se prefería a Johnson, el zorro, o a Goldwater, el lobo.

El conservadurismo en la política norteamericana significa: «Que los negros se queden donde están». Y el liberalismo: «Que los negros se queden donde están, pero engañémoslos un poco más con nuevas promesas». Ante semejante alternativa, yo pensaba que lo único que el negro norteamericano podía elegir era si quería que lo devorara el zorro

liberal o el lobo conservador, porque ambos tenían intención de comérselo.

Yo tenía tanta simpatía por Goldwater como por Johnson, sólo que en la guarida de un lobo siempre había sabido exactamente con lo que me enfrentaba. Vigilaría al peligroso lobo más de cerca que al suave y astuto zorro. El mismo aullido del lobo me mantendría alerta y lucharía con él para sobrevivir, mientras que el hábil zorro podría hacerme bajar la guardia con sus artimañas. Les daré un ejemplo del lobo. Cuando el asesinato de Dallas hizo a Johnson presidente, ¿quién fue la primera persona a la que llamó? Su mejor amigo, «Dicky», Richard Rusell, de Georgia. Johnson declaraba a diestro y siniestro que los derechos civiles eran «una cuestión moral», mientras que su mejor amigo era el racista del Sur que dirigía la oposición a los derechos civiles. ¿Qué pensarían de un sheriff que declarara estar en contra de que se atracaran bancos y tuviera a Jesse James como mejor amigo?

Respetaba a Goldwater como hombre porque exponía sus verdaderas convicciones, cosa rara en la política actual. Él no se dedicaba a susurrar a los racistas y sonreír a los segregacionistas. Creía que Goldwater no se hubiera arriesgado a adoptar una postura impopular de no ser sincero. Les dijo claramente a los negros que no estaba a favor de ellos y debemos considerar lo siguiente: que los negros siempre han avanzado más cuando han comprendido que tenían que alzarse contra un sistema que se oponía claramente a ellos. Bajo las continuas nanas cantadas por los zorrunos liberales, el negro del Norte se convirtió en un mendigo. Pero al tener que enfrentarse con el hombre blanco que honestamente le enseñaba los dientes, el negro del Sur se alzó para luchar por su libertad contra ese hombre blanco mucho antes de que ocurriera en el Norte.

En cualquier caso, no creía que Goldwater fuera mejor para los negros que Johnson, o viceversa. Yo no estuve en Estados Unidos durante las elecciones, pero de haber estado, no me hubiera colocado en la posición de votar por uno de los dos candidatos a la presidencia, ni de recomendar a ningún negro que votara. Resulta que es Johnson quien está en la Casa Blanca y los votos negros fueron un factor decisivo, tal como él esperaba. Si hubiera ganado Goldwater, al menos los negros hubieran sabido que se las tenían que ver con un lobo que honestamente les gruñía, en lugar de un

zorro que se los hubiera tragado antes de que supieran lo que estaba ocurriendo.

Seguía teniendo toda clase de problemas para fundar el tipo de organización negra nacionalista que yo quería construir para el negro norteamericano. ¿Por qué nacionalismo negro? Bueno, ¿cómo puede llegar a existir una solidaridad entre blancos y negros en la competitiva sociedad norteamericana si no hay antes una solidaridad negra? Recordarán que en mi infancia había oído hablar de las doctrinas nacionalistas negras de Marcus Garvey, las cuales, según me habían contado, habían conducido al asesinato de mi padre. Incluso en la época en que era seguidor de Elijah Muhammad, fui consciente de que las doctrinas políticas, económicas y sociales del nacionalismo negro tenían la capacidad de inculcar en el negro la dignidad racial, el incentivo y la confianza que necesita hoy la raza negra para levantarse de su postración, valerse por sí misma, librarse de sus cicatrices y adoptar una postura propia.

Uno de los mayores problemas con los que me enfrentaba a la hora de construir la organización que yo quería, una organización para todos los negros cuyo objetivo esencial fuera contribuir a crear una sociedad en la que pudiera existir una sincera fraternidad entre blancos y negros, era que mi antigua imagen, mi vieja imagen de «musulmán negro», seguía poniéndome trabas. Gradualmente intentaba dar nueva forma a esa imagen. Trataba de salir de ese encasillamiento para surgir a una nueva consideración por parte del público, sobre todo del público negro. No estaba menos furioso de lo que antes había estado, pero al mismo tiempo la verdadera fraternidad que había visto en la Tierra Santa me había hecho comprender que la ira puede cegar la visión humana.

En cuanto encontraba un momento libre, procuraba hablar largo y tendido con las personas influyentes de Harlem que conocía, y en mis muchos discursos declaraba: «El verdadero islam me ha enseñado lo siguiente: para que la familia humana y la sociedad humana estén completas, se necesitan todos los ingredientes o características religiosas, políticas, económicas, psicológicas y raciales. Desde que aprendí la verdad en La Meca, he llegado a incluir cristianos, judíos, budistas, hindúes, agnósticos, ¡e incluso ateos!, entre mis mejores amigos. ¡Tengo amigos a los que llaman capitalistas,

socialistas y comunistas! Algunos de mis amigos son moderados, conservadores, extremistas, ¡otros son incluso tíos Tom! ¡Mis amigos de hoy son negros, cobrizos, rojos, amarillos y blancos!».

A mis públicos formados por gentes de las calles de Harlem les dije que sólo cuando la humanidad se sometiera al Único Dios que nos creó a todos, sólo entonces podría la humanidad acercarse siquiera a la «paz» de la que tanto se oía hablar, pero por la que tan pocas acciones se emprendían.

Dije que, dado el nivel racial norteamericano, teníamos que abordar la lucha del hombre negro contra el racismo del hombre blanco como un problema humano. Afirmé que ambas razas, como seres humanos, tenían la obligación y la responsabilidad de corregir el problema humano de Estados Unidos. Los blancos bienintencionados debían combatir activa y directamente el racismo en los otros blancos. Y los negros tenían que crear dentro de sí mismos la conciencia de que iguales derechos conllevaban iguales responsabilidades.

Yo sabía, mejor que la mayoría de negros, cuántos blancos querían sinceramente que se resolvieran los problemas raciales de Estados Unidos. Sabía que muchos blancos estaban tan frustrados como los negros. Algunos días me llegaban hasta cincuenta cartas de blancos. Después de los mítines, los blancos a los que me había dirigido se apiñaban en torno a mí preguntándome: «¿Qué puede hacer una persona blanca sincera?».

Al hablar de ello ahora he recordado a aquella estudiante de una universidad mixta de la que he hablado antes, aquella que cogió un avión desde su universidad de Nueva Inglaterra hasta Nueva York para venir a verme al restaurante de la Nación del Islam en Harlem, y a la que dije que no podía hacer nada. Siento haberle dado esa respuesta. Ojalá supiera su nombre o su número de teléfono, o su dirección, para poder decirle lo que ahora les digo a los blancos que se acercan a mí afirmando ser sinceros y que me preguntan, de un modo u otro, lo mismo que ella me preguntó.

Lo primero que les digo es que al menos en lo que se refiere a mi propia organización negra nacionalista, la Organización para la Unidad Afro-Norteamericana, no pueden unirse a nosotros. Tengo la firme convicción de que los blancos que quieren entrar a formar parte de organizaciones negras en realidad sólo desean aquietar sus conciencias por el camino más fácil. Si

se muestran ostensiblemente cerca de nosotros, están «probando» que están con nosotros. Pero la cruda realidad es que eso no contribuye a resolver el problema del racismo en Estados Unidos. Los racistas no son los negros. Los blancos realmente sinceros que quieran «probarse» a sí mismos, no deben sumarse a las víctimas negras, sino que deben acudir a los frentes de batalla donde realmente está el racismo del país, es decir, a sus propias comunidades, porque el racismo estadounidense está entre sus propios compatriotas blancos. Ahí es donde deben trabajar los blancos sinceros que quieran conseguir algo de verdad.

Aparte de esto, no tenía nada en contra de cualquier blanco sincero que afirmara que la mera presencia de blancos en las filas de las organizaciones negras solía provocar automáticamente que la organización perdiera efectividad. Incluso los mejores miembros blancos retrasarán el descubrimiento por parte de los negros de lo que deben hacer y en particular de lo que pueden hacer por sí mismos, trabajando solos, entre los de su propia raza y en sus propias comunidades.

Por supuesto, no quiero herir los sentimientos de nadie, pero me atrevería incluso a decir que en realidad nunca he confiado en ese tipo de blancos que están tan ansiosos por rodearse siempre de negros, o por rondar las comunidades negras. No confío en los blancos a los que les gusta tener siempre negros alrededor. No sé, quizás este sentimiento sea un salto hacia atrás en el tiempo, a la época en que era un chulo de Harlem y veía a todos aquellos blancos borrachos de rostros enrojecidos en los clubs nocturnos, prestos siempre a decirle a cualquier negro: «Quiero que sepas que vales tanto como yo». Y luego cogían un taxi o su limusina negra y regresaban al centro, a los barrios en los que vivían y trabajaban y en los que era mejor que ningún negro, a menos que fuera criado, se dejara pillar. Pero en cualquier caso sé que siempre que un blanco se une a una organización negra, muy pronto los negros dependerán de los blancos para financiarla y antes de que se den cuenta estarán bajo el control de los blancos que ponen el dinero, aunque sea un negro quien figure como cabeza visible de la organización.

A los blancos sinceros les digo: «Trabajad conjuntamente con nosotros, pero cada uno de nosotros con los de su raza». Que las personas blancas

sinceras encuentren a otras personas blancas que compartan sus sentimientos. Que formen sus propios grupos de blancos que trabajen para intentar convertir a otros blancos que sean racistas. ¡Que los blancos sinceros enseñen la no violencia a todos los blancos!

Nosotros respetaremos totalmente a nuestros colaboradores. Merecerán nuestro agradecimiento. Reconoceremos su mérito. Mientras tanto, nosotros seguiremos trabajando entre los nuestros, en nuestras propias comunidades negras, mostrando y enseñando a los hombres negros lo que sólo otros hombres negros saben: que el hombre negro tiene que luchar por sí solo. Trabajando por separado, los blancos sinceros y los negros sinceros estarán trabajando unidos.

Quizá nuestra mutua sinceridad sea el camino de la salvación para el alma de Estados Unidos. Sólo podrá salvarse si los derechos humanos y la plena dignidad humana se extienden también a los negros. Sólo medidas reales y significativas como las que están motivadas sinceramente por un profundo sentido del humanismo y de la responsabilidad moral pueden llegar a la raíz de los choques raciales en la Norteamérica de hoy. De lo contrario, los choques raciales seguirán aumentando. Desde luego, no se resolverá nada echándonos a mí y a otros supuestos «extremistas» y «demagogos» negros las culpas del racismo que hay en Estados Unidos.

Algunas veces me he atrevido a soñar que un día la historia dirá quizá que mi voz, que perturbó la presunción, la arrogancia y la suficiencia del hombre blanco; que mi voz, digo, contribuyó a salvar a Estados Unidos de una tumba, posiblemente incluso de una catástrofe fatal.

El objetivo siempre ha sido el mismo, pero los métodos para alcanzarlo han sido tan diferentes como el mío y la manifestación no violenta del doctor Martin Luther King, que pone de relieve la brutalidad y maldad del hombre blanco contra los negros indefensos. En el clima racial de la Norteamérica de hoy en día, no es necesario ser muy listo para adivinar cuál de los dos «extremos» a la hora de abordar los problemas del hombre negro puede encontrarse primero y personalmente con un destino fatal, si el no violento doctor King o el mío, el llamado «violento».

Todo lo que hago ahora lo considero urgente. Ningún hombre tiene el tiempo suficiente para conseguir realizar lo que es el trabajo de su vida. Mi

vida en particular nunca se ha mantenido fija en una posición durante mucho tiempo. Ya he explicado antes que, a lo largo de mi vida, he conocido a menudo drásticos e inesperados cambios.

Me limito a enfrentarme a los hechos cuando digo que sé que en cualquier momento de cualquier día, o de cualquier noche, me llegará la muerte. Me siento así particularmente desde el último viaje que hice al extranjero. He visto la naturaleza de las cosas que están ocurriendo y he oído rumores de fuentes fidedignas.

Especular sobre mi propia muerte no me molesta como podría molestar a otras personas. Nunca he creído que iba a llegar a viejo. Antes incluso de convertirme en musulmán, cuando era un chulo en la jungla del gueto y luego un criminal en la prisión, siempre tuve la idea de que moriría de muerte violenta. En realidad, es cosa de familia. Mi padre y la mayoría de sus hermanos murieron de muerte violenta. En el caso de mi padre, murió por sus ideas. Si pienso en el tipo de cosas en las que creo, le añado mi temperamento, más una total dedicación a lo que creo, tengo todos los ingredientes que hacen prácticamente imposible que yo llegue a morir de viejo.

He consagrado a este libro todo el tiempo libre de que disponía, porque creía y esperaba que si contaba mi historia honesta y completamente, el lector objetivo hallaría en ella un testimonio de valor social.

Creo que un lector objetivo comprenderá quizá que para un joven negro que crezca en una sociedad como la norteamericana, acabar en prisión es poco menos que inevitable. Le ocurre a miles de jóvenes negros.

Creo que un lector objetivo comprenderá quizá que cuando yo oía decir: «El hombre blanco es el demonio», y recordaba mis propias experiencias, era inevitable que reaccionara con agresividad. Los siguientes doce años de mi vida estuvieron dedicados a propagar esa frase entre los negros.

Espero que el lector objetivo, al seguir mi vida (la vida de un negro creado por el gueto), adquiriera una visión y una comprensión más amplias sobre los guetos que están modelando las vidas e ideas de casi la totalidad de los veintidós millones de negros que viven en Estados Unidos.

Cada vez abunda más en esos guetos el tipo de adolescente que yo fui, con unos héroes equivocados y con las influencias erróneas. No estoy

diciendo que todos ellos vayan a convertirse en el tipo de parásito que yo era. Afortunadamente, no es así en una mayoría de casos. Pero aun así, una pequeña parte se suma cada año al conjunto de jóvenes delincuentes, cada vez más abundantes y más peligrosos. Recientemente el FBI ha hecho público un informe sobre el alarmante crecimiento de la criminalidad año tras año desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, de un diez a un doce por ciento anual. El informe no lo decía con estas palabras, pero estoy seguro de que la mayor parte del aumento en la criminalidad se produce anualmente en los guetos negros que existen gracias a la sociedad racista norteamericana. En los disturbios del «largo y cálido verano» de 1964 en las principales ciudades de Estados Unidos, los jóvenes negros de los guetos, socialmente desheredados, estaban siempre en primera fila.

En este año de 1965 estoy seguro de que se producirán más disturbios y peores en distintas ciudades, a pesar de la Ley de Derechos Civiles salvadora de las conciencias. La razón habrá que buscarla en la causa última de los disturbios: el cáncer del racismo en Estados Unidos, que ha permanecido desatendido durante demasiado tiempo.

Creo que sería absolutamente imposible encontrar un negro en Norteamérica que haya caído más bajo que yo en el lodo de la sociedad humana, o que haya sido más ignorante, o que haya sufrido mayor angustia durante toda su vida. Pero después de la más profunda oscuridad es cuando llega la más grande de las alegrías. Sólo después de la esclavitud y la prisión puede llegar el más dulce disfrute de la libertad.

Creo sinceramente que he luchado lo mejor que he sabido y podido por la libertad de mis veintidós millones de hermanos y hermanas de Estados Unidos, teniendo en cuenta mis defectos. Sé que mis defectos son muchos.

En mi opinión, mi principal carencia ha sido la de no tener la educación que yo hubiera deseado, quizá ser abogado. Creo que hubiera podido ser un buen abogado. Siempre me ha gustado la batalla verbal y el desafío. Podéis creerme cuando os digo que si ahora tuviera tiempo, no me avergonzaría lo más mínimo de volver a cualquier escuela pública de Nueva York y empezar de nuevo donde lo dejé, en el noveno curso, hasta obtener una licenciatura universitaria. Porque, para empezar, no estoy preparado para abordar muchos de los asuntos que me interesan. Por ejemplo, me encantan

los idiomas. Desearía ser un consumado políglota. No conozco nada más frustrante que estar rodeado de gente que habla un idioma que no puedes entender. Sobre todo cuando se trata de gente que es igual que tú. En África oí hablar lenguas vernáculas como el hausa y el swahili, y allí estaba yo, como un niño pequeño, esperando que alguien me tradujera lo que se decía. Nunca olvidaré lo ignorante que me sentí.

Además de los dialectos básicos africanos, me gustaría intentar aprender chino, porque me da la impresión de que el chino será el lenguaje político más poderoso del futuro. Y ya he empezado a estudiar árabe, que será en mi opinión el lenguaje espiritual más poderoso del futuro.

Me gustaría simplemente estudiar. Me refiero a todo tipo de estudios, porque tengo una mente abierta. Me interesa prácticamente cualquier tema. Sé que ése es el motivo por el que algunos de los presentadores de los programas de debate de la radio y la televisión en los que he participado han llegado a gustarme como personas, porque aunque estuvieron casi siempre en desacuerdo conmigo en cuanto al tema racial, mantuvieron la mente abierta y objetiva con respecto a la verdad de las cosas que ocurren en este mundo. Me refiero a Irv Kupcinet, de Chicago, y a Barry Farber, Barry Gray y Mike Wallace, de Nueva York, y a otras personas como ellos. También ellos me dieron a entender que respetaban mis ideas, de un modo del que sé que no fueron nunca conscientes. Yo lo supe porque con frecuencia me invitaban a opinar sobre cuestiones aparte del tema racial. Algunas veces, después de un programa, nos sentábamos por ahí y charlábamos de todo tipo de cosas, acontecimientos recientes y otros temas, durante una hora o más. La mayoría de los blancos, incluso cuando reconocen una cierta inteligencia en un negro, siguen pensando que con él sólo pueden hablar del problema racial. La mayor parte de los blancos no piensa nunca que los negros puedan aportar ideas a otras áreas del pensamiento. Uno se da cuenta de que en muy raras ocasiones los blancos les preguntan a los negros su opinión acerca del problema de la salud mundial, o de la carrera espacial para llevar al hombre a la luna.

Cada mañana me despierto con la conciencia de que me han prestado un día más. En cualquier ciudad, allá donde vaya para pronunciar discursos, celebrar mítines de mi organización o atender a otros asuntos, hombres

negros vigilan todos mis movimientos esperando la ocasión de matarme. He afirmado públicamente muchas veces que sé que tienen órdenes. Quien prefiera no creerme no conoce a los musulmanes de la Nación del Islam.

Pero también tengo la suerte de contar con fieles seguidores que me son, creo, tan devotos como en un tiempo yo lo fui del señor Elijah Muhammad. Los que pretendan cazar a un hombre deben recordar que en una jungla también hay quien caza a los cazadores.

Sé también que podría morir de repente a manos de racistas blancos, o de un negro pagado por los blancos. O quizá por obra de un negro con el cerebro lavado, que actúe por iniciativa propia creyendo que al eliminarme a mí estará ayudando a los blancos debido a mi modo de hablar sobre ellos.

En cualquier caso, vivo cada día como si estuviera ya muerto. Os diré lo que me gustaría que hicierais. Cuando haya muerto, y lo digo porque sé que no viviré lo suficiente para leer este libro cuando se publique, quiero que os mantengáis a la expectativa y comprobéis si no es cierto lo que digo, que el hombre blanco, a través de su prensa, me identificará con el odio.

Me utilizará cuando esté muerto, igual que ahora que estoy vivo, como símbolo adecuado del odio, y eso le permitirá evitar la verdad sobre mí, que todo lo que he hecho ha sido sostener un espejo para que reflejara la historia de los indescriptibles crímenes que su raza ha cometido contra la mía.

Ya lo veréis. Me colgarán la etiqueta, como mínimo, de negro «irresponsable». Siempre he creído que el líder negro al que el hombre blanco considera responsable nunca consigue resultados. Cuando se es negro, los resultados sólo se consiguen si el hombre blanco te considera irresponsable. En realidad, esto ya lo aprendí cuando era niño, y desde que he llegado a ser una especie de líder de los negros en esta racista sociedad norteamericana, cada vez que el hombre blanco me ha rechazado o atacado, me he sentido más seguro de mí mismo porque, cada vez estaba más convencido de estar en el buen camino para trabajar en favor de los negros de Estados Unidos. La oposición del racista hombre blanco me daba a entender, automáticamente, que lo que yo le ofrecía al hombre negro valía la pena.

Sí, he disfrutado con mi papel de demagogo. Sé que las sociedades han matado a menudo a las personas que más las han ayudado a cambiar. Si

cuando muera he conseguido arrojar alguna luz sobre cualquier verdad que contribuya a destruir el cáncer racista que corrompe el cuerpo de Estados Unidos, todo el mérito será de Alá. A mí atribuidme sólo los errores.

---

[36] John Herbert Dillinger (22 de junio de 1903–22 de julio de 1934) fue un asaltante de bancos de Estados Unidos, considerado como uno de los tantos iconos de la cultura popular en ese país.

[37] Mahoma.

Epílogos

MALCOLM X

Alex Haley

En 1959, cuando el público empezaba a descubrir a los musulmanes gracias al programa de televisión de Nueva York «El odio que surgió del odio», yo estaba en San Francisco a punto de retirarme tras veintinueve años en el Servicio de Guardacostas de Estados Unidos. Una amiga regresó de una visita a su hogar en Detroit y me habló de una asombrosa religión de «los negros», la Nación del Islam, a la que, para su sorpresa, se había convertido toda su familia. Escuché con incredulidad que un «científico loco, el señor Yacub», había «injertado» genéticamente la raza blanca a partir de una persona negra en origen. El líder de la organización recibía el tratamiento de «Honorable Elijah Muhammad» y un tal «ministro Malcolm X» era en apariencia el jefe de personal.

Cuando inicié mi carrera civil como escritor en la ciudad de Nueva York, recogí en Harlem un buen montón de material provocativo y luego propuse un artículo sobre el culto al *Reader's Digest*. Visité el restaurante musulmán de Harlem donde pregunté cómo podía conocer al ministro Malcolm X, a quien señalaron como el hombre que hablaba por teléfono en la cabina que había justo detrás de mí. Pronto salió; era un tipo larguirucho, de piel cobriza, que tenía treinta y cinco años en aquella época. Cuando le di a conocer mi propósito, se encolerizó y sus ojos me atravesaron desde detrás de las gafas de concha. «¡Es usted otra de las herramientas del hombre blanco, le han enviado!», me acusó con aspereza. Yo le expliqué que tenía un trabajo legítimo de periodista y le mostré la carta de la revista en la que

se afirmaba que se precisaba un artículo objetivo, que comparara lo que decían los musulmanes de sí mismos y lo que de ellos decían sus detractores. Malcolm X replicó con un resoplido que ninguna promesa de un hombre blanco valía siquiera el papel en la que estaba escrita. Necesitaría tiempo para decidir si cooperaría. Mientras tanto, sugirió que acudiera a algunas de las reuniones del Templo Número Siete de Harlem (desde entonces el nombre de «templos» ha sido reemplazado por el de «mezquitas»), que estaba abierto a los negros no musulmanes.

En torno al restaurante musulmán conocí a algunos de los conversos, todos ellos pulcramente vestidos y de una cortesía casi molesta. Sus modales y su aspecto reflejaban la espartana disciplina personal que exigía la organización y ninguno de ellos decía otra cosa que no fueran los tópicos de la Nación del Islam. Incluso un tiempo excelente se consideraba una bendición de Alá, con el consecuente mérito atribuido al «Honorable Elijah Muhammad».

Finalmente, el ministro Malcolm X me dijo que no aceptaría una responsabilidad personal. Afirmó que debía hablar del artículo con el señor Muhammad en persona. Yo expresé mi presta disposición, se estableció una cita y tomé un avión con dirección a Chicago. El señor Muhammad, de esbelta complexión, actitud tímida y voz melosa, me invitó a cenar con su círculo familiar más íntimo en su mansión. Me di cuenta de que me estaba juzgando cuidadosamente mientras hablaba sobre todo de la estrecha vigilancia que el FBI y la Administración de Hacienda Pública mantenían sobre su organización, así como del rumor sobre una próxima investigación del Congreso. «Pero no temo a ninguno de ellos; tengo todo lo que necesito: la verdad», afirmó el señor Muhammad. El hecho de que yo quisiera escribir un artículo no se planteó en ningún momento, pero Malcolm X se mostró mucho más cooperativo cuando regresé.

Se sentaba conmigo a una mesa de mantel blanco en el restaurante musulmán y contestaba cautelosamente a todas mis preguntas entre constantes interrupciones de llamadas de la prensa de Nueva York en la cabina telefónica. Cuando le pregunté si se me permitiría observar las actividades musulmanas en otras ciudades, habló con otros ministros para que me dejaran acudir a las reuniones en templos de Detroit, Washington y

Filadelfia.

Mi artículo, titulado «Mr. Muhammad Speaks» («El señor Muhammad habla»), apareció a principios de 1960 y fue la primera noticia publicada en una revista sobre el fenómeno. Rápidamente llegó una carta del señor Muhammad agradeciendo que el artículo cumpliera mi promesa de ser objetivo y Malcolm X telefoneó para dedicarme cumplidos similares. Por esa época se publicó el libro del doctor C. Eric Lincoln *The Black Muslims in America*, y los musulmanes negros se convirtieron en un tema de interés creciente. Durante 1961 y 1962, el *Saturday Evening Post* me dio como compañero a un periodista blanco, Al Balk, para realizar un artículo. Después hice una entrevista personal a Malcolm X para la revista *Playboy*, que había prometido publicar palabra por palabra todas sus respuestas a mis preguntas. Durante esa entrevista de varios días de duración, Malcolm X exclamó en repetidas ocasiones, tras una afirmación particularmente mordaz, anticristiana o antiblanca: «¡Usted sabe que ese demonio no va a publicar esto!». Se quedó estupefacto cuando *Playboy* mantuvo su palabra.

Malcolm X empezó a tomarme cierta simpatía. Era perfectamente consciente del poder que tenía la prensa nacional y había llegado a considerarme, aun conservando cierto recelo, como una vía de acceso a los medios de comunicación. Ocasionalmente empezó a llamarme por teléfono para avisarme de alguna aparición en radio, en televisión o en vivo que estuviera a punto de hacer, o me invitaba a acudir a una cita benéfica u otro asunto público de los musulmanes negros.

Me hallaba en esta etapa de mi relación con el Malcolm X que a menudo se describía a sí mismo en radio o televisión como «el negro más enfurecido de Estados Unidos», cuando a principios de 1963 mi agente me puso en contacto con un editor a quien la entrevista de *Playboy* le había sugerido la idea de publicar una autobiografía de Malcolm X. Me preguntó si creía que yo podría conseguir que el agitador, ya conocido a escala nacional, consintiera en contar los detalles más íntimos de su vida. Yo contesté que no lo sabía, pero que se lo preguntaría a él. El editor me preguntó si podía esbozar lo que probablemente constituirían los aspectos más sobresalientes del libro y, cuando empecé a hablar, me di cuenta de lo poco que conocía al hombre personalmente, a pesar de todas mis entrevistas. Respondí que la

pregunta me había hecho darme cuenta de lo cuidadoso que había sido siempre Malcolm X en minimizarse a sí mismo y en exagerar la importancia de su líder, Elijah Muhammad.

En realidad, todo lo que yo sabía, dije, era que había oído a Malcolm X referirse de pasada a su vida delictiva y carcelaria antes de convertirse en un musulmán negro; que varias veces me había contado: «No creería mi pasado», y que había oído a otros decir que, en el pasado, había traficado con drogas y mujeres y había cometido atracos a mano armada.

Yo sabía que Malcolm X tenía una obsesión casi fanática por el tiempo. «Tengo menos paciencia con alguien que no lleve reloj que con cualquier otra persona —me había explicado en una ocasión—. En todos nuestros actos, la debida estima y respeto por el tiempo determinan el éxito o el fracaso». Se decía que allá donde Malcolm X diera una conferencia aumentaba el número de musulmanes negros, y conocía su orgullo por que los presos negros de la mayoría de cárceles estuvieran descubriendo la religión musulmana, como le había ocurrido a él cuando era convicto. Sabía que hacía gala de comer tan sólo lo que un musulmán negro (preferiblemente su mujer Betty) hubiera cocinado, y bebía innumerables tazas de café que aligeraba con nata, comentando irónicamente: «El café es la única cosa integrada que me gusta». Mientras comíamos le expliqué al editor y a mi agente cómo conseguía Malcolm X hacer que los no musulmanes se sintieran incómodos, como, por ejemplo, en una ocasión en que se ofreció a llevarme en coche hasta una parada de metro y al ir a encender yo un cigarrillo, observó secamente: «Eso le convertiría a usted en la primera persona que haya fumado en este automóvil».

Malcolm X me miró sobresaltado cuando le pregunté si me contaría la historia de su vida para publicarla. Fue una de las pocas veces en que lo vi vacilar. «Tendré que pensar mucho en ese libro», dijo finalmente. Dos días más tarde me telefoneó para que nos encontráramos de nuevo en el restaurante de los musulmanes negros. Me dijo: «Acepto. Creo que la historia de mi vida puede ayudar a las personas a comprender mejor cómo el señor Muhammad salva a los negros. Pero no quiero que nadie malinterprete mis motivos; la Nación del Islam deberá recibir cada centavo que yo gane». Por supuesto, sería necesario el consentimiento del señor

Muhammad, y tendría que pedírselo usted mismo.

Así pues, de nuevo cogí un avión para ir a ver al señor Muhammad, pero aquella vez fui a Phoenix, Arizona, donde la Nación del Islam le había comprado una casa en el clima seco y caluroso que aliviaba su grave estado bronquial. Hablamos a solas en esa ocasión. Me contó que su organización había avanzado mucho con musulmanes sin apenas educación y que podrían realizarse verdaderos progresos con el hombre negro si su organización recibiera la ayuda de algunos de los talentos existentes en la raza negra. Añadió: «Y una de nuestras mayores necesidades es de escritores», pero no me instó a contestar. De repente empezó a toser y rápidamente empeoró. Me levanté de mi asiento, alarmado, y me acerqué a él, pero me hizo señas de que me alejara, afirmando entrecortadamente que estaba bien. Entre jadeos me dijo que sentía que «Alá aprobaba» el libro. Prosiguió: «Malcolm es uno de mis ministros más sobresalientes». Después de ordenar a su chófer que me llevara de regreso al aeropuerto de Phoenix, se despidió de mí rápidamente y salió con premura de la habitación tosiendo.

De vuelta en el este, Malcolm X leyó cuidadosamente y firmó después el contrato de publicación. Luego sacó de la cartera un trozo de papel cubierto con su habitual escritura irregular. «Ésta es la dedicatoria del libro», explicó. Leí: «Dedico este libro al Honorable Elijah Muhammad, quien me halló aquí en Estados Unidos en el estiércol y el lodo de la civilización y sociedad más inmundas de la tierra, de donde me sacó, me limpió para que me valiera por mí mismo y me convirtió en el hombre que soy hoy».

El contrato establecía que todo el dinero que correspondiera a Malcolm X «debía pagarse a través del agente a la Mezquita de Muhammad Número Dos», pero Malcolm X lo consideró insuficiente. Me dictó una carta a máquina que él firmaría: «Toda ganancia que represente mi participación según contrato de los ingresos financieros, deberá ser pagadera a través del agente literario a la Mezquita de Muhammad Número Dos. Estos pagos deberán enviarse a la siguiente dirección: Señor Raymond Sharrieff, 4847 Woodlawn Avenue, Chicago 15, Illinois».

Me dictó asimismo otra carta que establecía un acuerdo entre nosotros dos: «En este manuscrito no habrá nada que yo no haya dicho, y nada que

yo quiera poner en él podrá omitirse».

A mi vez, le pedí a Malcolm X que me firmara una garantía personal de que, por ocupado que estuviera, me concedería una cuota prioritaria de su tiempo para el libro, previsto en cien mil palabras, «como se me había indicado», que detallaría toda su vida. Y meses más tarde, en una época de tensión entre nosotros, le pedí (y él me lo concedió) permiso para que al final del libro yo pudiera escribir mis propios comentarios sobre él, que no estarían sujetos a su revisión.

Malcolm X empezó de inmediato a hacerme visitas de dos y tres horas, aparcando su Oldsmobile azul en el exterior del despacho que por entonces tenía yo en Greenwich Village. Llegaba siempre alrededor de las nueve o las diez de la noche con su cartera de piel marrón que, unida a su aspecto académico, le daba el aire de un afanado abogado. Inevitable era que estuviera cansado después de un largo día de trabajo, y algunas veces estaba exhausto.

Nuestro comienzo fue realmente pobre. Usando de una palabra que a él le gustaba, creo que ambos estábamos un poco «amedrentados». Sentado justo delante de mí y mirándome fijamente estaba el feroz Malcolm X, que podía mostrarse tan mordaz con los negros que lo enfurecían como lo era con los blancos en general. En la televisión, en las conferencias de prensa y en las reuniones de los musulmanes, le había oído atacar agriamente a otros escritores negros, llamándolos «tíos Tom», «negros de corral» y «negros con ropajes blancos». Y ahí estaba yo sentado, mirándolo fijamente, proponiéndole pasar un año sondeando sus más íntimos secretos, cuando había desarrollado prácticamente una fobia por el secretismo durante sus años delictivos y luego en la jerarquía de los musulmanes. Mis veinte años en el servicio militar y mi convicción religiosa cristiana tampoco ayudaban mucho; él hacía escarnio a menudo de tales afiliaciones en los negros. Y aunque en aquel momento me instara indirectamente a escribir sobre los musulmanes para revistas nacionales, me había dicho en varias ocasiones y de formas diversas: «Ustedes, los negros con capacidad profesional de cualquier tipo, despertarán algún día y descubrirán que deben unirse bajo el liderazgo del Honorable Elijah Muhammad para salvarse». Malcolm X también estaba convencido de que el FBI había «ocultado micrófonos» en

mi estudio, probablemente sospechaba que quizá lo habrían hecho con mi colaboración. Durante las primeras semanas no entraba nunca en el despacho donde trabajábamos sin exclamar: «Probando, probando, un, dos, tres...».

Se produjeron tensos incidentes. Un amigo blanco se hallaba en el despacho una noche en que Malcolm X llegó un poco antes de lo previsto y se cruzaron en el pasillo. El comportamiento de Malcolm X durante toda aquella sesión sugirió que sus peores dudas se habían confirmado. En otra ocasión, cuando Malcolm X estaba sentado arengándome sobre las glorias de la organización musulmana mientras hacía gestos con el pasaporte en la mano, se dio cuenta de que yo intentaba leer el número perforado y de repente me lo lanzó, con el cuello hinchado de furia: «Tenga, lea bien el número, pero no le dirá nada que el demonio blanco no sepa ya. Fue él quien me lo dio».

Durante quizás un mes temí que no hubiera libro. Malcolm X seguía dirigiéndose formalmente a mí como «Señor» y mi cuaderno de notas apenas contenía otra cosa que no fuera la filosofía de los musulmanes negros, alabanzas al señor Muhammad y los «males» del «demonio blanco». Se encolerizaba cuando yo le recordaba que el libro propuesto trataba sobre su vida. Estaba pensando en que quizá tendría que decirle al editor que sencillamente no era capaz de meterme en el tema cuando se produjo la primera señal de esperanza. Yo había notado que, cuando Malcolm X hablaba, a menudo y simultáneamente se dedicaba a garabatear con su bolígrafo rojo en cualquier papel que tuviera a mano. Algunas veces era en el margen de un periódico que hubiera llevado consigo, otras era en las fichas que llevaba en la parte posterior de una pequeña agenda de tapas rojas. Empecé a dejar una o dos servilletas de papel blancas a su alcance cada vez que le servía más café y la treta funcionó. Algunas veces garabateaba en las servilletas, que yo recogía cuando él se marchaba. Éstos son algunos ejemplos:

«Aquí yace un HA, asesinado por un HN que luchaba por el HB, quien asesinó a todos los HR». (No era demasiado difícil la interpretación conociendo a Malcolm X. «HA» era hombre amarillo; «HN», hombre negro; «HB», hombre blanco, y «HR», hombre rojo).

«Nada ha sucedido nunca sin motivo. Porque el HB no se enfrentará con la condición del HN. El HB está obsesionado por ocultar su culpa».

«Si la cristiandad se hubiera impuesto en Alemania, seis millones de judíos vivirían».

«El HB es siempre tan rápido en decirle al HN: "¡Mira lo que he hecho por ti!". ¡No! ¡Mirad lo que nos habéis hecho!».

«El HN se enfrenta con el HB que nos sacó los ojos y ahora nos condena porque estamos ciegos».

«Las únicas personas que cambiaron realmente la historia fueron las que cambiaron el pensamiento de los hombres sobre sí mismos. Hitler al igual que Jesús. Stalin al igual que Buda... Hon. Elijah Muhammad...».

A través de una pista que me dio uno de sus apuntes conseguí por fin lanzar un señuelo que Malcolm X se tragó. «La mujer que llora constantemente lo hace sólo porque sabe que se saldrá con la suya», había garabateado. Saqué a colación el tema de las mujeres. Súbitamente, entre sorbos de café y más garabatos, dio rienda suelta a su postura crítica y escéptica sobre las mujeres.

«Nunca se puede confiar plenamente en una mujer —manifestó—. Tengo a la única que he conocido en la que confiaría un setenta y cinco por ciento. Ella lo sabe. Le he dicho a ella como le digo a usted que he visto a demasiados hombres destruidos por sus esposas o sus mujeres.

»No confío plenamente en nadie —prosiguió—, ni siquiera en mí mismo. He visto a demasiados hombres destruidos por sí mismos. En otras personas mi confianza varía del cero absoluto a un alto grado, como es el caso del Honorable Elijah Muhammad. —Malcolm X me miró de frente—. En usted confío alrededor de un veinticinco por ciento».

Tratando de que Malcolm X siguiera hablando, exploté el tema de la mujer por si servía de algo. Con aire de triunfo exclamó: «¿Sabe por qué Benedict Arnold[38] se convirtió en traidor...? ¡Por una mujer! —Y añadió —: Por muchas otras cosas que sea una mujer, no me importa qué mujer sea, empieza por ser vanidosa. Puedo demostrarlo y usted también en cuanto quiera, y sé de lo que estoy hablando, lo he hecho ya. Piense en la mujer de aspecto más antipático y comportamiento más mezquino que conozca, una de esas mujeres que nunca sonríen. Bien, cada vez que vea a

esa mujer, mírela directamente a los ojos y dígale: “Creo que eres hermosa”. Observe lo que ocurre. El primer día quizá le mande a freir espárragos, el segundo día también, pero usted siga observando, insista, y tras un tiempo ella empezará a sonreír en cuanto lo vea aparecer».

Cuando Malcolm X se marchó esa noche recogí más servilletas de papel garabateadas que probaban una vez más que Malcolm X podía estar hablando de una cosa y pensar en otra:

«Los negros son demasiado rectos. El HB dice: “Quiero este pedazo de tierra, ¿cómo consigo echar a este par de miles de HN que hay en él?”».

«Tengo una esposa que comprende, o si no lo hace, al menos lo finge».

«La lucha del HN no conseguirá nunca el completo apoyo del exterior que necesita a menos que el HB forme primero su propio frente unido».

«Siéntate, habla con personas de cerebro que yo respeto. Todos queremos la misma cosa, sentarnos a examinar los problemas».

«Provocaría una conmoción si revelara los nombres de líderes del HN que se han encontrado en secreto con THEM». (Las siglas en mayúsculas corresponden a The Honorable Elijah Muhammad).

Entonces, una noche, Malcolm X llegó prácticamente arrastrando los pies de pura extenuación. Durante dos horas, paseó de un lado a otro soltando una diatriba contra los líderes negros que atacaban a Elijah Muhammad y a él mismo. No sé de dónde saqué la inspiración para decirle en un momento en que hizo una pausa para respirar: «¿Qué le parece si me cuenta algo sobre su madre?».

Bruscamente dejó de pasearse y la mirada que me lanzó me hizo sentir que aquella pregunta al azar le había afectado. Cuando pienso en ello ahora, creo que fue porque debí de pillarlo en un momento de tal debilidad física que sus defensas eran vulnerables.

Malcolm X empezó a hablar lentamente, caminando en apretados círculos. «Estaba siempre de pie junto a la cocina, tratando de alargar lo que tuviéramos para comer. Teníamos siempre tanta hambre que estábamos atontados. Recuerdo el color de los vestidos que solía llevar, eran de una especie de gris desvaído...». Y siguió hablando hasta el amanecer, tan cansado que sus grandes pies trastabillaban a menudo al pasear. De aquel monólogo casi inconsciente de recuerdos del pasado, conseguí por fin la

base para los capítulos iniciales de este libro, «La pesadilla» y «La mascota». Después de aquella noche, no volvió a dudar nunca en contarme incluso los más íntimos detalles de su vida personal durante los siguientes dos años. Hablar de su madre fue el factor desencadenante.

El humor de Malcolm X varió de sombrío a feroz mientras recordaba su infancia. Recuerdo que insistió mucho en cómo aprendió lo que había sido una conciencia fundamental en él desde entonces: «La grasa se pone en el gozne que chirría». Cuando su relato alcanzó el momento en que se mudó a Boston para vivir con su hermanastra Ella, Malcolm X empezó a reírse de lo «convencional» que había sido en las calles del gueto. «¡Vaya, le estoy contando cosas en las que no había vuelto a pensar desde entonces!», exclamaba. Fue mientras recordaba aquellos primeros tiempos en Harlem, cuando Malcolm X se exaltó realmente. Una noche, de pronto, de forma alocada, saltó de la silla e increíblemente el temible demagogo negro cantó siguiendo una melodía de jazz y chascando los dedos: «Re-bop-de-bop-blap-blam» y luego, agarrándose con una mano a una tubería vertical (que oficiaba de acompañante femenina), siguió moviéndose a saltitos alborozados, con los faldones de la chaqueta, las largas piernas y los grandes pies volando como lo había hecho en aquellos tiempos de Harlem. Y entonces, casi con la misma brusquedad, Malcolm X se interrumpió y volvió a sentarse. Durante el resto de aquella sesión se mostró decididamente malhumorado. Más adelante y siguiendo con el relato sobre Harlem, su humor volvió a ser sombrío. «La única cosa que consideraba mala era que me cogieran haciendo cosas malas. Tenía una mente de la jungla, vivía en una jungla y todo lo que hacía surgía del instinto de supervivencia». Pero insistió en que no sentía remordimientos por sus delitos, «porque todo era el resultado de lo que les ocurre a miles y miles de negros en el mundo cristiano del hombre blanco».

Recuperó la alegría cuando la narración se adentró en su época de presidiario. «Déjeme que le cuente cómo conseguía que aquellos demonios blancos de convictos y también los guardianes hicieran todo lo que a mí se me antojaba. Les susurraba: “Si no lo haces, iniciaré el rumor de que en realidad eres un negro de piel blanca que te haces pasar por blanco”. Eso le demuestra lo que piensa el demonio blanco sobre el hombre negro. ¡Se

moriría antes que pensaran que es negro!». Me contó que en la prisión había leído mucho: «Yo no sabía lo que estaba haciendo, pero por instinto me gustaban los libros con vitaminas intelectuales». Y en otra ocasión: «Al paso febril del mundo de hoy en día, no queda tiempo para la meditación ni para la reflexión profunda. Un presidiario tiene un tiempo al que puede dar buen uso. Yo pondría la prisión en segundo lugar detrás de la universidad como el mejor sitio al que un hombre puede acudir para pensar. Si está motivado, en la prisión puede cambiar su vida».

Y aún en otra ocasión, Malcolm X reflexionaba: «Una vez que un hombre ha estado en prisión, nunca vuelve a verse a sí mismo o a los demás de la misma manera. Las personas "convencionales" del exterior, cuyos botes han navegado siempre por aguas tranquilas, fruncen el ceño ante un expresidiario. Pero un expresidiario sabe mantener la cabeza por encima del agua cuando los "convencionales" se ahogan».

Aquella noche garabateó (conservo tanto mis cuadernos de notas como las servilletas de papel con la fecha): «El HB creó y dejó caer la bomba atómica sobre los no blancos. Ahora el HB grita "rojo" y teme a otro HB del que sabe que quizá nos bombardee a nosotros».

También: «Aprende la sabiduría de la pupila del ojo que ve todas las cosas, aunque para sí misma es ciega. Poeta persa».

A intervalos, Malcolm X ponía gran empeño en que quedara claro lo siguiente: «Veamos, no quiero que nada en este libro dé la impresión de que yo creo que soy alguien importante». Yo le aseguraba que intentaría evitarlo y que en cualquier caso él se encargaría de revisar el manuscrito página a página, y en último término las galeradas. En otras ocasiones, daba por terminada una diatriba contra el hombre blanco y, viendo que yo tomaba notas, exclamaba: «Ese demonio no va a publicar eso, ¡no me importa lo que diga!». Yo señalaba que los editores habían firmado un contrato vinculante y que habían pagado una considerable suma por adelantado. Malcolm X replicaba: «Usted confía en ellos, yo no. Usted estudió lo que ellos querían que aprendiese sobre ellos en sus escuelas, yo lo estudié en las calles y en la prisión, donde está la verdad».

Las experiencias que hubiera tenido Malcolm X durante el día podían alterar su estado de ánimo durante la entrevista. Generalmente me contaba

las anécdotas más melancólicas y tiernas los días en que algún incidente lo había conmovido. En una ocasión, por ejemplo, me contó que se había enterado de que una pareja de Harlem, que no pertenecía a los hermanos musulmanes, le había puesto el nombre de Malcolm a su hijo recién nacido en su honor. «¿Qué le parece eso?», exclamaba incesantemente. Y fue esa noche cuando retrocedió en el pasado de nuevo hasta su propia adolescencia y recordó que solía tumbarse de espaldas en la Hector's Hill (Colina de Héctor) y pensar. Esa misma noche: «Nunca olvidaré el día en que me eligieron delegado de clase. Una chica llamada Audrey Slaugh, cuyo padre tenía un taller de reparación de coches, propuso mi candidatura. Y un chico llamado James Cotton secundó la propuesta. El profesor me pidió que abandonara el aula mientras la clase votaba. Cuando regresé era el delegado. No podía creerlo».

Cualquier libro interesante que Malcolm X hubiera leído le impelía a hablar de su amor por los libros. «La gente no se da cuenta de que un solo libro puede cambiar la vida entera de un hombre». Volvía una y otra vez sobre los libros que había estudiado en la prisión. «¿Ha leído *El origen del lenguaje*? —me preguntó, y yo le dije que no—. Debería. La filología es una ciencia difícil; trata de cómo reconocer las palabras sin importar dónde las encuentres. Por ejemplo, pongamos *Caesar*, es latín, en latín se pronuncia igual que "Kaiser", con sonido K. Pero nosotros la anglicanizamos pronunciándola con el sonido de la C ante E e I. Los rusos dicen *Czar* y significa lo mismo. Otro dialecto ruso dice *Tsar*. Jakob Grimm fue uno de los principales filólogos, estudié su "Ley de Grimm" en la prisión...; iba de consonantes. La filología está relacionada con la ciencia de la etimología, que trata del origen de las palabras. Yo me interesé por ambas».

Cuando le doy la vuelta a esa página en mi cuaderno de notas, la siguiente lleva una nota según la cual Malcolm X me telefoneó para decirme: «Estaré fuera de la ciudad durante unos días». Supuse que, como había sucedido en casos anteriores, tenía conferencias comprometidas u otros asuntos de los musulmanes negros que atender en alguna otra parte. Me alegré del respiro que me proporcionaba para separar mis notas según el nombre del capítulo al que corresponderían. Pero cuando Malcolm X regresó, me informó con

aire de triunfo: «Tengo que decirle una cosa que le sorprenderá. Desde que hablamos sobre mi madre he estado pensando en ella. Me he dado cuenta de que la había eliminado de mi mente. Sencillamente, me molestaba pensar que había pasado veintitantos años en un hospital psiquiátrico. —Y prosiguió—: No quiero atribuirme el mérito. En realidad ha sido mi hermana Yvonne la que ha pensado que quizá podríamos sacarla de allí. Yvonne reunió a mis hermanos Wilfred, Wesley y Philbert, y también fui yo. En realidad ha sido Philbert quien se ha encargado de todo.

»Ha hecho que me encarara con algo de mí mismo —explicó Malcolm X —. Mi mente estaba cerrada al tema de mi madre. Sencillamente, no creía que el problema pudiera solucionarse, así que le había cerrado la puerta. Había construido defensas subconscientes. El hombre blanco lo hace. Cierra su mente y construye defensas subconscientes contra cualquier cosa con la que no quiera enfrentarse. Sólo después de abrirla otra vez me he dado cuenta de lo cerrada que estaba mi mente. Ése es uno de los rasgos que no me gustan de mí mismo. Si un problema me parece imposible de solucionar, me cierro a él. Finjo que no existe. Pero sí existe».

Me había llegado el turno de conmoverme. Poco tiempo después volvió a ausentarse durante unos días. Cuando regresó, me contó que en casa de su hermano Philbert «¡cenamos con nuestra madre por primera vez después de tantos años! Tiene sesenta y seis, una memoria mejor que la mía y parece joven y saludable. Tiene más dientes que quienes contribuyeron a enviarla a la institución».

Cuando algo había enojado a Malcolm X durante el día, su rostro enrojecía aún más al visitarme y generalmente dedicaba gran parte de la sesión a lanzar amargas críticas a diestro y siniestro. Cuando la policía de Los Ángeles disparó contra unos musulmanes, a resultas de lo cual murió uno de ellos, Malcolm X, de vuelta de un viaje que había hecho a aquella ciudad, estuvo realmente furioso durante una semana. Fue en ese estado de ánimo cuando hizo, en Los Ángeles, la declaración que provocó la severa censura de miembros de ambas razas. «¡Acabo de recibir buenas noticias!», exclamó, refiriéndose al accidente de un avión en el aeropuerto Orly de París, en el que habían muerto instantáneamente treinta y pico norteamericanos blancos, en su mayoría procedentes de Atlanta, Georgia.

(Malcolm X no se retractó nunca públicamente de aquella declaración, que yo sepa, pero mucho más tarde me dijo simplemente: «Ésa es una de las cosas que desearía no haber dicho nunca»).

Siempre que se mencionaba el nombre del juez federal Thurgood Marshall, Malcolm X prácticamente echaba fuego por la boca recordando lo que el juez había dicho años antes, cuando era fiscal jefe del NAACP: «Los musulmanes negros están dirigidos por un puñado de delincuentes sacados de cárceles y prisiones, y financiados sin duda por algún grupo árabe». La única vez que he oído a Malcolm X utilizar lo que podría considerarse un taco, fue «demonios», en respuesta a una afirmación del doctor Martin Luther King según la cual las palabras de Malcolm X llevaban «la desgracia a los negros». Malcolm X explotó delante de mí: «¿Cómo demonios pueden mis palabras hacer eso? ¡Siempre es un negro el responsable y no lo que hace el hombre blanco!». La acusación de «extremista» o «demagogo» invariablemente encolerizaba a Malcolm X. «Sí. Soy un extremista. La raza negra aquí en Norteamérica está en una situación extremadamente penosa. ¡Señáleme a un hombre negro que no sea un extremista y yo le demostraré que necesita atención psiquiátrica!».

Un día, después de exclamar: «Aristóteles conmocionó a la gente. Charles Darwin enfureció a la gente. ¡Aldous Huxley escandalizó a millones!», de inmediato Malcolm X prosiguió diciendo: «No publique eso, la gente creería que trato de equipararme a ellos». En otra ocasión, cuando algo provocó que exclamara: «¡Estos “tíos Tom” me hacen pensar en cómo criticaron al profeta Jesús en su propio país!», Malcolm X se levantó de repente y silenciosamente me cogió el cuaderno de notas de las manos, rompió esa hoja, estrujó los pedazos y se los guardó en el bolsillo. Durante el resto de la sesión se mostró considerablemente más calmado.

Recuerdo un día en que estábamos hablando y me mostró un recorte de periódico en el que se hablaba de un bebé negro que había sido mordido por una rata. Malcolm X dijo: «¡Vamos, lea esto, piense en ello por un momento! ¡Suponga que hubiera sido su hijo! ¿Dónde está ese lord de los suburbios...? ¡En alguna playa de Miami!». Continuó echando pestes durante toda nuestra entrevista. No le acompañaba cuando ese mismo día, más tarde, se dirigió a un público de negros en Harlem y se produjo un

incidente, que Helen Dudar reflejó en el *New York Post*.

«Malcolm X hablando en Harlem miró a uno de los periodistas blancos presentes, los únicos blancos admitidos en la reunión, y comentó: “Vaya, hay un periodista que no ha tomado ni una nota en media hora, pero en cuanto empiezo a hablar de los judíos, se afana en tomar notas para demostrar que soy antisemita”.

»Detrás del periodista una voz masculina profirió: “Mata a ese hijo de puta, mátalos a todos”. El joven, inquieto, sonrió nerviosamente y Malcolm se burló de él: “Mirad cómo ríe. En realidad no ríe, sólo enseña los dientes”. En la atmósfera se palpaba una desagradable tensión. Entonces Malcolm prosiguió: “El hombre blanco no sabe reír. Se limita a enseñar los dientes. Pero nosotros sí sabemos reír. Reímos profundamente desde el fondo hasta arriba”. El público rió profundamente desde el fondo hasta arriba y, tan de repente como Malcolm los había incitado, hábil y rápidamente, desvió su atención. Había sido al mismo tiempo una actuación magistral y lamentable».

Oí más tarde en alguna parte, o bien lo leí, que Malcolm X telefoneó al periodista para disculparse. Pero pruebas parecidas eran las que necesitaban muchos atentos observadores del fenómeno Malcolm X para declarar con absoluta seriedad que él era el único negro de Estados Unidos que podía iniciar una revuelta racial o detenerla. Cuando le cité esta afirmación, invitándole tácitamente a comentarla, me contestó con aspereza: «No sé si podría iniciar una revuelta. No sé si querría detenerla». Se regodeaba en este tipo de declaraciones.

A lo largo de los meses había llegado a establecer gradualmente una especie de relación telefónica con la mujer de Malcolm X, a quien llamaba «hermana Betty», como había oído que hacían los musulmanes. Admiraba el modo en que cuidaba de su hogar con tres hijas pequeñas, por aquel entonces, y aun así era capaz de ocuparse de todas las llamadas que tenía Malcolm X, sin duda tantas llamadas como para crear un puesto de trabajo para una operadora de centralita. Algunas veces, cuando él estaba conmigo, telefoneaba a casa y se pasaba hasta cinco minutos apuntando rápidamente en un bloc los diversos mensajes que le habían dejado.

La hermana Betty, por lo general bastante amigable conmigo por teléfono,

exclamaba algunas veces con espontánea indignación: «¡A este hombre no le dejan ni dormir!». Malcolm X raramente trabajaba menos de dieciocho horas diarias. A menudo, cuando abandonaba mi estudio a las cuatro de la madrugada y aún le quedaban cuarenta minutos de trayecto hasta su casa en East Elmhurst, Long Island, me pedía que le telefoneara a su casa a las nueve de la mañana. Habitualmente lo hacía cuando quería que lo acompañara a algún sitio y tenía que decirme, tras revisar sus compromisos, cuándo y dónde quería que nos encontráramos. (En ocasiones tampoco yo dormía mucho que digamos). Siempre iba acompañado, bien por alguno de sus colegas musulmanes, como James 67X (sexagesimoséptimo hombre llamado James que se había unido a la Mezquita Número Siete de Harlem) o Charles 37X, o por mí, pero no me pidió nunca que fuera con él cuando le acompañaban los otros. Lo acompañé a conferencias en facultades y universidades, a emisoras de radio y televisión y a apariciones públicas en múltiples situaciones y emplazamientos.

Si viajábamos en coche a algún sitio, los motoristas que encontrábamos por la autopista saludaban a Malcolm X, los rostros de blancos y negros espontáneamente radiantes por el asombro que yo había visto provocar a otras «celebridades». No pocas azafatas se habían acercado a él en el avión para conocerlo, porque volaba mucho. Le sonreían graciosamente y él, a su vez, era la esencia de la cortés caballerosidad, e inevitablemente la noticia de su presencia se difundía y pronto se producía un tráfico inusualmente fluido en dirección al lavabo, pasando por donde él estaba sentado. Cuando llegábamos a nuestro destino, se me hizo familiar escuchar: «¡Ahí está Malcolm X!», «¿dónde?», «ése alto». Los transeúntes de ambas razas lo miraban fijamente. Unos cuantos de ambas razas, más negros que blancos, le hablaban o inclinaban la cabeza a modo de saludo. Un alto porcentaje de blancos se sentía visiblemente incómodo ante su presencia, sobre todo dentro de los confines de zonas reducidas, como los ascensores. «Soy el único hombre negro del que han estado cerca sabiendo que dice la verdad sobre ellos», me explicó una vez Malcolm X. «Es su culpabilidad lo que los pone nerviosos, no yo». En otra ocasión dijo: «El hombre blanco teme la verdad. La verdad le corta la respiración al hombre blanco y lo deja sin fuerzas. Sólo tiene que mirar cómo se ruboriza cuando se le dice una

pequeña verdad».

Cuando estaba en una sala con gente, este hombre despedía una especie de aureola. Dominaba la sala, por encima de cualquiera que estuviera presente. Incluso al aire libre ocurría lo mismo. Recuerdo que una vez en Harlem estaba sentado en la tribuna de oradores entre el congresista Adam Clayton Powell y el antiguo alcalde del barrio de Manhattan, Hulan Jack, y cuando la algarabía en la calle se calmó, la atención de la multitud se concentró principalmente en Malcolm X. Recuerdo otra ocasión en la que habíamos viajado en tren desde la ciudad de Nueva York a Filadelfia, donde tenía que aparecer en el Philadelphia Convention Hall, en el programa de Ed Harvey de la emisora de radio WCAU. «Usted es el hombre que ha dicho: "Todos los negros están enfurecidos y yo soy el más enfurecido de todos". ¿Es eso cierto?», le preguntó Harvey en directo, al presentar a Malcolm X, y cuando Malcolm X contestó tajantemente: «¡La cita es correcta!», la creciente multitud de espectadores lo miró fijamente.

Habíamos viajado hasta Filadelfia en asientos individuales con reserva en el coche salón. «No puedo dejar que me pillen en un compartimento. Podría meterme en problemas», había aducido Malcolm X. De camino para abordar el coche salón, habíamos pasado por el coche restaurante hacia el que señaló con la cabeza: «Antes trabajaba en eso». Ya en el tren, me contó que el FBI había tratado de sobornarlo para obtener información sobre Elijah Muhammad; quería que yo estuviera convencido de ello y que leyera un nuevo libro, *Crisis in Black and White*, de Charles Silberman, «uno de los escasos escritores blancos que conozco con el valor suficiente para decirle a sus iguales la verdad». Me pidió que tomara nota de telefonear, por favor, a la principal cronista del *New York Post*, Helen Dudar, y decirle que tenía una alta opinión de su más reciente serie de crónicas; no quería alabarla directamente.

Después de que concluyera el show de Ed Harvey, tomamos el tren de vuelta a Nueva York. El ambiente del coche salón, abarrotado de hombres de negocios parapetados tras sus periódicos y viajando hacia sus hogares tras unos días de trabajo, estaba cargado de tensión por la presencia de Malcolm X. Después de que el mozo negro vestido con chaqueta blanca hubiera recorrido varias veces en una y otra dirección el pasillo central y

estuviera en medio de otro de sus recorridos, Malcolm X me susurró al oído: «Antes trabajaba conmigo, he olvidado su nombre, trabajábamos juntos en este mismo tren. Me ha reconocido. Está tratando de decidir qué debe hacer». El mozo pasó por delante de nosotros, con cara de póquer. Pero cuando volvió a pasar, Malcolm X se inclinó súbitamente hacia delante sonriendo al mozo. «Vaya, seguro, ¡yo le conozco! —exclamó el mozo en voz alta—. ¡Lavaba los platos en este mismo tren! Precisamente acabo de contarles a mis compañeros que está en mi vagón. ¡Todos somos seguidores suyos!».

La tensión que había en el vagón se hubiera podido cortar con un cuchillo. Entonces, enseguida, el mozo se acercó de nuevo a Malcolm X, con voz comunicativa. «Uno de nuestros viajeros quisiera conocerle». Un hombre joven, blanco y de buena complexión, se levantó y se acercó con la mano extendida. Malcolm X se levantó y estrechó la mano ofrecida con firmeza. Los periódicos cayeron bajo el nivel de los ojos a lo largo y ancho del vagón. El joven blanco explicó con voz clara y alta que había vivido un tiempo en Oriente y que estaba estudiando en Columbia. «No estoy de acuerdo con todo lo que usted dice —le aseguró a Malcolm X—, pero no tengo más remedio que admirar el modo en que lo expresa».

La respuesta de Malcolm X fue la cordialidad misma. «No creo que pudiera recorrer todo Estados Unidos, señor, y encontrar a dos hombres que estuvieran de acuerdo en todo». Posteriormente, a otro hombre blanco, un hombre de negocios de mayor edad, le dijo tranquilamente: «Señor, sé cómo se siente. Resulta muy difícil hablar contra mí cuando está de acuerdo con gran parte de lo que yo digo». Y continuamos el viaje hasta Nueva York bajo las ya abiertas miradas generalizadas.

En Washington D.C., Malcolm X criticó agriamente la reticencia del Gobierno a tomar medidas reales en favor de los negros. Deduzco que la Casa Blanca se dio cuenta, ya que no mucho después interrumpí las entrevistas a Malcolm X durante unos días y me fui a la Casa Blanca a realizar una entrevista para la revista *Playboy* al entonces secretario de prensa de la Casa Blanca, Pierre Salinger, a quien se le escapó una mueca cuando le dije que estaba escribiendo la historia de la vida de Malcolm X. En otra ocasión dejé a Malcolm X para entrevistar al jefe del Partido Nazi

de Estados Unidos, George Lincoln Rockwell, quien afirmó abiertamente que admiraba el valor de Malcolm X y que creía que ellos dos deberían dar discursos conjuntamente a lo largo y ancho del país para iniciar así la solución real al problema racial: el de la separación voluntaria de las razas blanca y negra, el regreso de los negros a África. Comuniqué sus palabras a Malcolm X, quien exclamó con un bufido: «¡Debe de creer que estoy loco! ¡Qué pensarían de mí si fuera por ahí hablando con un *demonio*!». Y de nuevo me marché a Atlanta a entrevistar para *Playboy* al doctor Martin Luther King. Estaba personalmente intrigado por saber cosas poco conocidas de Malcolm X, que yo le conté. Para la publicación, discutió sobre él sin reservas y afirmó que le gustaría tener la oportunidad de hablar con él. Al oír esto de mi boca, Malcolm X replicó secamente: «¿Cree que debería enviarle un telegrama con mi número de teléfono?». (Pero, por otras cosas que me dijo Malcolm X en diferentes ocasiones, deduje que en realidad sentía una reacia admiración por el doctor King).

Finalmente, Malcolm X y yo alcanzamos un punto en el que compartíamos una camaradería mutua que, aunque no se expresó nunca verbalmente, no por ello dejaba de ser afectuosa. Sin lugar a dudas para mí era una de las personalidades más atractivas que había conocido, y por su parte, supuse, había aprendido que yo era alguien con quien podía desahogarse tranquilamente, sin que existiera posibilidad de que se enterara alguien. Como cualquier otra persona que viviera en tensión, disfrutaba del placer de la compañía de otro hombre con quien pudiera relajarse físicamente. Ahora, cuando yo viajaba, siempre me pedía que le telefoneara para avisarle de mi regreso a Nueva York, y si podía hacer un hueco en su apretado programa, iba a buscarme al aeropuerto. Yo lo veía venir con sus largas y desmadejadas zancadas y la abierta sonrisa de buen humor que dejaba ver los dientes. Durante el trayecto hasta Nueva York me ponía al corriente de los asuntos de interés que habían ocurrido durante mi ausencia. Recuerdo un incidente dentro del aeropuerto que me demostró que Malcolm X no perdía nunca la perspectiva racial. Esperando mi equipaje, fuimos testigos de un conmovedor reencuentro familiar en el que varios niños querúbicos retozaban y jugaban, profiriendo exclamaciones en otro idioma. «Mañana por la noche sabrán ya su primera palabra inglesa: *nigger*», señaló

Malcolm X.

Cuando Malcolm X hacía largos viajes, como por ejemplo a San Francisco o Los Ángeles, yo no iba con él, pero frecuentemente, por lo general a una hora tardía de la noche, me telefoneaba y me preguntaba cómo iba el libro, y quizá concertaba la fecha para nuestra siguiente entrevista a su regreso. Una llamada que nunca olvidaré me llegó a las cuatro de la madrugada. Debía acabar de levantarse en Los Ángeles. Su voz dijo: «¿Alex Haley?». Yo contesté medio dormido: «¿Sí? ¡Oh, hola, Malcolm!». Su voz dijo: «Confío en ti un setenta por ciento». Luego colgó. Estuve despierto un rato pensando en él y volví a dormirme sintiéndome emocionado por esa llamada y aún lo estoy ahora cuando lo recuerdo. Ninguno de los dos lo mencionó nunca.

El creciente respeto de Malcolm X por algunos blancos parecía reservado a los que ignoraban en las relaciones personales lo que él decía sobre los blancos y que contendían con él como hombre. Estaba convencido, además, de que podía decir muchas cosas de una persona sólo con escucharla. «Escuchar bien es un arte —me explicó—. Yo escucho atentamente el sonido de la voz de un hombre cuando está hablando. Capto la sinceridad». El periodista al que finalmente acabó por admirar, probablemente más que a cualquier otro, fue M. S. Handler, del *New York Times*. (Me alegró mucho enterarme de que Handler había aceptado escribir la introducción a este libro. Sé que a Malcolm X le hubiera gustado). La primera vez que oí a Malcolm X hablar de Handler, al que había conocido poco antes, empezó: «Estaba hablando con ese demonio... —Bruscamente se interrumpió, visiblemente turbado—. Es un periodista llamado Handler, del *Times*...», prosiguió. El respeto de Malcolm X por el hombre aumentó constantemente y Handler, por su parte, influyó en el Malcolm X interior. «Es el blanco más genuinamente libre de prejuicios que he conocido», me dijo Malcolm X, hablando de Handler meses más tarde. «Le he preguntado cosas y lo he puesto a prueba. Le he escuchado hablar muy atentamente».

He visto demasiadas veces a Malcolm X regocijarse en el toma y daca tras una conferencia con cuerpos estudiantiles predominantemente blancos de facultades y universidades para creer que alimentaba en su corazón un odio generalizado contra los blancos. «Los jóvenes blancos, y también los

negros, son la única esperanza de Estados Unidos —me dijo una vez—. El resto de nosotros hemos estado viviendo siempre una mentira».

Recuerdo a varios negros de los que sé que, de un modo u otro, dejaron una huella profunda en Malcolm X. (De algunos otros sé que Malcolm X los aborrecía profundamente, pero a ésos no los mencionaré). Tenía en alta estima particularmente, lo sé, al gran fotógrafo, habitualmente asociado con la revista *Life*, Gordon Parks. Fue la influencia directa de Malcolm X sobre Elijah Muhammad la que le consiguió a Parks el permiso para entrar y fotografiar, para su publicación en *Life*, el altamente secreto programa de entrenamiento de autodefensa de los Frutos del Islam, convirtiendo así a Parks, que yo sepa, en el único no musulmán que lo ha visto, excepto policías y otros representantes gubernamentales que habían fingido unirse a los musulmanes para infiltrarse en sus filas. «Su éxito entre los blancos no le ha hecho perder nunca el contacto con la realidad negra», afirmó de Parks un día Malcolm X.

Otra de las personas hacia la que Malcolm X sentía lo mismo era el actor Ossie Davis. Una vez, en medio de una de nuestras entrevistas, Malcolm X me espetó de repente: «¿Conoces a Ossie Davis?». Le contesté que no. Me dijo: «Tendré que presentártelo un día de éstos, es uno de los mejores hombres negros». A través del largo trato de Malcolm X con el personal del semanario de Harlem *Amsterdam News*, había llegado a admirar al editor ejecutivo del mismo, James Hicks, y a su cronista principal, James Booker. Dijo que Hicks tenía «una mente abierta y que no temía nunca al hombre blanco». Creía que Booker era un periodista sobresaliente. También la señora Booker le impresionó grandemente cuando la conoció.

Fue él quien me presentó a dos de mis amigos actuales, el doctor Eric C. Lincoln, que en aquella época escribía *The Black Muslims in America*, y Louis Lomax, que por entonces estaba escribiendo varios artículos sobre los musulmanes. Malcolm X respetaba profundamente el cuidado y extensión con que el doctor Lincoln llevaba a cabo su investigación. A Lomax lo admiraba por sus oídos y ojos de hurón para las noticias frescas. «Si veo a ese tunante de Lomax corriendo hacia alguna parte, cojo el sombrero y me voy tras él —me dijo Malcolm X en una ocasión—, porque sé que está sobre la pista de algo». También admiraba al escritor James Baldwin. «Es

tan brillante que confunde al hombre blanco con meras palabras escritas sobre un papel». Y en otro momento: «Ha conseguido poner más nervioso al hombre blanco que cualquier otra persona excepto el Honorable Elijah Muhammad».

Malcolm X tenía muy pocas cosas buenas que decir sobre los ministros negros, muy posiblemente porque la mayoría de ellos habían atacado a los musulmanes. Excepto una reticente admiración por el doctor Martin Luther King, sólo le oí hablar de otro, el reverendo Eugene L. Callender, de la importante Iglesia Presbiteriana del Maestro en Harlem. «Es un predicador, pero también lucha por el hombre negro», declaró Malcolm X. Más tarde me enteré de que el franco y directo reverendo Callender había arrinconado privadamente a Malcolm X y le había leído la cartilla sobre sus ataques generales contra el clero negro. Malcolm X admiraba también al reverendo Adam Clayton Powell en su papel político como congresista: «Pensaría en retirarme si el hombre negro tuviera a diez como él en Washington». Parecidos sentimientos mantenía sobre el entonces abogado de la NAACP y ahora miembro de la cámara baja del estado de Nueva York, Percy Sutton. Más adelante Sutton se convirtió en su abogado personal. Entre los educadores negros, de los cuales Malcolm X había conocido a muchos en sus conferencias en facultades y universidades, nunca le oí hablar bien de ninguno, salvo del doctor Kenneth B. Clark. «Ése es un negro con cerebro que se ha prostituido», me dijo en una ocasión, saltando brevemente a su antiguo lenguaje vulgar. Tenía unas reservas muy marcadas con respecto a la intelectualidad profesional negra como categoría. Eran la fuente de donde procedían la mayoría de los detractores de los musulmanes negros. Fue por este motivo que algunos de sus contraataques más furibundos contra «esos supuestamente educados tíos Tom, doctores en filosofía», los soltó ante públicos de instituciones negras de enseñanza superior.

Al Malcolm X más feliz y más cómodo entre miembros de nuestra propia raza lo vi cuando algunas veces lo acompañé, por casualidad, en lo que él solía llamar «mis pequeñas rondas diarias» por las calles de Harlem, entre los negros de los que «los supuestos líderes negros» hablaban como de «estadísticas de las masas negras», según sus propias palabras. Durante esas rondas, Malcolm X solía evitar la calle Ciento veinticinco, la principal

arteria de Harlem. Hacía el trayecto por las callejuelas, especialmente en aquellas zonas donde abundaba lo que él describía como «el hombre negro tirado en el arroyo de donde yo procedo», zonas de acuciante miseria y un alto índice de toxicómanos y alcohólicos.

Allí Malcolm X era verdaderamente un héroe. Caminaba por las aceras, envolviendo a todos los que encontraba con su infantil sonrisa y conversando con todo aquel que se acercara tranquila y agradablemente. «Es justo lo que el demonio blanco quiere que hagas, hermano —le decía a un borracho—, quiere que te emborraches y tener así la excusa para alzar su garrote sobre tu cabeza». O recuerdo una vez en la que se detuvo ante la escalera de entrada a un edificio para saludar a varias ancianas: «Hermanas, permítanme que les pregunte una cosa —les dijo en tono informal—. ¿Han conocido alguna vez a un solo hombre blanco que no les hiciera nada o no les quitara nada?». Una de entre todas exclamó después de un momento: «¡Yo no, desde luego!», a lo cual se unieron las demás con risas; nosotros seguimos caminando mientras Malcolm X respondía con la mano a los gritos de «¡Tiene razón!».

Recuerdo que una vez, al atardecer, al dar la vuelta a una esquina, oímos a un hombre desharrapado arengar a una pequeña multitud congregada en torno a su plataforma de orador, consistente en una caja oblonga de madera con una bandera norteamericana al lado. «Ni respeto ni creo en esta maldita bandera, está aquí porque no puedo celebrar un mitin público sin ella a menos que quiera que el hombre blanco me meta en la cárcel. Y de eso es de lo que vengo a hablar: ¡de esos blancos fanáticos y racistas que se enriquecen a costa del sudor y la sangre de nuestra gente!». Malcolm X comentó con una sonrisa: «¡Está trabajando!».

Malcolm X raras veces intercambiaba unas palabras con los negros de cabellos relucientes y «tratados» sin echarles un rapapolvo. Muy suavemente: «Ah, hermano, el demonio blanco te ha enseñado a odiarte tanto a ti mismo que te pones lejía caliente en el pelo para que se parezca más al suyo».

También recuerdo otra escalera de entrada llena de mujeres junto a la puerta de una pequeña tienda de ultramarinos a la que yo me había acercado a comprar mientras Malcolm X charlaba al otro lado de la calle. Cuando

salí de la tienda, una de las mujeres describía excitadamente a las otras un discurso de Malcolm X que había oído en la Mezquita Número Siete un domingo. «Oooooh, coció al hombre blanco, lo coció a fuego lento, os lo aseguro..., os lo aseguro, dijo que descendemos de reyes y reinas negros. ¡Señor, yo no lo sabía!». Otra mujer preguntó: «¿Tú te crees eso?», y la primera respondió con vehemencia: «¡Sí!».

Y finalmente me acuerdo de un solitario y casi harapiento guitarrista acurrucado en una callejuela, tocando y cantando para sí mismo, que levantó la vista y reconoció de inmediato a la figura que se acercaba caminando. «¡Vaya! —exclamó el guitarrista, y poniéndose en pie de un salto le saludó burlonamente a lo militar—. ¡Mi hombre!».

A Malcolm X le encantaba. Y a ellos les encantaba él. No cabía la menor duda: tanto si estaba de pie junto a un farol charlando con borrachos como si disparaba sus andanadas a millones de personas invisibles desde la radio o la televisión, o enardecía a públicos reducidos de blancos con su charla casual como: «Mi afición es espolear a los negros, eso se escribe *knee-grows,*[39] tal como lo pronuncian ustedes los liberales». Aquel hombre tenía carisma y fuerza. Y no fui yo el único que en diversas ocasiones se asombró de cómo podía seguir disfrutando de una publicidad personal tan extraordinaria a escala internacional y aun así salpicar generosamente todas sus frases, tanto en público como en privado, de alabanzas y reconocimientos al mérito de «el Honorable Elijah Muhammad». Yo solía tomar apuntes por separado para mí mismo sobre este tipo de cosas. De hecho, llevaba una partida doble de notas en cuadernos separados. En una ocasión, al darse cuenta de que cambiaba de un cuaderno a otro, Malcolm X me preguntó con curiosidad el porqué. Le indiqué un motivo cualquiera, pero no que uno de los cuadernos tenía las notas sobre lo que él decía para su libro, y que el otro era para mis diversas observaciones personales sobre él. Lo más probable es que le hubiera cohibido al hablar. «Debes haber escrito ya millones de palabras», me dijo. «Probablemente», contesté yo. «Él hombre blanco está loco —ponderó—. Te lo demostraré. ¿Crees que yo le daría publicidad a alguien que me hiciera morder el polvo como hago yo con él?».

«Vamos, dime la verdad —me conminó Malcolm X una noche—. Tú viajas

mucho. ¿Has oído decir algo?».

Con sinceridad le contesté que no sabía a qué se refería. Cambió de tema y se puso a hablar de otra cosa.

Yo había visto u oído del mismo Malcolm X unas cuantas cosas inusuales que habían provocado en mí un pequeño y secreto asombro, además de ciertas especulaciones que, luego, no habiendo hallado nada con que relacionarlas, había desechado. Un día, yendo en su coche, nos habíamos detenido en el semáforo en rojo de un cruce. Otro coche, cuyo conductor era blanco, se había detenido junto a nosotros y cuando ese hombre blanco vio a Malcolm X, instantáneamente le gritó por la ventanilla: «No culpo a su gente por volverse hacia usted. Si yo fuera negro, también le seguiría. ¡Continúe la lucha!». Malcolm X le dijo muy sinceramente: «Desearía haber conocido a muchos blancos como usted». El semáforo cambió y, al tiempo que ambos coches se ponían en marcha, Malcolm X me dijo rápidamente y con firmeza: «No escribas eso, ni lo repitas nunca. Al señor Muhammad le daría un ataque». Lo más significativo del incidente, reflexioné más tarde, consistía en que era la primera vez que le oí hablar de Elijah Muhammad en tono irrespetuoso.

Más o menos por esa misma época, uno de los papeles que Malcolm X había garabateado y que yo había recogido rezaba enigmáticamente: «Mi vida siempre ha estado llena de cambios». En otra ocasión, era el mes de septiembre de 1963, Malcolm X se mostró muy inquieto durante toda la sesión y cuando leí el *Amsterdam News* de aquella semana, imaginé que le había preocupado la columna de Jimmy Booker, en la que éste decía haber oído que Elijah Muhammad y Malcolm X mantenían una lucha. (Booker reveló más tarde que después de escribir aquella columna se había ido de vacaciones y, a su regreso, se había enterado de que Malcolm X «había irrumpido vociferando en la redacción del *Amsterdam News* con tres seguidores... “Quiero ver a Jimmy Booker. No me gusta lo que ha escrito. No hay ninguna lucha entre Elijah Muhammad y yo. Creo en el señor Muhammad y daría mi vida por él”»).

Asimismo, de tanto en tanto, cuando por casualidad me encontraba con algún otro de los personajes clave de los musulmanes negros, sobre todo cuando yo iba acompañado de Malcolm X pero él no estaba cerca, creí

detectar, por una frase sutil o una actitud, que no mantenía ya aquella admiración sin paliativos por su famoso colega. Pero luego me decía a mí mismo que lo había interpretado mal. Durante aquella época, el doctor C. Eric Lincoln y yo hablamos bastante a menudo por teléfono. Raras veces dejábamos de comentar que parecía casi seguro que el origen del problema estuviera en el hecho de que, por mucho que Malcolm X alabara a Elijah Muhammad, era el histriónico y expresivo Malcolm X quien atraía la mayor parte de la atención de los medios de comunicación y, por ende, del público en general.

Cuando Malcolm X me dejó alrededor de las dos de la madrugada aquel día, me pidió que lo llamara a las nueve de la mañana. El teléfono de su casa en East Elmhurst sonó más veces de lo habitual y cuando la hermana Betty contestó, su voz sonaba tensa, estrangulada. Cuando se puso Malcolm X, también su voz sonaba diferente. Me preguntó: «¿Has oído la radio o leído los periódicos?». Respondí que no. Dijo: «¡Bueno, hazlo!» y que me llamaría más tarde.

Salí a comprar los periódicos. Leí con asombro que Elijah Muhammad había suspendido en sus funciones a Malcolm X. La razón aducida era el comentario «pollos que vuelven al corral» que había hecho Malcolm X poco antes sobre el asesinato del presidente Kennedy.

Malcolm X me telefoneó una hora después y nos citamos en la oficina del periódico de los musulmanes negros en Harlem, un par de manzanas más allá de su mezquita y de su restaurante en la avenida Lenox. Estaba sentado tras su escritorio metálico de color marrón claro y el sombrero yacía delante de él sobre el secante verde. Vestía un traje oscuro con chaleco y camisa blanca. Llevaba el inevitable pez espada saltando como alfiler de corbata y los grandes pies embutidos en relucientes zapatos negros impulsaban la silla giratoria haciendo que se balanceara como un péndulo mientras hablaba por teléfono.

«Siempre me duele haber cometido un acto de desobediencia contra el señor Muhammad... Sí, señor; todo lo que el Honorable Elijah Muhammad hace me parece bien. Me someto totalmente a su sabiduría y autoridad». El teléfono sonaba de nuevo instantáneamente cada vez que colgaba. «¡Señor Peter Goldman! ¡Hacía ya tiempo que no oía su voz! Bueno, señor, debería

haber cerrado mi bocaza». Al *New York Times*: «¿Señor? Sí, me ha prohibido hacer apariciones públicas por el momento, lo cual comprendo perfectamente. Le digo a usted lo mismo que a los demás, me someto por completo al juicio del señor Muhammad, porque he comprobado que su juicio está fundado siempre en una sensata reflexión». A la CBS: «Creo que cualquier persona que esté en posición de disciplinar a los demás debería aprender primero a aceptar la disciplina en él mismo».

Lo consiguió, la viva imagen de la contrición, lo mejor que pudo, durante las siguientes semanas de dura prueba. Pero cada vez que yo lo veía, tenía la nuca enrojecida. No expresó todavía en palabras la evidente furia que sentía por la humillación pública que le había sido infligida. En aquella época nuestras entrevistas fueron muy escasas, siempre estaba ocupado al teléfono en cualquier otro sitio, pero no importaba demasiado porque para entonces yo ya tenía el grueso del material para su biografía que necesitaba. Cuando encontraba un hueco para visitarme, le notaba muy preocupado y advertía sentir el rencor que producían en él la rabia y la inactividad, pero hacía grandes esfuerzos por disimularlo.

Una noche garabateó: «A un hombre no se le convierte silenciándolo. John Viscount Morley». Y esa misma noche, casi ilegible: «Rodaba cuesta abajo cuando él me recogió, pero cuanto más pienso en ello, más creo que nos recogimos el uno al otro».

Después de estar unos días sin verlo me llegó una carta. «He cancelado toda aparición pública y conferencias comprometidas durante varias semanas. Así que, durante ese tiempo, deberíamos acabar el libro. Al ritmo vertiginoso con que se desarrollan los acontecimientos en la actualidad, será fácil que lo dicho o hecho mañana esté anticuado antes de terminar el día. Malcolm X».

Me apresuré a redactar el primer capítulo, «La pesadilla», para que pudiera revisarlo. Cuando acabé de preparar un esbozo legible, le telefoneé. Llegó tan rápidamente como se lo permitió el trayecto en coche desde su casa, lo que me hizo comprender qué dura prueba representaba para él permanecer sentado en casa, inactivo. Conociendo su temperamento, compadecí a la hermana Betty.

Estudió detenidamente las páginas del manuscrito, absorto la primera vez,

luego sacó su bolígrafo rojo y volvió a leerlo tachando ocasionalmente aquí y allá. «¡No se puede bendecir a Alá!», exclamó, al tiempo que cambiaba «bendito» por «alabado». En un punto donde se hablaba de sí mismo y de sus hermanos y hermanas, tachó de rojo «nosotros los niños». «¡Los niños son cabezas de turco!», exclamó con aspereza.

Pronto Malcolm X y su familia se marcharon a Miami. Cassius Clay había enviado una invitación como regalo por el sexto aniversario de boda de Malcolm X y la hermana Betty, y ellos la habían aceptado muy agradecidos. Eran las primeras vacaciones de la hermana Betty en los seis años del estricto régimen como esposa de un musulmán negro; para Malcolm X suponía una forma de salvar las apariencias y algo que hacer.

Al poco tiempo de llegar a Miami, me mandó por telegrama su número de teléfono en un motel. Le llamé y me dijo: «Sólo quería decirte una cosa. Yo ya no soy hombre de apuestas, pero si tú lo eres, apuesta a que Cassius vencerá a Liston y ganarás». Yo me reí y le contesté que no era imparcial. Su réplica fue: «Recuerda lo que te he dicho cuando acabe la pelea». Más adelante recibí una postal cuya imagen, en vívidos colores, era la de un chimpancé en la Monkey Jungle (Jungla de los Monos) de Miami. Malcolm X había escrito al dorso: «Ya han pasado cien años desde la Guerra Civil, y estos chimpancés reciben más reconocimiento, respeto y libertad en Estados Unidos que nuestro pueblo. H. Malcolm X». En otra ocasión me llegó un sobre y dentro había un recorte de uno de los artículos de Irv Kupcinet en el *Sun-Times* de Chicago. El bolígrafo rojo de Malcolm X había rodeado con un círculo una parte que rezaba así: «Fuentes bien informadas predicen una ruptura en los musulmanes negros. Malcolm X, destituido como número dos de la organización, puede llegar a formar un grupo disidente para oponerse a Elijah Muhammad». Junto al párrafo, Malcolm X había escrito: «¡¡Figúrate!!».

La noche del increíble e inesperado resultado, cuando Clay venció a Liston, Malcolm X me telefoneó con un ruido de fondo de voces nerviosas. La fiesta de la victoria se celebraba en la suite de su motel, me contó Malcolm X. Me describió lo que estaba ocurriendo, mencionó a algunos de los presentes y que el nuevo rey de los pesos pesados estaba «en la habitación contigua, mi dormitorio» echando una cabezada. Tras

recordarme la predicción que había hecho sobre el resultado de la pelea, Malcolm X dijo que yo debía esperar la rápida progresión de Clay hasta convertirse en una de las primeras figuras mundiales. «No sé si comprendes realmente la importancia que tiene a nivel mundial el que sea el primer musulmán negro campeón del mundo».

A la mañana siguiente Cassius Clay dio la rueda de prensa que provocó los titulares en todo el país en los que se decía que era en realidad un «musulmán negro». Poco después, los periódicos llevaban fotos de Malcolm X presentando al campeón de los pesos pesados a diversos diplomáticos africanos en los pasillos de la oficina central de las Naciones Unidas en Nueva York. Malcolm X recorrió Harlem con Clay y también otros lugares, actuando, afirmó, como «amigo y consejero religioso» de Clay.

Por aquel entonces yo me había mudado al norte del estado para terminar mi trabajo con el libro y nos llamábamos por teléfono cada tres o cuatro días. Me dijo cosas que sugerían que quizá no volvería a ocupar nunca su antiguo puesto con los musulmanes negros y también empezó a criticar a Elijah Muhammad. La revista *Playboy* me pidió que entrevistara al nuevo campeón, Cassius Clay, para ellos, y cuando yo le pedí confidencialmente a Malcolm X que concertara una cita para la necesaria presentación a Clay, me contestó vacilante: «Creo que será mejor que se lo pidas a otro». Su respuesta me sorprendió sobremanera, pero había aprendido a no presionarle para que me diera información. Y luego, muy poco después, recibí una carta suya. «Querido Alex Haley: una nota rápida. ¿Podrías preparar una carta debidamente redactada que me permita cambiar el texto del contrato de modo que los ingresos aún pendientes vayan a parar a la Mezquita Musulmana Inc. o, en caso de que yo muera, directamente a mi esposa, la señora Betty X Little? Cuanto antes se modifique esa carta o contrato, más tranquilo me sentiré». Bajo la firma de Malcolm X había una posdata: «¿Cómo es posible escribir una autobiografía en un mundo tan cambiante como éste?».

Pronto leí en varios periódicos que se oían rumores sobre amenazas a la vida de Malcolm X. Después llegó el artículo del *Amsterdam News*. El encabezamiento era: «Malcolm X habla de amenazas de muerte», y la

historia contaba que él había dicho que antiguos e íntimos compañeros de la mezquita de Nueva York le habían enviado «una brigada especial» para «intentar matarme a sangre fría. Gracias a Alá, me enteré del complot por los mismos hermanos que habían enviado a matarme. Esos hermanos me habían oído representar y defender al señor Muhammad durante demasiado tiempo para tragarse las mentiras que les contaban sobre mí sin preguntarme primero para aclarar las cosas».

Telefoneé a Malcolm X y le expresé mi preocupación personal por él. Su voz sonaba cansada. Me dijo que su «principal interés» era que todo dinero que pudiera generarse por cuenta de él en el futuro fuera a parar directamente a su nueva organización, o a su mujer, como especificaba la carta que me había enviado firmada. Prosiguió: «Sé que debería hacer testamento, no lo he hecho nunca porque nunca he tenido nada que dejar, pero si no lo hago y algo me ocurre, podría organizarse un gran lío». Manifesté mi inquietud por él y Malcolm me contó que tenía un rifle cargado en casa y que «puedo cuidar de mí mismo».

La Mezquita Musulmana Inc. a la que se había referido era una nueva organización que él había fundado y que en aquel tiempo consistía en unos cuarenta a cincuenta musulmanes negros quizá, que habían abandonado a Elijah Muhammad.

Por medio de una persona allegada a Cassius Clay, que Malcolm X me había sugerido finalmente, conseguí concertar una cita con el campeón de los pesos pesados, y volví a Nueva York para realizar la entrevista para *Playboy*. Malcolm X estaba «fuera por breve tiempo», me dijo la hermana Betty por teléfono con tono desabrido. Hablé con una señora miembro de los musulmanes negros a la que había conocido antes de que se uniera a ellos y que había sido una gran admiradora de Malcolm X. Ella había elegido quedarse en el redil original, «pero te diré, hermano, lo que mucha gente dice en la mezquita, ya sabes, es como cuando te divorcias de tu marido, pero sigue gustándote verlo de vez en cuando». Durante la entrevista con Cassius Clay en su suite de tres habitaciones en el Hotel Theresa de Harlem, las preguntas giraron de forma inevitable en torno a la pertenencia de Clay a los musulmanes negros, y luego para averiguar qué había sido de su anteriormente íntima relación con Malcolm X. Con un tono

neutro Clay dijo: «Uno no puede desafiar al señor Muhammad y salirse con la suya. No quiero hablar más de él».

En su sede central de Chicago, Elijah Muhammad se sentía «emocionalmente afectado» cada vez que se pronunciaba el nombre de Malcolm X en su presencia, me contó uno de los musulmanes negros del círculo de Clay. Según decían, el señor Muhammad había afirmado: «El hermano Malcolm llegó a ser un hombre importante. Yo le hice importante. Estaba a punto de convertirlo en un gran hombre». Los musulmanes negros leales predijeron que los desertores de la Mezquita Número Siete que se habían unido a él pronto le volverían la espalda: «Se sentirán traicionados». Otros decían: «Un gran castigo de Alá caerá sobre el hipócrita». Se decía que el señor Muhammad había declarado en otra ocasión: «Malcolm se está destruyendo a sí mismo», que a pesar de todo no deseaba ver morir a Malcolm X, y que «prefería verlo vivir y sufrir por su traición».

El sentimiento general entre los habitantes de Harlem no musulmanes con los que hablé era que Malcolm X había sido un ministro poderoso y de gran influencia, que al final había dividido a los miembros de la mezquita en dos bandos hostiles y que en la ciudad de Nueva York, al menos, el indiscutible liderazgo de Elijah Muhammad se había acabado.

Malcolm X regresó. Afirmó haber estado en Boston y en Filadelfia. Me dedicó mucho tiempo, esta vez de día, en la habitación 1936 del Hotel Norteamericana. Su antigua y absoluta seguridad se había esfumado. Como si fuera la cosa más natural del mundo, a intervalos repentinos caminaba hacia la puerta, la abría, miraba a un lado y a otro del pasillo y luego volvía a cerrarla. «Si todavía estoy vivo cuando se publique este libro será un milagro —me dijo a modo de explicación—. No lo digo angustiadamente... —Se inclinó hacia delante y acarició la colcha aterciopelada de color dorado—. Lo digo igual que digo que esto es una colcha».

Por primera vez me contó con cierto detalle lo que había ocurrido. Me dijo que su comentario sobre el asesinato del presidente Kennedy no había sido el motivo de su expulsión de los musulmanes negros. «Ésa no fue la razón en absoluto. Nadie dijo nada cuando hice declaraciones más fuertes en otras ocasiones. La verdadera razón —añadió— fueron los celos en Chicago, y que yo había censurado la moralidad del hombre que afirmaba

tener una moral más recta que la de ninguno otro».

Malcolm X me aseguró que él había aumentado el número de miembros de la Nación del Islam de unos cuatrocientos que había cuando él se unió a ellos, a cuarenta mil. «No creo que hubiera más de cuatrocientos en todo el país cuando yo me uní a ellos, realmente no lo creo. En su mayoría era gente de edad y muchos de ellos ni siquiera sabían pronunciar el nombre del señor Muhammad y él permanecía casi siempre en la sombra».

Malcolm X hizo denodados esfuerzos por no demostrarlo, pero estaba preocupado. «No hay nada más temible que la ignorancia en acción. Goethe», escribió un día. Lanzó un par de indirectas sobre Cassius Clay y cuando yo me limité a contarle anécdotas de mi entrevista con Clay, preguntó finalmente qué había dicho Clay sobre él. Busqué la ficha en la que había mecanografiado previamente la pregunta y donde la respuesta de Clay estaba escrita a mano. Malcolm X observó la ficha, luego miró por la ventana, se levantó y empezó a caminar. Una de las pocas veces en las que oí su voz traicionar sus sentimientos fue cuando dijo: «Yo me sentía como si fuera un verdadero hermano mayor para él. —Hizo una pausa—. No estoy en contra de él ahora. Es un joven agradable. Inteligente. Es sólo que está dejando que lo utilicen, que lo lleven por el mal camino».

Y en otro momento, allí, en la habitación del hotel, le vi más cerca de las lágrimas de lo que le había visto nunca. Fue también la única ocasión en que le oí usar una palabra para referirse a su propia raza. Había estado hablando sobre el duro trabajo que había realizado para levantar la organización de los musulmanes negros en los primeros tiempos, cuando lo trasladaron a la ciudad de Nueva York, y entonces, de repente, exclamó con voz ronca: «Teníamos la mejor organización que ha tenido nunca el hombre negro... ¡los *niggers* la han arruinado!».

Sin embargo, unos días más tarde me permitió leer algo que había escrito en una de sus agendas: «Los adultos deberían aprender una lección de los niños, la de no sentir vergüenza por el fracaso, sino volver a levantarse e intentarlo de nuevo. La mayoría de nosotros, los adultos, tenemos demasiado miedo, somos demasiado prudentes, demasiado “seguros” y, por lo tanto, estamos demasiado encogidos, rígidos y asustados: por eso muchos humanos fracasan. La mayoría de los adultos de mediana edad se ha

resignado al fracaso».

Mientras Malcolm X estaba conmigo en la habitación del hotel se produjeron numerosas llamadas de teléfono dirigidas a él, o bien era él quien llamaba. Hablaba con sigilo y cautela, evidentemente no deseaba que yo siguiera la discusión. Me acostumbré a irme al cuarto de baño cada vez y cerrar la puerta; luego salía cuando se detenía el murmullo de su voz; esperaba que así se sintiera más cómodo. Más adelante me contó que hablaba con algunos musulmanes negros que eran aún seguidores notorios de Elijah Muhammad. «Soy un hombre marcado —manifestó un día, después de una de esas llamadas—. Personas muy bien situadas me han recomendado que tenga mucho cuidado con todos mis movimientos. —Se detuvo a reflexionar sobre ello—. Mientras no le hagan daño a mi familia, nada temo por mí mismo». Yo tenía la impresión de que a Malcolm X le habían informado de antemano que la organización musulmana iba a iniciar un pleito para que abandonara la casa donde vivían él y su familia.

Me había preocupado que, en su amargura, Malcolm X quisiera volver a repasar los capítulos en los que contaba sus días con los musulmanes negros y volver a escribirlos. El día antes de que saliera de Nueva York para regresar al norte, le manifesté mi preocupación. «He pensado en ello —me dijo—. Hay un montón de cosas que podría haber dicho, que me pasaron por la cabeza en ocasiones, incluso entonces, cosas que vi y escuché, pero las alejé de mi mente. Voy a dejar que quede tal como te lo conté. Quiero que el libro quede como antes».

Más adelante, el 26 de marzo de 1964, me llegó una nota de Malcolm X: «Existe la posibilidad de que haga un viaje rápido a varios países importantes de África, incluyendo un peregrinaje a las ciudades santas musulmanas de La Meca y Medina, que se iniciaría alrededor del 13 de abril. Guárdame el secreto».

Mientras estuvo fuera, Malcolm X escribió cartas y postales a casi todos los que conocía bien. Firmaba las cartas como «El-Hajj Malik El-Shabazz».

Posteriormente, a mediados de mayo, la hermana Betty me telefoneó. Su voz era de júbilo. Malcolm X regresaba. Cogí un avión para Nueva York. El 21 de mayo sonó el teléfono en mi habitación del hotel y la hermana Betty dijo: «Un momento, por favor», luego una voz cavernosa me saludó:

«¿Cómo estás?».

«¡Vaya! ¡El-Hajj Malik El-Shabazz! ¿Cómo estás tú?».

Me contestó: «Un poco cansado». Había llegado en vuelo de la Pan-Norteamerican Airlines de las 4:30. Iba a celebrar una conferencia de prensa a las siete de la tarde en el Hotel Theresa. «Te recogeré a las seis y media en la 135 con Lenox, del lado en dirección norte, ¿de acuerdo?».

Cuando se detuvo el Oldsmobile azul y me subí a él, El Hajj Malcolm, absolutamente radiante, llevaba un traje ligero de algodón a rayas rizadas y lisas, el pelo rojizo necesitaba un buen corte y se había dejado barba. En el coche también estaba la hermana Betty. Era la primera vez que nos veíamos cara a cara después de más de un año de hablar varias veces a la semana por teléfono. Nos sonreímos mutuamente. Ella llevaba gafas oscuras, un traje azul de premamá y estaba embarazada del que sería su cuarto hijo.

Debía de haber unos cincuenta fotógrafos y periodistas de prensa y televisión maniobrando para situarse en posición, en la parte de delante, y el resto del Skyline Ballroom estaba lleno de seguidores negros de Malcolm X, de sus amigos y de curiosos. Destellos de flashes y luces de focos iluminaron la sala cuando él entró escoltando a la hermana Betty, tomándola tiernamente del brazo. Ella sonreía abiertamente, orgullosa de que aquel hombre fuera su hombre. Reconocí a M. S. Handler, del *Times,* y me presenté a mí mismo. Nos estrechamos las manos calurosamente y nos apoderamos de una pequeña mesa para dos. Los periodistas que formaban un cerrado semicírculo en torno al estrado en el que se sentaba Malcolm X iniciaron la andanada de preguntas y él dio la impresión de que sus doce años de experiencia en oratoria le habían preparado para esa nueva imagen.

«¿Estamos en lo cierto al creer que usted ya no opina que todos los blancos son malos?».

«¡Cierto, señor! Mi viaje a La Meca me ha abierto los ojos. Ya no apruebo el racismo. Mi pensamiento ha cambiado hasta el punto de creer que los blancos son seres humanos... —una significativa pausa—, siempre que su actitud humana hacia los negros lo corrobore».

Le censuraron su imagen «racista». «Yo no soy racista. No condeno a los blancos por ser blancos, sino por sus actos. Condeno lo que el colectivo blanco ha hecho a nuestro colectivo negro».

Prácticamente durante todo ese tiempo lanzaba zalameras sonrisas infantiles por toda la sala. Se toqueteaba la nueva barba rojiza. Le preguntaron sobre ella y si pensaba mantenerla. Contestó que aún no lo había decidido, que tendría que comprobar primero si se acostumbraba a ella o no. ¿Pensaba unirse a los principales líderes de los derechos civiles a los que anteriormente había atacado con tanta mordacidad? Usó de circunloquios para contestar esta pregunta: «Se lo explicaré de este modo, señor. Si unos hombres viajan dentro de un coche, con un destino en mente, y uno sabe que han tomado la dirección equivocada, pero ellos están convencidos de que es la correcta, entonces uno se sube al coche y viaja con ellos charlando. Finalmente, cuando vean que han cogido el camino equivocado porque no han llegado al lugar previsto, uno les dice, y entonces ellos le escucharán, qué camino deben tomar». Nunca había estado en mejor forma, sopesando, eludiendo, contestando las preguntas.

Handler, sentado a mi lado, tomaba notas y musitaba para sí: «¡Increíble, increíble!». Yo pensaba lo mismo. A veces pensaba en que, si se tirara una piedra desde la ventana que había detrás de Malcolm X, se estrellaría contra una acera ocho pisos más abajo, donde años antes se había agazapado él mismo para vender droga.

Cuando reanudé el trabajo en el norte, periódicamente me llegaron notas de Malcolm X. «Espero que el libro avance deprisa, ya que los acontecimientos que se refieren a mi vida se producen con tanta rapidez que gran parte de lo que ya se ha escrito puede quedar anticuado de un mes para otro. En la vida nada es permanente, ni siquiera la vida misma (sonrisa). Así que te aconsejo que te apresures a terminarlo en cuanto sea posible». Otra de las notas, por correo especial, demostraba cierta irritación hacia mí; había recibido una carta de un editor donde se le indicaba que se le había entregado un cheque de dos mil quinientos dólares cuando se firmó el contrato para el libro y «por lo tanto se esperará que pague el impuesto sobre la renta por esa cantidad. Como bien sabes, repetidamente especifiqué que toda esta transacción debía realizarse en aquel tiempo directamente con y para la Mezquita. De hecho, no había visto nunca ese cheque hasta hoy».

El asunto se resolvió y yo le envié los borradores de unos cuantos capítulos para que los leyera. Me espantó verlos regresar en breve tiempo,

llenos de tachaduras rojas donde antes había hablado de su relación casi de padre e hijo con Elijah Muhammad. Telefoneé a Malcolm X para recordarle su decisión previa y manifestar que, si esos capítulos sugerían tan a las claras a los lectores lo que venía después, el libro perdería automáticamente parte del suspense y de su tensión dramática. Malcolm X contestó con voz ronca: «¿De quién es el libro?». Yo repliqué: «Tuyo, por supuesto», y le aseguré que sólo objetaba desde mi posición como escritor. Me dijo que tendría que pensar en ello. Yo me desanimé ante la perspectiva de que tal vez quisiera reescribir todo el libro en torno a una polémica con Elijah Muhammad. Pero esa misma noche me telefoneó. «Lo siento. Tienes razón. Estaba preocupado por otra cosa. Olvida los cambios que había marcado, déjalo como tú lo habías escrito». Nunca volví a dejarle leer más capítulos sin estar yo presente. Varias veces, mientras lo observaba a hurtadillas, le vi fruncir el ceño o pestañear al leer, pero no volvió a pedirme nunca que cambiara lo que había dicho originalmente. Y la única cosa que mencionó que deseaba poder cambiar en su vida fue leyendo el capítulo «Laura». Dijo: «Era una chica lista, una buena chica. Intentó con todas sus fuerzas hacer algo por mí y fíjate en qué la metí yo, drogas y prostitución. Arruiné la vida de esa chica».

Malcolm X estaba ocupado, ocupado, ocupado; con frecuencia no podía venir a mi habitación del hotel y cuando lo hacía, la estancia pronto daba la impresión de haberse convertido en la Gran Central Terminal. Parecía que cuando el teléfono no sonaba para él, él llamaba a alguien, consultando los números anotados en su siempre dispuesta agenda. Había empezado ahora a hablar mucho con varias personas de Oriente Próximo y de África que estaban en Nueva York. Algunos de ellos vinieron a verlo a mi habitación del hotel. Al principio yo me sentaba junto a la ventana absorto en la lectura mientras ellos hablaban junto a la puerta de la habitación en voz baja. Cuando esto ocurría él pedía mil disculpas y yo le aseguraba que no me importaba. Más adelante, solía salir al pasillo o quizá bajaba en ascensor hasta el vestíbulo, donde me dedicaba a vigilar los ascensores hasta que el visitante se iba. Un día, recuerdo, el teléfono estuvo sonando sin parar. Le llamó la CBS, la ABC, la NBC, cada uno de los periódicos de la ciudad de Nueva York, el *Daily Express* de Londres y numerosas personas, de modo

que él y yo no habíamos conseguido trabajar en absoluto. Entonces se presentó un equipo de cámaras de la televisión y llenó la habitación para grabar una entrevista del comentarista de la ABC, Bill Beutel, a Malcolm X. Mientras el equipo colocaba los focos sobre trípodes, llamó una emisora de radio de Dayton, Ohio, que deseaba entrevistar a Malcolm X por teléfono. Él me pidió que les dijera que lo llamaran al día siguiente a la casa de su hermana Ella, en Boston. Luego llamó el Ministerio de Información de Ghana. Me di la vuelta con una nota para Malcolm X, a quien el comentarista Beutel acababa de decir: «No le haré perder demasiado tiempo. Sólo tengo unas cuantas preguntas, probablemente estúpidas». Echando un vistazo a mi nota, Malcolm X le contestó: «Sólo la pregunta no realizada es estúpida. —Y a mí—: Diles que los llamaré luego, por favor». Luego, justo cuando las cámaras de televisión empezaban a rodar, mientras Beutel y Malcolm X hablaban, el teléfono volvió a sonar y era el periodista de la revista *Life*, Marc Crawford, a quien le susurré lo que estaba ocurriendo. Crawford, imperturbable, me preguntó si podía colocar el auricular de modo que él oyera la entrevista. Yo acepté, contento de que, así, la entrevista prosiguiera sin interrupción.

La copia del manuscrito que le di a Malcolm X para revisar más adelante tenía mucho mejor aspecto y él la estudió detenidamente, página a página, con suma atención. De vez en cuando alzaba la cabeza para hacer algún comentario. «¿Sabes? —me dijo una vez—, si he llegado a tener influencia ha sido porque he estudiado las debilidades de este país y porque cuanto más grita el hombre blanco, más me doy cuenta de que he golpeado un nervio». En otra ocasión, dejó sobre la cama el manuscrito que estaba leyendo, se levantó de la silla y caminó de un lado a otro, acariciándose el mentón, luego me miró. «¿Sabes?, en este capítulo de aquí donde te cuento que me apunté a la cabeza con la pistola y apreté el gatillo una y otra vez y los asusté tanto, cuando estaba formando la banda de atracadores..., bueno... —Hizo una pausa—. No sé si debería contarte esto, pero quiero decir la verdad. —Me miró especulativamente—. Había quitado la bala». Nos reímos juntos. Yo le dije: «Muy bien, dame esa página, lo arreglaré». Luego se lo pensó mejor. «No, déjalo así. Demasiada gente se apresuraría a decir que también ahora me estoy tirando un farol».

Cuando estaba leyendo la parte que correspondía al período en que descubrió la biblioteca de la prisión, Malcolm X se levantó bruscamente. «¡Tío! ¡No olvidaré nunca a aquel viejo cerdo hormiguero!». La noche siguiente entró en la habitación y me contó que había ido al Museo de Historia Natural y había aprendido algo sobre el cerdo hormiguero. «Bien, cerdo hormiguero significa en realidad "cerdo de tierra".[40] Éste es un buen ejemplo del origen de las palabras, como te contaba. Cuando uno estudia la ciencia de la filología, aprende las leyes que rigen que una consonante pierda su forma, pero mantenga su identidad de una lengua a otra». Lo que me dejó atónito fue que sabía que ese día el programa de Malcolm X había sido abrumador, incluyendo una aparición en radio, otra en televisión y un discurso en vivo. Sin embargo, había ido a descubrir algo sobre el cerdo hormiguero.

No pasó mucho tiempo antes de que Malcolm X convocara una conferencia de prensa en la que anunció: «Mi nueva Organization of Afro-American Unity (Organización para la Unidad Afro-Americana) es un grupo no religioso y no sectario fundado para unir a los afroamericanos en un programa constructivo encaminado a la consecución de los derechos humanos». El tono de la nueva OAAU parecía ser el de un nacionalismo negro militante. A las preguntas de varios periodistas en entrevistas posteriores, afirmó que la OAAU lucharía por convertir a la población negra de la no violencia a la autodefensa activa contra los defensores de la supremacía blanca de Estados Unidos. Sobre el tema de la política planteó un enigma: «Tanto si usas balas como papeletas de voto, tienes que apuntar bien; no dispares a la marioneta, dispara al que mueve los hilos». ¿Tenía en mente algún área especial de actividad? «Voy a unirme a la lucha allá donde los negros soliciten mi ayuda». ¿Piensa aliarse con otras organizaciones negras? Contestó que consideraría la posibilidad de formar un frente unido con ciertos líderes negros escogidos. Al ser preguntado, admitió que la NAACP estaba «haciendo algunas cosas buenas». ¿Podía algún blanco unirse a su OAAU? «Si John Brown viviera, quizás él». Y rebatió a sus críticos con afirmaciones tales como que enviaría «guerrilleros armados» a Misisipí. «Lo digo completamente en serio. Los enviaremos, no sólo a Misisipí, sino a cualquier lugar donde las vidas de las personas negras estén

amenazadas por los fanáticos racistas blancos. En lo que a mí respecta, Misisipí es todo lo que está al sur de la frontera canadiense». En otra ocasión, cuando Evelyn Cunningham, del *Pittsburgh Courier*, solicitó burlonamente de Malcolm X: «Diga algo chocante para mi columna», él respondió: «Todo aquel que quiera seguirme a mí y a mi movimiento debe estar dispuesto a ir a la cárcel, al hospital y al cementerio antes de ser verdaderamente libre». Evelyn Cunningham, al escribir la frase, añadió: «Se reía entre dientes, pero lo decía completamente en serio».

Nació su cuarto hijo, de nuevo una niña, a la que él y la hermana Betty llamaron Gamilah Lumumbah. Una joven camarera llamada Helen Lanier, que trabajaba en el Twenty Two Club de Harlem, donde Malcolm X solía por aquel entonces citarse con la gente, le regaló una canastilla con el ajuar completo para bebé. Aquel gesto lo conmovió profundamente. «¡Vaya, si apenas conozco a esa chica!».

Se sintió muy molesto cuando una encuesta del *New York Times* entre los ciudadanos negros de Nueva York reflejó que tres cuartas partes de los mismos habían nombrado al doctor Martin Luther King como el que «mejor servía a la causa de los negros», y que una quinta parte había votado por Roy Wilkins, de la NAACP, mientras que sólo un seis por ciento se había decantado por Malcolm X. «Hermano —me dijo—, ¿te das cuenta de que algunos de los mayores líderes de la historia no fueron reconocidos hasta que estuvieron bien seguros bajo tierra?».

Una mañana de mediados del verano de 1964, Malcolm X me llamó para informarme que iniciaría «en los dos o tres próximos días» un viaje al extranjero que debía durar seis semanas. Las primeras noticias que tuve de él procedían de El Cairo, más o menos cuando el pronosticado «largo y cálido verano» empezaba en serio, con disturbios y otras revueltas de negros en la zona residencial de Filadelfia, en Rochester, en Brooklyn, en Harlem y en otras ciudades. El *New York Times* escribía que una reunión de intelectuales negros había estado de acuerdo en que el doctor Martin Luther King podía asegurar la lealtad de las clases media y alta negras, pero que sólo Malcolm X podía asegurar la lealtad de los negros de la más baja clase social. «Los negros respetan al doctor King y a Malcolm X porque en ellos perciben una integridad absoluta y saben que no los venderán nunca. No se

puede corromper a Malcolm X, los negros lo saben y por eso lo respetan. También saben que procede del arroyo, como ellos, y lo consideran uno de los suyos. Malcolm X va a desempeñar un importante papel, porque la lucha racial se ha trasladado ahora hacia el norte urbano... Si el doctor King se convence de que ha sacrificado diez años de brillante liderazgo, se verá obligado a replantear sus ideas. Sólo hay una dirección hacia la que pueda moverse, y es la dirección de Malcolm X». Le envié el recorte del periódico a Malcolm X a El Cairo.

En Washington, D.C. y en la ciudad de Nueva York al menos, poderosos representantes ciudadanos, privados y gubernamentales, así como personas individuales, se interesaban vivamente por lo que Malcolm X decía en el extranjero y especulaban acerca de sus posibles declaraciones y actos hasta que regresara a Estados Unidos. Estando en el norte del estado de Nueva York, recibí una llamada de un amigo íntimo. Según me contó, le habían pedido que me preguntara si yo estaría dispuesto a ir a Nueva York en un día fijado de antemano, para reunirme con «un alto funcionario del Gobierno» que estaba interesado en Malcolm X. Tomé el avión en dirección a la ciudad. Mi amigo me acompañó a las oficinas de una gran fundación privada famosa por sus actividades y donativos en el campo de los derechos civiles. Me hallé frente al presidente de la fundación, quien me presentó al jefe del Departamento de Derechos Civiles del Ministerio de Justicia, Burke Marshall. Marshall estaba interesado principalmente en las finanzas de Malcolm X, y en particular en sus abundantes viajes desde su expulsión de los musulmanes negros. Le dije que mis conocimientos sólo alcanzaban a saber que los diversos pagos del editor habían financiado a Malcolm X, así como los honorarios que recibía por algunos discursos, y posiblemente los donativos que recibía su organización. También le dije que Malcolm X me había contado que su hermana Ella le había prestado dinero para el viaje en curso y que recientemente el *Saturday Evening Post* había comprado los derechos de resumen del libro por una suma sustancial que pronto cobraría. Marshall me escuchó en concentrado silencio y me formuló unas cuantas preguntas sobre otros aspectos de la vida de Malcolm X. Luego me dio las gracias. Escribí a Malcolm X a El Cairo esa misma noche para contarle esta entrevista. Nunca la mencionó.

El *Saturday Evening Post* envió al fotógrafo John Launois a El Cairo para localizar a Malcolm X y fotografiarlo a todo color. El número de la revista del 12 de setiembre incluyó el reportaje y yo le envié un ejemplar a Malcolm X por correo aéreo. Al cabo de unos pocos días recibí una nota hiriente donde expresaba su ira contra el editorial de la revista con respecto a la historia de su vida. (La frase que iniciaba el artículo rezaba: «Si Malcolm X no fuera negro, su autobiografía no sería más que un diario de psicología anormal, la historia de un atracador, de un camello, de un adicto y de un presidiario, con antecedentes de locura en la familia, que acaba creyéndose un mesías y se lanza a predicar una religión a la inversa de odio «fraternal»). Le escribí para explicarle que no podía en justicia hacerme responsable de lo que la revista había escrito por separado como editorial de opinión. Él me contestó excusándose, «pero en el futuro debe observarse el mayor cuidado».

Su regreso de África tuvo un carácter más propicio aún que cuando volvió del peregrinaje *hash* a La Meca. Un numeroso grupo de negros, sus seguidores y amigos, le aguardaban congregados en el edificio de llegadas internacionales del aeropuerto Kennedy. Cuando yo entré en el recinto, hombres blancos con cámaras estaban apostados en el segundo nivel, tomando fotografías de todos los negros que entraban, e igualmente obvios resultaban los policías negros de paisano que pululaban por allí. Los que habían acudido para dar la bienvenida a Malcolm habían cubierto el cristal que daba al pasillo de la Inspección de Aduanas de Estados Unidos de grandes pancartas de tela donde habían pintado con enormes letras: «Bienvenido a casa, Malcolm».

Malcolm apareció y se colocó en una de las hileras para la Inspección de Aduanas, oyó los vítores y alzó la cabeza, sonriendo de placer.

Malcolm X quería «conferenciar» conmigo para comunicarme detalles de su viaje que quería incluir en el libro. Me comentó que me iba a explicar sólo los puntos más sobresalientes, ya que en su opinión el diario que escribía cuidadosamente podría convertirse en otro libro. Realizamos sesiones intensivas en mi habitación del hotel, donde me leyó lo que había escogido del diario mientras yo tomaba notas. «Quiero poner de relieve que yo estaba tratando de internacionalizar nuestro problema —me explicó—,

de conseguir que los africanos sintieran su parentesco con nosotros los afroamericanos. Hice que pensaran en ello, que son nuestros hermanos de sangre y que tenemos los mismos antepasados. Por eso me quieren los africanos, igual que me quieren los asiáticos, porque soy un hombre religioso».

En breves días ya no tuvo tiempo para verme. Me llamaba y me pedía disculpas. Estaba asediado por multitud de problemas, algunos de los cuales mencionó, y de otros me enteré por otras personas. Enseguida se produjo el descontento dentro de su propia organización, la OAAU. Haber permanecido tan lejos de ellos durante un tiempo casi tres veces más largo del que había prometido había socavado gravemente la moral incluso de los miembros clave, y el sentimiento general era que su interés no bastaba para esperar que sus seguidores mantuvieran su fidelidad. Oí decir a un miembro de la organización que se palpaba «una creciente desilusión» en su seno.

Por todo Harlem, en bares y restaurantes, por las esquinas y en las escaleras de entrada a las casas, se oían las críticas contra Malcolm X más duras de toda su carrera. Había dos quejas principales, expresadas de diversa manera. La primera era que en realidad Malcolm X se limitaba a hablar, mientras que otras organizaciones para los derechos civiles actuaban. «Lo único que ha hecho él es hablar, mientras que otras organizaciones como el CORE y el SNNC[41] y partidarios del doctor King salían a la calle a dejarse machacar». La segunda queja principal era que Malcolm X estaba demasiado confundido para que sus seguidores pudieran continuar creyendo en él. «Ya no sabe en lo que cree. Tan pronto dice una cosa como otra». Estas dos quejas no ayudaban a mantener su antigua imagen de agitador, ni generaban el interés público local que necesitaba desesperadamente su pequeña y joven OAAU.

Un tribunal había dictaminado que Malcolm X y su familia tendrían que dejar libre la casa de Elmhurst para que fuera devuelta a los legales propietarios, según sentencia, la Nación del Islam de Elijah Muhammad. Y otro de los problemas inmediatos que Malcolm X debía encarar era el de las finanzas. Entre sus otros gastos, tenía que mantener a una esposa y cuatro hijos, además de al menos un secretario a tiempo completo para la OAAU. A su regreso de África nuestro agente para el libro me había entregado un

cheque de una suma considerable para Malcolm X. Poco después Malcolm X me dijo, riendo amargamente: «Se ha evaporado. ¡No sé cómo!».

Malcolm X se sumergió en un torbellino de actividades. Escribía y telefoneaba para aceptar docenas de invitaciones para conferencias, sobre todo en facultades y universidades, tanto para propagar sus ideas como para ganar los ciento cincuenta a trescientos dólares de honorarios más gastos de desplazamiento. Cuando estaba en Nueva York, pasaba todo el tiempo que podía en su oficina escasamente amueblada de la OAAU, en el entresuelo del Hotel Theresa, tratando de solucionar algunos de los intrincados problemas de la OAAU. «No voy a revelar nuestro número —contestó eludiendo la pregunta de un periodista—. ¿Sabe?, la parte más fuerte de un árbol es la raíz y si se descubre la raíz, el árbol se muere. Bueno, tenemos muchos miembros "invisibles" de todo tipo. Al contrario que otros líderes, yo he demostrado la flexibilidad de llegar a los negros de todo tipo del país».

Ni siquiera durante las comidas, en su restaurante favorito, el Twenty Two Club, o en algún otro de Harlem, lo dejaban tranquilo, porque la gente se acercaba constantemente en demanda de una cita para discutir con él una serie de temas, desde problemas personales a sus opiniones sobre asuntos internacionales. Al parecer, no sabía decir «no» en tales ocasiones. La mitad de las veces, algunos de sus ayudantes, que le prestaban su tiempo de forma voluntaria, tenían que esperar largo tiempo antes de conseguir captar su atención hacia asuntos importantes referentes a la OAAU o a él mismo. A menudo, incluso en aquella época, demostraba una impaciencia poco habitual en él con sus preguntas y sugerencias y ellos se enojaban visiblemente. Al menos una vez a la semana, generalmente los domingos por la noche, se dirigía a tantos negros como la transmisión de palabra o unos cuantos anuncios de multicopista podían atraer al Audubon Ballroom (Salón de Baile Audubon) de Harlem, en la calle Ciento sesenta y seis oeste entre Broadway y la avenida St. Nicholas, muy cerca del famoso Centro Médico Presbiteriano Columbia de la ciudad de Nueva York.

Por alguna razón, Malcolm X empezó de repente a lanzar un torrente de diatribas sobre Elijah Muhammad, acusándolo más mordazmente que nunca de «estafa religiosa» e «inmoralidad». Muy posiblemente, a Malcolm X le

encolerizaba cada vez más la inminencia del plazo dado por el tribunal para que sacara a su mujer y a sus cuatro hijas pequeñas de la cómoda casa donde habían vivido durante años en Elmhurst. Y la hermana Betty estaba embarazada de nuevo. «En realidad lo único que le he dado a Betty desde que nos casamos es un hogar —me había dicho, discutiendo sobre la orden del tribunal—, y ahora quieren quitárselo. No puedo seguir obligándola a cambios constantes. ¡Cuando pienso en todo lo que ha tenido que pasar... tengo que amar a esa mujer!».

La policía, varios periódicos, la oficina de la OAAU y la casa familiar de Elmhurst recibieron una avalancha de llamadas amenazándolo de muerte. Cuando acudió de nuevo a los tribunales, luchando por conservar su casa, iba escoltado por una falange de ocho hombres de la OAAU, veinte policías uniformados y doce agentes de paisano. La decisión del tribunal fue que la orden de desalojo debía llevarse a cabo. Cuando Malcolm X llegó a casa en Long Island, uno de sus seguidores, que intentaba ponerse en contacto con él por teléfono, escuchó la voz de la operadora de la compañía telefónica diciendo que el número OL 1-6320 estaba «desconectado». Un coche lleno de sus seguidores de la OAAU se apresuró a llegar a Long Island, donde encontraron a Malcolm X y a su familia perfectamente. Una pequeña investigación en la compañía telefónica reveló que una tal «señora Small» había llamado para pedir que se desconectara la línea de ese número «por vacaciones». Los seguidores de la OAAU volvieron a Harlem. Se produjo la consiguiente confrontación entre ellos y seguidores de Elijah Muhammad delante del restaurante de los musulmanes negros en la esquina de la calle Ciento dieciséis y la avenida Lenox. El incidente terminó cuando los policías que se aprestaron a acudir al escenario de la pelea encontraron dos pistolas en el coche de la OAAU y los seis hombres de esta organización fueron arrestados.

Malcolm X tenía un compromiso para hablar en Boston, pero estaba demasiado ocupado para ir y envió a un ayudante de la OAAU en su lugar. El coche que lo devolvía al aeropuerto de Boston se encontró con otro coche bloqueando el paso en el East Boston Tunnel. Según se relató después, del coche que bloqueaba el camino salieron disparados varios hombres con navajas, pero las fuerzas de Malcolm X enseñaron una

escopeta y los atacantes se dispersaron.

Malcolm X señaló firmemente a los musulmanes negros como responsables de varios ataques y amenazas. «No hay ningún grupo en Estados Unidos que sea más capaz de cumplir sus amenazas que los musulmanes negros —afirmó—. Lo sé, porque les enseñé yo mismo». Al preguntarle por qué había atacado a los musulmanes negros y a Elijah Muhammad cuando las cosas parecían haberse enfriado ya, contestó: «Yo no hubiera revelado nada de todo esto si ellos me hubieran dejado en paz». Dejó que lo fotografiaran en su casa sosteniendo una carabina automática con doble cargador de munición, que aseguró tener siempre preparada para actuar contra cualquier posible intento de asesinato. «Le he enseñado a mi mujer a usarla y le he ordenado que dispare sobre cualquiera, blanco, negro o amarillo, que trate de entrar a la fuerza».

Fui a Nueva York en diciembre para que Malcolm X leyera los apéndices finales al manuscrito en los que se incluían los más recientes acontecimientos. Había perdido más allá de todo punto su antigua personalidad confiada, me pareció. Repetía sin cesar que la prensa se tomaba a broma sus afirmaciones sobre las amenazas que recibía. «¡Se comportan como si estuviera contando chistes!». Volvió a sacar el tema del editorial del *Saturday Evening Post*. «No debes confiar en los editores, no me importa lo que te digan». El agente del libro me envió al hotel un contrato para los derechos de autor de la publicación en el extranjero que precisaba mi firma y la de Malcolm X. Lo firmé mientras él observaba y le tendí la pluma. Miró con aire suspicaz el contrato, luego declaró: «Será mejor que consulte con mi abogado», y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Conduciendo por Harlem una hora más tarde, detuvo súbitamente el coche al otro lado del edificio de la YMCA en la calle Ciento treinta y cinco. Sacó el contrato, lo firmó y me lo tiró encima. «Confiaré en ti», dijo, y siguió conduciendo.

Con la Navidad a la vuelta de la esquina y actuando bajo un repentino impulso, compré dos grandes muñecas negras para las dos hijas mayores de Malcolm X. Eran del tipo de muñecas que «caminaban» cuando las sostenías de la mano izquierda. Cuando Malcolm X se presentó en mi habitación del Hotel Wellington le dije: «Tengo algo para que se lo lleves a

Atila y a Qubilah como regalo de Navidad», y saqué las muñecas «caminando» de la mano. El asombro y luego una amplia sonrisa se extendieron por su cara. «Bueno, ¡qué te parece! Bueno, ¡qué me dices a esto!». Se inclinó para examinar las muñecas. Su expresión demostraba que se sentía muy conmovido. «¿Sabes? —me dijo al cabo de un rato—, no me enorgullece reconocerlo, pero no creo que le haya comprado nunca un regalo a mis hijas. Todos los juguetes que tienen se los ha comprado Betty o se los ha dado otra persona, nunca yo. Eso no está bien. Lo sé. Siempre he estado demasiado ocupado».

A principios de enero, aterricé en el aeropuerto Kennedy de Nueva York procedente del norte del estado y desde allí telefoneé a Malcolm X a su casa para explicarle que estaba esperando tomar otro avión en dirección a Kansas City para presenciar el juramento de ingreso de mi hermano pequeño George, elegido por aquel entonces senador por el estado de Kansas. «Dile a tu hermano de mi parte que recuerde a los que estamos en los callejones —me dijo Malcolm X—. Dile que él y los otros negros moderados que están llegando a algún sitio deben recordar siempre que fuimos los extremistas como nosotros los que lo hicimos posible». Me pidió que cuando fuera a dejar Kansas le telefoneara para decirle cuándo llegaría a Nueva York y, si podía, iría a reunirse conmigo. Así lo hice y él vino a buscarme al aeropuerto Kennedy. Sólo disponía de unos momentos porque tenía mucha prisa, afirmó. Había tenido que cancelar todo lo que tenía previsto hacer esa tarde por un discurso imprevisto. Así que reservé el billete para el siguiente vuelo en dirección al norte del estado, luego salimos y nos sentamos en su coche en el aparcamiento. Me habló de las presiones que recibía por todas partes y sobre las frustraciones, entre las que contaba el hecho de que nadie quisiera aceptar nada que se relacionara con él excepto «mi antiguo “odio” y mi imagen “violenta”». Afirmó que las organizaciones «supuestamente moderadas» lo evitaban por ser «demasiado militante» y que las «supuestamente militantes» lo evitaban por ser «demasiado moderado». «¡No me dejarán salir de este círculo! —exclamó —. ¡He caído en una trampa!».

Pasando a un tema más alegre, charlamos sobre el futuro bebé. Nos reímos de las cuatro chicas que le habían salido una detrás de otra. «¡Éste

será el chico! —aseguró. Sonrió radiante—. ¡Si no, será el siguiente!». Cuando anuncié que se acercaba la hora de salida de mi avión, me comentó que también él tenía que irse. Le dije: «Transmítele mis mejores deseos a la hermana Betty». Él aseguró que lo haría, nos estrechamos la mano, yo salí del coche y me quedé mirando cómo maniobraba con el Oldsmobile azul para salir del aparcamiento. Grité: «¡Nos vemos!», y nos saludamos con la mano mientras se alejaba el coche. No había modo de saber que aquélla iba a ser la última vez que lo vería vivo.

El 19 de enero Malcolm X apareció en el programa televisivo de Pierre Berton en Canadá y, en respuesta a una pregunta sobre la integración y los matrimonios mixtos, declaró:

«Creo en el reconocimiento de todo ser humano como ser humano, tanto si es blanco, negro, mulato o rojo, y cuando uno habla de la humanidad como familia no se plantea la cuestión de la integración o de los matrimonios mixtos. Se trata tan sólo de un ser humano que se casa con otro ser humano, o de un ser humano que vive cerca de otro ser humano. Debería decir, sin embargo, que no creo que deba depender siempre del hombre negro. No creo que la carga de defender una posición deba soportarla siempre el hombre negro, porque es el hombre blanco en conjunto el que ha demostrado hostilidad ante la integración, ante los matrimonios mixtos y ante los demás pasos que se dan hacia la unidad. Por lo tanto, como negro y sobre todo como negro norteamericano, fuera cual fuera mi postura anterior no creo que deba excusarme por ella ahora, porque sigue siendo una reacción contra la sociedad y fue la sociedad quien causó esa reacción. Creo que es la sociedad causante la que debería ser atacada, y no la reacción que surge entre las personas que son víctimas de esa sociedad negativa». A partir de estas declaraciones sería justo afirmar que un mes antes de su muerte, Malcolm había cambiado de opinión sobre el matrimonio mixto hasta el punto de considerarlo simplemente como una cuestión personal.

El 28 de enero Malcolm X viajaba en el vuelo número 9 de la TWA desde Nueva York que aterrizó hacia las tres de la tarde en Los Ángeles. Una brigada especial de los servicios de inteligencia de la policía vio a dos

íntimos amigos, Edward Bradley y Allen Jamal, saludar a Malcolm X y llevarlo en coche al Statler-Hilton Hotel, donde Malcolm X se inscribió en el registro en la habitación 1129. Contaba Bradley: «Cuando entramos en el vestíbulo del hotel seis hombres se nos acercaron por detrás. Los reconocí como musulmanes negros». Cuando Malcolm X volvió a bajar al vestíbulo, «prácticamente chocó con aquel séquito de musulmanes. Los musulmanes estaban atónitos. Malcolm X se quedó de piedra, pero siguió andando. Entonces comprendimos que teníamos problemas». Los amigos de Malcolm X lo llevaron a recoger a «dos antiguas secretarias de Elijah Muhammad que habían interpuesto demandas de paternidad contra él», y fueron a la oficina de la pintoresca abogada de Los Ángeles, Gladys Root. La señora Root afirmó que Malcolm X había lanzado acusaciones sobre la conducta de Elijah Muhammad con varias de sus antiguas secretarias.

Después de cenar, los dos amigos de Malcolm X lo llevaron de vuelta al hotel. «Había musulmanes negros por todas partes —relató Bradley—. Algunos estaban en coches y otros rondaban por las cercanías del hotel. Habían rodeado el edificio. Malcolm sopesó la situación y saltó fuera del coche. Me advirtió que vigilara y se metió corriendo en el vestíbulo. Subió a su habitación y permaneció allí durante el resto de su estancia en Los Ángeles».

Siguieron al coche en el que Malcolm X dejó el hotel camino del aeropuerto, afirmó Bradley. «Apenas habíamos entrado en la autopista cuando vimos que nos seguían dos coches llenos de musulmanes negros. Los coches empezaban a ponerse a nuestra altura. Malcolm cogió mi bastón de paseo y lo sacó por una de las ventanillas posteriores como si fuera un rifle. Los dos coches se mantuvieron atrás. Aceleramos, alcanzamos la rampa del aeropuerto y llegamos zumbando hasta la puerta de la terminal. La policía estaba esperando allí para escoltar a Malcolm hasta el avión a través de un pasillo subterráneo. Luego vi a Malcolm subir al avión».

La policía de Chicago lo estaba esperando cuando el avión aterrizó en el aeropuerto O’Hare a las ocho de aquella tarde. Conducido al Bristol Hotel, Malcolm se registró en él y la suite contigua fue tomada por fuerzas policiales que mantendrían una guardia constante durante los tres días de su permanencia en Chicago. Malcolm X testificó en la oficina del fiscal

general del estado de Illinois que había estado investigando a la Nación del Islam. Otro día apareció en el programa de televisión de Irv Kupcinet, en el que relató los intentos que se habían hecho para asesinarlo. Afirmó que sobre su escritorio tenía una carta en la que se nombraba a las personas designadas para matarlo. Cuando la policía devolvió a Malcolm X a su hotel «al menos quince negros de rostro torvo merodeaban por los alrededores». Malcolm X susurró al detective sargento Edward McClellan: «Todos esos son musulmanes negros. Al menos a dos de ellos los reconozco de Nueva York. Elijah parece conocer todos mis movimientos». Más tarde, ya en su habitación, Malcolm X le confesó al detective: «Sólo es cuestión de tiempo que me cojan. Sé demasiadas cosas de los musulmanes negros. Pero sus amenazas no me impedirán que haga lo que estoy resuelto a hacer». Después de pasar aquella noche en el hotel, la policía escoltó a Malcolm X de vuelta al aeropuerto O'Hare, donde cogió un avión con destino al aeropuerto Kennedy de Nueva York.

Al llegar le entregaron un mandato judicial de desahucio de la casa de Elmhurst. Me llamó al norte. Su voz sonaba tensa. Me dijo que había presentado una apelación al mandato judicial, que al día siguiente se iba a Alabama y desde allí a Inglaterra y a Francia para unas conferencias que tenía comprometidas. Poco después de volver iría a Jackson, Misisipí, para pronunciar un discurso ante el Partido Democrático para la Libertad de Misisipí, el 19 de febrero. Luego añadió (y era la primera vez que lo admitía ante mí): «Haley, estoy desquiciado de los nervios, mi mente está cansada». Me contó que a su regreso de Misisipí le gustaría acercarse al norte del estado, pasar dos o tres días en la ciudad donde yo estaba viviendo y leer el manuscrito del libro de nuevo. «Dices que es una ciudad tranquila. Un par de días de paz y tranquilidad, eso es lo que necesito». Yo le contesté que ya sabía que sería bienvenido, pero que no era preciso que se agotara leyendo el largo libro de nuevo, puesto que había muy pocos y pequeños cambios en la versión que él había leído poco antes. «Quiero leerlo una vez más —explicó—, porque no espero poder leerlo en su forma definitiva». De modo que concertamos una cita provisional para el día después de su proyectado retorno de Misisipí. Volaría hasta el norte del estado para pasar el fin de semana conmigo. Las fechas previstas eran el sábado y el domingo

20 y 21 de febrero.

La revista *Jet* dio cuenta del viaje de Malcolm X a Selma, Alabama, por invitación de dos miembros del CORE. El doctor Martin Luther King estaba encerrado en una cárcel de Selma cuando la llegada de Malcolm X provocó «el descontrol» entre los subordinados del doctor King en la Southern Christian Leadership Conference (Conferencia para el Liderazgo Cristiano en el Sur). Rápidamente, el director ejecutivo del SCLC, reverendo Andrew Young, y el reverendo James Bevel se pusieron en contacto con Malcolm X, instándole a no suscitar incidentes y advirtiéndole de que su presencia podía ser causa de violencia. «Los escuchó con una sonrisa», explica la señorita Faye Bellamy, secretaria del SNCC, que acompañó a Malcolm X a una iglesia negra donde debía dirigirse a los congregados para la misa. «Recuerde esto: nadie me pone las palabras en la boca», le dijo a la señorita Bellamy. También le contó que al cabo de unas dos semanas tenía intención de iniciar un reclutamiento en el sur para su OAAU con base en Harlem. En la iglesia donde iba a hablar, a Malcolm X lo colocaron en el estrado junto a la señora de Martin Luther King, hacia la cual se inclinó para susurrarle que estaba «tratando de ayudar», según ella comentó a *Jet*. «Me dijo que quería presentar una alternativa, que quizá sería más fácil para los blancos aceptar las propuestas de Martin después de oírle a él (Malcolm X). Al principio no lo entendí. Parecía ansioso por que Martin supiera que él no iba a causar problemas ni dificultades, sino que estaba tratando de facilitar las cosas... Más tarde, en el vestíbulo, volvió a repetirlo. Parecía sincero...».

Dirigiéndose a los asistentes a la misa, según se cuenta, Malcolm X gritó: «Yo no abogo por la violencia, pero si un hombre me pisa, yo le piso a él. (...) Los blancos deberían estar contentos de que Martin Luther King reúna a la gente, porque otras fuerzas están esperando para reemplazarlo si fracasa».

De vuelta a la ciudad de Nueva York, Malcolm se fue pronto a Francia. Tenía previsto dar una conferencia ante la Asamblea de Estudiantes Africanos. Pero le avisaron formalmente de que no se le permitiría hablar y, lo que era más, de que podía considerar vetada su entrada en Francia para siempre como «persona non grata». Se le pidió que saliera del país, cosa

que hizo con gran indignación por su parte. Voló a Londres y periodistas de la BBC lo llevaron a realizar una visita por Smethwick, una ciudad cercana a Birmingham con una numerosa población negra, mientras lo entrevistaban. Numerosos residentes desataron una tormenta de críticas sobre la BBC, a la que acusaron de contribuir a «avivar el racismo» en una comunidad donde la situación ya era muy tensa. Durante su visita, habló también en la London School of Economics.

Malcolm X volvió a Nueva York el sábado 13 de febrero. Dormía con su familia cuando alrededor de las tres menos cuarto de la madrugada del domingo los despertó un terrible estallido. La hermana Betty me contó más adelante que Malcolm X, gritando órdenes y agarrando al vuelo a las asustadas niñas, que berreaban, consiguió poner a salvo a la familia sacándola por la puerta posterior que daba al jardín. Alguien había lanzado varios cócteles mólotov de gasolina a través de la gran ventana que daba a la fachada. Los bomberos tardaron una hora en extinguir las llamas. La mitad de la casa quedó destruida. Malcolm X no tenía seguro contra incendios.

Una aterrada hermana Betty encinta y las cuatro pequeñas fueron a alojarse en casa de unos buenos amigos. Malcolm X apretó los dientes y cogió el avión como estaba previsto esa misma mañana para pronunciar una conferencia en Detroit. Vestía un polo bajo el traje. Inmediatamente después se desplazó de regreso a Nueva York. El lunes por la mañana, en medio del frenesí provocado por los planes de emergencia para encontrar alojamiento a su familia, Malcolm X se encolerizó al enterarse de que el ministro James X, de la Mezquita de Nueva York Número Siete de Elijah Muhammad, había declarado a la prensa que el mismo Malcolm X había prendido fuego a la casa «para conseguir publicidad».

El lunes por la noche, Malcolm X habló en el familiar Audubon Ballroom. Si los nervios de acero de los que anteriormente hacía gala le habían impedido exaltarse en público antes, aquel día le fallaron: «¡Se me ha acabado la paciencia! —le gritó a un público de quinientas personas—. ¡No me preocupa mi seguridad personal, pero que no toquen a mi familia! ¡Los musulmanes negros lanzaron bombas incendiarias contra mi casa! —añadió sin rodeos, y dio a entender que se vengaría—: Existen cazadores, ¡pero

también existen los que cazan a los cazadores!».

El martes 16 de febrero Malcolm X me telefoneó. Fue breve, se limitó a decirme que las complicaciones surgidas a raíz del incendio provocado en su casa habían trastocado sus planes por completo y le sería imposible viajar al norte para pasar el fin de semana conmigo como había prometido. Me contó que también había tenido que cancelar el viaje a Jackson, Misisipí, y que intentaría llevarlo a cabo más adelante. Afirmó tener prisa por acudir a una cita y colgó. Posteriormente leí que ese mismo día le había dicho a un compañero allegado: «Han decidido que he de morir en uno de los próximos cinco días. Tengo los nombres de los cinco musulmanes negros escogidos para asesinarme. Revelaré estos nombres en el mitin». Y a un amigo le dijo que iba a solicitar al Departamento de Policía la licencia para llevar pistola. «No sé si me la darán, porque tengo antecedentes penales».

El jueves le dijo a un periodista durante una entrevista que no apareció hasta después de su muerte: «Tengo el suficiente valor para admitir que no sé exactamente cuál es mi filosofía en este momento, pero soy flexible».

El tablero de la oficina de la OAAU anunciaba: «El hermano Malcolm habla jueves 18 febrero, WINS Station, 10:30 noche». Ese mismo día, Malcolm X habló con una agencia inmobiliaria sobre la búsqueda de una nueva casa. El viernes tenía una cita con Gordon Parks, el fotógrafo y periodista de la revista *Life*, al que admiraba y respetaba desde hacía tiempo. «Parecía tranquilo y en cierto modo resplandeciente con su perilla y su gorro de astracán —escribiría Parks en *Life*—. Gran parte de su agresividad y su amargura de antes parecían haberle abandonado, pero la pasión y la confianza aún estaban en él». Con respecto a los días pretéritos de la Mezquita Número Siete, Malcolm X dijo: «Aquél era un mal lugar, hermano. En aquellos días todo era enfermizo, era una locura... Me alegra haberme librado de todo eso. Ahora ha llegado el tiempo de los mártires. Si me he de convertir en uno de ellos, que sea por la causa de la fraternidad. Eso es lo único que puede salvar a este país. Yo he tenido que aprenderlo por las malas, pero lo he aprendido...».

Parks le preguntó a Malcolm si era cierto que iban tras él para matarlo. «Es tan cierto como que tú y yo estamos aquí ahora —contestó Malcolm X

—. Lo han intentado dos veces en las dos últimas semanas». Parks le planteó una posible protección policial y Malcolm se echó a reír. «Hermano, nadie puede protegerte de un musulmán salvo otro musulmán, o alguien que conozca las tácticas de musulmanes negros. Lo sé. Yo inventé muchas de esas tácticas».

Recordando el incidente de una chica blanca universitaria que había ido al restaurante de los musulmanes negros y le había preguntado: «¿Qué puedo hacer yo?», a lo que Malcolm X había contestado: «Nada» y la chica se había marchado llorando, Malcolm X le dijo a Gordon Parks: «Bueno, he lamentado ese incidente durante toda mi vida. En muchos lugares del continente africano he visto que los estudiantes blancos ayudaban a los negros. Algo así echa por tierra cualquier argumento. Como musulmán negro hice muchas cosas que ahora lamento. Entonces yo era un zombi, como todos los musulmanes negros, estaba hipnotizado, me habían asignado una cierta dirección y me habían ordenado que avanzara. Bueno, supongo que un hombre tiene derecho a hacer el imbécil siempre que esté dispuesto a pagar el precio. A mí me ha costado doce años de mi vida».

El sábado por la mañana llevó a la hermana Betty a ver a un agente de la propiedad. Por la casa que les enseñó entonces aquel hombre, que a Malcolm le gustó particularmente y que estaba situada en un barrio eminentemente judío de Long Island, pedían tres mil dólares al contado. A la hermana Betty también le gustó y Malcolm X le dijo al agente de la propiedad que creía que podrían comprarla. Durante el trayecto de vuelta a la casa de los amigos donde ella se alojaba con las niñas, calcularon que la mudanza les costaría otros mil dólares. Malcolm pasó las primeras horas de la tarde con la hermana Betty en casa de sus amigos, charlando. Le dijo que era consciente de que ella había estado sometida a una enorme y prolongada tensión y que lo sentía. Después cogió el sombrero para marcharse a Manhattan; al llegar al vestíbulo le dijo a la hermana Betty: «Volveremos a estar juntos. Quiero que mi familia esté conmigo. Las familias no deberían separarse. Nunca volveré a hacer otro viaje largo sin ti. Encontraremos a alguien que cuide de las niñas. No volveré a dejarte tanto tiempo sola jamás».

«No pude por menos que sonreír», me contó la hermana Betty

posteriormente.

Ella supuso que Malcolm debió de detenerse en un *drugstore* cercano para usar el teléfono público, cuando le dije más tarde que Malcolm X había telefoneado al norte hacia las tres y media de aquella tarde.

Por primera vez en casi dos años, no reconocí de inmediato la voz al otro lado del hilo. Sonaba como si tuviera un fuerte resfriado. Me explicó que en medio de la noche él y unos amigos habían ayudado a un equipo de mudanzas a sacar los muebles y otras pertenencias, que se salvaron de las bombas incendiarias, antes de que la partida de desahucio del sheriff llegara y dejara los objetos en la acera. «Betty y yo hemos visto una casa que queremos comprar. —Intentó una risita—. ¡Ya sabes que nadie me querrá como inquilino en estos tiempos que corren!». Me dijo: «Sólo tengo unos ciento cincuenta dólares», y que necesitaba tres mil dólares al contado para el pago de la casa, más mil dólares del coste de la mudanza. Me preguntó si yo creía que el editor le adelantaría cuatro mil dólares sobre los beneficios del libro. Le dije que cuando abrieran las oficinas de nuestro agente el lunes siguiente por la mañana le llamaría por teléfono, y que podía estar seguro de que él se encargaría de hablar con el editor para arreglarlo. El lunes por la noche le llamaría para hacerle saber el resultado.

Me contó que él y la hermana Betty habían decidido que, aunque pagaran ellos la casa, para evitar posibles problemas habían obtenido el consentimiento de su hermana Ella, que vivía en Boston, para que les dejara comprar la casa en su nombre. Me dijo que aún le debía mil quinientos dólares que ella le había prestado para hacer un viaje al extranjero. Después ya cambiarían el titular de la casa y la pondrían a nombre de la hermana Betty, o quizás a nombre de su hija mayor, Atila.

Luego desvió el tema hacia los peligros contra los que se enfrentaba. «Pero ¿sabes?, voy a decirte una cosa, hermano, cuanto más pienso en ello, en las cosas que han venido sucediendo últimamente, menos seguro estoy de que hayan sido los musulmanes negros. Sé lo que pueden y lo que no pueden hacer, y no han podido hacer algunas de las cosas que han ocurrido. Bueno, voy a decírtelo, cuanto más pienso en lo que me pasó en Francia, más creo que voy a dejar de acusar a los musulmanes negros».

Y luego lo que me pareció un cambio de tema extraño y brusco: «¿Sabes?,

estoy contento de haber sido el primero en establecer un vínculo oficial entre los afronorteamericanos y nuestros hermanos de sangre de África». Y tras despedirse, colgó.

Después de esa llamada telefónica, Malcolm X se fue en coche hasta Manhattan, al New York Hilton Hotel, entre la calle Cincuenta y tres y la Cincuenta y cuatro en el Rockefeller Center. Dejó el Oldsmobile azul en el garaje del hotel y luego se registró en recepción. Le dieron una habitación en el piso doce, a la cual lo acompañó un botones. Al cabo entraron unos hombres negros en el gigantesco y animado vestíbulo del hotel. Preguntaron a varios botones en qué habitación estaba Malcolm X. Los porteros, claro está, no contestarían nunca a semejante pregunta con respecto a un cliente del hotel, y teniendo en cuenta que se trataba de Malcolm X, de quien prácticamente todo aquel que leyera los periódicos de Nueva York sabía que recibía constantes amenazas de muerte, los porteros avisaron inmediatamente al jefe de seguridad del hotel. A partir de entonces y hasta que Malcolm X se fue al día siguiente, la seguridad del hotel mantuvo una vigilancia suplementaria constante en el piso doce. Durante ese tiempo Malcolm X abandonó su habitación una única vez para cenar en la poco iluminada Sala Bourbon del hotel, situada en el vestíbulo.

El domingo a las nueve de la mañana, la hermana Betty se sorprendió en Long Island cuando su marido la llamó para preguntarle si no le importaría vestir a las cuatro niñas y llevarlas a la reunión de las dos esa misma tarde en el Audubon Ballroom de Harlem. Ella contestó: «¡Por supuesto que no!». El sábado le había dicho que ella no podía asistir al mitin. Malcolm le explicó: «¿Sabes lo que me ha pasado hace una hora? Exactamente a las ocho en punto ha sonado el teléfono. Un hombre me ha dicho “Despiértate, hermano”, y ha colgado». Malcolm X se despidió de la hermana Betty.

Cuatro horas más tarde, Malcolm X dejaba su habitación y cogía un ascensor para bajar al vestíbulo, donde pagó la cuenta. Subió al coche y en el soleado y cálido mediodía del domingo 21 de febrero se puso en marcha camino del Audubon Ballroom.

El Audubon Ballroom, entre Broadway y la avenida St. Nicholas, en el lado sur de la calle 166 oeste, es un edificio de dos plantas que se alquila frecuentemente para bailes, funciones de diversas organizaciones y otros

asuntos. Una hermosa joven, morena y esbelta, recepcionista de profesión y una fervorosa ayudante de la OAAU por vocación, me contó que ella llegó pronto, hacia la una y media de la tarde, porque tenía pendiente cierto trabajo. Al entrar vio que habían dispuesto las acostumbradas cuatrocientas sillas de madera, con pasillos a ambos lados, pero no en el centro. La joven (que desea permanecer en el anonimato) se dio cuenta de que ya había varias personas sentadas en las primeras filas, pero no le dio importancia puesto que algunos siempre llegaban temprano con el propósito de coger sitio cerca del escenario, para saborear al máximo la inspirada oratoria de Malcolm X. Sobre el escenario, tras el púlpito del orador, había ocho sencillas sillas marrones dispuestas en fila, y detrás de esa fila estaba el pintado telón de fondo, una pacífica escena campestre. Las responsabilidades de la joven durante ese día habían incluido arreglar y posteriormente confirmar la presencia del otro orador, el reverendo Miltom Galamison, el presbiteriano militante de Brooklyn que en 1964 había encabezado los dos boicots de un día en las escuelas públicas de la ciudad de Nueva York en protesta por el «desequilibrio racial». Esta joven se había ocupado también de asegurar la presencia de otros negros destacados, quienes debían exhortar al público a sostener el trabajo de Malcolm X y su organización.

No se registró a las personas que entraron en la sala. En las últimas semanas Malcolm X se había vuelto susceptible con respecto al tema, declarando que «hace sentirse incómoda a la gente» y que le recordaba a Elijah Muhammad. «Si no estoy a salvo entre los míos, ¿dónde podré estarlo?», había señalado malhumoradamente en una ocasión. Asimismo había ordenado que se impidiera la entrada a la prensa (como tal) aquel día, tanto a blancos como a negros. Estaba furioso por lo que él interpretaba como el tratamiento «parcial» que había recibido de la prensa en los últimos tiempos. Le ofendía particularmente la convicción de que los periódicos no hubieran tomado en serio sus afirmaciones sobre el peligro personal en el que se hallaba. Se había admitido al periodista de la agencia United Press International, Stanley Scott, un negro, según contó él mismo, cuando uno de los lugartenientes de Malcolm decidió: «Siendo negro se le permitirá entrar como un simple ciudadano si lo desea, pero tiene que quitarse el distintivo

de prensa». El mismo criterio fue aplicado al locutor de la WMCA, Hugh Simpson. Tanto él como Scott llegaron con el tiempo suficiente de obtener asientos cerca del escenario.

Malcolm entró en la sala unos minutos antes de las dos, caminando con dificultad en lugar de avanzar con su ágil paso, me contó la joven ayudante. En aquel momento había ya varios de sus otros ayudantes entrando y saliendo de la pequeña antecámara que estaba junto al escenario. Él se sentó de lado en una silla, doblando las largas piernas alrededor de las patas. Apoyaba un codo en una especie de mostrador frente a un espejo desvencijado para maquillarse que usaban los artistas cuando se celebraban bailes en el salón. Vestía traje oscuro, camisa blanca y una estrecha corbata oscura. Le dijo a un pequeño grupo de sus ayudantes que no iba a hablar de sus problemas personales. «No quiero ser yo la razón de que la gente venga a escucharme». Se levantó y paseó por la pequeña habitación. Dijo que iba a declarar que se había precipitado al acusar a los musulmanes negros de lanzar bombas incendiarias contra su casa. «Desde entonces han ocurrido cosas que sobrepasan sus posibilidades. Yo sé lo que pueden hacer. Las cosas han ido más lejos».

Los que se hallaban en la antecámara oían el sonido del público que se congregaba y tomaba asiento. «Tal como me siento, hoy no debería salir ahí en absoluto —aseguró Malcolm X—. De hecho, voy a suavizar una parte de la tensión diciéndole al hombre negro que no luche contra sí mismo, porque eso forma parte de la gran estratagema del hombre blanco, la de tenernos siempre luchando entre nosotros, los unos contra los otros. No voy a luchar contra nadie, no estamos aquí para eso». Consultó varias veces su reloj de pulsera, esperando la llegada del reverendo Galamison. «Siempre que concierte una cita con un ministro —le confió a la joven ayudante—, tienes que llamarlo dos o tres veces antes de la hora, porque si no, cambia de opinión. Es típico de los ministros».

«Me sentí mal. Sentí que era culpa mía —me dijo ella después—. Ya era la hora en que debía comenzar el mitin». Ella se volvió hacia el leal ayudante de Malcolm X, Benjamin X, conocido también como un orador sumamente capaz. «Hermano, ¿podrías hablar tú? —le preguntó, y dirigiéndose a Malcolm X—: ¿Le parece bien que hable él? Quizá podría

presentarle también». Malcolm X se volvió inopinadamente hacia ella, como un torbellino, y vociferó: «¡Sabe perfectamente que no debe preguntármelo delante de él!». Y luego, recobrando el dominio de sí mismo rápidamente, contestó: «De acuerdo». El hermano Benjamin X preguntó cuánto tiempo debía hablar. Malcolm X echó un vistazo a su reloj de pulsera y le respondió: «Que sea media hora». Y el hermano Benjamin X salió al escenario. Le oyeron exhortando al público con destreza sobre lo que hoy en día necesita «el hombre negro aquí, en estos Estados Unidos».

El reverendo Galamison y las demás personalidades no se habían presentado a las tres. «El hermano Malcolm X parecía muy decepcionado —cuenta la joven—. Me dijo: "No creo que venga ninguno de ellos". Me dio mucha pena. Daba la impresión de que no le importaba a nadie. Le dije: "Oh, no se preocupe, llegan con retraso, estarán al caer"». (También se ha sabido por otra fuente que Galamison, a quien no le era posible acudir al mitin, había telefoneado antes, y que Malcolm X lo supo antes de salir a hablar).

La media hora del hermano Benjamin X se terminó. La joven y Malcolm X, solos en la antecámara, lo oyeron iniciando la presentación: «Y ahora, sin más comentarios, les presento a alguien que está dispuesto a situarse en primera línea por ustedes, un hombre que daría su vida por ustedes, quiero que lo oigan, lo escuchen y lo comprendan, ¡alguien que es un jabato para el hombre negro!».

El público aplaudió. En el umbral de la puerta de la antecámara, Malcolm X se volvió a mirar a su joven ayudante. «Perdóneme por levantarle la voz. Ya no sé dónde tengo la cabeza».

«¡Oh, no se preocupe! —le contestó ella rápidamente—, lo comprendo».

La voz de Malcolm sonaba distante. «Me pregunto si hay alguien que comprenda realmente...». Y subió al escenario en medio de los aplausos, sonriendo e inclinando la cabeza hacia el hermano Benjamin X, que pasó junto a él hacia la antecámara.

La joven trabajaba ya en unos documentos pendientes cuando entró un sudoroso Benjamin X. Ella le dio unos golpecitos en la mano y lo elogió: «¡Ha estado muy bien!». A través de la entornada puerta de la antecámara, ella y Benjamin X oyeron que decrecía el aplauso y luego el familiar y

estentóreo saludo: «¡*Asalaikum,* hermanos y hermanas!».

«¡*Asalaikum salaam*!», respondió parte del público.

A unas ocho filas de asientos del escenario, se produjo un alboroto. En una súbita pelea se alzó una furiosa voz masculina: «¡Saca la mano de mi bolsillo!». Todo el público se dio la vuelta para mirar. «¡Tranquilos! ¡Tranquilos! ¡Dejadlo estar, hermanos!», exclamó Malcolm X tajantemente.

Distraída su atención es posible que no llegara a ver siquiera a los pistoleros. Una mujer que estaba sentada cerca del escenario relata: «La conmoción que hubo en la parte de atrás me distrajo un instante, luego volví a girarme para mirar a Malcolm X, justo a tiempo para ver al menos a tres hombres en la primera fila levantarse, apuntar y disparar simultáneamente. Parecía un pelotón de fusilamiento». Numerosas personas afirmaron más tarde que vieron a dos hombres corriendo hacia el escenario, uno empuñando una pistola y el otro dos revólveres. El periodista de la agencia UPI, Stanley Scott, lo vio así: «Sonaron disparos. Hombres, mujeres y niños se apresuraron a protegerse. Se tiraron al suelo y se agacharon bajo las mesas». El periodista de la emisora de radio WMCA, Hugh Simpson, explicó: «Entonces oí un sonido amortiguado, vi a Malcolm con las manos aún levantadas, luego cayó hacia atrás sobre las sillas que tenía detrás. Todo el mundo gritaba. Vi a un hombre que había a mi espalda disparando una pistola a través de la chaqueta mientras yo también me tiraba al suelo. Disparaba como si estuviera en un una película del Oeste, retrocediendo hacia la puerta y disparando al mismo tiempo».

La joven que estaba en la antecámara entre bastidores me contó que «sonaba como si un ejército hubiera asaltado el edificio. De alguna manera lo supe. No fui a mirar. Quería recordarlo tal como era». Malcolm X se llevó la mano al pecho cuando lo alcanzó el primero de los dieciséis perdigones de escopeta y postas de revólver. Luego le dieron en la otra mano. Una bala destrozó el dedo corazón de la mano izquierda y la sangre le corría por la perilla. Se oprimió el pecho. De repente su corpulenta figura cayó rígida hacia atrás, golpeando sobre dos sillas. Su cabeza chocó contra el suelo del escenario con un ruido sordo.

En medio de una algarabía de gritos, chillidos y gente corriendo, unos cuantos se apresuraron hacia el escenario. Entre ellos, la hermana Betty se

levantó gateando desde donde se había tirado sobre sus hijas, que proferían grandes chillidos. Ella corrió gritando histéricamente: «¡Mi marido! ¡Están matando a mi marido!». Un fotógrafo anónimo sacó fotos del cuerpo de Malcolm X boca arriba sobre el suelo del escenario, con gente inclinada sobre él, arrancando la camisa ensangrentada, aflojando la corbata, intentando hacerle la respiración artificial boca a boca, primero una mujer, luego un hombre. La mujer, que se identificó como enfermera diplomada, dijo: «No sé cómo subí al escenario, pero me lancé sobre quien pensé que era Malcolm, aunque no lo era. Estaba dispuesta a morir por ese hombre, hubiera recibido las balas yo misma. Entonces vi a Malcolm, los disparos habían cesado y traté de hacerle la respiración artificial». Luego la hermana Betty se abrió paso por entre la gente (ella misma era enfermera), y al reconocerla todos se apartaron. Cayó de rodillas mirando aquel pecho desnudo, señalado por las balas, sollozando. «¡Lo han matado!».

El patrullero Thomas Hoy, de veintidós años, estaba aparcado junto a la entrada del Audubon Ballroom. «Oí los disparos y el lugar estalló». Se apresuró a entrar, vio a Malcolm X echado sobre el escenario y unas cuantas personas persiguiendo a un hombre. El patrullero Hoy «atrapó al sospechoso».

Louis Michaux, el propietario de la Nationalist Memorial Bookstore (Librería Monumento Conmemorativo al Nacionalismo) de la calle Ciento veinticinco con la Séptima Avenida de Harlem, explicó: «Llegaba tarde al mitin al que Malcolm X me había invitado; me encontré con una gran cantidad de gente que salía corriendo».

Casualmente, el sargento Alvin Aronoff y el patrullero Louis Angelos circulaban lentamente por delante del edificio en su coche cuando oyeron los disparos. «Cuando nos presentamos allí —cuenta Aronoff—, la muchedumbre salía a empujones gritando: “¡Han disparado a Malcolm!” y “¡Atrápenlo, atrápenlo, no lo dejen escapar!”». Los dos policías asieron por los brazos a un negro al que pateaban mientras intentaba escapar. Después de disparar un tiro de advertencia al aire, los policías metieron al hombre a empellones en el coche patrulla, pues no querían que la enfurecida multitud lo acorralara, y se lo llevaron rápidamente a la comisaría.

Alguien se había ido corriendo a la entrada de urgencias de la Clínica

Vanderbilt del Hospital Presbiteriano Columbia en la calle Ciento sesenta y siete, donde se había apoderado de una camilla plegable y la había llevado al escenario del Audubon Ballroom. Pusieron a Malcolm X sobre la camilla y un fotógrafo anónimo le sacó una macabra fotografía con la boca abierta y los dientes al descubierto, mientras los hombres se apresuraban a llevarlo a las urgencias del hospital. Un portavoz del hospital dijo más tarde que eran aproximadamente las tres y cuarto de la tarde cuando Malcolm X llegó a la sala de operaciones de la tercera planta. Estaba «muerto, o bien en un estado de muerte aparente», afirmó dicho portavoz.

Un equipo de cirujanos le abrió el pecho para intentar un masaje cardíaco. Desistieron de su empeño a las tres y media de la tarde.

Los periodistas que se habían presentado en la oficina del hospital acribillaron a preguntas al portavoz, quien repetía con brusquedad: «No lo sé». Luego tomó el ascensor en dirección al quirófano de urgencias. Una pequeña multitud de amigos y la hermana Betty también se habían introducido en la oficina del hospital cuando regresó el portavoz. Recobrando el dominio de sí mismo, anunció: «El caballero conocido por Malcolm X ha fallecido. Ha muerto por heridas de bala. Aparentemente estaba ya muerto antes de llegar aquí. Ha recibido varios disparos en el pecho y uno en la mejilla».

El grupo salió en fila de la oficina. Los hombres negros estaban visiblemente afectados. Uno de ellos se golpeaba la palma de la mano con el otro puño. Entre las mujeres muchas lloraban desconsoladamente.

Momentos después, la noticia se propagó por todo Harlem (y a lo largo y ancho del mundo). Una multitud empezó a congregarse a la entrada del Hotel Theresa, donde la OAAU de Malcolm X tenía su sede principal. Se enteraron por varios transistores de que el hombre al que los dos policías habían sacado de la escena del asesinato se había identificado inicialmente a sí mismo como Thomas Hagan, de veintidós años (más tarde fue identificado como Talmadge Hayer), en cuyo bolsillo derecho de los pantalones los policías habían hallado un cargador del calibre 45 que contenía cuatro cartuchos sin usar. Más tarde los médicos del Jewish Memorial Hospital informaron que Hayer había recibido un disparo en el muslo izquierdo, que tenía una contusión en la frente y todo el cuerpo

magullado por los golpes. «Si no nos lo hubiéramos llevado, lo habrían linchado», había afirmado el sargento Aronoff. Hayer fue trasladado a la prisión del Hospital Bellevue.

A las cinco de la tarde, la multitud que se congregaba delante del Hotel Theresa había sido tranquila y cuidadosamente dispersada y la Mezquita Número Siete de los musulmanes negros y su restaurante situado al volver la esquina, entre la calle Ciento dieciséis y la avenida Lenox, habían sido cerrados como medida cautelar por orden del capitán del distrito 28, Lloyd Sealy, el primer negro de la ciudad de Nueva York en dirigir una comisaría de distrito. Cuando los periodistas telefonearon al restaurante de los musulmanes negros, una voz masculina les anunció: «No hay nadie disponible para hacer declaraciones». Al intentarlo con la oficina de la OAAU en el Hotel Theresa, nadie contestó al teléfono. El capitán Sealy del distrito apareció al poco tiempo, caminando solo por la calle Ciento veinticinco, balanceando su porra y charlando con la gente que encontraba a su paso.

En la comisaría del distrito 28, situada en la calle Ciento veintitrés oeste, los cuarenta policías que debían terminar su servicio a las cuatro de la tarde fueron requeridos para permanecer de servicio, y se presentaron en el distrito dos autobuses llenos de agentes de la Fuerza Patrullera Táctica de la Policía de la ciudad de Nueva York. Varios altos funcionarios de la policía hicieron declaraciones a la prensa. Un capitán de la Fuerza Patrullera Táctica, Harry Kaiser, afirmó que no se habían registrado incidentes y que no preveía problemas. El comisario suplente de la policía Walter Arm dijo que «cientos» de agentes suplementarios se trasladarían al área de Harlem, incluyendo a algunos miembros del Departamento de Servicios Especiales. Un inspector jefe ayudante, Harry Taylor, especuló con la posibilidad de que los asesinos no hubieran salido de la sala de baile escondidos entre la multitud, sino que hubieran seguido corriendo tras pasar junto al escenario para escapar por la calle 165. A primeras horas de la tarde, el jefe de detectives del Departamento de Policía, Philip J. Walsh, interrumpió sus vacaciones para unirse a la caza de los asesinos y declaró que esperaba una «larga investigación». Policías y periodistas que se hallaban en la escena del crimen tomaron fotografías del escenario, donde blancos trazos de tiza

circundaban entonces los cuatro agujeros de bala que había en el estrado del orador. Había más agujeros en el mural que servía de telón de fondo al escenario, indicando los perdigones y postas que no habían alcanzado a Malcolm X o bien lo habían atravesado. La policía declinó todo comentario sobre el rumor que se había propagado por todo Harlem de que tenían imágenes tomadas en el Audubon Ballroom mientras se cometía el asesinato. Otro rumor que había adquirido rápida difusión afirmaba que cuando la hermana Betty se había agachado sobre el cuerpo de su marido, le había sacado del bolsillo de la chaqueta un papel donde estaban escritos los nombres de quienes, según Malcolm, habían sido designados para ejecutarlo.

El comisario suplente de la policía Walter Arm subrayó que el departamento se había esforzado en proteger a Malcolm X. En veinte ocasiones diferentes el departamento le había ofrecido protección a Malcolm X o a alguno de sus ayudantes, y otras tantas había sido rechazada, afirmó el comisario Arm, y diecisiete veces se habían ofrecido policías uniformados para los mítines de la OAAU en el Audubon Ballroom, la última de ellas «el pasado domingo». Preguntado por la licencia para llevar armas que Malcolm X había dicho públicamente que pensaba pedir, el comisario Arm aseguró que, por lo que él sabía, Malcolm X no había llegado a presentar nunca la petición.

Se han planteado varias cuestiones. El «sospechoso» arrestado por el patrullero Hoy cuando era perseguido por los asistentes al mitin no ha sido, hasta la fecha, identificado públicamente. La declaración del comisario suplente de la policía Walter Arm, según la cual Malcolm X había rechazado la protección policial, se contradice abiertamente con las afirmaciones de muchos de sus compañeros, a saber, que durante la semana previa a su asesinato, Malcolm X se había quejado repetidas veces de que la policía no se tomaba en serio sus demandas de protección. Finalmente, a pesar de que fuentes policiales aseguraron que se había designado un destacamento especial de veinte hombres para cubrir el mitin y que a él habían asistido incluso agentes del Departamento de Servicios Especiales, no se vio a esos hombres durante o después del asesinato, y Talmadge Hayer fue rescatado de la multitud y arrestado como sospechoso

inmediatamente después del crimen por dos policías de un coche patrulla que pasaba por allí.

Mediante conferencias a larga distancia, los periodistas se pusieron en contacto con la mansión y cuartel general de Elijah Muhammad en Chicago. No se puso al teléfono, pero un portavoz explicó que Muhammad «no va a realizar comentarios hoy, pero quizá tenga algo que decir mañana». Tampoco se pudo obtener declaración alguna del hermano mayor de Malcolm X, Wilfred X, el ministro de los musulmanes negros en la Mezquita Número Uno de Detroit. En su casa, una voz femenina informó a los periodistas que el ministro Wilfred X no estaba allí, que no había ido a Nueva York y que no creía que pensara hacerlo. (El ministro Wilfred X, localizado más tarde, afirmó que tenía previsto acudir a la convención de los musulmanes negros en Chicago el domingo siguiente, y con respecto a su hermano añadió: «Mi hermano está muerto y nada de lo que hagamos le devolverá la vida»).

Al caer la noche, muchos hombres y mujeres negros se congregaron frente a la librería de Louis Michaux, donde se centraba la mayor parte de la actividad pública del nacionalismo negro de Harlem. Un pequeño grupo de miembros de la OAAU abrió la oficina del Hotel Theresa, se sentó en la habitación y no hizo comentario alguno a los periodistas.

El *Daily News* de Nueva York llegó a los quioscos con la primera página dedicada al asesinato. «Malcolm X asesinado», rezaba el titular sobre la fotografía de la camilla llevándoselo, y al pie: «Muerto a tiros en un mitin». En Long Island, a donde la habían llevado justo después del asesinato de su padre, Atila, que tenía seis años, escribía lo mejor que sabía una carta para él. «Querido papá, te quiero mucho. Dios mío, Dios mío, ojalá no te hubieras muerto».

El cuerpo, registrado como «John Doe»[42] porque aún no había sido identificado, había sido trasladado a última hora del domingo a la oficina del forense de la ciudad de Nueva York en el número 520 de la Primera Avenida. La autopsia confirmó que Malcolm X había muerto por heridas de perdigones de escopeta en el corazón. El jefe forense, doctor Milton Helpern, afirmó que la muerte sobrevino tras el primer disparo de escopeta de cañones recortados, que le causó trece heridas en corazón y pecho, y que

las heridas de bala de calibres 38 y 45 en muslos y piernas demostraban que le habían disparado una vez caído. El lunes por la mañana la hermana Betty, acompañada por Percy Sutton, la hermanastra que Malcolm X tenía en Boston (la señora Ella Collins) y Joseph E. Hall, director general de la gran Unity Funeral Home de Harlem, efectuó la identificación oficial en la oficina del forense. Cuando abandonaba la oficina del forense alrededor del mediodía para completar los preparativos del funeral, la hermana Betty dijo a los periodistas: «Nadie creía lo que él decía. Nunca lo tomaron en serio. ¡Cuando tiraron las bombas incendiarias en nuestra casa llegaron a decir que lo había hecho él mismo!».

En la Unity Funeral Home del lado este de la Octava Avenida, entre la Ciento veintiséis y la Ciento veintisiete, la hermana Betty eligió un féretro de bronce de dos metros forrado de terciopelo de color amarillo pálido. A petición suya, el funeral se aplazaría hasta el sábado siguiente, cinco días más tarde. El director de la funeraria, Hall, anunció a la prensa que se vestiría el cuerpo con un traje de calle y que se expondría bajo una pantalla protectora de cristal desde el martes hasta el viernes. Los funerales se celebrarían en una iglesia de Harlem el sábado.

En el libro de registros de la funeraria pronto se colocó el nombre de El-Hajj Malik El-Shabazz. En Brooklyn, el jeque musulmán ortodoxo, Al-Hajh Daoud Ahmed Faisal, de la Misión Islámica de Estados Unidos, afirmó que el aplazamiento de los funerales violaba la práctica musulmana de que el sol no debía ponerse dos veces sobre el cuerpo de un creyente, que el Corán prescribía el funeral en veinticuatro horas, si era posible, y que los musulmanes creían que cuando un cuerpo se enfriaba, el alma lo abandonaba y, al enterrar el cuerpo, éste volvía a salir vivo.

En Chicago, donde la policía vigilaba estaciones de autobuses, de ferrocarriles y terminales, el aeropuerto O’Hare y las entradas a la autopista, Elijah Muhammad, bajo un gran despliegue de protección en su mansión de tres plantas, declaró: «Malcolm murió de acuerdo con lo que predicaba. Al parecer su dios eran las armas. Por consiguiente, no podíamos tolerar a un hombre como él. Predicaba la guerra. Nosotros predicamos la paz. Nos está permitido luchar si nos atacan, así se dice en el Libro Sagrado, el Corán, y también en la Biblia. Pero nosotros no debemos ser nunca los agresores. Yo

no tengo derecho a estar asustado, puesto que he sido elegido por Alá. Si Alá me entrega en manos de los malvados, acataré su voluntad. Mi vida está en manos de Alá». Tanto la policía de Chicago como los Frutos del Islam patrullaban los terrenos que rodeaban la mansión. Policías y guardaespaldas patrullaban también frente a la escuela secundaria de la Universidad del Islam y a las oficinas del periódico *Muhammad Speaks*.

El abogado de Malcolm X, el congresista Percy Sutton, afirmó que la policía tenía ya los nombres de aquellos de quien Malcolm X había dicho que planeaban matarlo. Los periodistas realizaban entrevistas por todo Harlem y los micrófonos alcanzaban la boca del hombre de la calle. En las comisarías del distrito, las personas a las que se interrogaba salían por puertas laterales. El inspector jefe ayudante, Joseph Coyle, a cargo de los detectives de Manhattan Norte, dijo: «... una conspiración bien urdida. Estamos realizando una criba de las cuatrocientas personas que estaban en la sala en ese momento». Había cincuenta detectives en el caso, afirmó, y estaba en contacto con policías de otras ciudades.

Harlem estaba dormida en su mayor parte cuando alrededor de la Mezquita Número Siete de los musulmanes negros, en el piso superior de un edificio de cuatro plantas entre la calle Ciento dieciséis y la avenida Lenox, el sonido de una explosión a las dos y cuarto de la madrugada rasgó el silencio de la noche. Los cuatro policías que estaban de guardia en la puerta lateral de la mezquita llamaron a los bomberos de inmediato. En unos pocos minutos las llamas se extendieron por el tejado del edificio y alcanzaron nueve metros de altura. Durante las siete horas siguientes, los bomberos estuvieron echando agua sobre el edificio. En un tejado próximo encontraron una lata de gasolina de veinte litros, una bolsa de papel marrón con manchas de gasolina y trapos grasientos. Se alteró la ruta del servicio de metro IRT en dirección sur durante un tiempo y también tres líneas de autobuses. En medio de la espectacular altura de las llamas, se derrumbó una pared del edificio y aplastó dos coches de bomberos que había junto al bordillo. De resultas de ello, cinco bomberos resultaron heridos, uno de ellos gravemente, y también un transeúnte que había cruzado la calle para comprar un periódico. Al amanecer, cuando se declaró que el fuego «estaba controlado», la mezquita de los musulmanes negros y la iglesia Getsemaní

de Dios en Cristo que había en el piso inferior habían quedado reducidas a escombros y siete tiendas a nivel de la calle, incluyendo el restaurante musulmán, estaban «totalmente arruinadas». Fuentes del Departamento de Bomberos afirmaron que reemplazar los equipamientos perdidos costaría «alrededor de cincuenta mil dólares». Joseph X, de los musulmanes negros, que había sido en un tiempo el ayudante personal de Malcolm X, declaró que los seguidores de Elijah Muhammad disponían de otras dos mezquitas alternativas a donde acudir, una en Brooklyn y la otra en Queens. Ambas estaban bajo continua protección policial.

Al otro lado del país, en San Francisco, el martes por la tarde, dos policías descubrieron que en la mezquita de los musulmanes negros se estaba iniciando un fuego y consiguieron extinguirlo rápidamente. Habían vertido queroseno en la acera y sobre la puerta de entrada y le habían prendido fuego.

En un principio estaba previsto que el cuerpo de El-Hajj Malik El-Shabazz fuera expuesto ante el público a las dos y media de la tarde del martes. La muchedumbre hacía cola tras las barricadas de la policía, esperando que se les permitiera la entrada. Allá donde uno mirara había numerosos coches patrulla e incluso tiradores en los tejados alrededor de la Unity Funeral Home. Pero los avisos de bomba recibidos poco antes del mediodía hicieron necesarias dos evacuaciones de la funeraria para que la brigada de desactivación llevara a cabo sendos registros, que resultaron inútiles. Se registraron incluso las oficinas del *New York Times* en la calle 43 después de que un hombre telefoneara para quejarse de un editorial sobre Malcolm X y anunciar: «Su planta será destruida a las cuatro».

En la funeraria de Harlem la policía registraba todo paquete y corona que se entregaba, así como los grandes bolsos de las mujeres. Eran las seis y cuarto de la tarde cuando la hermana Betty y cuatro parientes y amigos llegaron flanqueados por un cordón policial y entraron en la funeraria en medio del resplandor de los flashes. «Es la Jacqueline Kennedy negra —señaló un periodista blanco—. Tiene clase, sabe qué debe hacer y cuándo, se comporta maravillosamente».

Eran las siete y diez de la tarde cuando el grupo de la familia salió y se fue. Después de diez minutos, se permitió entrar al primero de los que

aguardaban. Entre ese momento y una hora después de la medianoche, dos mil personas, incluyendo varias docenas de blancos, desfilaron por delante del féretro descubierto en el que descansaba el cuerpo vestido con un oscuro traje de calle, una camisa blanca y una corbata oscura. Una pequeña placa de latón rectangular en un lado del féretro rezaba: «El-Hajj Malik El-Shabazz. 19 de mayo de 1925-21 de febrero de 1965».

Con ansiedad creciente, los seguidores de Malcolm X habían estado haciendo campaña en busca de una iglesia de Harlem que aceptara llevar a cabo el funeral del sábado. Los encargados de varias iglesias se habían negado, incluyendo el portavoz de la más importante iglesia de la comunidad, la Iglesia Baptista Abisinia, de la cual el congresista reverendo Adam Clayton Powell era el ministro. Según el *Amsterdam News*, entre las iglesias que rehusaron la petición se incluían la Iglesia Williams C.M.E. y El Templo Refugio de La Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo. Finalmente el obispo Alvin A. Childs aceptó el funeral en el Templo de la Fe, Iglesia de Dios en Cristo, situado en la calle Ciento cuarenta y siete con la avenida Amsterdam. El Templo de la Fe, antiguo cine convertido en iglesia quince años antes, tenía capacidad para mil personas en la nave anfiteatro y otras setecientas en la planta baja. El obispo Childs, que en 1964 había sido elegido «alcalde de barrio» de Harlem, declaró a la prensa que era «un gesto humanitario» ofrecer su iglesia, y de Malcolm X dijo: «... una persona militante y ruidosa. No estaba de acuerdo con toda su filosofía, pero eso no influyó en nuestra amistad». Poco después de que se supiera la noticia, el obispo Childs y su mujer empezaron a recibir la primera de una serie de amenazas de bomba mediante llamadas telefónicas, tanto a la iglesia como a su hogar.

La prensa citaba a destacadas personalidades negras. El famoso psicólogo Kenneth B. Clark declaró a la revista *Jet*: «Sentía un profundo respeto por ese hombre. Creía que estaba intentando sinceramente encontrar un lugar en la lucha por los derechos civiles, en un nivel en el que se le respetara y comprendiese plenamente. Esperaba que evolucionara siguiendo esa línea. Su pasado no era tan importante. Es una tragedia que su vida haya sido segada cuando parecía a punto de alcanzar la posición de respetabilidad por la que pugnaba». Un corresponsal del *New York Times* en una conferencia

de prensa en Londres citó al autor y dramaturgo James Baldwin, quien pensaba que la muerte de Malcolm X era «un grave revés para el movimiento negro». Señalando con el dedo a los periodistas blancos, Baldwin acusó: «Ustedes lo hicieron..., ¡quienquiera que lo hiciese se había formado en el crisol del mundo occidental, de la república norteamericana!». El «rapto» de África por parte de Europa había iniciado los problemas raciales y era por tanto el principio del fin para Malcolm X, afirmó Baldwin.

El propietario de la librería de Harlem, Louis Michaux, una voz importante en la comunidad, afirmó al *Amsterdam News*: «Son las cosas como el asesinato de Malcolm X las que unen a las masas. Murió del mismo modo que Patrice Lumumba halló la muerte en el Congo... Debemos unirnos, no luchar entre nosotros».

«Malcolm X hizo que muchos jóvenes negros adquirieran una nueva visión de sí mismos», dijo Bayard Rustin, una de las figuras principales en la organización de la Marcha sobre Washington de 1963. El director nacional del CORE, James Farmer, sospechaba que un «tercero» había participado en el asesinato de Malcolm X. Afirmó: «El asesinato de Malcolm X fue calculado para producir más violencia, más asesinatos y venganzas». Unos días más tarde, preguntado por su opinión sobre el rumor de un complot «chino comunista» vinculado al asesinato, Farmer dijo: «No lo considero imposible».

«Para los negros de Estados Unidos, la muerte de Malcolm X es el acontecimiento de peor agüero desde la deportación de Marcus Garvey en 1920», declaró el doctor C. Eric Lincoln, autor de *Los musulmanes negros en Estados Unidos,* que habló para la prensa en la Brown University de Providence, R.I., donde era profesor visitante e investigador becado. «No creo que existan “implicaciones internacionales” en el asesinato. La respuesta está más cerca. La respuesta está en la lucha local entre rivales que se disputan el liderazgo de las masas negras, que son potencialmente el subgrupo más voluble de Estados Unidos». Según Roy Wilkins, secretario ejecutivo de la NAACP, «maestro de la oratoria hechicera como era, el hechizo de Malcolm X desde la muerte tiene mayor alcance y es más perturbador que en vida».

Los investigadores de la policía de la ciudad de Nueva York que seguían el caso lamentaban que los seguidores de Malcolm «no se hubieran ofrecido» a ayudar en la investigación. A petición de la policía, la prensa publicó un número de teléfono, el SW 5-8117, para información «estrictamente confidencial» que cualquier persona pudiera ofrecer sobre el asesinato. La policía había arrestado y retenía a Reuben Francis, descrito como «guardaespaldas» de Malcolm X, y de quien se creía que era la persona que había disparado contra el sospechoso de asesinato Talmadge Hayer durante el tumulto en el Audubon Ballroom. Hayer permanecía en el Ala Prisión del Bellevue, en espera de ser operado.

Mientras miles de personas continuaban visitando el cadáver del asesinado Malcolm X entre amenazas telefónicas de bomba a la funeraria y al Templo de la Fe donde estaba programado su funeral para el sábado, una nueva organización, la Federation of Independent Political Action (Federación de Acción Política Independiente), amenazó con enviar piquetes a todos los establecimientos y negocios de Harlem que no cerraran desde el jueves por la tarde hasta el lunes por la mañana «en homenaje a Malcolm X». El portavoz de la FIPA era Jesse Gray, un famoso líder de huelgas de alquiler vecinales en protesta por la baja calidad de las viviendas. Empezaron a repartirse entre los transeúntes hojas escritas a mano en las que se decía: «Si las tiendas se niegan a cerrar, se identifican con nuestro enemigo, por lo tanto debemos cerrarlas, no entréis a comprar. Los que compren en la calle Ciento veinticinco durante las horas que las tiendas deben estar cerradas se identifican con los secuaces asesinos que permitieron a la estructura de poder utilizar sus manos para matar al hermano Malcolm». En un mitin de la FIPA por la noche y delante de la librería de Louis Michaux, Jesse Gray declaró que en 1965 un negro debía presentar su candidatura a la alcaldía de Nueva York «en nombre de Malcolm», y especuló que tal candidato debía recibir cien mil votos. Poco después del mitin de la FIPA, comerciantes y otros miembros de la Uptown Chamber of Commerce (Cámara de Comercio de la Zona Norte de la ciudad) se reunieron y aprobaron rápidamente una resolución en la que se instaba a todas las tiendas de Harlem a permanecer abiertas y «continuar sirviendo a los clientes», y se recomendó que se pagara el sueldo completo

a todo empleado que quisiera acudir al funeral de Malcolm X el sábado por la mañana. Luego, uno tras otro, todos los líderes de Harlem criticaron vivamente la propuesta de la FIPA por «irresponsable». Finalmente, prácticamente todas las tiendas mantuvieron las puertas abiertas. La FIPA reunió unos veinte piquetes que se manifestaron durante un rato frente a la tienda más importante de Harlem, Blumstein's. Al frente de los piquetes iban dos hombres blancos que portaban pancartas en las que se leía: «Todas las tiendas deberían cerrar. Honrad a Malcolm X».

El tiempo se había vuelto muy frío. Los carámbanos colgaban del hundido tejado del edificio destruido por el fuego que había albergado la Mezquita Número Siete de los musulmanes negros. El *Amsterdam News*, cuyas oficinas estaban apenas una manzana más abajo de la Octava Avenida desde la funeraria donde yacía el cadáver de Malcolm X, publicó un editorial con el título de «¡Tranquilo, Eddie!», donde se decía que un ordenado tributo a Malcolm X «confundiría a sus críticos, a quienes nada les gustaría más que ver a los negros alborotando en torno a sus restos».

El temor de un grave alboroto de las masas provocado por alguna chispa imprevisible gravitaba pesadamente en el aire. Un número creciente de líderes de Harlem declararon que la principal razón de ese ambiente era que la prensa blanca del centro de la ciudad adoptaba una postura sensacionalista sobre lo que ocurría en el seno de una comunidad tranquila y digna. Finalmente, la Asociación Mixta de Creencias de los ministros de Harlem lanzó una acusación formal:

«Los llamativos titulares de muchos de nuestros periódicos dan la impresión de que todo Harlem es un campamento armado dispuesto a explotar en cualquier momento. La gran mayoría de los ciudadanos de la comunidad de Harlem no está involucrada en los desafortunados actos de violencia que la prensa ha exagerado. Muchas veces, las noticias sesgadas pueden provocar una atmósfera de la que se aprovechan unos cuantos individuos depravados e imprudentes».

«Malcolm X murió sin blanca». Este titular, aparecido en el *Amsterdam News* de Harlem, causó conmoción en una gran parte de la comunidad. Pocos sabían que Malcolm X, al convertirse en ministro de los musulmanes negros, había firmado un juramento de pobreza, de modo que durante doce

años no había adquirido nunca nada a su nombre. (He leído en alguna parte que durante su época como musulmán negro había recibido ciento setenta y cinco dólares semanales para vivir y cubrir gastos, excluyendo los viajes). «Ha dejado a sus cuatro hijas y a una esposa embarazada sin seguro de ningún tipo, sin ahorros ni ingresos», explicaba el artículo del *Amsterdam News*. (También podría haber añadido que no había llegado a hacer testamento. Había concertado una cita con su abogado para el 26 de febrero, cinco días después de su muerte). Antes de que acabara la semana, se habían organizado dos grupos que solicitaban a los habitantes de Harlem donativos para ayudar a la hermana Betty a criar y educar a sus hijos (desde entonces organizados bajo la denominación de Fondo para las Hijas de Malcolm X en el Freedom National Bank de Harlem, calle Ciento veinticinco oeste, número 275).

En Boston, la hermanastra de Malcolm X, la señora Ella Mae Collins, anunció en una conferencia de prensa que ella elegiría a los líderes de la OAAU que sucederían a Malcolm X. La señora Collins dirigía la Sarah A. Little School of Preparatory Arts, en la que, según explicó, a los niños se les enseñaba árabe, swahili, francés y español. En 1959, también ella se había separado de los musulmanes negros de Elijah Muhammad.

Lejos de Harlem, en tierras a las que Malcolm X había viajado, la prensa había dado al asesinato una cobertura informativa que había irritado en gran medida al director de la United States Information Agency (Departamento de Información de Estados Unidos) Cari T. Rowan, negro también. En Washington, dirigiéndose a la Norteamerican Foreign Service Association (Asociación del Servicio Exterior Norteamericano), Rowan afirmó que cuando se enteró del asesinato, supo que sería totalmente malinterpretado en algunos países en los que la gente no era consciente de lo que Malcolm X representaba, y dijo asimismo que la USIA se había esforzado por informar a la prensa africana sobre el verdadero Malcolm X y sus prédicas, pero que aun así se habían producido «numerosas reacciones africanas basadas en la desinformación y la distorsión de los hechos».

Añadió Rowan: «Cuidado, aquí estamos hablando de un negro que predicaba la segregación y el odio racial, asesinado por otro negro, presumiblemente de otra organización que predica la segregación y el odio

racial, y ninguno de los dos representa más que a una minúscula minoría de la población negra de Estados Unidos...». Rowan mostró algunos periódicos extranjeros. «De todo esto sobre un expresidiario y antiguo camello que se convirtió en fanático racial —prosiguió—, sólo puedo concluir que nosotros, los norteamericanos, sabemos menos acerca de lo que piensan otros pueblos de lo que creíamos, o que la necesidad de información es aún mayor de lo que en la USIA creíamos que debía ser».

El *Daily Times* de Lagos, Nigeria, había dicho: «Como todo hombre mortal, Malcolm X no carecía de defectos... pero nadie puede poner en duda que era un discípulo devoto y consecuente del movimiento para la emancipación de sus hermanos... Malcolm X luchó y murió por lo que él creía justo. Se ha ganado un sitio en el palacio de los mártires». El *Ghanaian Times*, de Acra, capital de Ghana, llamó a Malcolm X «el militante más popular de los líderes antisegregacionistas afroamericanos», y añadía su nombre a la lista de «un montón de africanos y norteamericanos», que iba desde John Brown a Patrice Lumumba, «que fueron mártires por la causa de la libertad». El *Daily Graphic*, también de Acra, afirmaba: «El asesinato de Malcolm X pasará a la historia como el golpe más duro que ha sufrido el movimiento integracionista norteamericano desde el asesinato de Medgar Evers y John F. Kennedy».

El *Hurriyet of Karachi*, de Pakistán, decía: «Un gran líder negro». El *Pakistan Times*: «Su muerte es un revés definitivo para el movimiento negro de emancipación». En Pekín, China, el *People's Daily* decía que el asesinato había ocurrido «porque Malcolm X... luchaba por la emancipación de los veintitrés millones de negros norteamericanos». Según informaban los corresponsales, el primer titular argelino afirmaba que el Ku Klux Klan había asesinado a Malcolm X. El editorial sobre el asesinato del periódico procomunista *Alger Republican* acusaba al «fascismo norteamericano», y el corresponsal argelino del *Times* afirmaba que los argelinos mostraban «indicios» de elevar a Malcolm X al rango de mártir. Ante el consulado de Estados Unidos en Georgetown, Guyana, desfilaron los piquetes que acusaban a los «imperialistas norteamericanos». Otro diario de Pekín, *Jenmin Jihpao*, dijo que la muerte demostraba que «para tratar con los opresores imperialistas, se debe responder con violencia a la

violencia». *Pravda*, de Moscú, llevaba tan sólo breves artículos y ningún comentario editorial, declaró el corresponsal del *New York Times* en Moscú, y otro en Polonia afirmó que no se había producido una reacción visible de ningún tipo, y que «pocos polacos habían oído hablar de Malcolm o estaban interesados en el problema racial». Según se informó, el asesinato obtuvo escaso y rutinario eco e interés en la prensa de El Cairo, Beirut, Nueva Delhi y Saigón. En París y Europa Occidental, la historia fue «esencialmente flor de un día». La prensa de Alemania Occidental trató el tema como «si se inscribiera en la tradición gansterística de Chicago». El *New York Times* informó: «Probablemente los periódicos de Londres han sido los que han exprimido la historia más y mejor, subrayando de continuo el trabajo de la policía sobre el asesinato. Tanto el *London Times* como el *London Daily Telegraph* llevaban comentarios editoriales, pero ninguno de ellos trataba a Malcolm X como figura destacada». El corresponsal en Londres del *New York Times* decía: «Un grupo londinense autodenominado Council of African Organizations (Consejo de Organizaciones Africanas) ha atacado violentamente a Estados Unidos por el asesinato. Este grupo está formado por estudiantes y otros representantes africanos no oficiales. Una comunicación de prensa describía a Malcolm como un "líder de la lucha contra el imperialismo, la opresión y el racismo norteamericanos". Decía: "Los carniceros de Patrice Lumumba son los mismos monstruos que han matado a Malcolm X a sangre fría"».

El viernes por la mañana, los titulares de prensa de la ciudad de Nueva York con respecto al asesinato de Malcolm X estaban dedicados a la captura de un segundo sospechoso por parte de la policía. Se trataba de un robusto experto en karate, de cara redonda y veintiséis años de edad, llamado Norman 3X Butler, supuesto miembro de los musulmanes negros. Una semana más tarde le siguió el arresto de Thomas 15X Johnson, también supuesto miembro de los musulmanes negros. Ambos hombres habían sido previamente acusados de la muerte, en enero de 1965, de Benjamin Brown, un funcionario del correccional de la ciudad de Nueva York y desertor de los musulmanes negros. Ambos hombres, junto con Hayer, fueron acusados formalmente del asesinato de Malcolm X el 10 de marzo.

Con el anuncio del arresto de Butler y su, al menos provisionalmente,

identificación como miembro de la organización de Elijah Muhammad, la tensión alcanzó un nuevo máximo entre todos aquellos que desempeñaban un papel en el enfrentamiento. La Convención Nacional de los musulmanes negros tenía previsto su inicio ese mismo viernes en Chicago, con una duración de tres días. El viernes por la mañana temprano, en el aeropuerto Kennedy de Nueva York, docenas de policías dedicaron cuarenta minutos a registrar un avión de Capital Airlines que en diciembre de 1964 había aceptado un vuelo chárter de ida y vuelta a Chicago de la Mezquita Número Siete, al precio de 5.175,54 dólares, que la mezquita había pagado posteriormente en una serie de pequeñas aportaciones.

En conjunto, unos tres mil musulmanes negros procedentes de las mezquitas de las ciudades más importantes acudieron a Chicago para la convención anual del «Día del Salvador», que ellos equiparaban a la fiesta cristiana de la Navidad. Por orden de llegada, cada grupo de las diferentes mezquitas y ciudades se congregó frente al gran coliseo deportivo situado al sur de la zona comercial de Chicago. Los hermanos de todas las edades vestían elegantes trajes oscuros y camisas blancas y las hermanas llevaban holgados y largos vestidos de seda y la cabeza cubierta. Cada uno de ellos pasó la criba del minucioso control de seguridad que, según fuentes de la policía de Chicago, no tenía precedentes en Chicago excepto en el caso de la visita de un presidente de Estados Unidos.

Aún más estricto fue el control realizado sobre los relativamente escasos negros no musulmanes que acudieron como espectadores y los representantes de la prensa, tanto blancos como negros. «¡Descúbrase, demuestre un poco de respeto!», espetó un vigilante de los musulmanes negros a un periodista negro. Cuando la persona había sido «aprobada», un hombre de los Frutos del Islam la acompañaba hasta un asiento concreto en el interior del coliseo de siete mil quinientos asientos y grandes corrientes de aire. (Más tarde, fuentes de los musulmanes negros culparían al «hombre blanco que ha dividido a los negros» del medio aforo registrado, pero los observadores que recordaban el abarrotado coliseo en 1964 dijeron que el miedo a las bombas había alejado a muchos negros no musulmanes). El público se sentó entre leves murmullos bajo las dos enormes pancartas colgantes que proclamaban «Bienvenido Elijah Muhammad. Nos alegramos

de tenerte con nosotros» y «Una parte de este país debería ser nuestra» (refiriéndose a la demanda de Elijah Muhammad, según la cual «uno o más estados» debían entregarse a los «veintitrés millones de los llamados negros» de Estados Unidos como reparación parcial por «más de un siglo de nuestra sangre y nuestro sudor de esclavos, que contribuyeron al desarrollo de esta rica nación donde todavía hoy nos demostráis que no queréis o no tenéis la intención de aceptarnos como iguales»). Frente a la amplia y elevada plataforma del orador había dos ampliaciones fotográficas, casi a tamaño natural, de Elijah Muhammad. De pie, entre el público y la plataforma, había vigilantes de los Frutos del Islam. Otros recorrían los pasillos entre asientos, estudiando las filas de rostros con intermitentes y perentorias demandas de identificación: «¿De qué mezquita eres, hermano?». Más Frutos del Islam inspeccionaban el vacío anfiteatro del coliseo, entre bastidores, tras la plataforma, la parte central, vigas y techo.

El fantasma de Malcolm X rondaba el coliseo. En primer lugar, en un momento de gran dramatismo para los musulmanes negros, el hijo de Elijah Muhammad, Wallace Delaney Muhammad, que había apoyado en otro tiempo a Malcolm X, se encaró con el público para rogar que perdonaran su deserción. Después, dos hermanos de Malcolm X, Wilfred y Philbert, ministros ambos de los musulmanes negros, instaron a la adhesión a Elijah Muhammad. El ministro Wilfred X, de la mezquita de Detroit dijo: «Demostraríamos nuestra ignorancia si nos dejáramos confundir y siguiéramos debatiendo y luchando entre nosotros mismos olvidando quién es el auténtico enemigo». Por su parte, el ministro Philbert X, de la mezquita de Lansing afirmó: «Malcolm X era mi propio hermano de sangre, entrañable para mí... Me produjo una gran conmoción. Nadie quiere ver a su hermano destruido. Pero yo sabía que transitaba una senda peligrosa y temeraria. Me esforcé por cambiar su rumbo. Cuando vivía traté de mantenerlo vivo; ahora que está muerto, ya no puedo hacer nada». Señalando el lugar en que Elijah Muhammad estaba sentado, el ministro Philbert X declaró: «Lo seguiré allá donde él me lleve», y luego presentó al líder de los musulmanes negros para que pronunciara su discurso.

Sólo la cabeza de Elijah Muhammad era visible por encima del muro

viviente formado por los hombres de torvo rostro de los Frutos del Islam, Cassius Clay entre ellos. El fez que llevaba Elijah Muhammad estaba bordado de media lunas, estrellas, lunas y soles en hilo dorado. En su discurso dijo: «Durante largo tiempo, Malcolm X estuvo aquí, en el lugar que yo ocupo. En aquella época Malcolm estaba a salvo, todos queríamos a Malcolm. Dios mismo protegía a Malcolm... Durante más de un año se le concedió la libertad a Malcolm. Fue a todas partes, a Asia, a Europa, a África, incluso a La Meca, tratando de crearme enemigos. Volvió predicando que no debíamos odiar al enemigo... Vino aquí hace unas semanas para dar rienda suelta a su odio y arrojarnos su lodo; todo lo que se le ocurrió para deshonrarme... Nosotros no queríamos matar a Malcolm y no tratamos de matarlo. Ellos saben que yo no causé ningún daño a Malcolm. Ellos saben que yo lo amaba. Sus locas enseñanzas le condujeron a su propio fin...».

Física y emocionalmente excitado, a menudo Elijah Muhammad empezaba a toser. «¡Tómeselo con calma! ¡No se apresure!», le rogaba su público. «¡No tenía derecho a rechazarme! —exclamó Elijah Muhammad —. ¡Fue una estrella que se estrelló!... Ellos sabían que yo no causé ningún daño a Malcolm, pero él trató de declararme la guerra». Dijo que a Malcolm X se le hubiera dado «el más glorioso de los funerales» si hubiera seguido con los musulmanes negros y hubiera fallecido de muerte natural. «Por el contrario, ¡nos hallamos ante la tumba de un hipócrita...! ¡Malcolm! ¿A quién dirigía? ¿A quién enseñaba? ¡No tenía la verdad! ¡Nosotros no queríamos matar a Malcolm! Sus locas enseñanzas le condujeron a su propio fin! ¡No voy a permitir que los chiflados destruyan las cosas buenas que Alá nos envió a vosotros y a mí!».

Elijah Muhammad forzó sus frágiles energías para hablar durante una hora y media aproximadamente. Desafió a todo supuesto asesino: «¡Si buscáis terminar con la vida de Elijah Muhammad, estáis buscando vuestra propia condenación! El sagrado Corán nos dice que no suscitemos la lucha, pero que nos defendamos. ¡Lucharemos!». Era media tarde cuando Elijah Muhammad volvió a sentarse mientras unos tres mil musulmanes negros, hombres, mujeres y niños, gritaban: «¡Sí, señor!... ¡Tan amable!... ¡Alabado sea Muhammad!».

En la Unity Funeral Home de la comunidad del Harlem neoyorquino, a media tarde, el público que visitaba el cuerpo de Malcolm X se vio interrumpido por la llegada de una docena de personas cuya figura central era un anciano de blanco turbante y ropas oscuras, de blanca barba que caía sobre su pecho y que llevaba un bastón en forma de cayado. Cuando los periodistas se acercaron presurosos a entrevistarlo, uno de los hombres del grupo los alejó con gestos y alegó: «Una lengua silenciosa no traiciona a su dueño». El anciano era el jeque Ahmed Hassoun, un sudanés miembro de los musulmanes sunitas, que llevaba treinta y cinco años enseñando en La Meca cuando conoció allí a Malcolm, y que luego había venido a Estados Unidos para servir a Malcolm X como consejero espiritual y para enseñar en la Mezquita Musulmana, Inc.

El jeque Hassoun preparó el cuerpo para enterrarlo según el rito musulmán. Después de quitarle las ropas occidentales con que se había mostrado el cadáver, el jeque Hassoun lavó el cuerpo con un aceite sagrado especial. Luego envolvió el cadáver con los siete velos blancos de lino tradicionales, llamados *kafan*. Sólo quedó al descubierto el rostro con el bigote y la perilla rojizos. Los acompañantes en el duelo que habían llegado con el jeque Hassoun desfilaron ante el féretro mientras él leía pasajes del Corán. Luego se dirigió a un representante de la funeraria: «Ahora el cuerpo está listo para ser enterrado». El jeque y su séquito se marcharon y se reanudó la entrada de visitantes. Cuando se extendió la noticia, numerosas personas que habían acudido antes volvieron a hacer cola en la larga fila que avanzaba lentamente, deseosos de ver el sudario musulmán.

Fue después, esa misma tarde del viernes, cuando me uní a la silenciosa fila pensando en el Malcolm con el que había estado trabajando durante casi dos años. A intervalos, policías uniformados de azul vigilaban nuestro lento caminar dentro de los límites de las vallas de madera pintadas de gris dispuestas por la policía. Justo al otro lado de la calle, varios hombres contemplaban la hilera desde detrás de uno de los grandes ventanales de la Lone Star Barber Shop, Eddie Johns, Prop., William Ashe, Magr. (Barbería Lone Star. Propietario Eddie Johns, gerente William Ashe). Entre los policías había unos cuantos representantes de la prensa charlando entre ellos para pasar el rato. Después me encontré en el interior de la gran capilla

silenciosa, fría y en penumbra. A ambos lados del largo y hermoso féretro de bronce había dos fornidos y oscuros policías que permanecían con la vista al frente, pero movían los labios cuando algún visitante se entretenía demasiado. En unos pocos minutos llegué a la altura del féretro. Bajo la tapa de cristal vislumbré el delicado sudario blanco sobre el pecho y formando una especie de capucha en torno al rostro, que traté de contemplar tanto tiempo como pude. Sólo podía pensar en que era él, de acuerdo, Malcolm X. «Siga», la voz del policía era suave. Malcolm me miró, con rostro de cera y muerto. La mano del policía me hacía gestos al nivel de su cintura. Pensé: «Bueno, adiós». Y seguí.

Veintidós mil personas habían visitado el cadáver cuando se detuvo la cola esa noche por fin, a las once. Silenciosamente, entre la medianoche y el amanecer, una docena de coches de la policía escoltaron el coche fúnebre que recorrió las veintitantas manzanas que separaban la funeraria del Templo de la Fe, situado más hacia el norte de la ciudad. El féretro de bronce fue transportado sobre ruedas al interior del templo y colocado sobre una plataforma cubierta por un espeso terciopelo de color rojo oscuro, delante del altar, donde volvió a levantarse la tapa. Mientras el coche fúnebre se alejaba, los policías establecieron puestos de vigilancia tanto en el interior como en el exterior del Templo de la Fe. Reinaba un intenso frío.

Alrededor de las seis de la mañana la gente empezó a formar una cola en el lado este de la avenida Amsterdam. A las nueve de la mañana se calculaba que unas seis mil personas abarrotaban las manzanas adyacentes, tras las barreras policiales, y en todas las ventanas de los edificios de apartamentos al otro lado de la calle asomaban los rostros. Algunas personas permanecían temblando en las escaleras de incendios. Desde la calle Ciento cuarenta y cinco a la Ciento cuarenta y nueve, la policía había cerrado el tráfico de todos los vehículos, excepto los suyos propios, los de la prensa y las camionetas de equipos de radio y televisión que cubrían la noticia. Había cientos de policías, algunos de ellos en los tejados de la zona circundante. Periodistas con micrófonos y blocs de notas recorrían la fila de gente de un extremo a otro. «Era fascinante, un hombre sumamente fascinante, por eso estoy aquí», respondió una chica blanca de veintitantos años a un periodista del *New York Times*, y una mujer negra: «Estoy

presentando mis respetos al negro más grande de este siglo. Era negro. No ponga hombre de color». Otra mujer, al descubrir unos cascos de acero dentro del coche de una cadena de televisión, le gritó al conductor riendo: «¿Se están preparando para el verano que viene?».

Cuando se abrieron las puertas del Templo de la Fe a las nueve y veinte, entró un grupo de miembros de la OAAU. En el siguiente cuarto de hora, veinte de ellos habían hecho pasar a seiscientas personas con asiento. Cincuenta periodistas de la prensa, fotógrafos y cámaras de la televisión se apiñaron bajo los murales religiosos que había tras el altar, algunos subidos a sillas para ver mejor. Un ingeniero negro comprobó el equipo de grabación entre el altar y el féretro, que estaba vigilado por ocho policías negros uniformados y dos mujeres policías negras también de uniforme. A cada lado de la hermana Betty, oculta tras espesos velos en la segunda fila, se sentaba un policía negro de paisano. La abierta tapa del féretro ocultaba la caja de latón de las limosnas y los candelabros del Templo de la Fe. El jefe de la Misión Islámica de Estados Unidos en Brooklyn, el jeque Al-Haj Daoud Ahmed Faisal, había advertido que cualquier indicio de cristiandad en el servicio religioso convertiría al difunto en un *kafir*, es decir, un no creyente. (El jeque también había disentido con los días de exhibición pública del cadáver. «La muerte es una cuestión privada entre Alá y el difunto»).

Antes de que empezara el servicio religioso, los acomodadores de la OAAU introdujeron una corona floral de medio metro por metro y medio formando la estrella islámica y la media luna con claveles blancos sobre un fondo de claveles rojos.

En primer lugar, el actor Ossie Davis y su mujer, la actriz Ruby Dee, leyeron las notas, telegramas y cablegramas de pésame. Procedían de todas las principales organizaciones en favor de los derechos civiles y de personalidades individuales como el doctor Martin Luther King hasta organizaciones y gobiernos del extranjero, como la Sociedad africano-paquistaní-antillana de la London School of Economics, el Congreso Panafricano de Sudáfrica, el embajador de Nigeria desde Lagos y el presidente de la República de Ghana, doctor Kwame Nkrumah: «La muerte de Malcolm X no habrá sido en vano».

Después se levantó Omar Osman, un representante del Centro Islámico de Suiza y de Estados Unidos. «Conocimos al hermano Malcolm como hermano de sangre, en particular desde su peregrinaje a La Meca el pasado año. Lo más alto a que puede aspirar un musulmán es a morir en el campo de batalla y no en su cama... —Hizo una breve pausa para esperar a que cesaran los aplausos entre los asistentes—. ¡Los que mueren en el campo de batalla no están muertos, sino vivos!». El aplauso creció en intensidad y se elevaron gritos de «¡Cierto! ¡Cierto!». Luego Omar Osman criticó los comentarios que el director de la USIA, Carl Rowan, había realizado en Washington, D.C., sobre la reacción de la prensa extranjera ante la muerte de Malcolm X. Entonces el público silbó.

De nuevo se levantó el actor Ossie Davis. Su profunda voz pronunció el panegírico de Malcolm X, que iba a dispensar a Davis la mayor de las aclamaciones que recibió jamás por parte de los negros de Harlem.

«Aquí, en esta hora final, en este tranquilo lugar, Harlem se ha congregado para despedir a una de sus más brillantes esperanzas, ahora extinguida y alejada de nosotros para siempre...

»Muchos se preguntarán por qué Harlem ha decidido honrar a este joven y arrojado capitán tan polémico, y nosotros sonreiremos... Dirán que él es el odio, un fanático, un racista, ¡que sólo daño puede traer a la causa por la que lucháis!

»Y nosotros les diremos: ¿habéis hablado alguna vez con el hermano Malcolm? ¿Lo habéis tocado alguna vez, os ha sonreído? ¿Le habéis escuchado alguna vez de verdad? ¿Hizo él alguna vez algo malo, en realidad? ¿Se asoció en alguna ocasión con la violencia o los disturbios públicos? Porque si así fuera, lo conoceríais. Y si lo conocisteis, sabríais que debemos honrarlo. ¡Malcolm X fue nuestra hombría, nuestra hombría viviente y negra! Eso significó él para su gente. Y, al honrarlo, honramos lo mejor que hay en nosotros mismos... Y nosotros lo conoceremos por lo que fue y es: un príncipe, ¡nuestro príncipe negro y resplandeciente!, que no dudó en morir, por lo mucho que nos amaba».

Otras personas pronunciaron breves discursos. Luego, la familia, los miembros de la OAAU y otros musulmanes presentes se levantaron y desfilaron por delante del féretro para ver el cadáver por última vez.

Finalmente, los dos policías de paisano acompañaron a la hermana Betty para que se despidiera por última vez a su marido. Betty se inclinó sobre él, besó el cristal y rompió a llorar. Hasta entonces apenas se habían oído llantos en el servicio religioso, pero en ese momento otras mujeres acompañaron a la hermana Betty en sus sollozos.

Hacía poco más de una hora que se había iniciado el funeral, cuando Alhajj Heshaam Jaaber, de Elizabeth, Nueva Jersey, recitó los tres minutos de plegarias debidos a todo musulmán muerto. Al pronunciar la frase «Allahu Akbar», «Alá es el más grande», todos los musulmanes de entre los asistentes se pusieron las manos abiertas en las mejillas.

Un cortejo oficial, con el coche fúnebre, los tres coches familiares, dieciocho coches de acompañantes, doce coches de la policía y seis coches de la prensa, seguidos por unos cincuenta coches, recorrieron a buena marcha los treinta kilómetros para salir de Manhattan y a lo largo de la autopista de Nueva York, tomando luego la salida número siete hasta el Cementerio Ferncliff de Ardsley, estado de Nueva York. A todo lo largo del trayecto, los negros se llevaban sombreros o manos al corazón para presentar así sus últimos respetos. En cada uno de los puentes que cruzaban desde Manhattan, vigilaban los coches de la policía y la policía del condado de Westchester había colocado agentes a intervalos en el trayecto hasta el cementerio.

El jeque Alhajj Heshaam Jaaber pronunció las últimas plegarias musulmanas sobre el féretro. Éste fue bajado a la tumba, la cabeza apuntando hacia el este, según la tradición islámica. Entre los asistentes, los musulmanes se arrodillaron junto a la tumba para orar con las frentes tocando la tierra, al modo oriental. Cuando la familia abandonó el lugar de la tumba, los seguidores de Malcolm X no permitieron que los sepultureros blancos, que se habían mantenido a una corta distancia, esperando, cubrieran el féretro. En su lugar, siete hombres de la OAAU empezaron a echar puñados de tierra con las manos desnudas sobre el ataúd; luego les dieron palas y echaron tierra para llenar la tumba y luego la aplanaron.

La noche cayó sobre los restos terrenales de El-Hajj Malik El-Shabazz, a quien habían llamado Malcolm X, a quien habían llamado Malcolm Little, a quien habían llamado Big Red y Satán y Paisano y otros nombres, quien

había sido enterrado como musulmán. «Según el Corán —escribía el *New York Times*—, los cuerpos de los muertos permanecen en sus tumbas hasta el Ultimo Día, el Día del Juicio. En ese día de cataclismo, los cielos se rasgarán y las montañas se reducirán a polvo, las tumbas se abrirán y los hombres serán llamados a rendir cuentas a Alá.

»Los benditos, los temerosos de Dios, los humildes, los caritativos, los que hayan sufrido y hayan sido perseguidos por causa de Alá o luchado en guerras religiosas por el islam, serán llamados al Jardín del Paraíso.

»Allí, de acuerdo con las enseñanzas de Mahoma, el Profeta, vivirán para siempre junto a fluidos arroyos, reclinados sobre cojines de seda y disfrutando de la compañía de doncellas de ojos negros y esposas de pureza perfecta.

»Los malditos, los codiciosos, los malhechores, los seguidores de otros dioses que no sean Alá, serán enviados al Fuego Eterno, donde los alimentarán con agua hirviendo y cobre fundido. “La muerte de la que huís se apoderará totalmente de vosotros —reza el Corán—. Luego seréis enviados de nuevo al Sabedor de las cosas secretas y descubiertas, y Él os enseñará la verdad de vuestros actos”».

Después de firmar el contrato para este libro, Malcolm X me miró fijamente. «Yo quiero un escritor, no un intérprete». He tratado de ser un cronista desapasionado. Pero era la personalidad más electrizante que he conocido nunca, y aún no puedo creer totalmente que esté muerto. Me siento todavía como si se hubiera ido al siguiente capítulo, aún sin escribir por los historiadores.

Nueva York, 1965

---

[38] General norteamericano revolucionario, (1741-1810).

[39] Juego de palabras intraducible, basado en la pronunciación similar de *negroes* (negros) y *knee-grows* (hasta la altura de la rodilla). La gracia, y la ironía, estriban en que *knee-grows* es una imitación ortográfica de una pronunciación afectada y cursi de *negroes*.

[40] Se refiere, claro está, a la palabra inglesa para cerdo hormiguero, *aardvark*, procedente del afrikaans.

[41] CORE, siglas de Congress of Ratial Equality: Congreso para la Igualdad Racial. SNNC, siglas de Student Nonviolent Coordinating Committee: Comité Coordinador de Estudiantes no violentos.

[42] Nombre dado al hombre medio y anónimo de la calle y específicamente utilizado en los

procedimientos legales para designar a una persona no identificada.

ACERCA DE MALCOLM X

Ossie Davis

El señor Davis escribió lo siguiente en respuesta a la pregunta del editor de una revista «¿Por qué hizo el panegírico de Malcolm X el día de su entierro?».

No es usted la única persona que se pregunta por qué hice el panegírico de un hombre como Malcolm X. Muchos de los que me conocen y me respetan me han escrito cartas. Las que más me han enorgullecido son las que me envió una clase de sexto curso de chicos y chicas blancos, en las que me pedían que lo explicara. Le agradezco la oportunidad que me ofrece para hacerlo.

Quizá podríais prever de antemano cuál va a ser mi defensa, si reflexionara sobre el hecho siguiente: ningún negro me ha formulado aún esta pregunta. (Mi ministro de la Iglesia Baptista de la Gracia, donde enseño en la escuela dominical, predicó un sermón sobre Malcolm en el que le llamó un «gigante en un mundo enfermo»). Cada una de las muchas cartas que he recibido de mi propia gente alababa a Malcolm como hombre y me elogiaba a mí por haber hablado en su funeral.

Al mismo tiempo (y esto es importante), la mayoría de ellos se esforzaba especialmente en desaprobar mucho o todo lo que Malcolm decía y representaba. Esto es, con una excepción discordante, todos ellos, desde el primero hasta el último negro deseoso de gloria, sabían que aparte de lo que pudiera ser o dejar de ser, *¡Malcolm era un hombre!*

Los blancos no necesitan que nadie les recuerde que son hombres.

¡Nosotros sí! Esto fue, sin discusión, lo mejor que Malcolm le dio a su gente.

El protocolo y el sentido común exigen que los negros se mantengan en un segundo plano y dejen que el hombre blanco hable por nosotros, nos defienda y nos dirija desde bastidores en nuestra lucha. Tal es la esencia de la política negra. ¡Pero Malcolm dijo: al diablo con todo eso! No os quedéis de rodillas y luchad solos. De ese modo recuperaréis vuestra autoestima. De ese modo conseguiréis que el hombre blanco os respete. ¡Y si no os deja vivir como hombres, al menos no podrá impedir que muráis como tales!

Malcolm, como podéis comprobar, era un fenómeno refrescante y excitante. Arrancó el miedo a los negros, educados en la prudencia y la hipocresía en presencia del hombre blanco, en la perenne sonrisa. Malcolm sabía que todo hombre blanco de Estados Unidos se aprovecha directa o indirectamente de su posición respecto a los negros, provecho que nace del racismo, aunque no lo practique ni crea en él.

También sabía que todo negro que no se opusiera en el mismo momento en que se produjese cualquier ejemplo de racismo, abierto o encubierto, cometido contra él y su gente, y en cambio eligiera tragarse el escupitajo y seguir sonriendo, era un Tío Tom y un traidor, sin pelotas ni arrestos, ¡ni ningún otro de los atributos de la masculinidad comúnmente aceptados!

Bien, nosotros éramos tan conscientes de todas esas cosas como Malcolm, pero también sabíamos lo que le ocurría a la gente que alzaba la cabeza y las denunciaba. Y si se publicaran todas las mentiras que nos decimos a nosotros mismos como atenuantes, constituiría uno de los mayores capítulos de la historia sobre la cobardía justificable del hombre frente a otros hombres.

Pero Malcolm no dejaba de arrebatarnos nuestras mentiras. No cesaba de gritar a los cuatro vientos la dolorosa verdad que nosotros, blancos y negros, no queríamos oír. Y no lo detuvieron ni el amor ni el dinero.

Podéis imaginaros qué estridente y escandalosa molestia representaba este hombre tanto para negros como para blancos. Cuando os atrapaba, ya no podíais escapar. Era uno de los hombres más fascinantes y encantadores que he conocido nunca, y no dudó nunca en servirse de su atractivo para golpearte a muerte con él. Sin embargo, su irritación, por dolorosa que

resultara para nosotros, era de lo más saludable. Nos sacaba de nuestras casillas, pero también nos enorgullecía. Era imposible permanecer a la defensiva y pedir perdón por ser negro en su presencia. Él no lo hubiera permitido. Y nos marchábamos siempre con la secreta sospecha de que quizá, después de todo, ¡éramos *hombres*!

Pero para explicar a Malcolm, permitidme que evite excusarlo. Había sido un delincuente, un drogadicto, un proxeneta, un presidiario, un racista y un hombre que odiaba, que había creído realmente que el hombre blanco era un demonio. Pero todo esto había cambiado. Dos días antes de su muerte, charlando con Gordon Parks sobre su vida pasada, dijo: «Aquello era malo. ¡En aquellos días todo era enfermizo, era una locura! Me alegra haberme librado de todo eso».

Y Malcolm X era libre. Nadie que lo hubiera conocido antes y después de su viaje a La Meca podía dudar de que había abandonado por completo el racismo, el separatismo y el odio. Pero no había perdido el gusto por las declaraciones explosivas ni su rabia agitadora en demanda de libertad inmediata en su país, no sólo para los negros, sino para todo el mundo.

Y sobre todo, en el terreno de las relaciones raciales, seguía regodeándose en bajarle los humos al hombre blanco, y en hacer que nosotros, los Tíos Tom, los conformistas y acomodaticios (y digo nosotros porque deliberadamente me incluyo a mí mismo entre ellos), nos avergonzáramos plenamente de la cortés y sonriente hipocresía que practicamos meramente para existir en un mundo cuyos valores envidiamos y despreciamos a la vez.

Pero aunque Malcolm no hubiera cambiado, seguiría siendo una figura relevante de la escena norteamericana que, en relación con los líderes «responsables» de los derechos civiles, ocuparía el mismo lugar que ocupaba John Brown en relación con los abolicionistas «responsables» en la lucha contra la esclavitud. Prácticamente todo el mundo desaprobaba las locuras fanáticas de Brown, que lo condujeron al loco empeño de atacar un arsenal federal en Harpers Ferry, para acabar perdiendo allí a dos hijos y ser colgado más tarde por traición.

No obstante, hoy en día el mundo, y en especial el pueblo negro, aclama a Brown no como traidor sino como mártir de una noble causa. De modo que, en el futuro, no me sorprendería que los hombres llegaran a considerar que

Malcolm X era también, dentro de sus limitaciones y en su propio e inimitable estilo, un mártir de esa misma causa. Pero aún hay demasiada polémica sobre este controvertido norteamericano y me contento con esperar a que la historia pronuncie su veredicto final.

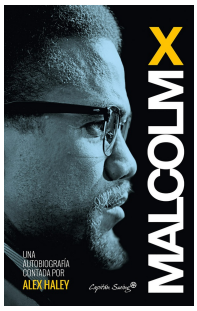
En cuanto a mi juicio personal, no se basa en el mero instinto. Yo conocía al hombre personalmente, y por mucho que estuviera en desacuerdo con él, nunca dudé de que Malcolm X, incluso cuando estaba equivocado, fue siempre lo que más escasea entre nosotros los negros: un auténtico hombre.

Y si para proteger mis relaciones con las muchas buenas personas blancas que me permiten ganarme bien la vida en la industria del espectáculo, fui demasiado cobarde y demasiado prudente para admitir el hecho cuando él estaba vivo, he creído que al menos ahora, cuando por fin todos los blancos se han librado de él, podría ser honesto conmigo mismo, lo suficiente para quitarme el sombrero en un saludo final a ese heroísmo arrojado, negro, que constituyó su estilo y el sello de su genio, esa intrepidez irónica del dispara y que el diablo te lleve, tan absolutamente ausente en los demás negros que conozco, y que lo condujo, demasiado pronto, a la muerte.

Índice

Portada
Malcolm X
Presentación
La pesadilla
La mascota
«Paisano»
Laura
Habitante de Harlem
Red de Detroit
Estafador
El cerco se estrecha
Atrapado
Satanás
Salvado
Salvador
Ministro Malcolm X
Los musulmanes negros
Ícaro
La expulsión
La Meca
El-Hajj Malik El-Shabazz
1965
Epílogos
  Malcolm X
  Acerca de Malcolm X
Sobre este libro
Sobre Alex Haley
Créditos

Malcolm X



En la década de 1960, decisiva para el movimiento por los derechos civiles, numerosas voces de protesta y de cambio se elevaron por encima del estruendo de la historia y de las falsas promesas. Pero una de ellas sonaba con más urgencia y pasión que el resto: Malcolm X, el líder musulmán, instigador y anti-integracionista, calificado en alguna ocasión como el hombre más peligroso de América, desafiaba al mundo a escuchar y aprender la verdad como él la había experimentado. Fundó la Organización de la Unidad Afroamericana para enviar a los afroamericanos de todo el país un mensaje inspirador de orgullo, poder y autodeterminación. Un perdurable mensaje, tan relevante hoy como entonces.

En esta ya clásica autobiografía, publicada originalmente en 1964, Malcolm X cuenta la extraordinaria historia de su vida y la efervescencia del movimiento musulmán negro al veterano escritor y periodista Alex Haley, ganador del premio Pulitzer por su libro Raíces. En una colaboración única, a través de más de cincuenta entrevistas, Haley escuchó y comprendió al más controvertido líder de su tiempo. Sus páginas definen la lucha afroamericana por la igualdad social y económica en el seno de la cultura americana, una batalla por la supervivencia. Malcolm X ofrece una fascinante perspectiva sobre las mentiras y limitaciones del sueño americano, y sobre el racismo de una sociedad que niega a sus ciudadanos no blancos la oportunidad de soñar. La declaración definitiva de un movimiento y un hombre cuyo trabajo nunca fue terminado, pero cuyo mensaje es atemporal.

Malcolm X. Omaha, 1925 - Nueva York, 1965

A pesar de su corta existencia —murió asesinado antes de cumplir los cuarenta años—, Malcolm X sufrió durante su vida numerosos y profundos cambios. Vivió su infancia en plena depresión, pasó su adolescencia en el gueto de Roxbury (Massachusetts), y su traslado a Harlem supuso para él entrar a formar parte del mundo del hampa. Allí se convirtió en desvalijador de apartamentos, atracador, traficante de droga y proxeneta. El siguiente paso fue la cárcel, en la que pasó siete años, durante los cuales reflexionó sobre los problemas raciales, devoró cuantos libros caían en sus manos e inició epistolarmente sus contactos con Elijah Muhammad, dirigente de la Nación del Islam.

Salió de la cárcel convertido en un hombre dispuesto a dedicar su vida por entero a la lucha por la igualdad entre negros y blancos en Norteamérica, siempre a través de sus creencias religiosas y su fidelidad incondicional a Elijah Muhammad. Sin embargo, acabaría distanciándose de éste a raíz del asesinato del presidente Kennedy. A partir de ahí, Malcolm X se convertiría en el más carismático líder de los afroamericanos, esgrimiendo una filosofía y una forma de ver los problemas raciales que contrastaba por su radicalismo con el enfoque de Martin Luther King. Antes de ser asesinado tuvo tiempo de dejar plasmadas sus ideas en esta autobiografía, para cuya redacción contó con la inestimable colaboración del escritor afroamericano Alex Haley.

Título original: *The Autobiography of Malcolm X* (1964)

Del libro: *Malcolm X & Alex Haley*
De la traducción: César Guidini & Gemma Moral

Capitán Swing Libros, S. L.

Corrección ortotipográfica: Laura Rivero
Composición digital: leerendigital.com